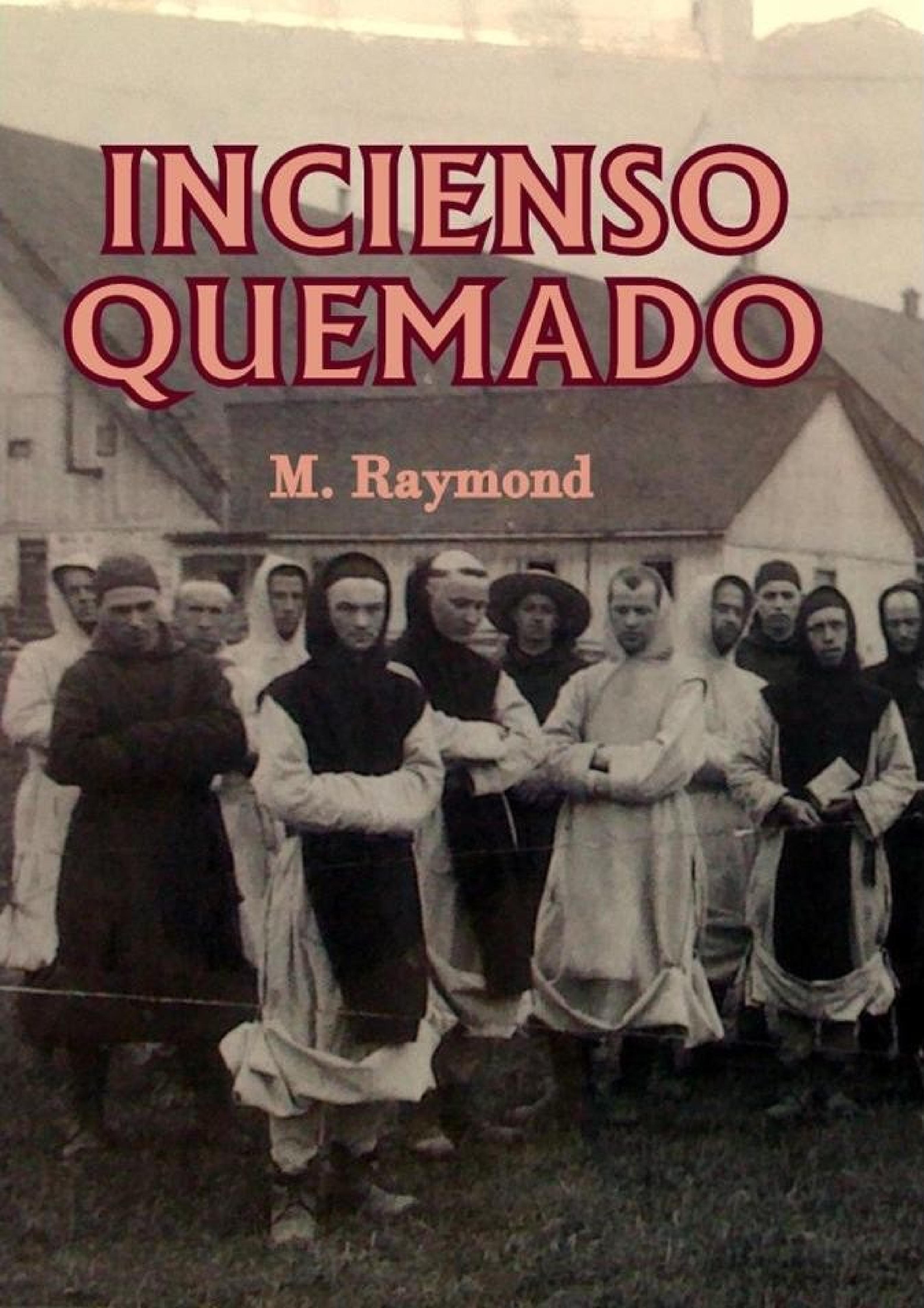


INCIENSO QUEMADO

M. Raymond

M. RAYMOND, O. C. S. O.

INCIENSO QUEMADO

1950

Título del original en inglés:
Burnt out incense

Traductor:
José Albuerne

NIHIL OBSTAT:
Fr. GABRIEL M. O Connell, O. C. S. O.
FA. ANTONIO M. Chaussagne, O. C. S. O.
Censores

IMPRIMI POTEST:
† Dominico M. Nogues, O. C. S. O.
Abbas Generalis Ordinis Cisterciensium, Strictioris Observatiae

NIHIL OBSTAT:
John M. A. Fearns, S. T. D.
Censor Librorum

A
LAS ESTRELLAS DE ORO
DE
GETSEMANÍ:

LOS 176 HOMBRES QUE EL SIGLO
PASADO SE ABRASARON
Y AUN SE ABRASAN
PARA QUE
DIOS SEA GLORIFICADO
Y LOS HOMBRES SEAN SALVADOS,
CON AMOROSA ADMIRACIÓN
SE LES DEDICA ESTE LIBRO.

ÍNDICE

PREFACIO

GETSEMANI... ¿Qué significa?...: Es la emboscada de Dios que Él colocó tras las colinas de Kentucky en la mitad del siglo XIX y a donde condujo y guió a hombres insospechables durante cien años ininterrumpidos para aislarlos, para cegarlos con su Belleza, para abrasarlos con su Amor y luego para colmarlos con su paz. Es la **Hagia Sige** de América —el primer Templo del Silencio en el Nuevo Mundo— donde el hombre solitario puede oír la voz de Dios.

Es una doble genuflexión de la Adoración hecha en temor reverente ante el Creador. Es una Doxología del Ensalzamiento —un **Gloria in excelsis**— tan perfecto como el **Sanctus, Sanctus, Sanctus** del cielo. Es el publicano del Evangelio, inclinado sobre su humilde honestidad, golpeándose el pecho e implorando misericordia.

Este monasterio trapense de vida secular muestra dos manos tupidamente venosas y nudosas por el trabajo, alzando la Patena en que reposa la Hostia de la Humanidad. Es un sacerdote de indefinida edad perpetuamente inclinado sobre una oblea de harina y una copa con vino color rubí...; es una misa cuyo **Ite misa est** de la Muerte sólo es el **Introibo ad altare Dei** de la unión inmortal. Es el Cielo dando principio antes que la vida termine; un robo del tiempo proveniente de la Eternidad sin tiempo; es el latrocinio tal como el buen ladrón nunca lo conoció.

GETSEMANI es Moisés en la cima de la montaña rogando por los gedeones del valle. Es Moisés descendiendo de la cima de la montaña con los Diez Mandamientos de Dios en su mano. Es el Bautista, enflaquecido y glorioso, clamando en el desierto por la

venida del Señor Dios para hacer más recta su senda. Es el patriarca y profeta de Cristo, y aun es más: es el mismo Cristo condoliéndose por el pueblo de Jerusalén y muriendo luego en el Gólgota.

Y los hombres de Getsemaní... ¿quiénes son?

Son Galahads que han hallado el Santo Grial; Jasones que han conquistado el vellocino de oro; Sansones que nunca serán esquilados ni debilitados. No son hombres sabios siguiendo a una estrella: son la estrella misma cuyo esplendor plateado conducirá a todo el que vela al firmamento de Dios.

En estos días, cuando ni siquiera los astrónomos vigilan tal Luz, se podrá comprender la urgencia de escribir acerca de tales hombres.

Lo que León Bloy dijo de la Gran Cartuja lo digo yo de Getsemaní, que, al menos en edad, es la Gran Trapa de América. Es un asunto muy fácil de examinar desde el húmedo claustro bajo hasta la ventilada campana de la torre. Un día o dos en esta silenciosa ciudad de Dios acopiará en la memoria recuerdos puros y genuinos y despertará la mente a la realización viril de que el Evangelio puede ser vivido a la letra. Sin embargo, como Bloy acertadamente expresa, "no se puede conocer este lugar en la floración de su misterio si no se ha asistido a sus oficios nocturnos. En ellos reside el verdadero perfume que transfigura este severo retiro, tan atemorizador como se presenta ante la vista..."

Para los que no han visto lo que vio León Bloy en la obscuridad de la Gran Cartuja, he aquí sus palabras:

> Cuando se lo ha presenciado (el oficio nocturno) uno se da cuenta de que no conocía nada acerca de la vida

monástica y hasta se sorprende de haber conocido tan poco del Cristianismo, pues antes se le había contemplado a través del follaje de una sabiduría engreída. Y el corazón es aprisionado en la mano del Padre celestial semejante a un carámbano arrojado al horno. Las diez y ocho centurias del Cristianismo comienzan de nuevo, resonando como un poema del que uno nada conoce. La fe, la esperanza y la caridad se descargan conjuntamente semejantes a los **tres retorcidos proyectiles** de que nos habla el trueno del antiguo Píndaro, y aunque ello sea por un instante, un solo minuto en el espacio de la vida tan desparramada como la sangre en un hombre desollado al azar, es lo bastante para que uno recuerde y no se olvide nunca de que, en aquella noche, fue el mismo Dios quien habló.

Dios mismo quien habló... Durante la centuria pasada los monjes de Getsemaní se levantaban a la una, a la una y media, a las dos, en la obscuridad de la noche. Cuando las campanas tañen desde la altura del campanario, se apresuran a congregarse nocturnamente con el Redentor, a arrodillarse ante Cristo y orar al Padre; a colgarse con El en la agonía y exclamar: "perdónalos porque no saben lo que hacen"; a morir con El y resucitar con El; luego a ascender con El de modo que nuestro frígido mundo pueda conocer la lluvia inflamada, que es el Espíritu Santo. Pero el oficio nocturno no es bastante, No lo es; debemos conocer más de lo que vio León Bloy. Debemos conocer lo que vio el joven poeta Thomas Merton, que pronto será el Padre Luis, O. C. S. O. En su autobiografía nos cuenta cómo se arrodilló por vez primera en la obscuridad de la iglesia de Getsemaní, asistiendo a la misa privada

que comienza tan pronto como el oficio nocturno concluye. Con mirada retrospectiva pregunta:

> ¿Cómo viví durante aquella hora? Es un misterio para mí. El silencio, la solemnidad y la dignidad de aquellas misas y de la misma iglesia y la subyugante atmósfera creada por las plegarias tan fervientes que casi eran tangibles, me sacudieron todo con amor y reverencia hasta el punto de cortarme la respiración. Sólo aspiraba un poco de aire boqueando.
>
> ¿En qué se convertía la misa en las manos endurecidas y estropeadas mediante labor sacrificadora, en la pobreza, la servidumbre y la humillación? ¡Mira, mira! —me decían aquellas luces, aquellas sombras y todas las capillas.— ¡Mira… contempla la presencia de Dios! ¡Entiende lo que es la misa! Vea a Cristo aquí en la cruz. Contempla sus heridas, sus manos traspasadas... ¡Mira, mira cómo el Rey de la Gloria es coronado con espinas! ¿Sabes lo que es el Amor? Aquí está el Amor. Aquí está la cruz, aquí está el Amor sufriendo estos clavos en la carne, estas espinas, flagelado, agónico, desangrando, hasta la muerte a causa de tus pecados y muriendo porque la gente nunca lo reconoce, nunca piensa en El y nunca recordara sus sacrificios. Aprende de El cómo amar a Dios y cómo a los hombres. Aprende de su cruz, de su amor, a cómo dar tu vida por El. ¿Sabes lo que es el Amor? Tú nunca has conocido el significado del Amor, nunca tú, que siempre has atraído las cosas al centro de tu insignificancia. He aquí el Amor en su cáliz colmado de sangre, sacrificio y abnegación. ¿Acaso sabes que tu amor significa ser matado para la gloria del Amado? ¿Y dónde está tu amor? ¿Dónde

> está tu cruz si dices que me quieres seguir, si pretendes que me amas?
>
> En el ámbito de la Iglesia las campanas tañían tan gentiles y frescas como el rocío.
>
> Pero estos hombree están muriendo por mí; estos monjes están muriendo por mí, y por ti, por el mundo, por la gente que no me conoce, por los millones que nunca se conocerán sobre la tierra...

Lo vio todo en aquella misa privada celebrada en la obscuridad antes del alba. En la misa conventual, oficiada a plena luz del día, vio lo siguiente:

> La elocuencia de esta liturgia aún fue más tremenda y lo que se dice una verdad convincente y tremenda: esta iglesia, la corte de la Reina del Cielo, es la verdadera capital del país en que vivimos. Este es el centro de toda la vitalidad que hay en América. Esta es la causa y razón de por qué la nación se mantiene unida. Estos hombres ocultos en el anonimato de sus coros y de sus blancas cogullas, están haciendo por su tierra lo que ningún ejército, ni congreso, ni presidente podrán hacer jamás; están ganando para ella la gracia y protección y amistad de Dios.

Cuando los hombres dicen tales cosas después de una simple visita, se puede apreciar mi pesar cuando me enfrento a la tarea de relatar cien años de Getsemaní. Cuando di principio a mi labor conocía que iba a hacer una revelación, pues, de acuerdo en esto con el protestante Hammann, siempre sostuve que "toda historia es historia sagrada", y de acuerdo con Emile Mersch, S. J., proclamo que "cada acontecimiento de la historia es un advenimiento de

Cristo". Con Giovanni Papini convengo en que la historia no puede ser otra cosa que la "prefiguración y extensión del Hombre-Dios en el sufrimiento humano". Esto es dogma para mí porque creo no sólo en la Encarnación de Dios sino en la incorporación del hombre en el cuerpo místico de su Único Hijo. Como dije, sabía que iba a hacer una revelación —porque Getsemaní no sólo es la revelación de Dios al hombre, sino también la del hombre a su prójimo— y, sin embargo, temía. Temía porque yo también sabía que la presentación e interpretación de tal revelación siempre es difícil y con frecuencia peligrosa.

Sin embargo, la obediencia dice: escribe. Y he escrito. Ahora, al final de mi prolongada labor, os doy un libro ligeramente diferente de lo que lo planeé. Tuvo que haber sido la exégesis de la revelación que hago. Hube de conduciros para que penetraseis en el corazón de la comunidad y escuchaseis los "cánticos de estos hombres de oración, abrasados de amor, implorando misericordia para el universo". Tuve que hacer eso para que os dierais cuenta que aquí están "hombres muertos para el mundo con el propósito de ser más fieles servidores"; hombres que "vigilan y cantan con toda la Iglesia con el objeto de consolar al Señor Dios que está desconsolado hasta la muerte porque sus amigos lo han abandonado". Tuve que convenceros, como León Bloy se convenció, de que "la fortaleza de los mártires tal vez fallaría enteramente si no fuera por el heroísmo de estos incansables vigilantes".

La vocación trapense, vosotros lo sabéis, como toda vocación contemplativa es un llamamiento tremendo. Cuando un hombre llega al monasterio trae consigo, dentro de sus honduras, "un inmenso bagaje concerniente a lo sobrenatural que, mediante su

vocación, le sirve para convertirse efectivamente en contador o tenedor de libros ante Dios y en administrador contra extorsionadores injustos. Interés e incumbencia para la edificación del prójimo, interés e incumbencia para la gloria de Dios, interés e incumbencia para confundir al Enemigo de los hombres. ¡Y todo esto en una escala no menos vasta que la misma Redención, alcanzando desde el principio al fin del tiempo!" Un trapense es muy semejante a Atlas: soporta al mundo sobre sus espaldas. Debe orar.

¿Por qué tanta insistencia en orar —preguntaréis— si los trapeases han sido considerados siempre como hombres de penitencia más bien que como hombres de plegarias? Admito que ésta es una idea común y tiene su fundamento histórico. Juan Armando Rancé, el restaurador de La Trapa, fue un penitente. Agustín de Lestrange, el hombre que durante las revueltas que llamamos la revolución francesa condujo a una banda de hombres, mujeres y chiquillos por la mitad del mundo con el propósito de salvar La Trapa para Francia y la humanidad, fue también un penitente. Pero el último seguidor de cualquiera de estos dos grandes hombres fue enterrado oficialmente en 1892, cuando el papa León XIII abogó por la unión de las diferentes Observancias cistercienses y realmente puso de manifiesto la resurrección de la Orden original del Cister en los cistercienses de la Estricta Observancia.

Por esto insisto en la plegaria. Los cistercienses son contemplativos.

Con todo, mientras vayáis leyendo esta revelación de la historia de Getsemaní, os preguntaréis justamente dónde están, por decirlo así, todas esas oraciones que yo he acentuado tanto en

este prefacio. Por lo tanto, debo deciros que un hombre piadoso es un hombre que siempre ora, pero no uno que siempre está diciendo oraciones. La vida de un devoto no es una vida gastada arrodillado, hablando incesantemente con Dios; es una vida en la que el hombre siempre está consciente de Dios dentro de sí y fuera de sí, por encima de él y por debajo y en su torno. Ser un hombre piadoso, rezador, significa ser uno en que todo pensamiento, palabra y obra no es acerca de Dios, sino dirigida a Dios; un hombre que come y bebe, duerme y trabaja, se ríe y exclama, sufre y disfruta, triunfa y fracasa en Dios y por la gloria y el honor de Dios.

La oración sabe de más divisiones que las verbales y mentales, las reales y virtuales, las habituales y transitorias; permite otras definiciones que las de "elevar el corazón y la mente a Dios", "conversar con Dios", "el empleo de las facultades del alma en Dios". La oración es más que la atención que se presta y que un darse cuenta de la Divinidad: la oración es una atmósfera. Tal vez Henri Gheon la definió mejor cuando pregunta: "¿qué es la oración?" y luego se contesta diciendo: "primordialmente es tomar una dirección. Un hombre fija sus pensamientos, palabras, mente y corazón y hasta sus actos y ademanes —y lo más tenue e insignificante de todo su sentir, pensar y proceder— hacia la Luz, la cual sólo les da mérito".

Así, un trapense, tanto conduciendo una yunta de mulas, aparejando un caballo o sacando agua de un pozo como cavando patatas, lavando pisos, fregando vajilla, arando, sembrando., escribiendo un libro o dactilografiando una carta —en tanto dirija todo esto hacia Dios— ¡está orando! Esta orientación, el deliberado elegir la dirección, esta aspiración de todo hacia Dios solamente, hace que cada uno de sus actos sea un acto de aprecio y

adoración. Así, pues, hallaréis muchas plegarias en otras tantas páginas que hablan sólo de arena y cemento, ladrillos y morteros, concreto y armazones de hierro. Y esto porque la aspiración de estos hombres no ha sido tanto la de perfeccionarse rezando como la de convertirse y ser siempre perfectos devotos.

Yo creo que han acertado. Ved vosotros si estáis obligados al mismo acto de fe. Deseo que este libro se publique como se publicó el primer libro de Charles Peguy acerca de Juana de Arco, o sea con páginas y páginas totalmente en blanco después de cada capítulo o entre muchos de sus episodios, de modo que, al dar vuelta a la página, podáis reflexionar acerca de lo que habéis leído y lleguéis a la realización de que viendo estos cristianos estabais viendo a Cristo. Porque la verdad es que ha estado Getsemaní en Kentucky toda esta pasada centuria sólo porque hubo un Getsemaní en Palestina en la primera centuria, y esos hombres se han angustiado hasta partírseles el corazón porque un mundo redimido hallase todavía empapado de pecados y los cristianos se han hecho cada vez más olvidadizos de Cristo.

Necesitaréis páginas en blanco para daros cuenta de lo que quiero que entendáis. Pero las cosas no han sido hechas de este modo. Ni siquiera he dado la exégesis que estimaba necesaria para una comprensión de la revelación que hago y porque otros pensaron que los meros hechos serían lo bastante para hablar por sí mismos, sé que los hechos son elocuentes. Puedo esperar y rogar porque, presentados como ahora lo están, sean tan reveladores como yo los consideré desde el principio.

Acerca del título, no habría dificultad alguna. Cuando os deis cuenta de que fue Dios mediante el Espíritu Santo quien inspiró al salmista real a implorar que su "oración fuese dirigida como

incienso a la vista de Dios", (Salmo CXL, 2), podréis ver a hombres que han vivido vidas piadosas, cuyos días y noches han sido oraciones ininterrumpidas, cuyos pensamientos, palabras y acciones, aliento y latidos fueron siempre dirigidos a Dios..., un morir de mil muertes que no ardían en el incienso. Las almas se elevaban como la fragancia del incensario, dejando tras sí lo que el INCIENSO QUEMADO: un aroma de adoración..., el perfume mismo de la presencia de Dios.

Sería deshonesto si me atribuyese crédito por este hermoso título. Pertenece a un hombre que, debido a este prolongado trabajo, ofrecido a Dios, casi se convirtió en el mismo título que sugirió. Fue el Rev. Padre John P. Flanagan, S. J., cuya nunca desmentida lealtad fraternal y amor ha sido una de las grandes dádivas que Dios me ha concedido, una dádiva que me vino inmerecida y que permanece todavía inadecuadamente compensada en obras, pero no en deseos; él fue el que, después de pródigos años de labor, escribió finalmente: "**Incienso quemado** es el título para su libro". Vi inmediatamente lo que significaba, y abrigo la esperanza de que otros lo vean rápidamente.

Apenas necesito decirle al público, como última información, por qué he empleado el diálogo dramático y le he dado lo que el Dr. Lelen acertadamente llamó "historia romantizada" y el Rev. Harold Gardiner, S. J., juzgó desacertadamente "romance histórico". Theodore Maynard explicó la situación por sí mismo perfectamente. Yo habría plagiado sin disculparme, porque él explica mi caso tan justa como perfectamente: Dice:

> «Apenas tengo necesidad de disculparme por ser meramente un "historiador literario" —o, sí esto es demasiado

reclamar— un vulgarizador. El zapatero remendón debe machacar hasta lo último y yo lo mismo. Todo historiador debe darse cuenta mental del tipo de historia que piensa escribir. El historiador "científico" con frecuencia es más alabado por su paciente investigación y la amplitud de su documentación que por sus facultades literarias o por su poder de enfocar el asunto, con todo, no sería decoroso objetar, en este caso, que las facultades literarias no se hallan en evidencia notablemente. ¿Pero sería mucho solicitar para un trabajo de índole enteramente distinta una condonación similar de la que disfrutan los historiadores científicos? No estoy escribiendo una disertación doctoral. Los profesionales deben, por lo tanto, perdonarme, si pueden, por no haber empleado loe instrumentos de su profesión».

Sólo me queda ahora dar gracias a los censores de la Orden por su paciencia al revisar tantos y tantos manuscritos, y al estimado Padre Amedeus por sus agudos huronees en los polvorientos archivos de Melleray y Getsemaní para hallar material que fuese históricamente veraz y verdaderamente histórico.

Yo sé que Nuestra Señora de Getsemaní bendecirá a todos los que han tenido algo que ver con la preparación de esta obra, y sólo me resta rogar para que ella bendiga también a los que lean acerca de esos hombres a quienes he llamado "los abrasados hombres de Cristo", y que les conduzca al conocimiento y amor de Él, a quien Thomas Merton llamó "el Cristo de los hombres abrasados".

Fr. M. Raymond, O. C. S. O.

Fiesta de la Asunción, 1949, Getsemaní, Ky.

INCIENSO QUEMADO

El Corazón, fuego de incensario, sahumerio de donde los cánticos aspiran, es nutrido con las exudaciones pegajosas de las preciosas penas, y las oscilaciones de la inquietud hacen cada vez más densa, más densa, la fragancia del incensario con el tremor de las cuerdas de las cadenas del corazón.

FRANCIS THOMPSON.

(La Hoja Marchita).

CAPÍTULO PRIMERO

SILENCIO EN LAS CALLES DE PARÍS

—Pero yo debo tomar ese boleto. Para eso me pagan...

—Lo siento mucho —contestó el sacerdote disculpándose— pero debo retener este boleto. Después de todo —agregó con una sonrisa— he sido yo el que lo he pagado.

Jacques Leclerc se quedó mirando al hombre alto que estaba a su lado en la penumbra de la estación de Orleáns. La humedad de aquella noche de octubre, lo avanzado de la hora y la persistencia de aquel clérigo le resultaban insoportables. Uno pensaría que estaban viviendo en la Edad Media, no en la Francia iluminada de 1848. Tal compañero no conocía su lugar. Parecía pensar que bajo la nueva república, la Iglesia todavía conducía los asuntos del gobierno en vez de tomar órdenes como todos los demás. Bien; se lo demostraría.

— ¿Usted procede de Tours? — le pregunté severamente.

—De allá vengo — respondió con tono agradable el sacerdote.

Leclerc asintió.

—Bueno; estamos en Orleáns, final de su viaje, y usted me permitirá que recoja su boleto y siga cumpliendo con mi tarea.

Y alargó su mano hacia el pasajero.

Moviendo su cabeza tristemente, el Padre Eutropio Proust hizo otro intento para pacificar al inspector.

—Tal vez no expliqué mi caso con acierto —dijo lentamente—. Vea. Realmente no voy a quedarme en Orleáns. Llevo cuarenta hombres conmigo y todos esperamos continuar nuestro viaje a París en el próximo tren. Cuando dejé Tours el jefe de estación escribió un mensaje en mi boleto para su colega de aquí. Le agradeceré que lo lea.

El empleado frunció el ceño.

—Yo estoy aquí para recoger boletos —refunfuñó— no para leer lo que se escribe en ellos. Además, es más de la medianoche, demasiado tarde para molestar al jefe de estación. Déjeme el boleto y leeré lo que diga, mañana temprano.

—Es una idea espléndida —asintió el sacerdote—. Puesto que ya es de madrugada, puede usted verlo ahora. Yo le acompaño, si usted gusta.

Leclerc se frotó el mentón con signos de impaciencia. Ya había tenido bastante con la disputa y deseaba arreglar de una vez el asunto. Era evidente que más argumentación no conduciría a ninguna parte. Por supuesto, podía golpear al tozudo tipo y arrancarle el boleto, pero era muy improbable que sus superiores aprobasen su conducta, por efectiva que pudiese ser. Podía amenazarle v descargar su cólera con toda una retahíla de maldiciones. ¿Pero qué adelantarla con ello? Mejor que algún otro convenciera a ese molesto hombre de iglesia.

Girando sobre sus talones, anduvo unos veinte pasos hacia donde sabía que el jefe de estación se hallaba entre sombras, revisando el trasbordo de equipajes.

El sacerdote le siguió sin decir una palabra. Cuando se acercaron, el jefe de estación se volvió hacia ellos. Tal vez habría escuchado algo de la discusión —pensó el Padre Eutropio al notar la simpatía que irradiaba su rostro.

En el mismísimo momento en que el trapense rezaba mentalmente una oración de gratitud, porque sentía que su misión tendría éxito, habló el jefe de estación sin advertir las gesticulaciones de su subordinado:

— ¿Puedo serle útil en algo, Padre?

El monje se inclinó. "Ya soy el Padre Eutropio, señor; un trapense de la Abadía de Nuestra Señora de Melleray, el monasterio cisterciense de Chateaubriand. Yo y cuarenta de mis hermanos nos hallamos en viaje a América. Cuando el jefe de estación de Tours se enteró de nuestro viaje, nos concedió el raro privilegio de pagar solamente la mitad de la tarifa para los boletos de tercera clase, aunque hemos viajado en vagones de segunda. Me dijo que le presentara a usted personalmente este boleto, pues escribió algo en él. Vuestro agente aquí...

— ¿Trapenses en el Nuevo Mundo? —exclamó el jefe de estación—. Parece increíble. Visité una vez La Trapa, cuando era muchacho, pero nunca olvidaré aquel lugar, aquel silencio...; los monjes trabajando la tierra, aquella atmósfera de paz... Pero discúlpeme. Yo soy el señor Richard. Si quiere que entremos, me agradará arreglar el asunto de los boletos. Está bien, Leclerc —agregó con un movimiento de cabeza hacia su subordinado: Yo arreglaré esto.

Ya dentro de la oficina, el jefe de estación arrimó una pesada silla al sacerdote y le invitó a sentarse. Cruzando la oficina hasta el otro extremo, abrió una puerta y voceó:

— ¡Mauricio, Mauricio!, despáchame cuarenta boletos de tercera clase a mitad de precio. En seguida.

— ¿A mitad de precio? —preguntó una voz.

El Padre Eutropio oyó pasos que se acercaban.

—Sí —respondió Richard—: para París en el tren de la mañana.

—. ¿De qué se trata? —preguntó el joven empleado, ahora al lado del jefe de estación: — ¿una compañía de soldados?

El señor Richard se volvió sonriendo a su visitante.

—Dice usted bien, mi amigo —replicó el Padre Eutropio: —yo soy el comandante de esa compañía.

El joven empleado se encaró con el hombre sonriente de cabeza rapada y sotana arrugada. Ciertamente que ése no era el uniforme que había visto en alguna parada. Pero no tenía tiempo para extrañarse.

—Despache esos boletos, no se quede aquí —le ordenó su superior. El tren partirá a horario dentro de quince minutos.

Después de ver a Mauricio retirarse, el señor Richard regresó a su escritorio.

—Mientras esperamos, Padre, ¿no quiere contarme algo acerca de su misión? ¿Por qué abandonan Francia? ¿Son tan peligrosas las circunstancias?

Por la primera vez desde su arribada a Orleáns sonrió satisfecho el Padre Eutropio.

—No del todo, mi amigo —respondió afectuosamente. La verdad es todo lo contrario. No somos expulsados por los llamados patriotas. Más bien somos echados por celosos postulantes. Hay demasiados monjes en Melleray y aunque una colonia fue enviada

a Irlanda hace quince años, y otra a África hace cinco, aún carecemos de espacio. Así, Dom Máximo, mi Superior, decidió enviar a América a algunos de nosotros.

El semblante del señor Richard se animó con notorio alivio.

— ¡Oh! Eso está bien —exclamó —Temí que se tratara de un exilio. El nuevo movimiento que se ha iniciado..., me refiero a ese nuevo movimiento contra el clero —agregó con tono lamentable para continuar:

—Mi agente Leclerc es uno de esos tipos modernos aunque el buen Dios sabe que es verdaderamente moderado comparado con otros que he conocido. Se resiente de todo tratamiento preferencial para los religiosos. Tal vez no amenaza abiertamente, pero, hace apenas diez meses, vi lo que el verdadero odio puede hacer. Yo estaba en París cuando nació la nueva república; presencié aquellos cuatro días de terrible derramamiento de sangre. No creo que usted haya presenciado algo parecido, Padre. Las cosas están ahora más tranquilas en la capital. Comprendo, por supuesto, que ustedes deben todavía andar con cuidado. Es una suerte que hayan llegado a hora tan temprana..., demasiado temprana para los perturbadores.

—Pero señor —protestó el trapense—. No comprendo bien. Yo he marchado con mis hombres abiertamente y por todas partes. Los he conducido, vestidos como yo lo estoy, cargando nuestra cruz de madera sobre mis espaldas por las calles públicas. Caminamos en doble fila desde Melleray hasta Ancenis —veinticuatro millas— y nadie dijo una palabra contra nosotros. En Ancenis, cuando supieron que íbamos a cantar las Completas y la Salve, toda la población se aglomeró en la iglesia. Posteriormente la multitud nos escoltó hasta el bote en procesión respetuosa y a

pesar de la lluvia. Resultaba inspirador. Y lo mismo sucedió en Tours. Marché con mi gente por la Rue Royale a la caída de la tarde y la multitud nos escoltó, demostrándonos únicamente reverencia, profunda reverencia.

El señor Richard no trató de ocultar su sorpresa, pero repitió sus prevenciones.

—Está bien en un pueblo, Padre, y tal vez para Tours; pero Tours no es Paris. Hubieran levantado una ola de insultos y hasta peligraría la seguridad personal de sus monjes. En el nombre de Dios, le pido que no se arriesguen.

En este momento entró Mauricio con los boletos.

—Está bien, Mauricio —dijo el jefe de estación—, ya estamos listos. Vaya y vea que esos trapenses ocupen vagones de segunda clase.

Y acompañó al Padre Eutropio, diciéndole al despedirse:

—Si por mí fuera viajarían todos ustedes en primera clase.

Lentamente arrancó el tren de la estación. A los pocos minutos Orleáns quedaba detrás de ellos, perdida en la noche. El Padre Eutropio se sentó en el asiento de madera y de pronto se dio cuenta de lo fatigado que estaba. Una mirada alrededor del compartimiento le demostró que no era él solamente el que sentía tal fatiga, pues lo mismo los jóvenes que los viejos dormitaban y cabeceaban con cada movimiento del vagón.

Al examinar las relajadas facciones de sus compañeros comenzó a interrogarse de nuevo acerca de la sabiduría de su emigración a América. Aquella tierra era todavía muy joven. Conquistarla requeriría fortaleza, gran fortaleza, tanto moral como física. ¿Tendríais éxito..., podrían tener éxito aquellos viejos y

jóvenes hermanos? A su frente hallábase el Padre Benezet. ¡Pobre hombre! Contaba setenta años de edad. Ya era tiempo que pensara en la muerte, no en comenzar una nueva vida. Y mírese quién está al lado de él. El joven hermano Antonino, un compañero de veinte años que había llegado a Melleray apenas hacía uno. ¿Era este viaje adecuado para cualquiera de los dos? ¿No era uno demasiado viejo y el otro demasiado joven?

El Padre Eutropio movió la cabeza dubitativamente y siguió examinando a su gente con fraternal curiosidad. A un extremo del vagón aparecían Fernando e Isidoro, dos hermanos legos postulantes, cabeceando en la enfermiza penumbra artificial. ¿Sería favorable y justo, se preguntó el Superior, probar tales vocaciones en tan marchito fuego? ¿Y qué decir del Padre, Juan Crisóstomo, sentado cerca de ellos? No demostraba gran salud y ya bordeaba, los sesenta. Cuando el tren dio una repentina sacudida, los ojos del prior se detuvieron sobre un trío situado justamente delante de sus hombres: ¡Filomeno, Agustín y Benito, tres *novicios* del coro! El deprimido y cansado Superior se inclinó en su asiento con las manos en la cabeza. ¡Qué tarea le esperaba! ¡No solamente conducir a veintiséis hermanos legos y dieciséis coristas religiosos al Nuevo Mundo, sino preparar a cada una de esas cuarenta y tres almas para el próximo mundo! ¿Podría hacerlo? Cerró los ojos y retrocedió con su pensamiento en el viaje. ¿Solamente hacía dos días que se había arrodillado ante la lámpara del santuario de la iglesia-abadía de Melleray y recibido la delgada cruz de madera de manos de Dom Máximo? Le parecían años — tanto había ocurrido desde entonces, y no todo placentero.

La primera corta parada en el trayecto les había procurado tres mayores extravíos. Fue en Ancenis cuando supieron que las

doce toneladas de equipaje, tan providencialmente enviadas a Nantes, no habían sido transportadas al vapor. Ello significaba que el Padre Eutropio tendría que seleccionar a tres legos que se quedaran retrasados para hacer los arreglos consiguientes. Los hermanos León, Medardo y Santiago eran hombres capaces, pero al joven prior le desagradaba la necesidad de separarlos de la compañía. Y apenas había dispuesto esta tarea, imperativa cuando el Padre Eutimio se le acercó con otra noticia mucho más perturbadora. Se le había encomendado que negociase un préstamo de siete u ocho mil francos y se presentó sin un céntimo. El Superior recibió ambas malas noticias con una sonrisa, pero aquella noche, cuando su pequeño vaporcito navegaba por el medio del Loira, sus labios se plegaron, trazando una línea muy seria, cuando el hermano Agustín le dijo que todos los comestibles preparados para el viaje del río habían quedado en el castillo de Ecochire, su último lugar de descanso.

El recuerdo de estos tres percances hizo recostar al joven Superior sobre el duro respaldo de su asiento, sonriendo sosegadamente. Estaba ahora recordando cómo, todavía ayer a la noche, a bordo del vaporcito, se preguntaba extrañado si Dom Máximo no habría cometido una equivocación colosal al seleccionar a un joven prior que ni siquiera había podido cuidar de las provisiones, cuando una voz ronca murmurando el "Benedicite" cortó sus melancólicas meditaciones.

Al volverse para dar el "dominus" se halló mirando frente a frente al muy serio hermano Jerónimo.

—Padre prior —explicó con tono vehemente—, algunos años antes de convertirme en trapense estuve de guarnición en Saumur. Conozco el lugar como la palma de mano. Estamos acercándonos

a esa población. Con algunos francos y un poco de ayuda podré reemplazar lo que dejamos en Ancenis.

Cuando la cara del Superior se ensombreció, el hermano se apresuró a decir:

—No de solo pan vive el hombre, Padre — *es* por el pan.

Sin desplegar los labios, el Padre Eutropio tomó su bolsa y colocó sobre la palma de la mano del buen hermano quince francos. Y como el monje no se retiraba inmediatamente, hubo de decide interrogativamente:

— ¿Y bien?

—El Padre Adrián y el Hermano Mateo también fueron soldados en Saumur. Tal vez me ayudarían — explicó el buen hermano.

—Llévelos consigo. Hable si es necesario. Si logra comida para la comunidad le bendeciré, y a su ángel guardián y a todos sus santos patronos. Pero, Hermano, nos detendremos aquí sólo quince o veinte minutos.

—Si la plaza no ha cambiado, apenas necesitaré diez — fue la respuesta.

En efecto; el Hermano Jerónimo ya estaba de vuelta a los diez minutos, y con él sus dos acompañantes cargando cuarenta libras de pan, un gran cesto colmado de fruta madura y doce botellas de vino. Mientras el Padre Eutropio daba gradas a Dios, fue interrumpido por el Hermano Jerónimo que extendía la mano con tres francos sobrantes.

—Bueno... nunca pude pensar que... — murmuró asombrado el Superior.

— ¡Ah! Pero yo sí — sonrió satisfecho el Hermano, alejándose con cierta gentileza.

El Padre Eutropio miraba ahora en torno del vagón para ver dónde estaba ubicado el viejo ex soldado. Allá, tras la crucecita de madera, erecto aun durmiendo, descubrió al Hermano Jerónimo. Al examinar durante unos momentos aquellas sosegadas facciones, el Superior sintió que las suyas se normalizaban. Con tales hombres consigo ¿por qué él mostraba tal ansiedad? ¿Por qué se habría de lamentar hasta de sí mismo cuando ellos se mostraban tan cabalmente sin quejarse de nada? ¿No se había empapado en la marcha de Melleray a Ancenis? Sin embargo, ni un murmullo. ¿No estuvieron mojados cuando se hallaban a bordo del vaporcito rumbo a Tours? Sin embargo, extendieron sus frazadas a través de la desnuda tablazón de la mal protegida cubierta tan indiferentemente como si se recogiera en las celdas de sus monasterios. Habían disfrutado de una sola comida verdadera: la del castillo Ecochire en Ancenis, al atardecer del pasado lunes. Con todo, aquí estaban la mañana del miércoles, rumbo hacia París, sin un murmullo... El Superior habría de tomarlos como norma; ¡acallada todas sus lamentaciones!

Con tal resolución adquirió nueva fortaleza. El joven sacerdote se levantó, de su duro asiento y comenzó a pensar en París y en el día siguiente. ¿Tendría que ver a Monseñor Riant? ¿Podría obtener de él un préstamo que compensase el fracaso de Nantes? Luego estaba el rector de San Sulpicio, Monseñor de Courson, que había enviado tan magnifico presente a Melleray para la nueva fundación.

Le daría las gracias personalmente. Y el Padre Mennet, del seminario del Espíritu Santo — tal vez tendría algunas vestiduras y

un cáliz o dos. Sí; aprovecharía bien el tiempo en la ciudad. ¿Pero qué haría con sus treinta y nueve religiosos? No los iba a enviar a El Havre sin él. No se atrevía a dejarlos solos en la ciudad. ¿Cómo proceder?

La única respuesta que escuchó el cansado Superior fue el run-run de las ruedas del tren sobre los rieles y el sonido metálico de la campanilla de la máquina, que despertaba ecos en la noche. Antes de que el alba asomase ya estaban en la estación de la capital, y su pregunta quedó sin contestación.

Fue un grupo de adormilados el que se bajó del vagón de segunda clase y se metió en la desapacible sala de espera. Sus vestiduras, no muy adecuadas a sus cuerpos en el mejor de los casos, se hallaban ásperas y arrugadas por la lluvia y el rudo uso durante las jornadas por agua y tren. El Padre Eutropio consultó con la mirada el reloj de la estación. Las cinco y cuarto, no demasiado temprano para lo que había planeado. Llamando al Padre Eutimio le dijo:

—Conserve reunida a la comunidad, Padre. Voy a buscar algún lugar donde podamos decir misa y la comunidad pueda descansar. Estaré ausente alrededor de una hora, pero hablaré con el jefe de estación para que no los molesten. Si surge alguna dificultad, usted puede hablar. Entretanto, ore por mi buena suerte.

Y se alejó.

El alba todavía no alumbraba las calles de París. Cuando el prior salió de la estación se dio cuenta de que no tenía idea acerca de qué dirección iba a tomar. Si tuviese siquiera un ángel Rafael que me guiara — pensó. Pero mi nombre es Eutropio, no Tobías. Con un encendido aliento "¡Padre amante, guíame!", caminó por la

izquierda y siguió la pared hasta que alcanzó el círculo de luz de un farol callejero. Un extraño se acercaba.

—Discúlpeme, señor —dijo al hombre cuando ya estaba cerca —: ¿sabe usted dónde está localizado el seminario del Espíritu Santo?

—Por supuesto que lo sé, Padre — respondió cortésmente el desconocido, inclinándose ligeramente. Si me sigue, estaré muy gustoso de conducirlo hasta allá.

Caminaron en silencio, doblando a la derecha en la próxima esquina e internándose luego en una calle más oscura. El Padre Eutropio estaba justamente exaltándose ante la Providencia de Dios cuando su guía tomó un tercer derrotero y penetró por una callejuela sin alumbrado alguno. De pronto al prior le pareció oír las advertencias del jefe de estación tintineando en sus oídos. ¡Qué lugar ideal para un latrocinio o un asesinato! Y retrocedió un paso. Sin darse cuenta de ello, el desconocido caminaba con seguridad entre la penumbra, y justamente cuando el Padre Eutropio estaba considerando lo aconsejable que sería perderlo de vista, el joven desconocido se volvió hacia él y se detuvo.

—Allí es, Padre dijo señalando al fondo de la calle—. Encontrará la entrada principal a unos doscientos pasos. Ahora he de dejarle. Le ruego que rece por mí.

Y antes de que el sacerdote pudiera darle las gracias, el hombre desapareció en la penumbra.

El Padre Eutropio halló con facilidad la entrada y sin perder tiempo tocó la campanilla avisadora. Los ecos de la llamada repercutieron en la quietud y fueron la única respuesta a su vigoroso llamamiento. Recordando que no se trataba de un

monasterio trapense y que el sol no había asomado aún, no quiso demostrarse demasiado insistente. Y comenzó a rezar el rosario.

Veinte minutos después volvió a tocar la campanilla. Cuando de nuevo el silencio fue toda la respuesta que obtuvo, se dio a pensar en cuán sabio y previsor había sido San Benito al insistir en que debería haber siempre un viejo Hermano a la entrada para responder tan pronto como alguien llamase.

Media hora después, cuando el prior volvió a empuñar la cuerda de la campanilla, hubo una confusión de ruidos, luego de pasos precipitados que se acercaban y en seguida el bienvenido rozar de una llave funcionando en una cerradura. Un minuto más y la puerta se abrió.

—Buen día, Hermano —saludó el Padre Eutropio al adormilado portero—. Siento mucho haberle perturbado a esta hora, pero mi misión es urgente. ¿Puedo hablar con el Superior?

— ¿Es a Monseñor a quien quiere ver?

— ¿Monseñor? —repitió el prior—. ¿No es el Padre Mennet el Superior?

El Hermano trató de ocultar un bostezo con el dorso de la mano.

—El Padre Mennet ha sido designado obispo de Madagascar. Está aquí tomando un retiro antes de su consagración que tendrá lugar el seis del próximo mes.

— ¡Magnífico! —exclamó el Padre Eutropio—. ¿Quisiera usted decirle que un pobre Superior trapense le ruega que le oiga algunas palabras?

—Lo haré si es que está levantado — contestó el portero para luego desaparecer.

El Padre Eutropio rió para sus adentros. ¡Qué cosas extrañas puede hacer de nosotros el sueño o la falta de sueño! — pensó. Pero entonces recordó que la comunidad llevaba dos noches sin apenas dormir, y comenzó a rezar otro rosario. Completó los cuatro Misterios gozosos antes de que reapareciera el Hermano. En tanto, el día ya inundaba de luz la ciudad y Eutropio se dio cuenta de que habían transcurrido dos horas cabales desde que él y sus hombres arribaran a la estación. Su incomodidad habría crecido si el Hermano no le diera esta breve orden:

—Sígame. Monseñor le recibirá inmediatamente.

El Padre Eutropio se sintió humildemente obligado. No se entabló conversación mientras cruzaron el patio y llegaron al cuerpo principal del edificio para subir por unas escaleras hasta ser introducido en una habitación donde un hombre se alzó de un oratorio para saludar al trapense.

El prior se presentó inmediatamente a sí mismo.

—Monseñor soy el Padre Eutropio, Superior de una colonia de trapenses procedentes de Melleray. Estamos en viaje a América, con destino a la diócesis de Monseñor Flaget, en Kentucky.

— *¡Mon Dieu!* — ¡Qué noticia! —exclamó el obispo electo.

El Padre Eutropio sonrió ante entusiasmo tan evidente.

—Sí, Monseñor; pero ahora mis compañeros de viaje están en la estación del ferrocarril. Debo emplear todas las horas del día en París y, sin embargo, no puedo alojarlos en un hotel porque sería difícil hallar algún hospedaje que tomase a tantos hombres y mi bolsa quedaría muy reducida. Así, pues, yo rogaría a Monseñor por si hubiese algún espacio a su disposición que mis religiosos pudieran ocupar durante el día.

— ¡Pero por supuesto, por supuesto que sí! —repitió el Padre Mennet con vehemencia. —Nada podría ser más simple. Sus monjes tendrán suficiente espacio. Hay camas bastantes para sus cansados viajeros. Pero no se retarde; tráigalos para aquí enseguida. Mientras tanto me cuidaré de que los altares estén dispuestos y el desayuno preparado.

Un Superior mucho más feliz regresó casi corriendo a la estación donde le saludaron esperanzados los compañeros trapenses. Habían esperado más de dos horas. Una sola mirada al semblante de su Superior les bastó para adivinar que había triunfado.

—Padre Benezet, Hermano Isaac, Padre Juan Crisóstomo y usted, Hermano Carlos —dijo con viveza: tomen el carruaje que acabo de alquilar. Y... nada de protestas porque les envío afuera a trabajar. EL cochero les llevará al seminario del Espíritu Santo. Tan pronto como lleguen ayudarán al sacristán a prepararles para sus misas.

Cuando los cuatro monjes aludidos iban saliendo de la estación, el prior dedicó su atención a los otros.

—Bien, Hermano Agustín, yo tomaré la cruz.

—Pero Padre... —quiso protestar tímidamente el mozo procedente de Brean.

—Yo tomaré la cruz, Hermano —repitió— mientras que usted conducirá la columna de la mano derecha.

Justamente entonces el Superior sintió un tirón en su manga. Al volverse, vio la ansiosa mirada del Padre Eutimio.

—Usted no irá a caminar así por París, ¿verdad? —murmuró interrogativo y alarmado. ¿Cómo, Padre? Si los fantasmas andan, esta ciudad habrá de estar colmada con los espíritus de los

sacerdotes guillotinados y asesinados. Cuidado, sea prudente, Padre. Usted viste la sotana. Con la cruz al hombro y todos nosotros alineados como si estuviéramos en Tours, nadie puede confundirnos con nada que no seamos nosotros mismos como religiosos. ¿Se da, cuenta de lo que esto significa?

El Padre Eutropio no contestó. Alejándose de su interlocutor, tomó la cruz del ardiente joven Agustín y se preparó para cargarla sobre sus hombros. Sus ojos, sin embargo, se volvieron hacia el Padre Eutimio. En sus turbados ojos el prior leyó la advertencia del jefe de estación de Orleáns, y vaciló por un momento.

Los hombres que le seguían soportaban dos horripilantes días sin descanso. ¿Sería prudente sujetarlos a mayores esfuerzos emocionales? Porque si la cruz fuera insultada..., si alguno de aquellos bravos y tempestuosos bretones se sintiese obligado a defender su religión... No había pasado un solo gendarme por las calles y en la estación no se veía a ninguno. ¿Quién vendría a ayudarlos en el caso de que fuesen atacados?

No había tiempo para discusiones, pues aun mientras él titubeaba, sus religiosos estaban arreglando y juntando sus atados. Tenía que resolverse. En su desesperación se balanceó sobre el peso de la cruz y se enfrentó en dirección a la salida. Vio a tres obreros entrar, que se quedaron mirándoles, deteniéndose para mejor observarlos. No muy tranquilizado por el curioso interés de los mirones, el prior se limitó a sostener bien su cruz. Ahora ya no había modo de retroceder. Sintió la hurgona mirada de los obreros sobre él y esperó para ver cómo reaccionaban. De pronto tres manos se alzaban hasta otras tantas gorras y tres cabezas se inclinaron con veneración. El corazón del Padre Eutropio latió como esponjándose. Apenas si sintió el peso de la cruz sobre sus

hombros y deteniéndose cerca del Padre Eutimio le dijo sosegadamente:

—Conduzca la columna izquierda. Y recuerde que la confianza es una virtud más grande que la prudencia.

La procesión cruzó la entrada de la estación terminal y marchó por los portones principales. Esta vez el prior no necesitó guía. Por todas las calles laterales y por ambos lados del bulevar la gente caminaba apresurada hacia el terminal de la estación. Una mirada en torno le cercioró de que esos primeros cien metros de caminata serían el terreno de prueba de su prudencia, una prueba de su confianza en Dios y una buena oportunidad para descubrir el temperamento real del pueblo de París.

Estas fueron las calles que habían conocido Madama Guillotine, Danton y Robespierre... Estos fueron los paredones que sirvieron de liza para el frenesí de las multitudes reclamando libertad, igualdad y fraternidad, aunque tanto los hombres como las mujeres habían sido despojados de sus mismos derechos. En aquella pesada y neblinosa atmósfera tañían las campanas de Notre Dame; la diosa Razón había sido entronizada. ¡Cuán claramente lo recordaba el prior! A pesar de ventosa humedad de la mañana, el Padre Eutropio comenzó a transpirar. De las calles laterales afluía más y más gente al bulevar principal; el resonar de sus pasos y el murmullo de sus voces... todo adquiría mayor sonoridad. Y por el centro de todo ese movimiento marchaban las dos filas alineadas de los monjes silenciosos, conducidos por el sacerdote cargando la alargada y delgada cruz.

Los ojos del prior flechaban ambos lados del bulevar mientras caminaba con firmeza, sin apresuramiento. Pero cuando divisó un grupo formado en la esquina de una calle delantera, su respiración

se hizo más dificultosa. Cada paso de avance de los trapenses los acercaba más al grupo de gente, cada vez más crecido. ¿Era gente hostil? No pudo determinarlo. Las mujeres miraban hacia el suelo..., estarían buscando piedras. El murmullo de la multitud se hizo más perceptible y definido. Era la primera vez desde que había salido de Melleray, en que el prior sintió que sus fuerzas le fallaban. Avanzó cinco pasos, luego cuatro. Sentía que la cruz le pesaba tremendamente. De pronto cesó el murmullo de la multitud. Y este silencio le dejó sorprendido.

Un movimiento de la multitud enfrentó al sacerdote con ella. Estaba dispuesto para la lluvia de piedras. Pero instantáneamente su corazón palpitó de alegría y de gratitud a Dios, pues en medio aquella aglomeración, las mujeres buscaban espacio para arrodillarse y reverenciar a la cruz.

El Superior estaba entre aturdido y deslumbrado. Solamente cuando, poco después, alzó la vista hacia los edificios, se dio cuenta que se había apartado de los suyos y de que se hallaba extraviado en una calle lateral. Concentrándose con esfuerzos para recordar la ruta que el desconocido le hiciera recorrer, el Padre Eutropio tuvo certeza de que se había conducido en la debida dirección, pero ahora a través de una calle equivocada. Se volvió hacia la izquierda en la próxima esquina, pero instantáneamente acortó sus pasos. Allí, a la distancia de unos ochenta metros, estaba una compañía de soldados... ¡armados! Lo habían visto. Retirarse sería provocar suspicacias. Detenerse sería atemorizar a sus monjes, que de nuevo le seguían. Reanudó, pues, sus firmes pasos acostumbrados. Pero su corazón le golpeaba el pecho, y pidió a Dios fortaleza cuando vio que los soldados, formados en escuadra regular, manipulaban con sus mosquetes. ¿Podría ser

que los soldados disparasen sobre él y sus hombres sin hacerles una sola pregunta? ¿Podría ser que los fusilaran así...? ¡Pero no! La orden que resonó en seguida no fue la de ¡fuego! Fue la de ¡presenten armas!

Era un saludo que ofrecían a la cruz sin afrentar o injuriar el silencio de sus seguidores. El Padre Eutropio se conmovió de emoción. Pasó al lado de la guardia casi elevado a la región del éxtasis. Temblando de exaltación se volvió hacia la próxima avenida y desde allí buscó, y encontró con la mirada los paredones del seminario del Espíritu Santo. Con el corazón casi quebrantado de gratitud, murmuró: ¡Tú has dado tus ángeles para que te cuidaran!

El Hermano de la portería del seminario no tenía, en contraste, tan piadosa frase en sus labios. Había estado esperando casi una hora por la cuadrilla de monjes para lo cual su Superior le ordenara que se levantase antes del alba. Pero antes de que profiriese una palabra, el Padre Mennet apareció musitando:

— *¡Mon Dieu!* ¡Padre..., Padre!... ¿no salió de la estación derecho hacia aquí?

Y como la única respuesta del Padre Eutropio consistió en una suave sonrisa, el obispo electo continuó:

— ¡Por las calles de París en el primer año de la nueva república, con la cruz a cuestas y vuestros monjes con los rosarios en las manos! ¿No habréis abusado?

Los ojos del Padre Eutropio brillaron.

—Edificante, Monseñor, edificante —exclamó—. Se me había dicho que no esperase que la gente de Paris demostrara la reverencia con que fuimos recibidos en Ancenis y Tours. ¡Hemos recibido más! Monseñor: la gente se arrodilló en las calles cuando

pasamos y los soldados saludaron nuestra presencia ¡presentando armas!

Y el prior se quedó mirando cómo el Padre Mennet se mesaba la cabeza asombrado.

Durante algunos minutos el obispo electo se quedó como clavado, contemplando las dos columnas de monjes. Luego dijo gentilmente:

—Con tal escolta, la cruz es elocuente.

CAPÍTULO II

EL MAR ES SU CLAUSTRO

El Padre Eutropio tenía grandes planes para su día en París. Con sus monjes albergados en el seminario del Espíritu Santo se dispuso con entusiasmo para visitar a muchos amigos de Melleray y arreglar con ellos buenos negocios. Sin embargo, en la tarde su entusiasmo se había desvanecido porque los funcionarios ferroviarios de la capital eran hombres muy ocupados y, por otra parte, la inestabilidad de las finanzas de la nueva república entorpecía y coartaba aun a los más ardientes amigos de los trapenses.

Al caer de la noche el Superior regresó al seminario decepcionado pero no desanimado. Comunicó a la guarecida y descansada compañía su buena suerte por haber conseguido de los jefes ferro-anos el mismo descuento para el viaje hasta El Havre que obtuviera hasta Paris, o sea la mitad de tarifa. No dijo nada acerca de su inhabilidad para conseguir un préstamo. Y así fue como la bien recibida comunidad cruzó la ciudad para albergarse en los dominios Monseñor Riant, que insistió en que permanecieran allí hasta la hora de la salida del tren.

Poco antes de las once, los silenciosos monjes se trasbordaban a los vagones de segunda clase y se las arreglaron para otro viaje en la noche. Con satisfacción advirtió el prior cómo se habían acostumbrado a los inconvenientes del viaje en tren y la

disposición con que ajustaron todas sus cosas. Sin embargo, cuando contó las cabezas de sus hombres, de nuevo se impresionó por el sorprendente contraste de edades y juventudes, de salud y debilidad que caracterizaba al grupo.

A la seis de la mañana siguiente el prior escrutó a través de la ventanilla cuando el tren penetraba lentamente en la estación de El Havre. Una observación de la temperatura le hizo volverse hacia el Padre Eutimio para decirle.

—Francia seguramente sabe cómo "llorar" por la partida de sus hijos. Lo que fue una llovizna en Melleray es un aguacero en El Havre y lo más probable un diluvio antes de que embarquemos. Mire la dirección en que el viento arrastra la lluvia.

— ¿Ve usted lo que yo veo? —replicó el viejo sacerdote señalando con un ademán hacia el rincón donde el Padre Emmanuel permanecía atisbando ahora que el tren se había detenido.

—Vamos —dijo el Superior apeándose con agilidad del tren. Un corto espacio bajo la llovizna lo llevó al lado del expectante despensero. Y cuando Emmanuel lamentaba la inclemencia del día, diciendo que tendrían que caminar como tres kilómetros hasta el Hospicio de Ingouville, el prior se rió.

—No se preocupe por eso, Padre, —contestó alegremente. Utilizaremos la llovizna. Y dígame: ¿ha hecho todos los arreglos para el embarque?

El despensero Emmanuel se animó.

—Por supuesto que los he hecho. El *Brunswick* zarpará el día de Todos los Santos. ¿No es un buen presagio?

—Excelente. Significa que disponemos de tiempo hasta el próximo miércoles. Ha de ser bastante.

— ¿Para qué?

—Para que llegue nuestro equipaje. No fue trasbordado al bote en Nantes. Dejé a los Hermanos León, Medardo y Santiago en Ancines al cuidado. Estarán aquí el domingo a última hora. Pero mejor es que nos movamos, pues de lo contrario va a pescar un resfrío nuestro mal pareado grupo.

El despensero no sabía de las meditaciones a que se entregara el Padre Eutropio cuando estudiaba las facciones de sus monjes en los vagones del tren durante los viajes nocturnos de Tours a París y de París a El Havre. El adjetivo empleado por el prior le chocó, sonándole extrañamente. Y, sin embargo, era la misma palabra que afloró a las mentes de los Superiores del Hospicio de Ingouville cuando dieron la bienvenida a los fatigados y mojados monjes después de su caminata bajo la lluvia.

Resultaba, en efecto, una agrupación extraña. Pero la explicación de esa extrañeza era tan simple como la regla de San Benito y pudo haber sido dada perfectamente por el que seleccionó el grupo —Dom Máximo, Abad de Melleray.

Durante meses había orado y reflexionado. Veía que su monasterio se hallaba sobreaglomerado perturbadoramente. No había bastante espacio en la iglesia ni en el refectorio ni en los dormitorios. Cada palmo de suelo ya estaba utilizado. Los monjes tuvieron que dormir en lo que fue calificado como gallineros y hasta en otros rincones nada cómodos. Y los postulantes seguían llegando. El no negaría la entrada a ninguno cuando presumiera que obedecía al llamado de Cristo. Con todo, un monasterio construido para albergar a ciento cincuenta hombres albergaba

ahora a más de doscientos. Naturalmente, se podrían preparar albergues temporales aquí y allí en los amplios espacios de la Abadía, pero pensó que lo más conducente sería, tanto individualmente como para la Orden, establecer una nueva fundación. Y tomó su decisión conociendo muy bien los sacrificios que entrañaría, no sólo para los que se ausentaban, sino también, para los que quedaban. Hombres meritorios para Melleray se perderían para el monasterio. En verdad, cualquier ganancia para el Nuevo Mundo sería una indudable pérdida para el Viejo Mundo. La fundación costaría mucho, peco el Abad persistió, empeñándose en acometer la empresa, y en mayo de 1848, abnegadamente, rindió su corazón con el sacrificio de enviar al Padre Paulino, su prior y consejero de mayor confianza para que, acompañado del Padre Pablo, se embarcase rumbo a América y buscase una región adecuada para un monasterio trapense. Después de este ejemplo su tarea más bien consistió en negar permisos a los voluntarios que en dar órdenes a los religiosos profesos.

Con fecha 7 de agosto el Padre Pablo escribió una carta tan larga e informativa como entusiasta a Melleray, dando cuenta detallada del viaje, de la llegada, de la bienvenida y ofrecimientos que recibieron de varios obispos a lo largo de la costa oriental del nuevo país. Toda esta descripción era, sin embargo, preliminar a la de Getsemaní, que significaba realmente tanto como si los trapenses hubieran arribado a una porción del Paraíso.

El Padre Pablo relataba cómo podría edificarse un monasterio capaz para doscientos o más monjes en aquella plantación cuyo viejo edificio ya podía albergar confortablemente unos sesenta religiosos. Cuando Dom Máximo leyó la suma requerida para la

empresa, también él se sintió en el Paraíso. Con la suma de 25.000 francos se podían adquirir casi 1.500 acres de tierra, un edificio para albergue de sesenta monjes, muchas cabinas adyacentes, un pequeño rebaño, equipo agrícola y una cosecha que sólo pedía ser cogida. El Padre Pablo rogaba una pronta respuesta a su carta y Dom Máximo se consagró a la selección del grupo viajero.

Al principio se decidió por enviar diez o doce en el otoño, reteniendo el mayor grupo de treinta hasta la primavera. Pero a mediados de octubre ciertas advertencias ponderables, provenientes de varias partes, le hicieron abandonar este plan y trazar el alistamiento definitivo. En la noche del 33 de octubre lo leyó ante el Capítulo. Contenía muchas sorpresas e implicaba una inmensa generosidad, pues el nombre de la lista el del Padre Eutropio, el monje que había sido designado prior de Melleray al ausentarse el Padre Paulino a América. Esto fue una sorpresa para muchos, porque el mencionado religioso era un trapense relativamente joven, habiendo profesado apenas hacía dos años. Ello demostraba la total generosidad de Dom Máximo al desprenderse del prior, pues desde que éste tomara los oficios había puesto de manifiesto una actividad emprendedora muy remarcable y una eficiencia y rara cualidad para manejar a los hombres. Hubiera sido la mano derecha de Dom Máximo permaneciendo en la Abadía.

Una sorpresa más grande y hasta una manifestación de mayor
generosidad se desprendía del hecho de que mientras el Padre Pablo, regresaría de Kentucky, el Padre Paulino habría de quedarse, no solamente para recibir a los primeros exploradores,

sino para asumir el cargo de segundo Superior de la nueva comunidad. Y luego toda la lista estaba llena de sorpresas. Leyó:

> Diez y siete miembros de coro, de los cuales catorce son profesos y tres novicios, formarán parte de la nueva comunidad. Son: Padres Eustoquio, Paulino, Eutimio, Beneezet, Roberto, Juan Crisóstomo, Emmanuel, Jerónimo, Timoteo, Doroteo, Eduardo, Efraín, Miguel y Adrian. Los novicios son: Filomeno, Agustín y Benito. A éstos se agregarán *veintitrés miembros de la Hermandad de los legos:* diecinueve de ellos profesos, un novicio consagrado y dos postulantes. Son: Hermanos León, Medardo, Santiago, Carlos, Hilarión, Amadeo, Tomás, Agustín, Teodoreto, David, Saturnino, Mateo, Isaac. Filiberto. Antonino, Julio, Eugenio, Elías y Jerónimo. Orsise, el novicio, Lázaro el consagrado, y los postulantes Jerónimo e Isidoro. Y finalmente tres familiares acompañarán a la comunidad: Julián, Bedoue y el Padre Huig.

Un mocito de doce años llamado Pedro “aumento” los nombres hasta el número de cuarenta y cuatro y recalcó los extremos y contrastes que aparecían en la lista. Los monjes se mostraban intrigados por la presencia en la lista de monjes de blanca cabellera y de advertible curvatura..., hombres viejos en este grupo de exploradores. ¿No requería la fundación de un nuevo monasterio gente joven con todo su entusiasmo y vigor? ¿Por qué entonces estaba alistado el Padre Benezet, un monje del coro con setenta años a cuestas? ¡Ten dría que prepararse para el próximo Mundo, no para el Nuevo! ¿Y qué decir de Isaac, el Hermano lego sesentón? ¿Pertenecía al tipo de los que se enviasen a una región llamada por los indianos "tierra tenebrosa y sangrienta" y que otros describen como territorio virgen? Los tres primeros Hermanos

legos nombrados, así como el único consagrado, rayaban todos en los sesenta. ¿Cómo aglomerar a tantos hombres de edad en un grupo que habría de ser vibrante de juventud? La respuesta no radicaba en el hecho de que la mayoría de los trapenses vivan la edad bíblica y muchos mucho más allá, sino en el más severo hecho de que San Benito redactó su regla cuando el mundo romano estaba podrido por dentro y los bárbaros por fuera conducían a la humanidad hacia el negro abismo en el que viviría durante quinientos años realmente tenebrosos.

Tal vez Dom Máximo no echaba la culpa a San Benito por la presencia del setentón Padre Benezet en el grupo en que se alistara al Hermano Antonino, de diez y ocho años, ni por el contraste que ofrecían postulantes y novicios pareados con hombres ya casi en edad de celebrar su jubileo de oro. Tal vez no habría utilizado su *Legislator* como explicación de la advertible diferencia en fortaleza física entre el enfermizo Padre Juan Crisóstomo y el robusto joven Hermano Elías. Pero la verdad es que San Benito de Nursia elige esta aparentemente mal pareada comunidad cuando requiere que los monasterios de Benedictinos sean edificados alejados de los hábitos y costumbres de los hombres, y que las comunidades benedictinas sean tan completamente independientes y autosuficientes como pueda serlo cualquier hombre mortal. Y debido a que el Padre de los Monjes de Occidente así lo dispuso, los monasterios de Benedictinos se construían en lugares secretos y apartados, en lo más retirado de los valles o bien como colgando de montañas prácticamente inaccesibles. Tales regiones habrían de poseer en potencia cuanto es necesario para la vida del hombre, "tales como agua, molino, huerto, tahona y los utensilios varios para evitar la necesidad de que los monjes se alejen", pues como el mismo San Benito

establece al cerrar su regla, "esto es, sin duda alguna, conveniente para sus almas". Esto se relacionaba con la cuidadosa selección de la aparentemente mal pareada lista. Getsemaní debería tener un tejedor si sus monjes habrían de vestirse; debería tener un herrero forjador si sus caballerías habrían de ser herradas y remendado su vagón rodante; debería tener albañiles para siquiera rivalizar con los monasterios del Viejo Mundo y, por supuesto tendría que tener un panadero, un cocinero, un molinero y un jardinero si sus hombres habrían de alimentarse.

Dom Máximo eligió a sus cuarenta y tres hombres con sumo cuidado. En la lista incluía a un experto apicultor, a un agricultor experimentado, tres fuertes y capaces herreros, un carpintero que podía hacer maravillas con las maderas, un albañil, un tornero y un ingeniero; para las demás necesidades de los monjes vio que la lista suministraba un tejedor, dos zapateros, dos sastres, dos cocineros, dos panaderos y un guarnicionero. El último a quien enlistó y casi se le había olvidado, fue un enfermero. Getsemaní no carecería de manos hábiles. Por eso había enlistado a hombres con espaldas encorvadas y hachas canas en el grupo de los exploradores. La juventud posee energía y entusiasmo, pero no lo que únicamente la edad puede dar: experiencia.

Todo esto fue la parte más fácil de la selección. Cuanto más inclinaba la cabeza orando, más se daba cuenta Dom Máximo de que la tarea más dificultosa no consistía en desenmarañar aquellas vírgenes tierras para construir la Ciudad de Dios, sino en edificar el Cristo Místico sobre los fundamentos del antiguo Adán; el hacer santos de hombres nacidos en el pecado y arrepentidos. Por eso fueron designados siete sacerdotes en el grupo original. El pan y el vino deben ser transubstanciados de modo que las bocas ham-

brientas por Dios sean alimentadas, y para esta "lucha a brazo partido con los poderes de las tinieblas" las almas deben ser fortalecidas con la misma omnipotencia de Dios mediante la gracia del Sacramento de la Penitencia.

Fue este punto el, que mereció más prolongada consideración a Dom Máximo. Sabía que la necesidad de los jóvenes y novatos no era tanto por confesores que los absolviesen de sus pecados, como por la de guías que los condujesen a la montaña de Dios cubierta por nubes. El proporcionaría a Getsemaní sus más inteligentes y despiertos guías, pues las almas de esos novatos habían conducido a la Encarnación de Dios y al Dios-Hombre a la tumba, y eran infinitamente preciosas, y por ellas algún día Dom Máximo tendría que rendir cuenta a Su Creador, Redentor y Pacificador. Debía suministrar a esta comunidad de novatos exploradores, jóvenes inexpertos todavía, hombres maduros capaces de poner de manifiesto la imagen y semejanza de Dios, latente en toda alma humana, con la seguridad y el acierto con que un buen escultor presenta la estatua yacente en la tosca y aún no esculpida piedra. Por supuesto, el Abad oró y reflexionó largamente antes de nombrar a sus hombres. Pero el 23 de octubre sintió que había dado a América lo mejor de Melleray.

Para los no iniciados, este cuidadoso balanceo para la más completa comunidad aparecía extraño y mal pareado, y ninguno estaba menos iniciado que el capitán Thomas del *Brunswick*. Hallábase en la timonera leyendo la lista de los presuntos pasajeros con su primer piloto cuando el Padre Emmanuel, el despensero y mayordomo de la comunidad, se acercó por primera vez a él para rogarle que le mostrara el sector que los monjes habrían de ocupar durante el viaje. El capitán se quedó mirando

fríamente al sacerdote antes de indicarle a su joven ayudante. Caulkins, que así se llamaba, demostró ser mucho más sociable. Condujo al monje al entrepuente y le señaló un amplio sector que éste recorrió, midiéndole con su práctica vista, seleccionando de memoria probables sitios para el altar, el hornillo y el almacenaje. Luego formuló una petición que al joven marino le pareció de lo más extraña. Señalando la escotilla preguntó si podría hacer en ese espacio una especie de separación como para clausurar a los trapenses y aislarlos del resto del personal del barco. Y como el piloto pareciera vacilar, el sacerdote se apresuró a decirle:

—Nosotros proporcionaremos las maderas y los hombres que construirán la separación. Usted comprenderá; nosotros los monjes vivimos aislados y en silencio y quisiéramos vivir así aún mientras viajamos por mar.

Caulkins dio el permiso. Cuando se lo refirió al capitán, éste se atusó los bigotes con dedos nerviosos y luego, con voz áspera, dijo:

—Señor Caulkins; algún bromista práctico trazó esta lista y me ha hecho el jefe de este manicomio flotante. Espero de los altos cielos que nos procuren una trayectoria rápida.

Y como el piloto mostrase su extrañeza, el capitán se le encaró para explicarle:

—Lo que ha hecho usted es precisamente autorizar un monasterio en el entrepuente para una comunidad de monjes extraños y el señor Cabet nos ha favorecido con una comunidad de locos. Sí, digo locos porque han despilfarrado las economías de sus vidas en edificar sobre arena. El tercer grupo de pasajeros será el más pequeño, pero el menos molesto: se trata de agricultores alemanes que intentan establecerse en Minnesota. Pero los

trapenses y ese grupo de locos "cabetianos" que nos proporcionó el señor Cabet...

— ¿Cabetianos? —repitió curioso e interrogativo el primer piloto,

—Su oído es bueno, señor Caulkins —contestó el capitán con entonación burlesca— pero su comprensión no parece tanto.

Luego, dando un capirotazo sobre el atlas, le preguntó a su subalterno:

— ¿Puede señalarme a Icaria en este mapa?

Y como el joven piloto se quedase frotando su mentón meditativamente, el capitán se rió de buena gana para luego agregar:

—Naturalmente que no puede por la simple razón de que no está en el mapa. Y, sin embargo, el mayor número de nuestros pasajeros se dirigen a Icaria. De nuevo su sonora risa estalló en la timonera.

—Esto no tiene sentido, ¿no es así? Icaria, mi amiguito, es el nombre-petardo que Cabet dio a una parte de Texas donde solamente las culebras de cascabel, los topos y las tortugas se arrastran. Ese pirata no cambia barras de oro por buena moneda; únicamente les da a sus víctimas nada menos que arenales pardos, y estos alucinados y engañados franceses, sus víctimas, lo han dado todo por desiertos de arena. Justamente cuando zarpamos de Orleáns vi un resto de la colonia de Cabet enviada a ultramar. Andrajosa, mendicante. La mitad de sus integrantes ya habían muerto por suicidio o por privaciones. Y vamos a albergar ochenta individuos más con el mismo destino. Perspectivas placenteras, ¿no, señor Caulkins? Luego usted "modela" una iglesia para monjes debajo de la cubierta. ¡Ja! ¡Vaya una nave la que yo comando!

De pronto el capitán Thomas abandonó su tono entre sarcástico e irónico para decir con entonación vehemente:

—Pero ni una palabra de esto a ninguno de ellos, Caulkins. Déjelos con sus sueños hasta que estén del otro lado del mar. En cuanto a sus monjes, que hagan su claustro. Yo, por mi parte, nunca lo violaré. Desde este momento le hago a usted cargo de toda la comunidad.

La noticia de que ochenta cabetianos iban a viajar rumbo a América a bordo del *Brunswick* trastornó a alguien más que al capitán Thomas. Cuando el Padre Eutropio lo supo, se enfrentó con su despensero y mayordomo con gesto de inquietud para preguntarle:

— ¿Hay alguna posibilidad de librar a nuestra comunidad de todo contacto con el resto del pasaje?

— ¿Posibilidad? —sonrió con satisfacción el Padre Emmanuel. No es posibilidad, Padre, es ya una seguridad. Antes de que usted arribara en la mañana del viernes ya se comenzó a trabajar en la separación de nuestro sector debajo de la cubierta. Podemos vivir la regla en el mar tan cabalmente como si estuviéramos en el monasterio. Nadie nos molestará.

Esta fue la más consoladora noticia que el Superior había oído desde su partida de Melleray. En la mañana del sábado visitó el barco y quedó altamente complacido con los arreglos que el repostero mayordomo había hecho. Aquella misma tarde compraron un hornillo y dos barricas de harina. Cuando colocaron el hornillo y trasbordaron la harina a su sección, el Padre Enmanuel exclamó sonriente:

—La comunidad puede ahora permitirse el lujo de arrojar algún pan duro al agua.

El Padre Eutropio se limitó a sonreír al sonriente monje y regresó al Hospicio con la mente muy sosegada.

Era todavía muy temprano en la mañana del domingo cuando el despensero se acercó a su Superior que, desde el corredor de enfrente, contemplaba el aguacero con la faz tan rígida como si fuese tallada en piedra. El Padre Enmanuel estudió el ceñudo perfil unos instantes, se acercó suavemente a su Superior y suavemente recitó:

—"La lluvia cae, vienen las inundaciones, los vientos soplan y sacuden la casa"...

Resultaba un perfecto recital, una exacta acotación. Un ceñudo y pardo-sucio firmamento derramaba una implacable lluvia sobre la tierra ya escurridiza y salpicada de charcos, en tanto que un penetrante ventarrón procedente del mar sacudía vidrios y puertas. Cuando el despensero concluyó su acotación, el Superior, sin cambiar una línea de su aspecto, ordenó con tono que quiso ser encrespado:

— ¡Siga!

—..."pero la casa no cayó" — finalizó el despensero con vehemencia.

Entonces el Padre Eutropio se le enfrentó.

—Usted recitó del capítulo correspondiente, pero tomó un párrafo equivocado: nuestra casa *cayó*.

Ante la grima de las facciones del Superior la sonrisa del Padre Emmanuel se desvaneció.

— ¿Quiere usted decir que estamos edificando sobre arena? —preguntó.

—Sobre arena movediza — chasqueó el prior volviéndose hacia la lluvia.

— ¡Diga! —exclamó el sorprendido despensero—: ¿qué diablo le está torturando?

—Uno cuyo nombre es legión, me parece —fue la rápida respuesta—. Los Hermanos León, Medardo y Santiago llegaron esta mañana temprano.

—Bueno.

— ¿Sí? Llegaron sin los equipajes.

—Bien, ¿y dónde está ahora esa impedimenta?

—Eso es lo que yo quisiera saber — contestó disimulando su irritación el Superior.

Y volviéndose a su interlocutor explicó:

—Hoy es domingo. El *Brunswick* zarpa el miércoles. Si las doce toneladas de bultos y equipajes están todavía en Tours, donde nuestros Hermanos las vieron por última vez, tendremos que embarcarnos sin ellas o bien cancelar nuestro viaje con el capitán Thomas.

— ¡No diga eso! — exclamó con tono de reconvención el despensero mayordomo. —Usted va a ver el lugar que nos hemos asegurado. Es ideal. Usted sabe también que una buena parte de los 60.000 francos del Padre Efraín se emplearon en los pasajes y las provisiones. La *Société Océanic* difícilmente nos reintegraría todos esos fondos a estas últimas horas. Y usted no puede quejarse de lo que hicieron.

Los labios del Superior se replegaron con firmeza.

—He pensado en todo eso —respondió vivamente—. Ninguna de esas alternativas es posible para nosotros. Debo irme a París inmediatamente. Traeré el equipaje o...

— ¿Y qué vamos a hacer nosotros? — preguntó el despensero, inclinándose ante la decisión del prior.

— ¡Orar! —replicó el Superior retirándose hacia la puerta—. Y cuando la abrió se volvió para agregar:

—Sigan la orden regular hoy y aquí. Las monjas les cederán la capilla para los oficios divinos. Mañana lleve a algunos consigo y acaben con la obra del entablado en el sector que ocuparemos en el barco. Búsqueme en la mañana del martes.

El Padre Emmanuel lo buscó esa mañana, pero en vano. Hubiera sido un día malhumorado si las doce toneladas de equipaje no hubiesen llegado en el tren de las diez para ser trasbordadas inmediatamente al muelle y luego almacenadas a bordo. Un despensero fatigado aparecía en hora tardía de la noche subiendo la cuesta sobre la que se alza el edificio del Hospicio. Cuando el Padre Eutimio, el Superior en funciones, le dijo que el prior no había llegado aún, murmuró el buen monje:

— ¡Hum! El domingo tuvimos un Superior, pero no el equipaje. El martes tenemos el equipaje pero no al Superior. ¿Qué está demostrando ser esta expedición?

Tirándole de la manga, el Padre Eutimio le condujo hacia el lecho.

—Yo sé lo que usted necesita —musitó—. Los monjes fatigados nunca piensan con optimismo. Déjeme a mí tener

cuidado de las cosas. Usted duerma. El prior llegará en el tren de la mañana. No se inquiete.

El Padre Eutimio tenía razón. Un muy animado Superior bajó del tren en la mañana del miércoles y se encaminó hacia el Hospicio con evidente contento. Tenía muchas cosas divertidas que contar de sus dos días en París. Las doce toneladas de equipaje parecían fuegos fatuos. Las estuvo persiguiendo desde la estación de Ámsterdam a la de Batignole, luego corrió a la estación de Orleáns. Nadie sabía nada del equipaje reclamado. Un agente ferroviario que le oyó decir que el perdido equipaje había sido localizado últimamente en Tours, le informó para que se dirigiese para mayor averiguación a la estación de Yvri, al otro extremo de la ciudad. Y allí se fue el prior y allí, por fin, lo encontré, pero... tenía que ser conducido a través de la ciudad para alcanzar el tren para El Havre, y la estación de Yvri no suministraba carros de transporte. Cuando el Padre Eutropio dio con el sitio en que se alquilaban carros, se encontró con que los precios eran prohibitivos. Luego pasó dos horas desagradables solicitando. Por último obtuvo la deseada y muy necesaria reducción de precio, pero ya era demasiado tarde. El equipaje no podía ser sacado de la estación después de las cuatro de la tarde.

El Superior no sabía que hacer..., casi perdía la chaveta. Era el caso de nuevas súplicas a nuevos funcionarios. Al fin, consiguió un compromiso escrito del empleado de expedición de una estación y otro del empleado receptor de la otra estación. Armado con esos papeles, puso a trabajar a los carreros cargadores, y poco antes de la medianoche presenció cómo se cargaba y ponía en marcha el último cargamento. Pero la paz la recuperó sobre las

cuatro de la madrugada, porque sólo cuando vio el tren para El Havre arrancar con todo el equipaje respiró con jubiloso alivio.

Después de referir este excitante relato, el prior hizo una pausa y lentamente señaló cómo cada contratiempo en el viaje hasta entonces habla resultado una bendición en la desgracia. Sobre todo, este último incidente, pues una vez que el equipaje quedó a salvo, rodando hacia El Havre, el prior hizo lo que en vano había intentado el martes pasado: visitó a muchos amigos en la capital y les habló de la empresa. Y regresó al Hospicio de Ingouville con ochocientos francos, más rico que cuando se ausentara.

—Pero esto —continuó relatando a sus curiosos oyentes— es la más preciosa dádiva de todas.

Y puso sobre la mesa ante la cual se sentaba un magnífico cáliz con su patena.

—Ha sido donado por el Pastor de la iglesia de Santo Tomás de Aquino. Voy a celebrar una misa usando este espléndido regalo[1] por primera vez. Deseo que se congreguen conmigo para dar gracias a Dios por sus abundantes bendiciones y para rogarle protección durante el viaje que vamos a emprender. Y sobre todo, impetrar sus bendiciones para nuestros amigos y benefactores.

Poco después de la tarde la comunidad formó en doble fila, como era de costumbre invariable, dispuesta para partir. Las envolturas de sus mantas se combaban conteniendo los regalos de las madres monjas del Hospicio, que se reunieron en el patio para darles la despedida. Madame de France llevaba de la mano al joven Pedro y llamó la atención del Padre Eutropio por las nuevas vestiduras que lucía, regalo de las monjas. El Superior mostró su

[1] Este cáliz aún se usa en Getsemaní en las grandes festividades.

agradecimiento personal y el de toda la comunidad con palabras henchidas de cordial sinceridad e iba a colgarse su cruz de madera cuando el Padre Hilarión se presentó jadeando para anunciar que el capitán Thomas había decidido no zarpar con su barco hasta el día siguiente a la noche.

La noticia resultó decepcionante para todos, pero el Padre Eutropio la recibió gratamente como una oportunidad para celebrar la gran fiesta de Todos los Santos con las monjas y ofrecer el santo sacrificio para todas las almas. Muchos de la comunidad se alegraron también por la demora, pues ninguna devoción es más querida de los trapenses que la devoción por los muertos.

El dos de noviembre fue un día atareado. Al atardecer el pequeño pero bravo barco *Brunswick* puso la proa al mar y comenzó sus singladuras. Cuando rumbeaba hacia Cheburgo aumentó su velocidad. El capitán Thomas se hallaba fatigado cuando se dirigió hacia su primer piloto, pero no tanto que omitiera dar órdenes perentorias.

—Cuídese del trinquete. Este viento puede ayudarnos en la marcha.

Poco tiempo después sortearon una tormenta y la pequeña embarcación se portó tan valientemente como un perro dogo que se defiende. Los pasajeros adquirieron paciencia y la tripulación cumplió con su deber.

El viernes por la tarde el piloto, en plena tormenta, tropezó con el Padre Eutropio en la base del palo mesana. El trapense vomitaba sangre. Caulkins lo arrastró hasta el entrepuente de la proa. Allí se encontró con otros tres monjes en las mismas malas condiciones que su Superior. Lo que el capitán Thomas llamara una vez santuario, ahora se había convertido en un hospital con

pacientes bastante enfermos. El piloto condujo al Padre Eutropio a su tarima y antes de dejarlo dio al enfermero ciertas apresuradas pero útiles sugestiones para el tratamiento de los enfermos.

El lunes siguiente Caulkins descendió hasta la tarima con dos doctores de las cabinas de primera clase. El Padre Eutropio había enviado un recado urgente a los más capaces médicos de a bordo para que vinieran a ver a los enfermos. El piloto no perdió tiempo y le envió a los dos doctores que viajaban con los cabetianos.

Apenas ambos acababan de descender por las escalerillas cuando ya el Padre Eutropio les daba las gracias por haber venido y les explicaba que uno de sus monjes se hallaba seriamente lastimado. También él se resentía de las sacudidas y golpes del barco, pero buscaba ante todo alivio para los demás. Rápidamente condujo a los médicos a la tarima en que se hallaba acostado el Padre Benezet.

Los médicos se inclinaron sobre el enfermo, le tomaron el pulso y le examinaran los ojos, lo que duró pocos momentos, y luego cambiaron una mirada, incorporándose y alejándose del enfermo. Presumiendo que no querían hablar delante del paciente, el Padre Eutropio los acompañó hasta fuera de la separación. Había leído en sus semblantes y su propia boca mostró un gesto de tristeza.

Ya fuera del compartimiento, se les enfrentó:

— ¿Es parálisis, no es así? —preguntó a los facultativos.

Ambos asintieron con un movimiento de cabeza sin decir palabra.

— ¿Hay peligro real, les parece a ustedes?

— ¿Qué edad tiene el paciente? —preguntó a su vez el más viejo de los doctores.

—Setenta años —informó el prior.

Los médicos volvieron a cambiar una mirada significativa entre sí y movieron sus cabezas con ademán nada alentador. El que antes hablara dijo:

Lo siento mucho, pero nos parece que nada podemos hacer por él.

— ¿Ninguna esperanza? —preguntó con ansiedad el Superior.

—Ninguna a su edad, Padre. Pero consuélese porque experimentará muy poco sufrimiento.

El Padre Eutropio sintió que algo moría dentro de él. ¿Cómo podría decírselo a ese santo anciano que literalmente había importunado con sus ruegos a Dom Máximo para que lo enlistara con los exploradores? Conocía el férvido corazón del viejo monje, ansioso de llegar al Nuevo Mundo. ¡Pero ahora..., en medio del Atlántico!

Los doctores le miraban, esperando atentos ser despedidos.

—Disculpen los señores. Me quedé pensando en otras cosas. Ha sido muy generosa y amable la conducta de ustedes al venir a examinar al enfermo y luego decirme la verdad de su estado. Yo también pensé, pero quería una confirmación profesional. Y ustedes me dispensarán ahora. Debo preparar a mi hijo...

Un momento después el prior se inclinaba sobre el paciente postrado y le informaba:

—Frater Benezet: los dos médicos que le examinaron me dijeron lo que yo ya presumía. Usted sufrió un fuerte golpe anoche.

Usted se halla muy cerca del final del viaje que emprendió con nosotros...

El viejo monje se agitó en su humilde lecho. Su lengua pastosa apenas si logró murmurar distintamente:

— ¿Qué dice usted, Padre mío?

—Que va usted a emprender un viaje más grande, Frater. Usted se va a la morada de Dios.

En los ojos del enfermo brilló un extraño fuego. Hizo un esfuerzo para incorporarse, pero no pudo. En un instante su voz se tornó más clara. Mirando fijamente a los ojos de su Superior, dijo como si adivinara:

— ¡Usted quiere decir que voy a morir!

El Padre Eutropio lo miró con sorpresa compasiva. El paciente adivinaba y no preguntaba.

—Sí, Frater —le confirmó finalmente: —eso quiere decir exactamente. Los doctores...

Pero el prior no continuó. El viejo monje, que había logrado Incorporarse con la ayuda del prior, se desplomó de espaldas sobre el lecho y sus labios cárdenos produjeron un sonido que casi era una nota musical. El Padre Eutropio volvió a inclinarse sobre él y le oyó murmurar:

— ¡Oh, cómo me ama el buen Dios..., cómo me ama!

Pocos momentos después volvió a agitarse. Asomaron lágrimas a sus ojos cuando, buscando la mirada de su Superior, musitó:

—Usted debe darle gracias por mí, Padre..., usted y la comunidad. ¡Qué bueno ha sido conmigo! ¿Quiere usted darme la Unción, Padre? Quiero estar plenamente preparado.

La comunidad se congregó en torno a la tarima que le servía de lecho. El Padre Eutropio trajo los óleos y le administró la Extrema Unción. Alzó su voz para que se oyera por encima del viento que silbaba resbalando por la superficie del navío, y acompañado por los rumores del agua y las sacudidas del barco, comenzó a rezar las oraciones de los moribundos. El Padre Benezet las reconoció y sacudió con vehemencia la cabeza.

El Padre Eutropio se inclinó para oírle:

— ¡Todavía no, Padre! Todavía no... ¡Tengo que sufrir mucho más... por Dios..., antes de morir!

El prior terminó con su ritual y recogió su estola. De nuevo su mirada se posó sobre el postrado monje. Los doctores habían dicho que sufriría poco, pero aquella mano derecha crispada y los tirantes párpados cerrándose sobre los ojos contaban otra historia. El Superior arrimó el taburete que el Padre Timoteo había colocado al lado del lecho y se sentó para vigilar el desenlace. Las horas pasaban y la tormenta seguía rugiendo más fuerte, pero esto se debía a que reinaba un profundo silencio en aquel improvisado claustro. La atención de todos estaba enfocada sobre el lecho del moribundo.

Vino el día, y vino otra noche, y la agonía se prolongaba. Había acertado: tenía que sufrir más. Sin embargo, aunque el dolor surcaba severamente sus facciones y crispaba sus manos, no lograba apagar el tono triunfal, aunque débil, de las palabras que a veces pronunciaba. En estado de agonía se sentía sumamente feliz.

Al tercer día el Superior salió del compartimiento para despejar su cabeza con el aire fresco de la cubierta cuando de pronto se dio cuenta de que se había comunicado muy poco con

los otros miembros de la comunidad desde que comenzara la agonía. Recordó el resfrío que había pescado ante la primera muerte que presenciara en Melleray. Tendría que hacer lo posible para suavizar esta sacudida entre sus novicios. Penetró en el compartimiento y se movió entre sus monjes. Luego se detuvo al lado del Hermano Isaac. Y cuando éste desvió sus ojos del rosario, el prior le preguntó:

— ¿No se siente demasiado mal, Hermano?

— ¿Mal? —exclamó el aludido con fácil y audible murmullo. —Sólo me siento celoso, Padre. Soy casi tan viejo como Benezet. ¿Por qué no me lleva Dios a su morada? Edificaría un Getsemaní desde el firmamento bastante mejor que el que podría edificar sobre la tierra.

El Padre Eutropio le palmeó suavemente la cabeza y siguió avanzando. Si así sentían todos, su inquietud resultaba innecesaria. Pero cuando se enfrentó con Antonino advirtió verdadero pesar en su mirada.

— ¿Realmente vamos a perderle, Padre? —preguntó el joven.

— ¿Perderle? —protestó el prior. ¿Cómo, querido Hermano, si vamos a ganarlo? Precisamente porque se va al Cielo no cesa de pertenecer a la comunidad de Getsemaní, como usted sabe. Hará más por nosotros desde allá...

El joven Hermano se limitó a asentir con un movimiento de cabeza.

—Venga —le dijo el prior tomándole de la mano: —arrodíllese conmigo al lado de su lecho y óigale orar.

Habían caminado algunos pasos cuando uno de los monjes a la cabecera del moribundo ondeó nerviosamente su mano alzada hacia el Superior.

—Apresúrese, Padre. Creo que se está yendo.

El prior soltó la mano de Antonino y se acercó con pasos acelerados a la cabecera de Benezet. Apenas se inclinó ansiosamente sobre el enfermo para en seguida enderezarse y elevar su diestra para trazar la breve fórmula de la absolución. Y antes de que el signo de la cruz se completara, finalizó la agonía de tres días del viejo monje.

—*Benedicite* —exclamó el prior en alta voz.

Cuando el murmullo repetido de *Dominus* le respondió desde todos los ángulos del compartimiento y vio que todas las cabezas se volvían a él, habló de nuevo, y con voz clara y dominando su emoción, dijo:

—Getsemaní, todavía no edificado sobre la tierra, acaba de enviar a su primer representante al Cielo. Frater Benezet ha muerto. Un susurro se escapó del pecho de algunos monjes.

—Demos gracias a Dios —continuó diciendo el Padre Eutropio por esta gran bendición que ha conferido a nuestra joven comunidad. Y roguemos por nuestro amado compañero. Es cuanto quiere de nosotros. Es cuanto necesita.

Las tres de la tarde del martes cinco de noviembre.

* * *

Una hora después se celebraba una extraña entrevista en la timonera. El capitán Thomas tomaba de la mano al Superior trapense y decía:

—Pocos marinos experimentados se hubieran atrevido a lo que usted acaba de hacer. Una ola de las que asaltan por ese lado se lo habría llevado. Un temporal desesperado, señor.

—Yo también estoy de algún modo desesperado —replicó el prior todavía sin poder respirar bien en su batalla con el viento, la lluvia y los vaivenes de la embarcación. Su piloto me dijo que tenía órdenes para enterrar a mi hijo muerto, inmediatamente. Yo y sus Hermanos lo velaremos durante la noche y lo enterraremos mañana con todo el ritual cisterciense.

El capitán gustaba de estos ataques directos. Se sentía acalorado contra ese hombre a quien había evitado cuidadosamente. Hubiera accedido a la petición sin demora si no sintiera la mirada sobre él de su joven piloto. Recordó la orden que había dado y el orgullo con que siempre mantenía sus órdenes, sin nunca rectificarlas. Frunció el ceño. Desviando los ojos del sacerdote se quedó contemplando por la ventanilla de la timonera el rugir de la tormenta. Después de atusarse los bigotes, gruñó:

—Nadie puede estar sobre cubierta con este temporal. Luego, volviéndose hacia el sacerdote, agregó:

—Ustedes harán su velatorio esta noche, pero que esté todo dispuesto para las nueve de la mañana.

Cuando el Padre Eutropio trató de darle las gracias, el receloso capitán se desentendió con un gesto de despedida para el piloto que acompañaba al prior.

La tormenta siguió sacudiendo reciamente toda la noche, y cuando el primer "piloto, venciendo muchas dificultades, se afanaba por vigilarlo todo, se encontró cerca del sector ocupado por los trapenses, y al escuchar ciertos solemnes murmullos sintió

la curiosidad de ver, y penetró para presenciar una escena que jamás soñara presenciar a bordo.

En un féretro abierto, amortajado con blanquísima cogulla, yacía el cuerpo del Frater Benezet. Un altar de madera se alzaba al final del compartimiento.

Dos grandes candelabros, ardiendo a la cabecera del féretro, alumbraban sobre la larga y delgada cruz traída de Melleray por el Padre Eutropio y cargada por él a través de Tours y por las calles de París. Cabe los candelabros se sentaban dos monjes leyendo los salmos de David, versículo por versículo.

El prior le había informado a Caulkins de tales costumbres, pero el piloto no le había comprendido bien en el sentido de que duraban toda la noche. La ceremonia se vigilaba tan cuidadosamente como el mejor de los marinos vigila las tormentas a bordo. Caulkins se detuvo en la sombra escuchando los recios y familiares rumores del *Brunswick* agitado por las embravecidas olas, pero percibiendo, por encima de estos broncos ruidos, la desconocida y monótona salmodia pronunciada por los monjes recitadores. El resto del compartimiento permanecía en la penumbra, pero el piloto pudo distinguir las formas borrosas de la comunidad. Cuando de nuevo regresó a la cubierta notó que la lluvia había cesado y el viento amainado. El funeral podría celebrarse en la mañana.

En la mañana el Padre Eutropio se revistió para el ritual cisterciense del entierro. La comunidad se alineó a cada lado del compartimiento y frente a los dos coros, cantándose solemnemente para impetrar la misericordia de Dios por el viejo trapense fallecido. Mucho antes de las nueve de la mañana se le dieron las últimas aspersiones con agua bendita y el último sahumerio de incienso se

expandió hasta las desnudas vigas del techo. Con todo, cuando la campana del navío dio esa hora, ningún marino apareció, pues el *Brunswick* todavía se deslizaba tambaleándose por un mar torturado.

A la una el piloto descendió por las escalerillas con cuatro marineros que cargaban cuerdas y algo parecido a unas angarillas. El viento se había aquietado y todos se mostraban ansiosos de proceder cuanto antes.

— ¿Todo está dispuesto, Padre? —preguntó el piloto amablemente.

Y al ver que el sacerdote asentía con un movimiento de cabeza afirmativo, Caulkins dio órdenes para que alzasen el cadáver del féretro y lo colocasen sobre las angarillas. El Hermano Antonino estaba llorando cuando el Padre Eutropio dio al cantor la indicación de entonar el *Chorus Angeloum*. El subcantor siguió la entonación con *In exitu Israel*... y la procesión trapense salió del compartimiento encabezada por un monje que cargaba la larga cruz de madera.

Los pasajeros y la tripulación agrupados por la cubierta miraban con curiosidad y hablaban nerviosamente hasta que la cruz apareció y un gran silencio se produjo. Finalmente se ataron sacos de arena a los pies del cadáver y entonces el Padre Eutropio se acercó más y musitó los últimos responsos. Al concluir la postrera oración todos los monjes de la comunidad se arrodillaron inclinados para rezar el *Domine miserere super peccatore*. "Señor, ten piedad de un pecador".

Y todavía sorteando los ramalazos de la tormenta, se procedió a la última ceremonia. El Padre Eutropio retrocedió unos pasos para permitir a los marineros que cumpliesen con su deber.

Y el cuerpo del viejo monje, hábilmente deslizado de las angarillas y sujetado con las cuerdas, cayó sobre el agua, produciendo un pequeño y efímero burbujeo. Y el *Brunswick*, que había virado para casi detenerse, tomó de nuevo rumbo hacia el oeste.

El Padre Eutropio trazó una cruz sobre las aguas. Las lágrimas empapaban sus ojos, pero se volvió a sus monjes resueltamente y los condujo hacia el compartimiento entonando los siete salmos penitenciales. Los pasajeros contemplaron la fúnebre escena hasta que los religiosos desaparecieron de la cubierta y se extinguieron los últimos ecos de las oraciones. Luego se dirigieron a sus cabinas.

Arriba, en la timonera, el capitán Thomas movía su pipa entre los labios, sujetándola con los dientes, y sin volverse hacia su piloto, que ya estaba a su lado, dijo:

—Ahora comprendo.

— ¿Qué, señor? —preguntó intrigado el subalterno.

—Lo que hace tan diferentes a esos hombres.

— ¿Su silencio y sus cánticos?

—No precisamente eso: ¡su creencia! Esos hombres creen realmente lo que otros hombres sólo profesan creer. Creen en el próximo mundo.

Fueron las mejores palabras que el piloto oyera a su capitán acerca de la comunidad enclaustrada debajo de la cubierta y se maravilló de la penetración del viejo lobo de mar.

CAPÍTULO III

"APARECIDOS" EN EL HERMOSO OHIO

Durante las tres siguientes semanas el *Brunswick* disfrutó de un magnífico y favorable tiempo, con vientos que lo impulsaban rápidamente sobre aguas muy tranquilas. La determinación del capitán de establecer un "record" de velocidad se convirtió en una especie de fiebre. Día tras día y hora tras hora estudiaba sus mapas y su cuaderno de bitácora. Cuando se acercaban a las Bahamas sorprendió a su joven piloto al anunciarle que estaba dispuesto a apostar que, partiendo siempre derecho, se ahorrarían mil doscientas millas de trayecto.

—Todo lo que necesito es una mano firme y una aguda vigilancia sobre el recio viento que ahora nos favorece.

Luego sus facciones se torcieron en una significativa mueca para agregar:

—Las dos primeras cosas las puedo suministrar yo, ¿pero quién nos responde de la última..., de que el viento no cambie?

—Puede que los trapenses nos puedan ayudar en esto —sugirió Caulkins con cierta timidez.

Había advertido que el antagonismo del capitán para con los trapenses descendiera considerablemente, pero aún no estaba seguro del todo que se hubiera convertido en amistad. Pequeños surcos arrugaron las extremidades de los ojos del capitán. Todavía

no había explicado al joven Caulkins por qué quebrantara su resolución con respecto a no violar la "clausura" de los trapenses. Se limitó, pues, a contestar cuidadosamente:

—Inténtelo con ellos.

Para el primero de diciembre el *Brunswick* se bañaba en el Golfo de México y como una nueva vida surgió en todo el pasaje. Se había asegurado el "record" de velocidad en su trayectoria de Este a Oeste. Otros anteriores recorridos habían durado no menos de cincuenta días y el presente no pasaría ya de treinta, según los cálculos más cuidadosos. Un nuevo capitán surgía, expansivo y alegre. El piloto no se sorprendió cuando le oyó remarcar con franqueza el contraste entre los monjes y el resto de los pasajeros.

El día del funeral había observado bastante. Los "dolientes", o sea los monjes, eran los únicos que no se atemorizaron por el tremendo temporal, ni se mostraron acobardados en momento alguno. Y cada día que pasaba el contraste se hacía más manifiesto, pues el Padre Eutropio había organizado su comunidad tan pronto como el navío navegó en aguas tranquilas para cumplir con sus monjes la regla tan rigurosamente como si estuvieran en el monasterio de Melleray. El oficio se cantaba a horas fijas. Se establecieron estudios y lecturas para los miembros del coro y labores manuales para los legos. Día tras día se les podía observar en su compartimiento ocupados con sus asignaciones: unos inclinados sobre sus rosarios; otros trenzando cordoncitos delgados para convertirlos en disciplinas, y otros tallando zuecos o repujando sobre cuero. No había momento de ocio ni de día ni de noche para aquellos cuarenta y tres hombres trabajando en absoluto silencio. Y debido a ese orden y constante ocupación, la misma atmósfera de aquel "claustro" infundía paz y sosiego.

En cambio, entre los "cabetianos" la tripulación advirtió de todo un poco... Con frecuencia escuchaban furiosas disputas, presenciando sus querellas y sus desnudos egoísmos. Sin embargo, el colmo del contraste se manifestó en los últimos días del viaje.

El cuatro de diciembre resultó un espléndido día en el golfo. El *Brunswick* y toda la gente que albergaba irradiaban satisfacción. El capitán se frotaba las manos, palmeaba complacido el timón y exclamaba.

—Justamente treinta y dos días desde que zarpamos de El Havre. ¡Qué viajecito!

Y como advirtiera al Padre Eutropio de paso en la cubierta, avanzó hacia él para saludarlo:

— ¡Buen día, Padre! ¿Por qué no trae a todos sus monjes sobre cubierta? Hay magníficas vistas que contemplar. Nueva Orleáns se halla a unas buenas treinta leguas de aquí. No atracaremos hasta mañana. Traiga a su gente. Si se apresura, les mostraré un bello espectáculo.

Cinco minutos después en las dos barandillas laterales de la cubierta se aglomeraban los pasajeros para ver el mar, que el capitán les señalara sonriendo. ¿Qué ocurría? El navío había entrado en la boca del río Misisipi, y bajo la superficie de las aguas se libraba una curiosa y pintoresca batalla entre los peces del río y los del golfo, y con tal furia y abandono, que los costados del navío eran azotados con fuertes coletazos.

—La naturaleza puede ser salvaje, ¿no, padre?

El prior se incorporó de la barandilla y se sorprendió al ver al sonriente capitán a su lado. Y creció su sorpresa cuando le vio

hacer un significativo ademan en dirección a los siempre alborotadores cabetianos y agregar:

—Salvaje, sí, aun la naturaleza humana.

—Cinismo —expresó el sacerdote.

—No del todo —respondió riéndose el viejo marino: —Basta observarlos. Esos hombres sienten tanto amor por usted y sus -monjes como el que sienten esos peces del río por los del golfo. Pero venga; permítame mostrarle algunas maravillas que son menos crueles.

Condujo al sacerdote a lo largo de la cubierta y arrimándose con él al otro extremo de la barandilla, le señaló en la costa una plantación que parecía extenderse indefinidamente…

El Padre Eutropio contempló admirado aquella región de tierra costera poblada de casillas para esclavos y de dos grandes mansiones rodeadas de galerías y de incontables filas de montones de caña de azúcar cortada que se perdían en el horizonte.

—El viejo río hizo construir todo esto —remarcó el capitán.

— ¿Cómo dice? —exclamó el sacerdote.

—Tales son los hechos, Padre. Esta especie de viejo Creso arrastra tanto como un millón de toneladas de sedimentos cada día en el golfo. Puede usted creerlo: estos negros y ricos sedimentos que usted observa parece ser que proceden de la frontera canadiense, donde nuestros inmigrantes alemanes planean establecerse. Los expertos dicen que este río expande sus riquezas sobre veinte y tres millones de acres.

— ¡Oh! Seguramente que ha de ser la tierra de Dios — expresó con natural vehemencia el Padre Eutropio: — ¡tal riqueza natural, tal belleza, tal vastedad!

—No conozco más acerca de estas tierras, Padre —habló cordialmente el capitán, pero este "viejo Mississippi" seguramente que es el río de Dios, pues lo descubrió Ponce de León desde el golfo y lo bautizó con el nombre de Río del Espíritu Santo, y el Padre Marquette, un jesuita, lo exploró desde el Norte, llamándolo el Rio de la Inmaculada Concepción.

Los ojos del Padre Eutropio brillaron.

El Espíritu y su Novia —exclamó en un aliento: ¡qué hermosa coincidencia!

El capitán paseó una mirada bondadosa por este hombre para quien el respeto se había trocado en admiración y la admiración en afecto. Siempre lo veía con el mismo plácido aspecto impregnado de la misma luz que le advirtiera cierto día que, curioseando por las dependencias de la nave, se llegó hasta el sector que ocupaban los cabetianos, donde el sacerdote suministraba sopitas a las niños y atendía a las madres enfermas. Este recuerdo le impulsó a tomar por el hombro al sacerdote casi con rudeza para alejarse con él y luego con mal disimulada irritación:

— ¿Por qué estos hombres cabetianos le odian a usted y a sus monjes?

— ¿Odiar? —repitió interrogativo el prior levantando algo el tono de su voz.

Sintió que el capitán se refería al decreto del Consejo dado al día siguiente de haber invitado a todos para que asistiesen a la misa del domingo en el compartimiento debajo de la cubierta. Los holandeses y los alemanes, con sus respectivas familias,

agradecieron complacidos lo oportunidad que se les brindaba. El primer domingo después del funeral estuvieron presentes en la misa mujeres y niños cabetianos. Pero los hombres se enfurecieron y resolvieron la expulsión de su sector de todo aquel que repitiera la "ofensa". El Superior trapense se enfrentó a este brusco desaire con el arma de la bondad. Les siguió permitiendo que usaran su horno y hasta siguió alimentando a los que recuperaban su salud muy lentamente.

—La palabra odio es muy fuerte, capitán.

—Bueno, pero ¿por qué no los quieren a ustedes?

El Padre Eutropio entornó un tanto sus párpados para preguntar con suave ironía:

— ¿Nos tuvo usted afecto cuando llegamos a bordo?

—Pero entonces no sabía..., no comprendía —se apresuró a protestar el capitán.

—Pues precisamente por lo que usted explica, capitán. Ellos no comprenden. Piensan que nos odian a nosotros, pero es a Dios a quien no aman. Y precisamente porque no conocen a Dios...

— ¿Quién lo conoce? —interrumpió el viejo marino.

Nadie completamente. Pero hasta que los hombres no conozcan algo acerca de Dios, el pecado y de ellos mismos, nunca comprenderán a los trapenses. Estos hombres son víctimas incautas del peor elemento de la tercera república.

— ¡Exactamente! —prorrumpió el capitán azotando la barandilla: —esta república lo mismo que la primera, odia a ustedes, los religiosos. ¿Por qué no se embarcaron para el Nuevo Mundo antes?

El Padre Eutropio se quedó contemplando las cenagosas aguas del Mississippi y las fértiles plantaciones que se extendían a su vista.

—Lo hicimos, capitán, pero ahora, al contemplar estas tierras, me pregunto extrañado, por qué no permanecimos. Algunos años antes de que yo naciera, cierto Dom Urbano Guillet cruzó el Atlántico, desembarcó en Baltimore, fundó un monasterio en Pigeon Hills, Pensilvania, y lo abandonó; fundó dos en Kentucky y los abandonó; fundó el número cuatro en Cahokia, Illinois, y...

— ¿Se refiere usted al Baluarte de los Monjes, cerca de San Luis?

—Pudiera ser, capitán. Estoy citando de memoria. No conozco vuestro país. Pues bien; abandonó ese lugar también. Luego se fue a Nueva York. Después de Waterloo y de la caída de Napoleón regresó a Francia. He pensado con curiosidad qué le habría pasado.

—Bueno; de lo que puede estar seguro es de que nada le ocurrió que se pareciese al espíritu de estos cabetianos. América es la tierra de la libertad.

—No lo diga tan alto, capitán, —expresó el sacerdote, sonriendo. Pueden oírle y entonces querrán agregar algo a la igualdad y la fraternidad.

— ¡Uff! —refunfuñó el capitán. —Linda igualdad están mostrando ellos durante el viaje. En cuanto a la fraternidad..., ¿advirtió usted a ese hombre viejo a quien nadie de los suyos ayuda? Espere hasta mañana...

El capitán no dijo más, pero señaló con un ademán la proa de la nave donde un grupo de cabetianos se aglomeraban hacia la banda de estribor mientras los silenciosos monjes se hallaban a

babor contemplando el grandioso panorama del Nuevo Mundo. El Padre Eutropio siguió la mirada del capitán, notando la separación entre ambos grupos, y sonrió para decir:

—Usted ha transportado a dos bandas de buscadores a través del mar, capitán: una busca oro, la otra busca a Dios.

—Bueno, sí, y sinceramente deseo que ustedes tengan más éxito que el que ellos están predestinados a tener.

— ¿Por qué ese repentino pesimismo?

—Espere hasta mañana.

Pero a la mañana siguiente el prior se había olvidado de las advertencias del capitán. Había mucho en qué ocuparse: prepararse para el registro en la aduana, la transferencia de los equipajes, el cambio de moneda y el viaje por el Mississippi. Los Padres Emmanuel y Eutimio demostraron su habilidad organizando ordenadamente el desembarco de la comunidad, pero era el Hermano Jerónimo quien más llegaba al preocupado corazón del Superior. Parecía estar en todas partes a la vez y siempre haciendo la tarea necesaria. Indudablemente, iba a ser uno de los hombres más meritorios en tierra. Así pensaba el Padre Eutropio al encaminarse hacia las dependencias del capitán con la cabeza llena de preguntas acerca de detalles aduaneros. Le esperaba el más grande de los alivios. El jefe de la aduana se hallaba a bordo del *Brunswick* mientras la nave avanzaba por el medio de la corriente del río. El capitán se lo presentó, explicándole al funcionario la misión de la comunidad. Luego el Padre Eutropio detalló el contenido de las doce toneladas de equipaje. Cuando terminó con la explicación, su interlocutor se sonrió amablemente.

—Usted cree en que es bueno prepararse, ¿no es así, Padre? Me gustará ver las plantaciones de ustedes en Kentucky dentro de

un año o dos. Ha de haber algo digno de ser admirado. No se preocupe por sus cosas. Las pasaré con muy poca o con ninguna inspección. Estoy seguro de que usted no trae contrabando.

Apenas había terminado de hablar cuando un vocerío y ruidos de forcejeo sobre cubierta sorprendió a los tres hombres.

Cuando el barullo aumentó, el capitán saltó de su asiento bramando:

— ¡Caulkins, Caulkins!

El piloto apareció por el mamparo abierto. Parecía enfermo. Su vez tenía un tono temeroso al decir:

—Se han dado cuenta, capitán..., el soplo vino de tierra..., ahora saben que han sido defraudados.

El capitán lo apartó a un lado para moverse y gritar:

— ¡Silencio!

Pero los alborotados y alborotadores no hicieron caso. Maldiciones rasgaban el aire como saetas emponzoñadas. Las mujeres soIlozaban, dando vueltas alocadas, golpeándose el pecho y mesándose los despeinados cabellos. Pegados a sus faldas, los niños asustados, gritaban, agregando más confusión a las desaforadas lamentaciones.

— ¿De qué se trata? ¿Qué pasa? —preguntó ansiosamente el prior.

Los labios del capitán apenas se movieron para medio silbar:

—Cabet es un embaucador, Padre. Esta gente ha malgastado todos los ahorros de su vida en desiertos de arena. Le había dicho ayer…

Una figura se destacó avanzando con los ojos saltones, despidiendo chispazos salvajes. Dirigiéndose derechamente hacia el sacerdote antes de que el capitán, el piloto y el funcionario de la aduana pudieran detenerlo, se agarró a los dos brazos del prior para implorar:

— ¡Dígame qué debo hacer! ¡Están locos! ¡Yo también estoy loco! ¡Todos estamos desesperados!

—Convoque a un consejo —ordenó el prior: —yo hablaré a vuestros jefes.

La brusquedad con que fue impartida la orden tranquilizó al hombre. Veinte minutos después y a pesar de las advertencias del capitán de que estaba arriesgando su vida, el prior hablaba con cinco aturdidos hombres cuyos maldicientes juramentos gradualmente iban aplacándose a medida que el sacerdote hablaba con resuelta firmeza. Cuando advirtió que se calmaban lo bastante para escucharle, les dio su consejo. Después de referirse a la inutilidad de la desesperación y de la vaciedad de sus ásperas murmuraciones, les urgió a que se sometieran a las alternativas de agruparse solidariamente y establecerse en otro lugar que no fuera Icaria, o bien distribuir equitativamente los fondos de que dispusieran y permitir a cada uno que eligiese entre regresar a Francia o buscar otra región en América.

Uno del consejo exclamó impetuosamente:

— ¿Por qué no habla de Dios, sacerdote? ¿Por qué no habla de Dios? ¿Por qué no nos dice si todo será para nuestro bien, que Dios tendrá razón en todas las cosas y en todo caso? ¿Podrá su Dios cuidarse de ese Cabet que...?

Los otros le interrumpieron con murmullos, gestos y palabras. El jefe del consejo dio las gracias al prior y admitió que el consejo

dado era el más claro y acertado que se podía dar en tales circunstancias. Iban a seguirlo inmediatamente.

En menos de una hora se tomó la decisión de distribuir el dinero *pro rata,* proporcionalmente. El anuncio se hizo con un tiro de pistola. Un cabetiano se había metido un proyectil en el cerebro. Cuando dos marineros arrastraban su cadáver, hacia el pasamano de la planchada, el capitán Thomas, atusándose sus mostachos, dijo:

—Vea, señor Caulkins; aprecie la diferencia entre los hombres que creen en Dios y los que no creen. Tuvimos una muerte al principio del viaje, ¿recuerda? Y un suicidio al final. Esos monjes me han hecho más hombre. Debido a ellos me enfrentaré a la vida y a la muerte muy diferentemente.

El Padre Eutropio hizo cuanto pudo para apaciguar a los cabetianos antes de desembarcar para atender a los necesarios arreglos para la última etapa del viaje. Adquirió espacio en la proa de *Martha Washington*, navío que les conduciría desde Nueva Orleáns hasta Louisville. Se entrevistó con el capitán A. R. Irvine en la ciudad y le explicó que llevaba consigo doce toneladas de equipaje que había de transbordarse del *Brunswick* a su nave.

— ¿Cómo lo trasbordaremos? — preguntó ansiosamente recordando los extravíos de Ancenis, Tours, París y El Havre.

—No se inquiete por eso, Padre —fue la cordial respuesta—. Dispondré que mi bote se acerque al *Brunswick* mañana. No será gran tarea transbordarlos y luego apilar debidamente los bultos.

El capitán Irvine era tan bueno de palabra como de obra. Salvando algunos inconvenientes que se presentaron, la operación se llevó a cabo perfectamente. Era ya de noche cuando el capitán zarpó su nave río arriba, pero había luz bastante para que el Padre

Eutropio distinguiera al capitán Thomas y a su piloto Caulkins despidiéndoles con amplio braceo desde el puente de su embarcación. El prior correspondió animosamente, trazando la cruz en el aire. El pequeño navío y sus capaces oficiales merecían tal bendición. Luego se volvió para acomodar a sus monjes en la proa.

Le esperaba una sorpresa. Toda las tarimas estaban ocupadas y calculó en no menos de ciento cincuenta pasajeros rondando en torno de aquella penumbra mal oliente de la no muy limpia proa. El prior trató de acomodar a su gente en algún rincón, pero fracasó.

—Bueno; acomódense lo mejor que puedan para estar juntos — ordenó a sus monjes más cercanos y pongan sus impedimentos en el suelo.

Obedecida la orden, varios de aquellos pasajeros, hombres y mujeres que carecían de ropas sobre las cuales acostarse, se tumbaron sobre las frazadas de los trapenses como si fueran de propiedad común. Los monjes, desconcertados, se volvieron hacia el prior, consultándole con la mirada.

—Por favor, buena gente —dijo con amabilidad—: mis monjes están muy cansados. Han estado trabajando desde la madrugada y ahora necesitan dormir algo.

Ni el menor movimiento se observó en los ocupantes de los improvisados lechos.

Escuchen —recalcó con cierta firmeza—: si no abandonan esas colchas ahora mismo tendré que ver al capitán.

—No hablamos francés — sonó desapacible una voz, coreada por insolentes risotadas.

El Padre Eutropio llamó a su lado al Hermano Hilarión.

—Dígales en el inglés más llano posible que me quejaré de ellos si no dejan inmediatamente nuestras cosas.

Obedeció el Hermano, pero sólo recibió como respuesta más risotadas y burlas.

El Superior, seguido del monje, subió las escalerillas para verse con el capitán, que le escuchó con simpatía. Conocía la aglomerada condición de su proa y pudo imaginarse muy bien el cansancio de los monjes, pero le rogó al prior que se arreglase lo mejor que pudiera por aquella noche.

—Le doy mi palabra, Padre, que haré que le sean devueltas mañana temprano todas las ropas. Resulta prácticamente imposible hacer ahora otra cosa. Debo de permanecer en mi puesto algunas horas todavía. Pero dispongo de una cabina vacía con dos camillas para que usted pueda utilizar. Puede ayudarle algo, especialmente para los más viejos monjes de su comunidad.

La indignación del Padre Eutropio se aplacó.

—Es usted muy amable, capitán —expresó— y ciertamente usted no tiene culpa alguna, pero me siento muy desamparado allá abajo, no sintiéndome capaz de resolver con claridad.

La cabeza del capitán trazó un movimiento comprensivo.

— ¡Huh! Comprendo. No se inquiete, Padre. Se ha explicado bien; pero algunos hombres son bastante mezquinos para tomar ventajas sobre los extraños. Le diré lo que vamos a hacer: traiga a su gente a la cubierta de primera clase. Dígales que traigan una frazada o algo sobre lo cual acostarse. La noche es benigna y estoy seguro que descansarán mejor que en la colmada proa.

El Padre Eutropio sonrió agradecido.

—Capitán, muchas gracias y ahora mismo me apresuro a avisar a mi gente, que bendecirá su generosidad.

De nuevo el capitán demostró ser tan bueno de palabra como le obra. Muy temprano a la mañana siguiente bajó a la proa y su tripulación recogió todas las colchonetas y demás ropas de los trapenses y acomodó a éstos en un sector separado, recomendando severamente a los demás pasajeros que respetasen los derechos de los religiosos. Mientras que la tripulación demarcaba la sección a ocupar, el capitán llamó a un lado al prior y le dijo:

—Diga a sus monjes que pueden pasar el día en la cubierta superior. Informaré a mi tripulación acerca de este privilegio.

¡Cómo disfrutaron los monjes de este privilegio! El Loira les tabla encantado en el pasado octubre, pero aquel Misisipi en los primeros lías de diciembre resultaba un espectáculo magnífico con sus naturales combas, sus bancos con sus grandes malecones y tras ellos las vastas, empinadas y vírgenes florestas.

El Padre Eutropio se preguntaba extrañado qué le habría pasado a Dom Urbano Guillet. Este país le parecía fabulosamente fértil. ¡Cuán fácil le sería a un monasterio sostenerse por sí mismo en tales tierras! Y recordaba que el Padre Pablo había escrito a Getsemaní acerca de la esplendidez de las tierras por él visitadas e investigadas. Y ante tales recuerdos se sintió impaciente por conocer el lugar de su nueva morada.

Que él no era el único ansioso por llegar se hizo notorio en la primera parada del *Martha Washington* para proveerse de combustible. Cada hora consumía cinco pilas grandes de leños. Dos veces al día se detenía ante algún banco de la orilla donde se almacenaban esas maderas, y en cuanto los monjes se dieron

cuenta de estas maniobras se lanzaron por la planchada para cargar leños con los hombres de la tripulación, lo que así hicieron en todas las paradas. Al tercer día el capitán buscó al Padre Eutropio para decirle:

—Padre; me parece equivocado que imponga a su gente ese rudo trabajo. Cierto que parece que disfrutan haciéndolo, lo admiro, pero es demasiado fuerte para ellos.

El prior sonrió.

—Usted no debe olvidar, capitán, que estos hombres trabajan todos los días reciamente en labores manuales y que ahora están confinados a bordo desde hace siete semanas. Con todo, si me pregunta usted por la verdadera explicación de sus excepcionales energías, le contestaré que arden en deseos por llegar a su nueva morada. Harían cualquier cosa con tal de llegar lo antes posible.

— ¡Oh, comprendo! Lamento no disponer de otra caldera para acelerar el viaje, Padre. Sin embargo, ánimo: Atracaremos en Cairo día o día y medio. Después ya no aparece tan lejano Louisville.

Desde Cairo el *Martha Washington* comenzó su ascenso hacia Ohio, "La belle Riviere", como los primitivos exploradores la llamaron.

Se mostraba bella, en verdad, especialmente a la puesta del sol, cuando la estrella vespertina coloreaba sus aguas con tonalidades de oro y carmesí. Los trapenses, a pesar de su impaciencia por llegar, se sentían dichosos al contemplar tierras tan vastas y pintorescas y ríos tan inmensos.

El día en que se aproximaban a la boca del Wabash, dos botes de forma superficial resbalaban rápidos por la corriente del río. El Padre Eutropio los examinó con curiosidad, juzgando que tendrían un largo de trece metros por cuatro de anchura y poco

más de dos metros de profundidad. Advirtió los cuatro remos que batían el agua, dos a cada lado. Cuando la primera de esas balsas-botes resbaló cerca del *Martha Washington*, el prior se acercó a un marinero de la cubierta para preguntarle cómo eran manejados tan extraños botes. El marinero le explicó en seguida que los relativamente cortos remos delanteros estaban compensados por los dos traseros, que ayudaban y obedecían mejor al timón. Agregó que tales y tan simples embarcaciones realizaban viajes de una a tres mil millas a favor de la corriente de aquellos ríos. Al preguntarle de nuevo el sacerdote si eran fáciles de manejar, el marinero se echó a reír.

—Con un experto timonel, probablemente, Padre: pero si el viento les azota torcidamente y si la correntada se encrespa, son dificilísimos de manejar. Muchos, en tales circunstancias: se estrellan contra los bancos de la orilla y se deshacen contra las rocas. Sin embargo, como cuestan menos que nada y casi siempre se estropean al final del viaje, por ser casi imposible detenerlos sin sufrir averías, son muy populares.

Al prior se le aclaró la memoria en cuanto penetraron en la región de Ohio. Había sido en dos de tan singulares botes en los que Dom Urbano viajara procedente desde más allá de Pittsburgb en el verano de 1805. Entonces no había expertos timoneles y por eso se atascaron entre arenales y rocas. Ya fuera de Cincinnati uno de los botes zozobró y el otro llegó a Louisville en muy malas condiciones. El Padre Eutropio recordaba ahora lo leído acerca de los primeros trapenses en América. También recordó que en 1809 habían salido de Kentucky en dos botes flotantes como los vistos por él ahora, y comprendía muy bien las peripecias que soportaron.

— ¡Oh, Dios! —musitó suave y admirativamente—: ¡qué héroes hemos tenido por predecesores! Cuando se volvió hacia el marinero, éste ya se había alejado.

En la noche congregó a su comunidad en la cubierta superior y habló de los "aparecidos" que había visto. La noche se mostraba tranquila y el firmamento plenamente estrellado cuando concluyó con su relato evocativo acerca de los recordados predecesores, y habló con tal vehemencia y sentimiento, que los monjes identificaron su tono con el de la noche del nueve de noviembre en que falleciera el Padre Benezet.

—Seguimos las huellas de los trapenses que nos han dejado una porfía, un desafío que sólo puede ser enfrentado con coraje sobrehumano. Necesitaremos toda la fortaleza de Cristo cuando volvía su faz hacia Jerusalén al acercarse la tercera Pascua; el coraje que lo elevó al escenario de Getsemaní; el amor que derramó durante su calvario. Nosotros únicamente podremos tomar lo que necesitamos para llegar a donde llegaron nuestros antecesores, de Cristo. Padres y Hermanos, dondequiera que vean flotar tan primitivas embarcaciones sobre la corriente de los ríos, recuerden que fue así cómo nuestros predecesores viajaron, y que tendrán que hacerse dignos de tales antecesores.

En el silencio que siguió, la rotación de las ruedas de paleta les sugirió un sentimiento de fuerza y constancia. De nuevo una rápida corriente impulsaba poderosamente al *Martha Washington* bajo la luz de las estrellas y de la pálida luna. El Superior estudió las facciones de los hombres en su torno. El Hermano Antonino miraba hacia la distancia con fija e intrépida mirada. El Hermano Jerónimo sonreía plácidamente. Los otros monjes se mostraban alertas y curiosos. Al concluir con el examen de todas las

expresiones de su comunidad, el prior se convenció de que todos se mostraban impávidos ante la gravedad del "desafío" que suponía el precedente viaje de los trapenses; todos demostraban hallarse conscientes del significado del nombre puesto al lugar que iba a ser de ellos: *Getsemaní*.

Poco conocía entonces el Superior cuán necesaria era la plegaria que casi involuntariamente movió sus labios:

— ¡Oh, Dios! ¡Sosténlos bravos!

CAPÍTULO IV

CAMINO AL CIELO

Diez días después de haberse despedido del capitán Thomas y del *Brunswick*, el Padre Eutropio tamborileaba nervioso sobre la barandilla de la cubierta superior mientras lo nave resbalaba dejando tras sí la represa de Notre Dame du Port, o Portelan, como popularmente se la llamaba. Se había levantado a las cinco de la madrugada y era el último día de navegación. Ya no tendrían que viajar en embarcación alguna; ya no más aglomeraciones que perturbaran el aislamiento de sus monjes, no más inquietudes por el equipaje y por el acomodamiento a bordo, según las reglas del mar.

Y como la embarcación maniobrara con ciertos movimientos derivados y lentos, el prior se volvió a cierto marinero para preguntarle:

—Seguramente nos acercamos a Louisville.

—Oh, no, Padre. Faltan como dos millas. Pero la correntada del río es muy peligrosa para una nave del tamaño de la nuestra y enfilamos hacia la ciudad por el angosto canal que usted ve enfrente.

—Pero estamos como amarrados.

—No tanto, pero se toman las precauciones debidas, Padre. Aquí viene el capitán que le sabrá explicar.

—Buen día, Padre. Siento decirle que tendremos que demorarnos un poco.

— ¡Oh! Espero que no será mucho — exclamó el sacerdote. Estoy ansioso por hacer una visita en Louisville hoy mismo y ya son las diez.

— ¡Hum! — murmuro el capitán. Eso es lo malo. Se me avisó que otra muy lenta embarcación está cruzando el canal en nuestra dirección, y pocas probabilidades tenemos... ¡Oh! ¿Pero qué le estaba diciendo? Por supuesto, usted podrá hacer esa visita, Padre.

Y una amplia sonrisa se extendió por todo el simpático semblante del capitán.

—Hay algo de lo que los nativos se enorgullecen y que usted podrá utilizar: es un tranvía que lo llevará derecho a Louisville. Usted podrá hacer su visita, y luego reunirse con nosotros en el muelle, al final de la calle Quinta. Si puede decirme dónde estará esta noche, me cuidaré de que se le informe en cuanto arribemos.

—Estaré en la morada del obispo Flaget, o bien él sabrá donde verme.

— ¡El obispo Flaget! —dijo sonriente el capitán—. Nada más simple. Todo el mundo en Louisville, y hasta en Kentucky, le conoce. Nuestra parada en Louisville es breve, Padre, pero en seguida le notificaré por un agente el momento en que arribemos.

Cuando el prior trató de darle las gracias por las muchas concesiones y favores recibidos y por la consideración que guardaba para los trapenses, el capitán Irvine le interrumpió para decirle con notoria sinceridad:

—Ha sido un placer y un privilegio, Padre, y por ello yo le doy las gracias a usted. Y quiero pedirle a usted y a sus monjes que me recuerden alguna vez en sus oraciones.

Y se apresuró a retirarse a lo largo de la cubierta.

Aquella misma tarde el Padre Eutropio, acompañado del Padre Emmanuel, se hallaban en la antecámara del despacho del obispo. Oyeron al sirviente entregar su mensaje y luego se miraron sonriendo al escuchar una vieja voz, todavía cálida y suave, que exclamaba:

— ¿Tan pronto? ¡Los trapeases procedentes de Francia! Oh, *Benedicti qui veniunt in nomine Domini!* En esto se abrió la puerta y, como admitió posteriormente el Padre Eutropio, éste pensó que aparecía ante él uno de los patriarcas o profetas.

Benedict Joseph Flaget ya había cumplido los ochenta años y, sin embargo, se sostenía erguido y cómodo. Su sólida cabeza se mostraba cubierta de sedosa cabellera blanca y resplandeciendo de contento colocó ambas manos sobre los hombros del prior para mirarle bien a los ojos. Aparecía como la imagen de la afección paternal.

— ¡Oh, Padres! —exclamó gozoso—, éste es el sueño de mi vida convertido en realidad. Durante casi cuarenta años he venido rogando a vuestros Superiores para que enviasen algunos monjes a mi diócesis. Este continente necesita una ciudad de Dios. Este país necesita una morada exclusiva para oraciones. ¡Oh! Sed bienvenidos, tres veces bienvenidos. No los esperaba tan pronto, pues hubiera ido a su encuentro... ¿Pero dónde están los otros? ¿No los dejaron en el muelle?

Después de esta cordial salutación y ya en su despacho, el prior se presentó a sí mismo y al Padre Emmanuel, explicando al

anciano cómo habían desembarcado en Portelan ellos dos para hacerle una visita y presentarle sus respetos y los de la comunidad. El obispo Flaget no parecía escucharles mientras les acercaba sillas, pero cuando el Padre Eutropio habló de hacer algún arreglo para la noche, exclamó:

— ¿Arreglos? Dispongo de dos patios adjuntos a la iglesia. Han servido de escuela. Tal vez podrán ustedes utilizarlos. Tales patios no se vanaglorian de mucha comodidad, pero están limpios. ¿Puedo dar las órdenes conducentes para que sean preparados?

—Pero eso será demasiado para...

— ¡No, de ningún modo, de ninguno! Un campanilleo hizo comparecer a un joven sacerdote.

—Padre Lavialle: quiero presentarle a algunos de los que Dios me envía para consuelo de mis muchos años y para la seguridad de que mi diócesis tendrá su gracia en abundancia después que yo me vaya. Este es el Padre Eutropio, prior de Getsemaní, y éste el Padre Emmanuel, su procurador.

Luego de expresivas y cordiales frases entre ambas partes, el obispo le indicó acerca de la preparación de los dos patios, terminando con esta advertencia:

—Y, por favor, cuide de que no se me interrumpa durante algunas horas..., si no se trata de una verdadera urgencia. No quiero ser molestado.

En seguida el anciano prelado inquirió curioso acerca del viaje y escuchó el detallado relato a partir de las dificultades en Francia con su nueva república, el fallecimiento y entierro del Padre Benezet, los incidentes con los cabetianos y los "aparecidos" en Ohio, pero, por sobre todo, recalcando la bondad de Dios que suavizó todas las dificultades durante el largo viaje.

El obispo Flaget demostró ser, más que un atento oyente, un interrogador inquisitivo. Disfrutaba con el relato del prior, pero hacía preguntas acerca de la salud de la comunidad, de las reacciones de los monjes con respecto a las comidas servidas a bordo, del promedio de sus edades y de su fortaleza.

El Padre Eutropio se sintió un poquito intrigado ante tanto interrogatorio hasta que el obispo, respaldándose sobre el sillón, refirió a los dos trapenses cómo había conocido a Dom Urbano Guillet, aunque ligeramente, y había visitado su monasterio en la caleta de Casey, y a la comunidad del *Bon Secowrs*.

—Se fueron antes de que yo fuese consagrado obispo de *Bardstown*, pero siempre he lamentado el hecho de tener únicamente trapenses muertos en mi diócesis.

— ¿Trapenses muertos?

— ¿No sabía usted, Padre? Existen ocho tumbas en la base de Prominencia de Rohan. El Padre Esteban Badin con frecuencia decía que no habría ninguna si los trapenses hubieran seguido la regla de San Benito y comido carne.

El obispo observó que el Padre Eutropio presentaba un rostro lleno de sorpresa y sonrió suavemente para continuar:

—Esteban Badin fue el primer sacerdote ordenado en América y el primer apóstol verdadero de Kentucky, pero el hombre de más aguda lengua que yo he conocido. Este es un ejemplo de cómo podía torcer las cosas. Sabía que vosotros, los trapenses, os mostrabais legítimamente orgullosos de la observancia literal de la regla de San Benito. También sabía que debía ser famosa por su prudencia y por la latitud concedida a su primer Superior. Pero él la interpretó rigurosamente, convirtiendo vuestro orgullo en tirantez. Así procedió el querido Padre Esteban. Pero, honestamente,

Padres, raramente carecí de visión de las cosas. Y sus ocurrencias se tornaban más agudas, sin embargo. Desde que los Padres Pablo y Paulino arribaron en el pasado julio, discutimos con frecuencia vuestra situación. Las más sabias cabezas de mi diócesis convienen con las conclusiones del Padre Esteban, aunque no pienso que ninguno de ellos las formularía del modo que él lo hizo.

El obispo seguía sonriendo placenteramente, pero el Padre Eutropio frunció el ceño para preguntar

— ¿Quiere Vuecencia decir que nuestra observancia es demasiado rigurosa para este clima?

La amable sonrisa persistía en el plácido semblante del viejo prelado cuando expresó muy gentilmente:

—Los hechos son hechos, Padres. Tenemos estas ocho tumbas y la prudencia es una virtud cardinal. Sin embargo, estoy seguro de que usted adoptará las más prudentes medidas tan pronto como se acomoden en la nueva morada. Ahora permítanme que les hable de esa nueva morada...

Una hora después el buen obispo enseñaba a los dos monjes las dos habitaciones en las que deseaba que descansasen hasta la hora de la cena. Cuando el Padre Eutropio trató de protestar, diciendo que estaba esperando un mensaje del desembarcadero tan pronto como el *Martha Washington* atracase, Su Señoría sonrió con su peculiar simpatía.

—En el momento que atraque usted lo sabrá —le anunció. Me cuidaré de eso.

Eran las diez de la noche cuando llegó la noticia de la llegada del navío. Diez minutos después el Padre Eutropio llegaba al final de la calle Quinta buceando entre la penumbra del embarcadero

donde la tripulación del *Martha Washington* apilaba apresuradamente equipajes y bultos. Y como el obispo le previniera acerca de los "rateros" que abundaban por allí, el Hermano Jerónimo fue enviado a buscar por las orillas del río troncos de madera secos, con los que se hizo una fogata que alumbraba más que cualquier otro sector de la ciudad. El prior formó un cordón de vigilancia con sus monjes alrededor del equipaje y luego se fue apresuradamente para alquilar algunos carretones. Pocos minutos después regresaba al lado del único carretón que logró alquilar. Por fin, y después de otras acertadas disposiciones y de dejar guardia conveniente vigilando el acarreo del equipaje, se dirigió con su comunidad hacia los patios hospitalarios del obispado.

Por el trayecto averiguó que la comunidad no habla comido en todo el día desde el momento en que el *Martha Washington* penetró en el canal, lo que le hizo cambiar ligeramente sus planes. Tan pronto como llegaron y se fueron acomodando en ambos patios, ordenó que se sirviese pan, queso y sidra. Después del largo y expectante día, tal refrigerio fue recibido con mucha satisfacción. Y aun fue mejor recibido el amplio y limpio suelo sobre el cual extendieron sus colchonetas y frazadas para su primer sueño en tierras de América.

El anciano prelado les saludó a la mañana siguiente con una "orden". Sabía a qué hora habían llegado a sus patios y luego de contemplar las fatigadas facciones de los monjes, se volvió al Padre Eutropio para decirle:

—Ustedes "deben" permanecer aquí un día o dos. Sus monjes necesitan descansar.

Permanecieron tres días. Durante ese tiempo el prior se las arregló para alquilar tres vagonetas que condujeran los monjes a

Getsemaní y hubo de escuchar nuevos argumentos acerca de la necesidad de cambiar la dieta de los trapenses. El obispo, el Padre Lavialle y el coadjutor recientemente consagrado, Martin J. Spalding, seguían insistiendo en que el clima de Kentucky sería una prueba demasiado rigurosa para hombres no carnívoros que solamente hacían una comida verdadera al día. Naturalmente, su argumento irrefutable consistía siempre en el grupo de fallecidos de Dom Urbano.

En cierta ocasión, el Padre Eutropio dijo sonriendo ante algún argumento:

—Hay cosas mucho peores que la muerte, como sabe Vuestra Excelencia.

Los ojos de Benedict Joseph Flaget destellaron una vivísima luz.

— ¡Oh, Padre, cuánta verdad es eso! Pero, gracias a Dios, usted no aprenderá eso por experiencia demasiado pronto. Veo que Dios le ha agraciado con sabiduría. Ya no insistiré más en que coman carne. Confiaré en que usted use los dones que Dios le ha dado. *Cosas mucho peores que la muerte*...

¡Pobre Padre Eutropio! Apenas si se había dado cuenta de que pronunciaba una profecía.

Cuando el veinte de diciembre amaneció frío y lluvioso, el obispo trató de disuadir al prior de su marcha.

— ¿No podría esperar algunos días más? Me sentiría feliz de celebrar con usted y sus monjes las Navidades. El viaje bajo esta lluvia tenaz sería simplemente molesto y hasta peligroso. Bardstown se halla a treinta millas de aquí.

—Monseñor —replicó el prior con una expresión llena de afecto y respeto—, Vuestra Excelencia es la misma bondad. Pero, por favor, no se inquiete por nosotros. Los conductores me han asegurado que pueden llegar a Bardstown antes de que anochezca. Y quiero asegurarle a Vuestra Excelencia que mis hombres ni siquiera advertirán el mal tiempo. Le hago recordar que vamos a nuestra nueva morada después de casi ocho semanas de duro viaje.

Así, pues, los monjes se agruparon en las tres vagonetas abiertas, se calaron bien los sombreros y se acurrucaron convenientemente para aguantar la lluvia.

La lluvia les había despedido en Melleray, pensó el Superior; llovía cuando llegaban a El Havre; llovió la primera semana de a bordo. ¡Pero eso no enfriaba ni humedecía sus espíritus!

Pasadas las tres de la tarde el Padre Eutropio se volvió hacia el conductor para preguntarle:

— ¿Estamos todavía muy lejos?

—Tanto como hemos recorrido, Reverendo Señor —fue la respuesta.

— ¿Eso quiere decir que no llegaremos antes de la noche? —Por supuesto. ¿Pero qué más podemos hacer por estas lagunas de fango?

Aunque el prior se sentía impaciente, asintió a lo que decía el hombre. El camino casi era intransitable. Las ruedas se hundían en el barro hasta la mitad y la impedimenta de la carga hacía más difícil la marcha. Habiéndoles distribuido pan, queso y fruta a los monjes para comer por el camino, les anunció al mismo tiempo que no habría parada alguna hasta Bardstown.

Agachándose y protegiéndose mal de la intemperie, los trapenses saborearon la única comida en todo el día.

La noche cayó sobre ellos cuando aún faltaban doce millas para arribar a Bardstown. Para mayores molestias y miserias, uno de los ejes de una vagoneta se rompió, siendo imposible de reparar. Rápidamente llamando a los monjes más jóvenes y vigorosos de la comunidad, el Padre Eutropio ordenó:

—Iremos caminando hasta la población. Ustedes acomódense en los dos vagones y sigan lo más aprisa que puedan.

Y notando la renuencia de algunos a tomar asiento en las vagonetas, dijo sonriendo:

—No nos envidien porque hemos tomado la mejor porción, pues caminando no tendremos frío, así que arriba con ustedes y tómenlo como pequeña penitencia.

A las doce de la noche, embarrados y calados, el Padre Eutropio y los monjes que le acompañaban a pie y en las dos vagonetas, arribaron a las puertas del Colegio San José, la morada de los Jesuitas en Bardstown. Ni estaban anunciados ni eran esperados. Ni una luz en el colegio. Llamaron repetidamente y sólo el eco respondía.

En tal desesperación, el prior aceptó la sugestión del cantor, y agrupando a toda la comunidad la hizo gritar a coro: *¡trapenses!, ¡trapenses!*

El recio y repetido llamamiento fue mágico: se abrieron ventanas en todos los pisos menos en el primero. Pronto se movieron luces. Se abrieron los portones. Dos Hermanos jesuitas se apresuraron a unir leños secos en el patio y en seguida se iluminó el ambiente. Tres Padres jesuitas ofrecieron ropas secas a los trapenses. A los veinte minutos todos los monjes fueron

conducidos al refectorio donde, sobre largas mesas, humeaban muchos platos...

A la medianoche se les acompañó al patio principal, bastante caldeado y alumbrado por la fogata. El Rector se acercó al Padre Eutropio para decirle tristemente:

—Si los estudiantes no estuvieran durmiendo, les daría sus camas. Me parece vergonzoso que sus monjes tengan que acostarse sobre el suelo para descansar.

— ¡Shss! Guárdeme el secreto, Padre —replicó el prior con una traviesa sonrisa—; que nadie nos oiga, pero los trapenses se sentirían muy incómodos en cualquier otro lecho mejor.

A la mañana siguiente el sacerdote de la comunidad dijo la misa y el Padre Eutropio dio la comunión a los no sacerdotes y a los legos. Después de la misa y de dar gracias, los jesuitas condujeron a los monjes al refectorio, pues siendo la fiesta de Santo Tomás, podrían participar de un ligero desayuno. Las negras vestiduras que ahora usaban hacía difícil creer que tales monjes eran los mismos que habían llegado ante aquellas puertas la noche anterior, embarrados y mojados hasta los huesos. Aquellos hombres revivían con entusiasmo y con nuevos ánimos.

Tanto el Rector como el Hermano despensero y otros religiosos jesuitas, insistieron para que se quedaran a cenar, pero para todos tuvo la misma respuesta el Padre Eutropio. Apreciaba tanta generosidad, pero debían reconocer el hecho de que todos sus hombres estaban ansiosos por llegar a su morada.

A las diez de la mañana se presentaron los conductores de las vagonetas con una tercera que reemplazaba a la del eje roto. Se despidieron cordialmente. La última recomendación de los jesuitas consintió en aconsejarles que marchasen por el derrotero de New

Haven, porque el de Turnpike estaría demasiado fangoso. Los caballos que tiraban de las llamadas vagonetas —originales carretones de cuatro ruedas— no parecían tener prisa, ni los conductores los apuraban. El prior no se preocupó mucho. Ese día tendrían que llegar a Getsemaní, pues sólo faltaban doce millas de camino. Tomaron rumbo hacia New Haven y pasearon miradas curiosas por los bosques, campos y ríos que bordeaban la marcha.

Señalaban alegres las vastas extensiones de trigo y las grandes pilas de cereales que de trecho en trecho se veían cerca de algún hogar campesino. En tanto, el Padre Eutropio iba pensando en lo que serían en el verano tan feraces tierras. Fue una excursión fascinadora para todos, que ya iban calculando minuto por minuto su llegada.

Poco después de las dos el conductor de la vagoneta que conducía al Padre Eutropio se inclinó hacia él para decirle algunas palabras. Las facciones del prior se iluminaron e hizo un ademán al hombre para que sujetase las riendas. Luego se levantó de su asiento y gesticuló para que los otros dos conductores traseros se detuvieran. Las otras vagonetas se acercaron para detenerse. Todos los ojos se fijaron en el Superior, que permanecía de pie y descubierto. Su voz tembló algo cuando exclamó:

—Padres y Hermanos; ¡hemos llegado a nuestra morada!

Sin escuchar más, toda la comunidad se apeó de las vagonetas y rodeó al Superior, cuyos ojos brillaban humedecidos por la emoción.

—Arrodillémonos —dijo en un aliento— y demos gracias a Dios por haber llegado sanos y salvos... y pidámosle que nunca nos permita abandonar esta tierra de Getsemaní

No podía confiar mucho más en sí mismo porque las informaciones y los consejos de hombres que se establecieran cerca de aquella ensenada de Pottinger cuarenta y tres años antes; hombres que habían "tropezado" con Kentucky, como el obispo Flaget le advirtiera, para que sus cuerpos se abrasaran de fiebre y sus mentes desvariaran, se agolpaban ahora a su memoria. ¡Qué contraste con la llegada de ellos! Sabía que las ocho tumbas de los compañeros predecesores no estaban muy lejos. Impulsivamente se inclinó y besó la tierra. Pocos minutos después, sintiéndose más confortado y dueño de sí mismo, inició la plegaria con su comunidad entonando un *Pater* y un *Ave* en el silencio de aquella agreste campiña siempre verde. Pocas veces cantaron con tanta unción, y cuando finalizaron con el *Amén*, el sol, desvaneciendo los nubarrones que lo nublaban, apareció radiante derramando sus cálidos rayos. El siempre alerta Superior lo tomó como presagio de buen presagio y gritó gozosamente:

— ¡Vamos!

Durante media hora más, reintegrados a sus asientos de las vagonetas, marcharon por entre los árboles del bosque que pertenecía a su dominio. Los cedros y los pinos les parecieron los mejores de cuantos habían visto, y así, llenos de entusiasmo y después de una pronunciada curva en el camino, se encontraron frente a Getsemaní.

Durante un largo momento contemplaron el principal edificio. Era una simple estructura de madera, de dos pisos, de techos inclinados. Todos los ojos se fijaron en la cruz que coronaba el edificio.

Una y otra vez musitó el Padre Eutropio la palabra *¡hogar!* mientras que indicaba al conductor que acelerase la marcha.

El camino que daba a la entrada principal era corto, pero bien conservado. El prior no perdía un detalle. Sabía que tal propiedad había pertenecido a las Hermanas de Loreto, las cuales dirigieron un orfelinato y una escuela preparatoria para las niñas de la comarca durante treinta años. Sabía también que la presencia de las monjas se denunciaba por la rústica pulcritud de la cercanía. Y mientras se entregaba a éstos y otros recuerdos fue sorprendido por la visión de una figura conocida que avanzaba desde la entrada con los brazos extendidos en señal de bienvenida.

Era el Padre Paulino.

El Superior lo abrazó gozosamente.

— ¡Oh, Padre! ¡Al fin llegaron ustedes! ¡Dios sea loado! ¿Todos están bien? —habló apresuradamente el Padre Paulino, que apenas podía contener su alegría.

El Padre Eutropio le tomó por un brazo cordialmente y le contestó sonriendo:

—Tal vez no tan bien como usted. Nuestras mejillas no están tan redondeadas. Este país seguramente le está sentando bien. Nunca le he visto de mejor aspecto.

—Es verle a usted lo que produce esa magia —contestó el Padre Paulino separándose de él para abrazar al despensero.

El prior vio que todos los monjes se habían apeado de las vagonetas y rodeaban al alegre Padre Paulino.

— ¿Dónde está la capilla, Padre? —preguntó mientras el aludido abrazaba al Padre Eutimio.

—Ahora mismo se la mostraré —contestó el religioso volviéndose hacia la casa.

—No tan aprisa —ordenó el Superior.

—Hermano Antonino, ¿tiene usted la cruz?

—Yo la tengo —dijo el Hermano Isaac.

—Vengan, Padres y Hermanos. Hemos iniciado el viaje con una procesión. Salimos de Melleray siguiendo a la cruz. Entremos, pues, en Getsemaní del mismo modo. Vayamos a la capilla y que nuestro primer acto oficial sea un llamamiento a nuestro Rey.

Y se echó la cruz a cuestas y se asombró de lo poco que pesaba. Recordó lo mucho que le pesara cuando Dom Máximo se la entregó frente al presbiterio de Melleray; también recordó el agobio que sintió cargándola por las calles de París. A bordo del Brunswick, cuando la cargó en el funeral del Padre Benezet, le recordó el calvario. Ahora todo lo que sentía se reducía a pocas palabras: la cruz era la llave del Cielo.

El Padre Paulino le tocó en el hombro cuando llegaron al final del corredor y lo guió hasta el tabernáculo de Cristo. Cuarenta y tres hombres se arrodillaron en la pequeña capilla en aquella tarde cerrada del veintiuno de diciembre de 1848 y se ofrecieron como incienso a quemar para la mayor gloria de Dios.

Fue un espléndido comienzo.

CAPÍTULO V

"CUANDO LAS MONJAS SE VAYAN"

Cuando el prior se acostó en su lecho de paja aquella noche, la única persona que se reflejaba en su mente era el Padre Paulino. No pensaba precisamente en su inteligencia, disposición y acierto en todos los detalles de la recepción; cómo tenía preparados los dormitorios, la ropa, las nuevas colchonetas, el refectorio y los limpios hábitos en cada cubículo. Todos en Melleray apreciaban su capacidad y su espíritu de caridad. Pero lo que maravillaba y admiraba al Padre Eutropio aquella primera ventosa noche era la humildad del hombre. Toda aquella tarde y parte de la noche había demostrado la más delicada deferencia para quien, sólo hacía pocos meses, habla sido su subordinado. Tal ejemplo, tan naturalmente puesto de manifiesto, sería muy estimable para la comunidad, pero al joven Superior le hacía sentirse muy, muy pequeño.

Y cuando una voz burlona en lo profundo de su conciencia, le dijo: "no es a ti sino al Cristo que tú representas al que él reverencia", el prior dio una vuelta en el lecho, estiró la frazada hasta su boca y respondió: "es lo que me hace sentir más humillado. ¿Quién soy yo para representar a Jesús —especialmente ante tales hombres?"

Cierto era que el Padre Paulino los había recibido aquella tarde con los cordiales ofrecimientos del que lo ha preparado todo

para tal hora, pero a la mañana siguiente las cosas cambiaron. El oficio nocturno, de dos horas de duración, fue cantado en la fría capilla de madera. Había sólo un altar para los siete sacerdotes y los misales cistercienses no pudieron ser encontrados hasta después de una hora de búsqueda.

Nadie se sorprendió, pues, cuando oyeron la primera orden del di

—Padre Agustín y Hermano Amadeo: necesitamos dos altares inmediatamente. ¿Pueden ustedes **comprometerse**?

Los dos nombrados asintieron sonriendo y se dirigieron en el acto hacia una de las cabinas que el Padre Paulino había designado para taller de carpintería.

El Padre Emmanuel tenía más asignaciones que hombres la primera mañana. El Hermano Isaac necesitaba cuando menos cinco ayudantes para instalar la ropería y la sastrería. El Hermano Jacinto necesitaba una docena para ayudarlo en sus forjas y almacenaje de aperos de labranza. El sacristán, el cocinero y el encargado de los dormitorios, reclamaban ayudantes para sus variadas labores. El despensero y mayordomo, de tan buena pasta como era, se desvivía por satisfacer a todos, y cuando se dispuso a distribuir el trabajo común, miró en torno y vio al Padre Paulino cerca de los legos postulantes Fernando e Isidoro y al mocito Pedro. Dijo de buen humor:

—La leña que necesitamos está afuera. Hay que mantener más calor en los principales sitios de la casa.

Todos se dirigieron hacia la salida. Detuvo al Padre Paulino murmurándole, siempre de excelente humor:

—Nosotros podemos hacer labor casera, Padre. Está demasiado frío para soportar la intemperie mucho tiempo.

—Espere hasta que las monjas se vayan. Tendremos la sección que ocupan en el convento y todo el espacio que necesitemos.

El despensero acentuó su sonrisa.

—Esa viene siendo su solución para más de un problema. ¿Cuántas habitaciones ocupan esas cinco monjas con todas sus cosas?

—Usted verá. Lo he calculado ya. Esto va a ser un pequeño monasterio compacto y... ¡completo!

—Usted es un optimista, Padre. Casi tan malo como el Padre Pablo. Fue una gran idea que regresase a Francia, porque, de lo contrario, hubiera tenido que responder a varias peliagudas preguntas.

— ¿Por ejemplo?

—El escribió que la casa de aquí albergaría a sesenta monjes. Nosotros sumamos cuarenta y tres y estamos aglomerados.

—Espere a que las monjas se vayan.

— ¿Otra vez? —exclamó riéndose el despensero. Vamos a traer de afuera leña en seguida. Una cosa que no podemos esperar "hasta que las monjas se vayan" es calentar la capilla y el capítulo... ¡Oh! Aquí aparece ahora otra dificultad —suspiró hondamente cuando vio al Hermano Mateo, el cocinero de la comunidad, a quien se le había torcido el escapulario.

— *¡Benedicite!* —exclamó nerviosamente.

Y antes de que se le contestase con el *Dominus*, soltó su queja.

—No soy ningún obrero milagroso; sólo soy un cocinero. ¿Cómo puede usted esperar que haga algo sin disponer de un

horno? Estas monjas tienen un pequeño hornillo que yo no sé manejar. ¿Dónde está el horno que usamos a bordo del *Brunswick*?

Alguien más se muestra "inmediatamente febril" —dijo el Padre Paulino mirando significativamente al despensero.

—Vea, Hermano —replicó el Padre Emmanuel con la reposada y amable sonrisa de siempre—: recuerde a Roma. Todavía no hace un día que estamos aquí. Todas las cosas no están en orden. Tenga un poco de paciencia. Espere hasta que las monjas se vayan.

— ¡Ejemm! —tosió Paulino guiñando el ojo a uno de los postulantes.

— ¿Vamos a observar un ayuno absoluto hasta que ellas se vayan? —inquirió con cierta indignación el cocinero.

— ¡No, no, no! —le calmó riéndose el despensero—. Las buenas monjas se han ofrecido a prepararnos las comidas.

— ¿En ese pequeño hornillo? —exclamó el cocinero. ¡Imposible! No se puede hacer pan en ese aparatillo. ¿Dónde está el Hermano Santiago en todo caso?

—Buscando precisamente un horno para cocer pan como el que usted mencionó. El que usamos en el *Brunswick* mucho me temo que haya quedado en Louisville.

—Ningún horno vino con el equipaje —anunció el Padre Paulino—. Lo he revisado todo.

— ¿Entonces qué vamos a hacer? —se lamentó el cocinero, reflejando sus apuros en la mirada. No podemos vivir con esos menudos pastelitos que hacen las monjas. Necesitamos pan negro con alguna substancia más.

—Lo tendremos en cuanto el Hermano Tomás concluya el horno que se puso a hacer esta mañana. Es mejor que venga con nosotros, Hermano. Deje que las monjas manejen su cocinita a su gusto.

—Sí, y por todos los días que permanezcan aquí. Yo no puedo cocinar en tan pequeña cocinita con tanta gente alrededor...

Y se puso dócilmente en fila, detrás de todos, para ir por leña.

Introducían la tercera carga de leña cuando el prior vino hacia ellos con los Hermanos Hilarión, David y Jerónimo.

— ¡Ah!, Padre Paulino —llamó—, es usted el hombre a quien busco. Estos dos zapateros dicen que no tienen taller y el Hermano Jerónimo ha sugerido algo que quiero que usted oiga.

—En cuanto al taller de zapateros tendremos que esperar...

—Lo sospechaba mucho —replicó el prior—. Ahora escuche lo que el Hermano Jerónimo sugiere. ¿Ve aquella ventana? Da a la parte trasera de la cocina. Bueno, pues él cree que si llevamos las maderas de esas dos pequeñas cabinas a la cima del cerrito, podemos construir una cocina de buen tamaño.

— ¡Espléndido! —exclamó el Padre Emmanuel—. Puede llevarse al Hermano Mateo para que le ayude al derribo, y los dos zapateros, en vez de poner suelas a los zapatos, podrán poner ahora los techos de las cabinas.

— ¿Puede cederme al Padre Paulino? Quisiera que me mostrara los cobertizos y los implementos agrícolas.

—Se lo cedo —contestó el despensero— y consérvelo hasta que las monjas se vayan.

Dieron unas cuantas vueltas alrededor de la propiedad aquella mañana de diciembre, mostrándose el prior encantado con cada nuevo descubrimiento.

Vid las perspectivas para el rebaño y la cría de gallinas, que servirían de núcleos semovientes para lo que se plantara y desarrollara en pocos años. Getsemaní, con sus campos, florestas y pastos, prometía ser lo que San Benito quería que fuese todo monasterio: lugar solitario, simple y bastándose a sí mismo. Cuando el Padre Paulino arrancó un puñado de dorados granos del trigal y explicó las diversas aplicaciones que podrían darse a distintos cereales, los ojos del Superior brillaron de satisfacción.

—Estoy pensando qué nombre dar a este lugar —dijo sonriente—. De acuerdo con el Padre Pablo estoy casi dispuesto a rebautizarlo con el nombre de *Porta Coeli*. ¿Leyó usted la carta que envió desde aquí?

— ¿A Dom Máximo? No. Peto él me dijo que hacía justicia a Getsemaní.

—Ciertamente que sí. Describía un trozo de Paraíso. Pero estoy empezando a comprender...

— ¡Hum! —exhaló sosegadamente el Padre Paulino.

El Superior hizo una mueca graciosa.

—Adivino lo que está usted pensando. Pero antes dígame ¿qué piensa usted de la comunidad?

—Dom Máximo fue generoso. Le dio a usted hombres espléndidos. Eligió cuidadosamente. El despensero no tuvo dificultades esta mañana para encontrar carpinteros, albañiles, herreros forjadores y hasta pastores. Me sorprendió gratamente.

—Y en cuanto al espíritu, magníficos. Si usted los hubiera visto a bordo del *Brunswick* mostrando heroísmo, caridad, abnegación, generosidad, reflexión y prudencia... Nunca lo olvidaré. Estos hombres me avergüenzan…

— ¿Y acerca de los dos postulantes, Padre? Trabajé al lado de ellos esta mañana recogiendo leña. ¿Cree usted que están contentos?

El Superior se arregló la capucha sobre el escapulario que el viento azotara. Por uno u otro motivo, la pregunta, tan simplemente planteada, quedó en el aire. ¿Fue motivada por un secreto temor escondido en las profundidades mentales del subprior o la formuló como un nuevo elogio de la comunidad?

El Padre Eutropio contesto al fin, prudentemente:

—No se han quejado de nada ante mí. Me parecieron excelentes durante el viaje. ¿Por qué me lo ha preguntado?

Paulino sonrió dubitativo.

—Puede que a causa de un sexto sentido, Padre. Tal vez una suspicacia de la mente. Estoy recordando la impresión que me causaron. Es difícil explicar cómo se crean tales impresiones, pero noté algo en ellos...

— ¡Tut tut! Son dos excelentes jóvenes. ¿Qué impresión le causó, el Hermano Jerónimo?

. —Mayo en diciembre —rió Paulino. Apenas si le conocí en Melleray, pera me parece el brote de un capullo ardiendo entre flores de Getsemaní.

—Yo tengo una elevada opinión de él, Padre. Será un verdadero y digno varón.

Se acercaban al edificio principal. El sol ascendía radiante en el firmamento. Los vientos de la noche lo habían despejado. Los cerros que circundaban el monasterio se mostraban coronados de árboles: robles, pinos, cedros. El panorama rural, después de las semanas de agua y cielo, conmovía al prior. Miraba entorno tan contento como un niño.

— ¿Conocen ustedes lo que están contemplando? —sonó una voz interrogativa impregnada de suave cordialidad.

Los dos monjes se volvieron sorprendidos.

—Tan ensimismados se hallaban en su contemplación que ni siquiera advirtieron que yo me acercaba, ¿eh?

— ¡Oh, Hermana Ángela! Usted es justamente la persona adecuada para el Padre Prior. Está lleno de preguntas y usted conoce todas las respuestas.

—Pero yo vengo a preguntarle a él —replicó sonriendo la monja. Reverendo Padre: ¿conoce usted el nombre de este nudo?

— ¿De este qué?

Una risita musical se llevó el viento.

—Discúlpenle: me olvidé de que usted no es de Kentucky. Todos nuestros cerros circundantes son nudos. El que observé que ustedes contemplaban se llama el Nudo de Rohan. Así se llama después que un irlandés, que vivió en Francia, visitó Kentucky, siendo el segundo sacerdote europeo que llegó a estas tierras y el primero en construir una capilla en la región: William de Rohan. En la cima de ese nudo se alza la iglesia de la Santa Cruz y como una milla más allá es donde varios de vuestros Hermanos vivieron —y algunos murieron— hace cuarenta y tres años.

— ¡Pensar en tal cosa! —exclamó el Padre Eutropio cruzando las manos sobre el pecho: —pensar que los trapenses estuvieron aquí antes de que yo naciera; los trapenses alabando a Dios en esta tierra de montañas y bosques y aguas tumultuosas. ¡Cuán hermoso!

—Sí —asintió graciosamente la Hermana Ángela— y cuánto más hermoso hubiera sido si no hubieran muerto en las estribaciones de ese nudo.

Y como los sacerdotes se la quedaran mirando como en blanco, ella continuó:

—Padres hay ocho tumbas a la sombra de ese nudo..., tumbas de trapenses. Ustedes habrán oído de Dom Urbano Guillet, supongo.

—Por supuesto que sí.

Bueno; pues entonces no necesito decirles más. Él les ha dado un ejemplo de lo que no tienen que hacer ustedes.

¿Qué quiere decir, Hermana?

—En el más llano inglés: quiero decir comer, comer carne. Vuestro despensero acaba de estar en la cocina para decimos a nosotras que no debemos servirles a ustedes otra cosa que vegetales... y no muy condimentados. Esto me parece a lo de Dom Urbano Guillet.

—Y a lo de San Bernardo —agregó sonriendo el Padre Eutropio.

—Hablo seriamente, Reverendo Padre —replicó la monja—. Recientemente todavía releí una carta de nuestro fundador, el Padre Nerinckx, escrita cuando estaba aquí con vuestros predecesores. Describe la primera procesión del Bendito

Sacramento celebrada en Kentucky, que recorrió desde la iglesia de la Santa Cruz al monasterio de Dom Urbano, una distancia de una milla aproximadamente. Nuestro fundador no se cansaba de elogiar a vuestros Hermanos y sus trabajos, pero su carta termina así: "Estamos tan encorvados, que pronto seremos capaces de arrastrarnos por la angosta entrada del Cielo. ¡Dios nos lo concede!"

— ¡Amén! —dijo el Padre Eutropio—: es un santo sentimiento.

—Es un sentimiento tonto —replicó la monja—. El Padre Nerinckx era robusto y para convertirlo en algo tan estirado como un paraguas cerrado significa que alguien fue casi culpable de suicidio o asesinato. Yo confío, Padre, en que usted aprovechará la lección de su predecesor.

—Pero Hermana, yo no puedo creer que el clima de América sea tan distinto del de Europa como para que se haga necesario apartarse tan radicalmente de nuestra regla. La abstinencia es una de sus ordenanzas.

—Lo sé —insistió la monja—. Pero seguramente después de las experiencias de Dom Urbano se deberán hacer algunas concesiones. Dejó más hombres yaciendo bajo cruces en América que los que se llevó consigo a su regreso a Francia. Usted no querrá hacer lo mismo.

—Usted me entendió mal, Hermana. "Yo quiero que mis hombres vivan saludablemente. Pero la abstinencia de la carne es disposición esencial de la regla. No digo que sea fácil, ni lo dirán mis hombres; pero cuando nos adherimos a los trapenses sabíamos lo que se nos presentaba por delante. Yo creo que, con la gracia de Dios, guardaremos ese mandamiento.

—Así hizo Dom Urbano.

— ¡Oh, Hermana! Los trapenses han vivido en África. Seguramente que Kentucky no es más caluroso que aquella región continental. Los trapenses han vivido en Rusia con temperaturas de 32 grados bajo cero y en ningún caso comieron carnes. Yo pienso que podemos hacer lo mismo en Getsemaní.

—Entonces mi mejor consejo es que diga a sus hombres que comiencen a hacer féretros en vez de cabinas. Usted tendrá más necesidad de ellos que de las insubstanciales marmitas.

El Padre Eutropio, a pesar de la seriedad del asunto que se debatía, se divertía interiormente al escuchar los viriles argumentos de la buena monja.

—Hermana —expresó con buen humor el prior—: no sé de trapense alguno que haya muerto de inanición. Si yo habré de ser el primero, tengo el consuelo de saber por anticipado que me harán un hermoso funeral...

—Muchas monjas y monjes hablan, piensan y obran así —remarcó la Hermana con tono seco—. Ahora escúcheme, Padre Eutropio; seré breve porque ya se está cocinando la cena para ustedes. Nosotras las loretenses estamos aquí en Getsemaní desde 1818, o sea treinta años largos. Hemos trabajado mucho y rudamente durante todo ese tiempo y, sin embargo, este mismo año pusimos la cruz número quince sobre la tumba de la última Hermana fallecida. Vuestro Dom Urbano dejó muchas tumbas en Cahokia solamente, y sólo estuvieron allí cuatro años. Los números no mienten. Piense en ello y cuando lo haya pensado bien permítame saber qué es lo que quieren ustedes para la cena de Navidad. Yo sugiero pavo.

Y la buena monja se retiró con un gestecillo de terquedad que le sentaba muy bien.

El Superior se volvió a su compañero para decirle:

—Guardó usted perfectamente la regla del silencio, ¿no es así, Padre?

—Cuando la Hermana Ángela habla, yo escucho —contestó el Padre Paulino—. Es un buen medio para aprender cosas. La próxima vez que la vea pregúntele acerca de esta propiedad. Le contará una verdadera historia.

El Padre Eutropio estaba ansioso por conocer tan interesante historia y pensó conocerla aquella misma tarde, pero fue precisamente aquella tarde cuando comprendió profundamente por qué San Sebastián —el mártir muerto a flechazos— había sido elegido Patrón de todos los Superiores. Desde la comida hasta después de las vísperas sus monjes se acercaban a él con problemas, que requerían inmediata solución. "¿Serán bastantes dos altares? ¿Se harán banquillos para el refectorio? ¿Dónde están las vestiduras? ¿Dónde almacenaremos las papas? ¿Tenemos alguna clase de hilo?"

Así, pues, el prior no tuvo tiempo para dedicarlo a la Hermana Ángela ni para inquirir acerca de la propiedad. Ni siquiera tuvo tiempo para reflexionar sobre las "caras largas" que durante toda la comida mostraron los dos legos postulantes. Lo atribuyó ligeramente a cierta nostalgia o fatiga.

La fiesta de Navidad, sin embargo, le proporcionó la ocasión. La Hermana Ángela vino por el menú a preparar. Se le dio: sopa, papas, pan, sidra y trocitos de torta. Y protestó, pero inútilmente. Casi se acaloró cuando le dijo al joven Superior:

—Usted está tratando de que este lugar siga justificando su nombre, ¿no es así?

— ¿La tierra obscura y cruenta? —preguntó el prior riéndose suavemente.

—"Getsemaní" —articuló agudamente la monja para luego ruborizarse y reírse de su propia ansiedad.

—A propósito, Hermana —se apresuró el Padre Eutropio a plantear: — ¿Cómo y por qué se le puso ese nombre? Siento gran curiosidad por saberlo, pues sé por las Escrituras que todo nombre dado antes del nacimiento tiene significación especial. Este lugar fue llamado Getsemaní antes de que nosotros diéramos vida a nuestro monasterio. Me interesa mucho.

—Muy bien —comenzó diciendo la monja: hasta 1785 este lugar era una parte de la tierra que los indios llamaban "obscura y cruenta". Pero en ese año sesenta familias pertenecientes al muy católico condado de Santa María, en Maryland, se reunieron para emigrar a Kentucky...

Luego la monja relató la historia que el prior iba recordando de sus lecturas. Los "marylanderos" emprendieron su marcha por tierra hasta Pittsburg, de donde, en botes, bajaron hasta Ohio para llegar a Maysville. Debido a que parte de aquella región se hallaba infestada de indios agresivos, se dirigieron tierra adentro a la estación de Goodwin, plaza fortificada, donde dejaron a sus mujeres y niños. Los hombres emprendieron la marcha hacia los bosques a lo largo de las lomas de Pottinger y allí se establecieron. Talaron árboles, construyeron cabañas y trabajaron algo la tierra, y entonces trajeron a sus mujeres y niños de la estación de Goodwin y la Loma de Pottinger se convirtió en una colonia laboriosa. Había una cabaña precisamente donde ahora está ubicado el monasterio. Pertenecía a los tres hermanos Dant —Juan Bautista, José y Jaime —. En aquel año de 1785 Jaime era apenas un mocito.

En 1810 la rústica cabaña se convirtió en una sólida casa y los árboles talados dejaron buen espacio para campos de cultivo. Sin embargo, Juan Bautista y José yacían bajo la "obscura y cruenta" tierra y Jaime se quedó dueño de todo el predio con su esposa. No tenían hijos. Vino a vivir con esta familia una prima, Mary Rhodes, con su hermano Bennet. Durante dos años Mary animó la casa con su cariño y alegría. Fue entonces cuando el Padre Nerinckx le habló acerca de la esparcida grey de niños que pululaban por aquel dominio y que crecían sin enseñanza alguna. Mary se fue a la contigua Loma de Hardin, donde trabajaba su hermano Bennet, y le dijo lo que el sacerdote demandaba de ellos. El hombre señaló con la mano dos abandonadas cabañas de la loma y le dijo:

—Son tuyas. Conviértelas si quieres en escuela.

Sin vacilar un momento Mary se puso a la obra, limpiándolas y arreglándolas hasta hacerlas atractivas, y aquellos espacios techados, bajo los cuales se iban disponiendo mesas y banquillos, pronto se vieron colmados de niños descalzos y de niñas de mirada curiosa y trencita que fueron aprendiendo las primeras letras. El Padre Nerinckx, principal preceptor de aquella cuadrilla de chiquilines, se dio cuenta de que necesitaría una segunda Mary, pues los alumnos aumentaban, y oró. Dios le respondió trayéndole a Cristina Stuart. Posteriormente, cuando Ann Hevern se les reunió, el santo sacerdote comprendió que ya tenía el núcleo formativo para sus "Amigas de María al pie de la Cruz"..., el primer convento de monjas norteamericanas en todo Estados Unidos.

En 1818 Jaime Dant quiso hacer algo especial para su querida prima Mary y cedió a la Hermana de Loreto su casa y campo cultivado, estableciendo que todo ello fuese usado para escuela de niñas huérfanas y pobres. La joven comunidad de Hermanas

aceptó agradecida tal donación. Y como la mejor dependencia del edificio había sido, durante años, convertida en capilla por el Padre Nerinckx para bien de todos los vecinos, la antigua finca de Jaime Dant fue conocida en toda la comarca con el nombre de Iglesia de Santa Bárbara. Era una de las diez y ocho pequeñas fundaciones que el celoso pastor estableciera para su grey. De una de las paredes de la que fuera casa de Jaime Dant colgaba un retrato de Santa Bárbara, virgen y mártir, y de ahí el nombre. Resultó natural, pues, que las primeras monjas preguntaran a su fundador si le parecía bien que se llamase Santa Bárbara la escuela.

—No, Hermanas —aconsejó algo sorprendido el sacerdote: vosotras sois las "Amigas de María al pie de la Cruz". Vuestra primera fundación fue llamada Calvario. La segunda será nombrada más apropiadamente *Getsemaní*.

Al terminar su relato la Hermana Ángela explicó al Padre Eutropio:

—Así se desarrolló hasta ahora esa comunidad, Padre. Nosotros la inauguramos con la muerte de una muy preciosa persona —la Hermana Teresa Graundy—. La clausuramos con la muerte de tal vez una más preciosa persona. Poco antes de que arribaran los Padres Pablo y Paulino enterramos a la Madre Josefina Kelly. ¡Cuán excelente mujer! Durante seis años fue nuestra Superiora general y mereció con toda justicia el calificativo de "Amada Madre".

La monja hizo una pausa para mirar por la ventana el pequeño cementerio entre sauces que se extendía en una de las estribaciones de la loma.

—Catorce cruces —murmuró con melancolía—. Es un buen número para tan pequeña comunidad. He de suponer que serán trasladados esos restos a Loreto con nosotras uno de estas días.

— ¡Oh, no diga eso, Hermana! —se apresuró a consolarla el prior—: Ustedes nos han ayudado estos dos días en todo lo que hemos necesitado y ahora yo deseo que permanezcan aquí esos restos benditos. Deje la memoria de esas santas muertas cerca de nosotros, por favor, aquí en Getsemaní, para que sigan rogando por nuestra causa. Le prometo que sus tumbas serán cuidadas diligentemente.

—La causa de Getsemaní está en sus manos —expresó la monjita riéndose—. Cambie la dieta y...

—Olvídese de la dieta, Hermana, y hábleme de algo importante. Yo quiero que esas preciosas reliquias...

—Usted tendrá abundantes reliquias de los suyos si no comen carne. Reflexione, Padre, sea sensible. Contemple al Padre Paulino. Usted deberá admitir que es un monje diferente del que arribó aquí hace seis meses con la piel estirada sobre sus adelgazadas mejillas. Usted mismo recobrará algunos kilos. He estado inquieta por usted desde que arribó. ¿Se encuentra usted bien?

El Padre Eutropio se rió de muy buena gana.

—El Atlántico me adelgazó un tanto, Hermana. Pero estoy seguro que América me compensará, y sin comer carne.

— ¡Oh! ¡Ustedes los trapenses son incorregibles! Renuncio a convencerle, pero antes de retirarme quiero prevenirle que este lugar muy bien puede renunciar a su nombre. Esto es algo terrible para decírselo a usted en la fiesta de Navidad.

—No tanto, Hermana —arguyó suavemente el trapense cuando advirtió que la monja se iba turbando. Después de todo, Getsemaní era la contraparte de Belén y —agregó con una sonrisa radiante— el comienzo de la Ascensión. Fue desde la cima de Getsemaní de donde Cristo subió a los cielos, recuerde.

La monja se incorporó.

—No voy a argüir con usted, Reverendo Padre. Veo que es usted un optimista. Todo el que puede adquirir alegría del pensamiento de una agonía es demasiado para mí. Permítame decirle solamente que siento mucho no poder darle a usted y sus monjes una verdadera cena de Navidad. Pero me es grato comunicarle los mejores deseos de todas nosotras, las de Loreto.

El Padre Eutropio se sintió dichoso de que la entrevista terminase con esta nota cordial placentera. Nunca antes había advertido la conexión entre Belén, Getsemaní y el Monte de la Ascensión. Este pensamiento lo tuvo presente todo el día. Pero si hubiera oído al Padre Paulino cuando hablaba con el despensero en vez de escuchar lo que decía la Hermana Ángela, habría notado una gran diferencia entre la base del Monte de los Olivos y su cima. Getsemaní iba a demostrarle que era el jardín donde la Redención comenzó con sangre.

CAPÍTULO VI

SI EL INVIERNO VIENE...

La Navidad se presentó clara y sorprendentemente benigna. Llegaron visitantes procedentes de New Haven, New Hope y St. Thomas y algunos desde Bardstown, población más distante. Se mostraban curiosos por conocer a esos silenciosos monjes de los cuales habían hablado bastante los diarios.

El Padre Eutropio les dio la bienvenida y los invitó a asistir al oficio y a la misa mayor, pero en esto vio que el Padre Emmanuel tenía entre manos otra tarea "inmediata". La capilla tendría que ser ensanchada.

El Hermano Agustín, jefe de carpinteros de la comunidad, le dijo al despensero que el Hermano Jerónimo era muy capaz para desmantelar en seguida algunas cabinas y construir el necesario ensanche. El Hermano recibió la orden muy contento. Sería muy preferible a descascarar maíz indio con un viento que se metía por los huesos y que dejaba las manos estiradas y ateridas. Se puso a la tarea inmediatamente y sorprendió a todos por su destreza manual y por su inteligencia para planear. Las monjas se fueron el día veintinueve y advirtieron perfectamente que los monjes estarían en condiciones de dar la bienvenida a muchos más visitantes para Año Nuevo, porque el Hermano Jerónimo ya había levantado las paredes del ensanche y el techo correspondiente.

Pero antes de que el frente estuviese terminado, el despensero movía la cabeza y le decía al Padre Paulino

—Algo me temo. Está haciéndose demasiado independiente, Padre. Se resiente si se le dan sugerencias, no importa de donde provengan. No me siento muy seguro con hombres así. No le he dicho nada al prior hasta ahora, pero...

—Por los santos cielos, no lo haga —le rogó el Padre Paulino. Tiene demasiadas cosas entre manos ahora. Como me lo presumía, los dos postulantes han hablado acerca de irse.

— ¿Irse? ¿Adónde le parece que se irían?

—Hablaron de irse a California.

— ¡Oh! —canturreó el despensero—. Eso es lo que hemos logrado por no permanecer enclaustrados durante el viaje. Mientras navegábamos por el Mississippi un grupo de charlatanes ruidosos decía a voces que se había descubierto mucho oro en Sutter's Mill. Oyendo a aquellos tipos se creería que todo el mundo corría hacia el Oeste para atracarse de oro extraído del lecho del río. Oímos algo de esto a bordo del *Brunswick*, pero hasta el mismo capitán Thomas se burló de los que se encandilaban ante la presunta posesión del brillante metal. Cuando supo que nosotros íbamos a América buscando a Dios, se sintió muy complacido. Pero aquel grupo del *Martha Washington*...

—Estoy sorprendido de que el prior les permitiera escuchar a tales hombres.

— ¿Qué podía hacer? No podía ordenarles que permaneciesen silenciosos. Ni yo pensé que algunos de los nuestros se sintiesen afectados por tales conversaciones.

— ¿Fernando e Isidoro no estuvieron tres meses alejados del mundo?

—No, no estuvieron. Y supongo que este monasterio construido con troncos de árboles y todo lo que demanda de generoso sacrificio es demasiado para tales jóvenes. Pero ¿qué es lo que harán entonces?

—Eso es lo que inquieta al prior. No puede devolverlos a Francia y, por otra parte, no quiere que se queden a la aventura en el Nuevo Mundo. Esto le hiere profundamente. Isidoro se vio con él al siguiente día de Navidad; Fernando le habló ayer. Yo hablé con él en su pequeño despacho. Siempre con su mejor sonrisa a flor de labios y con su palabra animosa, pero pude advertir que se hallaba preocupado. No me pareció muy bien de salud. ¿No ha advertido lo mismo últimamente?

—No se ha repuesto todavía de sus marcos a bordo. Sufrió más que ninguno en el viaje, pero muy pocos se dieron cuenta. Tal vez alguno de nosotros nos hubiéramos dado cuenta de haber presenciado cómo cierto día el piloto lo sacó de la cubierta para llevarlo al entrepuente.

—Posee una tremenda voluntad, según he podido darme cuenta.

—La necesitará toda antes de que Getsemaní quede realmente establecido. Me siento achicado cuando pienso en toda la tarea que nos queda por delante. Nos enfrentamos a una tarea más severa que las realizadas en Citeaux, Claraval o La Val Sainte. Tenemos que modelar y entallar nuestra ciudad de Dios en estas selvas vírgenes y sin ayuda alguna. ¿No hay gente noble en el Nuevo Mundo que nos atienda con las excelentes donaciones que...?

— ¡Juh, juh! —medio silbó el Padre Paulino: — ¡Ave María! Nuestro despensero se ha vuelto realista y pesimista.

—Me refiero a los hechos, Padre. Ante usted y yo están otros más viejos que tendrán que trabajar y sufrir.

Una semana después, en la fiesta de la Epifanía, el Padre Paulino recordó tales palabras. El dos de enero el Hermano Isidoro empacó sus escasas pertenencias y se fue. El Hermano Fernando se fue al día siguiente. No fueron muy amargos los sentimientos que tales ausencias produjeron porque se trataba sólo de postulantes. Pero cuando corrió el rumor de que el Hermano Jerónimo también había abandonado el monasterio, se sintió cierta melancolía entre los monjes. Se trataba de un miembro profeso de la comunidad. Tenía votos y ¡había demostrado tan excelentes condiciones y tan extraordinarias promesas últimamente!

La explicación era simple y por ser tan simple, desalentadora. Había tenido una disputa con un compañero de trabajo acerca del modo de hacer cierta cosa y los temperamentos se exaltaron. El despensero pensó que el otro Hermano tenía la mejor idea. El prior no parecía simpatizar con él... y así ocurrió que el Hermano Jerónimo abandonó Getsemaní la mañana del día cuatro.

Cuando Paulino llevó la noticia al prior, éste se lamentó grandemente. Era la primera vez que su subordinado le contemplaba sin el optimismo y la alegre sonrisa de siempre. Aquella misma tarde lo halló hundido en su silla y respirando con dificultad. Cuando el enfermero le examinó en seguida le aconsejó que se acostase. El prior trató de demorar su descanso, pero la fiebre que lo agitaba lo dominó y tuvo que admitir que se hallaba enfermo.

Inmediatamente después del oficio nocturno de la Epifanía, Paulino corrió hacia la habitación del prior, pero se detuvo al entreabrir la puerta. Una voz agonizante balbuceaba dolorida: "¡Oh, Jerónimo, Jerónimo! ¿Por qué has procedido así? Y mis dos postulantes. ¡Oh, mi Dios adorado! ¡Fortaléceme..., dame fuerzas! ¡Mi pobre comunidad! Permíteme servirla este primer año... ¡Y tú, Madre María, Reina del Cister, Nuestra Señora!, cuida de Jerónimo, de Fernando y de Isidoro... y de mí..., este invierno y primavera, Madre...

El Padre Paulino, empuñando el pestillo, entró despacito. La voz cesó en sus lamentaciones.

— ¡Buen día, Padre Prior! — musitó suavemente: — ¿se encuentra mejor?

La contestación no fue inmediata. El enfermo carraspeó para aclarar su pecho y luego habló:

—No lo sé realmente, Padre, pero pienso que usted puede tener razón. Tal vez deberíamos llamar hoy al doctor.

—Consiéntalo, Padre, por favor. Todos nos sentiremos mucho mejor si permite que el médico venga y lo examine.

—Está bien —replicó el enfermo con voz jadeante—. Estoy en sus manos. Haré lo que ustedes crean mejor.

Entonces voy a enviar por el doctor esta mañana. ¿Estuvo el enfermero aquí?

— ¡Oh, sí! Me tomó un poco de sangre, pero la fiebre no se aplaca... Ahora, Padre, pongo a la comunidad en sus manos, y como puedo no restablecerme...

— ¡Oh, oh, Padre! Usted está ahora decaído momentáneamente..., se ha afanado sin descanso durante los dos

meses pasados. Yo creo que ha agarrado un fuerte resfrío, y con un verdadero descanso se repondrá a su tiempo. Trate de dormir ahora. Regresaré pronto.

El prior suspiró débilmente.

—Padre — murmuró: —usted debe escucharme. Sé que estoy enfermo. Pongo a la comunidad en sus manos. No les permita saber lo enfermo que estoy y, pase lo que pase, que nunca desconfíen de Dios. Que siempre estén ocupados... y esperanzados... Nuestra Señora hará el resto.

Y cerró sus ojos, agotado por el esfuerzo que había hecho al hablar.

El Padre Paulino se deslizó suavemente hacia afuera, cruzó apresurado el corredor, descendió por las escaleras, penetró en la capilla y con un ademán silencioso llamó al Padre Emmanuel.

— ¿Se encuentra muy mal el prior? — le preguntó el despensero en cuanto estuvo a su lado y observó el ceño preocupado de su compañero.

—Mucho me lo temo. Me pidió que llamásemos a un médico.

—Entonces ha de estar muy enfermo —expresó el Padre Emmanuel moviendo tristemente su cabeza—. ¿Deberé cabalgar hasta Bardstown?

—Tan pronto como pueda, Padre. Pero que nadie sepa a dónde va y por qué. Esta comunidad viene sufriendo rudas pruebas esta semana pasada y no sé lo que se podrá resistir. En todo caso la opinión del facultativo será mucho más satisfactoria que todas nuestras suposiciones acerca del enfermo. Voy a cantar hoy la misa conventual y nuestro prior ocupará el primer lugar en el

memento. Vea si puede regresar con el doctor Lawrence Berry. Nos lo han recomendado.

Terminaba precisamente la misa mayor cuando el Padre Emmanuel llegaba acompañado por el doctor Berry. Se avisó al subprior en la capilla y los tres se dirigieron a la habitación del enfermo. Mientras el doctor examinaba al paciente, los sacerdotes esperaron en el corredor, pegados a la puerta, escuchando la trabajosa respiración del médico después de haber examinado al paciente. Se reunió con ellos mostrando un rostro grave, pero no dijo nada hasta que descendieron las escaleras.

— ¿Alguien le ha tratado antes, Padre? —cuestionó el facultativo dirigiéndose al Padre Paulino.

El interrogado habló confidencialmente.

—Ciertamente, doctor. Nuestro enfermero le purgó para que la fiebre descendiese, y como esto no diera resultado, le extrajo un poco de sangre.

El temperamento del facultativo se alteró.

— ¡Nunca le permitan tal proceder! —ordenó—: el enfermo fallecería de debilidad y no de otra cosa. ¿Cómo es posible que resista si no tiene la fuerza de una hormiga? Hay que...

Y se detuvo al observar la consternación que se reflejaba en las facciones de sus interlocutores para luego advertirles:

—Ahora atiendan bien, Padres. No quiero significar que abandono toda esperanza de salvarle, pero quiero prevenirles para el futuro. No más purgas fuertes ni sangrías sin el consentimiento de un facultativo. Vuestro prior — ¿así le designan ustedes?— sufre una inflamación del pecho. Pasarán tres o cuatro días antes de que sepamos a qué atenernos. En ese tiempo sobrevendrá una crisis.

Yo vendré mañana. Que tome muchos líquidos y que respire aire fresco.

Cuando el Padre Paulino vio que el despensero acompañaba al doctor hasta la puerta para despedirlo, se volvió en dirección a la iglesia. Quería estar solo con Dios algunos minutos para meditar sobre la situación con visión sobrenatural. Tres o cuatro días y sabrían a qué atenerse —había dicho el doctor— y esto daba tiempo para pedirle fervorosamente al Cielo una rápida curación. No podía suceder tal desgracia en Getsemaní..., ¡no en el primer mes! ¡No podían perder a su Superior! El Padre Eutropio no era solamente el prior del nuevo Getsemaní; era el espíritu del monasterio a construir. ¿Quién, sin él pudo conducirlos desde Francia, arreglando alimentación y albergue en París, cuidándose del equipaje en El Havre, solucionando el rescate de sus colchonetas en el *Martha Washington* y otras muchas dificultades que supo orillar favorablemente? Dom Máximo sabía elegir sabiamente.

El Padre Paulino hundió la cabeza en sus manos y suspiró: —"¡Oh, Señor! Dale salud. Yo no puedo hacer ni siquiera lo que él ha hecho ya. Él ha sabido hacerles laborar alegremente a la intemperie más rígida y dormir, en desabrigados suelos y cantar en heladas capillas... ¡y todo por Ti! Él es un líder. Él puede comunicar a todos el espíritu del Cister. Yo..., ¿qué puedo yo hacer?"

Los tres días pasaron lentamente para el Padre Paulino. Su primer pensamiento al levantarse a las dos de la madrugada era: ¿ocurrirá hoy el cambio? Cada noche terminaba sus plegarias con un ruego especial por la completa salud del enfermo. En la mañana del cuarto día penetró en la habitación del prior. Lo halló mucho

más inquieto que de costumbre. Los ojos que volvió hacia el visitante brillaban sombríamente.

— ¿Cómo se encuentra hoy, Padre? —le preguntó con suave gentileza.

—No puedo decirlo, Padre. Me siento más molesto que nunca, pero tal vez sea un buen síntoma. Los médicos dicen con frecuencia que se debe estar peor antes de mejorar. Pero me parece que debe usted congregar a la comunidad y administrarme los últimos sacramentos.

Y notando la deprimente influencia de sus palabras, el Superior agregó:

—La Extrema Unción, usted sabe, es tanto para el cuerpo como para el alma.

—Naturalmente, naturalmente —se apresuró a contestar bondadosamente el sacerdote—. Congregaré a la comunidad inmediatamente.

El sacerdote ya estaba cruzando la puerta cuando una especie de lamento y el nombre de Jerónimo le hicieron volverse hacia el paciente.

— ¿Qué dice, Padre? —inquirió sin saber si hablaba delirando o en desconsuelo.

—Hay cosas peores que la muerte —balbuceó el enfermo.

Paulino se acercó a su lecho con fraternal solicitud.

—Padre: no ha de reprocharse usted por tal hombre. Sólo era un joven religioso, pero ya lo bastante maduro para saber lo que hacía.

—Padre..., todos somos niños... en muchas cosas. Yo contaba con Jerónimo..., ello me hiere..., también me ha ayudado..., yo conozco ahora lo que significa Getsemaní

El Padre Paulino se inclinó sobre el prior cuya voz resonaba cansada y débil.

—*Fiat* se dice fácilmente con los labios..., pero... para pronunciar esa palabra con... el corazón..., se necesita mucho coraje..., el que da Cristo... La última noche..., Él me dio... ese coraje...: dije *fiat* con mi... corazón... y... estoy dispuesto a irme..., si ésa es su Voluntad.

El subprior se emocionó y no se atrevió a hablar, Arregló la almohada, estiró las mantas y salió para tocar la campana.

El Padre Eutropio tenía los ojos cerrados cuando la comunidad entró y se arrodilló alrededor del lecho y dos monjes examinaban con sentido pesar sus facciones, ávidos de percibir algún signo que les aliviase de sus temores. Pero el enfermo apenas se movió hasta después de haber sido ungido y su pesada respiración se mezclaba con las oraciones de Paulino y las respuestas de los monjes.

Luego de habérsele administrado el viático, la comunidad continuó rezando en torno a su lecho. De pronto se agitó un tanto para decir:

—No os desconsoléis, hijos míos —murmuró con afecto—. El buen Dios me utilizó como instrumento para conduciros a América. Mi labor se ha cumplido. El colocará en manos más capaces el monasterio de Getsemaní. Él quiere que La Trapa se establezca en el Nuevo Mundo sobre una sólida roca. Un sollozo del Hermano Antonino ladeó su cabeza para decirle:

—No se desconsuele, Hermano. Me voy a donde se fue Frater Benezet: a construir Getsemaní desde el Cielo para convertirlo en otro Melleray. Aprended la gran lección del huerto: cuando estéis en agonía, orad más.

Viendo que su Superior se agotaba, el Padre Paulino indicó a los monjes que se retirasen. Al incorporarse el Hermano Antonino, sus labios lanzaron un gemido. El Padre Emmanuel lo tomó por el hombro y nuevamente lo llevó hasta las escaleras.

— ¡Oh, Padre Emmanuel! —sollozó el joven Hermano cuando ya estaban en el corredor de abajo: —Dios no quiere esta fundación. Este lugar no está bendito. Es mejor que nos vayamos a la Martinica, donde se pensó ir en un principio. O regresemos a Francia. Este lugar...

— ¡Shhhs, Hermano! No se excite más. Usted está fatigado y siente la nostalgia de la patria.

—Nostalgia por las bendiciones de Dios. Recuerde todo lo que ha sucedido desde que abandonamos nuestro monasterio patrio. Extraviamos nuestro equipaje apenas salimos; se nos olvidaron en el *Brunswick* dos mil vides para plantar. Frater Benezet murió tan pronto como estuvimos a bordo. Las tormentas y las lluvias se sucedieron casi en todo el viaje. Una de las vagonetas se quebró. Tres de nuestros Hermanos nos abandonaron tan pronto llegamos a estas tierras. Y ahora el Padre prior agoniza. ¿Qué pasa con ustedes, los monjes? ¿No oyen acaso la voz de Dios? Está diciendo que no quiere esta fundación. ¡Oh, Padre! —rogó con vehemencia el joven Hermano— interponga su influencia.. Sáquenos de esta fría región.

Otros miembros de la comunidad vinieron hacia ellos, de modo que el despensero se limitó a señalar la capilla con un ademán y a murmurar:

—Vaya allá. Hermano, y rece para que yo haga lo que Dios quiere. Y volvió a subir las escaleras apresuradamente.

Los afiebrados ojos del enfermo buscaban el crucifijo de la pared de enfrente.

—Sí —balbuceó con lentitud—, me siento algo confuso por sentirme tan tranquilo...

El Padre Paulino advirtió una tenue y dulce sonrisa en sus pálidos labios.

—Algunos de los más grandes santos cuyas vidas he leído —continuó balbuceando el paciente— sentían un justificado temor cuando la muerte se les acercaba. Y yo estoy aquí completamente tranquilo, resignado como nunca lo estuve en mi vida. He adquirido tanta confianza en la misericordia de Dios, que me pregunto si no será una presunción.

—Rechace ese pensamiento —le consoló el Padre Paulino—. Siempre he creído que Dios nos da mucho del Purgatorio aquí en la tierra. Usted ha sufrido el suyo durante los dos meses pasados.

Y mirando también él el crucifijo agregó:

—Y seguramente la vista del crucifijo es bastante para dar al peor de nosotros la suprema confianza en su infinita misericordia. ¡Cuánto nos ama Dios!

—Es verdad —musitaron los labios del paciente—, ¿pero correspondemos a su amor?

—Usted lo está haciendo ahora, si nunca lo hizo antes, aunque yo creo que nunca dejó de hacerlo. Pero usted debe

descansar ahora, Padre. No quiero contradecir al doctor. Precisamente estoy recordando ahora a otro famoso médico que nos hemos olvidado de consultar. Se llama el obispo Flaget. Le, enviaré un recado esta misma mañana pidiéndole que le recuerde a usted en sus oraciones de la misa. Esa es la medicina que necesitamos. Así que no más palabras acerca de morirse.

Al mencionar el nombre del obispo se iluminaron las facciones del prior.

—El santo de Kentucky — suspiró.

—Sí. Y el mejor amigo de Getsemaní. Quien ha obtenido tantas curaciones podrá ciertamente abogar por nuestra causa con su peculiar unción ante el Altísimo. Descanse ahora, Padre. Voy a enviar al Padre Emmanuel inmediatamente a Bardstown. El obispo Flaget sabrá de su estado antes del anochecer.

En cuanto despachó su recado al prelado, el Padre Paulino adquirió mayor confianza. Los nueve días siguientes fueron tal vez los de mayores pruebas para la historia de Getsemaní. El doctor Berry venía con más frecuencia a medida que el enfermo se debilitaba, pero no podía dar mucho ánimo a los entristecidos monjes. Cada día que pasaba parecía hacerse más espesa la capa de niebla que envolvía a todos. El único que mantenía celo y ardor en su alma era el Padre Paulino. Se afanaba por percibir signos de esperanza en todos los detalles. En la mañana y en la noche se dirigía a los monjes con palabras alentadoras. La víspera el doctor le había infundido un tenue aliento acerca de la reacción del enfermo. Hoy la mente de éste se hallaba más despejada. Mañana seguramente la fiebre cedería algo. Y siempre terminaba sus alocuciones con "fue el divino Médico el que dijo: pide y se te concederá. Así, pues, Hermanos, ¡pedid! Y no olvidéis que el santo

de Kentucky está ofreciendo un novenario. Yo no quiero ni puedo creer que Getsemaní vaya a perder a su prior."

El Padre Emmanuel, con su habitual ojo práctico, veía las cosas de forma diferente. Había ordenado al Hermano Isaac que preparase una cogulla especial que sirviera de mortaja, y antes de que los nueve días transcurrieran, la colocó a los pies de la cama del enfermo, y luego le dijo a Paulino que ya había localizado el sitio donde enterrarlo. Sería cerca del cementerio de las Loretas.

—No vayamos a enterrarlo antes de que muera —reprendió el subprior. ¿Dónde está su fe en la oración en todo caso? ¿Se ha olvidado usted del obispo Flaget?

—No, no lo he olvidado, ni tampoco lo que estoy viendo con los ojos que Dios me dio. La fiebre está consumiendo la vida del prior, y aunque cediera repentinamente, no tendrá fortaleza para recuperar la salud.

— ¡Oh, estos hombres prácticos! ¡Estos realistas! Todo es posible para Dios. Le digo a usted que no vamos a perder a nuestro prior.

En la mañana del diecinueve de enero, sin embargo, al arrodillarse ante la misa mayor, el Padre Paulino se vio asaltado por las mismas dudas. Y la única oración que pudo pronunciar fue: "¡devuélvenos al prior, Señor, porque lo necesitamos mucho!" De pronto el subprior reaccionó. Recordó que era el día diecinueve, el último del novenario. Algo tenía que suceder ese día. El doctor, la comunidad y toda la gente de los alrededores iban a conocer el valor de la plegaria. De nuevo rogó: "concédele la salud, Señor, por la necesidad que tenemos de servirte." Algo sintió por dentro el Padre Paulino y se sintió seguro de que había llegado el día.

Cuando el Hermano Isaac le anunció que el doctor le estaba esperando, el subprior fue hacia él, saludándole con más animación que en ocasiones precedentes.

—Buen día, doctor Berry. Estoy seguro que tiene buenas noticias que darnos hoy.

—Espero que usted acierte, Padre —respondió con cierta ansiedad.— Si no sobreviene una recaída pronto, podrá resistir. Pueden, naturalmente, ocurrir complicaciones.

Llegaron hasta la puerta del enfermo y el Padre Paulino le cedió el paso al facultativo, el cual comenzó por la rutina de tomarle el pulso, la temperatura y la respiración, mientras que el subprior, desde los pies del lecho, esperaba con atención percibir señales de agradable sorpresa en el rostro del doctor ante el cambio experimentado por el paciente.

Pero fue él quien se sorprendió cuando el doctor, abandonando la mano del enfermo, movió la cabeza con gravedad. Indicándole la puerta con una mirada, el subprior le acompañó hasta el corredor.

—Lo siento, Padre Paulino, pero no hay esperanza. He hecho cuanto pude. Ya no hay nada que intentar. Estuvo muy débil desde el principio. Tal vez si hubiese sido llamado antes… Discúlpeme que no espere hasta el final. Tiene diez o quince minutos de vida solamente. Tengo que apresurarme para ver a otro paciente en New Haven que está muy grave y que me reclama.

—Gracias, doctor —respondió el desconcertado Padre Paulino que acompañó al facultativo hasta la puerta del monasterio.

Luego regresó para congregar a la comunidad y orar por el agonizante. Se resistía a creer lo que había oído; no..., ¡no podría suceder eso en Getsemaní! Tantas llorosas oraciones, tantos

sacrificios... ¡No! ¡Eso no podía suceder! Su mano asió la cuerda de la campana de llamada. Las nueve. Los monjes se hallaban trabajando en las tierras adyacentes. Volverían sus facciones, tensas por la emoción, hacia la torrecilla; casi los veía descorazonados y temerosos al comprender el porqué de la llamada. Muchos de ellos temían tal desenlace desde los primeros días del novenario. El sólo rehusaba ver lo notorio. ¿Qué podría decirles ahora? Cada vez que agitaba la campana se hacía más urgente su oración: "¡devuélvenoslo, Jesús todo misericordia! ¡Oh Madre María, Reina del Cister, Señora de todos en Getsemaní, devuélvenoslo!

Las vibraciones de los tañidos fueron amortiguándose a la distancia y el Padre Paulino regresó con aspecto solemne a la habitación del moribundo. Ya diez monjes se habían congregado y los restantes se apresuraban a hacer lo mismo con premura y en silencio, en tanto el Padre Paulino abría su libro ritual de oraciones por los moribundos. El Padre Emmanuel fue el último en entrar en la habitación, arrodillándose y contemplando fijamente al enfermo. Siguiendo su mirada, el Padre Paulino vio que el prior abría los ojos.

—La última chispa de vida —murmuró el Padre Emmanuel.

El Padre Paulino apenas si le escuchó. Inclinándose sobre los ojos del enfermo los suyos se le humedecieron al advertir que la mirada del Padre Eutropio le reconocía por primera vez en cerca de una semana. Ya no había síntomas de fiebre, excepto en su apagada mirada.

La expresión del Padre Paulino fue enormemente alentadora cuando se volvió hacia los rostros conocidos que cercaban el lecho. Su expresión se mostraba animada.

—Notad el tiempo, Padres y Hermanos — dijo: —el obispo Flaget acaba justamente de terminar su novenario y nuestro prior está salvado. ¡El padre de Kentucky ha hecho otro milagro! Nuestro doctor le había dado diez o quince minutos de vida. Gracias sean dadas a las oraciones del obispo Flaget. Tan pronto como sea posible debemos poner en conocimiento al santo obispo de la milagrosa recuperación. Salgamos, Hermanos, porque el prior necesita dormir ahora. Debemos dar gracias a Dios por la infinita misericordia que otorga a sus indignos hijos.

En el corredor el Padre Paulino se encontró al despensero esperando, el cual le miró con cierta timidez, mientras que la mirada del subprior se posaba sobre la cogulla mortuoria que colgaba de brazo del religioso, esa prenda mandada hacer al Hermano Isaac. Gracias a Dios, pensé el Padre Paulino, el ojo práctico de su compañero se había equivocado.

—Pienso que debemos juntarnos con los demás, Padre — expresó el Padre Paulino amablemente al sentir la turbación de su compañero. Y no pudo resistirse al deseo de agregar:

—Y no vayamos a olvidarnos de que "si el invierno llega", la primavera no está retrasada.

CAPÍTULO VII

LA PRIMAVERA NO ESTA RETRASADA

El restablecimiento del Padre Eutropio fue lento, Cada día que pasaba en su camilla era un año para sus monjes, tan necesitados de ayuda —ayuda que él no podía procurarles—. Se cuidó de comunicarle las dificultades que surgían en cuanto a la edificación del nuevo monasterio. El único consuelo para el enfermo, humanamente hablando, consistió en que el agudo frío de Kentucky no resultó de mucha duración. Muchos días de febrero parecían primaverales. ¡Cuántas grandes casas planeó" entonces el Padre Eutropio! En su deseo de dar comienzo a las mil y una tareas necesarias, intentaba levantarse de su lecho sólo para darse cuenta de que aún estaba muy débil. La paciencia fue la virtud que más necesitó y, sin embargo, se rebelaba contra sus demandas. Así sintiéndose, rezó para que su irremediable paciencia fuese aceptada por todas las cosas que no había sido capaz de hacer.

Todos los días discutía problemas y buscaba soluciones con el Padre Paulino. Al principio, el subprior trató de ocultarle al convaleciente algunas de sus ansiedades, pero no tardó en descubrir que sólo cuando el prior se sentía en íntimo contacto con los quehaceres del monasterio avanzaba realmente en su restablecimiento. Así, pues, discutieron acerca de qué sectores del bosque serían los mejores para sembrar papas. Los trapenses no

habrían de perder tiempo. Ese tubérculo era la base fundamental de todas sus comidas. No era ya prematuro pensar en apilar abundante leña para el próximo invierno. La temperatura frígida no duraba mucho, pero la comunidad no debía sufrir otra vez las privaciones de este año.

Además de estas necesidades existía otra tan básica, tan necesaria y tan aparentemente imposible, que el Padre Eutropio ya la había pensado y repensado.

El tosco edificio que habitaban, ese monasterio de Getsemaní que el Padre Pablo les había asegurado albergaría a sesenta monjes: en su estado actual, ¿cuánto tiempo resistiría albergando a cuarenta hombres? Su estructura reclamaba reparaciones urgentes, pero apenas merecía la pena cuando resultaba evidente que lo primordial era proceder a su ensanche. Este problema se presentó con toda su fuerza cierto día, cuando el Padre Emmanuel vino con el subprior a mostrarle al Padre Eutropio uno de los troncos de madera extraído de una ruinosa cabaña. Los tres monjes lo examinaron, calculando la edad que tendría y la causa de su deterioro, y entonces el prior les sorprendió con esta noticia:

—Este pedazo de madera abre mi mente para pensar en mis hombres. Como he estado postrado día tras día, he tenido tiempo para planear nuestro monasterio.

Las cejas del Padre Paulino se arquearon.

— ¡Oh, no, Padre! No es que esté buscándole faltas a vuestro monasterio de madera —contestó con risueña vehemencia el prior.

— ¡Humm! —gruñó el Padre Paulino—; he mantenido los ojos bien abiertos durante meses, Reverendo Padre, esperando dar con alguna cantera; pero no he encontrado otra cosa que pizarra y piedra caliza muy porosa.

— ¡Oigan! —exclamó con cierto entusiasmo el Padre Emmanuel: —Yo no había pensado en una nueva construcción. Mi mente estaba ocupaba con la posesión de este lugar y la organización de la comunidad; pero ahora que usted se refiere a construir, les anuncio que he encontrado un yacimiento de arcilla al Oeste de nosotros y tal vez podríamos cocer ladrillos.

—Yo prefiero la piedra —se apresuró a decir el prior—. Me agradaría mucho edificar un pedacito de la Europa medieval aquí, en el corazón del Nuevo Mundo, un verdadero monasterio cisterciense de piedra, de un gótico modificado. Este maderote que hemos observado nos dice lo que ocurrirá en el próximo futuro a nuestra casa de madera, que, además, es demasiado pequeña. Tenemos que hundir nuestras raíces en América más profundamente. Ello significa un monasterio más grande, aunque no sea tanto como el de Melleray.

El subprior y el despensero cambiaron una mirada. De nuevo una cálida risa brotó de los labios del prior.

Supongo que ustedes dos piensan que deliro. Pero atiendan, Padres, que yo tenía el sitio elegido, que sería al Norte de nosotros. El ábside de la iglesia estará justamente donde la loma declina; la entrada del monasterio estará bien enfrentada a aquellos cedros que ustedes pueden ver desde mi ventana.

— ¿Tan grande como usted dice? —preguntó el despensero — Pero, Padre, cabrán dos Melleray en ese espacio. Además, yo he planeado un campo de trigo.

—Descarte su plan entonces —replicó el Superior.

—Usted no va a edificar inmediatamente, ¿verdad, Padre?

El prior se levantó del asiento con cierta energía. El Padre Paulino no gustaba de tales muestras de energía. Temía la

reacción a tales excitaciones. Pero cuando el prior habló su voz resonó muy sosegada.

—Padres —dijo: —Dom Máximo se portó sumamente generoso. Le cedió a Getsemaní buena parte de sus mejores hombres, pero sólo pudo entregarle al Superior doscientos mil francos. Esto también fue un rasgo de generosidad si recordamos cuán escasamente circula el dinero en la nueva república. Ahora bien; con todos los gastos del viaje y las adquisiciones requeridas en el Nuevo Mundo, los doscientos mil francos no convierten en realidad mi sueño acerca de un monasterio medieval. No comenzaremos a edificar hoy, pero no debemos detenemos en planear desde hoy para cuando el tiempo llegue. Manténganse en guardia con respecto a la piedra, que es material mucho más monástico que el ladrillo.

Cuando los das monjes descendían las escaleras todavía iban sonriendo. Y cuando el despensero se retiraba, el subprior, con grave ceño y la voz más grave aún, le dijo:

—Le estoy muy agradecido, Padre despensero, por no haber enterrado a ese hombre antes de morir. Puede ser de alguna ayuda para esta luchadora comunidad.

A fines de febrero el Padre Eutropio se hallaba lo bastante repuesto como para dar un paseo diario, y muy pronto cabalgaría. A mediados de marzo, a pesar de las protestas de la comunidad, se sentía lo bastante fuerte para juntarse a los obreros manuales. Se pasó toda una templada mañana limpiando un campo con los demás. Al día siguiente se hubo de quedar en el lecho, enfermo otra vez, sufriendo de una severa recaída complicada con disentería.

El domingo de Ramos cayó en el primero de abril y la Semana Santa se inició por la comunidad con todo el rito cisterciense. Pero así como no había podido ayudar durante el viernes, así ahora se sentía incapaz de participar en las largas ceremonias tan queridas para todo corazón contemplativo. Vino la Pascua Florida y la pasó en su habitación, que se había convertido en enfermería.

El Getsemaní de América era muy parecido al Huerto de los Olivos de Cristo para el Padre Eutropio durante aquella primera Semana Santa en el Nuevo Mundo. Permaneció en el lecho mientras sus monjes se levantaban a las dos de la madrugada para dar comienzo a los cánticos del oficio de Nuestra Señora. Se alimentaba con comidas preparadas especialmente bajo las atentas órdenes del Padre Paulino, sabiendo que sus compañeros observaban el ayuno más estricto, comiendo solamente pan y agua los viernes. Oía el golpe de las hachas que talaban árboles, los ruidos del aparejo de las caballerías y estaba atento a todo movimiento que observaba desde su ventana. Era grande su impaciencia por compartir sus energías adorando a Dios en la capilla y en las labores agrícolas, y repetidamente rezaba la oración de Cristo en Getsemaní: "¡Padre, si es posible, aparta de mí este cáliz!" ¡Cuán humillado se sentía, yaciendo allí casi imposibilitado, mientras el Hermano Isaac, un septuagenario, con casi el doble de su edad, vivía la regla al pie de la letra! Dom Máximo había puesto la cruz sobre sus hombros porque los juzgó jóvenes y fuertes y... aquí estaba caído, ¡sí, fracasado! Necesitó recurrir a toda la tranquilidad de su alma y a la más profunda meditación para darse atenta, al fin, de que Dios le estaba enseñando mediante su incapacidad. Fue realmente un humilde monje el que dijo con toda sinceridad: "Señor: cúmplase tu voluntad

y no la mía; en tus manos estamos. Si Tú no edificas nuestra casa, trabajaremos en vano..."

Poco después de Pascua, la Hermana Ángela vino al monasterio con el doble propósito de decirle al joven Superior que se había decidido dejar a las Hermanas muertas de Loreto al cuidado de los monjes por tiempo indefinido y saludar a la comunidad por las activas alegrías que brindaba la estación primaveral. Este era su deber oficial; particularmente, por supuesto, quería ver qué era lo que los trapenses habían hecho en su amado Getsemaní y enterarse si el invierno y la temprana primavera habían enseñado al prior algo acerca de la necesidad de establecer una dieta más substancial.

Apenas el Padre Eutropio penetrara en el locutorio cuando ya ella le elogiaba por los muchos cambios realizados, por las hortalizas que ya verdeaban sobre las tierras labradas, la limpieza de los baldíos y la reparación de los cercos.

El prior sonrió.

—No es mucho lo que escapa a su mirada, ¿verdad, Hermana?

—He adquirido este hábito en la escuela que usted debe ahora atender, Padre; la dura escuela de la experiencia.

El joven Superior se preguntó si la Hermana utilizaría su propia enfermedad como argumento para insistir acerca del cambio de dicta—, para permitir que se comiese carne. Se sorprendió cuando notó que ella no tocaba para nada el punto.

—Por la extensión de los campos que han limpiado sus hombres ya veo que usted planea una granja que abarque mucho terreno, Padre. Es de lo más razonable. Si su comunidad crece como la nuestra creció, necesitara usted de todos los cultivos.

Puesto que ustedes se sostienen por sus propios medios, necesitarán aún más. Pero he de suponer que su cabeza está llena de planes para la edificación.

El prior comenzó diciendo:

— ¿Cómo ha de suponerlo, Hermana..., cómo pedirles a mis hombres que comiencen a edificar cuando todavía no han terminado con las labores de los campos? Y a propósito: hemos descubierto que hay poca profundidad en nuestras tierras altas, pero mucha abundancia de piedra caliza en las bajas. ¿No me dijo usted que las tierras calizas son pobres para el cultivo?

—Son pobres, Padre, en comparación con otras. Pero no se desanime, no son tan desesperadamente pobres. Pueden ser mejoradas. Pero vuestra edificación es más imperativa que vuestra granja.

El prior alzó el rostro para reír complacido.

—Usted y el padre Emmanuel tienen la "fiebre inmediata". ¿Se da usted cuenta de que no poseemos canteras y que antes de que nuestra madera de construcción pueda sernos de utilidad tendremos que instalar un aserradero?

La monja le miró por unos momentos fijamente y luego, con tono suave, le dijo:

—Me doy cuenta ahora de lo enfermo que usted ha estado durante estos meses pasados. Par la Navidad usted me dijo que modelaba su vida por la de Dom Urbano. ¿Recuerda?

—Muy claramente.

—Pues bien; nunca aprobaré tales extremos en cuanto a alimentación. Pero hay algo que desearía que usted tomase de él, y es su negativa a desanimarse. ¡Qué fortaleza tenía el hombre!

Nada podía desanimarlo. La muerte le acompañó en la caleta de Pottinger, y se mantuvo firme y trabajando. En la ensenada de Casey, durante el primer año, lucharon continuamente contra las culebras. El segundo año contra los lobos. Luego, cuando construyeron sólidamente su *Bon Secours* y aquel pequeño mundo magníficamente organizado, un incendio lo redujo a cenizas. Y el hombre se mantuvo firme y siempre emprendedor. En Cahokia el agua misma se volvió contra él y toda su comunidad se enfermó gravemente de fiebre amarilla. Y siguió sin desanimarse. Imítelo en eso, Padre. Construya…; pronto se olvidará de sus debilidades físicas.

—Pero, Hermana, toda la fortaleza del mundo no creará nunca dinero para mí —protestó el prior—. Ya estamos en deuda, aunque pequeña, y Francia no puede ayudarnos.

— ¡Un trapense hablando de dinero! —replicó ella— ¿No confía usted en Dios?

—Por supuesto que confío, pero también sé que El espera de nosotros que usemos nuestras cabezas.

—Perfectamente —exclamó la Hermana Ángela cuyos ojos se movían con viveza pero cuyos labios se mantenían firmes: —Use su cabeza en esto: nosotras, las Loretas, nos iniciamos en una ruinosa cabaña de madera, de suelo tosco y sin recurso alguno para sostenernos. Éramos justamente tres jóvenes mujeres con la confianza puesta en Dios y con amor por las almas. ¿Ha captado usted esto?

El prior asintió con un amplio movimiento de cabeza y la monja continuó:

—Nuestro primer convento costó al Padre Nerinckx exactamente seis dólares y cincuenta centavos. Las piedras

fundamentales se trajeron de la caleta, las maderas de los bosques cercanos y el barro de la tierra. Y usted, ¡con cuarenta hombres adiestrados en muchos oficios! ¿No tiene usted confianza en la visión de San Benito y la que tenía en sí mismo nuestro fundador? —preguntó para contestarse a sí misma en el acto: —Pero no, usted no la tiene o no hablaría de ese modo.

— ¿Cómo podré yo imitar al Padre Nerinckx cuando yo quiero un monasterio de piedra y en las tierras pertenecientes a Getsemaní no existen canteras? El poseía la caleta de Hardin que le suministraba piedra para su fundación, y todo lo que yo puedo conseguir es... porosa y parda piedra caliza.

—Fabrique ladrillos —saltó ella como solución instantánea. El prior la miró con verdadera admiración.

—Hermana Ángela, usted debió haber nacido hombre.

La entrevista concluyó así en amistoso tono de broma, pero la monja había plantado una idea que germinaría y crecería. Había un solo obstáculo: el permiso.

El Padre Pablo vio a Getsemaní en su mejor aspecto. Nada supo del frío de Kentucky ni llegó a presumir la aglomerada condición del convento-escuela al ser convertido en monasterio cisterciense. Si Dom Máximo le hubiera consultado acerca de la cuestión de edificar inmediatamente, el Padre Pablo se hubiese sorprendido únicamente. Si se obtenía el permiso, el Padre Eutropio representaría el caso en persona. Esto significaba un viaje a Francia para asistir al próximo Capítulo General. El mero pensamiento de tal viaje le hizo temblar. La primera semana a bordo del *Brunswick* era un recuerdo difícil de olvidar. No obstante, si Getsemaní habría de ser fundado firmemente...

El prior balanceó lentamente la cabeza cuando se dijo para su capucha:

— ¡Y yo que pensé que la cruz pesaba por las calles de París!

A nadie comunicó la idea que le había dado la Hermana Ángela. En cuanto los días de mayo fueron más largos y más cálidos cabalgó hacia los cerros más elevados. Allí encontró cornejo, ciclamor en flor y negros algarrobos, todo lo cual impregnaba la comarca de un aroma adormecedor. Una deliciosa mañana dejó que su caballo trepara despacio hasta la cresta de la montaña para deleitarse con el murmullo del río que desaguaba su corriente por las estribaciones y con los exultantes trinos de las aves silvestres. Alcanzó la cima, contempló el panorama en torno suyo y se preguntó extrañado cómo pudieron llamar los indios a tal paraje la "obscura y cruenta tierra". En ese día comprendió por qué el Padre Pablo la bautizó con el nombre de "rincón del Paraíso".

Regresó, descendiendo despacio desde la cima, y de pronto se dio cuenta de cuán profundamente se había enamorado de la región, con sus ondulantes cerros y sus valles bordeados de caletas. Era un lugar ideal para un monasterio cisterciense —mejor que el mismo Cister original, mejor aún que el de Claraval. Y como aquellos dos edificios, el suyo prosperaría. Poco a poco, la enmarañada y selvática floresta les procuraría campos y campos de cultivo. Pero allí, en un extenso declive, debía de asentarse un monasterio de ladrillo grande, muy grande, con una iglesia cuya cúspide y cruz indicadora señalase hacia las alturas, hacia Dios.

Guió a su cabalgadura por un sendero paralelo a la caleta. Cuando llegó a Turnpike, en vez de volverse hacia la casa, cruzó hasta el otro lado y prosiguió por un trillado sendero que serpenteaba entre el boscaje. Al inclinarse sobre la montura para

evitar que le azotaran las frondosas ramas de un cedro y luego cambiar de rumbo, casi se tropezó con el Padre Juan Crisóstomo y su compañero Roberto, que estaban arrancando un pesado tocón. Tan concentrados se hallaban en su ruda tarea que no se dieron cuenta de los pasos de la cabalgadura hasta que se les acercó, como emergiendo de la frondosa vegetación.

—Para arrancar y manejar esos tocones habrán de necesitar más ayuda —dijo saludando.

Los dos obreros se volvieron hacia él con la más cordial sonrisa, sorprendidos y contentos. Varias veces había ocurrido lo mismo, en sus correrías sobre la cabalgadura. ¡El prior recuperaba su salud progresivamente!

— ¡Oh, Padre! — exclamó gozoso el Padre Roberto: —no se inquiete por nosotros. Nos arreglamos lo más bien el Padre Juan y yo. Usted verá que otros están manejando tocones más grandes y toscos a lo largo de esta vereda.

Pero el prior parecía no haber escuchado porque se había quedado mirando fijamente los blancos hábitos de lana de los monjes.

— ¡Cielo santo! — profirió: — ¿qué les ha pasado a vuestras vestiduras?

Los dos religiosos, después de cambiar entre sí una mirada interrogativa, examinaron sus hábitos y nada vieron que justificase la exclamación del Superior. Cierto que los negros escapularios se habían torcido algo con el ajetreo, pero con un pequeño estirón volvieron a so lugar.

— ¿Qué quiere usted decir, Reverendo Padre? — preguntó Roberto con tono vacilante.

— ¿Cómo? ¡Si los dos están escurriendo humedad!

— ¡Oh, eso!... —comenzó explicando Crisóstomo con alivio mientras se palpaba sus ropas—, eso seguramente que es una muestra de la herencia de Adán, Reverendo Padre. Hoy y estos días pasados ha hecho calor. Y... estuvimos recordando que Dios previno al prior acerca de que todos los hombres ganarían el pan con el sudor de sus frentes... y de sus cuerpos —concluyó diciendo el pequeño monje con una franca sonrisa.

El prior no contestó a este risueño comentario. Miraba sin ver por encima de las orejas de su cabalgadura y se daba cuenta de que nunca se le ocurriera pensar en el calor del verano. Todavía estaban en la primera quincena de mayo y... era de ver cómo transpiraban esos hombres.

—Cuando noté que nos miraba, Reverendo Padre, siento no haberle dicho que nos hallamos en la caleta de Pottinger — dijo Roberto.

El prior esbozó una sonrisa y cambió de asunto. Pero tan pronto como cabalgó de regreso al monasterio se puso a pensar en que debía regresar a Francia aquel mismo verano. Ya no podía mejorar las condiciones invernales de su gente ese año, pero sí podría lograr la concesión de que vistiesen ropas de algodón durante el verano. El Capítulo General había concedido ese permiso a la filial de Melleray establecida en África. El obtendría también esa concesión para la filial de América. Cabalgó en circuito para ver cómo sus monjes se las manejaban en la meseta, al Nordeste del monasterio, donde se estaba construyendo un viñedo cuyas vides había suministrado el convento de Santa Rosa, asentado en el cercano Springfield. Una mirada a los blancos hábitos ahora de un

gris sucio y al resto del ropaje color castaño con manchas oscuras de sudor, le bastó para su completa información.

En cuanto entró en el monasterio hizo llamar al Padre Paulino.

—*Benedícite*.

—*Dominus*.

— ¿Qué tal su cabalgata de hoy, Padre prior? — le preguntó el sonriente Paulino.

—Padre — dijo el Superior con cierto aire grave: —hay una cosa que deseo saber acerca de Kentucky. ¿Esta temperatura calurosa es probable que continúe?

El subprior sonrió.

—Es algo de lo que no necesita preocuparse nunca, Reverendo Padre. Tendremos semanas tras semanas con esta temperatura, tiempo suficiente para plantar en nuestro dominio. Y en cuanto al sol..., esperemos no más hasta julio y agosto. Esos serán los días que usted agradecerá especialmente a Dios para la plantación de árboles alrededor de nosotros. Me informan que el calor solar a veces quema la siembra de las papas cuando tarda en llover. Por supuesto, con nuestra caleta...

—Es cuanto quería saber acerca de la temperatura, Padre — se apresuró a decir el prior todavía ceñudo y preocupado. Luego, mirando a su interlocutor con fijeza, agregó:

—Padre: he resuelto hoy que debo asistir al Capítulo General este año.

Paulino también se le quedó mirando fijamente al oírle.

—Reverendo Padre, supongo que sería inútil protestar — habló levantando el tono—, pero es lo que estoy haciendo exactamente, vehementemente. Usted todavía no se ha repuesto lo

bastante de su larga enfermedad... y de su recaída. Piense en lo que ha sufrido en el *Brunswick*. Su organismo no podría soportar algo parecido tan pronto. Ha estado muy grave, Padre prior, y habrá de pensar en sí mismo. Pero si esto no le impresiona, entonces permítame suplicarle que piense en sus Hermanos.

—Ere ellos pienso precisamente. Es por ellos por lo que debo ir. ¿Les ha visto trabajando con sus hábitos empapados en sudor? Debe informarse al Capítulo General. Debemos de tener las concesiones logradas por Staoeli: algodón para los meses de verano.

— ¿No puede escribirles?

—Las palabras escritas pueden ser mal interpretadas fácilmente. El. Padre Pablo...

—Bien; pero véase con el doctor y pregúntele si se halla usted bastante fuerte para viajar.

—Yo siento que estoy bastante fuerte..., ¡cómo no voy a estarlo! Pero si a usted le complace veré al doctor Berry.

Al enterarse del propósito que le guiaba, el doctor le dijo sin rodeos al Padre Eutropio:

— ¿Qué me dice..., viajar en su estado actual? Pero, Padre, eso sería un suicidio. El cólera se está extendiendo. Dada su condición de debilidad usted caerá víctima de esa terrible enfermedad antes de llegar a Cincinnati. Yo rechazo toda responsabilidad si usted viaja tan lejos como a Louisville.

Al prior no le gustó nada tal veredicto, de modo que informó a la comunidad que iba a consultar su caso al médico que le había curado el pasado enero, con el obispo Flaget.

La comunidad aceptó contenta la noticia, pues se sentía segura de que el anciano obispo se negaría en redondo a tal viaje

de tres mil millas emprendido por un hombre no restablecido aún completamente...; se negaría en lo que dependiera de su personal voluntad.

El prior pasó buena parte de las horas que duró su viaje a caballo a Louisville preparando la defensa de su proyectado regreso a Francia ante el obispo Flaget. El prelado le había prevenido contra el severo frío que debilitaría a toda su comunidad en el invierno, si no se tomaba la precaución de una dieta más abundante, lo que parecía acertado, al menos durante el primer año. A pesar de tales advertencias, a sus monjes se les hizo realizar tareas casi sobrehumanas. Y no podían continuar de ese modo sin ser asistidos. Además, él, el prior, por hallarse enfermo tanto tiempo, no pudo secundarlos. ¿Qué tendría que decirle el obispo acerca de su enfermedad?

Cuando el prior se halló en la residencia episcopal se olvidó de sus propias debilidades físicas. Le sorprendió tristemente saber que el obispo Flaget se hallaba confinado en su lecho y que no había celebrado misa desde la mañana en que diera término al novenario por el restablecimiento del trapense, hacía ya cuatro meses.

— ¡Pero Monseñor! —exclamó el Superior disculpándose al acercarse a su lecho—. ¡Si yo hubiera sabido!... ¡Cuán ingrato me habrá juzgado al no venir antes!

El prelado sonrió ante tal desconsuelo.

—Puedo comprender, Padre Eutropio, por qué Melleray le eligió a usted. Hijo mío; usted es un conductor abnegado y Dios ama a los que se sacrifican. Pero debe aprender a tener mucha paciencia. Yo, que dije el novenario por usted, ¿acaso no sabía lo enfermo que usted estaba? Getsemaní le necesita y por eso ha

recobrado su salud. ¿Qué gratitud demostraría usted a sus monjes si hubiera usted arriesgado su vida al venir a visitarme convaleciente?

El anciano movió su cabeza con expresión seria para agregar:

—Usted es joven, Padre. No pierda su entusiasmo, pero no sea temerario.

El Padre Eutropio permanecía silencioso. ¿Cómo podría explicarle el motivo de su visita? Con lentitud y suavidad comenzó así a explicarse:

—Monseñor: He venido a pedirle consejo. Usted sabe que el convento de Getsemaní es demasiado pequeño para nosotros. No tenemos espacio bastante para nuestras celdas, ni una dependencia para trabajo general, ni sitiales para nuestra capilla, ni biblioteca, ni otras locaciones y cosas que han de constituir el monasterio trapense. Pero ¿qué puedo hacer yo? No podemos edificar sin dinero. Ya estamos algo endeudados y Francia no puede ayudarnos. Además, mis hombres no pueden trabajar en este clima sin disponer de ropas más livianas para el verano. Los he visto trabajar bajo los rayos ardientes del sol con los hábitos empapados en sudor y...

Su tono se había elevado un tanto y el anciano prelado, contemplándole can bondadosa calma, le preguntó:

— ¿Y vuestros Superiores no les permiten más ligeras vestiduras en verano?

—Deberán permitirlo si yo los veo personalmente — replicó el prior.

— ¿Así que ése es el motivo de su excitación? — expresó el obispo con su natural cordialidad.

—Sí, Monseñor, con todo mi corazón.

—Y, dígame, Padre Eutropio, ¿no hay otro modo de solucionarlo? ¿Su carta explicando la situación no daría el mismo buen resultado sin usted exponerse al viaje?

—No —dijo el prior con firmeza—. He reflexionado sobre ello durante semanas. Monseñor: nosotros llegamos a Getsemaní sin habernos preparado para el futuro inmediato. Sólo se nos informó que las praderas eran verdes, los campos dorados por el trigo y que nuestra casa era capaz para albergar sesenta hombres. Mis Superiores deben todavía creer esto. Claro que nunca han de querer que quedemos abandonados como extranjeros en estas tierras semidesiertas. Francia debe conocer la mucha ayuda que necesitamos.

— ¿Y nada podría usted hacer para que los católicos americanos se dieran cuenta de la presencia aquí de ustedes, los trapenses, Padre?

—Muy poco de lo que nos permite nuestra regla, Monseñor.

— ¿No podrían dedicarse a la enseñanza? Kentucky necesita desesperadamente escuelas para niños y niñas. Si abriera algunas escuelas eso atraería a Getsemaní bastante gente. Los escolares vendrían de todas las comarcas cercanas del Estado y sus familias se beneficiarían con vuestras obras.

—No podemos enseñar —le confirmó el Padre Eutropio— ni tampoco predicar o cuidar de los enfermos. Nuestra regla nos prohíbe ser ministros en esos aspectos. Así, pues, enterrados como nos hallamos entre los cerros de Kentucky, hay poca probabilidad para el desarrollo de nuestro monasterio silencioso.

—Usted puede viajar a Francia — aconsejó firmemente el obispo: —es clarísimo para mí que debe irse. Tal vez Dios le

concedió la salud para eso. Si está convencido de que únicamente usted puede explicar, como es debido, las dificultades con que tropiezan, entonces es que Dios quiere que regrese usted a Francia.

— ¿Y no piensa usted que el alejamiento temporal de mis monjes pudiera ser injusto y hasta lesivo para ellos?

Los ojos del anciano prelado brillaron como inspirados.

—Sus monjes no estarán solos, Padre. Dios estará siempre con ellos, así como estará con usted en su viaje. Si pasa por Mauriac no se olvide de visitar a Monseñor Chabrat. Encontrará en él un cálido y leal amigo. Abrigo la esperanza de que sea mi sucesor.

Era la primera vez después de muchos meses en qué se sintió en paz el Padre Eutropio.

—Ciertamente que le visitaré, Monseñor. No puedo ahora expresarle las gracias por sus consejos..., no lo intentaré; pero algún día, cuando Getsemaní sea el monasterio con que soñamos, Vuestra Excelencia sabrá entonces que todo se hizo posible merced al ánimo que nos ha infundido y a los consejos que nos ha prodigado desde cuando recibió a la primera comunidad y durante nuestro primer, año aquí.

CAPÍTULO VIII

REGALOS DE CUMPLEAÑOS Y PROMESAS

El cuatro de julio de 1849 el Padre Eutropio Proust se despidió de sus monjes para retornar a Francia. Viajó solo a pesar de las repetidas prevenciones del doctor y de los ansiosos ruegos de su comunidad para que alguien le acompañase. Pero él no tenía tiempo que perder. Viajaría con más rapidez sin nadie al lado que le previniera para que descansase en las forzadas etapas. La colonización requería acción activa de los que habrían de edificar hogares permanentes con los recursos de la selva. Y Getsemaní había de ser colonizado por la Orden de los Trapenses.

En el mes de septiembre el prior relataba las dificultades que se presentaban en el Nuevo Mundo a los Padres del Capítulo General. Describió a sus hermanos empapados en sudor mientras arrancaban arbustos, talaban árboles y acarreaban pesadas cargas a pleno sol..., rezando en invierno con los miembros entumecidos en la fría iglesia. Advirtiendo simpatía en las facciones de los que le escuchaban atentamente, estaba seguro de que se le otorgaría el permiso para Getsemaní. Luego les habló de las excelentes posibilidades que ofrecía América y de su esperanza en que pronto se podría comenzar la edificación de una morada permanente. Vestiduras delgadas para verano y un monasterio de piedra eran sus dos problemas fundamentales.

Cuando el Padre Eutropio terminó con su exposición, Dom Máximo se incorporó y confesó a los otros Padres su incapacidad para contribuir con dinero al mantenimiento de la filial. Fue entonces cuando el Padre Eutropio presentó su propio y atrevido plan: invitar a toda Francia a que ayudase. Se mantuvo luego silencioso algunos momentos, presumiendo que se argumentaría contra tal política. Ciertamente, esperaba oposición. Estaba dispuesto a contender con argumentos apoyados en hechos de la historia del Cister y en las experiencias del Padre Nerinck y el obispo Flaget de Kentucky. Pero no hubo oposición. No oyó ni una voz en disensión. Hasta Dom Hercelin, Abad de la Gran Trapa y Vicario general de la Orden, apoyó su campaña.

—Una cosa es pedir para establecerse y otra muy diferente pedir para sostenerse — afirmó.

El Padre Eutropio apenas podía creer en su buena fortuna. ¡Cuán complacidos se mostrarían sus Hermanos cuando supieran de su buen éxito! El veinticuatro de octubre, primer aniversario de la partida de la comunidad hacia Getsemaní, visitó de nuevo a Melleray. Dom Máximo iba a ofrecerle un presente para su filial americana, un regalo que manifestaba su amor y su comprensión: trece nuevos monjes para su monasterio, a los que, en noviembre, acompaño hasta El Havre para embarcarlos hacia su nuevo destino.

El Padre Eutropio aprovechó todas las oportunidades que se le dieron para hablar a la gente acerca de la nueva fundación trapense en Kentucky, y Francia no permaneció indiferente a su entusiasmo. Al regresar de El Havre a Paris se encontró con Dom Hercelin en el hotel *Bon Lafontaine* y le habló del regalo de Melleray.

— ¿Regalo? —repitió Su Paternidad con amplia sonrisa—. Y usted, hace solamente poco más de dos meses, estaba preocupado con el problema de cómo cuidar de los hombres que ya tenía.

—Pero ahora ya no lo estoy tanto —protestó con vehemencia el Padre Eutropio—. ¿No sabe usted que he podido pagar los trece pasajes sin pedir prestado un céntimo? Ya he recolectado bastante de los católicos generosos que comprendieron nuestras necesidades.

— ¿Pero ya ha iniciado usted su campaña pro-monasterio? —le preguntó sorprendido el Vicario general.

—No, Reverendo Padre, pero Dios nos ha concedido una gran merced. Dudo si podré regresar antes de varios meses y reunirme de nuevo con mis monjes; pero, sin embargo, Dios les ha dado a ellos el consuelo de estos trece Hermanos.

Serán más que suficientes para reemplazar al Padre Juan Crisóstomo que falleció precisamente después que yo los dejé y a los tres que desertaron.

Ahora pienso visitar los departamentos del Norte para hablar a todos de nuestro Nuevo Mundo. Y si la generosidad de París es un signo del temperamento de Francia, no tardaré en regresar a aquel hogar americano.

El Vicario lo contempló por unos instantes y el Padre Eutropio se sintió algún tanto incómodo. Metiendo la mano y hurgando en su bolsillo, Dom Hercelin extrajo un portamonedas y vació su contenido sobre la mesa, separando cuidadosamente algunos billetes pequeños.

—Con esto que separo me basta para llegar a la Trapa; el resto debe usted tomarlo para su monasterio. Siento que no sea más lo que puedo darle ahora.

—Pero Reverendo Padre — protestó el prior americano: —yo ni he pensado ni quise...

— ¡Lo sé, lo sé! —le interrumpió el Vicario riéndose con buen humor—; pero nosotros los trapenses no podemos ser sobrepujados por nuestros legos. Usted también tendrá nuestras oraciones por su buen éxito.

El Padre Eutropio empleó los meses siguientes viajando por diversos pueblos de Francia. Los sacerdotes predicadores dispusieron con frecuencia que hablase ante sus congregaciones y que se viese con católicos que podían aportar muy buenas contribuciones. El pueblo de Francia tenía no pocas dificultades financieras en aquel tiempo y, sin embargo, para fines de marzo el prior había reunido 37.500 francos, no bastante, ni mucho menos, para un monasterio a construir, pero si un comienzo animador. Getsemaní le parecía más cercano y crecía en él un anhelo por regresar. Volvería para aliviar al Padre Paulino y hacer provisiones para sus Hermanos; visitaría al obispo Flaget y le daría las más sinceras gracias por sus acertados consejos.

A últimos de marzo llegó una carta del Padre Paulino anunciando la muerte de Monseñor Flaget, ocurrida el once de febrero. ¿Le llevaría la noticia en persona a Monseñor Chabrat, residente en Mauriac? Se decidió y cabalgó, embargado por la tristeza, hacia la morada del prelado. Todos aquellos meses había pensado únicamente en Getsemaní y en los sacrificios que tendría que hacer para establecerlo en forma debida. Ahora recordaba los sacrificios que otros habían hecho: las ocho tumbas bajo la loma de

Rohan, los catorce rústicos túmulos cercanos de las monjas y ahora esa otra tumba en Louisville —la del anciano prelado— donde había sido tan bien recibido con sus monjes y se le aconsejan y sostuviera durante los primeros rudos meses. ¿Cómo podría él, Eutropio Proust, retribuir la deuda que Getsemaní contrajera con Monseñor Flaget, cuyas últimas misas las rezara para que el Superior trapense viviese? ¿Qué podría decirle al prelado francés retirado, Monseñor Chabrat, que había vivido treinta y siete años con el santo de Kentucky en el Nuevo Mundo? ¿Un prelado que casi perdió la vista cuidando de las almas en su diócesis de Louisville?

Al llegar a la residencia del obispo Chabrat, el Padre Eutropio se presentó a sí mismo, después de ascender las escaleras, al monje que le atendió y lo anunció.

En seguida se oyó una placentera voz que exclamaba:

— ¡Pase, entre!

El trapense penetró en una alcoba brillantemente iluminada. Vio a un pequeño y rechoncho sacerdote sentado a la ventana desde donde se recreaba mirando los jardines que se extendían lozanos adyacentes a su morada.

— ¿Monseñor Chabrat? —inquirió con amable cortesía el visitante.

El anciano prelado asintió con un expresivo ademán.

—Usted debe acercarse más, Padre —dijo—, mis ojos están debilitados y siento no reconocerlo.

—Nunca nos hemos visto, Monseñor —contestó el monje acercándose—. Soy el Padre Eutropio del monasterio trapense de Nuestra Señora de Getsemaní, en Kentucky.

— ¡Kentucky! —exclamó levantándose de su sillón y abrazando a su visitante—. ¿Por qué no me habrán avisado quién era usted para bajar a recibirle? ¡Usted no sabe cuánto tiempo hace desde que no me veo con nadie procedente de América! Pero no permanezca de pie, siéntese, Padre; dígame cuánto quiera acerca de Kentucky. ¿Cómo está el obispo Flaget?

El prior tardó unos instantes en responder, debatiéndose y dudando si debería decirle la verdad de golpe al anciano prelado o bien ir diciéndosela gradualmente. Comenzó comunicándole que el obispo estaba muy delicado de salud y en el curso de la conversación le dio la triste nueva. Sin saber cómo proceder luego, se inclinó en su silla para ver el efecto que le había producido al viejo sacerdote sentado frente a él.

Una extraña expresión invadió su rostro. Un minuto antes, el Padre Eutropio había visto cómo aquellos ojos se alumbraban desde adentro. Y ahora, como por un refinado poder de la voluntad, el anciano fue capaz de descorrer la tupida cortina interpuesta entre él y el mundo..., y luego, con un nuevo esfuerzo, replegarse tras la misma cortina.

El prior intuyó la lucha dominante en el alma de Monseñor.

— Monseñor, no sé qué decirle —comenzó diciendo el trapense para consolarle— yo...

—No necesita decirme nada, Padre —le interrumpió el obispo moviendo tristemente la cabeza—. Debí presentir que ninguna otra cosa podría traerle a usted por aquí para visitar a un viejo. No, no estoy sorprendido. Sabía que estaba enfermo desde hace cosa de un año, pero nunca quise imaginarme que fallecería... este año.

El condolido prelado, hablando más bien para sí que para su visitante, continuó diciendo después de un breve silencio:

— ¿Cuándo murió, Padre?

—El once de febrero —respondió el prior—. Lo supe recientemente porque las fuertes tormentas del Atlántico retardaron la llegada de la carta. Mi subprior me pedía en ella que le visitase a usted y le comunicara la noticia. Me dice que era usted el hijo más querido del obispo.

De los apagados ojos de Monseñor fluyeron dos lágrimas.

Tal vez lo fui. Ciertamente, ningún padre ha cuidado más afablemente a hijo alguno. Me llevó a América en 1810, me ordenó un año después y me consagró obispo en 1834. Posteriormente, cuando mi vista se debilitó, me aconsejó que regresara a Francia y se cuidó de que me fuese aceptada mi dimisión: Era un santo adorable, Padre. Por supuesto, usted lo conoció personalmente, ¿verdad?

—Fue la última persona con quien hablé antes de salir de Kentucky. Gracias a su animación y a sus oraciones usted puede verme a su lado. Cuando estuve enfermo —y desahuciado por un médico— sus oraciones me curaron. Y cuando todos los demás se oponían a mi viaje, por considerarlo riesgoso para mi salud, él, después de oírme, me dijo: "vaya y Dios le acompañará". Y así fue, y así está sucediendo.

— ¡Cuán afable era! —musitó el obispo Chabrat—: Comprendía la voluntad de Dios para nosotros como muy pocos religiosos lo han logrado. Se hallaba excepcionalmente próximo a Dios.

De pronto fijó su blanca mirada sobre el visitante y agregó con tono agudo, como olvidándose de tantas melancolías:

—Usted me dijo que regresaba a Francia por ayuda, Padre. ¿Qué es lo que necesita? Tal vez las oraciones de Monseñor Flaget le han conducido hasta aquí.

El prior disimuló la impresión de sorpresa que le produjo tan repentino cambio. Comenzando a darse cuenta de los fuertes lazos que unían a estos dos sacerdotes exploradores, el prior presumió que el más grande consuelo que podría darle a Monseñor Chabrat sería el de permitirle actuar por Getsemaní tal como el obispo Flaget habría seguido haciendo en su lugar.

—Monseñor: desde el momento de nuestra llegada a Kentucky, el obispo de Louisville fue un padre para todos nosotros. Siempre que nos hallábamos en alguna dificultad recurríamos a él. Yo apreciaba mucho sus consejos, pues no conocíamos a nadie más que pudiera hablarnos con tal autoridad acerca de América. Tal vez le haya escrito a usted acerca de nuestras dificultades para establecemos allá. Por eso estoy aquí. He de adquirir ropas adecuadas para las labores de mis monjes y buscar recursos para construir un hogar que los albergue saludables.

—Si no recuerdo mal, Padre —le informó el anciano prelado— ustedes poseen 1.516 acres a cultivar, lo que les ocupará muchos años venideros.

El Padre Eutropio le preguntó curioso

— ¿Cómo sabía usted eso? Yo sólo encontré ese detalle en los registros oficiales del Estado, muy poco antes de regresar a Francia.

Sonrió el obispo para decir:

—Usted se olvida de que viví en Kentucky treinta y seis años antes de que usted arribase con sus monjes allí. Uno aprende bastante en tanto tiempo, y permítame que le diga que si usted

quiere tener éxito en América, Padre, debe convertir a Getsemaní en una abadía. Conozco aquel país y conozco vuestra manera de vivir. Es la única manera de que ustedes, contemplativos, aislándose del tumulto de las luchas cotidianas, no tengan dificultades mayores.

—Pero hay que tener presente, Su Señoría —protestó el prior— de que sólo contamos un año de permanencia. ¿Cómo vamos a pensar en proyecto tan ambicioso antes de que mis monjes tengan dependencias habitables?

El prior se dio cuenta de que estaba esgrimiendo los mismos argumentos que empleara contra un Padre Capitular que le hiciera análoga sugerencia en la reunión del Capitulo General.

Con un suave movimiento de su mano, el obispo Chabrat rechazó sus argumentos.

— ¿Pero no es demasiado pronto para pedirle a Roma tal favor? —insistió interrogativo y dudoso.

— ¡Tontería! —exclamó el obispo—, el cardenal Franzoni, prefecto de Propaganda en Roma, es un amigo personal mío. Confía en mi opinión en todo lo que se refiere a la Iglesia en América. Permítame escribirle una carta de recomendación. Le expondré a Su Eminencia tales razonamientos para que no sólo eleve a Getsemaní a la dignidad de una abadía sino que le conceda a su iglesia el *status* de basílica.

El Padre Eutropio se quedó mirando al buen sacerdote cegatón. ¿Cómo podría rehusar tantas bondades o desanimar tales entusiasmos?

¿Lo había guiado Dios hasta Mauriac para ese preciso propósito?

—Le estoy sumamente agradecido, Monseñor —expresó— pero usted sabe que sólo puedo aceptar esa carta con reservas. No sólo tenemos un Vicario general sino también un Capítulo General al que consultar.

El viejo obispo se echó a reír de buena gana.

—Conozco cómo actúan las órdenes, Padre, y también conozco a Roma. Se han de dar cuenta de la necesidad de una Orden contemplativa en América como la de ustedes.

— ¿No lo considera prematuro? —preguntó con timidez el prior—. Si esperamos un año más, dispondremos de mejores acomodaciones y un número mayor de postulantes.

— ¿Dónde está vuestra fe? —le interrogó el obispo—. Cierre sus ojos a toda posibilidad de fracaso. Confíe en el Señor que proveerá los recursos.

El trapense sonrió melancólicamente.

—Si le recordé a Kentucky, que yo acabo de conocer, usted me hace recordar ahora al Kentucky de sus tiempos. ¿Conoció y trató usted a la Hermana Ángela durante su permanencia en Louisville?

— ¿Conocerla? ¿Tratarla? Fui su Superior eclesiástico durante seis años. Ella entró en el convento de Loreto en 1828, me parece recordar, y ya entonces era una personalidad mandando.

—Usted elige sus palabras con sabiduría, Monseñor. Me "ordenó" que comiese carne y que alimentase mejor a mi comunidad, siempre recordándome la mala suerte que tuvo Dom Urbano y sus monjes. Posteriormente me "ordenó" que edificase sin dinero, puesto que yo carecía de recursos. Su última "orden"

fue que confiase en Dios para que me concediera los necesarios recursos.

— ¿Y no se los ha concedido? —preguntó el obispo.

—Sí, me los ha concedido —confesó con humildad el monje —, a pesar de mi carencia de fe, Dios ha movido a Francia para que se portase, no sólo con generosidad, sino también abnegadamente.

El prelado se levantó de su asiento y se dirigió con paso firme hacia un escritorio situado en un ángulo de la habitación. El prior se maravilló de la soltura y confianza de todos sus movimientos. El obispo extrajo una caja grande de delgado metal de uno de los cajones y la trajo para abrirla ante su visitante. Una vez abierta, expresó con su amable sinceridad:

—Todo su contenido es de usted, Padre. Siento que no sea más. El Padre Eutropio, después de apreciar de una mirada su contenido, protestó.

— ¡Oh, no, Monseñor, no! Regresé a Francia para llevarme un monasterio y Vuestra Excelencia lo está ya convirtiendo en abadía. Getsemaní será su eterno deudor por la carta para el cardenal Franzoni. No podría aceptar más.

El prelado se limitó a mover su cabeza con expresión melancólica.

— ¿Qué necesidad tengo yo de esto? —dijo—. Si le sirve de ayuda ¿por qué no tomarlo? Y aun deseo hacer mucho más.

— ¿Qué más podría hacer usted? Ha dado ánimos al prior de Getsemaní y a sus monjes. Tal vez sea esto de lo que más necesitamos para sostenernos en las pruebas terrenales.

—Muy bien; usted se quedará conmigo toda la semana —expresó el obispo con tono terminante. —Le escribiré esa carta y discutiremos los problemas con que usted se enfrenta en América.

Durante los días siguientes el prior descubrió que el sabio prelado se mostraba ansioso por enterarse de todos los detalles concernientes al modo de vivir de los trapenses. El Superior le escuchaba sonriente y atento en las discusiones acerca de los monjes, y aprovechó muy contento la oportunidad para desvanecer los temores referentes a que, por haber sufrido Dom Urbano y los suyos en tierras americanas, todos los trapenses morirían allí si continuaban observando la regla de San Benito. Para convencerle, le informó acerca de las dimensiones de la capilla y de la cocina, el nuevo homo, el molino, los campos en cultivo, el huerto y el viñedos…, sin mitigar en lo más mínimo la estricta observancia. Notando la impresión favorable que causaba su relato, el prior se rió para concluir así:

—Y los monjes realizarán labor más espléndida aun cuando tengan los delgados hábitos de algodón cuya confección ya ordené para los meses de verano, Monseñor. ¡Si usted hubiera visto sus vestiduras cuando yo les dejé en julio...! Y el Padre Paulino asegura que el calor aprieta más todavía en los dos meses siguientes.

— ¿Quiere usted decir que trabajaban con los pesados hábitos de lana todo el verano?

—Trabajaban, cantaban y oraban, comían y dormían con esos ha hábitos puestos.

—Como dormir, no puede usted decirme que dormían con ellos —comentó el obispo— porque eso es imposible.

—Admito que yo, por lo menos, apenas si pude dormir algo durante el mes de junio, Monseñor, pero supongo que algunos se habrán acostumbrado.

—Sin embargo, tal vez pida usted demasiado, Padre. Recuerde a Dom Urbano...

¡Como si pudiera olvidarlo!, pensó para su capucha el prior. ¿Podría haber ni un religioso en América que no recordase al llamado "pobre Dom Urbano"? Deseando distraer a su hospitalario interlocutor de este asunto, se apresuró a decir:

— ¿Le dije que ya hemos enviado más trapenses a América, Monseñor? Casi no voy a reconocer a la comunidad con las nuevas reposiciones.

— ¿Reposiciones?

—Sí, trece monjes más... Nuestra vida es dura, Monseñor. ¡Oh! No me estoy refiriendo a su aspecto físico. El cuerpo se va acostumbrando a todo con el tiempo.

—Usted habla como mi predecesor el obispo David. Apenas si hacía caso de su médico.

—Quiero decir —siguió diciendo con noble seriedad el prior— que el lado físico de nuestra vida no es el aspecto más rudo. La gente nos ve trabajando como esclavos en nuestros campos, se entera de que observamos el ayuno nocturno la mayor parte del año y que nunca nos levantamos después de las dos de la madrugada, y casi se espantan. Pero ésta no es la parte dificultosa para los trapenses...; no es nada comparada con la continua disciplina del alma que se requiere de nosotros. Cuando el cuerpo, los sentidos y el alma de un hombre se hallan fatigados hasta la muerte; cuando día tras día se mueve y afana con la luz de la fe, que a veces se toma más penumbrosa que el polvo, entonces un

trapense encuentra difícil practicar su vocación...; es entonces cuando debe elevarse hacia las alturas cristianas de la naturaleza humana y caminar recto y hacia adelante aunque las tinieblas le cerquen. Debe esforzarse sin retroceder, sin vacilaciones, con intrepidez, sin tener siquiera la luz de una estrella que lo guíe. Este es el verdadero cartel de desafío de la vida del trapense; reclamar más flameante fe...

El Superior hizo una pausa y como su interlocutor no hiciera comentario alguno, continuó con tono más sosegado:

—Tres de mis Hermanos se precipitaron en las tinieblas. Su llama se apagó poco después de haber arribado a Getsemaní. Desertaron.

— ¡Oh!

Esta exclamación se le escapó al obispo al notar el tono de condolencia con que el Padre Eutropio pronunció la última palabra.

—Otros tres fueron llamados por Dios —continuó Eutropio más animado—. El Padre Juan Crisóstomo, luego el Hermano Elías y poco después el Hermano Pafnucio...; aquél es un clima traicionero, Monseñor.

— ¿No han pensado en trasladarse a otra parte del país como lo hizo Dom Urbano?

El trapense negó con un movimiento de cabeza.

— ¡Oh, no! Getsemaní nos procura el ejemplo del Cister. Permaneceremos. Cierto que ya se nos han ofrecido tierras y ayuda, uno de esos ofrecimientos cercano a Tennessee, pero..., ¿usted cree que deberíamos aceptar alguna ayuda para nuestra futura fundación?

El obispo se frotó el puente de la nariz con su regordete pulgar.

— ¿Cree usted que América puede sostener dos monasterios trapenses?

—Nosotros nos sostenemos por nuestra cuenta, Monseñor, y...

—No me refiero al aspecto financiero — le interrumpió el prelado: —Estoy pensando en los problemas referentes al personal.

Pero América ya sostiene dos moradas trapenses —replicó el Padre Eutropio—. Getsemaní tiene una casa hermana establecida en Dubuque. Dom Bruno ele Melleray en Irlanda envió una colonia al Nuevo Mundo el pasado septiembre.

—Entonces olvídese de Tennessee.

— ¿Y qué decir de los conventos de Loreto y Nazaret, dos comunidades religiosas establecidas simultáneamente en el mismo Estado y ambas prosperando?

—Cierto —asintió el obispo—, pero no se trata de contemplativos. América es una nación joven y activa. Por ahora el silencio, el aislamiento, la simplicidad y la estabilidad, que son las características esenciales de vuestra vida, no son magnetos para atraer a la juventud hacia vuestra morada.

—Pero he tenido quince postulantes el primer año.

— ¿Cuántos eran americanos?

—Ninguno.

— ¿Y cuántos permanecieron?

—Tres.

El anciano prelado sonrió.

—Agradezca al hombre bueno por sus bondades, pero dígale que César y el Diablo tienen el mismo lema: "divide y conquista". Mejor que se concentre en su Getsemaní.

El prior advirtió-fa lógica de las conclusiones del obispo. Sin embargo, le mortificaba aceptar su generosa oferta. Cierta secreta esperanza se albergaba en su alma, y así, aquella misma noche se sentó ante un escritorio para escribirle a Dom Máximo. Resultó una carta larga en la que refería su reciente buena fortuna con las donaciones obtenidas. Incluyó en ella la oferta escrita que le hiciera un terrateniente de Tennessee y rogaba al abad que presentase el asunto al Vicario general, y si fuera posible, le agradecería que le contestase a Lyons, donde estaría dentro de pocos días.

Transcurrida una semana el prior rasgaba con impaciencia el sobre de la carta de Dom Máximo. Apenas leyó algunas líneas cuando se frió cuenta de que no era tanto una respuesta como una reprimenda. Evidentemente, alguien había hablado y la conversación había llegado a oídos del Vicario general. Su Paternidad censuraba severamente al Superior de Getsemaní. La substancia del asunto era que el mendigar a que se entregaba nunca había sido el proceder de La Trapa.

El Padre Eutropio se lamentó a media voz. ¿Es que no habla oído bien las propias palabras que pronunciara el Vicario general en septiembre pasado? "Una cosa es pedir para que usted se establezca y otra cosa muy diferente pedir para sostenerse". ¿Qué había hecho él fuera de razón? ¿No expuso sus planes a Dom Hercelin en el hotel *Bon Lafontaine*, y recibiera no sólo aprobación, sino ánimo? Eso había ocurrido en el pasado noviembre, y ahora, en abril, se censuraba a un hombre por haber hecho lo que se le aconsejó que debiera hacer. Y comenzó a comprender por qué los

abades y los obispos llevan cruces pectorales. Este oficio de Superior podía ser agonía permaneciendo en el monasterio y peor agonía aún cuando uno se ausentaba.

Después de pasear por la habitación preocupado y reflexivo, se sentó con las manos cubriéndose el rostro. ¿Cómo proceder? No podía desobedecer. Por otra parte, si tornaba la reprimenda en el sentido de que desistiese de su colecta, ¿en qué se convertiría Getsemaní? El obispo Chabrat le había informado que había enfermado de neumonía el primer mes de enero en aquellos pagos. Se sintió seguro de que esa misma enfermedad había sido la que se llevó al Padre Juan Crisóstomo y a los dos Hermanos. Con el propósito de evitar que en su comunidad se repitiese la historia de los fallecimientos de los monjes de Dom Urbano y del retorno de éste a Francia, no sólo era necesario tener ropas adecuadas para el verano, pero también elementos para calentarse en el invierno. Ello significaba un nuevo monasterio. El problema de la edificación era realmente un asunto de vida o muerte...; no solamente para los componentes de la comunidad, sino para la comunidad considerada en conjunto. El Vicario debería ser enterado de todo esto.

Los labios del Padre Eutropio se replegaron con gesto de firmeza. Tomó la pluma diciéndose: "si voy a ser yo mismo, voy a ser honesto..., voy a ser yo mismo". Luego, manejando la pluma, escribió directamente a Dom Hercelin.

Le dijo al Vicario que aunque había ocupado algunos púlpitos, no era un predicador. Nunca podría serlo aunque lo quisiera. Lo que en este caso había hecho consistió en conversaciones no oficiales acerca de su viaje a América, de las impresiones recibidas de la vecindad comarcana y de las esperanzas, compartidas por

todos, de buscar no solamente a Dios acertadamente en las selvas de Kentucky sino de demostrar a otros el propósito verdadero de la existencia del hombre. Sus audiencias por la Francia recorrida, además de ser escuchadas con atención, resultaron generosas. Ya había colectado cerca de 38.000 francos. Con todo, y aunque el clero de Lyons le urgía a visitar el sur donde abundaba más el dinero, no saldría de Lyons hasta que recibiese noticias de su Vicario. Estaba más ansioso por obedecer que por construir un monasterio.

Antes de cerrar la carta, mencionó su visita a Monseñor Chabrat y se refirió al entusiasmo del prelado acerca de la posibilidad de elevar a Getsemaní a la dignidad de abadía y de su autorizada opinión de que elevando así al monasterio, podrían los trapenses abrigar la esperanza de conquistarse el aporte de los americanos. "Puesto que este asunto concierne cabalmente a la injerencia del Capítulo General —escribió el prior— acepté la carta de Monseñor Chabrat con la reserva de una previa aprobación por parte de esa Venerable Asamblea integrada por ustedes. Si ustedes aprueban el proyecto, ruego que se me dé una carta de presentación para la Curia Romana, de modo que todo se haga correctamente. Uno de los principales clérigos de Clermont piensa ir a la Ciudad Eterna a principios de junio. Me ha invitado para que sea su compañero, insistiendo en que él pagará todos los gastos y prometiéndome apoyar mi petición para convertir el monasterio en abadía".

Transcurrieron algunas semanas antes de que el Padre Eutropio recibiese contestación. Tuvo tiempo para preguntarse si había obrado apropiadamente al consultar al Vicario. Tal vez hubiese sido mejor desechar los sueños de convertir en abadía el

monasterio y regresar para reunirse con sus Hermanos. ¿Era prudente permanecer alejado tanto tiempo? Sin embargo, ¡era importante! Esta era la cuestión que debía solucionar ahora si había de asegurarse la posición de la reciente fundación. Así, pues, esperó y oró.

Antes de que mayo floreciese en los huertos circundantes, el Padre Eutropio recibió una carta de Dom Hercelin. Antes de abrirla, contempló su crucifijo. ¡Tanto era lo que dependía de esa contestación! Con Getsemaní como abadía, Monseñor Chabrat parecía estar convencido de que los católicos americanos suministrarían lo que se necesitase para construir el monasterio. ¡Si pudiera prescindir de su papel de mendicante! Y rasgó el sobre con alguna nerviosidad, desdoblando una misiva, pero no dirigida a él.

"Santísimo Padre: El Hermano María José Hercelin, abad del monasterio de Nuestra Señora de la Gran Trapa, Vicario general de los cistercienses de la estricta observancia, y el Hermano Fulgencio, abad de la mencionada Congregación y Procurador general, suplican a Su Santidad que eleve el priorato de Nuestra Señora de Getsemaní, en la diócesis de Louisville, Norte América, a la dignidad de abadía. Nos permitimos informar que viven en aquel monasterio alrededor de sesenta religiosos consagrados a la práctica de las disciplinas monásticas, distinguiéndose por su piedad y observancia regular, siendo un ejemplo de fidelidad, por lo que resultan de gran utilidad, a tal punto que muchos obispos se muestran ansiosos por poseer en sus diócesis monasterios religiosos de la misma Orden. Existen muy serias esperanzas de que si la abacial forma de gobierno se estableciese allí, se derivarían grandes bendiciones y ventajas para la salvación de las almas"... El Padre Eutropio musitó una plegaria de gracias a la

imagen del Cristo colgado de la cruz. ¡Ni una palabra acerca de la colecta! Tal vez sus Superiores se distrajeran mucho pensando únicamente en la nueva abadía. Bueno; no tocaría este desagradable punto hasta que ellos lo hicieran.

Los acontecimientos de los meses siguientes nunca le parecieron reales al Padre Eutropio. En junio estaba en Roma entrevistando obispos, arzobispos, cardenales y hasta logró ser recibido por el mismo Santo Padre. Se le llamaba con frecuencia a ciertos despachos para que repitiese la historia del pequeño grupo de trapenses que se embarcaron rumbo al Nuevo Mundo con el objeto de establecerse en una cabaña de madera ubicada en las selvas de Kentucky. El veintiuno de julio de 1850 recibió un *Rescripto* firmado par Alesandro Barnabó, secretario de la Sagrada Congregación de Propaganda, anunciándole que el Papa Pío IX, después de leída la solicitud de Dom Hercelin y la carta de recomendación del Muy Reverendo Guy Chabrat, había otorgada la concesión a los trapenses. Así, pues, Nuestra Señora de Getsemaní fue elevada a la dignidad de abadía con "todos los derechos y privilegios de todas las demás abadías de la misma institución religiosa, sin que impedimento alguno lo obstaculizara."

El primer pensamiento del Padre Eutropio voló hacia su morada americana. ¡Si pudiera estar con ellos ahora! ¡Qué alegría les daría la buena noticia! ¡Qué recompensa para los dos rudos inviernos que soportaran en el Nuevo Mundo..., con sus veranos ardorosos! A todos les daría ánimo para construir porque verían que Roma tenía confianza en ellos. ¡Cuánto ansiaba el prior regresar hacia ellos! Pero no, no podría regresar todavía. Primeramente habría de visitar y agradecer a todos los bondadosos amigos que habían apoyado su causa en Roma. Luego solicitaría

una audiencia de Su Santidad para expresarle su obligada gratitud por la preciosa dádiva dispensada a Getsemaní. Después debería atender y presentarse personalmente ante el Capítulo General de su Orden y relatar todo lo acontecido a los Padres. El hogar americano todavía se hallaba a tres mil millas de distancia.

El Capítulo se reunió posteriormente aquel año y durante las cuatro sesiones celebradas en octubre el Padre Eutropio leyó a la asamblea todos los documentos relacionados con la abadía. Cuando terminó con la lectura, los Padres le anunciaron que el obispo Martín J. Spalding presidiría la nueva abadía de Getsemaní, elegido por ellos para el acto de la elección del primer abad.

El Padre Eutropio aún no podría regresar, pues en su viaje a El Havre hubo de pernoctar algunos días en Melleray y allí de nuevo fue recompensado con otro regalo de cumpleaños para su monasterio, ya que Dom Máximo, el veinticuatro de octubre le entregó cinco religiosos más para el Nuevo Mundo. El joven prior enmudeció de emoción. Sólo logró articular en un aliento "¡Dios le bendiga!"

En los primeros días de noviembre el Padre Eutropio abandonó Francia con sus cinco nuevos miembros. Ya a bordo del barco, se puso a compararlo todo con las condiciones que ofrecía el *Brunswick*, y el nuevo y más grande navío no salió favorecido... hasta que, de pronto, se dio cuenta de que la mayor diferencia residía en sí mismo, en sus nuevos sentimientos con respecto a la tan distante orilla a la que arribaría. Cuando, dos años antes, se alejara de Francia, se había sentido exilado del país que amaba. Ahora sonreía. Nunca hubiera pensado que sentiría nostalgia por las salvas de Kentucky y apenas lograba disimular su impaciencia por llegar a Getsemaní.

Comenzó a contar las semanas que tardaría en llegar de nuevo a Kentucky. Si el *Brunswick* había hecho el viaje en treinta días hasta Nueva Orleáns, presumía que este navío más grande tardaría menos. El Atlántico no se mostraría más tormentoso que dos años antes. Pronto, sin embargo, reconoció su optimismo. Dos veces el navío trató de cruzar el canal de Francia y las dos veces fracasó. Mientras la lámpara de aceite se consumía lentamente en la cabina del capitán y los pasajeros se aglomeraban nerviosos hablando acerca del peligro que corrían, sólo los trapenses permanecían en calma en aquella general confusión. El Padre Eutropio mantuvo a sus monjes recluidos, observando la regla como si estuvieran en Melleray, empleando esta disciplina para adiestrarlos en las dificultades posteriores. Dios permitía esta demora para templar su impaciente espíritu, pues su anhelo por llegar comenzaba a consumirle.

El día de Navidad lo pasaron a bordo, en plena mar, sin tierra alguna a la vista. El prior rogaba a María de Getsemaní para que los ayudase. Era una ruda prueba hallarse tan completamente alejado de su familia religiosa. ¿Y qué pensaría el Padre Paulino cuando supiera que no habían podido arribar a Nueva York? Por otra parte, ¿las buenas nuevas de la bondad de Su Santidad naufragarían en pleno mar?

CAPÍTULO IX

PROTO-ABAD EN AMERICA

EL sol apenas brillaba sobre el sucio rojizo de Green River Turnpike el cinco de abril de 1851, cuando un fatigado viajero, Superior trapense, cabalgaba hacia Getsemaní con sus cinco acompañantes. El prior pensó que regresaba a su monasterio inesperadamente para sus Hermanos. Pero apenas las cabalgaduras cruzaron el pontazgo del camino de Getsemaní, las campanas comenzaron a repicar alegremente. Es que el Padre Paulino, sin noticias, había establecido, sin embargo, una vigilancia constante para otear el camino. Los monjes habían estado sin su Superior mucho tiempo y querían demostrarle cuán bien recibido era. Los ojos del prior se humedecieron de lágrimas al presenciar que se apresuraban hacia él sus Hermanos desde todos los ángulos del terreno.

A la mañana siguiente se celebró un Capítulo especial y el prior refirió todo cuanto le había acontecido en Francia, en la casa matriz y en Roma. Cuando se refirió a Pío IX y al interés que demostró por el pequeño Getsemaní, la comunidad se sintió como espantada por una intensa emoción. ¿Interés por ellos? ¿El Santo Padre? ¡Sí! Tanto como para convertir la cabaña de madera que les servía de monasterio en la *Proto-Abadía del Nuevo Mundo*. Les anunció que pronto les visitaría el obispo Spalding, para verificar la

erección canónica y presidir la primera elección abacial que se celebraría en ese lado del Atlántico.

El trece de abril Su Señoría visitaba el monasterio como representante de los Padres residentes en Europa. Ante la congregada comunidad leyó un documento, firmado y sellado por él, por el cual se declaraba que el priorato de Nuestra Señora de La Trapa de Getsemaní era elevado al *status* de abadía por la autoridad del Papa P. IX. Todos los monjes estaban impresionados. ¿Quién hubiera pensado hace dos años que se les concedería tal dignidad? ¡Dos años de ruda labor, de penitencia y fortaleza maduraron una gran cosecha!

Y ahora que Getsemaní había sido elegida Proto-Abadía en el Nuevo. Mundo, se debía elegir un abad. El día siguiente —primero de mayo —diecinueve miembros de la comunidad dieron su voto al trapense que debería ser el Padre de todos ellos. Este acto se realizó en presencia del obispo, que lo presidió, de tres sacerdotes seculares, Padres Roberto Abell, Roberto Byrne y James Quinn, y los legos Nicolás Beatty y Tomás Miles, en tanto que el ayudante del obispo Spalding, Padre Francisco Chambige, actuaba como notario. No hubo necesidad de repetir el escrutinio. El Padre Paulino obtuvo dos votos y los diez y siete restantes no mostraron vacilación alguna, eligiendo al Padre María Eutropio Proust para Proto-Abad en América.

El obispo Spalding no perdió tiempo y expidió las actas de la elección a Roma para su inmediata confirmación por Dom Tomás Mossi, Presidente general y Abad de San Bernardo de las Termas de Diocleciano. Dom Tomás las confirmó el diez y seis de junio, pero a causa de las perturbaciones políticas en la península italiana, a mediados de octubre llegó la buena noticia a Louisville.

El obispo Spalding se dirigió en seguida a Getsemaní para conferir la primera bendición abacial administrada en América. De acuerdo con el Padre Eutropio señaló el veintiséis de octubre para la ceremonia, pero cuando preguntó dónde se conferiría la bendición, se discutió animosamente.

El prior, mirando con cierta sorpresa al prelado, contestó:

—En nuestra abadía, naturalmente.

— ¿Usted quiere decir en su diminuta capilla? ¿Cómo, Padre Eutropio? Eso pertenece a la historia. Su reducida iglesia apenas si contendría una quinta parte del número de clérigos y legos que desearán asistir a la ceremonia. Me gustaría que se celebrase en Louisville. Pero no —agregó después de una pausa— sería injusto por las molestias que causaría a vuestra comunidad el viaje. ¿Qué me dice de la catedral de Bardstown? Fue la iglesia de Monseñor Flaget durante muchos años y conozco lo cercana que está de Getsemaní. ¿Por qué no celebrar el acto allí? Es la iglesia más histórica del Oeste de Alleghanies y un lugar adecuado para la primera bendición abacial en América.

—Apenas sé qué decirle, Monseñor. Yo no me siento digno de...

—No siga, Padre —le interrumpió el obispo—. Usted se olvida de que he presidido la elección y que recibí la confirmación de sus Superiores. Sé lo que piensan de usted sus monjes aquí y los Padres allá, así que el lugar más indicado para la ceremonia es Bardstown, si le resulta a usted agradable.

— ¿Pero está Su Señoría seguro de que nuestra propia iglesia sería insuficiente?

—Tan seguro como de que, algún día cercano, tendrá usted que edificar una iglesia mucho mayor en Getsemaní. Padre Abad:

sus hombres le acaban de convertir en un príncipe de la Iglesia. Ahora bien; a pesar de su humildad ante tal honor, debe comprender que el clero de Kentucky querrá celebrar este acontecimiento dignamente. Cuando menos, ésta es una piedra angular en la historia eclesiástica de Kentucky. Por mi parte, creo que marcará el comienzo de una gran era para el catolicismo en América.

Poniéndose de pie, el obispo dio por concluida la conversación, no sin agregar:

— Deje a mi cuidado todos los preparativos en la iglesia de San José, Padre Abad. Ya me las arreglaré para que su comunidad no sea distraída por la multitud. Cuando esta expectativa pase, le hablaré acerca de otros asuntos. No he olvidado al "santo" cuyo sitial en la diócesis intento llenar. Es una tarea grande, Padre, pero me agradará ayudar a Getsemaní. Usted estará dispuesto para el veintiséis, ¿no es así?

—Lo estaré, Su Señoría —contestó conformado el Padre Eutropio —con tal que con ello le demuestre mi sentida gratitud.

Se acercaba la hora de la tarde del domingo cuando terminó la prolongada ceremonia y Dom Eutropio Proust descendió por la nave de la catedral de San José bendiciendo a los miembros de las Órdenes religiosas, a los fieles católicos y a los amigos Protestantes que se habían congregado en el recinto desde las ocho de la mañana. El nuevo abad recordaba ese mismo día, tres años atrás, cuando él y sus hombres se alejaron de Melleray y llegaron fatigados a París. ¡Qué diferencias establecen los años!

Ya en el pórtico de la catedral, bendijo a los que se hallaban enfrente y luego se volvió para situarse a las puertas del edificio. Uno por uno desfilaron ante él para recibir el beso de paz.

Inclinándose hacia ellos, no sólo veía sus rostros: veía también los rostros de los que se habían ido. Siempre recordaba primero al Padre Benezet. Tres años no era poco tiempo, pero ni una centuria vivida allí borraría de su memoria el primer fallecimiento ocurrido en su comunidad; él se hallaba en Francia cuando fallecieron los otros tres, pero recordaba con mucha frecuencia al Padre Crisóstomo y de la gran necesidad que tenían entonces de vestiduras ligeras. ¡Ahora era el Padre de todos ellos! Tenía a su cuidado cincuenta y cinco hijos cuyas necesidades eran ahora mayores que antes.

La procesión desfiló por el santuario. Lentamente los clérigos asistentes tomaron sus puestos. Dos hileras de acólitos la flanqueaban en medio de las encendidas lámparas. Toda la facultad de jesuitas del colegio de San José formaba en las filas, y tras ellos los clérigos visitantes de la diócesis y de las poblaciones vecinas. Detrás de todos desfilaba el abad recién consagrado al lado del obispo de Louisville.

Dom Eutropio deseaba reunirse con su comunidad para su comida de la tarde, pero el obispo Spalding le condujo a una dependencia en la que estaba preparado un banquete. Aceptó graciosamente el honor aunque, durante las horas entre conversaciones y risas, le tornaban más impaciente por el silencio del refectorio de los monjes. Cuando terminó el festival se sintió muy aliviado.

Pero otra vez el buen obispo le condujo a un pequeño despacho privado en la rectoría y Dom Eutropio pensó que se le dejaría solo para entregarse libremente a los muchos recuerdos que le asaltaban. Mas no; el obispo tenía otros planes.

Cuando el recién consagrado abad advirtió que Su Señoría le sonreía, como dispuesto a entablar conversación, le confesó:

—Estoy cansado, Monseñor. Nunca pensé que viviría un día tan intensamente desde que salimos de París. Viviendo retirado en un monasterio, Su Señoría se olvida lo que puede significar verse rodeado de centenares de personas extrañas.

El prelado se echó a reír.

— ¿Y qué me dice de las congregaciones que usted visitó durante su recorrido por los pueblos de Francia? ¡Y habla usted de su retiro en el monasterio!

—Pero aquellos eran mis compatriotas y muchos de ellos me conocían...

—También esta gente es su amiga, Padre Abad, y ésa es una de las cosas de que quiero hablarle ahora. Acérquese y siéntese.

El Padre Eutropio se sentó en un mullido sillón frente a la estufa. Contemplaba el fuego cuando el obispo comenzó diciendo:

—He enviado al monasterio a vuestra comunidad en carruajes. Le había prometido no molestarle hasta que pasara la natural excitación de la ceremonia y demás, pero ¿qué mejor ocasión podríamos aprovechar para discutir un asunto que sé que le es muy querido — y a mí también? Me refiero al nuevo monasterio.

—Dom Eutropio, un tanto turbado, expresó lamentándose:

—Presentí que me hablaría de eso Su Señoría. La Orden a que pertenezco no está ahora en mejores condiciones de ayudarnos que lo estuvo el año pasado.

—Pero nosotros sí —contestó lo más tranquilo el prelado.

—¿Su Señoría?

— ¡Oh! No quiero decir precisamente yo —se apresuró a decir —: quiero decir los católicos de mi diócesis. Usted ya sabe que le

conocen ahora, lo que era una razón para que yo anhelara que la ceremonia tuviese lugar en Bardstown. Y... claro: estoy seguro de que hablarán de los trapenses durante el resto del invierno.

Dom Eutropio lo miró intrigado.

—Siento decirle que no veo cómo eso pueda ayudarnos.

—Usted necesita dinero, ¿verdad?

—Por supuesto que sí.

—Muy bien; espere usted hasta que haga su primer llamamiento —dijo el obispo.

— ¿Mi primer llamamiento? —repitió Eutropio.

— ¿Su Señoría se ha olvidado qué reprimenda me cayó encima durante mi excursión por Francia? ¡Y eso que era en mi propio pueblo y visitando compatriotas!

—Pero sus Superiores no le ordenaron que cesase, no olvide usted eso —insistió el prelado. Y por lo que respecta a Francia, ella no puede ayudarle ahora como lo puede hacer América. América se está desarrollando tan aceleradamente, que no sabrá qué hacer con tantas riquezas. Y recuerde que ahora Getsemaní es la Proto-Abadía de América, y que se olvidará de ello si permite usted que se olvide. Usted debe pedir al pueblo aquí, Padre Abad. Usted sabe que con cuarenta o cincuenta mil francos que usted recolectó no se puede construir otra cosa que una iglesia muy chica.

— ¿Iglesia? Ni siquiera la sacristía que tengo en la mente.

— ¡Ah! Así me place que hable. Construya, pero construya para siglos. He estado pensando, Padre, si usted debería hacer como Dom Urbano hizo, que estableció la primera escuela libre en el Estado de Kentucky, como usted sabe. Los católicos de los alrededores se aprovecharon de la enseñanza que se les ofrecía.

—Lo sé —dijo el trapense con aire reflexivo. Pero la enseñanza no es nuestra labor. De hecho, es completamente extraña a nuestra vida contemplativa. No obstante, en La Val Sainte, en la época de la revolución francesa, Dom Agustín de Lestrange modeló una especie de Orden Tercera precisamente para la educación de la juventud. Dom Urbano se hizo cargo de la enseñanza de los más jóvenes. Por eso no me ha extrañado que haya hecho lo mismo en América. Pero de esto hace casi cincuenta años, Su Señoría. Los tiempos eran diferentes. Mi Capítulo General...

—Pero Padre Abad, nosotros podríamos tener una escuela libre para niños y otra para niñas en su abadía, y ambas serían de inmensa ayuda tanto para usted como para nosotros: ¡Piense en cómo reaccionarían los padres de los escolares! ¿No puede ver las proyecciones que alcanzarían las enseñanzas? No podría arreglar con otras personas para que impartieran la enseñanza. Seguramente que usted se va a encargar de la parroquia que he creado en el monasterio. Usted es mi vicario general para la sección de mi diócesis. Usted debe tener algunos sacerdotes en su comunidad. La gente acudirá a ellos. Eso no violará vuestra regla, ¿verdad que no?

El abad sonrió con suavidad y se quedó con la mirada fija en el fuego. Otra vez se presentaba la vieja dificultad en otra guisa: el conflicto entre las vocaciones activas y las contemplativas. Cuando Benito legisló acerca del silencio, la soledad y la estabilidad, no pensó en parroquias y en escuelas. Con todo, ¿quién tuvo más grande amor por las almas que este patriarca de Occidente? ¿Qué hubiera hecho en estas circunstancias? La caridad y la gratitud le

demandaban lo debido. El obispo se agitó en su sillón. El trapense se volvió hacia él para decirle:

—Yo pensé que me confería Su Señoría un título honorífico al designarme su vicario en el oficio de la misa esta mañana.

—No precisamente honorífico —replicó el prelado calmosamente: —La gente ha estado visitando en tropel vuestro monasterio durante estos tres años. La mayor parte de esa gente es vecina nuestra. Se necesita una parroquia, precisamente donde están ustedes, y yo no tengo sacerdotes para que la desempeñen. Seguramente, Padre, usted debe tener alguien en su comunidad.

—Esa no es la dificultad, Su Señoría; tengo muchos Hermanos que pueden ocupar esos puestos, entre otros, el Padre Paulino, por ejemplo. Desempeñó durante años funciones parroquiales antes de entrar en Melleray.

—Entonces desígnelo pastor de la iglesia del monasterio. Concédale todas las facultades necesarias. Como le dije, no tendrá que preocuparse mucho porque la buena gente se sentirá feliz visitándole. Al menos haga esto hasta que yo pueda suministrar a mi gente un sacerdote de los míos.

El abad aprobó con un movimiento de cabeza.

—Sería un ingrato con Su Señoría y con Dios si obrase de otro modo —dijo con cordial lentitud.

— ¡Espléndido! —exclamó el obispo levantándose del asiento —. Vuestro monasterio pronto alcanzará la marca de santidad para d pueblo de Kentucky, Reverendo Padre. Deseo que piense bien en la cuestión de las escuelas y del nuevo edificio, y si usted se decide a hacer llamamientos públicos, me sentiré dichoso prestándole toda la ayuda que pueda.

Aquella misma noche, mientras Dom Eutropio recorría el camino hacia su monasterio-abadía y lo divisaba a la luz de la luna naciente, hubo de admitir que la Proto-Abadía de América no era precisamente muy atractiva. Mientras arreaba a su cabalgadura con la prisa de llegar, se dijo: "simplemente, debo edificar, ¿pero cómo he de hacerlo sin contar con recursos, suficientes?"

Durante todo el invierno le preocupó esta cuestión. Ni aun el posesivo amor de un padre le ocultaba que Getsemaní como abadía, tenía muchas fallas. Era fría en exceso y se hallaba colmada, y el Padre Emmanuel le mostró varios sectores del edificio muy ruinosos. Y además, para la congregación del Padre Paulino se necesitaba una iglesia.

Y fue un muchacho, Pedro, el que verdaderamente colocó la cuestión en su punto ante el abad. Contemplando al mocito cierto día y recordando que había convivido con la comunidad durante tres años sin molestar a nadie, el abad llegó a le conclusión de que una escuela libre en los terrenos de la abadía no era una imposibilidad. Podría tal vez conseguir que algún Hermano familiar se encargase de la enseñanza de los niños, salvaguardando de este modo la regla y la soledad de sus monjes.

Llamó a los Padres Paulino, Eutimio y Emmanuel para pedirles su opinión acerca de si se debería apelar al pueblo de América para obtener fondos. Los tres opinaron afirmativamente. Debía realizarse tal tarea. Paulino sugirió que se comenzase con su congregación. Emmanuel asintió, pero propuso que se iniciase en la primavera, cuando se atendiera a más gente.

Para la primavera Dom Eutropio había resuelto, no sólo completar sus planes para instalar las escuelas libres, sino para comenzar a edificar su monasterio inmediatamente. Consultó con

el obispo Spalding, el cual le aconsejó que explicase el asunto a William Kelley, un joven arquitecto muy capaz, que le trazaría todos los proyectos gráficos para el nuevo Getsemaní. El abad conocía exactamente lo que quería. Melleray era su ideal como perfecto monasterio trapense, así que, diseñándolo esquemáticamente en un papel, se lo entregó a Kelley. El arquitecto tenía que duplicar la estructura, planeando para tres cuerpos en vez de los dos con que contaba Melleray. ¿Resultarían las dimensiones demasiado grandes? Bueno: la gente debería recordar que este monasterio iba a ser edificado para siglos venideros. La primera ciudad silenciosa de Dios en América debía ser majestuosa en sus proporciones.

CAPÍTULO X

DIEZ MIL CONSTRUCTORES

La fiesta del Corpus Christi cayó en el diez y nueve de junio del año de 1852. Los monjes de Getsemaní la celebraron en la catedral que Dios había edificado. Bajo la bóveda del firmamento celebraron la procesión al Santísimo Sacramento y finalmente elevaron el corazón palpitante de la Hostia en un altar colocado en las estribaciones del cerro al oeste del monasterio de madera. El Padre Paulino invitó a su congregación, pero cuando el Padre Dominico, predicador especial para la festividad del día, se volvió para pronunciar un sermón, vio que toda la explanada se hallaba colmada de gente, y tanto le conmovió la numerosa asistencia, que se mostró lealmente elocuente.

Aun vibrando en el ambiente el eco de sus palabras fervorosas, habló a la gente preguntándole si no sería mejor edificar un templo por tan amante Dios, templo cuyas lámparas votivas no fuesen apagadas por el viento y cuyo incienso se elevara sin temor a las lluvias.

"Ayudad a estos monjes a construir un adecuado monasterio y ellos seguramente responderán educando a vuestros hijos y a los hijos de vuestros hijos sin retribución alguna. Estos monjes construirán una escuela para niños y otra para niñas. Serán tan permanentes como el mismo monasterio, y este predicador anima a los presuntos donantes, por los cuales se oficiará diariamente

una misa. Y esa ayuda que pido no será tanto una donación como una acertada inversión".

El ruego del Padre Dominico tuvo un gran éxito. Durante semanas todas las vecindades contiguas estuvieron hablando con entusiasmo acerca de las escuelas infantiles. Dom Eutropio recibió tanta ayuda financiera, que cuatro meses después firmaba un contrato con Bill Kelley para comenzar a edificar tan pronto como fuese posible.

Los trapenses completaban ya los cuatro años de su permanencia en el Nuevo Mundo. ¡Cuán maravilloso seria celebrar el quinto aniversario en la nueva iglesia!

Sin embargo, como los meses del invierno pasaron y las contribuciones disminuyeron, el abad vio que sus sueños comenzaban a desvanecerse. Se llegó a persuadir de que una sola apelación no les aportaría dinero bastante. El obispo Spalding tenía razón: había que insistir. Sus monjes podían apilar pajas, manipular con la arcilla y hasta cocer ladrillos, pero esto no era bastante. Necesitaban expertos que los guiaran en las tareas de la construcción y... ¿quién pagaría a esos hombres? Era, pues, su deber proveer fondos. Si en Francia había recorrido muchos pueblos peticionando, ¿por qué América habría de ser considerada diferente?

Dom Eutropio emprendió viaje a Louisville para solicitar la ayuda del obispo Spalding.

—Su Señoría conoce bien mi problema, y por eso vengo a verle, recordando que me ha dicho cierto día que necesitaría ayuda y que aquí la encontraría.

El buen prelado se sonrió gratamente.

—Animo, Padre Abad. Usted no es el primero que ha tomado esa dura decisión, pero no vamos a malgastar tiempo hablando de esto. Veamos lo que se puede hacer ahora derechamente. Primeramente debemos redactar una carta que se enviará a todos los obispos cuyas diócesis intenta usted visitar. Con esto queda usted presentado y también sus monjes y, además, se explicará en ella la labor que ustedes están haciendo aquí, y por qué solicitan la ayuda de ellos. Ahora bien; comencemos por el Canadá. El obispo Carbonel de Toronto le dará a usted una carta de aprobación que le servirá para las provincias del Este. Yo le daré una carta que le servirá para esta sección de los Estados, pero debemos...

—Señor obispo, por favor, un minuto para preguntarle. ¿Tendré que recorrer tales distancias este verano?

Por supuesto, no podrá —explicó imperturbable el prelado—. Le ocuparía años y usted debe tener ayudantes. Si dos o tres de sus monjes perdieran salir al mismo tiempo, podrían recorrer América del Sur y el Caribe, mientras usted permanezca no muy alejado de su monasterio. Y si usted se muestra inquieto porque tengan que viajar por tierras extranjeras, recuerde que continuamente se encontrarán con misioneros franceses.

Dom Eutropio se mostró desanimado.

—No es por eso precisamente. Si los envío, ciertamente que Dios los protegerá. ¿Pero por qué los he de sacar de la reclusión que ellos buscan tan ávidamente?

—Tal vez sea esta la cruz que usted ha de soportar —dijo el obispo con cierta grave lentitud—. Si yo estuviese en su lugar, no perdería tiempo inquietándome por los medios temporales y pensaría en el futuro. Los sacrificios son necesarios ahora para que dentro de cien años sus hijos espirituales estén afirmados aquí.

— ¡Pero si hubiera otro modo de proceder! Vacilo pensando que voy a hacer de los trapenses misioneros y mendigos.

— ¿Cómo han de resentirse de sus peticiones para todos sabiendo que usted viene sufriendo por ellos voluntariamente una y otra vez? Y usted tampoco puede descuidar su salud. Puede seleccionar monjes competentes como el Padre Paulino. Por la manera que está conduciendo la parroquia he de presumir que es un gran hombre. Con solamente su gran bondad hablará elocuentemente a sus interlocutores. Luego..., bueno, está el Padre Emmanuel. Por supuesto, usted debe considerar a hombres que sean prácticos, porque si no regresan con abundantes contribuciones como para proveer las necesidades del nuevo Getsemaní, su exilio del monasterio resultará infructuoso.

El abad asintió.

—Mi principal preocupación, Monseñor, es que exponerlos a andar por el mundo libre podría minar sus vocaciones. No puedo arriesgarme a eso.

—Claro que no. Pero estoy seguro que no le ofrecen dudas esos dos religiosos.

—No. Si me pudiera arreglar justamente con esos dos, me sentiría seguro. Sin embargo, ello me dejaría sin prior, pues fue el Padre Paulino quien dirigió y sostuvo a la comunidad durante los muchos meses que estuve ausente en Francia y en Roma.

—La gracia juega pequeño rol si no es ayudada —expresó el obispo con una bondadosa sonrisa—. No se olvide que ellos también aman a Getsemaní y que en ausencia de usted sabrán mantenerse unidos y conservar vivo el vínculo espiritual hasta que usted regrese.

Dom Eutropio apenas si escuchaba. Inmediatamente se puso a pensar a quién debería designar prior para reemplazar al Padre Paulino. Tal vez convendría elegir uno joven y entusiasta al que no doblegara la indecisión. Allí estaba el joven Padre Benito..., ¿por qué no nombrarlo prior en seguida? Así podría vigilarlo algunos meses antes de viajar.

— ¿Ha pensado usted en algo ya? — preguntó el obispo Spalding.

—Discúlpeme, señor obispo... Sí..., he pensado en alguien que desempeñe las funciones de prior.

— ¡Espléndido! Y ahora volvamos al tema de su excursión. Quebec será el punto ideal para su iniciación. Encontrará a millares de franceses allí, católicos que se han establecido como agricultores y otros que emigraron para trabajar en las construcciones de los ferrocarriles. Todos constituirán auditorios muy simpáticos: la gente simple es siempre de corazón cálido. Luego está la América central, Cuba y América del Sur. Si usted envía un monje por la costa oriental y otro por la occidental, realizarán una buena labor. Gran número de españoles y portugueses han colonizado esos puertos y esas tierras, y ya saben por experiencia lo que es no tener sacerdotes. Estoy seguro que alentarán vuestra labor.

Dom Eutropio sonrió.

—Si pudiéramos capturar el uno por ciento del entusiasmo de Su Señoría, Monseñor, no podríamos fallar.

—No se inquiete, Padre Abad, que ustedes no fracasarán. Si tuviera usted los años de experiencia entre americanos que yo tengo, usted tendría plena confianza. Y si usted quiere tener éxito, solamente tiene que recordar una cosa: Getsemaní.

Dom Eutropio regresó a Getsemaní con nueva confianza. Ya sus planes cristalizaban. Escribiría su carta-alocución dirigida al público, con las notas de aprobación de los dos obispos, y con este documento como presentación saldría de Getsemaní a últimos de junio o a primeros de julio. Pero primero tendría que arreglar todo lo concerniente a las excursiones del Padre Paulino y del Padre Emmanuel. Sería preferible que fuesen acompañados, y luego debía designarse el prior.

Cuanto más pensó en la designación de Benito se fue convenciendo de que el joven rigorista podría lo más bien suministrar a Getsemaní el coro que tanto necesitaba. Si alguien podía garantizar que la regla de -San Benito se conservaría libre de toda relajación, era ese religioso. Naturalmente, su juventud podría estar en pugna con los más viejos monjes, porque éstos no olvidarían que había entrado en Melleray a los veinte y ocho años, hacia solamente cuatro, pero como demostrara grandes signos de conductor y de vigor, por eso se le ordenó últimamente y... ¿su negativa a recibir las órdenes mayores no era acaso una prueba de su humildad? Hasta los hombres que señalasen su juventud como impedimento para ser prior debían admirar su genuina devoción por la regla. Tal vez fuese él, precisamente, el prior que se necesitaba aquí, en aquellas florestas.

Dom Eutropio lo designó. Durante los primeros meses, antes de su partida para Canadá, estudió su influencia sobre los Hermanos y quedó satisfecho de haber hecho un nombramiento acertado.

En julio se ausentó de Getsemaní Dom Eutropio, habiéndole impartido órdenes al nuevo prior para que los monjes preparasen el terreno para los cimientos de la edificación inmediatamente. Esta labor los mantendría lo bastante ocupados para entretenerlos aleja-

dos de ociosos comentarios acerca del nuevo prior y de la ausencia del abad y otros Hermanos. En efecto; Dom Eutropio con frecuencia escuchaba quejas acerca de las distracciones a que se entregaban algunos, y cuando abandonó a Getsemaní dio gracias a Dios por habérsele ocurrido esta natural distracción, porque con sus hombres absorbidos en las preliminares labores marcadas por el arquitecto Bill Kelley —excavar la tierra y nivelarla para cimentar la nueva iglesia con un frente de unos setenta metros— ya no abrigaba temores de que se estableciese desunión alguna entre ellos. Y cuando los cimientos estuviesen asentados, habría que cargar y descargar ladrillos, y después vendrían los trabajos de la edificación.

Julio..., agosto... Dom Eutropio contaba los días de su viaje: los lugares en que habían pernoctado y las poblaciones a donde se dirigía. Trenes, cabalgaduras, vehículos descubiertos... La única vez que se detuvo en su excursión más de lo pensado fue cuando el Padre Dominico, el religioso que le acompañaba y que hiciera la primera apelación pública el día de Corpus Christi, cayó enfermo en Canadá. Nada menos que durante seis semanas el abad lo vigiló y oró por él a la cabecera de su lecho, haciendo cuanto pudo para aminorarle la fiebre que consumía al enfermo. Al fin lo logró, pero el Padre Dominico se hallaba demasiado débil para soportar las molestias del viaje. Se necesitaron algunas semanas más para que, recobrada su fortaleza, ambos pudieran continuar el viaje. Cabalgaron a lo largo de las líneas de los ferrocarriles canadienses, hablando a multitudes en estaciones y puntos de convergencia de trabajadores; visitaron iglesias de plateadas cúspides para explicar a las congregaciones lo que los hombres de Getsemaní intentaban hacer…; colocar una cruz —un monasterio — en aquella región montañosa y aislada, proveerse de recursos

para que sus laboriosos hombres pasaran sus vidas en silencio, oración y trabajo en loar de Dios y educar a los niños de la vecindad.

Aunque la mayor parte de las contribuciones individuales eran pequeñas, Dom Eutropio se sintió profundamente impresionado por el gran número de donantes cuyos nombres iba anotando en dos libritos que al efecto llevaba para posteriormente inscribirlos en los archivos de Getsemaní. ¡Qué tremenda buena voluntad representaban! Dios no podría desentenderse de ese sincero deseo de tener éxito que los trapenses demostraban en el Nueva Mundo.

El abad había combinado con el Padre Benito lo concerniente a la correspondencia con arreglo al mapa trazado por el obispo Spalding, conocedor de las comunicaciones afectas a la excursión planeada para el abad. En Montreal recibió una carta que puso fin a sus solicitudes. Era de Dom Máximo y en ella le decía que como consecuencia de la revisión de la labor de Dom Eutropio, hecha por el Capitulo General, su superior y Padre inmediato había sido comisionado para ordenar al Abad de América que "cesase de mendigar". La razón: La Trapa nunca aprobaría, ni la Curia Romana patrocinaría tales acciones.

Descorazonado por el tono de la carta, el abad inició sus jornadas de regreso rumbo al Sur. Durante las monótonas horas de traqueteo en los trenes, una cuestión se agitaba en el cerebro del fatigado Superior: "¿entonces cómo piensan ellos que yo pueda construir mi abadía?"...y el ronroneo del férreo rodaje era la única contestación que obtenía. Desde luego, había obedecido con prontitud. Intentaba obedecer gozosamente, lo que le resultaba difícil, hasta que finalmente llegó a esta conclusión: "he procedido lo mejor que he podido, Dios tendrá que darnos la solución. La

Curia Romana no debe ser perturbada. Ello sería desfavorable, no sólo para Melleray y Getsemaní, sino para toda la congregación". Dom Eutropio suspiró aliviado. Si Dios quería tener un edificio digno y permanente en Getsemaní, ya proveería. Habiendo hecho cuanto mejor pudo ahora le tocaba obedecer. Se detendría en el camino para visitar al obispo Spalding y explicarle por qué había interrumpido su campaña. Lo que le sería más difícil consistía en comunicarse con los Padres Paulino y Emmanuel: ¿cómo averiguar hasta dónde habían llegado?

Los dos trapenses llegaron a Cincinnati en los últimos días de octubre. Durante las horas que hubieron de esperar para proseguir su viaje a Louisville, Dom Eutropio y el Padre Dominico decidieron visitar la ciudad. Caminaban ambos por el ruidoso terminal de la estación cuando se les apareció un policía que les dijo:

—Síganme.

Los trapenses miraron al hombre y se miraron entre sí, pero obedecieron, siendo conducidos a un extremo tranquilo del edificio y así alejados del barullo de la estación.

Tan pronto como se hallaran aislados de la multitud, el policía no les dejó duda alguna acerca de sus intenciones.

—Por favor, Padres; tomen el primer tren que les aleje de Cincinnati —les explicó mirándoles con expresión inquieta—. Hasta estoy arriesgando mi vida al hablarles.

El abad, sorprendido, le preguntó:

—Pero, oficial, ¿qué ha sucedido?

—Dificultades, terribles dificultades. Las nativistas se han lanzad de nuevo a la calle. Anoche destrozaron los ventanales y

quemaron una iglesia católica y ahora se preparan para atacar la Nunciatura papal.

— ¿La residencia del arzobispo Belini?

—Exactamente, Padre. Y lo lincharán si lo encuentran.

— ¿Y esos hombres son los que se llaman a sí mismos *Partido Americano*?

Los *Ignorantes* debería ser su propio nombre. Nada saben acerca del verdadero espíritu americano. ¿Puede usted imaginarse a alguien persiguiendo al pueblo de América por su religión? ¿No es…?

— ¿Y qué le ocurrió al arzobispo Purcell? ¿Dónde está?

—Todavía está a salvo. Pero, Reverendos, ustedes no pueden permanecer aquí más tiempo. Permítanme que les conduzca a tomar el primer tren. Les aseguro que no harán bien en quedarse aquí.

—Pero debemos vemos con el Nuncio papal —insistió el abad —. Roma debe saber lo que hay detrás de todo esto,

El policía movió la cabeza nerviosamente.

—Bien; yo les he prevenido. Que Dios les acompañe — dijo, alejándose. Y antes de retirarse miró en torno para asegurarse de que nadie les vigilaba.

—Lo encontrarán en el arzobispado — les avisó confidencialmente.

Dom Eutropio recorrió apresuradamente varias calles de Cincinnati. Puesto que había visitado al arzobispo Purcell, metropolitano de Getsemaní, varios meses antes, estaba seguro de orientarse hacia la residencia del obispo.

"Debo darle esta noticia" — murmuró para sí sin mirar a los hombres y mujeres que pasaban por su lado. Una vez o dos se volvió para cerciorarse de que el Padre Dominico le seguía, y advirtiendo que éste jadeaba ya, por lo rápido de la caminata, acortó un tanto sus pasos para decirle:

—Siento que lo estoy cansando, Padre, pero después de lo que hemos oído...

—Está muy bien, no se preocupe, Padre Abad —pudo articular el compañero—: ya me las arreglaré para seguirle.

Dom Eutropio acabó por reconocer el edificio y se sintió aliviado al no ver multitud alguna aglomerada al frente. Tal vez los amotinados pensaron que el edificio del arzobispo era un lugar muy poco seguro para que en él se ocultara el perseguido Nuncio papal, o que temieran las consecuencias de un ataque tan descarado en pleno día. Cualquiera que hubiese sido el motivo, la calle se hallaba despejada. Sin intentar ocultar sus movimientos el trapense se dirigió derechamente a la puerta y golpeó con el pesado aldabón.

El arzobispo Purcell saludó a Dom Eutropio y su acompañante cordialmente, aunque no ocultó su sorpresa.

—Espero que no es ninguna dificultad la que le trae por aquí, Padre Abad. Por supuesto, me agradará mucho servirle en todo lo que pueda. ¡Cuán peligrosos son estos tiempos! — agregó con una sonrisa triste.

—No, no, Su Excelencia —le aseguró Eutropio—. Venimos a verle por si nosotros podemos ayudar. Me refiero a Monseñor Belini, naturalmente. Se nos ha dicho que se le persigue y que está oculto aquí, y deseamos...

—Venga, pase, Reverendo Padre —dijo el arzobispo tomándole del brazo—: me parece que lo han excitado innecesariamente. Tal vez usted quiera verse con Monseñor. Está dentro, y puesto que estábamos discutiendo el mismo asunto cuando usted llegó, no será usted intruso después de todo, y pienso que viéndole a él será el medio más rápido para tranquilizarle a usted.

Conduciendo a los visitantes a lo largo del corredor hasta una sala con las cortinas corridas, el arzobispo Purcell presentó a Dom Eutropio y su acompañante a Su Gracia el arzobispo Belini. Arrodillándose para besar su anillo, el abad sintió que su intranquilidad se esfumaba. Lo apacible y acogedor del gabinete y el brillo de paz y gentileza que despedía la mirada bondadosa del prelado acabaron por devolverle la tranquilidad. ¿Ese era el eminente clérigo a quien el revolucionario húngaro Luis Kossuth y su indigno y excitador compañero, el sacerdote apóstata Alessandro Gavazzi, querían asesinar? ¿Ese era el símbolo de la tiranía de Roma?"

Dom Eutropio se incorporó y miró con humildad al Nuncio papal.

—Debo disculparme ante Su Gracia. Corrí hacia aquí pensando que podría confortar y consolar, pero me doy cuenta de que soy yo quien necesita de ambas cosas, y mucho. Este motín...; temí que acaso no comprendiera y...

—Mi buen señor abad se olvida que yo he vivido en Italia últimamente — le interrumpió suavemente el Nuncio con cierto animado parpadeo.

—Pero considere Su Gracia...; todo lo que quería era explicarle que este llamado *Partido Americano* no es americano.

El Nuncio papal se encogió de hombros riéndose con ganas.

—Hay algunos italianos verdaderos entre los mazzinistas y garibaldinos. No se inquiete porque yo pueda confundir esta persecución con la voluntad del pueblo americano. ¿No se ha beneficiado América con la revolución francesa y con los siglos de persecución contra los irlandeses? Dios utiliza todas las cosas para sus propios fines. Así, pues, no se sienta intranquilo..., ánimo, Padre, porque debido a este reciente motín los americanos podrán adquirir una comprensión más profunda acerca de los dones que Dios ha concedido a esta tierra. Sólo cuando la libertad es amenazada es cuando la apreciamos en lo mucho que vale.

—Verdad absoluta —admitió el abad—. Nunca la había considerado desde ese ángulo. Pero ése es el ángulo apropiado, ¿no es así? Los puntos de vista de Dios, no los nuestros. Y Su Gracia no permitirá que Roma piense mal de este pueblo.

De nuevo se rió el prelado, alzando graciosamente su cabeza.

—Claro que no, pero tendré bastante dificultades para que Roma conozca algo de lo sucedido. La distancia puede evitar un verdadero problema, ¿verdad que sí?

Dom Eutropio asintió, quedándose silencioso para pensar en Melleray. Su Padre Superior se hallaba a más de tres mil millas de distancia y, sin embargo, con una carta había anulado el espacio, por decirlo así.

— ¿No me contesta, Padre Abad? —habló el Nuncio al notar su ensimismamiento—, ¿Acaso no encuentra bastante molesta la distancia entre Getsemaní y la casa matriz?

— ¿La distancia? —repitió el abad con cierta mal disimulada ironía—. Estamos tan cercanos, sépalo Su Gracia, que mi Padre puede extender su mano, palmearme en el hombro e indicarme

que me vuelva a casa desde Montreal. Llegué esta mañana a Cincinnati sólo a causa de la contigüidad de la puerta de Melleray.

—Lo que significa —dijo riéndose el arzobispo— que sus Superiores no lo han cumplimentado precisamente.

— ¿Cumplimentado? —contestó el Padre Eutropio para luego quedarse silencioso—. Faraón una vez ordenó a los israelitas que hiciesen ladrillos y les negó el material. Pues bien; Melleray no menciona el material, pero ha logrado el mismo resultado. He de edificar una abadía y, sin embargo, se me prohíbe recolectar dinero. Tan simple como todo esto.

—Siéntese, Padre Abad —le dijo el arzobispo—, Ya hemos permanecido de pie un buen rato y ahora quiero escucharle más acerca de eso. El doctor Purcell me comunicó que procede usted de Kentucky. ¿No tienen allí una abadía? Al tomar asiento, Dom Eutropio contestó:

—Tenemos un viejo edificio de madera, Su Señoría, y ni siquiera es bastante amplio. Con el propósito de buscar ayuda prometimos establecer escuelas gratuitas, de modo que ya tenemos instalada una cabaña de madera para la educación de niños. Mientras estuve en Canadá visité un morada de trapenses es Nova Scotia y se me prometió un director. Se trata de un arreglo circunstancial, pero el Padre Cipriano podrá enseñar hasta que encontremos otros profesores. Entretanto mis monjes quedarán capacitados para dedicar todo su tiempo a Getsemaní, al menos hasta que la iglesia sea edificada.

— ¿Pero qué ha ocurrido? ¿No tuvo usted éxito?

— ¡Oh! no..., no es eso, Su Gracia —se apresuró a continuar el abad—: en tres meses recogí 25.000 francos para gastos de construcción y sólo he recorrido en mi viaje algunas comarcas de

Quebec y Nova Scotia. Pero el Capitulo General me ha ordenado que cese en mis peticiones y no puedo desobedecer a mis Padres. Me anuncian que incurriría en el desagrado de la Curia Romana si continuaba pidiendo como hasta ahora.

—Pero ¿no me dijo usted que estaba solicitando donaciones precisamente para establecer su fundación?

—Exactamente, Su Gracia. Cuando Melleray nos envió a América, escaseaba el dinero, de modo que apenas se nos entregó para costear nuestros gastos del largo viaje a través del Atlántico. Desde entonces nuestra casa matriz no pudo ayudarnos más. Naturalmente, Getsemaní podrá bastarse a sí misma con sus huertas y tierras cultivadas una vez que tenga edificios capaces para sus monjes. Pero por el momento..., bueno, carezco de recursos para pagar al arquitecto y constructor, sin hablar de todos los materiales que nosotros no podemos producir. Con todo, por ninguna razón me opondré a la Curia Romana.

El Nuncio se inclinó en su asiento con muestras de interés.

—Se trata de una grave interpretación errónea —remarcó con vehemencia—: Alguien ha interpretado torcidamente la decisión de la Curia. Es cierto que no favorece las peticiones continuas para las Órdenes contemplativas, pero en cuanto a la cuestión de fundar un monasterio —donde todo ha de ser creado— es un asunto completamente distinto.

— ¿Entonces Su Gracia no pone objeción?

— ¿Objeción? Apruebo de corazón, Padre Abad —declaró el prelado—. Si alguna cosa he descubierto en mis ocho meses de América ha sido la generosidad de los americanos y lo abiertos que son de corazón. Puesto que usted debe construir, usted debe apelar a ellos. Yo sé cómo han de responder. Y usted debe decirles

a sus Superiores que yo, el representante de la Corte Romana en Estados Unidos, no tengo objeción alguna que oponer a su colecta, cualquiera que ella sea.

Dom Eutropio se sintió irradiando felicidad. Esto significaba que no tendría que llamar a los Padres Paulino y Emmanuel y que él podía continuar visitando el país.

— ¿Quisiera Su Gracia decírmelo por escrito? — le rogó.

—Siento mucho no complacerlo en eso, Padre Abad, pero usted comprenderá cuando le explique que tengo por norma escribir lo menos posible. Pero ello no afectará su situación. Sus Superiores le creerán cuando usted les explique la actitud de la Curia y que yo le he dado mi consentimiento. Siga con sus apelaciones, Padre. Este país necesita un monasterio trapense y tal vez algún día vuestros Superiores necesitarán de América. Y una vez convencidos por usted de que la Curia no condena sus esfuerzos, verán las cosas como usted las ve.

He de sentir únicamente que Getsemaní y Melleray estén separados por tantas millas de distancia para saber pronto lo que ocurrirá, pero les informaré inmediatamente a mis Superiores.

Y en efecto, escribió, y Dom Máximo se sintió impresionado, y el Capítulo General no ordenó que se desistiera de la colecta, de modo que el abad de Getsemaní siguió anotando en sus cuadernos todos los nombres de los contribuyentes y las sumas que donaban, y... siguió peticionando. En poco tiempo agregaba 6.000 nombres más de americanos donantes a sus listas del Canadá. Luego, cuando Jorge Pottinger, un vecino protestante, regaló toda la piedra necesaria para las construcciones, Dom Eutropio se dijo: "colocaremos la piedra angular en la fiesta de la Anunciación, este mismo año del Señor 1853. Esta abadía va a ser construida por

más de 10.000 americanos. El Dios crucificado y su Madre les bendecirán".

CAPÍTULO XI

CUMPLIMIENTOS Y CONDENACIONES

Tres años después, Dom Eutropio se preparaba para recibir a Dom Antonio, el recién elegido abad de Melleray. Durante ocho años Getsemaní estuvo esperando la visita de su Padre Superior. San Esteban Harding había prescrito en su Carta de Caridad que cada monasterio fuese visitado una vez al año, pero Dom Máximo no pudo hacerlo. Siempre había dificultades que resolver en su morada, que reclamaban su tiempo y atención, y por eso tenía que abandonar su proyecto de visitar Kentucky. El abad Eutropio, aunque sentía que el hombre que le designara para fa fundación de América no viviría para ver la obra realizada, su pesar se alivió al tener noticia de que, al menos, un miembro del Capítulo General se había puesto en camino para visitarles. Ahora Europa se daría cuenta de cuántas dificultades y cuántas perspectivas presentaba América para los trapenses.

—Llegarán muy pronto —comunicó a su prior alegremente —.Una vez que vean lo que hemos hecho, a pesar de tantas dificultades, y se den cuenta de lo mucho que todavía queda por hacer, reconocerán la diferencia entre Melleray y Getsemaní. Y entonces sabrán cuánto nos ha bendecido Dios. Me habían dicho que nunca terminaría una iglesia tan grande y, sin embargo, apenas hace tres años que se colocó la piedra angular y ya está

construida la estructura exterior y la bóveda. Tenemos el molino, los campos que están preparados y...

—… quemados sería una palabra más adecuada —interrumpió— el Padre Benito secamente.

—Esa es una exageración, Padre — le reprimió blandamente el abad—. Cierto que están recalentados y secos, pero con la ayuda de Dios y alguna lluvia salvaremos la cosecha. Espero que refresque el tiempo para cuando llegue Dom Antonio. Se derretiría con este calor.

Y agregó moviendo la cabeza significativamente:

—Si es que necesita una prueba de la inmediata necesidad que tenemos de ropas livianas, no podría llegar en mejor tiempo.

—Y hay otros muchos puntos interesantes, Padre. Es de desear que en seguida se convenzan de que estamos viviendo el ideal trapense íntegramente y que Getsemaní tiene un brillante futuro ante sí..., si ellos tienen paciencia. Ahora tenemos nuestras escuelas. Con el tiempo muchos de esos escolares serán postulantes.

El Padre Benito le escuchaba en silencio aunque resultaba evidente que su Superior deseaba de él algún comentario sobre el asunto.

— ¿No le parece a usted? — le preguntó, al fin, con cierta vacilación.

—Me resulta duro decirlo, Padre Abad. Sé que la regla se ha venido cumpliendo estrictamente. A pesar de la estrechez de nuestro espacio los monjes viven tan regularmente como se requiere y el espíritu que los anima humillaría a cualquier otro hombre. Sí; esta comunidad es tan abnegada como lo fueron los

Padres en el desierto; pero acerca de los postulantes... tendremos que confiar en Dios.

Y después de una ligera pausa continuó:

— ¿Usted se muestra ansioso por esta visita, no es así?

—Sí, estoy ansioso —se apresuró a contestar Eutropio—. Cuanto antes se dé cuenta Europa de nuestros problemas, mejor.

El veinticuatro de junio se acercaba. Dom Eutropio se decía si su nuevo Padre Superior tendría más cabal percepción de las dificultades y beneficios del monasterio que su predecesor. Pero ¿y si no resultaba así? Cabía suponer que contemplase el cuerpo de la iglesia, todavía sin concluir, y las demás estructuras demarcadas formando cuadrángulo, ya edificándose, y, sin embargo, objetara contra las peticiones. Podría pensar que se habían malgastado en tales construcciones los treinta mil francos recolectados... Pero si creía tal cosa, entonces tal vez sería mejor que alguien se encargara de...

Los atareados años pasados habían marcado profundamente sus líneas en el rostro del abad. Sus cabellos griseaban alrededor de la rapada corona v sus movimientos ya no eran tan vivos. Cuando vigilaba a los monjes mientras trabajaban en el enladrillado monasterio, su corazón clamaba por el día en que se terminase. Si Dios le permitiera cumplir con esta tarea, moriría felizmente.

Luego de contemplar la nueva edificación se volvió hacia las dos escuelas y un extraño sentimiento le asaltó. El Padre Benito le había dado la impresión de que al visitante no le agradarían. Naturalmente, aún no habían tenido un éxito grande. Muy lamentable que el Hermano Cipriano fuese llamado a Tracadie porque sus proyectos para la escuela de niños habían impresionado tan favorablemente a las familias, que se ofrecieron

para construir por su propia cuenta un edificio de dos cuerpos. Y ya habían dado comienzo a la obra, talando árboles y labrando vigas para el armazón, ya levantado, pero precisamente entonces se le ordenó al Hermano Cipriano que regresase a Halifax. El Hermano designado para reemplazarlo hablaba todavía muy poco inglés y los niños se resintieron de la pérdida de su primer maestro. Ahora el edificio se mostraba edificado a medias. Sin embargo, algún día cercano...

La escuela para niñas no había tenido tampoco mayor éxito. La comunidad había construido un pequeño edificio de ladrillo en el cerro del Calvario, pero la única maestra a quien logró interesar en la tarea Dom Eutropio era la señora Rutherford, cuyo marido realizaba cierto trabajo especial en la iglesia. Después de cuatro meses de clases la señora Rutherford renunció de pronto a su puesto, porque su marido, habiendo terminado su labor, se ausentaba con ella. Esto había ocurrido hacía un año y desde entonces no había logrado reemplazarla.

El abad respiró profundamente. De nada servía anticiparse a las reacciones de su Padre Superior. Mejor dejar que Getsemaní hablase por sí solo. Esperaría, pues, para ver lo que sucediera.

* * *

Dom Antonio permaneció tres semanas en Getsemaní. A pesar del calor sofocante, el abad visitante recorrió toda la propiedad y no intentó ocultar su admiración por las grandes mejoras que se habían hecho, ni tampoco ocultó su pobre opinión acerca de la fertilidad de la tierra. La juzgó tan estéril y reseca, que Dom Eutropio se sintió impulsado a defenderla.

— ¡Ni frutas ni papas! ¿Cómo podrán estos hombres vivir? —comentó interrogativo Dom Antonio.

—Esta es una sequía extraordinaria, Reverendo Padre. Los agricultores de los alrededores admiten que nunca vieron otra igual. La tierra en sí es buena, es cultivable; pero eso requiere tiempo. ¿No ha visto que fácil sería hacer una presa para aprovechar una de las corrientes de agua y utilizarla como un lago-depósito y así podernos reír de todas las sequías venideras? Pero ¡désenos tiempo! Usted ha notado por sí mismo cuánto se ha desbrozado. Ha sido una tarea ruda.

—No lo dudo, Padre. Pero lo que maravilla es cómo sus monjes pueden trabajar en clima tan extremoso. Dom. Eutropio explicó complacido:

—Toda nueva aventura siempre exterioriza lo mejor de cada hombre. Es un lote de hombres generosos que saben dar todo lo que tienen, y no se quejan de...

—Y eso es la maravilla —le interrumpió el visitante religioso con sincera cordialidad—. He hablado aparte con cada uno de ellos y ni una palabra de queja he escuchado ni por la labor ni por el alimento.

—He aquí la explicación —expresó el abad de Getsemaní señalando el nuevo edificio—. Desde que se colocó la piedra angular, hace tres años ya, ellos sólo tienen una aspiración: mudarse a su nuevo monasterio. ¿Cuándo llegará ese día, Dom Antonio, ese día en que podamos mudarnos a nuevas dependencias? No lo sé.

— ¿No lo ha calculado?

Dom Eutropio contempló a su visitante con mirada insegura.

—Con la ayuda de Dios... ¡quién sabe!

— ¡Humm!

—Me gustaría ser más concreto, Reverendo Padre, pero usted conoce nuestras dificultades. Si se nos hubiese dado suficiente ayuda o permitido pedir ayudas ampliamente...

Hizo una pausa y con surcos acentuados que marcaban la seriedad de sus pensamientos en su rostro, planteó a gran cuestión que le preocupaba:

—Dom Antonio: deseo consultarle sobre esta cuestión. He estado esperando mucho tiempo por alguien de los nuestros que nos visitase y viese lo que mis Hermanos y yo hemos hecho desde que arribamos al Nuevo Mundo. Yo era joven cuando Dom Máximo me envió, un trapense Superior sin experiencia. Posteriormente se me designó abad y la responsabilidad consiguiente recayó más pesada sobre mí. Con cuarenta o cincuenta hombres que alimentar y mantener animados durante las nevadas del invierno y los sofocos del verano.

Reinó un breve silencio en el pequeño despacho abacial y Dom Eutropio continuó:

— ¿Piensa usted que me fue fácil sentarme el último otoño ante el Capítulo General, para responder a sus preguntas, sabiendo lo que todos y cada uno requería de mí? Ninguno de mis Hermanos los abades aprobó o desaprobó cuando lo que yo más necesitaba era que alguno me señalase la manera de solucionar mis dificultades. "Usted tiene el permiso del Nuncio". "Nosotros no tenemos poder para rescindir el permiso del Nuncio". ¿Eran éstas las palabras que yo deseaba oír?

Otra breve pausa para continuar:

—Usted se halla aquí ahora. Dígame, Padre; ¿no saldría usted a pedir para edificar un techo que albergase cómodos a todos los de la comunidad, con celdas higiénicas y facilidades para que pudieran orar y estudiar de puertas adentro, conservándose así el espíritu de La Trapa?

Dom Antonio no respondió en seguida y ni siquiera se fijó en la mirada insistente de su interlocutor. Por fin dijo:

—No lo sé. Ninguno de nosotros lo sabe hasta que nos vemos forzados a tales situaciones. Pero la actitud del Capitulo General resultó evidente, y usted sabe cuánto insistimos nosotros acerca de la obediencia, aun a la de un Superior. Su desaprobación no habrá sido una sorpresa para usted. Sin embargo, usted todavía tiene monjes en tierras extrañas...

La voz del visitante sonaba tan desagradablemente como su propio dictamen.

—Usted mismo me ha dicho —continuó— que pasan meses sin que tenga noticias del Padre Paulino y el Padre Emmanuel. Esto apenas si es compatible con la estabilidad que impone nuestra regla. ¿Dónde están ahora y cuándo regresarán? ¿O querrán regresar, Padre Eutropio?

—Regresarán. Conozco a esos hombres: son tan sólidos como Gibraltar. Es cierto que hace bastante tiempo que viajan, pero eso es debido a que la moneda de los países hispanoamericanos que han recolectado queda reducida a casi nada cuando se cambia por dólares. El Padre Paulino y su acompañante Frater Peter habrían estado ya de regreso si no fuera porque una epidemia los sorprendió en el Uruguay. No tengo monjes más leales que el Padre Emmanuel y esos dos. No tengo más que llamarlos y regresarán inmediatamente.

—Entonces sería acertado llamarlos —remarcó su visitante con cierta frialdad—. Usted sabe que yo debo informar de esa ausencia al Capítulo General cuando regrese. No creo que a los Padres Capitulares les agrade la noticia, de modo que a procedería usted bien si se anticipase a sus decisiones. Ahora, en cuanto al tamaño de su monasterio...

Dom Eutropio se animó.

—Padre Antonio: una vez le dije a Dom Máximo y también al Capítulo General que, aunque Getsemaní pudiera parecer extravagante por el momento debido a las proporciones que abarca su planeamiento, un día no lejano se mostrarían complacidos de poseer una morada tan grande y lo bastante capaz para albergar a sus hijos durante las persecuciones. Estoy repitiéndole a usted estas palabras ahora porque me complacerá que las lleve consigo como mensaje para ellos. Getsemaní debe ser visto y juzgado en términos de la nueva generación, no en estos días de lucha.

Y como notase que su visitante no demostraba estar convencido con este argumento, las espaldas del abad se combaron.

—Y desearía decirle algo más para aprovechar la oportunidad que nos brinda su visita, pues difícilmente tendré otra. Abrigué alguna vez la más grande esperanza de estar aquí el día en que mi comunidad tome posesión de este hogar. Pues bien; ahora dudo de esa esperanza para el futuro, y por eso le ruego que se tome interés especial por esta filial ante el Capítulo General, de modo que el desagrado que muestren por mi actuación no les ciegue y les prive de ver las magníficas probabilidades que ofrece este Getsemaní de América, que es tierra generosa. Ustedes pueden algún día necesitar de ella.

—Les diré todo, Padre —contestó Dom Antonio gentilmente—. Ahora... ¿tiene usted lista la carta que desea presente al Vicario? Debo preparar mis cosas si he de partir mañana.

Después de esta conferencia Dom Eutropio no se sorprendió cuando, pasado el tiempo, leyó la copia del informe presentado al Capítulo General por el visitador Dom Antonio, el cual no se había olvidado de nada... Comenzaba diciendo que Getsemaní resultaba una propiedad pobre, situada en tierras inclementes de intenso calor y frío; que sus monjes no disfrutaban de buena salud y que carecían de vegetales para sus comidas; que desplegaban gran coraje, pero que experimentaban grandes disgustos... Y no fue esto el único reproche. Los edificios a medio construir eran demasiado grandes y a pesar de los 30.000 francos gastados, dos de los que pedían limosnas se hallaban todavía por tierras extranjeras..., ¡dos de los cincuenta y cinco miembros de la comunidad!

— ¿Dos? —murmuró para sí el abad—. Son tres, pues el Frater Peter Bannon acompaña al Padre Paulino.

Sin embargo, el abad no se mostraba inquieto por sus almas y por sus vocaciones. El Padre Paulino enviaba extensas cartas relatando todas sus tareas. Desde Nueva York se había trasladado a la Habana con acompañante. Las colectas eran buenas, pero el cambio muy pobre. Justamente cuando iban a ausentarse de la isla, la fiebre amarilla hizo su aparición, y ambos monjes se convirtieron en ángeles de la misericordia. Cuando calcularon cuántos ladrillos podrían adquirir con la moneda convertida en dólares, resolvieron continuar su viaje para recorrer Sudamérica. Eligieron Montevideo como plaza inicial. Transcurrió mucho tiempo antes de que Dom Eutropio tuviera noticias de ellos desde aquella república. Resultó un tanto inquietante su silencio, pero tuvo sus

motivos. El Padre Paulino había visitado una colonia grande de vascos franceses, católicos de pura cepa, los cuales carecían de servicios religiosos durante décadas, puesto que ningún sacerdote de por aquellas tierras hablaba su lengua. Unas seis semanas se pasó el Padre Paulino con ellos, renovando toda la colonia. Fue también una renovación de juventud para él, pues había trabajado entre vascos cerca de diez y ocho años antes de convertirse en trapense. Luego de tres meses de recolectar en Uruguay, los dos monjes se dirigieron a Buenos Aires, y por primera vez durante todo el prolongado viaje, Frater Peter Bannon se sintió inútil realmente. El Padre Paulino, en cambio, siendo un vasco, se hallaba como en su casa, ya entre franceses, españoles o argentinos, mientras que su acompañante, irlandés, se desquitaba cuando podía hablar con facilidad con algún compatriota de acento tan cerrado como el suyo... y tuvo mucho éxito, pues el primer día en tierra argentina recolectaron más que en los tres meses por tierras uruguayas.

Hubieran permanecido más tiempo en la Argentina, de no haber recibido noticia de que el cólera hacía estragos en Uruguay y que los vascos de la colonia se morían en el mayor desamparo. Ambos trapenses cruzaron el río sin demora. Luego, durante noches y días los trapenses de Getsemaní trabajaron y asistieron a enfermos como dos santos de los buenos tiempos. El Nuncio papal, que vino desde el Brasil, se sintió tan conmovido al conocer la labor abnegada de ambos, que le ofreció conseguirle dispensa de sus votos al Padre Paulino si quería quedarse al cuidado de los vascos. Eso ocurría precisamente cuando Don Antonio preguntaba al abad de Getsemaní acerca de sus trapenses viajeros. La oferta era tentadora, pero el monje la rehusó graciosamente, fiel a la promesa que había hecho en Melleray varios años antes.

En tanto, en Getsemaní grandes cosas se iban llevando a cabo. Su abad envejecía con tantas preocupaciones. Aunque la labor de las construcciones progresaba visiblemente y las tierras rendían cada vez más, la inquietud embargaba aún el corazón de Dom Eutropio. Getsemaní contaba ya diez años y su monasterio de ladrillo era sólo un gran cascarón, la forma externa de lo que una morada trapense habría de ser. ¿Era culpa suya? —se preguntaba con frecuencia—. ¿Había procedido erróneamente al no atenerse a la letra de la ley y al no obedecer aún a lo deseos in encubiertos de su no simpatizante Capítulo General? ¿Le hubiera bendecido Dios más? No tenía contestación satisfactoria para estos interrogantes.

En 1859, el abad, cuyos cabellos blanqueaban por las sienes y alrededor de la monástica corona, pudo hacer algo a lo que aspiraba desde el día en que el Padre obispo Spalding le nombrara Vicario general de aquella sección de la diócesis. Había nombrado Pastor de la parroquia de su abadía al Padre Koller, sacerdote secular que residía en el monasterio, pero que no era miembro de la comunidad. Resultó ser una buena elección. Celoso de su labor, el sacerdote no tardó en acercarse al abad para sugerirle la reapertura de la escuela de niñas. El abad sonrió complacido. He aquí otra de las previstas pero grandes y deseadas bendiciones de Dios. Getsemaní iba a cumplir su promesa a Kentucky sin dejar de guardar su regla. Y no sólo le dio su permiso sino que lo bendijo. Al final de aquel otoño el abad paseaba frente a la abadía de madera. El Padre Emmanuel, que había regresado de Sudamérica hacía algunos meses, estaba a su lado. Cuando el bronceado despensero contemplaba el nuevo edificio, Dom Eutropio notó en su rostro reflejarse las mismas emociones que ya había observado

en él a su llegada. Su gozo al ver a Getsemaní otra ver y poder examinar las obras en construcción, adelantadas, a pesar de todo, le conmovía y transfiguraba su expresión. La obra realizada, en efecto, era bastante como para impresionar aún al que no se interesase tanto por ella como el abnegado monje.

Las cuatro alas del edificio ya habían sido techadas y, la blanca cúspide de la iglesia se elevaba hacia el cielo graciosamente.

Dom Eutropio, después de contemplar el juego de emociones que se traslucían del semblante del monje, le dijo sosegadamente:

—Muy bien; su prolongada excursión mereció la pena, ¿no?

El Padre Emmanuel, volviéndose hacia él, le contestó:

—Volveré a emprenderla si usted me lo pide, Reverendo Padre. Sí; duró seis años el exilio..., recompensado por el regreso a nuestra morada de la ciudad de Dios. No podría expresarle lo que siente un hombre cuando regresa y divisa desde Turnpike la estructura del nuevo edificio. Lo hemos hecho nosotros, Reverendo Padre. ¡Sí; lo hemos hechos nosotros!; hemos fundado el Cister en América.

—Este es el principio, Padre. No debemos cansarnos de rogar para que esta ciudad de Dios se perpetúe y que algún día San Benito se sienta feliz al reconocerla como una de las suyas.

—Ya lo es ahora —insistió el despensero.

Luego, extendiendo los brazos hacia los altos cerros, exclamó,

— ¡Qué silencio! ¡Qué soledad! Vea cómo estamos circundados por estas selvas, Padre. Dios ahuecó este lugar precisamente para monjes. San Benito no tuvo mayor reclusión en Subiaco o Monte Casino —agregando con tono más suavizado—.

Y Bernardo no tuvo más grandes adoradores en Claraval. Nuestros monjes han hecho sacrificios y el sacrificio es la prueba infalible del amor.

Dom Eutropio sabía en dónde había aprendido esta lección Emmanuel. También sabía cómo había probado la fidelidad del Hermano.

—Largo le resultó el tiempo que estuvo separado de sus Hermanos, ¿no?

—Sí —admitió con sinceridad—, pero hubo muchas compensaciones, entre otras, la atención que prestaron los extraños a nuestra vida de adoración y reparación, la espontánea simpatía que nos dispensaron y su jamás vacilante generosidad. Nunca deberemos olvidar que las tres Américas nos han ayudado a construir el monasterio casi totalmente y los sacrificios que hicieron nos obligan a que Getsemaní se perpetúe.

Dom Eutropio lo envolvió en una larga mirada.

—Su buena visión no ha sido empañada por los viajes, Padre. Me siento dichoso de encontrar a alguien más que comprenda la pesada carga de responsabilidad que soportamos. Será necesaria la fortaleza de muchas generaciones para saldar esta deuda. Pero en lo hondo de mi alma me siento seguro de que esta deuda será saldada. Yo sé que Getsemaní hará grandes cosas por Dios en este país. Con su mirada fija en la aguja del campanario, agregó con acento complacido y ferviente:

—Está bien bautizado este monasterio, se lo puedo decir sin equivocarme. Pero cuanto más plenamente se viva en su nombre, sus monjes deben recordar que Getsemaní fue el comienzo de la salvación...

El monje a su lado le interrumpió de pronto señalando el camino: Mire, Reverendo Padre; por allí viene un carruaje.

Ambos fijaron sus miradas en algo que aparecía a lo lejos y que luego desapareció tras una arboleda para en seguida hacerse más visible, era indudablemente un carruaje que se acercaba al monasterio.

Volviéndose al Padre Emmanuel el abad le ordenó:

—Que se toquen las campanas. Esta noche alguien llega a nuestro hogar.

Al alejarse Emmanuel, el recién llegado, que era el prior, ya apresuraba sus pasos para acercarse al abad. El joven Padre Benito se mostraba excitado. Durante los últimos meses había observado la expresión inquieta de su abad y deseaba encontrarlo ahora más tranquilo. ¡Ya estaba en su casa! Ahora el Capítulo General no frunciría más el ceño con ellos.

—Este es un día de regocijo —murmuró con fervor a su Padre —, ¡Al fin todos estamos juntos!

CAPÍTULO XII

UNA DÁDIVA ALARMANTE

La Navidad de 1859 resultó ser de gran amor y regocijo para Getsemaní. La reunión de la comunidad, silenciosa excepto para los activos dedos de los Hermanos con sus rosarios, comunicó un calor espiritual a los trapenses que ni el rígido invierno de Kentucky podía enfriar. Durante todo el festival, el de la Circuncisión y los Reyes Magos, las sonrisas raramente se esfumaban de los labios de los monjes.

En los años anteriores la comunidad contaba con cuarenta y tres miembros mientras que ahora contaba ya con sesenta y cinco. Lejano quedaba el ejemplo amenazador del fracaso de Dom Urbano, aunque los Superiores de Europa expresaban pesar porque todavía los postulantes americanos no eran perseverantes. Sin embargo, aunque la comunidad era extranjera de nacimiento, América tenía su trapense proto-abadía y, por otra parte, pronto Getsemaní tendría terminado su templo de Dios. ¡Los trapenses se perpetuarían en Kentucky!

Con todo, Dom Eutropio, la persona que se había mostrado más dichosa durante las Navidades, se hallaba visiblemente preocupado por pensamientos perturbadores. El Padre Paulino, al observar sus oraciones en la vieja iglesia de madera, presumía que algo andaba mal. Durante semanas esperó que le llamara el abad. Antes de que Dom Eutropio le enviara a pedir limosnas, siempre

discutían juntos los problemas de Getsemaní, pero desde su regreso no le había dicho nada, y él no juzgó correcto hablarle primero. El Padre Benito era prior ahora e indudablemente era a quien consultaba el abad en caso de necesidad. Con todo, el Padre Paulino no olvidaba cuán cordialmente lo había recibido su Superior después de seis años de ausencia. ¡Qué cambios habían ocurrido en aquellos años! ¿Dónde estaba el monje vigoroso que se levantara del lecho todavía enfermo? Paulino movió tristemente la cabeza. El abad no volvería a repetir aquellas actividades.

Hasta el Padre Benito advirtió que su abad se hallaba más inquieto que de costumbre y se preguntó si tal vez los Padres del Capítulo General le habrían ordenado la clausura de la escuela de niñas, pues a pesar de los esfuerzos generosos del Padre Koller, resultaba imposible encontrar maestra alguna de condiciones satisfactorias. Si era acertada su presunción, pensó el Padre Benito, ¿por qué el Capítulo General no aceptaba el hecho hasta que Getsemaní pudiera sostenerse sin las escuelas o hasta que la presencia de profesores adecuados la librase de sus promesas? Sí, su manifiesta incomodidad debía proceder de Europa. El prior recordaba que cada vez que el abad recibía alguna comunicación de Europa, se mostraba más desanimado que nunca.

Sin embargo, mientras el Padre Paulino y el Padre Benito se mostraban intrigados a causa del gran cambio experimentado en Don Eutropio, el resto de la comunidad, absorbida en sus oraciones y labores, permanecía sin darse cuenta de los signos de las aparentes dificultades. Y cuando las dificultades se hicieron presentes el 23 de marzo de 1860, a todos les sorprendió. Dom Eutropio convocó aquella mañana a Capítulo especial. Todos los miembros ocuparon calmosamente sus respectivos asientos.

Dom Eutropio, sentado frente a ellos y paseando la mirada por todos los rostros, tocaba nerviosamente con sus dedos una carta.

—Acabo de recibir una comunicación de Melleray —anunció— y puesto que la juzgo de interés para todos nosotros, el Cantor la leerá. Padre Teótimo, haga el favor.

El Cantor ocupó el centro del salón capitular y desplegó la carta y con voz sonora y bien articulada, que resonaba en todas las paredes, leyó:

> Nos, Padre Antonio, Abad del monasterio de Nuestra Señora de La Trapa de Melleray, situada en la diócesis de Nantes, Francia, y Padre Superior del monasterio de Nuestra Señora de la Trapa ale Getsemaní, situado en la diócesis de Louisville, Norteamérica, condescendiendo con los impresionantes y repetidos ruegos de Dom Eutropio, abad del mencionado monasterio de Getsemaní, y habiendo considerado, en presencia de Dios, los motivos anticipados por él, con la aprobación del Capitulo General de nuestra Congregación, reunido en el mes de Septiembre de 1859, ha juzgado conveniente aceptar la renuncia presentada por él…

En Cantor lector no pudo continuar. Al pasear la mirada por todos sus Hermanos advirtió sorpresa y ansiedad en todos los semblantes. ¿Qué significaba todo eso? ¡Dom Eutropio no podía abandonarlos! Volvió su mirada a la carta que sostenía en sus manos: allí estalla la respuesta. Aclarando su voz, continuó leyendo:

> y Nos, por la presente, aceptamos su dimisión del cargo abacial, tanto tiempo deseada por él, y anhelamos que desde ahora disfrute de la vida pacífica que Dios concede a los

monjes fervientes que han vivido bajo la estricta obediencia de su regla.

Dada en nuestro monasterio de Melleray, bajo Nuestra firma y sello, a los 30 días de enero de 1860.

Hermano. M. Antonio,

Abad de Melleray.

Un silencio mortal reinó en el salón, el silencio que precede a una bomba explosiva. Sesenta rostros se enfrentaron a Dom Eutropio rogando silenciosamente una explicación, una negación de lo que habían escuchado. El Padre de todos ellos los contempló con tristeza. Pero durante los solitarios meses del año pasado se había fortalecido para esta ocasión. Esta era su última dádiva, su postrera donación a Getsemaní el exilio del Padre y abad de todos...

—Padres: es mucho mejor que yo me vaya. Algún monje más joven y vigoroso que yo me reemplazará. En los últimos años ustedes han visto el paulatino decaimiento de mis fuerzas. El espíritu está siempre dispuesto, pero la carne... ¿Ha de ser agobiada la proto-abadía con las debilidades de su abad? Mucho mejor que renuncie. Sus oraciones serán más eficaces que sus pobres esfuerzos físicos han sido.

Ni una sola cabeza de la concurrencia asintió con algún movimiento. Los monjes seguían mirando fijamente al abad con la fascinación horrorizada de la pesadumbre y era evidente que todos deseaban que se explicara más para que no los dejara perplejos y pensativos. Sabían lo que significaría su ausencia. La comunidad quedaría como el nuevo edificio… un mero armazón arquitectónico. ¿Quién le reemplazaría? ¿Quién podría olvidarse del que los

condujera y moldeara en perfecta unidad para que, con la máxima tensión nerviosa, orasen por la gloria de Dios, trabajasen, ayunasen y desbrozasen en aquellas vírgenes selvas para congregarse enclaustrados y recibir a Cristo…? ¿Quién, sino él, era todavía capaz de continuar afanándose por la terminación del nuevo edificio? ¿Quién, sino él, podría seguir edificando en los corazones de los monjes enclaustrados?

El Padre Paulino se encontró con la mirada de su abad y sintió que Dom Eutropio le rogaba que comprendiera. Podía interpretar como diciendo: "usted fue mi consejero cuando arribé por primera vez a estas selvas de América, que amenazaban con sepultarnos en sus marañas. ¿No puede comprenderme ahora?" El Padre Paulino inclinó la cabeza desconsolado. ¡Si siquiera Dom Eutropio le hubiera consultado acerca de esto! Tal vez no habría cambiado de parecer, pues suponía que su abad tendría muy sólidas razones para haber obrado así; pero habría podido prevenirle acerca de lo que su pérdida significaba para sus Hermanos. El, siendo confesor de todos, conocía sus pensamientos y sus necesidades. Durante once años Dom Eutropio se había afanado, no precisamente por construir materialmente, pero sí por modelar las almas vivientes allí. ¿Qué otra cosa podría esperar sino pesadumbre en tales momentos?

El Padre Paulino elevé de nuevo la mirada para buscar la del abad y estaba ansioso por gritar: "¡más importante que un Superior vigoroso y joven es un Padre con un corazón comprensivo!"

Al fin, el abad rompió el silencio para explicar:

—Nuestros Padres en Francia, mis queridos Padres y Hermanos, se dan buena cuenta de vuestras dificultades. Hasta que llegue el tiempo en que ustedes puedan elegir el sucesor, han

prometido designar un Superior, alguien no impedido por los achaques de la mucha edad. Síganle a él como me han seguido a mí. Yo nunca merecí el amor y la lealtad que me han demostrado..., estuve muy lejos de merecerlos... Pero yo sé que fue vuestro gran amor por Cristo el que os sostuvo durante tantos años de prueba. Os pongo en sus manos y corazón ahora, conociendo que Él os protegerá..., a todos y cada uno. Y a vosotros confío la santidad de nuestra regla para que la conservéis inviolada. Recordad que vuestras acciones afectarán a las generaciones venideras de los trapense, Será mediante vosotros como América llegará a comprender el magnificente sueño de San Benito: una ciudad de Dios en la tierra, un claustro en donde el hombre pueda, en soledad solemne, contemplar a Dios y hacer como los ángeles: ¡adorarle! Siento que el futuro de La Trapa en América quedará asegurado con vosotros. Confío en que pediréis a Dios que perdone mis muchas culpas para con vosotros, hijos míos.

No se leyó hasta el día siguiente en el salón capitular la segunda carta de Melleray dirigida a Getsemaní. En tal comunicación se designaba oficialmente al Padre Benito Berger Superior hasta que se celebrasen a su debido tiempo las elecciones para nombrar abad. La lección no causó sorpresa puesto que el Padre Benito venía desempeñando el cargo de Superior desde hacía siete años. Con todo, un buen número de monjes se sentían incómodos. Los más viejos pensaban acerca del noviciado que habían pasado, tanto a bordo del *Brunswick* y del *Martha Washington* como, ya en tierra, y durante largos años, en aquellas selvas y albergados en el primitivo convento de madera. Otros pensaban acerca de la rigurosa interpretación que el prior, ahora ascendido a Superior, daba a cada canon de la regla,

preguntándose si sería lo bastante flexible para inclinarse alguna vez, aunque fuese bajo la presión de la caridad... Otros… Pero todos, aunque pensativos y dudosos, guardaron silencio.

* * *

Nueve meses después de la renuncia de Dom Eutropio, el abad de Monte Melleray en Irlanda abandonó su abadía para presidir en Getsemaní la segunda elección abacial. Eran muchos los que en Kentucky sentían aún el abandono del abad dimitente, pero la oración, el trabajo y la paciencia los reconciliaron con la necesidad de elegir el sucesor. La votación se inició en las primeras horas del cuatro de diciembre y casi atardecía cuando los electores llegaron a una decisión. Las campanas del monasterio repicaron sonoras cuando Dom Bruno Fitzpatrick proclamó a Benito Berger abad de Nuestra Señora de La Trapa de Getsemaní.

Durante su permanencia en Kentucky, Dom Bruno discutió los planes para el año siguiente con el nuevo abad.

—Acerca de la escuela de niños, Padre, le sugiero que la cierre o que derribe el edificio. No es útil tal como está y es algo que ofende la vista de los que se acercan por aquí. O, en todo caso, que los monjes la adecenten y techen, y entonces podrá usted interesar a algún maestro.

—Comenzaremos a trabajar en eso tan pronto como el tiempo lo permita —contestó el Padre Benito—. Ya he hecho los planes para varias mejoras que requieren voluntad y determinación. Cuando usted vuelva a Getsemaní observará muchos cambios.

—No se muestre muy ansioso por cambios —le previno suavemente el visitante—: las cosas hechas aprisa no siempre se hacen bien. Y aunque no he de arriesgarme a hacer predicciones,

me estoy preguntando si lo que se necesita aquí es algún cambio. El poco saludable clima y las demandas exteriores que se llevaron a cabo en este monasterio me hacen escéptico acerca de esta fundación en Kentucky.

El Padre Benito lo miró con asombro.

—Pero, Padre, ¡cómo puede usted dudar de esto! Con los progresos que Dom Eutropio realizó en poco más de una década, yo ya vislumbro una provincia americana con Getsemaní como morada principal y como madre de otras fundaciones. ¡Claro que sí! Ya existen cuatro casas trapenses en este continente.

—Escúcheme ahora —le interrumpió Dom Bruno—: nosotros sólo le hacemos responsable por Getsemaní. Deje lo demás al cuidado del Altísimo. Me temo que sus experiencias con el Padre Eutropio no le han dado a usted mucha visión acerca de la magnitud de las pruebas a que es sometido un monasterio. No dudo que él se guardó para sí muchas de ellas. Permítame ser lo bastante amigo pura sugerirle que cuando comience a soñar con una gran morada trapense en América, se detenga para considerar que Getsemaní tiene todavía que probar su estabilidad.

Dom Benito no se olvidó de esta admonición. Cuatro meses después se instaló como abad y ese mismo día —el 19 de abril de 1861— la guerra entre los Estados convirtió al Norte y al Sur en campamentos armados. El nueve de mayo el obispo Spalding viajó desde Louisville para conferir la bendición abacial de San Benito en la iglesia de Santa Catalina, en la cercana población de New Haven, mientras los oficiales confederados recorrían las regiones pobladas en busca de voluntarios. Dom Benito pensó en sus hombres. La comunidad se componía de sesenta y cinco monjes, representando todos los países del mundo occidental, menos

Dinamarca, Suecia y Rusia, y solamente quince pertenecían al grupo de los primeros exploradores que salieran de Melleray con el Padre Eutropio. El abad frunció el ceño cuando recordó que no había ningún nativo americano entre sus hombres. Esta guerra ocuparía a todos los jóvenes, y en todas partes, y transcurrirían años antes de que Getsemaní pudiera atraerlos. ¿Y qué ocurriría si el contacto con Europa se interrumpiera? Los trapenses americanos no podrían abrigar la esperanza de nuevos postulantes procedentes del continente europeo.

Kentucky, estado fronterizo, se dividió en dos partidos y experimentó angustiosas peripecias duraste el conflicto bélico; pero, afortunadamente, Getsemaní, ubicada en el mero corazón del Estado, muy poco supo de lo que ocurría en la nación. Cierto que se oían detonaciones de Perrysville, que sólo eran episodios sueltos de la guerra civil, y que perdió algunos de sus mejores caballos y mulas, pero, en total, se mantuvo ilesa mientras el corazón de la Unión casi se quebrantaba. No obstante, su abad sufría a causa de la imposibilidad de continuar la construcción del nuevo monasterio en tanto los estrépitos de las batallas resonaban a la distancia.

Pero la contienda que le absorbía y le perturbaba era de distinta naturaleza y de origen diferente. A las contiendas armadas se había acostumbrado en Europa..., en su propio país. Se trataba de una contienda interior en su alma. Se le había aconsejado que vendiese la propiedad y que regresase con su comunidad a Francia... y ahora sentía, por primera vez, la lucha interior que había arrebatado la fortaleza de su predecesor. Resuelto a obedecer, se trasladó, sin embargo, a Louisville para entrevistarse con el obispo y consultarle.

Cuando el prelado se enteró de todo, no disimuló su pesadumbre.

—Seguramente que sus Superiores no pueden mostrarse tan serios, Padre abad —exclamó—; no le puedo creer. ¿Cómo sería posible? Ello significaría...

—Mucho me temo que proceden seriamente —le interrumpió el abad—: Tal vez yo contribuí a ello sin quererlo al sugerir que estábamos erigiendo una provincia en América. Nosotros los trapenses tenemos cuatro casas aquí ahora: New-Melleray en Iowa, Petit Claraval en Nova Scotia, la fundación en Oka, Canadá, y la nuestra. Yo pensé que deberíamos estar más unidos, y aunque el Padre Paulino me aconsejó que tuviese paciencia, escribí a los Padres.

—Bueno; yo no comprendo los procederes de sus Padres —expresó el obispo— pero estoy cierto de una cosa. Dejarán ustedes a Kentucky, pero con mi formal protesta. El obispo Flaget se vio amenazado con un caso similar cuando los dominicos se propusieron llamar a sus religiosos establecidos en esta diócesis, y se fue directamente a Roma. Yo haré lo mismo por Getsemaní. Quiero a los trapenses en mi diócesis, y estoy preparado y decidido a hacer cuanto me sea posible para conservarlos a ustedes aquí, Padre abad.

Ustedes son una bendición para América. Además, deploro profundamente que no hayan dado fruto las luchas que ha librado el Padre Eutropio como primer explorador del monasterio. Permanezcan aquí con nosotros y algún día cosecharán la siembra que el mismo Señor ha prometido.

Dom Benito se impresionó con la sinceridad del prelado.

—Nosotros queremos permanecer aquí, señor obispo. Comienzo ahora a estar seguro que nosotros pronto podremos ser capaces, no sólo de guardar nuestra regla rígidamente, sino también de cumplir las promesas que el Padre Eutropio hizo a todos los habitantes de la comarca. Todo lo que necesitamos es un poco de tiempo. El año pasado hice construir la nueva escuela para niñas en Charuty Town, y Miss Cahill se muestra muy contenta con su puesto de maestra. La escuela para monjes funciona merced a la capacidad de un lego irlandés, y Nick Ryan y Jerry Moyen están estudiando la carrera del sacerdocio bajo la dirección del Padre Paulino. Con la gracia de Dios se ordenarán pronto para hacerse cargo de la parroquia, y entonces Getsemaní tendrá Pastores que pertenezcan a su casa, pero no a la comunidad, y de este modo satisfarán sus demandas de caridad, su regla y las promesas de su primer abad.

—Atiéndame, Padre: ¿quiere hacer algo por mí? —le preguntó el buen prelado—. ¿Quiere usted escribir una carta a su Superior y decirle lo que acabo de prometerle, o sea que estoy dispuesto a solicitar la ayuda de Roma para que ustedes no se vayan de aquí?

—La escribiré inmediatamente —prometió Dom Benito—. Usted me ha infundido nuevas esperanzas, Monseñor. Cuando se den cuenta de que significamos algo para América...

—Y si la respuesta no es favorable —interrumpió con cierta vehemencia el prelado— entonces voy a estar ocupado. Pero, dígame, Padre Abad, para hablar de un asunto más agradable: —¿qué hay acerca de su nuevo monasterio? No me ha dicho nada acerca de cómo se mueven las cosas.

El abad sonrió con expresión melancólica.

—La guerra civil —dijo— nos ha detenido temporalmente, pues he temido que algún cañonazo disparado con buena puntería barriese parte de los esfuerzos de los monjes y se perdiesen los ahorros acumulados a tanta costa por Dom Eutropio.

—Yo creo que, confiando en Dios, lo mejor es poner manos a la obra —aconsejó el obispo—. Con el tiempo el dinero que guardan será de poco valor y seguramente que vuestro edificio de madera no mejorará con la edad.

—Una verdad muy grande —contestó riéndose el abad pensando en los ruinosos maderos que recientemente habían sido reemplazados—. Comienzo a preguntarme si no se derrumbará antes de que nosotros lo derribemos cuando nos mudemos al nuevo edificio.

— ¿No les amenazará algún riesgo bajo tan destartalado techo? A veces he pensado en la satisfacción que experimentaran sus monjes cuando se trasladen a la ya utilizable iglesia. Me gustará verla algún día.

—Y a mí también me agradará que la vea —contestó el Padre Benito—. Y confío en que Su Señoría concederá el honor a Getsemaní de consagrar su iglesia.

—Fije el día —fue la cordial respuesta—. Déjeme algunos días por delante y estaré con ustedes.

* * *

Dos años pasaron, sin embargo, antes que Dom Benito enviase invitación alguna al obispo Spalding. No podía olvidar el gran precio que Dom Eutropio pagara por los fondos recolectados para Getsemaní y por eso se mostraba vacilante, temiendo

arriesgar ese dinero acumulado y luego necesitar de otro recorrido para pedir limosnas.

Sin embargo, en 1863 los efectos económicos de la guerra civil facilitaron su decisión de continuar las obras de edificación. Ya era una necesidad. La moneda confederada estaba tan depreciada, que en algunas regiones se requerían mil dólares para comprar una barrica de harina y diez para adquirir un galón de melaza. La moneda federal tenía más poder adquisitivo, pero el obispo Spalding y otros amigos le urgieron para que se apresurara a desprenderse de su papel moneda. Las finanzas del país se hallaban en estado precario, la deuda nacional crecía a razón de dos millones de dólares por día; pero cuando el abad consintió en seguir el consejo, descubrió que no tenía dinero bastante ni siquiera para completar un ala del monasterio. Lo mejor que podía hacer era concentrar sus afanes en la mitad de la parte baja de la iglesia abacial. Esto le permitiría cumplir la promesa de Dom Eutropio en el sentido de administrar la parroquia y al mismo tiempo animar a sus monjes para que completasen su propia sección inmediatamente después.

Dom Benito ordenó a sus carpinteros levantar una separación de madera desde el suelo al techo, dividiendo así la larga y angoste nave en dos. Cuando esta obra se realizó, se abrió una puerta por la sacristía y luego se erigieron dos altares. Para abril de 1864 estaba concluida la llamada iglesia secular para ser consagrada al Sagrado Corazón de Jesús.

A medida que se acercaba el día de la inauguración no resultaba difícil leer en las mentes de los monjes. Los diez y siete "exploradores" constituían, por decirlo así, un decanato colectivo de la comunidad, pues ejercían gran influencia en el pensar de los

más jóvenes. Lo que veían aquellos viejos monjes procedentes de Melleray en la nueva iglesia era el cumplimiento de un sueño, la realización de anhelos tanto tiempo sentidos y acariciados. Plasmaba las esperanzas abrigadas durante más de una década, cuando Dom Eutropio se ausentara para el Canadá, dejando el Padre Benito como prior.

Brillaban todas las miradas el primero de mayo, fiesta de los apóstoles Felipe y Santiago, cuando Dom Benito desfilaba en la procesión formada por cuarenta jóvenes estudiantes de la escuela de monjes, vestidos de blancas sobrepellices y brillantes sotanas rojas. Llevando su mitra y cargando el primorosamente labrado báculo, que fuera hecho para Dom Eutropio, el abad marchaba con lentitud solemne, escoltado por todos, circulando el edificio de ladrillo y penetrando bajo la elevada torre, de góticos trazos, por la placeta principal de la iglesia. Al cruzar el pórtico, el coro de los seminaristas de Santo Tomás entonó el cántico *Ecce Sacerdos Magnus,* saludando al príncipe de la iglesia. ¡El momento había llegado! Al fin Getsemaní podía bendecir a una estructura permanente. ¿Qué importaba que fuese sólo un sector de la iglesia no consagrada a sus propios monjes sino para las ceremonias de los parroquianos? Esta era la iglesia abacial y significaba estabilidad.

La ceremonia, que duró toda la mañana, se desplegó con gran orden. Antes de concluir, el Padre Roberto Abell, uno de los más estimados predicadores de Kentucky, demostró con su sagrada elocuencia cómo se pueden elevar los corazones de los oyentes. Cuando la procesión se alejó del altar mayor, regresó a su monasterio con la paz y satisfacción reflejada en todos los semblantes, sentimientos cordiales que rara vez sintieran con tanta

intensidad. Aquella misma tarde volvieron a la iglesia abacial para celebrar las últimas ceremonias. Mientras Dom Benito bendecía las estatuas, el Padre Albell de nuevo ocupaba el púlpito para referirse al culto de las imágenes. Al finalizar su sermón el viejo sacerdote informó a la concurrencia que iba a anunciarles una buena nueva.

En efecto; los días 16, 17 y 18 de mayo, según su anuncio, se celebrarían festivales públicos a beneficio del Orfanato de Santo Tomás en el nuevo monasterio, bajo la supervisión del obispo de la diócesis.

Los monjes oyentes se giraron entre sí perplejos y consternados. ¿Habían oído bien? Festivales... ¡una feria pública en el nuevo monasterio! ¿Cómo? Dom Benito jamás permitiría eso. Quizás, el Padre Abell se había confundido al hacer el anuncio; el día había sido muy fatigoso para un hombre de su edad; habría dicho monasterio en vez de nombrar alguna iglesia parroquial de la vecindad. Porque, ¿cómo podría Dom Benito, un rigorista para la regla de San Benito, consentir que tal acontecimiento se realizase dentro de la abadía?

CAPÍTULO XIII

UNA PROMESA A TODA COSTA

Dom Benito esperó impacientemente al Padre Paulino. Tres días habían pasado desde el anuncio del Padre Abell referente a la celebración de los festivales públicos; tres días que juzgaba tiempo suficiente para que los dedos de su comunidad, al votar silenciosamente con la seña habitual, declararan su aprobación u oposición al plan. Pero el abad se corrigió a sí mismo, por decirlo así, al pensar que no podía tener esperanza alguna de que la comunidad aprobase tales distracciones. ¿Cómo podría esperar él, que había establecido un régimen de estricta observancia de la regla, una aprobación ahora? Durante cerca de doce años, como prior y abad, los había reprendido por la más ligera infracción de la regla y hasta humillado como De Rancé o algún otro de los trapenses rigoristas lo hubiera hecho en pasadas centurias. Y su comunidad tan bien había aprendido la lección —ese leal apego a la letra de la regla—que no podía esperar flexibilidad alguna por parte de ellos. Pero no les iba a pedir su aprobación; sólo quería cerciorarse de lo fuerte y resistente que sería esa oposición.

De pronto se preguntó si no habría sido tal vez demasiado estricto. Tres años atrás contaba con sesenta y cinco miembros en su comunidad y hoy con cincuenta. Naturalmente, la guerra había terminado con los postulantes procedentes del extranjero, y en cuanto a los jóvenes americanos, muy pocos eran las solicitudes

recibidas. ¿Qué le ocurriría a Getsemaní si una nueva generación de postulantes nativos no se presentaba para reforzar sus filas diezmadas? ¿Por qué no se recibían más solicitudes? ¿Por qué...?

¿Y por qué no viene el Padre Paulino? —se preguntó de pronto—. Ciertamente, sus deberes habían ido aumentando desde que se inaugurara la nueva iglesia; eran muchos los que deseaban visitarla y no pocos los que querían consultar con su amado Pastor —pensó Benito, preguntándose por qué se habría reunido a los trapenses. Atendía y hablaba con toda aquella gente y los confortaba como si todo su ser se sintiese absorbido por el mundo de tanto visitante y consultante. Con todo, cuando entró en Melleray rompió todo contacto con el mundo exterior y desde su llegada demostró ser un excelente monje. Dom Máximo le había nombrado prior de Melleray, y de no haberse fundado Getsemaní allí estaría aún como prior. No cabía duda de que el monje poseía un raro don para comprender a la gente... Moviéndose en su sillón, Dom Benito se dedicó una expresiva mueca, comprendiendo, al fin. Precisamente por la comprensión de la naturaleza humana que demostraba el Padre Paulino, el abad quería consultarle ahora. El Padre Paulino podría comunicarle con acierto la opinión que la comunidad tenía acerca de los feriados festivales anunciados.

—*Benedicite!* — musitó con claridad el Padre Paulino al penetrar en el despacho del abad.

—*Dominus!* — contestó Dom Benito.

—Siento haberle hecho esperar, Reverendo Padre —se apresuró a disculparse el visitante— pero tuve que atender a tanta gente que...

— ¡Oh! Comprendo. Justamente por eso quiero hablarle... acerca de la gente. El obispo Spalding me ha comunicado que

quiere que nosotros nos hagamos cargo de la parroquia de San Vicente. El Padre Wuyts y el Padre de Meulder trazarán las líneas divisorias de sus parroquias para encomendarnos a nosotros toda la población fronteriza a la abadía.

El abad hizo una pausa vacilante esperando el comentario de su interlocutor, pero como éste callase, continuó:

—Le hablé de esto al Padre Emmanuel, que opinó ser todo ello muy acertado para el bien de las almas.

—La obligación del prior, Padre —expresó Paulino con cierto titubeo— es la de...

—Lo sé, lo sé —le interrumpió el abad un tanto impaciente—: usted está pensando en la comunidad.

Y en otros. Usted debe saber que hay muchos seglares que no pueden concebir a los contemplativos ejecutando los deberes ordinarios de un cura párroco. No se molestan en reflexionar que muchos contemplativos fueron curas párrocos durante mucho tiempo antes de que nacieran los clérigos locales.

La expresión del abad se tornó más seria.

—Sí; debemos proceder con mucha cautela para no ofenderlos. Y, sin embargo, si no acepto el ofrecimiento de San Vicente podemos hallarnos en grandes dificultades. Tanto el Padre Wuyts como el Padre Muelder ya han delineado sus sectores para la abadía y el obispo me ha enviado el documento con las facultades que autoriza y... debemos aceptar. Ya he dado mi palabra a Su Señoría. Usted será bastante complaciente como para cuidarse de la iglesia de abadía por algún tiempo todavía, ¿verdad Padre? Enviaré a Jerry Moyen a San Vicente.

Antes de contestar, el Padre Paulino miró fijamente a su abad.

—Si usted desea que continúe como Pastor, Reverendo Padre, usted sabe que le complaceré con mucho agrado —contestó con notoria reflexión—; pero me temo que el mayor peligro radique dentro del monasterio, no afuera. Sería más fácil persuadir al obispo Spalding que el ministerio parroquial interfiere nuestra regla que persuadir a los hermanos de lo contrario. Ya hay dificultades acerca de la escuela.

—No hay derecho para que las haya —saltó el abad—. Ni un solo monje ha enseñado apenas una hora en ninguna de las dos escuelas, y desde que soy abad, no lo harán. La de niños está atendida, por dos irlandeses: un lego muy capaz y un profesor seglar, desde que yo he sido elegido. La señora Warren atiende la de niñas. Jerry Moyen está al cuidado de una parroquia y pronto tendremos a Nick Ryan y Bill Riney para la otra. No vaya a pensar que estoy particularmente enamorado de estas actividades. Conozco bien mi regla, las Constituciones y la historia de las trapenses, pero también conozco los Diez Mandamientos. El proto-abad hizo una promesa que obliga a esta abadía. Cualquiera sea el costo que exija, yo intento cumplir esa promesa.

—Estoy seguro que la cumplirá —expresó el Padre Paulino gentilmente— y nadie podría negar la justicia de su causa.

—Entonces ¿cuál es la dificultad? —preguntó Dom Benito—. En tiempos de Dom Eutropio algunos de ellos tuvieron que recorrer medio mundo, lo que ciertamente era contrario a su regla y, sin embargo, nadie rezongó.

—La comparación es apenas razonable, Reverendo Padre. —Cuando arribamos por primera vez a América no poseíamos casi nada, y Europa en nada podía ayudarnos, de modo que nos vimos obligados a buscar limosnas. Pero ahora Getsemaní tiene

recursos. Cada año que pasa somos más conocidos y por mayor número de gente que nos ofrece ayuda.

—Sí, pero todos esperan recompensas por esas bondades.

—Y nosotros estamos dando mucho, Padre. América está participando de la gracia que para todos impetramos del Altísimo con nuestras oraciones y trabajos.

—No es eso lo que yo quería decir, Padre Paulino — replicó con el ceño fruncido el abad—, me referí a la feria..., al festival público de los tres días.

—. ¡Oh, la feria!

—Bueno; ¿qué es lo que usted piensa acerca de este asunto? —inquirió Dom Benito.

Paulinos sonrió con placidez.

—Pues bien; pienso que será un gran éxito. Conozco a centenares de personas que asistirán, precisamente para decir que estuvieron dentro de un monasterio trapense. Por la misma razón comprarán muchas cositas que nunca serán capaces de utilizar. Tal curiosidad proveerá a los párrocos locales de una buena suma de dinero para el obispo, de modo que todos quedarán complacidos.

—Pero ¿qué, acerca de la comunidad? Supongo que algunos pensarán que ahora que ya está consagrado el sector posterior de la iglesia estoy preparándome para profanar el frente de la misma, ¿no?

El Padre Paulino no contestó inmediatamente. ¿Cómo explicarle que no eran las decisiones del abad las que enfriaban a algunos de sus hijos, sino más bien la manera de hacerlas cumplir? Realmente Dom Eutropio había pedido mayores sacrificios a sus

hombres, pero lo hacía de un modo tan gentil, que sentían que sufría con todos ellos al imponerlos. Si Dom Benito pudiese ser un poco menos rígido..., si pudiera comprender que ellos deseaban ser inducidos, pero no compelidos, por el camino de la santidad...

—Hay una manera que usted podría ensayar para contentarlos a todos, Reverendo Padre. Usted ya ha "silenciado" los dedos de la mayoría al prometer que no habría ni cuadrillas ni botellas, o sea nada de bebidas y de bailes, y que todo el mundo, menos los encargados de la vigilancia, se retiraría de nuestros dominios antes de la medianoche. Ahora bien; si usted quiere que se olviden por completo de esos días feriados, anúncieles precisamente que se albergarán en el nuevo monasterio el año venidero. Eso es lo que realmente les desazona; hace más de diez años que se echaron los cimientos, usted sabe bien, y está resultando un tiempo muy largo. ¿Cree usted que nos podremos trasladar pronto?

Dom Benito se frotó la barbilla.

—No, el monasterio queda fuera de la cuestión. Con todo, si logro contratar los servicios de ciertos obreros especializados, podríamos tener cabalmente finiquitada para la Navidad la iglesia abacial.

— ¡Dígales eso! —exclamó con entusiasmo Paulino—. Distráigalos del rigorismo induciéndoles a concentrar sus pensamientos en actividades externas, con la probabilidad de poder utilizar el coro de la iglesia para esa fecha. Con eso tendrá usted paz..., al menos por algún tiempo.

Dom Benito se echó a reír al notar el brillo que despedía la mirada de su visitante.

—Me agrada su franqueza y lo acertado de sus consejos —dijo de buen humor—: Si algún hombre piensa hallar paz en la tierra, debería ser abad por un día.

* * *

A Dom Benito le parecieron las sugerencias del Padre Paulino de lo más satisfactorias para su dilema. Y las puso en práctica; de modo que los monjes se olvidaron de las discutidas fiestas feriadas para concentrarse en los sillones que ocuparían en el nuevo recinto del coro a partir de las Navidades. Y así pasó inadvertida la fecha de los festivales..., excepto para el clero de Kentucky y sus feligreses, mientras que la comunidad de Getsemaní se afanaba trabajando para terminar la iglesia. Poco tiempo después, el siete de diciembre, a tres semanas de la fecha, los monjes desfilaron por la iglesia abacial para cantar en ella el divino oficio por primera vez. Era una tarde gris y fría, pero la temperatura carecía de importancia. Más importante fue para ellos el hecho de que estaban cantando las primeras vísperas en loor de la Bendita Virgen María, Madre, Señora y Reina de los trapenses y Patrona de América con el nombre de Inmaculado Concepción.

¿Quién podría culpar a monje alguno de la comunidad, especialmente a los "exploradores", que durante diez años vivieron contemplando el armazón del monasterio, por pensar que San Bernardo tenía en la mente a Getsemaní cuando dijo que "Dios quiere que nosotros tengamos todas las cosas mediante María"?

El coro en la iglesia..., la misa y el oficio día tras día en el espacioso edificio... Un nuevo ardor abrasaba a la comunidad, un celo que no languideció en las siguientes semanas. Un pensamiento dominaba sus oraciones y tareas. A pesar de todos

los obstáculos que se pudieran presentar, estaban decididos a terminar la construcción del monasterio. Se tomó voto a todos y la comunidad convino unánimemente en completar las obras de la abadía y tener consagrada la iglesia, aunque ello significase incurrir en deudas. Dom Benito se mostraba encantado con tal favor. Bastante se veía preocupando al darse cuenta del lento, pero continuado adelgazamiento en las filas de su comunidad.

* * *

Pasado el verano de 1866 los monjes seguían trabajando afanosamente, desplegando esfuerzos sobrehumanos, pues ya estaban casi seguros de que era cuestión de semanas lo que faltaba para que pudieran dejar sus herramientas y demás utensilios de trabajo y exclamar: "¡se concluyó la obra!"

Dom Benito escribió a Melleray expresando sus esperanzas de que alguien de la casa matriz honrase con su presencia la consagración de la iglesia, cuya solemne ceremonia se había fijado para el 15 de noviembre. Le comunicaba a Dom Antonio que el Arzobispo Purcell, Metropolitano de la provincia, celebraría la ceremonia como figura principal de la Iglesia en América, y le seguía informando a Dom Antonio que debido a la avanzada edad del tal prelado, le sugería su venida, y así, ellos dos —Dom Antonio y Dom Benito— asistidos de los obispos de Luisville y Búffalo, Monseñores Lavialle y Timon, que habían prometido concurrir, podrían consagrar los siete altares en torno al ábside, abreviando el tiempo de la ceremonia y aliviando así al anciano arzobispo.

Algo que no puso en la carta fueron sus anhelos vehementes porque el Reverendísimo Martín J. Spalding, arzobispo de Baltimore desde 1864, pronunciara el sermón. Las relaciones entre

el arzobispo y Getsemaní habían sido más que cordiales; realmente habían sido filiales. Pero Dom Benito se hallaba en una posición delicada. Consagrando el arzobispo Purcell, correspondía que la autoridad local eclesiástica pronunciase el sermón. Y fue el mismo obispo Lavialle quien cortó este nudo gordiano. En viaje para asistir al segundo consejo plenario a celebrarse en Baltimore, se vio con el abad para decirle:

—Usted debe persuadir al arzobispo Spalding para que pronuncie el sermón el día de la consagración. La proto-abadía es, en muchos sentidos, la niña de sus ojos. El dio la bienvenida a los dos monjes que adquirieron la propiedad, recibió después gratamente a los exploradores que siguieron y, posteriormente, bendijo al protoabad, auspiciando sus peticiones, animándole, aconsejándole y ayudándole hasta el punto de evitar que le llamaran a usted de Europa.

— ¿Piensa usted que podrá disponer de tiempo?

—Pregúntele.

Así lo hizo Dom Benito, prolongando su invitación con las palabras: "mucho me temo que se halle demasiado ocupado para"...

— ¿Demasiado ocupado para asistir a la consagración de la iglesia de Getsemaní? —decía cordialmente en su pronta respuesta el buen prelado—. ¿Cómo, Padre Abad, podría ser eso si he vivido para ese día? Nada me impedirá, Dios mediante, asistir a la ceremonia. Ahí estaré y me sentiré dichoso pronunciando el sermón.

Grandes preparativos se hicieron para el 15 de noviembre. Getsemaní iba a ser albergue del mayor número de dignatarios que nunca llegara a sus puertas. Dom Bruno Fitzpatrick venía de Irlan-

da, como delegado de Melleray, y la jerarquía de América estaría ampliamente representada. Además del arzobispo Spalding, asistirían el arzobispo John B. Purcell, de Cincinnati; el obispo O. J. Lavialle, de Lousville; el obispo John Timon, de Buffalo; el Muy Reverendo Padre J. N. Browne, de Tennessee; el Reverendo Padre Fray O'Carroll, provincial de los dominicos; el Reverendo Fray Coosemans, Provincial de los jesuitas, y representantes de todas las órdenes y congregaciones religiosas de la diócesis. A Nic Ryan, que fuera ordenado el verano anterior, se le adjudicó la poco envidiable tarea de preparar la procesión con arreglo a las dignidades asistentes.

El gran día amaneció frío y lluvioso. Era una mañana para tentar la fidelidad de los que prometieran asistir. Sin embargo, el recinto de la iglesia ya estaba colmado de gente desde el servicio de las seis horas. El corazón de Dom Benito se esponjó cuando vio a muchos prelados contemplar admirados y boquiabiertos las grandes y magníficas proporciones del edificio. Muy pocas iglesias, al término de la guerra civil, podían ufanarse de tales proporciones.

Siete altares rodeaban el ábside y la espaciosa nave se hallaba flanqueada por la circular disposición de los sillones corales de los monjes, tallados en nogal.

El abad se sentía emocionado por las palabras pronunciadas en el sermón de la mañana por el arzobispo, que prometían un futuro para Getsemaní libre ya de los angustiosos afanes de los primeros años; significaban una respuesta para América a las dudas de Europa, una respuesta que el orador sagrado confiaba que Dom Bruno llevaría a Francia para cuando otra vez Getsemaní fuese amenazada de clausura.

"¿No es una bendición, os pregunto —exclamó el arzobispo— que aquí, en este templo, hoy consagrado a Dios, la voz de la oración y las súplicas de estos buenos monjes se eleven al cielo para apaciguar la venganza del Señor, tan suscitada por los pecados de los hombres? Hombres de estrecho criterio, cuyas mentes se hallan enturbiadas por las cosas de la tierra, podrán hacer gestos de desprecio y de burla a estos monjes que edificaron tan enorme monasterio, que insumió grandes sumas de dinero sin esperar recompensa material alguna por tales desembolsos; pero tales hombres no comprenden las cosas de Dios ni aprecian las que realmente contribuyen a su gloria".

"Y, sin embargo, no es solamente desde el punto de vista religioso que este monasterio es provechoso y benéfico; lo es también en sentido material. Porque ¿quién es el que no ha oído acerca de la proverbial hospitalidad de los monjes? Europa y la Edad Media lo testifican..., y hoy, cuando el Saqueador extiende sus manos en Italia para destruir refugios y refugios para los apesadumbrados y desamparados, no dejando otra cosa que colosales ruinas a su paso, como tristes recuerdos de la vastedad de aquellos monasterios, ¿no es acaso una hermosa bendición que en el mero centro de este nuevo y grande continente americano se nos permita erigir y consagrar una institución colmada de bendiciones, así espirituales como materiales, para la humanidad en su más amplio sentido?"...

Los ojos de Dom Benito resplandecían al escuchar estas palabras. Su corazón, esponjado de alegría y esperanzas, se anegó para no seguir oyendo las palabras del orador. Arrodillado al pie del altar, oraba agradecido a Dios por sus grandes mercedes. Otra promesa había sido cumplida. Getsemaní poseía ahora un templo

adecuado para el Opus Dei, la obra de Dios, como muchos traducen la santa expresión, pero la que Dom Benito interpretaba como el derramamiento del amor del corazón en intensa adoración, el abrasamiento del propio ser como incienso en loor del Autor de todo ser...

Y en la recién consagrada iglesia Dom Benito hizo una silenciosa promesa: liberaría a sus monjes de toda distracción. Ya tenían su iglesia; tenían su monasterio; los deberían poseer para ellos solamente..., solamente ellos a solas con Dios. Aseguraría para ellos su clausura, su vida contemplativa, así como cumpliera la promesa de Dom Eutropio.

* * *

Dos años después, en 1868, Dom Benito, al revisar su comunidad de Getsemaní, se dio cuenta de que la batalla estaba ganada. Esperaba la llegada de Dom Antonio Bernard, el Padre Superior de la proto-abadía de América, y como compañero de viaje venía alguien muy bien conocido en Kentucky: ¡Dom Eutropio Proust! ¡Qué sorpresas les esperaba a ambos! Tantos años de cuidadosos planeamientos, de concesiones, de desfallecimientos y aun de fracasos, habían, por fin, terminado. Podía ahora enfrentarse con Don Eutropio y decirle: "Sí, vuestra promesa ha sido cumplida. Getsemaní se ha redimido de todo. No ha sido tarea fácil, pero la hemos hecho".

Lo que más le satisfacía a Dom Eutropio era la comunidad en sí. Después de siete años del olvido del mundo, Getsemaní de nuevo contaba con sesenta y cinco monjes, el mismo número que había cuando Dom Eutropio dimitió en 1860. La consagración de la iglesia atraía la atención hacia lo que significaba, la vida de los tra-

penses, y según informaban acerca de la ceremonia los diarios, muchos jóvenes postulantes habían ya cruzado el gran río Turnpike, acercándose a las puertas del monasterio. No todos se quedaban, por supuesto, pero los que iban a permanecer conocían el estilo de vida exigido por San Benito. La vida del monje de Getsemaní no era una vida fácil, pero sí una imitación de quien vivió una vida que significó la salvación de la humanidad. San Benito nunca juzgó fáciles las rigurosas horas del ayuno, de la abstinencia, de la soledad, del silencio y de la ruda labor, que se contiene en su regla, pero con frecuencia habló de amor. El amor da y el amor sufre.

Tales pensamientos le hicieron recordar al Padre Eduardo Chaix-Bourbon, y sonrió ante tal recuerdo. El joven recordado, que procedía de Grenoble, era una prueba de que sus métodos no eran completamente equivocados. Desde los comienzos de su noviciado, había tenido que censurar, reprender y castigar a ese joven monje por los más ligeros quebrantamientos de la regla, sin importar cuál fuese le causa. ¿Y qué había sucedido? En la actualidad, el Padre Eduardo era el secretario, procurador y ayudante especial del invitado principal. Con el tiempo asumiría, muy probablemente, más importantes puestos en la comunidad, pues había aprendido bien la más difícil de todas las lecciones: obediencia absoluta e incuestionable.

—Sí; la presencia del Padre Eduardo en Getsemaní era la prueba de que su rigor no resultaba tan áspero como él, el abad, sentía que el Padre Paulino lo juzgaba. Y no porque los santificados monjes murmurasen desaprobando dejaba Dom Benito de reconocer que muchos de la comunidad se sentían contentos con la guía del Padre Paulino. Les había observado entrar al

confesonario con los rostros surcados de arrugas reveladoras de sus preocupaciones emocionales, y luego de cumplir con el sacramento alejarse con semblantes pacificados. ¿Cuál era el secreto de Paulino?

Sólo al acercarse la fecha de los festivales feriados el Padre Paulino le había hablado de las inquietudes de los monjes. Pero ahora, con la comunidad restaurada a su mayor número, reinaba la paz. Aceptaban el severo desafío que significaba para la humanidad la regla de San Benito: ¡ser intrépidos y galantes para Dios! Olvidarse de lo que ello cuesta, tomar la vida y echarla voluntariamente al fuego consumidor del amor...; ¡abrasarse en adoración ante el Creador de todo!

El abad se sentía dichoso por convivir con el nuevo espíritu de la casa. ¿Qué significaban las penitencias y humillaciones cuando son aceptadas por la gracia de Dios? —pensaba—. Todo eso acerca más al hombre a la cruz, al Dios-Hombre, que murió en ella por los pecados e iniquidades de la humanidad, y él estaba dispuesto a...

—*Benedicite*.

—*Dominus* — contestó el abad, interrumpido en su monólogo.

—Los visitantes esperados están llegando..., ya pasan por el cerro ahora — anunció con expresión dichosa el Padre Emmanuel al penetrar en el despacho del abad.

—Bajaré inmediatamente —contestó éste— agregando con natural nerviosidad: —pero que se lancen las campanas a vuelo y que toda la comunidad se congregue para recibir al Padre Eutropio. Apresúrese, Padre. No debemos recibirlos en silencio.

En los momentos en que el abad y el prior descendían por las escaleras del corredor comenzaron a repicar las campanas. En

tanto, Dom Antonio, sentado dentro de un carruaje cubierto, observaba con atención las facciones de su acompañante. Era un día de junio y los viajeros se hallaban cansados. Con todo, cuando divisaron la cruz asentada sobre la cúpula del monasterio, Dom Eutropio contempló con mal reprimida emoción la abadía, abarcando de arriba abajo toda su magnífica estructura. De Norte a Oeste advirtió que la primitiva y desnuda tierra rojiza y los troncos de los árboles talados se habían convertido en un lozano paisaje. Getsemaní era ahora, como él tanto rogara para que lo fuese algún día, una ciudad de Dios asentada sobre un cerro.

Cuando el carruaje que los conducía penetró en la carretera bordeada de airosos pinos, el ex abad se volvió a su compañero.

— ¡Cuántos cambios ha habido desde que yo me ausenté! — comentó con natural suavidad.

El abad de Melleray sonrió. El tono de las palabras de Eutropio no le engañaban.

— ¿No siente pesar por haber renunciado... un tanto dolorido? — le preguntó con buen humor y en tono de broma su compañero.

—No, ninguno —brotó la inmediata respuesta—. Procedería lo mismo por la misma razón y en circunstancias análogas. Fue la última dádiva que pude dar a Getsemaní, y ahora me parece como si fuese la mejor de todas... ponerla en manos más capaces. Y en este instante, experimento —agregó con bondadosa gentileza— lo que un exilado siente cuando regresa al hogar después de años de ausencia.

Durante las cuatro semanas siguientes Getsemaní fue la grata morada de los dos religiosos. Dom Eutropio nunca se cansaba de ver y Dom Benito ordenó a la comunidad que estuviese siempre al servicio de su anterior abad. Hermosos resultaron los días para los

viejos monjes que le visitaban con frecuencia. El Padre Emmanuel se lo llevó consigo para que viera los campos cultivados, las trojes y los crecientes rebaños y también el establecimiento maderero ubicado en los cerros. Por las noches era el Padre Paulino su acompañante, que le relataba los detalles acerca de las dos florecientes escuelas, las dos parroquias y la labor exterior que se llevaba a cabo sin perturbar el silencio y la soledad de los monjes. Dom Eutropio pudo notar que la comunidad crecía, como siempre lo esperara él, y que el monasterio se hallaba libre de deudas. Indudablemente Getsemaní era ya todo lo que su Padre intentara que fuese.

—Es notable —confesó Dom Eutropio a Dom Antonio— cómo se las arregló el Padre Benito para hacer tanto en tan corto tiempo. ¡Pensar que logró hacer tantas cosas en ocho años! Si todas estas obras hubieran tomado la duración de una vida, la gente habría dicho que estaba muy bien aprovechado el tiempo.

—Admitiré ahora que vacilé un poquito antes de nombrarlo prior, pero ciertamente que no me equivoqué. Ha madurado.

Sonrió con su habitual dulzura para continuar:

— ¿Pero se ha ablandado? — preguntó con suave ironía Dom Antonio.

—Désele tiempo, Reverendo Padre. Todavía no cuenta cincuenta años.

—Pero ya hace más de quince que es Superior.

—Precisamente, el tiempo suficiente para hacerlo duro —comentó riéndose Dom Eutropio en el momento en que unos golpecitos en la puerta cortaban la conversación. Concedida la autorización, el abad de Getsemaní se presentó en la salita

mientras el Padre Eutropio, como si no lo sintiese entrar, siguió comentando:

—Espere usted no más hasta que se incorpore a nuestra Orden y entonces presenciaremos milagros de primera clase. *Quoad substantiam*, como dicen los teólogos.

Dom Benito contestó la gentileza con la mejor de sus sonrisas.

—Este es mi castigo por no haberme vuelto a Francia, ¿eh? Aun no pertenezco a la Orden. Bueno; ustedes pueden llamarme un *Abbas Nullius*, pero, entretanto, díganme cómo podremos agradecerle al Papa Pío IX por haber establecido orden en el caos. Después de treinta años de congregación, reconquistaremos los solemnes votos que perdimos a causa de la revolución francesa, y aunque permanezcan todavía dos distintas reformas, hay esperanza de que pronto estaremos todos unidos.

—Dom Francis expresó el mismo pensamiento en mayo —dijo Dom Antonio—. Se mostraba decepcionado porque no pudiese usted ir a La Trapa, para tomar votos solemnes con el resto de nosotros. No importa; nosotros seremos sus buenos testigos. Me siento agradecido porque Su Santidad libera a nuestros Hermanos de la necesidad de repetir su noviciado, si ya han vivido bajo sus simples votos durante tres años. ¿Le agradaría repetir su noviciado, Benito?

Antes de que el abad de Getsemaní contestase, la risa que soltó Dom Eutropio resonó en toda la salita.

— ¡Ya sería algo! — exclamó éste: — ¿Recuerda al *Brunswick*? ¿Le gustaría hacer otro viaje a bordo de aquella nave y en tales circunstancias?

— No, gracias; no soy marinero — replicó a tono el abad.

— ¿Ha sido por eso por lo que no vino a congregarse con nosotros en La Trapa? Asistieron quince abades y priores titulares al acto de la solemne profesión — le comunicó Dom Antonio.

—Pero yo les escribí y...

—Lo sé, lo sé —le interrumpió su Padre Superior—. Sólo estaba bromeando. Ahora dígame, señáleme el día y yo atenderé al acto de su solemne profesión. ¿Para cuándo lo fija?

—Cuanto antes, mejor, Reverendo Padre —contestó el abad con vehemencia. ¿Sería auspiciosa la fiesta de Esteban Harding, nuestro santo fundador?

—Perfectamente — asintió Dom Antonio: —el 16 de julio estaré presente.

* * *

Llegó el 16 de julio y Dom Eutropio, revestido de oficiante, se dirigió al altar mayor de la iglesia abacial de Getsemaní con el corazón palpitante de gratitud. Sus ojos se bañaban en lágrimas cuando ascendió al presbiterio para pontificar por primera vez en este templo que había sido su sueño y casi su destrucción física. Con entonación vacilante comenzó con las palabras de la misa: *Introibo ad altare Dei.*

Después del Evangelio se procedió al acto de la solemne profesión. Dom Antonio tomó asiento cerca del escabel del presbiterio para recibir los votos del abad de Getsemaní. Pero antes de que pronunciara la fórmula solemne, su Padre visitante le dirigió la palabra. Done Eutropio reconoció la alocución como un resumen del sermón que les pronunciara a ellos en La Trapa Dom Francis Regis, cuando ellos hicieran juntos sus solemnes votos

profesionales. Dom Antonio asumía el puesto de su Padre Superior.

"Los novicios, cuando pronuncian sus votos, ven poco más que la muy real unción de nuestra vida. En verdad, ellos han estado y están en el Tabor. Pero vos, que habéis soportado tanto tiempo el agobio del santo oficio, conocéis una realidad más profunda. Vos sabéis que la vida religiosa, y especialmente la de los trapenses, significa sacrificio. Esforzarse por la perfección significa una disposición para las caídas y los tormentos que conducen al Calvario: sí, y también significan la crucifixión. Pero ¿y qué? Después del Calvario y de la Cruz vino la Resurrección y la Ascensión. Y así como vino para la Cabeza, vendrá también para sus miembros fortificados".

Y el Padre visitante concluyó con esta brusca admonición:

"La hora del sacrificio ha sonado. Os habéis convertido en un espectáculo para el mundo y para los ángeles... Decidme: ¿es vuestra intención perseverar hasta la muerte?"

Doro Benito alzó su rostro.

—Sí, Reverendo Padre, con la ayuda de la gracia de Dios y con la asistencia de vuestras oraciones.

Después de este acto el ceremonial procedió rápidamente. Mientras Dom Eutropio seguía con las oraciones de la misa, el abad de Getsemaní se arrodilló dentro del santuario con la mente llena de planes para demostrar su amor a Dios. Haría de Getsemaní un modelo de monasterios trapenses; sus monjes vivirían vidas tan penitenciales como las de aquellos conducidos por de Rancé o de Lestrange. Europa se daría cuenta de que Getsemaní, no sólo se hallaba fuera de todo reproche, sino que sería una morada ideal para desechar todos los deseos humanos y

salvar todos los abismos de la abyección y así alcanzar las alturas. Sus monjes se humillarían y él les haría humillarse. Pensó luego en la alusión de Dom Benito al Tabor. ¡Sí! Ese era el camino que vislumbraba para Getsemaní..., con esplendorosos atavíos de espiritualidad. Estaban lejos aún de esa realización en los últimos años y deberían progresar más, ahora que sus Hermanos conocían su decisión y lo seguían con buena voluntad.

Aquella misma tarde los tres abades discutieron acerca del acto de la profesión.

—Nuestra misión aquí ha concluido, Padre Benito —le anunció su Padre Superior—. Hemos escuchado sus solemnes votos y visitado vuestra comunidad y podemos informar grandes progresos.

Dom Benito sonrió complacido.

—Hay algo que usted no ha visto todavía, Reverendo Padre, porque hasta ahora me vi imposibilitado de llevarlo hasta allí. Pero si es de su agrado, podemos visitarlo ahora.

Al advertir una mirada de sorpresa en su anterior Superior, continuó:

—Se me pinchó algo esta mañana, en el acto del solemne voto, llamando Tabor a este monasterio. Pues bien; tal vez me dejé llevar por la ceremonia y por las palabras de Dom Antonio y... tal vez hubo razón para prevenirme acerca de que el Tabor duró muy breve tiempo. Todavía no he olvidado mi herencia: Getsemaní se sienta en la base del Monte de los Olivos, ¿no es así? Me gustaría llevarlos esta tarde a ese monte. Me gustaría demostrarles que no me he olvidado ni de las promesas que Dom Eutropio hizo a Kentucky ni de las promesas que yo hice a los hombres de La trapa.

Dom Eutropio rió con buen humor.

—Presumía que usted se guardaba algo para sí. Recuerde que yo también fui una vez Padre de estos monjes y que ninguno lograba ocultar algo sin que yo no sospechase. Denos, pues, su sorpresa, pero debo antes prevenirle que después de haber visto la casa para huéspedes, el monasterio, la iglesia de San Vicente y su órgano, las escuelas para niños y cien y una más mejoras introducidas por usted, ya no puede asombrarme.

—Usted piensa así porque aún no ha visto el monte —contestó el joven abad con aire confidencial.

—Pues bien, Padre —propuso Dom Antonio adoptando la expresión de un conspirador: —ahora es la ocasión. ¿Podemos ascender sobre la marcha?

—Cuando usted disponga —contestó Benito.

—Entonces vamos inmediatamente.

Delante de la puerta principal les esperaba el mejor carruaje tirado por dos caballos. Los tres abades treparon a los asientos y el vehículo rodó por la carretera que bordeaba el gran río Turnpike durante un cuarto de milla o más, aminorando su velocidad a medida que se acercaban las estribaciones del cerro más elevado.

— ¿Esta no es la propiedad de Frank Smith? —preguntó Dom Eutropio señalando los campos de la derecha—. ¿Qué ha edificado en ella? Es un hermoso edificio el que ha levantado. Nunca le creí capaz de manejar este predio, pero observo ahora que aparece a la vista tan lozano como próspero,

Dom Benito se limitó a guiñar el ojo a su Padre Superior, pero no dijo nada. Cuando se acercaron a la casa, el edificio parecía mayor. En seguida descubrieron los visitantes una cruz sobre la

arcada del vestíbulo de la puerta y Dom Eutropio se volvió hacia su sucesor con expresión de asombro.

—Esto tiene el aspecto de un convento —exclamó.

—Por extraño que pueda parecer —informó riéndose Benito— es un convento.

Al detenerse ante la puerta principal se les acercó una monja de mediana edad. Los trapenses se bajaron del carruaje.

—Bienvenidos sean, Reverendos Padres abades —saludó nerviosamente ante la inesperada visita.

—Buenas tardes, Hermana — respondió cordialmente el Padre Benito—. Tengo el honor de presentarle a Dom Antonio Bernard, mi Padre Superior, procedente de Melleray, y a Dom Eutropio, primer abad de Getsemaní, y ésta. Padre es la Hermana Isabel, Superiora de las Hermanas de Nuestra Señora de La Trapa del Monte de. Los Olivos.

— ¡Trapensas! —percibió apenas que murmurara su predecesor en un aliento, aunque cuando le miró y vio permanecía callado.

Dom Antonio y sus acompañantes aceptaron la invitación de la monja para visitar la casa y comenzaron por las dependencias de la escuela gratuita para niñas, antes de visitar el convento. Dom Eutropio seguía en silencio tras sus dos compañeros, inclinándose graciosamente para saludar a la Hermana Paula, a la Hermana Margarita, a la Hermana Ángela, a la Hermana Inés, a la Hermana Ignacia y a la Hermana Josefa, todas desempeñando tareas en la escuela. Cierto que sus hábitos más se parecían a los de las franciscanas que a los de las trapenses, pero, con todo, Dom Benito no se había equivocado al llamarlas Hermanas de La Trapa.

Cuando se alejaron de la escuela y ya cruzaban el patio del convento, Dom Eutropio tiró suavemente de la manga de Dom Benito.

— ¿De dónde le vino la idea —murmuró— y el coraje, y el capital, para esta aventura?

Dom Benito parecía redondearse con una sonrisa.

—Me vino de un atolondrado monje llamado Eutropio —replicó *sotto vice*— que hizo optimistas promesas a Kentucky antes de que Getsemaní fuese despojada de sus pañales. Esta es vuestra escuela.

— ¿Pero, y las monjas?

—Es una historia larga. Se la contaré cuando regresemos. Antes de abandonar el monte, se impartió la bendición a las diez monjas que integraban la comunidad en la pequeña capilla. Luego la Hermana Isabel les informó acerca de otras seis religiosas que estaban pasando su noviciado en Oldenburg, Indiana, y de las solicitudes que recibían todos los meses.

Era ya tarde y los trapenses agradecieron cordialmente a la Hermana sus atenciones y se retiraron para regresar a Getsemaní. No habían recorrido mucho trecho cuando Dom Eutropio exclamó enfrentándose con el abad:

—Dígame, Padre Benito, no me tenga más tiempo suspendido en el aire: ¿esas monjas de dónde...?

—Está bien, Padre, se lo diré todo —le interrumpió el abad sonriendo— pero ya le advertí que se trata de una historia larga, cuyo origen se remonta a ocho años, el año que dejó usted Getsemaní. Yo asistí aquel otoño al Capítulo General y le expliqué a Dom Francis Regis acerca de nuestras experiencias con la

escuela de niñas y las dificultades para encontrar profesoras convenientes, y me ofreció dos soluciones: que trajera monjas o que las formase. Pero nunca había tiempo sobrante para nada. Yo estaba preocupado con la guerra civil, con la continuación de las obras del monasterio y de la iglesia y con la escuela para niños; pero la idea seguía asaltándome. En 1865, cuando Frank Smith decidió vender sus terrenos, vi la oportunidad. Compré la casa y los diez y nueve acres de terreno y encargué de todo a la señora Warren. Un año después comenzó a funcionar el convento.

— ¿Pero y las monjas? — interrumpió Dom Eutropio impacientemente.

—Precisamente voy a eso ahora. Las formé, no las traje... El 21 de enero de 1866 profesaban tres mujeres en nuestra iglesia parroquial como miembros de la Tercera Orden de San Francisco. Usted acaba de conocerlas: las Hermanas Isabel, Ángela y Margarita fueron las "pioneras". Y como extraña ocurrencia, el mismo día que profesaron, siete jóvenes señoritas solicitaron ser admitidas en la nueva cofradía. A partir de todo esto, los acontecimientos se desarrollaron con más celeridad.

Eutropio seguía con mucha atención el relato, inclinándose hacia adelante en su asiento.

—El obispo Lavialle de Louisville estaba aquí cuando las tres se recibieron de franciscanas. No mucho después, recibió la visita del obispo de Saint Palais de Vincennes, Indiana, y hablando de Getsemaní se mencionó la nueva comunidad de mujeres. Después de algunas preguntas del prelado visitante, descubrió que nuestras franciscanas desempeñaban las mismas tareas que una Congregación en su diócesis. Y se ofreció para pedirle a la Madre Superiora de Oldenburg que permitiese a nuestras Hermanas

hacer allí su noviciado. Posteriormente la Madre Antonia escribió ofreciendo su ayuda, prometiendo adiestrar a nuestras novicias como a las propias. Con ella están seis ahora.

— ¿Pero de dónde han venido? —preguntó Dom Eutropio—. Contando la diócesis con las cofradías de Loreto y Nazaret, he de suponer que tuvo usted dificultades para obtener postulantes.

—Claro que pude tenerlas, si me hubiese limitado a la diócesis, pero esas monjas vinieron de tan lejos como de Irlanda, Newfoundland y Nueva York, y de tan cerca como Baltimore y Kentucky. Tan pronto como iban llegando las enviaba a Oldenburg. No quería que tuviesen un noviciado como el mío...; ¡nada de desarrollarse a bordo *Brunswick* y el *Martha Washington* para estas monjas! Cuando las seis, ahora en Oldenburg regresen, enviaremos otras...

Dom Eutropio se respaldó en el asiento. ¡Y pensar que yo una vez rogué a la Hermana Ángela para que dejase a sus santas muertas de Loreto de Getsemaní! Bueno: yo sentía que podían ayudarme..., ¿pero cómo iba yo a prever que este joven taumaturgo se ocuparía algún día...?

Y volviéndose al visitante Dom Antonio agregó:

—Tal vez Tabor no será un nombre equivocado. Benito tiene tres tabernáculos: la escuela de niñas, la escuela de niños y el convento.

Aquella noche Dom Eutropio y su Padre Superior visitaron el nuevo cementerio. Sólo dos cruces se destacaban de dos túmulos cubiertos de verde. Eutropio se inclinó sobre el primero y leyó: *Hermano Alejandro*. Se incorporó diciendo:

—No le conocí, pero tengo entendido que fue uno de los tres Hermanos Antonio que entraron en la comunidad.

Se acercó a la segunda tumba.

—Le conocí bien. Fue el Frater Efraín Bonnet. Ingresó en Melleray en 1846 trayendo una pequeña fortuna consigo. Yo la utilicé en parte para los gastos de viaje de cuarenta y cuatro hombres a través del Atlántico y del Misisipi. Me complace que sea el único monje de coro enterrado en el nuevo cementerio.

— ¿Pero y los otros fallecidos?

—Veinte al Sur de nosotros, en el viejo cementerio de las Losetas, el mismo que yo le pedí a la Hermana Ángela.

—Sabía eso, pero, ¿dijo usted veinte? Ello significa que la mitad del grupo original procedente de Melleray se ha ido.

—No —corrigió Eutropio—; no todos los veinte vinieron conmigo. Cuatro o cinco que yacen allí nunca conocieron a Melleray. ¿Pero sabe usted que conté todas las cabezas de la comunidad esta mañana y sólo me encontré con catorce de los primitivos en el salón del Capítulo?

—Bien, sí, pero es que Getsemaní ya cuenta con cerca de veinte años de existencia. Era de esperarse que los más viejos vayan pasando...

— ¡Veinte años! —repitió Dom Eutropio con expresión soñadora— ¡cómo vuela el tiempo!

Luego, volviéndose y cambiando de tono, se quedó contemplando el panorama de Getsemaní.

— ¡Vea la abadía y cuanto la rodea! —exclamó extendiendo la diestra con amplio ademán— Su abad tiene dos monasterios bajo su jurisdicción, porque es Padre Superior de Tracadie. Tiene dos

parroquias grandes; una escuela-colegio para internos varones, una escuela gratuita para niñas, y ha establecido una cofradía de monjas, que algún día será incorporada a la Orden de las trapensas y que acaba de obtener permiso del Capítulo General para constituirse en Hermandad, que será algo parecida a la Tercera Orden de los Trapenses... ¡Qué hombre! Yo le dije a la comunidad hace ocho años que la mayor dádiva que yo podía darle a Getsemaní era mi dimisión. El tiempo ha demostrado que tenía razón. Benito ha cumplido todas mis promesas, a pesar de su costo. ¡Que Dios lo bendiga!

—Amén! —pronunció Dom Antonio con un alegre chasquido. Será mejor que nos vayamos pasado mañana, porque si sigue usted aquí otra semana acabará por cambiar el nombre del lugar.

CAPÍTULO XIV

ESTALLAN LAS NUBES

El veinte de julio de 1868 Dom Benito deseó buen viaje a Dom Eutropio y a su Padre Superior. La visita le dejaba muy feliz. Dom Antonio le había asegurado que Getsemaní nada dejaba que desear: de una fundación sin edificios y establecida con deudas, hacía veinte años, había hecho una filial que albergaba y sostenía con holgura a sesenta y cinco monjes. Durante la siguiente semana el abad meditó en momentos libres acerca de la conversación de Dom Eutropio para rebautizar a Getsemaní convirtiéndolo en Tabor. Este era el más grande cumplimiento que Getsemaní podía recibir de su primer Padre. El proto-abad había conocido las agonías y los apuros de Getsemaní. Sugerir tal cambio era una gran concesión. Dom Eutropio le previno, sin embargo, de cuán rápidamente la luz del Tabor se tornó en penumbra. Pero él convino para sí en que el Getsemaní de América se hallaba libre de las sombras oscuras del olivo. Dom Benito se sentía feliz.

Todavía el mes de agosto, con su calor sofocante, no había pasado cuando la luz del *Tabor* de Benito comenzó a desvanecerse. Por chocante ironía la dificultad se originó en el monte, de cuyas obras se mostraba Benito más orgulloso. Antes de que el abad supiese lo que ocurría, tan embrollado estaba Getsemaní con una serie de disensiones, que las nubes amenazaban estallar y la lluvia consiguiente amenazaba con

anegar la abadía. Al principio se trató del convento, pero después de algunos meses se hallaron en peligro las dos parroquias y las escuelas. Y la raíz del asunto consistió en una elección en el Monte de los Olivos.

Cuando las seis Hermanas más recientemente profesadas regresaron en julio de su noviciado en Oldenburg, introdujeron el programa y la distribución del tiempo, y otras costumbres de aquel convento, en el del Monte de los Olivos. Todo el mundo esperaba eso.

Para ello habían sido enviadas a Indiana. Pero luego sobrevino algo completamente inesperado: se celebró una elección y la mayoría de los votos favoreció a la Hermana Paula.

Luego se puso de manifiesto la carencia de adiestramiento del noviciado en la Hermana Isabel. La bien intencionada mujer se había gastado ella misma en la obra de la fundación de la Hermandad y en el establecimiento de la excelente escuela gratuita para niñas. Por más de dos años se la venía reconociendo como Superiora del convento y fundadora de la Congregación. Ser ahora echada a un lado, como significaba la votación, era algo más de lo que podía soportar. Abandonó el Monte de los Olivos. Habló. En el calor de la excitación dijo más de lo que quiso decir y, por supuesto, no faltaron los que interpretaron a su gusto y abultaron lo que había dicho. Los chismes y murmuraciones corrieron de boca en boca y nada ganaban al ser tan repetidos. Pronto Getsemaní fue mirado con desdén y su abad acusado de cualquier cosa, desde la ingratitud más negra, hasta tener el corazón más duro que el hierro.

En asuntos de esta índole delicada, Don Benito no tenía a nadie a quien recurrir para pedirle consejo. Por otra parte, se vio

tan confundido por cambio tan rápido de los acontecimientos, que quizá no se daba cuenta de lo íntimamente ligado que con ellos se hallaba, sin admitir que tal vez se hubiesen evitado si hubiera estudiado tales problemas con más dedicación. La Hermana Isabel no había pasado tiempo alguno en Oldenburg. La elección pudo ser demorada hasta que las tres fundadoras completaran sus noviciados, aprendiendo lo que significa la humildad que la vida religiosa demanda. Si la Hermana Isabel hubiera sido propiamente educada para obedecer la voluntad de Dios, y aceptar decisiones como la ocurrida, no habrían surgido los líos y las murmuraciones. Era una buena mujer, aunque no instruida en las materias que han de aprenderse en las Congregaciones. Y ahora..., ella nunca regresaría para apaciguar los ánimos, y el daño seguiría extendiéndose.

A medida que las semanas transcurrían la posición de Dom Benito se tornaba más desagradable, como resultado de la jurisdicción que se ejercía sobre el convento. Puesto que las monjas no habían sido afiliadas a la Orden del Cister, seguían siendo franciscanas, y entonces pertenecían por derecho a la jurisdicción de la diócesis, o sea, al obispado. Sin embargo, el obispo McCloskey, recientemente designado para la diócesis de Louisville, sabía que Getsemaní había fundado esa Hermandad, responsabilizándose por ella y considerándola como una afiliación al Cister. El abad pensó consultar al Padre Paulino y pedirle consejo, pero luego decidió arreglárselas solo. La Hermana Isabel había hecho su decisión y Getsemaní tenía que proceder en consecuencia. La escuela seguiría funcionando y la gente pronto se olvidaría del incidente. Getsemaní llevaba ya veinte años sirviendo a los pobladores de todas las comarcas de Kentucky.

Dom Benito decidió hablar a la Hermana Paula y animarla para que procediese con mano firme. Designaría a uno de los monjes como formal y espiritual asesor del Monte de los Olivos, para que arreglase todas las deudas del convento y entregase la propiedad a las Hermanas, como un regalo. Si además necesitasen algo más, se haría todo lo posible para satisfacer sus demandas, dentro de la regla trapense. Nada se ganaba con fomentar las poco caritativas murmuraciones de las vecindades, tendientes a destruir cl cumplimiento de la promesa de Dom Eutropio que había ofrecido educación gratuita.

Sin embargo, Dom Benito recibió muy poca ayuda de la Hermana Paula. La joven Hermana apreciaba el interés del abad por su tarea y prometió ayudar, pero el reciente desorden la había alterado y las murmuraciones iban tomando tanto efecto sobre las familias de las niñas, que cambiaron la actitud de muchas con respecto a las Hermanas. Desconfiando del futuro, la Superiora rehusó admitir ni postulantes ni pensionistas, y a pesar de las admoniciones de Dom Benito para que se mostrase más blanda y pusiese su confianza en Dios, para que las amparase en sus angustias, no se mostró convencida.

Decidido, con todo, a no hacer caso de la desagradable conversación sostenida con ella, Don Benito intentó desligarse de sus responsabilidades para con la comunidad. Hace un mes —se decía para sí mismo— no hubiera creído posible que esto sucediera. Pero esto pasaría; debería desvanecerse todo. Él había procedido con sus mejores intenciones..., un poco de paciencia ahora..., firme confianza en Dios y todo marcharía bien otra vez. ¡Tabor! ¡Cuán rápidamente se había amortiguado su luz!

Sin embargo, aun antes del final de 1868, Dom Benito comenzó a darse cuenta de que su desentendimiento de tan poco caritativas infracciones no terminaba con ellas. Sabía que los feligreses lo criticaban por la intervención que suponían había tenido en todas aquellas dificultades; no comprendían que se trataba de una elección libre de las monjas, en la que éstas solas, de por sí habían nombrado Superiora a la Hermana Paula. El hecho de que la Hermana Isabel fuese nativa de la comarca, y que muchos la conocían desde niña, agregaba una aparente nueva ofensa a su desplazamiento. Por largo tiempo, sin embargo, Dom Benito que tuvo idea de que los intranquilizados feligreses se iban con sus quejas a uno de sus propios curas párrocos. Y no sólo esto, sino que el Padre Moyen escuchaba con simpatía esas quejas. Cuando descubrió todo esto actuó inmediatamente.

El abad habría de ser paciente con las monjas y tolerante con los feligreses de la parroquia, pero nunca podría favorecer tal deslealtad de quien había prometido obediencia al abad de Getsemaní. Melleray había enviado a Terry Moyen para ayudar a Dom Benito, de modo que escribió a su Padre Superior para que llamase al sacerdote. Antes de finalizar el aún 1868 el Padre Moyen se hallaba en alta mar con rumbo a Francia. Pero muy lejos de remediarse la situación, se agravaron las dificultades de Dom Benito. Ahora tenía iglesia parroquial, pero sin pastor.

Durante los dos primeros meses de 1869, Dom Benito pensó que había descendido a las capas más inferiores del sufrimiento terrenal. Pero el 17 de marzo recibió un mensaje que le obligó a quebrantar su rígido silencio. Citó a su despacho al Padre Emmanuel y al prior para una conferencia, y ambos lo hallaron mirando a. través de la ventana con aire preocupado. El único ruido

que se escuchaba en la habitación era el producido por el granizo que chocaba contra los vidrios.

—Tiempo detestable, ¿no, Padre? —saludó el prior.

El abad se volvió hacia los visitantes saliendo de su ensimismamiento.

—No es el tiempo el que me inquieta —contestó—. Lea eso. Y le alargó una hoja de papel.

Getsemaní, marzo 17, 1869.

Rt. Rev. Abad:

Deseo retirarme de Getsemaní, pues pienso atender a mi futuro. Confío en que esta comunicación no perturbará su mente. No tengo otro deseo que despedirme de usted en los mejores términos.

Rogándole su bendición y un recuerdo en sus oraciones, quedo de usted lo más respetuosamente suyo en Cristo.

Nicolás Ryan.

El Padre Emmanuel no se atrevió a comentar por unos momentos. Estaba pensando en todas las dificultades que habían agobiado a su abad durante los últimos ocho meses. Pero ésta era la más despiadada de todas. Dom Benito había educado a Nick Ryan, cuidando de que fuese elevado a la dignidad del sacerdocio. Nick era la solución para cualquier delicada situación. Tanto Getsemaní como su abad habían confiado en él durante años. ¡Cómo habría herido el corazón del abad tal carta!

Dom Benito tomó la hoja de papel leída por el prior.

Naturalmente —habló con cierto tono de amargura— Nick me está causando inquietudes. ¿Cómo pudo proceder así? Me deja con dos parroquias sin que nadie las atienda eclesiásticamente y agrega combustible al fuego de las murmuraciones.

—Yo..., yo..., la verdad..., no logro entender —murmuró el prior—. ¿Qué quiere decir con atender a su futuro? Su futuro está aquí, en Getsemaní. ¿No había firmado un convenio a dicho efecto? Él es pastor de esta parroquia mientras viva o hasta que llegue el tiempo en que el obispo de la diócesis nos releve del cargo.

—Hasta que el obispo nos releve, sí, —repitió Dom Benito suavemente—. Eso puede suceder más pronto de lo que nosotros esperamos y de lo que nosotros queremos en cierto sentido. Pero ¿qué podremos hacer?

— ¡Si por lo menos estuviese ordenado Bill Riney!

—No discutamos imposibilidades, Padre Emmanuel —exclamó el abad con gesto severo—. Bill Riney fue coceado por un caballo en la cabeza, y en tanto que resulta un excelente profesor para nuestra escuela, no podría en conciencia permitirle que se hiciese cargo de la parroquia. Ahora retrocedamos a nuestro problema. ¿Piensan ustedes que podría persuadirse a Nick Ryan para que permaneciese en su puesto hasta que le encontremos sustituto?

—Yo creo que permanecerá siquiera seis meses —expresó el Prior un tanto vacilante—. Después de todo, debe bastantes favores a Getsemaní y me parece que su carta demuestra cierta inquietud de conciencia. Sí, debemos persuadirle.

—Bien. Denme tiempo para pensar en ello. Vamos a otra cosa. Pueden ustedes enviar a algunos Hermanos para que

preparen las tierras del Monte para proceder a las plantaciones. La Hermana Paula parece más conciliadora desde que le enviamos un confesor. Le he asegurado que cuidaríamos de toda la labranza de la granja este año, y esto la ablandó. Y nosotros debemos animarlas a todas, pues si deciden abandonar sus tareas..., bueno..., será necesario que...

El prior mostraba su disgusto.

—No se preocupe, Reverendo Padre. Nos encargaremos de todos los trabajos de la granja. Estoy seguro de que los Hermanos harán todo lo que puedan para darnos su ayuda.

Dom Benito asintió distraídamente y como hablando consigo mismo, contestó:

—Si es necesario, pagaré todas las deudas del convento y les cederé la propiedad.

* * *

El Padre Emmanuel cumplió su palabra durante el año 1869 y la extendió para todo el siguiente. La granja de Monte de los Olivos rendía dos abundantes cosechas y Dom Benito pensó que la suerte de la batalla librada se volvía en su favor. Durante los diez y ocho meses pasados se había extendido, tanto él como su comunidad, en un esfuerzo para reconquistar la paz mediante la satisfacción de todas las demandas. Tenía las dos parroquias atendidas por sus propios monjes, animó a las monjas y pagó todas las deudas contraídas por el convento; pero precisamente cuando el otoño se presentó, se presentó también un repentino e inesperado ataque en sus dominios.

El Capítulo General de 1870 se había enterado de las vacantes de las dos parroquias y de la tan disputada jurisdicción

acerca de las monjas. Francia se puso nerviosa. Los Padres capitulares estaban dispuestos a sacrificar cualquier cosa en principio antes que extrañar al sacerdocio local, y procediendo en consecuencia, nombraron a Dom Bruno Fitzpatrick para que de nuevo visitase la abadía y entregase la orden del Capítulo referente a que Getsemaní ya no tendría más injerencia en el Monte de los Olivos, y a que ningún Hermano lego prestase ayuda en caso alguno, pues se solicitaría de la autoridad eclesiástica de la diócesis que designase un confesor regular para las monjas, puesto que a ningún monje se le permitiría visitar el convento. Esta orden no dejaba resquicio para indulgencias o demoras en el cumplimiento de la misma.

Cuando Dom Benito tomó la pluma para escribir al obispo McCloskey informándole del asunto, supo lo que costaba ser un verdadero religioso. Le habría sido muy fácil, pensó condolido, firmar certificando su propia muerte..., pero escribió la carta.

Getsemaní ahora era lo que indicaba su propio nombre; luego siguió la agonía para Dom Benito, que no duró tres horas sino tres años. En 1870 Nick Ryan cortó sus relaciones con Getsemaní y la parroquia de San Vicente fue puesta en manos del clero secular. En 1871 la parroquia de la abadía quedó bajo la exclusiva responsabilidad del Padre Vialla, designado Pastor por Su Señoría el obispo. En 1872 las monjas se retiraron del Monte de los Olivos, y el convento, la granja y la escuela le fueron devueltas al abad. Así, doce años de incesante labor para cumplir la promesa a cualquier costa, fueron barridos por una orden, como el torrente de la montaría barre con toda lo que encuentra por delante.

Pero aún había algo más agonizante que retorcía el corazón del abad: ¡su comunidad disminuía! Los fallecimientos ocurrían con

mayor regularidad que los postulantes se acercaran solicitando ingreso. Y pocos de los que lo lograban permanecían. El personal descendió de los sesenta y cinco miembros que albergaba, cuando la visita de Dom Eutropio, a solamente cuarenta y tres en el año en que el convento del Monte de los Olivos quedó vacío en aquellas solitarias montañas. ¿Cuál era el estigma que amedrentaba y ahuyentaba a Getsemaní? ¿Cuál era la causa de que tantas nubes se cernieran sobre ella?

Dom Benito se habría desesperado si no se diera cuenta de que los propósitos del proto-abad se habían cumplido, aunque... Bueno; la diócesis se hallaba ahora perfectamente capacitada para cuidar de la parroquia de San Vicente y la de la iglesia del Sagrado Corazón, y gracias a la multiplicación de escuelas y academias para niñas, los pobres de la vecindad, a quienes se les había prometido educación, no estaban abandonados. Tal vez, pensó el abad, fue el designio de Dios para indicarle que se concentrase en la vida interior, clausurara rigurosamente a su comunidad y que se abrasase en seráfica adoración para morir como víctima propiciatoria por el mundo pecador y pervertido. ¡Procedería así!

Pocos progresos había alcanzado, sin embargo, en sus nuevos planes cuando el Padre Paulino le solicitó una entrevista. Extraño le parecía que el ya anciano sacerdote solicitase verle especialmente. Ya habían transcurrido muchos meses sin que consultase a sus monjes, y ahora se preguntaba extrañado por qué durante los pasados años, no le encomendara cargo alguno de responsabilidad ministerial. ¿Es que él, el abad, se consideraba suficiente para todo? Seguramente que no..., que no tenía razón para pensar así. Si algún hombre podía aconsejarle bien, el Padre Paulino era el más calificado para ello.

—Reverendo Padre —comenzó diciendo el monje con acento vacilante — vengo a pedirle un gran favor. He pensado y orado acerca de este asunto durante muchos meses, preguntándome cómo proceder, y ahora me acerco a usted solicitando su ayuda. ¿Puedo obtener el permiso para regresar a Melleray, para pasar los últimos días allí? Soy ya un hombre viejo y ya no dispondré de mucho tiempo.

El abad se sintió como sacudido.

— ¿Qué? ¿También quiere usted abandonarme? —exclamó desalentado.

—Pero si pudiera ayudar en algo con gusto me quedaría, Reverendo Padre. Es que he pensado..., ¿hay algo que yo pueda hacer?

Al notar tanta generosidad, el abad lamentó sus palabras. El Padre Paulino tenía mucha edad. Si no lo había designado para oficios ministeriales antes, ¿cómo podría hacerlo ahora? Aparecía claro que el monje deseaba, por sobre todas las cosas, regresar a su morada de Francia, y se había ganado tal paz.

—No, Padre, no tengo nada que encomendarle especialmente. Usted ha conquistado el derecho a prepararse para el gran viaje al celestial hogar en la paz de Melleray. Dudo mucho que Getsemaní pueda ofrecer alguna quietud a nadie. Estos tres años nos han distraído y perturbado a todos. No hay paz aquí. Y me temo que dentro de poco no haya comunidad. Getsemaní está estigmatizada, no me cabe duda.

— ¡Bien! —exclamó Paulino, sorprendiendo al abad con su expresión.

— ¿Bien? ¿Qué quiere usted decir con bien?

—Precisamente, lo que significa la palabra. Dé gracias a Dios por ello, Reverendo Padre. Estigmatizado significa estar marcado como Cristo lo estuvo. ¿Podría un monasterio trapense solicitar más grande *bien*?

Dom Benito suspiró.

—Ese es uno de los significados de la palabra, Padre, pera yo estaba pensando en otros..., aunque, he de suponer, éste es el único significado para los buenos religiosos. Pero dejemos esto ahora. ¿Cuándo quiere usted dejarnos? Espero que no sea antes de la Ascensión.

—Estoy designado para predicar esa mañana, Reverendo Padre, y usted me dará el tema, y mediante su permiso me ausentaré esa misma tarde.

El abad asintió con un movimiento de cabeza, y el Padre Paulino se volvió para salir lentamente del despacho. Se sentía condolido por el abad, pero toda su ayuda consistía en rogar por él. Los principios de un hombre no pueden ser cambiados cuando ese hombre se halla totalmente convencido de que procede rectamente, y el Padre Benito procedía honestamente de acuerdo con sus creencias.

El Padre Paulino lo admiraba por su carácter resuelto, pero se condolía que fuese tan riguroso. Resultaba extraño y trágico que hombre tan sincero pudiera apartar a hombres que ansiaban vivir amistosamente, hombres consagrados a la misma causa. Si tuviese la seguridad de poder ayudarle en algo, tal vez resistiría sus anhelos por regresar a Melleray, pero se sentía totalmente desvalido para poder ayudarlo en nada. ¡Melleray! Alguna vez habla pensado en que nunca volvería. Ahora que estaba viejo regresaría. Pero ¿y Getsemaní...? El anciano trapense vislumbró

una oportunidad y decidió aprovecharla. Daría animo a sus Hermanos para que permanecieran unidos en Getsemaní para consuelo del abad, que luchaba solo en una noble y gran batalla... ¡Su "canto del cisne" sería vigoroso y animador!

En la mañana del jueves, día de la Ascensión, el hombre que había adquirido la propiedad de Getsemaní se sentó en el sillón del predicador y contempló unos momentos a la comunidad que le rodeaba. Sólo él y el abad sabían que lo hacía por última vez. Sonrió a sus Hermanos, musitó en silencio una plegaria al Espíritu Santo y comenzó a hablar. Su voz resonaba gentilmente, pero a veces establecía una pausa para dominar su creciente emoción. Quería darles una idea para que la recordaran en todas las dificultades que se les presentasen al correr del tiempo. Al final dijo:

"Incuestionablemente vendrán tiempos en que Getsemaní se verá envuelto en los sombras del Olivo. Cuando eso ocurra, recordad dónde se inició el ascenso de Cristo. Fue desde el Monte de los Olivos. Esto es muy significativo. ¿Por qué Cristo, que es nuestra senda, nuestra verdad y nuestra vida, escogió ese lugar para su agonía y como el sitio más adecuado para el término de su triunfal carrera terrenal? ¿No fue para enseñarnos que no hay proporción entre los sufrimientos que todos los cristianos deben experimentar y el triunfo que todo verdadero cristiano conocerá algún día?"

"La noche de un jueves, en la base del Monte de los Olivos, el Dios-Hombre se postró como si se sintiese mortalmente herido; en la base del Monte de los Olivos agonizó hasta sangrar; en la base del Monte de los Olivos, en la obscuridad de la noche de un jueves, fue aprehendido, atado y conducido al sacrificio. Pero de la cima del Monte de los Olivos ascendió al mediodía de un jueves glorioso

e inmortal. Desde la cima del Monte de los Olivos se elevó en jubileo; desde aquella cima ascendió en completo y final triunfo. ¿Pudo habernos dicho con mayor claridad y con elocuencia más persuasiva que la base del Monte de los Olivos *es el punto de arranque para ir al Cielo?* Recordad esto, Hermanos míos, y recordad también que la base del Monte de los Olivos es un huerto llamado Getsemaní."

Al escuchar las palabras del Padre Paulino, Dom Benito comprendió que sólo tenían significado directo para él. Dio en seguida con la respuesta..., con la solución para todos sus problemas: el nombre de Getsemaní. Una vez abrigara la ilusión de que "Tabor" era el mejor nombre para su monasterio; ahora se daba cuenta de que el nombre de Getsemaní estaba mucho más cercano al corazón de Cristo. Exilados del Cielo, participaban de los sufrimientos del Dios-Hombre en tanto caminasen por la tierra. Las glorias de la Transfiguración se ganan únicamente donde Cristo las ganó en el Huerto y en el Gólgota.

Dom Benito se acercó al Padre Paulino poco antes de que abandonase Getsemaní.

—Padre —le dijo: —quiero que haga algo por mí. Dom Eutropio está muy ocupado en Tre Fontane, así lo tengo entendido, pero creo que visita con alguna frecuencia Melleray. Cuando usted le vea ¿quiere decirle esto de mi parte? Dígale que yo creo que la proto-abadía fue bautizada muy bien con el nombre de Getsemaní, y que Dom Antonio también cree lo mismo. Si se muestra intrigado, explíquele que al Norte de nosotros se halla el Monte de los Olivos, al Sudeste el Calvario y que yo estoy en Getsemaní. Cuando se ría, como presumo, repítale lo que usted nos dijo a todos nosotros

esta mañana..., dígale que Getsemaní es el punto de partida para ir al cielo.

El Padre Paulino tuvo la mejor intención de decirle al primer proto-abad en América las últimas palabras que escuchara antes de partir de Getsemaní, pero antes que las nevadas cubriesen los dominios de Melleray falleció el santo varón, y Dom Eutropio encontró la muerte hallándose en Roma. Cuando estas noticias llegaron a oídos Dom Benito sintió algo como envidia de que ellos ya hubieran alcanzando la meta, de la cual Getsemaní es el punto de partida. Pero cuando alzó la mirada al cielo, limpio de nubes, murmuró encendido: ellos saben ahora lo que yo nunca olvidaré: que las tormentas sirven para clarear la atmósfera...

CAPÍTULO XV

EXTRAÑAS BODAS DE PLATA

Getsemaní había sido ascendida a la dignidad de abadía por Pío IX en 1850, pero hasta el 30 de julio de 1851, el obispo Spalding no ejecutó la orden pontifical. En consecuencia, Dom Benito podía elegir entre ambos años como fecha inicial para la celebración de las bodas de plata de la abadía.

Y una mañana de mayo de 1875, antes de que el sol asomase tras las colinas de Rohan, paseaba por el viñedo pensando en lo que Getsemaní significara para el Nuevo Mundo durante el pasado cuarto de siglo. El aire se alegraba con los trinos de los pájaros y las ya florecidas plantas perfumaban el ambiente. El abad recordó con nostalgia mañanas parecidas en la campiña de Melleray, durante la misma estación del año; pero ahora sus preocupaciones no le permitían disfrutar de mañana tan espléndida, pues sus pensamientos repasaban acontecimientos.

En efecto; un convento-orfanato había sido convertido en un claustro para hombres. El paisaje pronto fue transformado todo, convirtiéndose en campos cultivados. Hombres silenciosos se movían afanosos en incesante actividad, clareando aquellos

terrenos y asentando sobre ellos un sólido monasterio de ladrillo alzándose al cielo. Cuando la guerra civil terminó, los católicos del Oeste de Alleghenies se mostraban orgullosos de la grandeza de la iglesia abacial, de un estilo gótico modificado. Las cabañas de madera habían sido derruidas y convertidas en escuelas. Dos parroquias eran dirigidas por los monjes, y Getsemaní venía a ser como un oasis en medio de las áridas vastedades del mundo materialista. Estas eran magníficas adquisiciones logradas por un puñado de trapenses franceses, pero como se acercaba la fecha en que se celebrarían las bodas de plata, todo esto ya no era más que recuerdos..., y no todos esos recuerdos resultaban placenteros. El abad, reflexionando sobre tantas cosas, decidió que no se celebrase el acontecimiento, porque celebrarlo significaría, en cierto sentido, ¡resucitar fantasmas! Si Getsemaní significaba algo para el Nuevo Mundo, el Nuevo Mundo todavía no había significado nada para Getsemaní, aunque... Se detuvo en estos pensamientos cuando iba a decir que había significado *pesares*, pero, ya de regreso en el claustro y al ver a tantos hombres atentos y ocupados yendo de un lado para otro, se rectificó completamente y comprendió que sólo podía decir *gloria*..., porque los pesares tienen su propósito en los planes de Dios.

Cuando la comunidad se congregó antes de la Prima para la cotidiana explicación de la regla, oyó palabras de un abad en cuya alma se había marchitado una convicción y que ahora podía hablar con palabras encendidas.

"—Algunos de vosotros piensan que este monasterio, después de veinte y cinco años de verdaderas logros, está desacreditado. Tienen razón los que así piensan. Pero yo he aprendido una lección no hace mucho tiempo que hace que todas las cosas,

especialmente las feas y desagradables, aparezcan muy distintas... Hablando con el Padre Paulino poco antes de que nos abandonara, yo me quejaba de algún modo de la mancha que había caído sobre Getsemaní, debido a los acontecimientos que vosotros conocéis muy bien. Pero él, muy lejos de simpatizar con mis desazones, se rió para decirme: "cambie la palabra baldón por la de estigma". Cuando ya se había ido, caí en la cuenta de lo que me había dicho de un modo tan poético para un trapense. Me quiso decir que aceptara los pesares y que los convirtiese en penitencia; que tomara el renunciamiento de los hombres y que lo convirtiese en reparación ante Dios; que aceptase el deshonor que mereciese para los contemporáneos para ofrecerlo como honor y gloria del Eterno... También me dijo: *¡sed como Cristo!* y esta mañana escuché nítidamente el eco de sus palabras. Sí... y también escuché el eco de las palabras de alguien más ilustre que nuestro buen Padre Paulino. Muchos años hace, nuestro Padre San Bernardo remarcó que una Cabeza coronada de espinas merecía seguidores que pudiesen cargar la cruz.... Pues bien, Padres y Hermanos, os digo esta mañana que la Divina Providencia os ha elegido para que seáis sus miembros particulares."

"Ahora enfrentémonos a algunos hechos: Dios gobierna al mundo. Las Escrituras nos dicen que su sabiduría dispone y ordena todas las cosas. Estamos obligados a creer esto. Pero lo que no estamos obligados a creer, y lo que yo quisiera que sinceramente no creyera ninguno de los que estamos en este salón, es que la Divina Providencia sea una especie de Omnipotente muñequero. Lo que quiero decir es que la Causa Primera no es la única causa en nuestro universo, ni la Divina Voluntad es la única libre voluntad. El hombre no es muñeco que gesticula y danza mediante el manipuleo de las cuerdas en las

manos de Dios. No. Como San Bernardo nos enseña, nosotros somos tan libres e independientes en nuestra propia esfera como la Omnipotencia. Así, pues, no hay que quejarse de Dios por todo lo que transcurre en este nuestro mundo loco."

"Aprendamos de las Escrituras en todo caso, pero aprendamos la plena verdad. El mismo primer libro de la Revelación divina nos dice que el pecado engendra enfermedad, pesadumbre y todo sufrimiento. ¡La pena, entonces, es obra del hombre! Pero, gracias sean dadas al Dios-Hombre, puede ser cambiada como lo fueron las aguas de Caná por Cristo."

"El sufrimiento puede ser sublimizado hasta el sacrificio si lo ofrecemos ante el Cristo crucificado por nosotros y lo encendemos para convertirlo en los blancos fuegos del amor. Con tal instrumento a nuestra disposición podemos recibir los insultos del hombre y convertirlos en incienso para Dios. Esto quiero decir, Padres y Hermanos. Y yo sé que si vuestros corazones están inflamados, ese incienso se quemará y enviará al Cielo una nube perfumada con la fragancia que placerá al Altísimo."

"Estoy hablando a los hombres de Getsemaní y, por lo tanto, puedo decir que ninguno de nosotros quiere apurar el cáliz que se nos ofrece en estos momentos. No, ninguno. Así, pues, hagamos como Cristo hizo. Oremos fervorosamente, insistentemente, tal como El oró, para que esto pase. Pero, también como El, oremos condicionalmente..., digamos la palabra que producirá una transformación tan rápida como la produjeron las palabras de la Transubstanciación. Digamos "Fiat". Esta es la palabra que evitará que la sal de nuestras lágrimas sea estéril y que las heridas del corazón no sangren en vano... La agonía del Dios-Hombre no debe ser nunca olvidada por los hombres. No vayáis a pensar que estoy

tratando meramente de sacar las mejores ventajas de una mala situación. No os imaginéis que estoy silbando en las tinieblas. Estoy tratando de hacer y de que vosotros hagáis lo que Cristo hizo la noche en que Getsemaní se inmortalizó. Recibamos el baldón que los hombres han puesto sobre nuestro monasterio y procuremos modelarlo de modo que se convierta en el estigma de Cristo. Seamos penitentes por un mundo impenitente, seamos verdaderos trapenses."

El modo cordial con que la comunidad acogió esta enseñanza satisfizo grandemente al sincero y austero abad. Entendió que el jubileo de las bodas de plata de la abadía se celebraría en los corazones de los monjes, que se hallaban decididos a demostrar a Dios que no había sufrido en vano en cuanto encarnado. Sin embargo, tan pronto como una inquietud se aminoraba, otra aumentaba. ¡La nueva generación no había nacido aún! Getsemaní se había convertido estéril. ¿Iba a ser tan abortivo su cuarto siglo de vida como fueron infructuosos los años de Dom Urbano?

Generosa y comprensiva como se demostró la comunidad, pronto resultó demasiado evidente que no se podría obtener el rendimiento requerido de aquellas tierras pobres antes de que fuesen cultivadas intensivamente durante años. Dom Benito demostró entonces la ingeniosidad y generosidad de su predecesor, cediendo ciertas secciones del predio a campesinos locales y repartiendo los beneficios con ellos.

James Dezaine, George Osborne, Charles Mitchel, George N. Nally y R. A. Willett establecieron su modo de vivir con los cultivos de Getsemaní, y además contribuyeron a la vida material del monasterio con su labor. Se trataba de una experiencia más que interesante, pues entrañaba un sentido social de importancia. Esos

hombres se cultivaban así mismos y a sus familias mientras cultivaban los rebeldes terrenos de la propiedad y convertían en vida útil lo que habría sido una mera existencia. Para muchos de ellos, Dom Benito se había transformado en un señor feudal al reunir en su torno arrendatarios, moldeando así varias unidades en un armonioso y pequeño mundo atareado, todos afanándose por la estabilidad y prosperidad de la abadía.

¡Pero la abadía no prosperaría! Su personal se sostuvo por algunos años alrededor de los cuarenta y cinco miembros y luego bajó hasta ser menor el número que el traído por Dom Eutropio desde Melleray en 1848.

El Hermano Pedro se acercó a él un día de 1878 para anunciarle, que se acababan de abrir las puertas del monasterio para el ex Hermano Antonino y un cierto Barón de Hodiamont.

El abad se sorprendió.

— ¿Antonio... es él el que ha vuelto? Justamente hace ahora doce años que nos dejó por segunda vez.

—La tercera vez nunca falla, Reverendo Padre —comentó gentilmente Pedro.

—No lo sé..., vamos a ver —murmuró el abad—. Sin embargo, he de admirar el coraje de ese compañero. El conoce muy bien todo lo que tiene por delante aquí. Si realmente desea quedarse, lo admitiré. ¿Pero quién es ese Barón que usted mencionó?

Tal vez será mejor que usted juzgue por sí mismo, Reverendo Padre. Parece persona interesante.

El abad se dirigió hacia la puerta de entrada y saludó al Hermano Antonino a la manera francesa, besándole en cada mejilla. Luego se enfrentó con el Barón.

—Yo también soy un ex trapense —se presentó así mismo el viejo caballero con una sonrisa que desarmaba al más receloso, —Vine a América hace muchos años, antes de que usted viese monasterio trapense alguno, Padre abad, y si mi vista no me engaña, muchos años antes de que usted naciera. Yo fui uno de los más jóvenes acompañantes de Dom Urbano.

Dom Benito envió a Antonino al edificio principal y le dijo a Pedro que sólo en caso de urgencia se le molestase durante una hora o más. La entrevista con el viejo visitante —pensaba— iba a ser de lo más interesante.

Y lo fue. Se presentó con los nombres de Juan Lambert Emmanuel Amor Constant de Hodiamont de Neau, nacido en el castillo de Merots Walhorn, en el antiguo ducado de Limbourg, el 28 de abril de 1789. El abad disimuló un respingo de sorpresa al oír tal fecha. El hombre con quien hablaba casi tenía 90 años y, con toda esa carga, se mostraba erguido como un soldado. Cuando contaba catorce años de edad, el noble barón asombró a su familia al anunciarle que había decidido trasladarse al Nuevo Mundo en compañía de un pequeño grupo de trapenses, bajo la dirección de Dom Urbano Guilles. Europa, en aquel tiempo, era como una caldera hirviente; la religión estaba amenazada por todas partes, las revueltas se incubaban, y tal vez por estos síntomas tan poco tranquilizadores, se le concedió al entonces mocito la bendición paternal de despedida, aunque no de muy buena gana. Así, pues, el joven Barón se embarcó con sus compañeros en el navío-goleta *Sally* y después de muchas semanas pisó tierra en Baltimore. Participó, a partir de entonces, de todas las peripecias que perturbaron el avance de aquel primer grupo de intrépidos monjes trapenses, tribulaciones que duraron más de una década. Con tales

compañeros hizo vida común en Pensilvania, Kentucky e Illinois, enfrentándose con la muerte ante el cólera, la fiebre amarilla, la mala alimentación, oyendo los cañonazos de Tippecanoe, admirando e inspirando a las tribus indias de la región de Cahokia y enterrando a catorce firmes y leales siervos de Dios... En 1813, cuando Dom Urbano decidió abandonar el Oeste, el joven Barón, que contaba entonces 24 años, decidió quedarse y acometer alguna brava empresa beneficiosa a orillas de las ricas aguas del Mississippi.

La mayoría de los otros compañeros que permanecieron en América se dedicaron a la industria relojera, un oficio que los trapenses les enseñaran; pero el joven Hodiamont se quedó solo y por su cuenta, y llegó a ser uno de los principales comerciantes de St. Louis. Emprendedor en todas sus iniciativas, tuvo la intrepidez y la visión de inaugurar el primer sistema de tranvías callejeros. Se hizo rico. Y no solamente se acreditó como hombre de empresa, sino que amasó una fortuita. Se casó y tuvo numerosa familia. Y ahora, cuando su labor como marido, padre y ciudadano estaba bien cumplida, se había vuelto hacia su primer amor. ¿Querría aceptarle el abad como pensionista y permitirle que muriese dentro de las paredes trapenses?

Dom Benito accedió a su solicitud y pronto se dio cuenta de que había recibido un verdadero tesoro en la persona del anciano noble. Y no sólo resultó instrumento para liquidar las deudas contraídas por el convento y la granja del Monte de los Olivos, sino también para borrar otras muchas partidas en tinta roja de los libros de Contabilidad de. Getsemaní. El abad encontró a un acertado consejero en este hijo adoptivo de Dom Urbano, y a él le confió sus amarguras con respecto a la esterilidad de Getsemaní. Dom Benito

sabía que sus Padres Superiores en el extranjero estaban molestos a causa de la pequeña comunidad, que decrecía con los años. Treinta habían transcurrido ya desde su fundación —el tiempo de una generación— y todavía los vínculos entre América y Getsemaní no habían sido forjados mediante la aceptación de un solo monje americano. Y la comunidad decrecía casi todos los meses. El obispo Spalding aconsejó en cierta ocasión que se recurriese a Francia, pero ¿qué sucedería si no eran atendidos?

— ¿No ha tenido solicitudes por parte de los americanos? —preguntó el Barón.

— ¡Oh, sí! —confesó Dom Benito. —De tiempo en tiempo llaman a estas puertas, pero hasta ahora ninguno se quedó permanentemente. Y del gran número que nos escriben, la mayoría ya no responde a nuestra contestación. Pienso que nuestra vida no les atrae mucho —contentó lamentándose.

— ¿Tiene usted redactada una carta-formulario para todos, Reverendo Padre?

—Sí, naturalmente. Eso ahorra mucho tiempo. Se ha redactado cuidadosamente, explicando nuestra regla con la mayor claridad, pues no quiero entusiasmar a nadie con falsas apariencias. Estoy convencido, como usted puede advertir, de que nuestra regla requiere una vocación especial, tanto física como espiritual.

El Barón dudó unos momentos.

— ¿Sería impertinencia rogarle que me mostease una copia? Yo querría...

No dijo más, porque ya el abad, abriendo un cajón de su escritorio, le entregaba la copia pedida. Y el hombre leyó con atenta lentitud:

Muy estimado Señor:

El deseo que usted siente de abandonar el mundo e iniciar una vida de penitencia no puede menos que ser animado, pero la elección que usted ha hecho de nuestra solitaria manera de vivir requiere de su parte serias reflexiones. No es, naturalmente, para un día o para un año; ésta no es una Orden fácil y acomodaticia, que usted compartiría al decidirse a vivir en esta reclusión. Uno tiene que acometer una vida de expiación, que puede ser larga, pues la vida de un trapense resulta ser más prolongada generalmente que la vida que vive uno en el mundo, por extraño que pueda parecer. Uno debe renunciar a sí mismo y a todas las cosas, asunto que, aun favorecido por la gracia y por una verdadera vocación, cuesta mucho a cualquiera. Pero, no obstante, si usted percibe en sí mismo el verdadero anhelo de pertenecer a Dios, de mortificarse y ser mortificado, de humillarse y ser humillado; en pocas palabras, de no ser nada de lo que otros desean y de no hacer nada de lo que le dirán que haga.... si tales son sus sentimientos, podrá usted ser recibido a prueba y esperar en la ayuda de Dios, que le dará luz y socorro para que elija de acuerdo con su Voluntad...

Y ahora, algunas palabras acerca de nuestra observancia: nuestra vida es austera, pero no excede a la capacidad ordinaria del hombre. Trayendo con usted tal espíritu, como queda indicado, siempre tendrá usted el corazón dispuesto para el trabajo, y el corazón prestará fortaleza a los brazos. Las constituciones débiles se hacen

robustas en La Trapa. El gran punto consiste en querer, y querer es ser capaz.

Nos levantamos todos los días de labor a las dos de la madrugada, a la una los domingos y a la medianoche en las fiestas solemnes. En esos días tenemos siete u ocho horas de oficios en la iglesia. La labor se extiende de cuatro a seis horas diarias, de acuerdo con la estación, y por lo común se realiza en los campos. El silencio no se quebranta, pero a los Superiores se les puede hablar cuando sea necesario.

El alimento es pobre y preparado simplemente. Ni carne, ni pescado, ni manteca, ni huevos se le da a la comunidad, pero a veces se le concede al enfermo aislado en la enfermería. Vegetales, leche, preparaciones con harina de maíz y de trigo, y cualquier otro simple cereal, es lo que encontrará usted en nuestro refectorio. En verano se hacen dos comidas; en invierno una a las dos y media horas y los viernes a las cuatro y cuarto. Como bebida, se toma sidra y cerveza; pero café, chocolate o té nunca se suministra, excepto en casos de enfermedad.

Con nosotros no se siguen estudios regulares consecutivos. Nuestras lecturas consisten únicamente en temas espirituales.

Nos acostamos, sin desvestirnos, sobre colchonetas de paja y por siete horas sin interrupción. En verano, una de las mencionadas horas se emplea en la siesta, después de la comida.

Los Hermanos legos viven como nosotros, excepto que tienen más labor, más alimento y menos oficio y lectura...

Tal vez este modo de vivir para nosotros pueda parecerle demasiado riguroso. Esta es la idea que se forman las mentes de los que no han sido llamados. Pero no diría usted con San Agustín: ¿por qué no habré de hacer lo que otros hacen, y sentirse urgido por la moción del Espíritu para acometer lo que se opone a su naturaleza? Esta inclinación a la penitencia será un buen signo, y mediante él usted deberá tener éxito aquí. Esto es todo lo que se requiere para la admisión de un solicitante. Rece mucho mientras espere. No haga pruebas parciales de su fortaleza. Tales pruebas, realizadas fuera del monasterio, dan resultados insatisfactorios generalmente. Lleve usted la vida de un buen seglar hasta que pueda vivir como un monje. Y por todos ustedes oramos para que Dios pueda perfeccionar con su gracia lo que se ha iniciado, y les haga conocer y cumplir lo que El espera de vuestra generosidad.

Soy de usted, mi estimado hijo, en Cristo.

El Abad.

—Bien; ¿qué piensa usted, de esta carta? —preguntó Dom Benito cuando el Barón se la devolvió. — ¿Cree usted que he tocado todos los puntos?

El Barón asintió con un movimiento de cabeza.

—Usted ha procedido con manifiesta honestidad, buen Padre Abad: pero estoy preguntándome a cuántos ha espantado. ¿No nos habla San Benito acerca de los "halagos" de su regla?

—Si nos habla —replicó el abad—, pero eso no cuenta para mis hombres, Barón. No es numerosa mi comunidad, pero todos los que la componen son almas bien templadas. No vinieron a

Getsemaní buscando una senda fácil para subir al Cielo. Desde que soy abad, y mientras lo sea, vivirán la vida que los trapenses vivieron hace centurias.

El visitante se quedó contemplando al religioso durante algunos minutos antes de contestarle.

—Tal vez estoy demasiado viejo y he vivido demasiado en el mundo, Padre Abad. Me olvidé de que el amor requiere sacrificio. No se preocupe con exceso porque su comunidad sea reducida. Crecerá con el tiempo.

—Dios le oiga —se apresuró a decir Dom Benito. —En tanto debemos rogar fervientemente para que América aprenda de nosotros antes de que sea demasiado tarde.

* * *

El Capítulo General compartía con Dom Benito la ansiedad con respecto a la nueva generación. El Barón de Hodiamont murió el 22 de Octubre de 1879 y fue enterrado en el cementerio de Getsemaní, bajo una losa de mármol, que reza después de sus nombres "Verdadero amigo y generoso benefactor de Getsemaní." Pero aunque el noble francés alivió las dificultades financieras del monasterio, los Padres Capitulares se sentían más molestos ante el temor de que el monasterio, a causa de la carencia de vocaciones, estuviera destinado a extinguirse. Sin embargo, en 1881 la Orden miró con buenos ojos a su filial de América por primera vez en algunas décadas, pues nunca antes les había parecido el magnífico edificio de Getsemaní tan sólido y amplio. Claro que sus paredes no encuadraban bastante espacio como para dar alberque a los refugiados procedentes de Francia, si los envalentonados masones expulsaban a todos los religiosos, como

amenazaban hacerlo. Ante esta contingencia desdichada, el Capítulo General, recordando la promesa hecha por Dom Eutropio en 1850, instruyó a Dom Benito para que se acercase a los obispos de América y abogara por asilo en sus respectivas diócesis. Afortunadamente para Francia, este peligro pasó, y afortunadamente para Getsemaní, se había presentado. Con la espada de la persecución amenazando a Europa, los Superiores franceses favorecieron la fundación de Kentucky, a pesar del reducido número de sus miembros.

Dom Benito manejó los asuntos de Getsemaní pacíficamente durante los últimos años. Pero en 1884, cuando el abad se hallaba en Baltimore, asistiendo como teólogo a la Tercera Discusión del Tercer Consejo Plenario, se le entregó un telegrama que decía: "Monasterio quemado; todo perdido, regrese inmediatamente". El abad, al alejarse en seguida de Baltimore, se preguntaba si ésta sería la respuesta de Dios al problema de los 35 años de vida de Getsemaní. Con todo, cuando el carruaje rodaba acercándose a su abadía, pudo articular una plegaria de gracias. El monasterio no había sido destruido, apenas dañado, sino el granero del molino, y aunque la pérdida de los cereales almacenados en él no significaba una bagatela, pues se trataba de la cosecha del año, todo ello resultaba poca cosa si se comparaba con la tragedia que se había imaginado. ¡Cuán bueno se mostraba Dios! El fuego raramente había visitado el monasterio.

Durante doce meses, sin embargo, el fuego visitó al monasterio en forma distinta..., un fuego que al abad le resultó difícil apagar. En 1885, Juan Green Hanning se presentó a las puertas de Getsemaní solicitando ser admitido como lego.

—Debo prevenirle, Reverendo Padre —le explicó al abad— que dejo tras de mí todo un record de obras consumidas por el fuego. Después de una disputa con mi padre le prendí fuego a su plantación de tabaco. Posteriormente zurré de lo lindo a un negro que había castigado a un caballo y se vengó incendiando la destilería de mi padre..., así que le aviso para que sepa que no admite a ningún santo en la persona de Juan Green Hanning.

—Le llamaré "La Llama" —resolvió Dom Benito—, pero no dudo de que nuestros Padres preferirán llamarlo Hermano María Joaquín. Tal vez podremos convertirlo en una llama de celo para gloria y honor de Dios.

Durante varios meses Dom Benito sintió renacer la esperanza dentro de sí acerca de Getsemaní; al fin, albergaba con carácter permanente al primer joven recluta americano. Otros ocho americanos se habían probado en la historia del monasterio, pero ninguno demostró la decisión del Hermano Joaquín. El abad, cargado de años ya, venía rogando a Dios para que le concediese un monje americano en Getsemaní antes de morir. Con todo, aunque alborotó al Cielo con sus ruegos para que Joaquín pudiera representar la nueva generación, no podía aflojar las normas a que debía someterse su Hermano. Si Juan Green Hanning estaba dispuesto a pelear en los nobles desafíos de la caballería cristiana de los monjes trapenses, tendría que someterse a la disciplina de Getsemaní. El abad no iba renunciar a sus principios.

Y pelearon..., lucharon uno y otro, Dom Benito con la mano que manda. Y humilló al lego ante la comunidad, ante seglares y hasta delante de la propia familia del americano. Al Hermano Joaquín se le obligó a pedir dinero para pagar la vajilla que había roto, a comer lo que menos le gustase, a aceptar penitencias por

actos de impaciencia que le impulsaba su tórrida naturaleza, cuando su Superior le espoleaba con sus burlas. A pesar de todas estas molestas pruebas, el abad concluyó por concederle la victoria, al Hermano Joaquín o, más bien, a Dios. En efecto; durante meses el lego soportó los rígidos tanteos y la ruda disciplina a que se hacía acreedor por las infracciones de la regla, que olvidaba más bien que quebrantaba, hasta que su sentido de la justicia solicitó permiso para hablar, y cuando habló aquello fue un torrente de lava que pudo costarle su vocación, pues hasta amenazó con quitarle la vida al viejo abad. Ahora bien; si Dom Benito hubiera persistido con sus viejos y habituales métodos, el Hermano Joaquín, como otros muchos antes que él, habría caminado, y ligero, bordeando el río Turnpike, pero dando las espaldas para siempre a Getsemaní. Mas la justicia de sus argumentos triunfaron aquel día.

—Hermano: por su penitencia —le anunció con suavidad comprensiva el abad— recibirá usted a Cristo en la santa comunión de mañana.

Nunca impusiera Dom Benito más saludable penitencia e inesperadamente descubrió que ello le brindaba una gran paz. "Esto es realmente lo que he tratado de hacer todos estos años, Cristo, mi Rey —oró en la misa del día siguiente—: A mi torpe manera he venido tratando de acercar a Ti al delincuente juntamente con todas mis penitencias. Sin embargo, ¿cuántas veces he fracasado? Perdóname mis torpezas y acepta mi gratitud por tus mercedes, ¡oh, Dios!"

* * *

Durante los siguientes cinco años Don, Benito tuvo grandes consuelos con el Hermano Joaquín. Sí. Porque Joaquín representaba la nueva generación. Dios lo había enviado durante el año en que la comunidad contaba el menor número de miembros, el año en que Benito sufrió su primer ataque de parálisis, el año en que el Padre Emmanuel, primer despensero de Getsemaní, falleciera. Todos estos acontecimientos enfocaban los pensamientos del abad sobre la actuación de la voluntad divina. Dios le prevenía para que se preparase a bien morir. Tan cercano como ya estaba para presentarse ante el Altísimo, se impuso a sus ansias para echar una mirada retrospectiva a sus 26 años de abad y hacer un recuento de lo que había hecho. Dom Eutropio le había legado el armazón de un monasterio a medio hacer y tuvo que terminarlo y amueblarlo; pero el proto-abad de América le había dejado a cargo de una comunidad compuesta de 65 miembros, y bajo su cuidado había disminuido..., no había aumentado.

La preocupación de Dom Benito por su fracaso crecía a medida que crecían sus achaques. Hallarse confinado en un sillón de ruedas resultaba una penitencia muy ruda para un hombre que siempre se había mostrado fuerte y activo. Sin embargo, sólo era su cuerpo el que estaba paralizado, no su espíritu, y lo demostraba rodando en su cochecito de inválido, de aquí para allá, sin concederse un descanso en el cumplimiento de sus deberes. A la muerte del Padre Emmanuel, el abad tuvo la satisfacción de designar prior al Padre Eduardo. Era una tarea como proyectada para él. Durante los primeros años quiso estar a su lado para dirigirlo, pues Eduardo debería ser la confirmación viviente de que no se había equivocado al moldear a sus jóvenes monjes. El nuevo prior debía de ser como una respuesta a los que dudaban de la eficacia de la rigidez con que Dom Benito hacía cumplir la regla.

Eduardo y Joaquín... y aun el anciano abad tuvo otros consuelos. En 1887 se produjo como una intentona para hacer revivir la escuela del Monte de los Olivos. Durante quince años permaneciera como edificio desocupado en aquellas solitarias y selváticas lomas, y precisamente cuando el abad proyectaba arrendar los doscientos setenta acres de aquél predio, la Madre Inés, una de las primeras postulantes del Monte de los Olivos, escribió pidiendo permiso para volver. Creemos que es la voluntad de Dios el que volvamos a nuestra, tareas del Monte de los Olivos. Estaré ahí el próximo martes para hacer los arreglos finales con Su Señoría —le decía al obispo de la diócesis.

Cuando el prelado de Louisville se enteró de la proposición, se sintió más que agradecido. Ansioso de reparar la brecha que se había interpuesto entre Getsemaní y las vecindades contiguas, el obispo le contestó: "Proceda, pues, en el nombre de Dios, para demostrar a la gente que no existe mala voluntad en la diócesis para con la abadía. Me tenlo, sin embargo —la previno— que la escuela, por sí misma, no será un éxito".

Convencido de que el convento no podría fracasar, Dom Benito dio la bienvenida a las Hermanas que se habían instalado en Shelbyville, y el Monte de los Olivos abrió de nuevo sus puertas. Desafortunadamente, la predicción del obispo se cumplió: después de dos años, las monjas se vieron obligadas a admitir el fracaso. En 1889, cuando el obispo Hennessy de Dubuque apeló a la Madre Inés para que llevase su comunidad a su diócesis, fue el mismo abad quien la aconsejó: Vaya en nombre de Dios, Madre —le dijo.

Los esfuerzos hechos durante treinta años para cumplir una promesa ya habían pasado, pero Dom Benito reconoció haber hecho su buena parte.

El anciano abad, durante los meses siguientes, se concentró más y más en sí mismo, dejando en manos del Padre Eduardo la dirección de la comunidad. Su mayor preocupación era la comunidad. ¿Sería él culpable de que ahora sólo contase con 35 miembros, que únicamente una docena de monjes atendiesen los deberes del coro, y que más de las dos terceras partes de los postulantes legos se hubieran alejado durante su prolongada dirección del monasterio? ¿Había sido excesivamente riguroso? ¿Tenía razón el viejo Barón cuando le aconsejara que tal vez cierta blandura...? ¿Podría balancear justicieramente tales acontecimientos, estableciendo una especie de saldo final en cuanto a todas sus actuaciones?

El 15 de agosto de 1889 intentó proceder heroicamente. Envió a Dom Eugenio Vachette, Padre Superior inmediato de Getsemaní y Vicario general de la Observancia, su dimisión. Le costó mucho redactarla al anciano abad. Durante treinta años venía demandando esfuerzos sobrehumanos a otros, sin otorgar concesiones a la fragilidad de la naturaleza humana. Ahora..., ahora con frecuencia se preguntaba si había procedido tan bien como su predecesor. Durante toda su dirección retuvo y sostuvo firmemente en sus propias manos la máxima autoridad, evitando la colaboración del prior, del subprior, del despensero y de los demás monjes con alguna responsabilidad. Ahora era un inválido y tenía que depender de todos para todo. Envió, pues, la carta con su renuncia y recibió contestación. El término de su cargo expiraba el 17 de septiembre de 1889. Rogó a Dios que aceptase su humillación en recompensa de sus desatinos y torpezas durante su actuación como abad y como peticiones para su sucesor.

Sus oraciones fueron oídas cuando, el 9 de mayo de 1890, el primer novicio del coro, que fuera recibido en 1861, resultó elegido tercer abad de Getsemaní. Eduardo Chaix-Bourbon tenía la aprobación de Dios y también la suya, pues ninguno de su comunidad recibiera tan severo manejo como este entonces joven culto, de elevados sentimientos artísticos y de sensibilidad exquisita, que ingresara en la abadía trapense a la edad de 28 años.

Consolado por tan acertada elección, el anciano inválido no tuvo la satisfacción de verlo con la mitra puesta, pues el 13 de agosto de 1890, seis semanas antes de que Eduardo fuese bendecido abad, falleció el hombre que había gobernado Getsemaní durante tres décadas. En la vigilia de la Asunción, la comunidad lo enterró entre algunos otros religiosos que habían muerto en olor de santidad. Con lágrimas resbalando por sus mejillas, Dom Eduardo, auxiliado por el Padre Estanislao, prior de la abadía, trazó el final signo de la cruz sobre su tumba y regresó escoltado por sus monjes a la iglesia. Dom Eduardo, apesadumbrado, se sentía impotente hasta para bendecirle...

Una hora después el Hermano Joaquín buscaba a su abad electo, el Hermano lego tenía un hondo sentido personal de la pérdida.

—Bueno; se ha trepado por la ventana del Cielo, Reverendo Padre —dijo con su peculiar estilo—. Hace alrededor de una semana me decía que si San Pedro le cerraba las puertas del Cielo, invocaría a Nuestra Señora; y como yo le mirara con aire estúpido, como me ocurre con frecuencia, él cantó *Coeli fenestra facta est*, y luego me explicó que Nuestra Señora es la ventana del Cielo. A mí

me pareció como si él se trepara a esa ventana para la fiesta pascual de nuestra Orden.

— ¡Hum! —contestó Dom Eduardo con tanta severidad como pudo fingir—. Para santos como Dom Benito los portales del Cielo son anchos y están abiertos. No hay necesidad que anden rodando para alcanzar la ventana.

CAPÍTULO XVI

SOMBRAS DE MUERTE

Los diarios de Lousville informaron detalladamente acerca de la elección de un vástago de la realeza francesa para el cargo de abad de Getsemaní, ceremonia que se celebró el 8 de septiembre de 1890, siendo bendecido por el obispo local el día 29 del mismo mes.

Nadie se divirtió más con el error que el mismo Dom Eduardo Chaix-Bourbon, pues esto le recordaba especialmente al hombre que habían enterrarlo algunas semanas antes.

Había sido Dom Benito quien le interrogara acerca de su "sangre real" en la primer entrevista con él. Después de enterarse de su nacimiento, ocurrido en 1833 en La Mure, pequeña población no muy alejada de Grenoble, en Francia, supo que le educaron en el colegio del pueblo y luego en el de Vizille; y que estudió luego para pintor y farmacéutico, pero sólo trabajó como corredor de Bolsa en Francia y posteriormente como tutor privado en América.

— ¿Significa algo la palabra "Bourbon" agregada a su apellido? —le preguntara el abad después de conocer su historia.

—Nada que yo sepa, Reverendo Padre.

—Entonces rechácela.

Y ese rechazo comenzó desde ese día, julio 26 de 1861, hasta septiembre 29 de 1890. El bueno de Dom Benito —pensaba el nuevo abad— quería borrar todo vestigio y pretexto que indujese

a vanidad y orgullo. Comenzó por recordar algunas de las estratagemas de Dom Benito, por ejemplo, cuando se acusó ante él, confesándole que sentía cierto desagrado por el Hermano Lázaro. Dom Benito lo había mirado fríamente. "Muy bien; como penitencia tendrá usted que besar los pies de su buen Hermano en la comida de la mañana y luego permanecer de pie ante él durante toda la comida". Y Dom Eduardo se sonreía ahora para sí mismo al admitir que las penitencias que imponía el viejo abad resultaban muy saludables, pues a partir de aquel día él y el Hermano Lázaro eran los mejores amigos.

Luego recordó el día que, siendo joven novicio, se acusó públicamente de no tener cerebro. Su abad en seguida le soltó: "Todos sabemos eso. Esa es la razón por la cual está usted aquí, porque en ninguna otra cosa tendría éxito". Algo parecido ocurrió cuando protestó, alegando su inhabilidad para ganar dinero, el día en que Dom Benito le nombró procurador de la comunidad. "¿Quién le pregunta si tiene usted alguna habilidad? —le amonestó el viejo abad—: el nombramiento no es un tributo a su talento; es meramente el reconocimiento de su buena letra".

Y Dom Eduardo, al recordar todo esto, movió significativamente su cabeza, en señal de verdadera apreciación, al evocar la única vez que intentó objetar. Ocurrió precisamente antes de la consagración de la iglesia, cuando desempeñaba los cargos de secretario, procurador y ayudante de mayordomía. Se había acercado a su abad para decirle que el desempeño de tantos cargos es demasiado para cualquier hombre que, además, llevase vida contemplativa. Y comenzó explicándole que él había entrado en el monasterio buscando soledad, pero que estaba muy lejos de encontrarla. Y vino la respuesta como un saetazo: "Ignoro lo que

usted esperaba hallar aquí, pero sí sé la única condición que se requiere para que usted permanezca, que es obedecer lo que se le diga. Los designios de Dios no son necesariamente los designios de Eduardo Chaix-Bourbon, si se me permite pronunciar todos sus nombres por una vez. Usted vino a este monasterio para ser santo. Ello significa hacer la voluntad de Dios, no la suya, y yo soy el representante de Dios aquí. Usted no va a ir al cielo en zapatillas y con bata, joven; usted ira al cielo con su blusa de trabajo. Así, pues, suba por las escaleras y ayude a sus quehaceres al mayordomo, y que no oiga más acerca de lo que buscaba usted aquí cuando vino".

El tercer abad de Getsemaní se detuvo en sus recuerdos. Reconocía el rigor con que obraba su buen predecesor y Superior; se daba cuenta cabal que el adiestramiento recibido había sido tan severo como el de los antiguos monjes de la Tebaida; tan severo como el mismo de Rancé no se decidiera a imponerlo. Y, con todo, sentía que la divina Providencia lo había preparado para soportarlo. Dios le había dado a Dom Benito como Superior justamente para prepararlo a gobernar como Padre en todo Getsemaní. ¡Y seria Padre de todos! Quien había sido conducido, conduciría a otros al Corazón de Dios.

Durante su primer año, el abad Eduardo obtuvo la confirmación de que el modo de vivir de la comunidad bajo su gobierno estaba dando frutos. La noticia de la dimisión y del fallecimiento de Benito había alcanzado la publicidad consiguiente en toda la región, y la elección y desempeño abacial de Dom Eduardo tuvo influencia sobre los postulantes, pues a los doce meses de su gobierno, la comunidad contaba con 60 miembros. Existía tal armonía y tanta paz en toda la congregación que parecía

como que, después de haberse pasado la noche, un día radiante se presentara para iluminar a la abadía.

Con este aumento animador, Dom Eduardo planeó un Getsemaní más grande. Puso en seguida su atención a lo que había sido la gran esperanza de Dom Eutropio y la cruz agobiadora de Dom Benito: las escuelas. Pero él ambicionaba más de lo que sus predecesores habían soñado. Como resultado de su primer acto administrativo, la escuela de pensionistas de Getsemaní quedó elevada a la dignidad de colegio. El Estado de Kentucky hizo honor a la petición de Dom Eduardo, confiriendo facultades legales para graduar a los estudiantes.

El colegio de Getsemaní mereció la más alta apreciación por parte de los católicos de los pueblos circunvecinos. Las numerosas solicitudes de admisión procedían de Ohio, Tennessee, Michigán e Illinois, además de Kentucky. Dom Eduardo había conseguido un préstamo de diez mil dólares para renovar los edificios, y pronto advirtió que tanto los gabinetes privados como los dormitorios se hallaban totalmente ocupados. Sintió que Dios bendecía su obra y se decidió valientemente a utilizar el Monte de los Olivos como escuela de niños pobres, que no podían pagar la pensión del colegio.

Sus proyectos fueron cristalizando y sólo un obstáculo le dejaba pensativo. Tenía que utilizar hombres de su monasterio para el personal docente de las escuelas, a monjes del coro como profesores y a Hermanos legos como prefectos. Si pudiera solucionar esta necesidad de algún otro modo se consideraría el abad más particularmente bendecido, y a la abadía también. Y oró fervorosamente por una solución satisfactoria.

Cuando un hombre que dijo llamarse Darnley Beaufort, y que se presentó como noble inglés, solicitó una posición como profesor, Dom Eduardo, naturalmente, pensó que sus ruegos habían sido atendidos. El solicitante hablaba francés, alemán e italiano con soltura y corrección y su inglés era impecable. Al enterarse el abad de que el único deseo del solicitante era dedicar toda su vida a la educación de niños pobres, apartándose del mundo cuanto fuese posible, se sintió hondamente interesado. Lo nombró para enseñar en el Monte de los Olivos, y abrigando muy gratas esperanzas, le vigiló en su tarea de moldear a una masa indisciplinada de adolescentes, para convertirla en un grupo bien regulado de escolares. Lo que más conmovió el corazón de Dom Eduardo fue la habilidad que desplegaba el noble inglés para captarse la voluntad de sus discípulos. Luego, cuando advirtió que Beaufort dedicaba hasta sus días libres a la muchachada, tanto de día como de noche, el abad comprendió el origen de la alegría, la paz y el entusiasmo que se disfrutaba en la escuela del Monte de los Olivos y sus alrededores.

Después de observar esta conducta excelente durante todo un semestre, el abad se sintió seguro de que Nuestra Señora de Getsemaní le había enviado, en la persona de Darnley Beaufort, la solución para su más grande dificultad, y con este convencimiento le nombró Principal del colegio de Getsemaní. La verdad oculta era que el inglés había dado con el punto débil de Dom Eduardo. Antes de terminar el año el noble profesor, no sólo era el árbitro en el colegio de Getsemaní, sino que había cautivado al abad del monasterio y a la mayoría de la comunidad.

Sin embargo, antes de que transcurriesen dos años la mayoría de los monjes pertenecientes al personal del colegio se

tornaron escépticos y no poco suspicaces. Al Hermano Joaquín le desagradaban los modos que empleaba en el trato con los jóvenes. ¡Se mostraba demasiado afectuoso! El Padre Cipriano habló al abad acerca de la extensión de las facultades del compañero. ¡Era excesiva la autoridad que ejercía! El Padre Juan Bautista opinó que debería ser examinada su conducta. El hombre gastaba libremente. Dom Eduardo escuchó a los tres, asintió a cuanto le dijeron y prometió tomar pronto medidas. Pero cuando el noble profesor le hablaba sonriente, dándole explicaciones, Dom Eduardo asentía a todo lo que le decía, y así toda medida a tomar quedó en el olvido. La demasiada complacencia había sembrado semillas de rivalidad, la luz solar pronto cosecharía sombras.

La antipatía siguió desarrollándose lentamente. Por primera vez en su historial, Getsemaní iba a conocer verdaderas discordias internas. Nunca pasaban de cinco trapenses los que integraban el profesorado del colegio, pero eran hombres de inteligencia penetrante y temían que se presentase por delante un verdadero peligro para la escuela y la abadía misma. Las informaciones acerca de las relaciones entre Beaufort y los estudiantes, así como su excepcional generosidad para gastar dinero, tomaron mayor vuelo. Los monjes expusieron sus temores al abad, que siempre los escuchaba amablemente, asintiendo en que debería tomarse en seguida alguna medida, pero nunca se tomaba. Nunca les dejaba irse sin esperanza, sin embargo, esto resultó lo que más les abrumaba. Un día era el Padre Cipriano el que le visitaba, saliendo complacido de su despacho todo sonrisas por haberle prometido el abad que se tomarían medidas y se verificaría un investigación oficial y, si fuese necesario, se procedería a una total renovación..., y al día siguiente, el Padre Benito Dupont salía del despacho abacial bastante triste, simplemente porque Dom Eduardo no se

decidía a tomar las decisiones prometidas para que la investigación se llevase a cabo. Y era esta indecisión la que alteraba los nervios de los hombres que se hallaban en contacto íntimo con el colegio y que tenían razones para creer que acabaría por estallar un escándalo público. Estaban cada vez más inquietos y gradualmente crecía su determinación para que se obrara en consecuencia.

En tanto, el alma sensitiva de Dom Eduardo sentía agudamente lo crítico de la situación. Pero mientras escuchaba las murmuraciones de sus hijos acerca del Principal y profesor inglés, argüía consigo mismo para llegar a la conclusión de que él, y no el extranjero, era el que había cometido el más grave pecado contra Getsemaní. No poseía la fortaleza para gobernar el monasterio. ¡Si quisiera el buen Dios aliviarle de su cargo! ¡Qué eterna gratitud sentiría! Podía ser amable y comprender a sus Hermanos, pero no podía ser decisivo y resuelto como su predecesor..., y la comunidad había perdido la mano firme que manejaba el timón. Ni siquiera le consolaba pensar en la ironía que se desprendía de la situación. Mientras Dom Benito Berger vivió, su comunidad con frecuencia se resentía de su voluntad férrea. Ahora que se había ido, los monjes echaban de menos su rápida capacidad para tomar decisiones y hasta su severa inflexibilidad.

Al cumplir su sexto año de gobierno abacial, en 1893, Dom Eduardo echó una mirada retrospectiva sobre su vida, especialmente sobre el período pasado en el monasterio, y adivinó el origen de sus dificultades. Durante casi treinta años había obedecido ciegamente; durante ese mismo período su propia voluntad quedaba relegada a la inacción. Pedirle ahora que asumiese el papel de un gobernante era como pedirle a un

leopardo que cambiase sus mañas... Podía obedecer, pero no podía mandar. No podía ordenar a otros que desistiesen de sus deseos y aceptasen sus decisiones. No podía olvidar los años, cuando Dom Benito se mostraba tan cáustico, humillándole en cualquier oportunidad... Él había escogido únicamente el ser bueno, el no herir a nadie...

Con todo, y aunque luchaba consigo mimo, no hallaba respuesta satisfactoria para su problema. Sabía que sus monjes estaban esperando alguna acción, pero él no lograba arribar a una decisión definitiva. Quería ignorar las discusiones abiertas que los monjes sostenían acerca del asunto. Hasta su prior era ya incapaz de mantenerse reservado.

—Disculpe que le moleste, Reverendo Padre — le dijo al visitarle temprano una mañana de 1893.

—Nada de molestias —contestó risueñamente el abad—. Nadie me molesta. Entre, Padre, y dígame en qué puedo servirle.

El prior se detuvo con expresión incómoda. ¡Cuán estimable era el pequeño, fornido y ya canoso abad! Sentía cada palabra que decía: nunca le molestaba nadie; solamente era abad para darle a la comunidad todo el tiempo que ella demandase. ¡Si siquiera fuese más resuelto..., si tuviese más carácter! — pensó el prior ante él antes de anunciarle:

—La comunidad demuestra inquietud y...

—Lo sé, Padre — suspiró Dom Eduardo. — ¿Para qué me habrán elegido? Ahí está el Padre Estanislao, mucho más joven y mucho más capaz que yo.

Las líneas faciales del rostro del prior se estiraron.

—Precisamente vengo a hablarle de eso, Reverenda Padre. El Padre Estanislao se siente trastornado por el conflicto entre el profesorado y usted, hasta el punto de que piensa volver a Francia para internarse en alguna de nuestras moradas. Quiere paz.

—Pero Padre —protestó el sorprendido abad— no hay tantas disensiones, no hay tantas, ¿no le parece? Yo pensé que solamente el Padre Cipriano y el Padre Juan se mostraban inquietos por lo de la escuela y el colegio.

—La inquietud está en la atmósfera, Reverendo Padre. Los Hermanos Joaquín y Lorenzo son los dos únicos prefectos entre los legos que atienden obligaciones del colegio, y ya se notan signos de que la discordia se extiende. Luego, el Padre Gabriel...

—Pero él no tiene nada que ver con el asunto —interrumpió el abad—. En cuanto al Padre Cipriano...

Y su voz se apagó para guardar silencio.

Durante la prolongada pausa que se estableció, el prior contemplaba a su abad impacientemente, casi severamente. Sin embargo, cuando habló su tono fue amable y suave.

— ¿No es el Padre Cipriano un profesor capaz, Reverendo Padre?

—Uno de los mejores — contestó el abad.

— ¿No serviría como excelente Principal?

—Sí —confesó Dom Eduardo contrayendo la frente— pero lo tenemos ahora desempeñando su puesto con verdadero acierto y, por otra parte, no es monje. Si estuviéramos libres de deudas seleccionaría un profesorado compuesto por legos. El hombre que ahora tenemos...

—No merece la confianza de sus propios monjes, Reverendo Padre — declaró terminantemente el prior.

Estas palabras quedaron como suspensas entre ambos religiosos.

Pero considere usted las maravillas que él hizo en el Monte de los Olivos — protestó el abad.

—El Padre Cipriano cree que ese lugar debería ser clausurado cuanto antes —replicó el prior— y que usted está dividiendo sus fuerzas y multiplicando así las tareas.

—Es una opinión —comentó Dom Eduardo con su habitual complacencia—. La estudiaré. Pero mientras tanto dígale al Padre Cipriano que reflexione bien acerca del asunto. Afírmele cuán complacido estoy por la labor que está desempeñando y envíeme al Padre Estanislao ¿quiere hacerme el favor?

Pasó otro año. El Padre Estanislao regresó a Francia y Dom Eduardo todavía estaba reflexionando acerca de las sugerencias del Padre Cipriano. La mayoría de la comunidad desempeñaba sus tareas, sufría, oraba, adoraba a Dios en silencio y modelaban sus almas con el ejemplo de Cristo, pero los hombres que tenían metido en el corazón el futuro de la comunidad y de la abadía, y que eso era lo que les concernía, agonizaban de ansiedad ante la ceguera del abad. Llegaría un tiempo en que ya no podrían permanecer silenciosos, y oraban y temían que se acercase ese día.

El Hermano Teodoro murió ese año, dejando al Hermano Antonino con la distinción de ser el único sobreviviente del grupo de legos traídos de Francia por Dom Eutropio. Después de cinco alejamientos el Hermano Antonino había regresado de nuevo, tan pronto como supo que había sido elegido abad Eduardo Chaix. El

Hermano Federico Saiemos, el primer novicio recibido por Dom Benito, también volara hacia Dios mientras que en la comunidad fermentaban las murmuraciones. Cuando Dom Eduardo asistió al entierro de Pedro Bannon, ese mismo año se sintió más solitario que nunca, pues Pedro soportaba siempre la autoridad bajo cualquier adversidad. El abad inclinó su cabeza y rogó a Dios y a su Madre para que le dispensasen de su cargo. La vieja generación había desaparecido. El Padre Roberto todavía se tambaleaba por el coro y el Hermano Ansarino parecía que, al fin, ya no se iría otra vez; pero esos dos hombres solos no podían restablecer la unión, el celo y la fraternidad que fuera la característica de los años de Dom Eutropio, y Dom Eduardo se sentía incapaz de exigir respeto y obediencia, las dos órdenes que se cumplían tan estrictamente durante el prolongado gobierno de Dom Benito. Getsemaní, a pesar de su numeroso personal, resbalaba hacia las sombras. Lo que no pudo adivinar la cabeza que se indicaba orando era que tales sombras significaban sombras de verdadera muerte...

* * *

Por el año 1895 Dom Eduardo Chaix era un hombre enfermo. La diabetes lo venía minando insidiosamente, a pesar de su robusta contextura, dejándole en una laxitud física que debilitaba más sus indecisiones morales. Para empeorar las cosas, la antipatía surgida en el profesorado del colegio se había recrudecido hasta el antagonismo. Antes de que el verano dorase los campos, el viejo prior se sintió obligado a decirle a su abad que debía hacer algo y muy rápidamente. Circulaban ya rumores muy feos acerca de la moral de Darnley Beaufort, el Principal del colegio.

Fue el último ruego desesperado, pues se acabó de descorazonar cuando Dom Eduardo le anunció, soslayando la cuestión, que pronto se iría a Francia con un plan que resolvería todas las dificultades. El viejo prior no tenía más remedio que aceptar sus palabras, pero no se engañaba acerca de su verdadero significado. Sabía que Dom Eduardo pospondría toda acción siempre que pudiese.

Así, pues, el abad de Getsemaní partió para Francia confiando en que todo se aquietaría en el monasterio durante su ausencia. Pero ocurrió lo contrario. Tan pronto como se alejó de la abadía, el profesorado del colegio anunció a todos los interesados que el Padre Cipriano había sido nombrado Principal del colegio y que Darnley Beaufort carecía de autoridad para concertar cualquier negocio o convenio en nombre del colegio y de la abadía. La suerte estaba echada, pero no para un día muy cercano, porque la ley se mezcló en el asunto para buscar al falso noble inglés.

En cuanto a Dom Eduardo, al alejarse de Getsemaní se puso a pensar cómo iba a proceder cuando llegase a Francia. Sin demoras buscó a Dom Sebastián Wyart, recientemente electo General de las Órdenes reunidas cistercienses de la Estricta Observancia. El abad había abrigado la esperanza de hallar en este hombre todo lo que había perdido con Dom Benito. Sebastián Wyart, como General y Padre, había sido el espíritu inspirador de la unión que tan ardientemente deseara el papa León XIII, ensamblando, por decido así, los diversos elementos de las tres Observancias separadas y resucitando la antigua Orden del Cister.

Dom Eduardo se encontró con él en Francia al final del verano de 1895 y le entregó su dimisión, como abad de Getsemaní

Naturalmente, el Padre General le preguntó los motivos, y cuando Dom Eduardo alegó su enfermedad, el alto dignatario se echó a reír, y entonces Dom Eduardo le contó las disensiones internas, y tan pronto como terminó su relato, Dom Sebastián le comunicó que él, el Abad General, se hallaba ahora en Francia como enviado secreto de Su Santidad, con la delicada misión de unificar el episcopado francés, pues parecía inminente la expulsión de los religiosos de Francia y la Iglesia sufría cruelmente. El Santo Padre deseaba unidad de acción. ¿Qué significaban entonces las internas molestias y dificultades de Getsemaní comparadas con el destino de una nación y el bienestar de la Iglesia universal? ¿No estaba él, el abad den Getsemaní, armado con la autoridad de Dios? Que procediera, pues, como un hombre, como un monje, como un trapense. Y... "regrese y gobierne" — le ordenó.

Obediente, pero desconsolado, el abad regresó a América, llegando a las puertas de Getsemaní el 21 de octubre..., para alejarse el día 23. En aquellos dos días aprendió todo lo que había hecho crisis en el monasterio desde que él lo dejara. Al colegio lo encontró en manos de los religiosos y a Beaufort, el hombre en quien tanto confiara, en manos de la policía, para que respondiese a los cargos de defraudación y peculado. A la comunidad la halló sólidamente unida, la que insistió cerca de él para que aceptase los hechos consumados. Condescendiente como siempre, se inclinó ante la demanda. Luego se le pidió más. Se dio cuenta que se le consideraba como la causa del odio engendrado directamente en el colegio, a causa del despedido Principal, e indirectamente en la abadía. Su aparente defensa del falso noble inglés se volvió contra él, y reconoció el hecho de que tanto fuera como dentro del monasterio se deseaba que renunciase, y de nuevo consintió.

Y otra vez rumbo a Francia, el abad pensó cómo debería proceder para que se le aceptase la renuncia. Ahora se vería con Dom Eugenio Vachette, su Padre Superior inmediato, y le relataría toda la historia... Dirigiéndose sin pérdida de tiempo a Melleray, solicitó ayuda y consejo de su Padre. Y... nunca pudo presumir que despertaría tanta cólera en Dom Eugenio, pues cuando se enteró de que Dom Eduardo presentaba su renuncia, decidió entonces, y allí mismo, dar una buena lección a Getsemaní. Consultando en seguida con Dom Sebastián le instó para que aceptase la renuncia de Dom Eduardo, inmediatamente, y se siguiese una política que permitiese a la abadía de América arreglar sus disensiones por sí misma. El soldado-General sonrió y accedió a la primen demanda, pero se reservó su juicio acerca de la segunda.

El tercer abad de Getsemaní se retiró al convento que Dom Eutropio, el primer abad en América, había hecho reconstruir después de su retiro, ocurrido hacía 35 años. Y si Notre Dame des Gardes se hallaba en deuda con Getsemaní por haber sido Dom Eutropio su reconstructor, su gratitud creció al recibir en vida mortal a una de las almas modeladas por él: la de Dom Eduardo. Allí, en aquel recogimiento, donde Hermanos dóciles sólo ansiaban aprender más para adorar más a Dios, se halló en su propio elemento el bondadoso monje.

Sin embargo, en Kentucky las sombras se hacían más densas. El Padre Benito gobernaba como prior, pero estaba preocupado porque Francia no había comunicado la aceptación de la renuncia de Dom Eduardo ni designado *locum tenens*. El otoño transcurrió y vino el invierno, y el año también se esfumó sin haberse recibido una sola palabra de Francia. El prior sospechaba

lo que tan ominoso silencio significaba. Habló de sus temores al Padre William, el subprior, pero éste se echó a reír.

—He aprendido a mantener mi paz, a poseer mi alma en la paciencia ya confiar en el Señor y en el tiempo que El dispone para que todas las cosas se vayan realizando perfectamente.

Tales palabras resultaban muy poco consoladoras para el prior, que sentía de algún modo irregular su posición, ya que carecía de confirmación por parte de sus Superiores. Y ya no era joven. Un monje a los sesenta y cinco años tiene derecho legítimo a tener paz y orden. Ya asomaba la primavera cuando habló al Padre Cipriano acerca de sus ansiedades.

—Sus temores no tienen asiento, Padre —comentó Cipriano —. La comunidad sabe que ha sido usted elegido prior legalmente. Las costumbres de la Orden establecen que usted, y nadie más, es ahora el Superior de este monasterio hasta que se pronuncien sobre el caso las altas autoridades. Usted es obediente, ¿no es así?

—Sí, pero...

—Pues siga obedeciendo. Usted es el representante de Cristo.

Por fin, en el verano, llegó una carta de Francia. Benito Dupont, el prior, respiró profundamente cuando vio la estampilla, pero no se atrevía a rasgar el sobre. Esperó y oró bastante tiempo. Con todo, si el contenido de la carta confirmaba sus temores, ¿qué podría hacer? ¿Se había equivocado al ponerse de parte de sus Hermanos contra el abad? No. Sentía que su conciencia le induciría al mismo proceder si otra vez sucediese lo ocurrido. Pero ¿qué pensarían sus Padres Superiores? Por fin rasgó el sobre y el veredicto apareció terminante. El 30 de noviembre de 1895 se le

admitiera a Dom Eduardo Chaix-Bourbon su renuncia; eso era todo porque ni una palabra se decía acerca del nombramiento de un Superior para gobernar a Getsemaní, hasta que se celebrase la elección abacial. El prior sabía lo que tal silencio significaba. Getsemaní era recusada por su Padre Superior inmediato.

El prior leyó la carta a la comunidad. La mayoría de los Hermanos legos, y muchos de los monjes del coro, se quedaron pasmados. No habían comprendido por qué su abad regresara de Francia el pasado otoño, para luego alejarse con tanta prisa sin despedirse de ellos. Conscientes de la labor que les congregaba en Getsemaní, desecharon ese sentimiento de incomodidad con el propósito de concentrarse en la adoración de Dios, con los corazones inflamados, y hacer penitencia por los pecadores. Los más sagaces miembros de la comunidad leyeron entre líneas y llamaron a consejo. Los monjes decidieron que se escribiese una carta al General y otra al Padre Superior inmediato explicándoles la situación y rogándoles que designasen Superior. Las cartas fueron despachadas, pero no se recibió contestación alguna en el amplio tiempo calculado, y entonces ya no hubo duda acerca del significado del premeditado silencio. Getsemaní tenía que experimentar el mismo aliento de la muerte sofocándole el pecho...

Y transcurrieron los meses de 1896, y el prior aceptó su posición con fe heroica, sabiendo que tenía que sufrir su pasión. También sabía que había que aportar algo a la pasión de Cristo, de modo que mantendría unida a la comunidad, mientras todos viviesen la vida de los trapenses en todo su rigor. Quién sabe —se dijo un día— si ahora comenzamos a ser trapenses por la primera vez.

En tanto, se despachó otra correspondencia para Francia. En algunas cartas se daban las gracias al Padre General por haber aceptado la renuncia de Dom Eduardo; en otras se le rogaba que enviara de nuevo al abad hacia sus hijos y su monasterio. Estas cartas tampoco tuvieron contestación. En su aislamiento, los hombres de Getsemaní comenzaron a preguntarse e indagarse acerca de los resultados de su acción. ¿Pudiera esa acción borrar las buenas tareas realizadas por ellos y por los que les precedieron? ¿Permitiría Francia que se perdiera todo?

— ¿Por qué no contestarán? —se preguntó condolido el prior ante el Padre Cipriano.

—Porque... ya han contestado —respondió éste—. El silencio de Francia es un grito elocuente. ¿Cuándo fue recusada alguna casa-monasterio por su Padre Superior inmediato? ¿Cuándo se le ha permitido a un monasterio arreglárselas por su cuenta..., sin confirmación del puesto de prior y sin nombramiento de un Superior *ad tempus?* Francia y Roma, o sea nuestro inmediato y nuestro General, están disgustados con nosotros. Los hombres que nos han abandonado en los meses pasados conocían la situación..., sabían que este navío naufragaba. ¡Pero yo digo que no va a naufragar! La voluntad de Dios no se mostrará indiferente a nuestras luchas. Getsemaní se está preparando para una gran labor. Semejante a muchos santos de Dios, tiene que abismarse en las profundidades para aprender que Él es el único Amo y el monasterio un instrumento. Getsemaní debe aprender humildad, y como me han dicho que solía decir Dom Benito, la única manera de aprender humildad es mediante la humillación.

El prior contempló a su Hermano con mirada penetrante.

—Todo eso está muy bien para usted y para mí, Padre. Venimos siendo religiosos desde hace muchos años y podemos adorar a Dios como Job, aun en un muladar; pero ¿qué decir de los novicios, de los postulantes, de los profesores jóvenes?

—Todos esos se irán formando en Getsemaní —contestó convencido el Padre Cipriano—. ¿Ha vigilado usted al joven religioso del coro Frater Federico?— ¿Qué ocurre con él? —preguntó el prior.

—Pues que sigue imperturbable en todas sus funciones como si nada anduviese mal, y permítame que le diga que ha creado una atmósfera. Los otros le seguirán. Usted se inquieta innecesariamente.

—Por ellos, sí, tal vez —admitió el prior— pero ciertamente no por el *status* del monasterio. Si Roma y Francia nos repudian ¿qué deberemos hacer?

—No nos repudiarán enteramente, nunca tema eso. Además, Padre, no olvidemos que Dios vigila. Roma y Francia son únicamente sus instrumentos.

—Sí, pero ¿qué quiere de nosotros Dios en estos terribles momentos?

El Padre Cipriano miró al prior con ojos que destellaban.

—Que suframos en silencio —expresó—. Esta noche pasará.

Luego, ya en la puerta para irse, se volvió para agregar:

—Usted deberá leer a San Juan de la Cruz. Noche tenebrosa de los sentidos. Noche del alma. La viviente llama del amor.

Al Padre Benito Dupont, el prior, le parecía que, excepto en tinieblas, no tenía muchas probabilidades de proseguir aquel frío invierno de 1897. Francia seguía manteniendo su rígido silencio y

Roma no contestaba por carta. Realmente, pensó contristado el prior, Getsemaní está olvidado en ambos lugares. En Francia, Dom Eduardo había reunido todo su coraje para aceptar el consejo de Dom Eugenio y volver a Getsemaní para hacerse cargo de la abadía, y ya se preparaba para el viaje y hasta llegara a París cuando cayó enfermo y el examen médico descubrió la seriedad de la dolencia. Se le prohibió cruzar el mar, pues peligraría su vida, según el dictamen de los doctores. No obstante, en Roma, un inteligentísimo Padre General planeaba su campaña y no iba a permitir que se perdieran en el vacío cincuenta años de rudos esfuerzos. El aplacaría a Dom Eugenio y salvaría para la Orden a Getsemaní.

Al llegar la primavera el Padre General llamó al ex vicario y habló extensamente con él acerca de la filial americana. Dom Eugenio, el Inmediato, repudiaba a la hija. Dom Sebastián, pacientemente, le explicó que, al conocerse solamente una parte del historial, siempre resultaba peligroso todo juicio formulado en meros dichos y opiniones, y que, por cartas recibidas de América, se evidenciaba un hondo espíritu religioso y un vibrante apego a la regla en Getsemaní. ¿No sería prudente que el mismo Dom Eugenio se fuese a América y estudiase personalmente la situación?

— ¿Visitar a los hombres que echaron al abad de su morada? —protestó Dom Eugenio con furia contenida—. No, no puedo.

—Pero considere que Dom Eduardo renunció voluntariamente —arguyó con calma el Padre General—. El mismo me dijo que había rogado a Dios y a su Madre para que le librasen del cargo para el que nunca se había sentido preparado. ¿Por qué no aceptar todo

el asunto como un proceso del plan de Dios? ¿Por qué no ir en plan de visita regular y... ver con los propios ojos?

—No. Nunca. Usted aceptó la dimisión de Dom Eduardo como abad —objetó con terquedad Dom Eugenio—. Pues bien; acepte ahora la mía como Padre Inmediato.

La risa del Padre General estalló a modo de contestación en el silencio que siguió a las palabras vehementes de Dom Eugenio.

—Dudo mucho que yo pueda acceder a tal cosa, señor Abad —expresó luego con su don de simpatía y de mando—; pero le diré lo que voy a hacer. ¿Querría usted irse a América con Dom Carthage Delaney de Melleray? Los dos pueden ayudarme mucho recogiendo hechos reales del caso y darme un excelente informe del estado actual de aquel monasterio.

— ¿Usted quiere eso?

—Nunca quise una cosa más seriamente. Vaya y ayude a la Orden — le rogó Dom Sebastián con su tacto de jefe que sabe mandar.

* * *

El 22 de junio de 1897 nada menos que dos abades llegaban a Getsemaní para realizar una visita extraordinaria. Resultaba un clima nervioso para todos, y muy especialmente para los que se habían mostrado tan activos en el asunto de la escuela. No obstante, el anciano Padre Benito Dupont fue recompensado por sus esfuerzos durante los dos pasados años, nombrándosele Superior del monasterio.

—Pero es que, ya tengo sesenta y seis años, Reverendo Padre — le dijo a Dom Carthage.

—Precisamente, suficiente edad para tener juicio —replicó el religioso irlandés con buen humor—. Siga adelante, Padre. No será por mucho tiempo. Voy a ver si puedo salvar de toda tribulación a esta casa.

Este era el mensaje que esperaba el Padre Benito. Podría seguir adelante con el corazón esperanzado al tener la seguridad de que sus sufrimientos no habían sido en vano. Sin embargo, ni él ni su comunidad se vieron libres de inquietudes, pues Dom Eugenio no dio promesas tan animadoras. Con todo, cuando el Padre Cipriano celebró su profesión solemne el 15 de agosto, saludó a su Superior con esta animadora advertencia:

—La noche ha pasado, Reverendo Padre, y pronto las sombras desvanecerán. Probablemente Dom Carthage persuada a Dom Eugenio para que salve a este monasterio, siquiera sea para alegría de Dom Eduardo. Arguméntele usted a Dom Carthage que los sufrimientos de Dom Eduardo bien merecen una recompensa, y la única recompensa adecuada será salvar a Getsemaní.

—Confío en que sea así, como usted dice tan razonablemente, —contestó cautelosamente el prior que pronto seria Superior de comunidad. —Lo que puedo decir ahora es que todo está oscuro, muy oscuro.

CAPÍTULO XVII

ES DE DÍA

El Padre Cipriano tuvo razón, pero el Padre Benito Dupont no se había equivocado. Las tinieblas no indicaban promesa alguna de alborada durante el otoño de 1897. Getsemaní sabía que no estaba repudiada por la Orden, puesto que había recibido una visita extraordinaria. No obstante, hasta que supo acerca de los resultados de tal visita, ignoró que había sido plenamente recibida par la Orden. Llegó el invierno. El Padre Cipriano, sonriente y animado, le dijo al prior:

—Esperemos. Todo marchará bien.

No era tan fácil esperar, sin embargo, ni creer que todo marcharía bien. Tanto de parte del Capítulo General como del amplio informe de los dos abades visitantes, se esperaban noticias. El Padre Benito se desalentaba.

—Atienda a esto — le dijo bruscamente una mañana el Padre Cipriano antes de asistir al oficio: —usted ha sido designado para Superior por el Padre General hasta que se realicen elecciones. ¿No le satisface como para convencerle que no se nos abandona? Se nos enviaron dos visitantes. Si el Padre General pensara rechazar a Getsemaní no habría hecho tantos esfuerzos y demostrado tanto interés por la visita. Y Dom Carthage nos animó. Lo que pasa es que ellos proceden despacio y nosotros somos impacientes.

—Lo sé, Padre, pero usted se olvida de Dom Eugenio. No nos ha animado y él es nuestro Padre Superior inmediato.

—Fue nuestro Padre Superior inmediato, sería más correcto decir, me parece.

—Bueno, sí; pero si él nos abandona ¿qué esperanza nos queda? Capitulo General —le replicó su interlocutor sin vacilación alguna—. Y con ello quiero significar el Padre General y Dom Carthage. Ambos influenciarán al Capitulo... diría que ya lo han influenciado. Antes de la primavera usted tendrá noticias.

El anciano Superior envidiaba al Principal del colegio su optimismo, pero no lograba compartirlo. Cada semana que pasaba aumentaba su lobreguez. Había pensado que los nefastos períodos de silencio terminarían con la llegada de los dos visitadores, pero lo cierto era que cualquier cosa que hubieran informado, ya en privado, ya en público, acentuaba el silencio... Sin embargo, si el jefe de Getsemaní hubiera podido escuchar lo que se decía acerca de su abadía en los momentos de su mayor depresión, todos sus pesimismos se habrían convertido en alegría.

* * *

— ¿Usted habla inglés, no es así? — le preguntaba el Abad General a un macizo monje alsaciano de cabello negro.

—Ni una palabra —contestó en el acto el interrogado—; pero hablo con soltura el americano. Lo aprendí con las muchachadas de la ciudad de Nueva York. Tuve que aprenderlo de ellos para servir al Padre William Daugherty como peticionario en América, que se hallaba a cargo de la Misión de la Inmaculada Virgen María en Nueva York, fundada por el Padre Drumgoole. Me parece que debo darle las gracias a usted por haber recibido tales lecciones.

El Padre General sonrió.

—Muy bien, Padre Edmundo: cuando yo le envié al Nuevo Mundo para colectar fondos para Tre Fontane muy poco pensaba en que le iba a procurar un buen noviciado de adiestramiento para su profesión en Getsemaní.

El monje alsaciano arrugó el entrecejo.

—Nunca estuve cerca de ese lugar. Usted me envió a América por fondos, no para vivir contemplativamente.

—Ciertamente, y usted obtuvo los fondos. Ahora usted puede dedicarse a la vida contemplativa. Al menos tal es mi plan por el momento.

— ¿Puedo preguntar qué significa ello?

— ¿Recuerda usted a Dom Eduardo Chaix-Bourbon?

—Perfectamente. Usted me convirtió en *ciceroni* de él cuando estuvo aquí, en Roma, para asistir a la Reunión, y le acompañé para enseñarle desde el polvo de las catacumbas hasta la cúpula de San Pedro, sin olvidarme de las cúspides de las siete colinas.

— ¿Sabía usted que se ha retirado?

—No. ¿Cuándo?

—Precisamente cuando usted, colectando fondos, reconstruía, caminando por las calles de Nueva York y Filadelfia, el monasterio de Tre Fontane. El Padre Eduardo vino a verme al final del verano de 1895 y yo le hice regresar a América; pero con las tempranas nieves del invierno regresó a Francia y hube de aceptarle su renuncia

— ¿Quién es ahora abad de Getsemaní?

—Nadie.

— ¿Cómo? ¿No hubo elección en dos años?

—Ese es el hecho. Envié dos visitadores hace tres años y sus informaciones no eran muy consoladoras. Se desprendía de ellas que Getsemaní necesitaba de una mano fuerte y de una cabeza sólida..., de una voluntad inflexible, de un verdadero conductor, en fin. Los Reverendos visitadores son de opinión que ninguno de la comunidad puede manejar aquella situación con todo el tacto y la inteligencia necesarios. Ambos me sugirieron que enviase a alguien que fuese totalmente desconocido en el monasterio e ignorante de cuanto ha sucedido en la mencionada filial. Y he pensado que usted es el hombre.

— ¿Yo? — soltó con la explosión de un pistoletazo el alsaciano.

—Usted — asintió riéndose el Padre General.

Los vivos ojos negros del monje alsaciano escrutaron en los no menos negros del Padre General.

— ¿Pero se olvida usted de mi carrera religiosa..., no la recuerda? —habló el monje—. Sabe usted que durante veinte años he sido cualquier cosa menos un trapense. Entré en La Trapa a la edad de veintitrés años para pasar mi vida haciendo todo lo que hace un buen trapense: quemarse como incienso en adoración de Dios. ¡Qué falso sueño fue para mí todo eso! En vez de mi vida, pasé únicamente mi noviciado allí. Apenas pronuncié mis votos cuando Dom Gabriel Monbet, abad de Aiguebelle, me sacó del monasterio para hacerme cargo de la enseñanza de sus jóvenes consagrados, de modo que fui maestro antes de ser realmente un monje trapense. Dos años después fui ordenado, ¿pero es que se me ordenó en La Trapa? Pues no. Se me ordenó en la capilla privada del obispo Tregaro, en Seez. ¿Y dónde dije mi primera misa? En el altar de Nuestra Señora de las Victorias, en París.

Luego yo, que había entrado en La Trapa para enterrarme en vida en la ciudad de Dios, me trasladé a Roma por mandato superior. Se me nombró secretario de Dom Gabriel, que había sido comisionado para hacerse cargo de la residencia de Tre Fontane. Sólo cuatro años de trapense y de nuevo un nómada.

—Tre Fontane es un monasterio trapense —dijo el Padre General con acento de corrector.

—Sí —concedió el que en el mundo se llamara Eduardo Obrecht— pero ¿cuánto tiempo estuve en ese monasterio? Fui secretario de Dom Estanislao White, Procurador general de las tres Observancias separadas: Westmalle, Septfons y La Trapa, y al mismo tiempo se me nombró procurador de Tre Fontane, todo lo cual me retenía más afuera del monasterio que dentro. Durante trece años desempeñé ambas funciones. En 1892 fueron unidas las tres Observancias y se le eligió a usted como Padre General de la Orden resucitada. Al año siguiente me nombró usted algo así como general molestador del clero y de los católicos de América, haciéndome peticionar para la restauración de Tre Fontane. Me ocupó tres años colectar todos los fondos que usted necesitaba; y ahora, apenas acabo de regresar, usted quiere que me vaya otra vez. Si es para colectar de nuevo, nada tengo que decir; pero usted me ha hablado para que sea Superior de ¡monjes contemplativos!

Las facciones del Padre General, después de haber estado iluminadas por una placentera sonrisa durante el relato de su subordinado, recobraron cierta seriedad para decir sosegadamente:

—Padre: usted adora a Dios, puesto que ama a la Orden. Esto es bastante para empezar. Getsemaní necesita a alguien fuerte. Yo creo que la historia de una abadía corre paralela a la historia de

una gran alma. Si yo he leído bien el historial de Getsemaní, esos cincuenta años han sido el preludio y la preparación.

— ¿Cuenta ya cincuenta años?

—Los cumplirá para el tiempo en que usted llegue. Le envío a una abadía que es la morada de mi predilección. Si mi diagnóstico espiritual es correcto, usted llegará cuando ya Getsemaní ha pasado a través de sus más grandes purificaciones. Esto significa que se halla cercana una era de intensa espiritualidad.

— ¿Cuál es esa historia para que usted esté tan seguro?

El Padre General jugó su lápiz ante la mesa-escritorio y tardó algunos minutos en responder.

—Padre Edmundo —dijo por fin— yo quiero que usted sea extraño a todo lo que es obscuro en la historia de Getsemaní, de modo que todo lo que le voy a decir es que los hombres que fundaron el monasterio y que edificaron con solidez y amplitud, y los que se mantuvieron unidos durante cuarenta y nueve años, debieron ser almas muy santas..., hombres de temple a quienes Dios pudo confiar su pasión y su cruz, hombres que podían sufrir y sacrificarse. Esos hombres estuvieron abandonados por algunos años, pero ellos aman a la Orden y la vida cisterciense hasta tal punto, que cuando llegaron allá los visitadores especiales, advirtieron que la comunidad funcionaba con tal regularidad como si no hubiera habido interrupción en sus relaciones con el Padre Superior inmediato, el Capítulo General o nosotros. Esto habla muy bien, no sólo de los hombres que ahora están allí, sino de los que estuvieron antes. La regularidad es la misma sangre de Getsemaní. Tiene una herencia que es muy apreciable. Pero Getsemaní en estos momentos está en la tumba. Vaya allá y resucítela.

— ¿Con qué carácter?

El Padre General vaciló unos instantes para decir luego: —Podría nombrarle abad y...

—No podría porque yo no aceptaría —interrumpió el vehemente alsaciano—. Iré voluntariamente como Superior temporario, pero nunca como impuesto para toda la vida.

El Padre General, que le conocía un poco, se echó a reír de buena gana mientras que el Padre Edmundo le miraba a los risueños ojos para ver si advertía algún resentimiento. Pero no; su General estaba de muy buen humor y lo escuchaba con gusto.

—Discúlpeme si me explico con tanta vehemencia, Reverendísimo Padre, pero eso de ser nombrado para toda la vida resultaría duro para ambas partes.

—Padre Edmundo —habló el General, resumiendo su pensamiento—: usted me ha hecho modificar un plan que yo pensé formulado definitivamente y ahora veo que necesita ser reajustado. ¿Quiere usted irse al Jura francés entretanto? Allí tenemos la batalladora comunidad de Acey que necesita de alguien que convierta aquella lucha en victoria y que..., bueno..., que los oriente hacia la pobreza. Vea lo que puede hacer allí.

Pero al final del mes de enero el Padre Edmundo abría el sobre de una carta que decía:

> "Nos, M. Sebastián Wyárt, Abad General de los Cistercienses de la Reforma de la Bendita María de La Trapa, a nuestro muy amado hijo en Cristo, M. Edmundo, monje del monasterio de nuestra Orden en Tre Fontane, cerca de Salvian Waters,
>
> Saludos en el Señor.

Como el monasterio de Nuestra Señora de Getsemaní, en la diócesis de Louisville, en los Estados Unidos, se halla vacante su dirección por tiempo considerable, debido a la renuncia de Dom Eduardo, su venerable abad, y como no pocos males pueden resultar de tal estado de cosas: Nos, por la presente, delegamos a usted, amado hijo, para administrador del mencionado monasterio de Getsemaní..."

Edmundo suspendió la lectura para decir consolándose: "Bueno, al menos no se me nombra abad. Un administrador no es nombrado para toda la vida." Luego siguió leyendo:

"Usando todas las facultades que nos confiere el Santo Padre, Nos le designamos por la presente Administrador *ad tempus* y le otorgamos todas las facultades que necesite para el desempeño de su cargo.

Nos, además, ordenamos a todas las personas que viven en el mencionado monasterio de Nuestra Señora de Getsemaní que le reconozcan a usted como su verdadero y legal Superior y que le presten la obediencia debida.

Y en cuanto a usted, amado hijo, demuestre, en el desempeño de su difícil misión, no solamente su autoridad sino también su prudencia y caridad para con todos. Es nuestro deseo y esperanza que ese ilustre monasterio pueda por siempre perseverar en su antigua forma y prístino fervor.

Como testimonio de esto, Nos firmamos esta carta, que nuestro secretario refrenda con su firma, dándole a usted una prueba de nuestra gran benevolencia hacia usted y un testimonio de nuestra gran estimación.

Dado en Roma, en nuestra Residencia General de San Juan de Letrán, a los veinte y cuatro días del mes de enero del año mil ochocientos noventa y ocho.

fr. M. Sebastián Wyart,

Abad General de los Cistercienses Reformados.

fr. M. Sinforiano Bernigaud, O. C. R. Secretario del General."

El Padre Edmundo alzó la mirada y murmuró con severo respeto: "Madre Mario: no me permitas fracasar ni como soldado ni como hijo. Estoy obedeciendo a un General y voy a desempeñar las demandas de un Padre."

Una copia de esta carta, enviada al Padre Benito Dupont en Getsemaní, fue leída ante toda la comunidad el 16 de febrero de 1898. Ese día hacía frío en Getsemaní, pero nadie lo sintió, porque todos advertían que todas sus dubitaciones terminaban, puesto que no habían sido repudiados por la Orden. Un nuevo día alboreaba, y como el Padre General expresaba, eran "sus deseos y sus esperanzas que ese ilustre monasterio preserve siempre su antigua forma y prístino fervor"... y un más fresco deseo y una más ardiente esperanza alentaba en los corazones de todos.

Era manifiesta la impaciencia con que se esperaba al nuevo administrador. El viejo Padre Benito ignoraba, en realidad, si él la aumentaba o la aplacaba con la información que pudo desenterrar acerca del hombre que iba a llegar. No obstante, la sola enumeración de los puestos que había desempeñado demostraban a la comunidad que recibirían a una persona muy capaz como organizador y administrador.

Luego, en marzo 25 de 1898, justamente cuarenta y cuatro años después que Dom Eutropio colocara la piedra angular de la abadía, llegaba el hombre que estaba destinado, por así decirlo, a colocar la segunda piedra angular. No es que él hubiera elegido llegar para el día de un nuevo aniversario del monasterio, sino que, devoto de las fiestas de María, deseaba hacerse cargo de su puesto, para ponerse bajo su protección especial en el día en que se la conmemoraba. No pudo elegir mejor fecha que la fiesta de la Asunción.

En cuanto avistó la abadía desde las márgenes del Río Verde de Turnpike, resopló para lanzar un comentario: "¡Hum! No soy nada amigo de la ladrillada roja, pero el edificio es muy amplio."

Luego se recreó con la vista de las columnas del edificio del colegio, que le agradaron. Eso combinaba la gracia y la belleza y tenía cierto aire de juventud. También le satisfizo mucho la ubicación de la abadía, las onduladas lomas que la circundaban prometían la reclusión necesaria para que el oído del alma escuchase los susurros de Dios, y para que la soledad despertase la vista del alma para adorar a Dios en toda su grandeza. Pero antes de que tuviera tiempo para analizar todas sus reacciones ya se hallaba a la entrada del monasterio y un hombre viejo abría la portezuela de su carruaje.

—Soy el Padre Benito —se presentó casi con tono de disculpa —. Tanto yo como todos mis hermanos deseábamos ardientemente su llegada y ahora nos sentimos felices. Hemos esperado muchos meses, pero Dios se ha mostrado benigno.

Y los ojos del buen abad se mostraban anegados en lágrimas. Con el reverso de su nudosa mano se frotó los ojos casi

bruscamente. Entre, Padre Edmundo. El portero se encargará de su equipaje.

Siguiendo al ya encorvado hombre a través del pórtico, el corpulento alsaciano se dio cuenta, por primera vez de lo cuidadosamente que tendría que enfocar su atención sin preocuparse de su pasado y concentrándose en su futuro. ¡Este era un nuevo día para él!

En el salón del Capítulo se enfrentó con la comunidad congregada y en seguida resultó simpático a todos mientras que él mostraba su agrado por todo lo que veía. El bien plantado alsaciano de pelo negro, de aspecto tan robusto y de ademanes tan decisivos, era tan diferente del último abad que habían tenido y del último Superior, que con el nuevo administrador parecía venir una nueva savia que infundiría vigor y plenitud a la casa.

Al Padre Edmundo en seguida le llamaron la atención las pocas caras jóvenes y ávidas con las cuales se podría construir In necesario. Los otros aparecían tan dóciles y ansiosos de cooperar con el nuevo administrador, que en esto su tarea resultaría fácil; pero tendría que trabajar duro para todos esos hombres en otros sentidos.

Dejando al Padre Benito en sus funciones de prior, al Padre William Woest como subprior, y al viejo Padre Enrique Zumbusch, a pesar de su debilidad de la vista, como Maestro de Novicios, el Padre Edmundo demostró a la comunidad que no era un reformador imprudente que sólo se satisfacía cambiando las cosas y los puestos. Y también advirtieron en seguida que venía a cooperar, no a dominar. Pero un cambio tenía que ordenar en seguida. Contemplando los rostros de los monjes que tenía ante sí —franceses, españoles, alemanes, suizos e irlandeses— les dijo:

—Yo creo que podría conversar con cada uno de ustedes en el idioma nativo. Pero, Padres y Hermanos, desde este mismo momento la única lengua que ha de usarse en Getsemaní es la inglesa. Esta abadía pronto celebrará sus bodas de oro. Es una magnífica oportunidad para que se muestre cabalmente americana en el orden de sus relaciones religiosas. Uso la palabra "americana" porque creo que sólo puedo hablar americano..., nunca he aprendido inglés.

Luego hizo una gráfica descripción de cómo había él aprendido lo que él designaba ahora el lenguaje madre de Getsemaní.

—Bueno; ¿qué piensa usted de nuestro administrador? —preguntó el anciano prior al superior.

—Gibraltar —contestó éste en un susurro—. ¡El hombre es fuerte! ¡Oh, muy fuerte!

Tres horas después el prior hacía la misma pregunta al Hermano Joaquín, que había enseñado la propiedad al nuevo Superior.

—Tendremos a un agricultor o, al menos, a un hombre que conoce lo que se necesita en una granja. Hubiera usted oído las preguntas que hizo y las sugerencias que dio. Conoce de caballos, de vacas y de cerdos. Sí, y de aves de corral también. ¿Dije algo acerca de su mentalidad? Pues tan robusta como...

El buen Hermano hizo un gesto tan expresivo, que ambos monjes arrugaron sus viejos rostros con sus risas.

—Sí, parece decisivo, pero también reflexivo —comentó el prior.

—Precisamente. Si toma una decisión no lo hará precipitadamente, pero una vez tomada..., ¡Dios nuestro!..., es asunto concluido. Usted puede sentir la irradiación de poder que este hombre emana.

Esta primera impresión se fue confirmando durante los meses siguientes, pues el nuevo administrador, con mucho tacto y prudencia, pero con mucha persistencia, concentraba su atención en las mejoras que habrían de introducirse en Getsemaní.

Una atmósfera de actividad se respiraba en todas las dependencias y pronto esta tensión se encaminó para que Getsemaní fuese de nuevo una morada de pacíficos contemplativos.

Los árboles mostraban ya su aspecto gris otoñal cuando llegó Dom Francis Strunk, abad de Oelenberg, en Alsacia, para presidir la cuarta elección abacial en Getsemaní.

La apergaminada piel del anciano Padre Benito Dupont pareció colorearse y su corazón latir con más apresuramiento ante la noticia, que le colmaba de alegría y gratitud. Con frecuencia pensaba cuándo le llegaría su día de descanso...

El. Padre Cipriano, viniendo del colegio el día de la llegada del administrador, encontró al prior en la vereda, y cuanto éste le comunicaba la noticia con nerviosa alegría, el irlandés se echó a reír de buena gana y estuvo tentado de decirle: "yo se lo predije", pero se limitó a inclinarse sobre el viejo religioso y musitarle consoladoramente:

—Usted ha conquistado todo esto de la divina Providencia. Usted ha salvado a Getsemaní.

Si el sufrimiento es el precio de la salvación, el Padre Cipriano tenía razón, pues el Padre Benito venía sufriendo durante tres largos años.

El 11 de octubre se reunieron los electores, y con una prontitud que agradó a Dom Francis, procedieron a votar. Algunos minutos después, en el gabinete del ángulo occidental del monasterio, contemplaba al robusto alsaciano de cabello negro que se inclinaba metiendo cosas en un maletín de viaje.

— ¿Qué es lo que usted cree que está haciendo? —le preguntó,

—Pues..., terminando mi plazo de administrador...

—Pero ¿y ese equipaje?

—Me vuelvo a mi casa europea.

—No..., si usted sabe algo acerca de la divina Providencia. Por primera vez en todas mis experiencias y, además, por cuanto conozco, por primera vez en la historia de la Orden, se han celebrado unas, elecciones con unanimidad para un abad. Todo el que tuvo voto y voz en los asuntos de Getsemaní ha nombrado a Edmundo Obrecht cuarto abad de la proto-abadía de América. ¿Acepta usted?

Lentamente revolvió en el maletín para sacar algunas cosas y ponerlas sobre la mesa del escritorio. Una robusta y nudosa mano abrió un cuadernillo de anotaciones. Luego, cuando tomó la pluma para escribir algo, Edmundo Obrecht hizo una seña a Dom Francis para que viera lo que iba a escribir. Bajo la fecha 11 de octubre, escribió "Elegido. ¡Que Dios me ayude!"

— ¡Muy bien! —exclamó Dom Francis al ver que la misma robusta mano se cuidaba de aplicar un papel secante a lo escrito—.

Tengo facultades para confirmar e instalar. Vamos al Capítulo y a la iglesia y terminaremos con este asunto. Conque usted hubiese aceptado el nombramiento de Dom Sebastián... desde el principio, yo me habría ahorrado este largo viaje.

—Sí, —contestó con la misma vehemencia su compañero el alsaciano— para iniciar una segunda revolución americana... en Getsemaní. ¿Qué sentiría usted cuando, siendo un monje en América, alguien de afuera —alguien a quien usted nunca se enfrentó— le envía con plena autoridad durante toda la vida? ¡Oh, no! Supe lo que hacía cuando rehusé. Les he dado seis meses para que me conociesen —mi buen lado y mi lado malo—. Si todavía me quieren, me siento humildemente agradecido, pues..., ¿de modo que fue por unanimidad, eh?

— ¡Absoluta! Es un caso único. Usted va a hacer historia, Edmundo. Y ahora ¿para cuándo la consagración? El obispo se muestra ansioso porque se celebre cuanto antes y yo tengo ganas de regresar a Strasbourg y contarle a un excelente y viejo Padre cómo presencié que uno de sus hijos, con la mitra sobre las sienes y el anillo en el anular...

—Me parece que sería una indelicadeza retenerle aquí mucho tiempo más —exclamó el decidido nuevo abad cerrando el cuadernillo de apuntes y consultando un calendario. —Veamos. El 18 es la fiesta de San Lucas.

—Sí, pero hoy estamos a 11. Usted no podrá prepararse en una semana.

— ¿Qué le parece el 28, Santos Simón y Judas, dos buenos y fuertes apóstoles? Y más aún: este hombre, Judas, es el santo de lo imposible, lo que hace perfecta la fecha. Seré consagrado el 28.

—Usted se adjudicó el espíritu de América... la rapidez —comentó riéndose Dom Francis—. ¿Lo tendrá todo dispuesto para esa fecha?

—Usted se adjudicó el espíritu de América...: la rapidez.

Dom Francis le tomó la palabra y durante las dos próximas semanas advirtió cómo se preparaba la comunidad de Getsemaní para el día de la consagración. En seguida se hacía evidente que, a la cabeza de esa comunidad, se hallaba un hombre que podía prever necesidades y enfrentarlas con éxito; un organizador que sabía armonizar unidades dispersas y utilizar a cada hombre para el bien de todo el conjunto. Las dos semanas transcurrieron y Getsemaní se presentaba transformado.

En la noche del 27 de octubre, Su Señoría, el Muy Reverendo William George McCloskey, llegó a la abadía. El tiempo había plateado su cabeza y madurado su alma. Sonrió dichoso al contemplar los muchos ornamentos y adornos alrededor de los edificios. Evidentemente, el nuevo abad iba a inaugurar una nueva política. Y sonrió aún más complacido cuando se sentó a cenar con Dom Francis y el abad electo, pues Edmundo era, por naturaleza y también por lo mucho que había viajado, un excelente e ingenioso conversador. Horas más tarde, cuando la luna llena se asomaba surgiendo tras la Loma de Rohan para bañar con sus rayos melancólicos aquellos paisajes, el prelado de la cabellera plateada, asomado a la ventana de su alcoba; repasaba mentalmente sus relaciones con la abadía durante los treinta últimos años. Al final de sus reflexiones movió la cabeza dubitativamente, pues la gran cuestión que se planteara durante horas, era: "¿se ha venido desarrollando realmente este monasterio?" Las experiencias de las

tres décadas pasadas obligaban a Su Señoría a mover la cabeza con aire muy escéptico.

A la mañana siguiente, el obispo, mientras contemplaba la imponente procesión, hubo de recordar la que presenciara en la última consagración abacial y que él presidiera. ¡Qué contraste! En aquella desapacible mañana lluviosa de 1890, él había sido escoltado hasta la iglesia por un puñado de sus propios clérigos. Asistía a la ceremonia un abad mitrado, sino recordaba mal, un benedictino procedente de St. Meinrad. Y ahora, escoltado por lo que los diarios llamarían una verdadera concurrencia. Delante de él formaban seis abades mitrados y dos obispos, lo que significaba que a la noche se albergarían en la abadía diez cabezas mitradas. Luego ¡cuántos sacerdotes..., cuántos religiosos! Además de los sacerdotes de su diócesis, formaban dominicos, jesuitas, franciscanos y Hermanos Cristianos. ¡Había asistentes procedentes de Pensilvania, Louisiana, Florida, Kansas, Indiana, Iowa y Ohio! Por supuesto, ¡esto iba a desarrollarse muy diferente-mente!

El viejo prelado parpadeó sorprendido al penetrar en el recinto de la iglesia y contemplar un dosel, trazado con magnífica amplitud, luciendo, estampadas con vivísimos colores, las banderas de los Estados Unidos, de Francia y del Vaticano, mientras que otros graciosos y adecuados ornamentos realzaban los cuatro grandes pilares que soportaban la cúpula. Las paredes parecían adornadas con armaduras antiguas y el santuario, orillado con palmas y naranjos, un buen escenario para los centenares de ramos de flores que colmaban el altar y llenaban de perfume la atmósfera. En la época de la consagración de Dom Eduardo algún repórter del *Courrier-Journal* habla escrito "El altar, pequeño y sin pretensiones,

soportaba algunos candelabros con cirios encendidos. Ningún ramo de flores suavizó la triste imagen del Crucificado..."

En aquel lluvioso 29 de septiembre, ocho años hacía, el recinto de la iglesia parecía casi vacío, a pesar del cuerpo de estudiantes del colegio que estaba presente. Pero ahora, en esta nueva consagración, el recinto del templo estaba colmado de eclesiásticos y seglares, de mujeres y hombres, tal vez por escuchar buena música sagrada y el sermón del dominico Padre Daly. Evidentemente —pensó el prelado— este hombre, el nuevo abad, va a hacer las cosas diferentemente.

A medida que la ceremonia se desarrollaba, Su Señoría se impresionaba ante la dignidad y solemne porte que desplegaba la persona del abad en todos sus movimientos. He aquí a uno que es un innato prelado —pensó el obispo. —Lo recordaré con frecuencia para que oficie por toda la diócesis.

Sólo al concluir la ceremonia el obispo halló algo idéntico con la consagración de 1890: el báculo, una obra de arte ejecutada casi hacía medio siglo por cierto Frater Timoteo Felipe, que había pulido y ensamblado tres mil pedacitos de maderas diversas para hacer un cayado digno de la proto-abadía de América. Y una y otra vez los ojos del obispo se posaron sobre las imágenes de Nuestro Señor, Nuestra Señora, San Bernardo y San Eutropio, que adornaban los cuatro lados del cuadrilátero bajo la sólida curvatura de la bóveda. La tradición de Getsemaní se reanudó cuando Dom Edmundo tomó en sus manos el báculo usado por Dom Eduardo, Dom Benito y Dom Eutropio antes que él. Tanto el obispo como la comunidad sintieron esto, y todos comprendieron las lágrimas que derramaba el viejo Padre Benito Dupont.

A mediodía, como ciento cincuenta huéspedes colmaban el refectorio del monasterio y el obispo McCloskey tenía buenos motivos para presumir que Dom Benito, el rígido abad, se habría revuelto en su tumba al advertir que aquellas paredes saturadas de silencio en sus días resonaban ahora con conversaciones de antemesa y risas y bromas durante la comida. La comunidad, por supuesto, comía en otra sala bastante separada en su habitual monástico silencio.

Al finalizar el ágape, el obispo recibió la más grande impresión de todas las experimentadas durante las ceremonias, cuando diez y siete de los prominentes hombres de su diócesis se presentaron ante el nuevo abad con un anillo de oro "como signo y prenda de su estimación y amistad y con la esperanza de que sería un medio para grabar sus nombres en su corazón y ser recordados en sus oraciones."

No fue la generosidad de estos hombres la que sorprendió al viejo obispo, sino el atractivo magnético que ejercía Dom Edmundo sobre todos los que se le acercaban... y cómo, en poco menos de medio año, y casi siempre enclaustrado, se conquistara el afecto de los principales vecinos de Louisville y alrededores. ¡Era, sin duda alguna, un religioso de raro poder!

Aquella misma tarde Su Señoría estuvo unos momentos con Dom Francis Strunk.

—Durante muchos años abrigué muy pocas esperanzas acerca de que prosperase esta abadía, Padre Abad; pero después de las impresiones y revelaciones que he recibido hoy, siento todo lo contrario,

—No se lamente por ello, señor, obispo. Todo el Capítulo General, y también durante años, se sintieron tan desesperanzados

como usted. Pero Dom Sebastián Wyart, el General de la resucitada Orden, conoce a los hombres. Ha enviado a uno de sus más capaces hijos Getsemaní.

—Así lo creo. Getsemaní se desarrollará bajo la dirección de este hombre.

A pesar de las excitaciones a que naturalmente se vio sometido durante todo el día, Dom Edmundo tenía su preocupación asentada, por decirlo así, en la parte trasera de su mente: la comunidad. Percibía que los pensamientos de varios de sus hijos retrocedían hasta el lluvioso día, ocho años antes, en que otro abad había sido consagrado.

Tal vez se preguntaban qué sucedería ahora que el que llegara como administrador temporario se hallaba plena y definitivamente instalado. ¿Buscaría disculpas para lo pasado, o castigaría? La franqueza natural de Dom Edmundo requería que aclarase al momento y sin lugar a dudas, su conducta a seguir para tranquilizar a todas las mentes. Y aquella misma tarde congregó a su comunidad para proclamar, en un breve y claro discursillo, la política religiosa que como abad estaba dispuesto a aplicar.

"No sé nada acerca del pasado —comenzó diciéndoles— y quiero permanecer ignorante de todo lo que no haya sido bueno. Getsemaní tiene un nuevo abad y me agradará que comience una nueva vida. La divina Providencia me ha enviado a mí, un extraño, para convivir entre vosotros. Permaneceré como extraño a todo lo que fue obscuro en la primera mitad de centuria de Getsemaní, y deseo que ustedes crean que vengo como un amigo cordial para iniciar la segunda mitad de la centuria. Me habéis elegido vuestro abad, pero yo no podría serlo si no fueseis vosotros mis hijos.

Trabajando juntos tendremos paz y progreso. Entonces les prometo buen éxito, el único buen éxito que una comunidad trapense anhela: la paz de Cristo, la unión con Dios y la santificación del alma individual. Padres y Hermanos: éste es un nuevo día. Vivámoslo rectamente".

CAPÍTULO XVIII

"NO DIMITIRÉ"

Dom Edmundo recibió las congratulaciones, buenos deseos y oraciones de centenares de personas en América el día de su consagración abacial, pero la salutación más notable y singular le vino de su Padre en Roma.

"Suceda lo que suceda —le decía Dom Sebastián en un lacónico mensaje que le entregara Dom Francis Strunk, abad de Oelenberg— no dimita." Al principio, Dom Edmundo Obrecht pensó que su Abad General, con la advertencia, le bromeaba el mismo día de su consagración con tal mensaje; pero cuando reflexionó recordó muy bien que Dom Sebastián siempre escondía algún punto de vista sapiente en sus advertencias. Antes de acostarse, y a fuerza de concentrarse reflexionando, dio con ese punto del mensaje. Getsemaní había tenido tres abades en sus cincuenta años de existencia... ¡y los tres habían dimitido! Sebastián Wyart, el soldado-monje, le decía: ¡sirve tu término! ¡Rompe con una tradición peligrosa! ¡Dale estabilidad a Getsemaní!

El robusto religioso de barba negra y manos fuertes y nudosas siguió reflexionando y ponderando. Y comenzó preguntándose; ¿por qué dimitió Dom Eutropio? Vivió durante quince años más después de alejarse del monasterio por él fundado, y durante ese período realizó tareas y cumplió misiones que impresionarían a los más fuertes. En efecto; había hecho reconstruir el edificio de Notre

Dame des Gardes; con frecuencia se desempeñara como visitador en Irlanda e Inglaterra; había restablecido el único monasterio cisterciense que daba un Papa a la Iglesia..., Tre Fontane. Y Edmundo razonó con lógica de acero: Había sido América la que diera a Eutropio a Tre Fontane; allí había muerto, mártir del deber. Ahora Tre Fontane le dada a América Edmundo; él, también, moriría aquí, aunque ello significase el martirio. Sí. Cumpliría la palabra al General. ¡No dimitiría!

Sin embargo, Dom Edmundo tenía ante sí otro problema que le oprimía además del que entrañaba la posibilidad de renunciar. Quizá parecería extraño que mostrase tanta insistencia para que el inglés fuese el idioma que se hablase en el monasterio. Una morada que contaba medio siglo de vida debía tomar el tono y color del medio ambiente en que vivía. Se preguntaba si tal retiro y tanta extrañeza, dentro de una atmósfera extranjera, no sería la causa de que la joven América desoyese los llamados de la vida cisterciense. Había hallado muy pocos hijos nativos en la pequeña comunidad. El Hermano Joaquín se contaba entre los legos y Frater Federico Dunne se contaba entre los religiosos del coro; pero, aparte de estos dos, ya no pudo encontrar otro. Getsemaní, decidió, debe aparecer ante la gente como una pequeña comunidad de franceses refugiados, agradecidos por el asilo que América les concedió en los bosques de Kentucky. Esta impresión debía de ser borrada con mano vigorosa.

Una semana después de su consagración, Dom Edmundo llamó al viejo Padre Dupont.

—Padre prior; dentro de unas siete semanas Getsemaní contará medio siglo de edad. Tendremos que celebrar sus bodas de oro.

— ¿Quiere usted indicar un pequeño triduo de plegarias y algunas funciones litúrgicas a agregar?

—Quiero decir una *celebración*, Padre. Vamos a invitar a los dignatarios principales de toda la comarca, en cuanto a lo eclesiástico; el episcopado habrá de estar bien representado, así como las órdenes religiosas, el clero local y todos los amigos de la abadía. Se cantará una misa pontifical, se celebrará un banquete, se dará una bendición solemne...

—Pero, Reverendo Padre... ¡trapenses celebrando!... Ello parece…

El viejo monje se detuvo.

— ¡Dígalo! —le incitó con vigor Dom Edmundo: —diga que parece extraño. Dígame que no tiene precedente en Getsemaní. Dígame que algunos de los viejos monjes se sentirán escandalizados..., dígame todo eso y algo más.

El abad, a pesar del fruncimiento del ceño y de las arrugas que la movilidad de sus facciones trazaba a los extremos de ambas sienes, mostraba la sombra de una buena sonrisa en el despliegue de sus labios.

—Pero no, Padre, no tiene usted nada que decirme —continuó: —Yo sé. Ya escandalicé a varios de ellos con el banquete del día de la consagración. Pero ésta es la clase de escándalo que necesita tanto el monasterio como la comunidad, Padre. Yo tengo una triple finalidad en vista: primera, debemos dar gracias a Dios por haber permitido que esta morada tan íntimamente participase de su pasión estos cincuenta años pasados; luego debemos honrar a los hombres que literalmente, talando y desbrozando malezas, fundaron la ciudad de Dios en estas selvas; y por último —si no primeramente— América debe

ser despertada para que se entere del mensaje de estos hombres silenciosos. Esta morada no es tan conocida como debería de serlo. Aparece como una minúscula comunidad de franceses perdida en estos bosques. Vamos a darle a este país el mensaje que los cistercienses han proclamado persistentemente por el mundo durante ochocientos años. ¿No se da cuenta..., no recuerda..., que éste es el octavo siglo del Cister? Roberto, Alberto y Esteban estuvieron en aquellas pantanosas tierras en el año 1098.

—Nunca he advertido ese hecho —confesó el viejo prior.

—Porque usted tuvo otros asuntos a resolver en su mente durante estos pasados años —le replicó complaciente Dom Edmundo. —Pero ahora hablemos de la celebración. Y me contraría que el 21 de diciembre, el verdadero día de la fundación, esté tan cercano a la Navidad.

—Oh, sí, Reverendo Padre. Los huéspedes de que usted hablo hallarían muy difícil concurrir en...

—Justamente como he pensado —exclamó Dom Edmundo interrumpiendo involuntariamente al viejo religioso. —La fijaremos para la primavera, entonces. Vaya ocupándose de los planes. El Padre Teodoro, que se lo he quitado a Dom Francis por algunos días, será un buen ayudante. Trate, pues, una tentadora lista de asistentes y huéspedes.

En el transcurso de aquel invierno, un pequeño grupo de mojes pensaba muy diferentemente acerca de la celebración planeada para el mes de junio. Pero antes de que finalizase enero un miembro de la comunidad fue llevado por Dios para que celebrase en el Cielo las bodas de oro de su abadía: el Hermano Daniel Coleman, el hombre a quien Dom Benito admitió con

desgano y después de gruñir un desalentador "no permanecerás una semana". El Hermano Daniel enterró al portero a quien tanto había importunado, al prior, al que tanto sorprendiera con su insistencia, y al abad, que lo juzgara demasiado viejo para esa vida. Veinte y un años había servido al Señor en silencio y lo condujeron a la tumba con los mayores encomios que monje alguno pudo merecer.

—Era un modelo de obediencia —comentó el viejo Padre Benito. —Eso es un tributo —soltó en seguida Dom Edmundo, mirando fijamente a su prior. ¿Se da cuenta de que eso le convirtió en amado hijo de Dios?

— ¿No lo somos todos? —preguntó tímidamente el prior.

—Lo somos, ¿pero cuántos de nosotros lo probamos?

El prior lo probó obedeciendo plenamente a Dom Edmundo. Así, cuando llegó el ocho de junio todo estaba dispuesto para la gran celebración. Su Excelencia Reverendísima Dom Sebastiano Martinelli, Delegado Apostólico en Estados Unidos, fue entrevistado par Dom Edmundo en Louisville. Al día siguiente se le recibió litúrgicamente por la comunidad de Getsemaní. El siete de junio el Delegado ofició la misa pontifical y así se inició la apertura de las bodas de oro de Getsemaní.

El predicador para las ceremonias del día siguiente era el Padre William Daugherty, el hombre que había enseñado a Dom Edmundo su "lenguaje americano", poniéndole en contacto con los canillitas que pregonaban diarios por las calles de Nueva York. El sermón que pronunció fue algo muy diferente del que los tutores de Dom Edmundo hubieran preparado; pero las altas dignidades y prelados que le escucharon desde el santuario, tales como el arzobispo Prendergast, de Filadelfia; el obispo McCloskey de

Louisville; los abades de San Bernardo, San Gregorio, Subiaco y St. Meinrad y algunos otros, aprobaron cordialmente su apelación a los hombres del monasterio con la cual concluyó su sermón:

> "¡Oh, buenos monjes de Getsemaní! —exclamó redondeando su período final: —permítaseme rogar porque vosotros logréis mantener, en toda su gloria, el honor y la tradición de vuestro monasterio; y cuando estas bodas de oro se redondeen formando la fiesta del centenario, que todos los sucesores de la presente generación del monasterio se hallen practicando todas las virtudes que caracterizaron a aquellos fornidos y animosos trapenses que fundaron el gran monasterio, Este es un legado de inestimable valor que vosotros habéis recibido y conservado. ¡Mantenedlo inviolado!"

Después de la misa se formó una gran procesión que, saliendo de iglesia, tomó por la avenida de los álamos que partía del edificio del colegio hasta la loma en que se asentaba el monasterio. Dom Edmundo había insistido en esto, pues presumía con acierto que centenares de personas sólo se podrían adherir a las ceremonias de las bodas de oro formando en la procesión. La banda del colegio rompía la marcha, luego seguían los clérigos, los monjes, los prelados y finalmente el representante del Papa, que con el hisopo asperjaba a un lado y otro de la multitud. Y con todo esto, la figura que atraía la mayor atención a lo largo del desfile era la de un humilde lego, que rengueaba vacilante bajo una larga y delgada cruz de madera, que acarreaba con mayor gravedad y cuidado que el más patriota militar enarboló jamás bandera patria alguna...

Era el Hermano Antonino Dumont, el único sobreviviente del grupo de monjes que había cruzado el Atlántico en el *Brunswick* y luego navegado por el Mississippi a bordo del *Martha Washington*. La cruz que cargaba era la misma que recibiera Dom Eutropio de Dom Máximo, cuando Getsemaní era muy poco más que un nombre y un sueño para los solitarios de La Trapa. Dom Edmundo Obrecht la veía como vínculo entre el Nuevo Mundo, y el Viejo, entre los héroes del Val Sainte y los santos del Cister.

Durante el banquete, en tanto que el arzobispo Prendergast y el abad Dom Conrado de Subiaco rendían cálido tributo al abad y a la abadía, Dom Edmundo pensaba en los hombres que habían hecho la abadía. ¡Cómo admiraba a Eutropio Proust! Tal hombre, que sólo contaba tres años de trapense, que no había adquirido experiencia alguna en América, y que se limitaba a obedecer, condujo y dirigió a un grupo de Hermanos que, como él, no estaban familiarizados ni con el idioma, ni con el clima, ni con las costumbres de aquellas tierras americanas, y sin embargo, arribó con ellos a aquellas selvas para construir su morada. ¡Qué coraje tenía el hombre! ¡Y qué unión debió mantener entre los suyos!

Mientras el abad se entregaba a estos pensamientos, el obispo McCloskey lo vigilaba con atención. Cuando se anunció que se había celebrado otro segundo banquete para mujeres en el salón principal del colegio, y que se estaba atendiendo generosamente a un lunch al fresco, servido a centenares de terratenientes y vecinos, el obispo asintió complacido con un movimiento de cabeza, reconociendo en Dom Edmundo a un verdadero organizador. Este joven abad —pensó— hace las cosas con el aplomo de los viejos experimentados.

Otras muchas personas compartieron la opinión del anciano prelado, confirmada con detalles de gran acierto diplomático como cuando, después de impartida la bendición, Dom Edmundo condujo al Delegado Apostólico a los locutorios de la portería del monasterio, donde las mujeres allí congregadas para recibir la bendición apostólica y alguna amable palabra, vieron colmados sus deseos manteniendo *converzatione* durante cerca de una hora, retirándose luego a sus hogares realmente enternecidas por lo visto y oído. El Papa las hubiera excluido de los claustros de los monjes, pero el representante de Su Santidad podría charlar con ellas precisamente fuera de los claustros. Y todas ellas merecieron más atenciones que los hombres por parte del abad y del delegado apostólico. ¿Cómo no iban a retirarse a sus hogares sintiendo gran satisfacción?

El día en que Don Edmundo espetara al asustado y viejo prior el plan de festejos a celebrar con motivo de su consagración, se contaban cincuenta y cuatro hombres en su comunidad. Antes que alborease el siglo XX sumaban sesenta y cinco y al final del año 1901 llegaban a ochenta y cinco.

El Padre Cipriano le dijo al prior que este resultado era simplemente la confirmación del *slogan* que ya se iba popularizando por entonces: "el anuncio recompensa". La publicidad dada a la celebración le había dado a América una idea, aunque muy débil todavía, de lo que el silencio de aquellos monjes decía.

A principios del verano de 1901, Getsemaní escuchó unos aldabonazos de llamada en sus portones que, cuando fueron contestados, tomaron de sorpresa al mundo católico. Por primera vez en América un grupo de mujeres quisieron quebrantar la clausura papal sin temor a la excomunión. Getsemaní tuvo que

desempeñar el papel de la hospitalidad con algunas damas visitantes.

En realidad, no era Dom Edmundo —el diplomático continental, viajero del mundo y representante de Roma— quien primero imaginó este quebrantamiento de proceder. La idea le pertenecía a Dom Eduardo, el tercer abad de Getsemaní. En el año 1890 había contestado a un ruego que le hiciera un grupo de damas y caballeros jóvenes que deseaban se les enseñara el monasterio por dentro y por fuera..., y después de conducirlos por todo el colegio y por la avenida de los álamos, que bordeaban el secular cementerio, y de mostrarles cercados, cultivos, depósitos y huertos florecidos, los atrajo hacia la parte posterior de la iglesia. Cuando ya era tiempo de que les mostrase el claustro, señaló con el brazo extendido un letrero sobre el frontispicio de una puerta: *las mujeres no pasarán de aquí bajo pena de excomunión*.

Llamando a los hombres para que le siguiesen, recomendó al portero que entretuviese e las damas entretanto; pero esta distinción entre ellos y ellas no recibió signo alguno cordial de conformidad por parte de una muy delicada belleza sureña.

— ¡Cómo me agradaría visitar el interior, Padre abad! —exclamó suplicante. — ¿No hay excusa u oportunidad alguna para justificar mi entrada?

Dom Eduardo sonrió.

—Habría una —dijo.

— ¿Cuál? —preguntó ella con ansiedad.

—Pues si algún día alborease con la noticia de que el señor Beckham sea gobernador de Kentucky, y usted, como su esposa, le acompañe..., esa sería la posibilidad para que usted visite el claustro de Getsemaní.

Jean Fucua no olvidó la promesa. Por eso, transcurrida casi una década, Don Edmundo Obrecht recibió una carta del gobernador, despachada desde su mansión en Frankfort, Kentucky, solicitando formalmente permiso para visitar la abadía. La firmaba Su Excelencia J. C. W. Beckham, y recordaba en ella la anterior visita que hiciera a Getsemaní con su esposa. Naturalmente, Dom Edmundo no era responsable por la tan futura como condicionada invitación de su antecesor, pero le atraía la singularidad del caso. Cierto que en Europa las consortes de los monarcas gobernantes, y también las princesas, habían visitado los claustros de los hombres como parte de la comitiva real. Pero América era una democracia. ¿Cómo aplicar este caso aquí?

El abad escribió a Su Excelencia Reverendísima Dom Sebastiano Martinelli, Delegado papal, explicándole el caso y comunicándole su opinión. Pensaba que el señor Beckham, como jefe ejecutivo del Estado, ocupaba una posición comparable a la de un monarca en su reino o a la de un duque en su ducado. Si fuese posible, Getsemaní accedería gustoso al ruego formulado, pero lo más importante era obedecer las leyes del Santo Padre. Lo que decidiese Su Excelencia sería la voluntad de Getsemaní y compartida por todos sus monjes.

El Delegado papal compartió la opinión del abad.

El 5 de junio la comitiva del gobernador dejaba atrás las orillas del Río Verde, de Turnpike, para dirigirse hacia la entrada del monasterio, cuyos alrededores ya estaban animados por una curiosa multitud, como si fuese un día de fiesta. Se trataba, en efecto, de un festival oficial.

Magníficos carruajes con troncos de caballos ricamente enjaezados rodaron por la avenida de los álamos, ante la

expectación de miles de curiosos que flanqueaban la carretera. Cuando el carruaje del gobernador apareció a la vista del monasterio, miles de miradas se posaron sobré él, y mientras la gente aplaudía su llegada, la banda del colegio lo saludó con la sonata *Salud al Jefe*. La comitiva se acercó a la entrada y entonces resonó la alegre melodía *Mi viejo hogar de Kentucky*, entonada gentilmente por frescas y juveniles voces. Y como si se diera una invisible señal, las puertas se abrieron y tres jóvenes trapenses se destacaron para dar la bienvenida a los visitantes.

—Bienvenido a Getsemaní, Excelencia —saludó el más joven de los tres— y usted también, señora Beckham. El abad les espera dentro. Este es el Padre Teodoro, nuestro procurador; éste es el Padre Ignacio, nuestro jefe hospedador, y yo soy el Padre Federico, el prior. Deseamos que todos ustedes nos consideren como buenos amigos. Si hay algo que les complazca ver o que se les pueda informar ahora, durante su visita, por favor no vacilen en decirlo.

Y luego sonriendo a la señora del gobernador, agregó con gentileza

—Esta será la única oportunidad que se le brinda a usted, señora.

—Siempre temí no satisfacer mis ansias de ver un monasterio trapense por dentro —exclamó la dama entusiasmada—. Si usted no se opone, Padre, podemos penetrar ahora al claustro..., antes de que Dom Edmundo pudiera cambiar de idea.

— ¡Oh! No abrigue temor alguno, por eso, cuando él ha tomado ya su decisión. Pero como usted guste, señora. Perdóneme Su Excelencia si le indico... —dijo al gobernador, señalándole el fondo del pórtico—. Le iré mostrando el camino.

Apenas lo traspusieron cuando apareció Dom Edmundo a la puerta de la abadía. Sonrió a todos al notar la nerviosa curiosidad con que lo miraban las mujeres. Después de dar la bienvenida a todo el grupo, se dirigió a la señora Beckham, esposa del gobernador, para decirle cordialmente:

—Venga, señora, ésta es su ocasión tan esperada.

Y todos fueron penetrando en el interior del monasterio.

—Mire eso —expresó su esposo bromeando—: está tan excitada como el día en que nos casamos o el día en que entró en la mansión oficial del Estado.

— ¿Y por qué no? —contestó con vehemencia ella—, hoy estás puesto al nivel de un rey y yo al nivel de una reina.

La comitiva del gobernador penetró en el claustro tras los pasos de su gobernadora. En tal comitiva figuraba la madre del gobernador, una hermana y una sobrina; el tesorero del Estado S. W. Hagger y su esposa; el juez Hobson y su esposa; el Asistente adjunto, general Harry C. Tandy su esposa; el comisionado ferroviario C. C. McChord y su esposa, y la señora Percy Haley de Frankfort. También habían sido incluidos en la privilegiada comitiva, con la complacencia de Dom Edmundo, el juez Frank E. Daugherty de Bardstown y su señora; el Dr. J. S. Moore; el coronel Grigsby; F. J. Hermann y Silvester Rapier y sus esposas; la señora Frances Bowling y la señorita Margaret Peake. Allí también se encontraba la señora Miles, la estilada de Ann Miles, la bondadosa benefactora de Getsemaní, que tal vez fue la única mujer en el mundo enterrada dentro de un cementerio trapense. La comitiva penetró en la iglesia y se acercó al altar mayor.

—Aquí están sus hermosas flores — musitó Dom Edmundo a la señora Miles.

Pasaron luego por la sala capitular y visitaron el cementerio. Sin una palabra de explicación se fueron acercando a un solitario túmulo blanco, situado en el ángulo norte. El gobernador, su madre y su esposa, leyeron: "A la sagrada, memoria de Ann Miles"...; luego regresaron mientras la menudita señora Miles, cuñada de la muerta, se adelantaba para rezar sus oraciones.

El abad explicó al gobernador que Ann Miles había sido una de las más generosas benefactoras, precisamente cuando Getsemaní necesitaba ayuda. Al cumplir los 83 años preguntó al austero Dom Benito, el entonces abad, si le podría conceder el favor de enterrarla en el cementerio de los monjes.

—Quiero sus oraciones —explicó la anciana—, si me encuentro entre ellos siento que nunca me olvidarán.

Con una delicadeza que demostraba el tierno corazón del severo y viejo espartano, Dom Benito le concedió el permiso.

Recorrieron varias tumbas, notando idéntica cruz de hierro y túmulos verdes para marcar el sitio donde reposaban los restos de algún monje. El abad explicó que los túmulos con la cruz a los pies correspondían a monjes sacerdotes. Luego, deteniéndose ante otro túmulo con la cruz a la cabeza, dijo:

—Este ha sido el primero que yo he enterrado.

— ¿Quién fue? — se interesó el gobernador.

—El padre del Padre Federico, mi prior —respondió con tono sosegado—: el Hermano Hugo era su nombre cuando falleció, pero en los archivos de Washington usted puede identificarle como el capitán Hugh Dunne, que luchó en las más sangrientas batallas de la guerra civil a la cabeza de su regimiento procedente de Ohio. En cierta ocasión fue recogido como muerto, pero, afortunadamente, justamente cuando iba a ser arrojado a la fosa común, dio señales

de vida. Ni siquiera estaba herido, pero si aturdido y desmayado por la detonación de una bala de cañón. Vivió para criar una familia, y a la edad de 61 años vino a Getsemaní. Esto sucedía en julio de 1895; el Padre Federico, su hijo, entró en la abadía once meses antes. Hugo pidió seis meses de plazo para reconciliarse con Dios, y Dios le concedió seis veces más. Falleció el primero de abril de 1898, justamente a la semana de haber llegado yo. No es frecuente que un hijo entierre a su padre como a un trapense, aunque, de hecho, San Bernardo lo hizo.

La menuda señora Miles iba a decir que el Hermano Joaquín también había hecho lo mismo, pero el abad se acercaba a la tumba del Frater José, que fuera una estrella como cantante en la Opera de París y cuyo nombre mundano —Mario Luciano Colliere — todavía se recordaba. El abad tenía una buena lección que dar con la vida de aquel hombre que conmoviera, a tantos con la magia de su voz. Perseguido por el inaudible cazador del Cielo desde París a Nueva Orleans, y luego por todos los Estados de la Unión, no fue capturado hasta que obtuvo todo lo que el hombre anhela para llenar el hueco de sus manos...

—Muchos hombres se vuelven a Dios en la adversidad —comentó el abad—; pero este hombre se volvió cuando el Éxito y la Fortuna le sonreían con la más placentera de las sonrisas. Durante los últimos once años de su vida sólo cantó preces al Señor que le habla concedido tan maravillosa voz. Para proceder así renunció a dos profesorados, a una fortuna material bastante elevada y menospreció toda su bien ganada fama. Me agrada pensar de este hombre como una de las buenas capturas de Dios. La primera vez que visitó Getsemaní era un católico renegado, casado con una dama no católica y viviendo la vida de un pagano. Dom Benito le

tomó la mano cuando se iba y le hizo lo que se parece mucho a una profecía. En efecto: Colliere, al despedirse, dijo "Au revoir" y Dom Benito le contestó "Sí, mi amigo, esto es sólo un *au revoir* —un hasta pronto— porque usted volverá, y cuando lo haga será un hombre cambiado".

Colliere volvió en 1875 y falleció santamente en 1886 y así se unió a la Gran Opera del Cielo.

— ¡Cuántas historias están aquí enterradas! — comentó impresionado el gobernador.

—Todas "romances" —contestó el abad— porque todas han tenido un feliz final. Pero he aquí una que casi significó tragedia.

Dom Edmundo se había acercado a la tumba del Hermano Federico Saiemos y sonreía con su peculiar sonrisa comprensiva. El Hermano Federico era el primer monje que postulara, hiciera el noviciado y profesara en Getsemaní. Había entrado en el reducido monasterio-cabaña primitivo, precisamente cuando la comunidad —todos sus miembros, excepto el Padre Paulino—, esperaba contristada la muerte del Superior, el Padre Eutropio. Era bávaro de nacimiento y de oficio zapatero.

Una verdadera adquisición para la comunidad, señor gobernador, puesto que todo nuestro calzado se hizo aquí, en nuestro monasterio —explicó el abad—. El Hermano Federico —agregó— era un buen zapatero y un gran mascador de tabaco. Durante treinta y tres años fabricó y remendó todos los zapatos de la comunidad con el acompañamiento —podríamos decir— de sus rítmicas mascadas. Pero en 1882 llegó como visitador Dom Eugenio Vachette y advirtió el hábito del monje artesano. El Capítulo General sólo recientemente había decretado la total exclusión del tabaco en todo monasterio trapense. Así, pues, el

Padre Superior inmediato cumplió con su deber y le dio la orden a Federico: "no más tabaco".

El Hermano Federico contaba entonces 67 años y durante 33 había sido fiel a la regla, tal como él la conocía. Pero esta nueva regulación era algo con lo que no contaba, y como ya estaba demasiado viejo para recurrir a nueves subterfugios o trucos disimuladores, el 20 de abril se despojó de sus pardos sayales y avanzó apesadumbrado para salir por las puertas de Getsemaní... ¡todavía mascando tabaco!

El abad hizo una pausa para continuar con su interesante relato:

—Transcurrieron dos meses sin saberse una palabra de él. De madrugada, en la mañana de la fiesta de la Anunciación, Dom Benito Berger fue llamado a la puerta de entrada. Allí estaba el hijo pródigo. El abad le examinó las mejillas, los tostados labios y hasta tocó con un dedo por si tropezaba con algún bultito disimulado, pero no dio con signo alguno delator... y abrazó a su hijo y lo condujo de nuevo al seno de la familia. Durante once años más el Hermano Federico sirvió a Dios sin una sola mascada más de tabaco.

— ¿Cuál es el secreto de esta vida? — preguntó el gobernador, con natural curiosidad cuando, caminando al lado del abad, pisaron un estrecho sendero entre dos tumbas.

Dom Edmundo miró a su interlocutor como penetrándole el alma con su pensamiento, para decirle con cierta sagacidad ingenua, como el que tal vez revela un secreto:

— ¿Cree usted que podría ser el amor?

Y volviéndose rápidamente hacia la comitiva alzó la voz para advertir:

—Me parece que ya hemos estado bastante tiempo entre los muertos. Ahora permítanme enseñarles el sitio donde mis hijos comen con tanto gusto y engordan.

Y condujo a sus visitantes al refectorio de los monjes. En el amplio y estrecho salón vieron largas, sencillas y desnudas mesas tendidas de un extremo a otro, sobre las cuales estaban puestos les cubiertos..., especie de cubiletes de loza de dos asas y al lado cuchara y tenedor de madera.

—Pero ¿qué es lo que comen sus hombres, Padre Abad? —preguntó uno de los curiosos visitantes.

Dom Edmundo consultó su reloj:

—La hora de la cena va a sonar en seguida. Padre Federico, procúrese en la cocina la porción que le corresponde a un monje para que nuestros visitantes puedan juzgar por sí mismos.

El joven prior, que últimamente había sucedido al viejo Padre Benito, se alejó para no tardar en reaparecer trayendo sobre una pequeña bandeja dos cuencos de loza de tamaño mediano, uno lleno de una sopa que no expandía olor alguno, y el otro conteniendo una ración de porotos aguados.

— ¿Pero dónde está la carne? —preguntó la esposa del gobernador.

—Usted no verá nunca carne en la mesa de un trapense —contestó riéndose el abad—. La servimos únicamente a los enfermos..., el facultativo la indica.

—En este caso —exclamó Jean Fucus Beckham— yo estaría enferma todos los días.

—Y en tal caso —le replicó tranquilamente el abad— nosotros pronto diagnosticaríamos su enfermedad y le entregaríamos la

única prescripción: el boleto de despedida. Pero vengan, que éste no es el único comedor de la casa.

Y los condujo hasta la biblioteca. Desde uno de sus ventanales pudieron ver un amplio edificio que se alzaba a la distancia bañado por el sol estival.

— ¿Qué edificio es ése, Padre? — preguntó el señor Hagger, Tesorero del Estado.

—Nuestro nuevo granero. Quedará terminado en 1903. El viejo granero se incendió, gracias a Dios — murmuró.

— ¿Gracias a Dios?

El abad sonrió.

—Hay que admitirlo, señor Hagger, pues no se puede negar el hecho de que el fuego ha sido una bendición para Getsemaní. El viejo granero era insuficiente. Este nuevo albergará a cien cabezas de ganado en sus cobertizos, espacio suficiente para muchas cargas de heno, y un silo...; es conveniente ser precavido. La última vez, cuando mencioné lo del silo, no faltó quien se burlara, y cuando sugerí que se duplicara el que estaba planeado, me preguntaron si yo era el dueño del condado de Nelson y buscaba almacenar los cereales...

— ¿Quién es su arquitecto, Reverendo Padre? — inquirió el Tesorero del Estado.

—Los monjes construyen —informó el abad— y yo diseño los planos.

— ¡Un mundo dentro de un mundo! —exclamó el gobernador con sincera admiración—. Pero no se olvide que ésta es la biblioteca, Padre abad. Veo que es muy espaciosa y que posee muchas más estanterías que libros.

Venga la semana próxima, Excelencia, y usted verá más libros que estanterías. Monseñor Batz, de Milwaukee, nos ha despachado ya toda su biblioteca, compuesta de más de quince mil volúmenes, como respuesta a una apelación que yo le hiciera hace dos años. Quise comprar sus colecciones y viajé a Milwaukee para visitarle. Deberé advertir que tengo mucha experiencia en pedir limosnas en América, y no dudo que ello influyó en mi visita al prelado, pues apenas hacía tres días que regresara a Getsemaní cuando recibí una carta de él comunicándome que donaba los libros a los monjes. Sólo pedía que rogásemos por él. Bueno; pues como yo soy un pordiosero pero, gracias a Dios, no soy un ladrón, le contesté inmediatamente a Monseñor prometiéndole que se dirían cinco mil misas por el descanso de su alma y una participación permanente en las oraciones y buenas obras de Getsemaní. El anciano prelado se mostró sumamente complacido. Insistió acerca de enviarnos un cheque por mil dólares para las misas tan pronto como se sintiese morir. Y falleció. Y el ejecutor testamentario, al leer el testamento, se enteró de que tenía que embarcarse toda su biblioteca a Getsemaní, porte pagado. Y ya tengo aviso de que los cajones con los libros estarán aquí para fines de semana.

Las facciones del abad se iluminaron al final del relato. Luego, señalando con un ademán la dependencia contigua, avisó:

—Por aquí, pasen por aquí. Las moradas de San Benito fueron siempre conocidas por su hospitalidad y ésta no constituye una excepción.

Y franqueando una puerta condujo a la comitiva de la biblioteca a un nuevo comedor. Si los trapenses no podían comer carne, no existía restricción con respecto a sus huéspedes.

* * *

Se desvanecía aquella tarde, cuando el gobernador se despedía del abad.

—Reverendo Padre —le dijo aquél seriamente— ustedes son nuestros vecinos y ésta no es la primera vez que yo he estado dentro de los dominios de Getsemaní, pero si es la primera vez que he oído el hablar al silencio de Getsemaní.

— ¿Y qué le dijo ese silencio, Excelencia? — preguntó, como a la ligera el abad, para luego quedarse pasmado ante la respuesta de un hombre que había sido profundamente conmovido:

— ¡Dios! ¡Dios! ¡Dios!

Dom Edmundo se lo quedó mirando.

— ¿Es lo que realmente oyó usted hoy?

—No oí otra cosa. Padre Abad. El silencio de sus monjes es como el trueno para los oídos que sólo quieren oír. Getsemaní es realmente una voz que clama en el desierto, y no pasará mucho tiempo, estoy seguro, antes que toda América escuchará esa voz clamorosa.

—Gracias por sus buenos deseos, Excelencia. —Tal es mi esperanza y mis más fervientes ruegos.

Aquella noche, cuando de nuevo solo y tranquilo, Dom Edmundo se arrodilló en la iglesia, pensando en el mensaje que daban a América sus silenciosos monjes, recordó la comparación del gobernador: una voz clamando en el desierto..., eso era Getsemaní…, eso e era, según el parecer de un gobernante terrenal, en un día dedicado a visitar un templo viviente de Dios.

El abad conocía el mensaje de Getsemaní, pero también sabía que requería mucha reflexión captarlo. La gente se mueve

apresurada para notar el silencio, la simplicidad y la frugalidad que encierran las frías paredes del claustro; pero esa gente apenas si se da cuenta superficialmente del fuego interno, de que la vida para el trapense se ha convertido en amor a base de sacrificio.

La negra y sólida cabeza del abad se abatió sobre sus manos y comenzó rezar como si agonizase:

— ¡Oh, si te conociesen siquiera, Jesús, cómo nos envidiarían! ¡Permite que Getsemaní les hable con su silencio! Ayúdame, amado Señor, a vivir y trabajar para llevar tu mensaje a todas partes..., dame fortaleza para nunca decepcionar a mis hijos, ¡la fortaleza para nunca dimitir de mi puesto!

CAPÍTULO XIX

AÑOS COLMADOS

Getsemaní se hizo más conocido en América durante los colmados años que siguieron, y su abad viajó a Europa, Asia y África no pidiendo ayudas esta vez para la abadía de América o buscando personal para su amplio monasterio, sino como visitador especial del abad General y del Capítulo General. Y este hecho proclama las sorprendentes transformaciones realizadas en la proto-abadía del Estado de Kentucky, merced a la enérgica iniciativa de un alsaciano de barbas negras que nunca se burlaba, raramente reía y siempre se mostraba placentero.

Edmundo Obrecht no llevaba de abad de Getsemaní más de siete años cuando Dom Agustín Marre, arzobispo de Mitylene y segundo Abad General de los Cistercienses reformados, pudo juzgar fácil, estable y próspero al monasterio que durante medio siglo les procurara tantas inquietudes, de modo que su abad pudiese ser enviado como visitador extraordinario a África del Sur. Sin embargo, ese viaje fue el comienzo de un período de treinta años, desempeñando comisiones especiales del Padre General o del Capítulo General, para el abad de Getsemaní. Cuando llegó en 1898, la abadía era algo apenas conocida y perdida en los bosques; transcurridos una docena de años fue conocida en todo el mundo. Pero aquellos fueron años colmados, no sólo para él, sino para todos sus hombres.

En 1901 el Gobierno Federal estableció una oficina de correos trapense a la entrada del edificio del monasterio, y el joven Padre Federico Dunne fue su primer jefe. Dom Edmundo Obrecht se concentraba activamente dentro ele los límites de la abadía. Ya se había establecido una estación ferroviaria llamada "Gethsemane" en la línea Louisville-Nashville, la cual, comunicando con la nueva oficina postal llamada "Trapense", dio a conocer ampliamente al mundo comercial la existencia de los trapenses en Getsemaní. El abad daba publicidad a la abadía sin recurrir a ninguna publicidad. En 1903 los diarios tuvieron algo que decir de la abadía y del abad.

El año anterior Georges Clemenceau formulaba una declaración contra la expulsión de los trapeases de Francia con una réplica que demostró su ilustrada ignorancia... Dijo: "En el pasado, esos monjes prestaron importantes servicios a Francia. En aquel tiempo en que el país se hallaba arruinado por las invasiones, cuando la ciencia no existía y la agricultura estaba en la infancia, esos monjes extendieron por Francia sus monasterios y fomentaron buenas tendencias por la industria y la paz. Pero en la época actual todo el país se halla cultivado y civilizado. Tenemos nuestras escuelas, colegios y universidades. Nuestra vida social está organizada completamente. ¿A qué propósitos útiles podrían estos hombres servir? ¡Dejémosle que se vayan!"

— ¡Hum! —refunfuñó Dom Edmundo cuando leyó esto—: el silencio trapense no habla muy claro para ese hombre. Debería leer: "Los monjes de Occidente" de Montalembert.

—Puede que eso fuera una tarea demasiado grande para un hombre tan pequeño — sugirió el Padre Federico tímidamente.

—No tendría que ir más allá de la Introducción para aprender lo que quiero decir. ¿Qué fundador de alguna Orden religiosa o qué legislador de la vida religiosa consideró a la agricultura el fin y aspiración para sus discípulos? ¿Cree usted que el cultivo del suelo es nuestro fin y aspiración?

—El cultivo del alma —fue la pronta respuesta del joven prior —. Y, con todo, ¿sabe usted lo que a mí más me atrae a esta forma de vida?

— ¿Qué?

—El hecho de que ha sido siempre una comunidad que se ha sustentado por sus propios medios. Tal vez sea ello mi orgullo innato, mi sentido de la independencia americana, pero el pensamiento de ganarme mi propia vida con el sudor de mi frente me condujo a este monasterio. Nunca he querido depender de la caridad y no soy lo bastante humilde para pedir.

El entrecejo del alsaciano se contrajo significativamente para decir:

—San Benito asiente a la que dice mi joven prior. ¿No es esto remarcable? Pero acerca de ese Clemenceau...; me gustaría que leyese la Introducción de que he hablado, pues Montalembert demuestra que estas instituciones puramente humanas y poderes puramente temporales deben y pueden conferir todas las bendiciones que Clemenceau y centenares de personas como él atribuyen al monasticismo. Pero en lo que se equivoca el político acierta el escritor, sea, que las Órdenes religiosas y también las reglas religiosas hacen lo que ningún poder temporal pudo hacer nunca: hacen santos. ¿A qué propósitos útiles podrían estos hombres servir? —pregunta Clemenceau—. ¡Cómo me gustaría decírselo!

Dom Edmundo era muy capaz de decirle a Clemenceau algunas verdades que el entonces futuro primer ministro francés había olvidado o pasado por alto, pero antes de que regresara a su país, una vez más, otro abad con tanto fuego interno como el director de Getsemaní había hallado modo para llegar a la presencia de Georges Clemenceau y decirle la verdad acerca de los trapenses.

Dom Juan Bautista Chautard, abad de Septfons, era un francés que trató este tema que le bullía en la sangre. Dejó como encantado y suspenso a Clemenceau cuando le habló, con rara elocuencia y veracidad, acerca de quién había creado a Francia y a todos los franceses; quién, es decir, quiénes habían conservado y seguían conservándola, y a quiénes debía Francia y todos los franceses tal honor. Y cuando le explicó que esa deuda nacional se había contraído con algunos franceses reconocidos, que siempre estuvieron dispuestos a pagar, no sólo por ellos mismos, sino por la nación entera, que había olvidado a Dios, mencionó el nombre de tales hombres, los trapenses.

Nadie supo si fue la retórica o la lógica del discurso lo que impresionó tanto a Clemenceau, pero después de tal entrevista todo el mundo se enteró de que los trapenses deberían permanecer en su país.

Dom Edmundo se enteró de la buena noticia al asistir al Capitulo General en 1902. Pero cuando visitó el monasterio de Fontgombault, situado en el departamento de La Creuse, se enteró de que el combismo discrepaba del Clemenceau visitado por el Abad Chautard. Dom Alberico, que había gobernado el monasterio desde 1878 a 1902, acababa de fallecer. Había dirigido con tal éxito a todos sus monjes, que los enemigos locales de la Iglesia

Católica concentraron todos sus fuegos contra el monasterio trapense. En consecuencia, cuando Dom Fortunato Marchand fue elegido sucesor de Dom Alberico, el obispo de la diócesis se rehusó a conferir la consagración abacial, ante el temor de despertar el furor del populacho. Dom Edmundo, siempre en su puesto, suministró la solución. Don Agustín Marre, abad de Igny, era también obispo auxiliar del cardenal arzobispo de Reims, y Dom Edmundo le persuadió para que confiriese la consagración y desafiara a los masones locales. Así se hizo, y luego enfrentándose con el recién consagrado le dijo:

—Si *La Creuse* se pone demasiado efervescente para usted, venga a América. Yo le facilitaré lugar para usted y los suyos.

La primera semana de junio de 1903, Dom Edmundo viajó apresuradamente hasta Nueva York para recibir al navío *La Bretagne*, que zarpara de Francia el 20 de mayo con diez y siete monjes a bordo, procedentes de Fontgombault. *La Creuse* se había caldeado excesivamente para Dom Fortunato.

La Bretagne atracó al muelle el 7 de junio. Los monjes exilados fueron conducidos inmediatamente a la Misión de la Inmaculada Virgen, donde Dom Edmundo se albergara mucho antes para aprender "americano". El 10 de junio partieron para Louisville y, con sorpresa para todos, fueron hospedados en el hotel Seelbach. Los amigos de Dom Edmundo habían dispuesto para ellos una comida que nunca hubiera sido servida en monasterio trapense alguno, pero que le pareció razonable a Dom Edmundo, por tratarse de monjes fatigados por el viaje. Habiendo calculado bien su llegada a Getsemaní para la fiesta del Corpus Christi, la más descollante del calendario trapense, ese día ofició de pontifical Dom Edmundo, y el coro del claustro se mostró en

toda su plenitud y solemnidad, impresionando fervorosamente a cuantos vecinos asistieron a los oficios. Los pobres exilados pensaban que se hallaban en el Paraíso. Dos días después se les condujo al Monte de los Olivos y recibieron albergue en un monasterio que había sido un viejo convento y una discutida escuela, con una granja cultivada en que fructificaban lozanamente las simientes. Medio siglo después de haberse vislumbrado las posibilidades, las promesas de Dom Eutropio se habían materializado, y el Monte, que diera tantos disgustos a Getsemaní, se convertía ahora en causa de toda alegría.

* * *

¡Qué labor realizó la comunidad en esos años! Preparar, reedificándolo, el edificio del Monte ya era bastante para agotar sus recursos, pero al mismo tiempo terminaron la construcción de los establos para ganado, luego levantaron un edificio muy capaz para albergar, desde el taller de herrería, con su forja, hasta el de zapatería, lavandería a vapor, encuadernación, una imprenta, dependencias especiales para carpintería y laminadores, todo bien montado, con lechería y vinatería en los sótanos. La tarea inmediata a estas obras consistió en cambiar el aspecto de las paredes de la abadía. Desde que había llegado a Kentucky, Dom Edmundo se sentía molesto por el charro color rojo de los ladrillos, que contrastaba con las edificaciones de la vecindad y, sobre todo, con los monasterios del Viejo Mundo. Así, pues, en 1907 el Padre Federico, con la comunidad, puso manos a la obra para remediar tan chocante aspecto.

En los años subsiguientes, Getsemaní aparecía muy semejante al velludo Yogui que se acerca al Jordán desde el

desierto predicando la necesidad de una *metanoia* —un cambio completo de mente y corazón— para los hombres. Juan Bautista era la voz que clamaba en el desierto trayendo su mensaje: "haced recta la senda del Señor". Para toda alma, sensible a lo sobrenatural, Getsemaní aparecía como un Juan Bautista tallado en piedra, y su silencio proclamaba su mensaje. Pero ahora, con su imitación exterior de piedra labrada, aparecía más serena, más dignificada y patriarcal. Su silencio "resonaba" más profundamente y la flecha de su cúspide parecía el dedo gigantesco de un profeta diciendo: "¡Hay un Dios: adóralo!"

Cuando el carruaje traspuso la última loma, conduciendo a Dom Edmundo a su morada, después de su largo viaje por África, el abad se puso a pensar en el día, casi diez años antes, en que arribara por primera vez a la ciudad de Dios. Ante él se presentaron las facciones preocupadas y tensas del viejo Padre Benito, sobre cuyas espaldas recayera la responsabilidad del monasterio durante la ausencia del primero. Saludó a su Superior, contento de descargar la responsabilidad recibida. ¡Pobre Padre Benito! Había asistido a su entierro el año anterior a su partida para África del Sur. Con todo, ¡cuánta bondad la de Dios! Antes de que el viejo monje falleciese tuvo la felicidad de conocer la paz de la vida contemplativa de los trapenses.

¡Tres años transcurridos! ¿Era posible? Le parecían días cuando se alejara de Getsemaní dejándolo en manos del juvenil prior de ahora. Sin embargo, delante de él se mostraba la evidencia de que todos habían trabajado de firme: la nueva fachada del monasterio y el últimamente terminado edificio, dentro del cual funcionaban tantos talleres, que aparecía ante el mundo como una gran embarcación dispuesta a zarpar..., y luego, sobre la loma del

lado Oeste, aquellas excavaciones para los aljibes, de que le había escrito el Padre Federico. Tales obras, se le había informado, suministrarían agua en abundancia a la comunidad para todo el año, y alcanzando esos depósitos hasta el nivel del tercer piso, dedicado a los huéspedes, sería una protección contra todo incendio, rebajando así la tarifa del seguro contra tal emergencia. El abad veía claramente que sus hombres habían trabajado espléndidamente y que los tres años se evaporaron así en plena tarea.

Por algunos momentos se preguntó si no habría trabajo con exceso. La vida trapense es una vida de penitencia, pero su austeridad se halla planeada como para purificaciones que han de lavar al alma hasta que, limpia de toda mancha, pueda contemplar a Dios. Tales son los medios para la contemplación, pero si se los lleva muy lejos en la vida individual, pueden muy fácilmente torcer su noble propósito. Las sienes de Dom Edmundo se plegaron, formando arrugas. Conocía la nerviosa energía de su joven prior y temió que, en su entusiasmo por las tareas a realizarse, no hubiera calculado bien la resistencia de los hombres de edad mayor. Con todo, cuando uno se da cuenta de la tremenda responsabilidad que entraña la vocación trapense; cuando alguien sabe que tales almas escogidas se agobian con la tarea de la Redención, que soportan los pecados del mundo, como Cristo los soportó en Getsemaní, hasta llegar al Calvario, que deben arrepentirse por los no arrepentidos y expiar por las indulgencias sociales de una generación muelle y viciosa, entonces se comprende lo que aparece extremoso en la vida de tales víctimas propiciatorias. Dom Eduardo Obrecht sacudió su sólida cabeza y se prometió hacer una ligera investigación. Podría ser que algunos de sus hombres se hallasen sobrecargados, pero dudaba que le permitieran aligerar su

carga, pues la mayoría de ellos sabía que Pascal había dicho la verdad cuando escribió que "el Cristo estará en agonía hasta el final del tiempo". Con frecuencia se había maravillado del espíritu de penitencia que reinaba en la morada y ofreció su tributo de silencio a Dom Eutropio y a Dom Benito, que lo habían inculcado en las almas de los monjes. Getsemaní tenía una tradición que perduraría.

Cuando divisó las puertas del monasterio, vio al Padre Federico apresurarse hacia él para darle la bienvenida. ¡Qué diferente impresión a la que le causara el viejo Padre Benito casi diez años antes! ¡Y qué diferencia entre los priores! He aquí a un joven americano, dispuesto a asumir la responsabilidad por el monasterio y los monjes. ¡Ah! —pensó Dom Edmundo— he hecho y seguiré haciendo lo que el soldado-monje me rogó que hiciese. Tendré que convertir una abadía americana a una proto-abadía en América.

Las campanas repicaban alegres. Estas eran las mismas campanas que llamaban a sus monjes a la oración en las noches oscuras; éstas eran las mismas campanas que hablaban a la vecindad de cómo Cristo desciende a la Hostia y al Cáliz; éstas eran las campanas que tañían cuando él emprendiera su obra por Dios. Pero ahora repicaban alegres, dando la bienvenida al feliz viajero.

Rivalizando con sus metálicos saludos estaba la banda del colegio. Allí se encontraban los estudiantes alineados con sus instrumentos y ejecutando una grata y cordial salutación. ¡Gozosa bienvenida! Apenas el abad pronunciará el *¡helio!* a su comunidad, cuando hubo de apresurarse hacia el colegio situado en la loma para la formal recepción que le dispensaba el cuerpo estudiantil.

Cuando las sonatas y los breves discursos finalizaron, una comisión de jóvenes se adelantó hasta él para hacerle entrega de un obsequio cordial. El abad lo contempló con su acogedora sonrisa. Se preguntaba si su prior, que era también vicepresidente del colegio, habría intervenido en la selección del regalo. Se trataba de un hermoso reclinatorio primorosamente tallado.

—Bien, muchachos —dijo el abad con una sonrisita amable—, he recibido muchas bienvenidas y obsequios en mi vida, pero estaba reservado para ustedes darme no una, sino *la* bienvenida, y regalarme no un obsequio, sino *el* obsequio. Vosotros sabéis: todos los obsequios hablan, y yo creo que estoy oyendo lo que el vuestro me dice. En otras recepciones siempre me he quedado intrigado preguntándome si debería interpretar como de lo más sincero el mensaje elocuente con que el dador acompañaba el obsequio. Lo que quiero decir es que la gente a veces decía que se mostraba muy satisfecha de mi regreso, ¡pero me obsequiaban un maletín de viaje! Vosotros lo habéis hecho mejor. Con vuestro regalo me estáis diciendo que un trapense no es un viajero, que su lugar es permanecer de rodillas orando. En este reclinatorio me arrodillaré con frecuencia y cuando rece os prometo que no seréis olvidados.

A la siguiente mañana habló en la sala capitular, lo que merece ser recordado. Relató cómo el obispo Richards, de la Colonia de East Cape, recurriera personalmente al Capítulo General en el año 80, pidiendo ayuda a los trapenses para resolver el problema de sus innumerables nativos, carentes de instrucción. Dom Franz Pfamer, prior de Mariastern, en Bosnia, saltó, valga el término, hasta aquella diócesis en aquella oportunidad e hizo maravillas. En efecto; en pocos años estableció en África del Sur, desde el Transvaal a Cape Town, numerosos monasterios

trapenses. Pero el Capítulo General siempre se sintió incómodo a causa de la Misión Marianhill, como se la llamó: parecía demasiado activa para una Orden contemplativa. Entonces Dom Edmundo Obrecht fue designado para ir allá y estudiar e inspeccionar la situación, enterándose si la vida que allí se desplegaba era compatible con la regla trapense. Cuando el Sumo Pontífice tuvo aviso de la misión del enviado, lo nombró Administrador apostólico del monasterio de África del Sur y de sus misiones, facultándole para administrar confirmaciones y confiriéndole el raro privilegio de decir misa dondequiera que se encontrase, ya en la habitación de un hotel ocasional o en alta mar. Estas fueron las compensaciones que se le dieron para desempeñar la ardua y delicada labor que tenía ante sí.

Refirió luego a sus monjes la espléndida labor que estaban realizando aquellas lejanas misiones y terminó diciendo: "Con todo, tuve que proceder con honestidad. Le expliqué al Capítulo General que aquella no era la vida para los trapenses. Y esto me recuerda que vosotros habéis estado tal vez excesivamente activos durante mi ausencia. Este monasterio apenas es reconocible por su propio abad: tales son los cambios y las obras que habéis realizado en el breve plazo de tres años... ¡Pero no! Vosotros comprendéis dónde se atesora vuestra recompensa. Dios no ha echado al olvido ni siquiera un movimiento vuestro. Tal vez podré demostrar mejor mi gratitud permaneciendo en el monasterio que vosotros habéis transformado tan acertadamente".

A Dom Edmundo, sin embargo, no se le permitió permanecer tanto tiempo como él deseaba. El Abad General no ignoraba su extraordinario talento para enfrentarse con todos los problemas difíciles que la Orden trapense estaba obligada a resolver, y,

naturalmente, el propio Dom Edmundo no podía olvidarse de su voto de obediencia. Para el General de la Orden, Dom Edmundo era el hombre a quien Dios había dotado de gran habilidad administrativa, y puesto que el Abad de todas las abadías trapenses no estaba libre para alejarse de Roma y viajar por el mundo, Edmundo Obrecht era su mejor intérprete. Confiaba en sus juicios, dándose cuenta de que nunca se dejaba influir por las emociones, merced a su sólido raciocinio y a su honda religiosidad. Así, pues, el abad americano continuó siendo el representante oficial del General.

En 1908 se designó a Dom Edmundo visitador del monasterio Nuestra Señora del Jordán, en Munkers, una pequeña población Oregón. Nada podía ser más adecuado a sus aptitudes de organizador, pues fuera él quien inaugurara la casa del Monte de los Olivos con la pequeña comunidad que había sido expulsada de Francia en 1903. Dom Fortunato había salido de Kentucky para establecerse en Oregón con sus monjes, esperanzado de poder instalarse con la independencia que caracteriza a las moradas trapenses. Abrigaba grandes planes para su monasterio. Las maderas trabajadas eran muy apreciables y los sustentarían en tanto lograran edificar una morada holgada y cómoda para todos y luego pudieran vivir con el producto de su propio trabajo.

Con todo, Dom Edmundo no se mostró muy optimista cuando inspeccionó el terreno elegido por los exilados. Los espesos bosques y las fuertes lluvias de Oregón no parecían ser muy saludables para el pequeño grupo extranjero. Sin embargo, ya habían construido un aserradero y se preparaban para despachar el maderamen a un mercado comprador. Tres años no eran bastantes para elogiar o censurar sus actividades. Dom Edmundo,

en consecuencia, les animó, ofreciéndoles su consejo y regresó a su hogar de Getsemaní.

En 1910 se halló de nuevo Dom Edmundo en Oregón, con órdenes terminantes para pronunciarse acerca de las posibilidades de Nuestra Señora del Jordán, como Dom Fortunato lo había bautizado. No era una labor placentera la que se le encargaba. Edmundo, casi antes de alejarse de Getsemaní nuevamente, pensaba cuál podría ser su veredicto. Experimentaría los mismos dolores de cabeza que soportó cuando redactó su última información acerca de Marianhill. Pero allá se fue, obediente como siempre. Los dos años transcurridos no habían mejorado la situación de los exilados. Poseían abundancia de maderas, pero se hallaban muy alejados de la vía ferroviaria, y además, la competencia industrial era muy fuerte. En cuanto a postulantes, muy pocos. Las lluvias los desanimaban, y los terrenos muy bajos y propensos a ser anegados para que prometieran algo bueno para el futuro de la comunidad. Dom Edmundo informó de todo a Roma y la pequeña morada se clausuró. Pero Getsemaní ganó algo cuando cinco de los bravos monjes pertenecientes a aquel grupo eligieron vivir y permanecer en la proto-abadía. Tal vez el pequeño Padre George Caillard escribió la última línea de la leyenda de Fontgombault cuando, después de trazar su nombre y apellido en el registro de Getsemaní, caligrafió por su propia cuenta a continuación: *"J' y suis. J' y reste". Aquí estoy. Aquí permaneceré.*

El año que Dom Edmundo clausuró el monasterio de Oregón, un incendio le obligó a ensanchar su propia morada. El pórtico del monasterio se abrasó en llamas una tarde y, en cierto sentido, obligó a Dom Edmundo a musitar un "¡gracias a Dios!" como cuando otro gran incendio en la historia de Getsemaní destruyera

el edificio del granero. Y puso a sus monjes a la obra para construir un edificio a prueba de incendios, dentro de cuyas paredes instalaría la oficina de correos, depósitos, locutorios, museo, dependencias para huéspedes, dormitorios para los dos porteros, taller de pintura y otras dependencias. Se felicitó del interés y de la atención que se prestó a la obra desde el primer momento, pues había sido comisionado para visitar las moradas trapenses en China y Japón y sabía muy bien que su comunidad, cuando se alejaba, se quedaba preguntándose cuándo se le permitiría retenerlo para ella.

El Padre Federico recibió la noticia del nuevo alejamiento de su abad cuando se terminaban las obras emprendidas, en los primeros días de marzo de 1912, y de que él sería el encargado de gobernar el monasterio.

— ¿Cuánto tiempo va a estar ahora ausente? — le preguntó a su Superior.

—Sólo Dios lo sabe. Tengo que viajar por el mundo. ¿Qué clase de monje soy yo, en resumidas cuentas?

La instantánea carcajada del prior hizo alzar la cabeza de Dom Edmundo, inclinada sobre una pila de cartas y documentos a estudiar.

—Extraño, sí; pero eso fue lo que pensé exactamente de mí mismo cuando llegué a las puertas de este monasterio —confesó el prior—. Cuando abandoné mi familia, hace diez y siete años, pensé que me alejaba para siempre de papeles, facturas, dinero, inquietudes, gentes...; pensé que salía de Florida para enterrarme en los espesos bosques de Kentucky y que viviría con Dios solamente..., y que me convertiría en un hombre de oración.

—Bueno; ¿y en qué se ha convertido usted?

De nuevo rieron ambos.

—En qué no me he convertido —diría yo— contestó el prior. — Oficialmente soy el prior del monasterio, administrador de la oficina de correos trapense P. O., vicepresidente y tesorero del colegio, asistente, cuando menos, del Jefe del Hospedaje, pertenezco al comité de recepción y soy representante del abad. Aunque no sea oficialmente, soy constructor, albañil, carpintero, peón acarreador, paleador, tronquista...

— ¡Alto! —le ordenó el abad—. Pudo haberlo dicho con mucha más sencillez. Diga que se ha convertido en un trapense. Pero usted espera poder consagrarse a la oración con el tiempo, ¿no es así?

— ¿Quién no lo desea, Reverendo Padre? En el Evangelio leemos de Marta quejándose acerca de María; en Getsemaní sucede de otro modo. Nosotros, contemplativos, estamos siempre lamentándonos de nuestras actividades. Y con todo...

—Y con todo, Padre, esas actividades son la protección de nuestras oraciones —le interrumpió el abad con convicción—. Puedo ver ahora dónde me han conducido mis inesperadas designaciones, obligándome a la comunión con Dios. Las tareas que se me comendaron se hallaban tan por encima de mis pobres fuerzas, que tuve que recurrir al Omnipotente. Mi escudo de armas tiene algo del versículo latino que dice toda la verdad acerca de su abad: *Maria mihi lux. Jesus mihi Dux*. Nuestra Señora ha sido mi luz guiadora desde que entré en La Trapa, y, por supuesto, Cristo es mi Líder. Voy a necesitar los dos antes de regresar de mi viaje a Oriente. Pero, Padre, usted puede descansar ahora en cuanto a nuevas construcciones por algún tiempo. Con el edificio de entrada ya completo yo siento que el monasterio es realmente

representativo. Si algún día pudiéramos construir una muralla aisladora alrededor de todo el lugar...

— ¡No querrá usted decir de toda la propiedad!

—No alrededor de los bosques, naturalmente, pero sí alrededor del monasterio..., con amplios espacios. Entonces tendremos una abadía. Pero olvidémonos de esto por ahora. Su tarea en el colegio y las funciones inherentes a su priorato le tendrán bastante ocupado mientras yo preparo mi viaje.

— ¿Se irá usted pronto?

—No hasta después de Pascua Florida. Las casas estarán más tranquilas entonces.

Sin embargo, las cosas no se presentaron tan tranquilas como el abad esperaba, pues la misma noche de su conversación con el Padre Federico, el colegio se quemó completamente. Ni con el agua de los depósitos se pudo combatir el voraz incendio, y la escuela, que había dado tantos quebraderos de cabeza a los tres anteriores abades, no pareció molestar al cuarto abad de Getsemaní.

Por tercera vez las llamas causaron perjuicios a la proto-abadía. Dom Edmundo exhaló como desahogo cordial un "¡gracias a Dios!" Mientras que aún humeaban los escombros hizo anunciar en todos los diarios principales que el edificio de la escuda no sería reconstruido. Tuvo que escuchar muchas vehementes protestas. El colegio había funcionado durante sesenta años y contaba con un alumnado tan leal como elogiable, recibiendo muchas contribuciones y también peticiones y demandas.

— ¿Y qué deberemos hacer? — preguntó el prior.

—Devuelva hasta el último centavo no aplicado a sus fines —resolvió sin titubeos el abad—. Separé el monasterio de Marianhill de la Orden porque era demasiado activo para contemplativos, y ahora voy a ser consistente. Dejemos que los profesores se hagan contemplativos, si así lo desean, pero ninguno de mis actuales contemplativos se harán profesores de colegio desde ahora en adelante.

—Los viejos graduados lo sentirán mucho.

—No lo dudo. Pero yo me sentiría peor si después de este acto de Dios reconstruyera una escuela que, en el mejor de los casos, ha sido una distracción, y en el peor, una preocupación para este monasterio. Me parece que las promesas de Dom Benito fueron cumplidas. Yo sé que los hijos de nuestros vecinos católicos pueden procurarse tan buena, si no mejor educación en cualquier otra parte. Por quien siento mucho el percance es por Bill Riney.

—Acabo de verle. Me pareció que algo había muerto dentro de él en cuanto contempló los escombros humeantes del edificio.

—Buena obra realizó. El hombre desarrolló toda su vida aquí.

—Cuarenta y tres años enseñando matemáticas — comentó el Padre Federico con tono sentimental.

—En esto también se advierte un acto de Dios para usted —se apresuró a decir el abad—. Tal vez usted no sepa que Bill Riney vino a este monasterio para hacerse sacerdote, pero no monje. Ello ocurrió en 1864. Dom Benito iba a utilizarlo como cura párroco para la iglesia, entonces agregada a la abadía. Bill estudió hasta el sub-diaconado cuando un caballo le dio una coz en la cabeza. Los facultativos diagnosticaron una fuerte depresión cerebral, que naturalmente le impedía seguir más adelante con sus estudios sacerdotales. Pero pensemos en la labor que ese hombre ha hecho

hasta ahora. Los párrocos se tomaron del monasterio desde hace mucho tiempo. Sin embargo, Bill vivió en el monasterio como siempre había deseado y llevó a cabo una labor espléndida para Dios. No me sorprendí cuando me pidió que se le admitiese como simple devoto hace algunos años.

—Cinco — puntualizó el prior.

—No ha sido mucho tiempo. Hubiera tenido un buen final.

—Este incendio acabará con él, mucho me lo temo.

Dos semanas después se cumplían los temores del prior. Bill Riney, entonces conocido como Frater Benito, falleció el 14 de marzo 1912. Al asistir a su entierro, el abad tendió su vista en torno y contempló los escombros del colegio, enterrado entre sus ruinas; Dom Edmundo movió la cabeza significativamente, apreciando una delicadeza más de Dios. Bill y el colegio murieron juntos. Era lo correcto, puesto que habían vivido juntos.

— ¿Qué haremos con esas ruinas? — preguntó el prior una muda mañana de primavera.

—Barrerlas, salvando los ladrillos y las piezas de madera que puedan ser de alguna utilidad, nivelar el suelo y convertirlo en un trigal. Estoy pensando en levantar una estatua de San José en la cima de la loma. Servirá como recordatorio del colegio y como guardiana de los campos.

—Dé usted la orden, Reverendo Padre.

—Considérela dada.

—El espacio libre nos dará un total de cuatrocientos acres de tierra cultivable, Reverendo Padre.

—No es demasiado. Poseemos una comunidad de ochenta monjes.

—Estoy pensando en lo que era cuando yo llegué en el 94.

—No piense hacia atrás —criticó Dom Edmundo—. A mí no me agrada pensar en lo que esto era el año 98 cuando yo llegué. Dios ha cambiado mucho este lugar y...

—Dios y el abad Obrecht.

— ¡Hum! Bueno; supongo que podré admitir su cumplimiento en el sentido paulista: *las frágiles cosas del mundo..*.

Las inspecciones a los monasterios de China y Japón se llevaron a efecto y Getsemaní se enriqueció, no sólo con estimables narraciones orientales, sino también con exquisitos presentes y objetos de delicada artesanía trabajados en madera, seda y bambú. De hecho, se colmó todo un museo con muestras artísticas procedentes de muchas tierras.

Cuando estalló la primera guerra mundial, el abad no pudo realizar su anual viaje a Europa, de modo que concentró toda su atención en la abadía. Precisamente cuando el sol del mes de octubre doraba con su luz las lomas circundantes, Dom Edmundo saludó a su prior cierta mañana con este proyecto:

—Debemos construir. Esta casa se nos está quedando muy pequeña.

El Padre Federico sonrió asintiendo.

Y he pensado —continuó explicándose el abad— que extendiendo el ala Este del edificio unos cuarenta metros, podremos reorganizar todo el edificio; podemos tener oficinas-escritorios para los profesos en las dependencias del basamento, una verdadera enfermería-sanatorio, y un taller de sastrería en el segundo piso; y estableciendo otro basamento en el extremo de la parte Norte

podremos instalar maquinarias de calefacción y baños-lavatorios de adecuada amplitud.

—Estas son las mejores noticias que he tenido en veinte años —contestó risueñamente el prior—. Nosotros los sureños somos muy sensibles a los inviernos de Kentucky, Reverendo Padre.

—Y, sin embargo, se me ha informado que usted nunca usa el calentador.

— ¡Oh! Estoy demasiado ocupado para pensar en el frío. Yo estaba pensando en algunos otros compañeros sureños.

—Entiendo —contestó el abad mirándole de soslayo—. Un sistema de calefacción viene siendo mi idea desde hace algunos años. Es ya tiempo de que se convierta en realidad. Ahora vea: podemos también ensanchar y dedicar adecuados ángulos del edificio para instalar en ellos un magnífico noviciado — separado del resto de la comunidad, como debe ser, y sin embargo, contiguo al cuerpo central de la casa.

— ¿Cuándo vamos a comenzar?

—Pienso que esta misma mañana — fue la rápida respuesta.

El otoño, el invierno, la primavera y parte del verano los monjes trabajaron en estas obras de ensanche y modificaciones. Excavaron, pusieron los cimientos, colocaron los ladrillos y los ventanales, las paredes y los pisos, y luego, con ayuda de obreros especializados, se instaló la planta de la calefacción. Para el invierno de 1915 todo estaba terminado..., casi todo, pues el ojo práctico de Dom Edmundo andaba buscando un sitio ideal para levantar un amplio cobertizo donde almacenar leña y otros materiales de construcción, de modo que, durante dos años, abasteciese de combustible a las calderas.

Todo esto se acababa de terminar cuando el abad, al saludar a su prior, le informó:

—Usted haría bien si subiese a ver a su colega Tomás F. Dunn, de Madison, Nueva York, a quien encontrará en la habitación de San Alberico, en nuestro departamento para huéspedes. Es la tercera vez que nos visita este año. En febrero permaneció tres días; en mayo se quedó cinco; ahora, en agosto..., bueno; vaya a verlo y cúrelo de sus temores o quítele toda ilusión acerca de esta vida nuestra.

El prior subió al departamento para huéspedes y se encontró a que la habitación de San Alberico se hallaba vacía. Un asilado con quien se cruzó le sugirió que buscase al hombre en el claustro por las estaciones del Calvario. El Padre Federico bajó al claustro y se halló con la persona que buscaba en la cuarta estación. El hombre permanecía arrodillado y tan enteramente absorbido en sus oraciones, que no se dio cuenta de que podían oírle el eco de sus exclamaciones de un extremo al otro del acústico claustro. "¡Oh, Madre María, permíteme morir antes que abandonar otra vez este monasterio!"

El prior esperó a que el hombre concluyese sus oraciones y luego lo condujo a su despacho para hablar con él. Tomás Dunn confesó que estaba lleno de miedo cuando entró en el monasterio y, sin embargo, todo su ser clamaba por la vida de un monje trapense. El Padre Federico reconoció la obra del diablo y le aconsejó al joven huésped que siguiese rezando e implorando a Nuestra Señora de Getsemaní.

Aquella misma tarde el encargado del hospedaje corrió al despacho del Padre Federico para anunciarle que Tomás Dunn sufría de un ataque al corazón. Se llamó a un médico, el cual

diagnosticó que fallecería pronto. Dom Edmundo subió a ver al enfermo y escuchó el ferviente ruego del joven, que pedía morir como un trapense.

—Póngasele un hábito —ordenó resueltamente. Luego, después de administrarle la Extrema Unción, el abad ejecutó la ceremonia de la investidura. El enfermo falleció aquella misma noche. Dos días después se le enterró como a un trapense y su tumba quedó marcada con la cruz trapense.

—Tendré que esperar bastante tiempo para enviarle a usted a verse de nuevo con otro postulante —murmuró el abad al día siguiente del funeral, dirigiéndose a su prior—. Yo le había enviado a curar a ese prójimo...

Al Padre Federico le agradaban particularmente los momentos en que el abad se mostraba de lo más ceñudo y de lo más punzante. Por lo común significaba que, por dentro, se hallaba de lo más enternecido.

—No fui yo, Reverendo Padre: fue Nuestra Señora.

Y le refirió el clamoroso ruego que escuchara del postulante arrodillado ante la cuarta estación del Calvario.

Dom Edmundo, después de escucharle atentamente, le contestó jugando con su crucifijo pectoral:

Nunca me siento tan pequeño y tan indigno como cuando me pongo en íntimo contacto con las almas de nuestros Hermanos. Hubo algo en el joven Dunn que me hizo recordar a Luis Carney y...

— ¡Curiosa ocurrencia! Yo recibí la misma impresión. Me pareció que tenía su misma mirada.

—Comoquiera que haya sido, me hace recordar la historia de aquel hombre tan vívidamente, que he venido orando por él todas las mañanas. ¿Podría usted olvidarse jamás de aquella mañana en que le sorprendió deslizándose por el pasamanos de las escaleras?

El prior sonrió; siempre que pensaba en Luis Carney sonreía. En 1880 Luis Carney había escrito una carta desde St. Johns, New Brunswick, comunicándole a Dom Benito que ardía en deseo de convertirse en trapense y ser un lego en la comunidad, pero como su madre era viuda y él su único apoyo, no podía cumplir sus anhelos hasta que ella falleciera. Dom Benito, favorablemente impresionado por la carta, le contestó diciéndole que cuando estuviese libre sería bienvenido en Getsemaní.

Transcurridos veinte años, un hombre de cincuenta y cinco llamó a las puertas del monasterio y mostró la carta abacial con la promesa. Don Edmundo vaciló unos momentos, pero el hecho de que tal hombre viviera esperanzado durante dos décadas, puso fin a su vacilación, y Luis Carney fue admitido. Su sonrisa le conquistó inmediatamente la cordial amistad de todos.

Cierto día, y poco después de haber profesado, se le envió a trabajar al departamento del hospedaje. El prior, aprovechando cierta oportunidad para visitar esa sección del monasterio, abrió la puerta grande de la base de las amplias escaleras y se quedó como pasmado al ver al ya maduro lego deslizarse por el pasamanos.

Cuando llegó al piso de abajo y vio al Padre Federico, sonrió con su habitual manera, se acercó a él y le dijo:

—Espero no haberle molestado, Padre; pero éste es el único modo que tengo para bajar escaleras. Mis piernas no se doblan.

El prior llamó a un médico, el cual examinó al lego y luego, llamando a un lado al prior, le informó:

—Cada paso que da este hombre ha de ser una agonía. La artritis le ha torcido los tendones de las piernas y no comprendo cómo puede caminar.

¡Y a pesar de ello, el hombre mostraba siempre su sonrisa!

— ¡Oh, los secretos que tales hombres han de tener con Dios! —musitó el prior.

Luego, alzando la mirada hasta la de su abad, continuó:

—Reverendo Padre, estuve examinando el cáliz que el gobernador Wilson le obsequió, cuando fue recibido aquí en mayo de 1911, y por primera vez surgió en mi mente la idea de que ese alto funcionario, no católico, ha leído e interpretado nuestro escudo de armas más acertadamente que yo. Un cáliz significa la integridad de nuestro emblema; es el cáliz del Angel de la Consolación que se apareció en Getsemaní la noche en que Cristo dijo "Fíat". Y ahora veo que la vida para nosotros en Getsemaní es un cáliz que ha de ser colmado..., colmado con el sudor de nuestras frentes, cuando trabajamos manualmente; colmado con las cruentas exudaciones de nuestros corazones, cuando oramos; colmado con el consuelo por el Cristo agonizante, en los muchos Getsemaníes de la vida moderna. Nuestros legos sonríen. Yo creo que conocen el secreto que yo acabo de descubrir.

—Usted habla a veces como un místico —se limitó a comentar el abad—. Pero dígame ahora: ¿hace ya cuatro años desde que nos visitó Villson con su comitiva? ¡Cómo vuela el tiempo!

—Estos han sido años colmados, Reverendo Padre.

—Demasiado colmados para mí..., para permitirme hablar como usted acaba de hacerlo. Convengo en que el gobernador eligió un regalo muy simbólico cuando se decidió por el Cáliz. Me agrada que bajo el escudo de Kentucky se haya estampado el de Getsemaní. No obstante, el recuerdo más grato que guardo de aquel día de mayo se me presenta cuando el gobernador y su esposa, arrodillados ante toda la concurrencia y pidiéndome su bendición. Fue un acto de humildad. Demostraba fe, aunque ellos no son de nuestra religión. Tal acción me anunció que Getsemaní había hablado a aquellas gentes en las pocas horas que estuvieron aquí, tal como yo quiero hablar al mundo... Se les ha dicho que necesitan a Dios.



Getsemaní 1904

CAPÍTULO XX

EL BLANCO CARAZÓN DEL DIAMANTE

Los años de la guerra pasaron y durante ellos no hubo reuniones del Capitulo General, y hasta el año 1920 Dom Edmundo tampoco pudo trasladarse a Europa. Cuando regresó, aparecía excepcionalmente serio.

—Bueno; resulta que tenemos una hijastra —fueran sus primeras palabras al Padre Federico.

— ¿Una qué?

—Una hijastra. ¿De qué otro modo podría llamarla? Estrictamente hablando, no es nuestra hija, puesto que no surgió de nuestros lomos y, con todo, el abad de Getsemaní es su Padre inmediato, oficialmente nombrado por el último Capítulo General.

— ¿Está usted refiriéndose a Nuestra Señora del Valle?

—A ella precisamente. ¿Qué piensa usted del caso?

—Pienso lo mejor. Estuve leyendo su historial mientras usted estaba ausente, y resulta una de las narraciones más fascinadora, de cuantas he leído. Por supuesto, se trata de una continuación de la odisea de Dom Urbano Guillet.

— ¡Hum! Se trata de un buen nombre. Tal compañero tenía el impulso de los viajes. ¿Sabe usted que Nuestra Señora del Valle estuvo vinculada con Getsemaní hace años?

—Sabiendo eso me enteré acerca de su espeluznante historia.

— ¿Espeluznante?

—Hasta el exceso. Todo ella viene a ser equivalente a naufragios, fuegos devoradores y luego una batalla que sacude la sangre del más anémico. El Padre Vicente de Paúl Merle es enviado a América para reforzar a Dom Urbano. Llega precisamente cuando este último se prepara para regresar a Francia. Urbano se planta en un barco y Vicente de Paúl en otro. En Halifax, Vicente desembarca, aprovechando una calma de la tormenta, para regresar a las pocas horas, pero cuando quiere volver a bordo..., ya no había barco a la vista, arrebatado por un viento huracanado. ¿Qué iba a hacer entonces el "encallado" monje viajero? Pues fundó un monasterio. Y en una extraña combinación de humildad y ambición lo bautizó con el nombre de *Petit Clairvaux* —Pequeño Cister—. En 1852, cuando Dom Eutropio peticionaba para Getsemaní, se tropezó con dos monjes en Tracradie, en la diócesis de Antigonish. Exactamente dos monjes, Reverendo Padre, que integraban la comunidad. Naturalmente, Dom Eutropio trató de persuadirles para que entrasen en Getsemaní, pero...

— ¿Pidiendo limosnas y además reclutando, eh?

— ¿O tal vez mostrándose caritativo mientras buscaba caridad para su monasterio?

— ¡Hum!

—El caso fue que los monjes franceses rehusaron el ofrecimiento. Retuvieron su terreno como hizo el general Frech en el Marne.

Los ojos de Dom Edmundo brillaron animados.

—Y después de algunos años de vacilaciones Dom Eutropio consiguió, por fin, que fuesen admitidos en la Congregación de La Trapa. Esto ya significó un triunfo para la pequeña morada. Pero en 1876 alcanzó el máximo triunfo al merecer ser elevada a la dignidad de abadía. Dom Benito tuvo el honor de contribuir a este triunfo y se le nombró su Padre Superior Inmediato.

—Esté es el punto que sitúa la cuestión para ser considerada hace dos meses. Cuando se supo que el reducido monasterio había estado sometido a Getsemaní casi medio siglo, todas las discusiones cesaron y desde entonces volvió a quedar bajo nuestra dependencia. Usted se dará cuenta: la minúscula casa nunca perdió su individualidad. Con esto quiere decir que cuando se nombró Nuestra Señora del Lago, después del incendio devastador que en 1892 redujo a cenizas la morada del *Petit Clairvaux*, permaneció parte de la comunidad en Oka, en la misma forma que procediera Fontgombault cuando vino a América en 1903. ¿Recuerda?

—Perfectamente.

—Así, pues, como usted ve, criando Dom Juan Murphy los trasladó a Rhode Island, en 1900, no estableció fundación alguna con los monjes de Oka, sino que se limitaba a transferir la pequeña comunidad de Tracadie.

— ¡Oh! ¡Pero la tenacidad de aquellos primitivos monjes de sostenerse en sus reductos, a pesar de ser dos! Luego se desarrollaron y crecieron hasta que fueron tan suficientes y numerosos como para merecer ser elevados al rango de abadía...; eso es lo que me mueve admirativamente.

—Bueno; pero Nuestra Señora del Valle todavía no está recocida como abadía...; yo he de dejarle esa tarea a usted —habló

el abad—. Hasta ahora es solamente un priorato y tendré que visitarlo pronto para presidir una elección de prior titular. Casi estoy seguro de que el Padre Juan O'Connor, a quien yo designé en 1913, cuando llegué allí por primera vez para estudiar la situación, será elegido por unanimidad de votos. De este modo nuestra abadía se va haciendo vieja...; tenemos una hija adoptiva.

—Y yo me pregunto si algún día tendremos una hija propia.

—Esa es otra pequeña tarea que he de encomendarle a usted cuando me vaya. Yo soy de la opinión que es bastante una morada para ser bien gobernada. Yo no me mostraba nada ansioso por asumir la paternidad de la del Valle, pero cuando me enteré de la historia que usted ha calificado de espeluznante y conmovedora, me di cuenta de que ése era el proceder correcto, sensato, lógico e histórico. Pero el Capítulo General nos ha dado a usted y a mí otra tarea, la cual desde ciertos puntos de vista, no resulta muy agradable.

El abad apoyó sus barbas en la mano y se inclinó sobre su mesa escritorio. Su barba se mostraba cana ahora y las arrugas en torno a sus sienes se multiplicaban con los años, pero sus ojos castaños de mirar firme aun sabían brillar animados. Aparecía ahora un tanto triste al quedarse examinando las uñas de su robusta mano izquierda.

—Padre Federico —dijo al fin—. Me parece que nunca le hablé de la lucha que, una y otra vez, durante años, he sostenido con Roma y el Capítulo General en favor de los sacerdotes que albergamos aquí.

—Los pensionistas de la hospedería.

—Así los llamamos en la comunidad, pero hay quienes han llamado a la hospedería *penitenciaría* y a ellos *prisioneros*. Son

mucho los que en Europa piensan que ellos han dado al monasterio un mal nombre.

—Precisamente, poco antes de llegar usted, Reverendo Padre, hemos tenido que soportar pequeñas molestias con cierta persona que estuvo vinculada al colegio, asunto que dio motivo a los enemigos de la Iglesia para publicar informaciones muy exageradas, y algunas positivamente falsas, acerca de este monasterio y de nuestras distintas actividades. Recuerdo cómo uno de esos enemigos hablaba acerca de los sacerdotes y...

—Es de lo más fácil murmurar de nuestros prójimos, Padre Federico —le interrumpió Dom Edmundo.— Luché a favor de esos hombres porque pensaba más en el Cielo que en la tierra, más en Cristo que en ciertos cristianos puritanos, más en las almas meritorias de esos sacerdotes que en las pequeñas debilidades y miserias de ciertos humanos... Cristo dijo que hay más regocijo en el Cielo por un pecador arrepentido que por noventa y nueve justos. Comprendo tales murmuraciones cuando oigo que algunos llamados hombres justos hablan de las almas santificadas que hacen penitencia... Seguiré luchando por ellas mientras la Divina Providencia no permita rescatarlas, trasladándolas de aquí a algún edificio que se levante en el Estallo de Nueva York, casa que será destinada a hacer lo que nosotros hemos venido intentando durante los veinte y cinco o treinta años pasados.

—Aquí se han albergado sacerdotes desde que nos hemos instalado.

—Lo sé, pero me refiero a los que vienen aquí temporalmente. Me pongo furioso ante la actitud de mucha buena gente hacia estos tan fervorosos sacerdotes. ¡Cómo me gustaría decirles cuatro verdades acerca del Cristianismo!

— ¿Se refiere a la caridad?

— ¡Me refiero al Cielo y al infierno! Esas gentes no parecen darse cuenta de que sólo hay una persona humana en el cielo que jamás puede ser llamada pecadora, y esa persona es la Reina del Cister. Únicamente Ella es el refugio de pecadores y la Madre de los sacerdotes. Yo sé que ama a los que han estado aquí. Pero esos cristianos puritanos que presumen ser más santos que los demás..., ¿cuándo aprenderán que el infierno no ha sido hecho para los que pecan?

— ¿Qué? —saltó con vehemencia el prior— ¿se dio cuenta de lo que dijo, Reverendo Padre?

—Lo repito: el infierno no ha sido hecho para los que pecan. No. Ha sido creado para los que pecan y no se arrepienten.

— ¡Oh! Entiendo bien lo que usted quiere significar.

—Desearía que todo el mundo lo comprendiera, especialmente los que juzgan a Getsemaní una prisión. No hay penitencia hecha en una penitenciaria, Padre Federico. Al menos, no es lo usual. Así, nuestros diccionarios necesitan ser revisados, justamente como nuestra hospedería necesita ser renovada. Expondré el asunto al voto de la comunidad muy pronto, pero me siento prácticamente seguro que todos asentirán por unanimidad cuando les cuente toda la historia.

"Toda la historia", como dijo Dom Edmundo, se puso de manifiesto en la próxima reunión capitular cuando él se refirió al juez Matt O'Doherty, John A. Doyle, J. O. Cassilly y algunos otros Caballeros de Colón que se le presentaron para pedirle que les permitiera pasar retiros de fin de semana en la hospedería del monasterio. Hasta ahora había vacilado por carecer de espacio. No iba a desalojar a los sacerdotes por complacer a esos hombres.

Pero ahora que los sacerdotes se habían ido, pensó que podría concederles el permiso a los mencionados solicitantes, y que el Padre Juan Bautista les impartiera algunos de los ejercicios espirituales de San Ignacio, para edificar su vida en Cristo, y luego devolverlos al mundo con una más aguda realización de que no deben vivir para el mundo...

El abad, al dar estas explicaciones, recalcó el hecho de que sólo el Hermano Hospedador y el jefe de los retiros se entenderían con ellos, y que la comunidad no tendría que tratarlos. Cuanto más, verlos alguna vez.

La comunidad, habiendo recibido la promesa formal de que no sería perturbada su soledad, concedió al abad el voto de aprobación que esperaba.

El 8 de julio de 1921 se inauguraron los retiros de fin de semana. No todos los llamados Caballeros de Colón se mostraron tan entusiastas como el juez Matt O'Doherty o John A. Doyle; algunos hasta no disimularon sus temores ante la perspectiva de pasar todo un fin de semana en tan sombrío lugar como el monasterio trapense. Se imaginaban lechos duros, comidas sin carne, silencio y muchas horas de iglesia, y se acercaron con desgana y alguna prevención, pero cuando se fueron después del retiro, se mostraron tan sinceros como dichosos, pues como algunos declararon en sus revistas, "entre los días felices de sus vidas, los tres pasados en Getsemaní habían sido los más felices."

El Padre Federico recortó una de tales confesiones públicas, que resultaba un eco de lo que el abad había dicho cuando se inauguraron esos permisos. El recorte decía: "Después de pasar tres días en la atmósfera que respiran aquellos monjes, salí del retiro sintiéndome muy agradecido de ser ahora católico y más

consciente para apreciar la gran herencia que poseo. Nunca había tenido una oportunidad parecida para inspeccionarme por dentro y advertir la falsa religión que había practicado al compararle con la de estos hombres de Getsemaní, cuya sola ocupación es Dios."

—Conozco al autor de estas líneas, T. D. Clines —comentó el con el prior. Se trata de un tipo honesto. Dios le bendecirá por su honestidad. Muy bien; hemos comenzado una buena tarea. Dios dispondrá cómo ha de completarse. Pero ahora, Padre prior, que he estado consultando el calendario y que me di cuenta... en 1923 hemos de celebrar las bodas de diamante de Getsemaní..., ¿lo recordaba usted?

—Y las bodas de plata de su cuarto abad —contestó el Padre Federico con vivacidad.

—Usted piensa en todo, ¿no es así? Pero yo sé que usted no ha pensado todavía en toda la tarea que tiene por delante antes de celebrar ese jubileo,

— ¿Esos jubileos, quiere usted decir, Reverendo Padre?

—Olvídese de mí.

—No podemos olvidarlo. Usted celebrará sus bodas de oro como trapense por ese tiempo. ¿Por qué no fusionar las tres grandes conmemoraciones y así celebrar un triple jubileo?

—Usted se me adelanta, siendo un hombre más joven. Precisamente ahora estaba pensando en maderas, y quiero que tome usted al Hermano Rafael y algún otro que conozca la tarea de la tala para que vayan al bosque y marquen el número de árboles que necesitamos para cubrir nueve mil pies cuadrados de piso.

El abad se fijó en el brillo de sorpresa que asomó a los ojos del prior y agregó sonriendo:

— Sí, vamos a construir otra vez, pero esta vez más bien es renovación, no propiamente construcción. Vamos a reformar la iglesia, reparando el coro de religiosos y los suelos gustados. Al Padre Roberto le encantará este trabajo. Será una tarea ruda, polvorienta y sucia, pero muy conveniente.

* * *

Transcurridos poco más de dos años el abad se hallaba a la puerta de la iglesia con Dom Ambrosio Bec, recién electo abad de Melleray, y Dom Arsenio Maurel, abad de Nuestra Señora de Bonnecombe, que llegara para representar al General, a la Orden y al Viejo Mundo trapense en Getsemaní, durante la celebración del triple jubileo. El Padre Federico hizo prevalecer su opinión. Dom Edmundo, al fin, consintió en que se fusionaran sus bodas de oro como trapense y sus bodas de plata como abad de Getsemaní con las bodas de diamante de la abadía. Se señaló el día 21 de mayo de 1924 como el más conveniente para congregar a muchos amigos del monasterio. No tendrían que soportar el sofocante calor del verano ni el riguroso frío del invierno, libres también del espíritu penitencial de la cuaresma y de las preocupaciones del tiempo de la recolección. Los dos abades franceses formaban la vanguardia en aquella visita por el monasterio.

—Voy a enseñarles lo que es, en realidad, una nueva iglesia. El primer detalle que quiero que noten es el piso. Mis monjes trabajaron casi dos años talando robles, acarreando los troncos, aserrando tablones, secándolos y luego labrándolos y puliéndolos hasta colocarlos. Vean qué piso. Estoy orgulloso de esta obra y de los monjes que la han ejecutado.

Tenía razón el abad. Los monjes habían realizado una obra realmente artística. Con tanto acierto se desempeñaron para colocar alternadas las tablas claras y oscuras del piso, que el santuario aparecía como un verdadero mosaico. Los abades visitadores lo examinaron detenidamente todo y recorrieron toda la largura del recinto.

—Esta es la primera vez que se muestra en toda su belleza interior la iglesia después de su última restauración. Existía una especie de división ele argamasa que la separaba desde el suelo al techo. La hizo construir el primer abad y el cuarto abad la hizo echar abajo...; cada cual tuvo sus razones. ¿Qué piensan ustedes de esta iglesia? Se extiende ante ustedes unos doscientos pies.

— ¡Pero ese ventanal! —expresó Dom Ambrosio con suavidad, como si no hubiera oído al abad. ¡Qué preciosamente luce! ¡Cuán perfectamente colocado! ¡Cuán exquisitamente adecuado!

—Reproduce la Asunción de Ticiano —remarcó su compañero con la misma suavidad de tono, y luego, volviéndose a Dom Edmundo le dijo:

—Usted eligió el sitio acertado.

—Espero que el donante se muestre tan complacido como entusiastas se muestran ustedes dos. Estará aquí dentro de algunos días y deseo que le conozcan personalmente. Este ventanal es el regalo del cardenal Dougherty de Filadelfia. Hasta sugirió el asunto y la colocación. Sabía que ésta iba a ser la iglesia de la Asunción, y cuando le informé que la fiesta de la Asunción era la fiesta patronal de la Orden, se dio cuenta cabal y prácticamente me ordenó que recibiera el ventanal y lo colocara como emparejándose al ventanal dedicado a la Reina del Cister, que ven

ustedes allí —siguió explicando el abad señalando un magnifico ventanal de arqueado gótico, que ocupaba el centro de la bóveda superior. Los dos ventanales son de proporciones idénticas, aunque fueron construidos por diferentes firmas de Munich.

—Usted ha interpretado artísticamente toda la historia de nuestra Orden, precisamente, en estos cinco ventanales —dijo Dom Bec al volverse de la derecha hacia la izquierda—. Aquí está San Benito, el legislador, hablando con su hermana Santa Escolástica; le sigue San Roberto, fundador de la Orden del Cister; luego San Bernardo, recibiendo su elocuencia del mismo aliento de María, y finalmente el mismo santo sacando almas del purgatorio con sus misas.

—Sospecho algún matiz sentimental relacionado con esta selección —expresó Dom Arsenio, que se quedó contemplando el que representaba a Bernardo en la misa—. Me dijeron que esta visión le fue dada a nuestro Padre en Tre Fontaine.

El representante del General dirigía sus palabras a Dom Bec, con esta información:

—También se me dijo que Dom Edmundo fue informado en la misma fuente.

—Si ustedes desean ahora ver algo que complace a mis sentimientos reales, síganme —dijo el abad de Getsemaní conduciendo a sus huéspedes al brazo Oeste del crucero y limitándose a señalarles con un expresivo gesto, el ventanal que separaba la sólida pared hasta llegar a la bóveda, y cuya base partía a pocos pies de un pequeño altar.

Atardecía y los rayos solares del benigno mes de mayo bañaban luminosos los historiados cristales del ventanal.

Nadie habló. La representación pictórica era demasiado elocuente. Firme contra una roca, se veía arrodillado a Cristo. Sus manos extendidas expresaban la agonía de sus plegarias. Su rostro angustiado se alzaba hacia un ángel, que descendía volando graciosamente, expresando adoración y ansiedad y mostrando a su Dios el cáliz de la consolación colmado de amor.

—Hoffman pintó más de lo que sabía cuando ejecutó este Cristo en Getsemaní —expresó Dom Edmundo con tono serio y convencido—, pues en esa pictórica representación que ustedes contemplan está expresado el triple propósito de la venida de mis monjes. Para Cristo ellos significan lo que era aquel ángel ahí perpetuado: coperos escanciadores de consuelo... ¡Oh! Ellos saben que la vida es un cáliz que ha de colmarse. Y lo hacen con la tarea consciente que han llevado a cabo, durante años y años, edificando este monasterio y los demás que lo rodean. Para estos monjes significa..., y que no se duermen, como aquellos tres discípulos representados en el último término de la pintura. Y para el mundo ellos se empeñan en ser lo que Cristo fue... ¡redentores!

— ¿Tuvo usted todo esto presente para la comunidad? Es algo realmente exquisito. No recuerdo haber visto jamás una pintura tan elocuentemente representativa.

— ¿Saben ustedes a quién está dedicada? A mis padres. —Habló el abad en todo menor y con gravedad conmovedora dirigiéndose a los dos abades, para informarles que, al desembarcar en El Havre en 1901, recibió noticia de que su padre agonizaba en Stotzheim. Con toda la rapidez posible cruzó Francia, y contrariamente a todo lo que se esperaba, dada la gravedad del enfermo, halló aún vivo a su padre y fue reconocido por él,

obteniendo su bendición en su lecho de muerte y falleciendo en sus brazos a la medianoche.

—Dios ha sido muy bueno conmigo —continuó Don Edmundo —. ¿Quién había de decir que un abad trapense en América podría recibir el último aliento de su padre fallecido en Stotzheim? Este es un ventanal que nos fue sugerido por el cardenal Dougherty —siguió explicando emocionado el abad mientras que, sin darse cuenta, se acercaba al centro de la nave.

—El buen cardenal es responsable por estos cristales pintados. Los ventanales puntiagudos representan la letanía del Loreto. Su Eminencia se encontraría como en su casa en esta iglesia, pues este mismo trono es una réplica del de su catedral en Filadelfia.

— ¿Son nuevos los sitiales?

—No —contestó el abad— pero me parece que son los únicos objetos del edificio que no son nuevos. El órgano es flamante y de marca conocida; el altar, litúrgicamente, es viejo, pero nuevo artísticamente. El especialista Doprato, de Chicago, renovó enteramente la vieja estructura de ladrillo. ¿Les gusta el bajorrelieve que representa el entierro de Cristo?

— ¡Mucho! —exclamó Dom Arsenio—. Esta es una magnífica iglesia. Estoy gratamente sorprendido por el trabajo que sus monjes han hecho.

— ¡Oh! Estos americanos son enérgicos.

— ¿Es realmente americana la comunidad? —preguntó Dom Ambrosio con grave seriedad. Nosotros, en Europa, no lo podemos creer.

—Lo sé. Ustedes no pueden creer que los americanos sean trapenses. Ahora bien; permítanme decirle al que ha viajado por todo el mundo, visitando monasterios trapenses, que hasta ahora no he visto una más regulada, más austera y más rezadora comunidad.

— ¿Enorgulleciéndose? —vituperó el representante del General.

— ¡Defendiéndola! —replicó con vehemencia el abad. Puedo hacerlo, puesto que no soy americano.

—Pero el punto es éste: ¿se trata de una comunidad americana?

—Sí, Padre. Por supuesto, usted encontrará en ella un poquito de todas partes: alemanes, franceses, italianos, suizos, irlandeses, españoles e ingleses. Es verdaderamente una liga de naciones, pero, predominantemente, es americana, y esto es lo que Europa no puede creer ni siquiera comprender. Observen bien a los Hermanos durante los días de su permanencia aquí y ustedes se convencerán.

Aquella noche Dom Ambrosio habló con un miembro de la comunidad, que no era americano de nacimiento, pero sí vibrantemente americano por elección. El Padre Malachy era famoso por sus sermones en inglés, pronunciados en francés en un cincuenta por ciento, y también por su hospitalidad. Había sido Hospedador durante años y estaba habituado a las preguntas, de modo que el representante del General no le sorprendió cuando le interrogó acerca de la amistad entre el abad de Getsemaní y el cardenal de Filadelfia. Se enteró entonces de que el Padre Dennis Dougherty había asistido al jubileo de oro de Getsemaní, con el arzobispo Prendergast. El ojo penetrante de Dom Edmundo

vislumbró cierta grandeza en aquel entonces modesto joven profesor, procedente de Overbrook, y simpatizó mucho con él. El fuego céltico del visitante correspondió a esta simpatía y ambos se hicieron muy amigos, amistad que fue acentuándose con los años. En 1903, cuando el joven sacerdote fue consagrado obispo de Nueva Segovia, en Filipinas, Dom Edmundo comentó complacido: *¡muy bien!* En 1915, cuando se le transfirió a Búffalo, volvió comentar: *¡mejor!* Cuando se le nombré arzobispo de Filadelfia en 1918, Dom Edmundo volvió a comentar: *¡lo mejor de todo!* En 1921, cuando Dennis Dougherty recibió el capelo cardenalicio, el abad se limitó a remarcar: *ya era tiempo; hace tiempo que yo le veía llegar a ese puesto*. Nunca el Señor de Getsemaní viajaba rumbo al norte del país sin detenerse en Filadelfia en la mansión de su buen amigo, ambos experimentaban el mismo placer al verse. *¡Oh, son íntimos amigos!* —concluyó informando el sonriente Padre Malachy.

Dom Arsenio se dio cuenta por sí mismo de esa intimidad al día siguiente, pues Dom Edmundo había salido hacia Louisville para encontrarse con Su Eminencia. Y en la estación vio al obispo Floersh y a un crecido número de clérigos diocesanos aguardando al viajero. Apartado de este grupo, y posiblemente un tanto turbado por la categoría de algunos prelados, se veía otro grupo de amigos laicos del abad. En el momento en que Dom Edmundo apareció, con su paso marcial, entre ellos, cambiaron las cosas, pues los dos grupos se convirtieron en uno, y cada persona conversaba fácilmente con la de al lado, fuese obispo, monseñor o simple lego. Moviéndose y atendiendo a todos, el abad tenía una palabra cordial para cada uno, repitiendo con frecuencia: *los caminos están intransitables*, *verdaderamente intransitables*, y buscaba con la

mirada a algún funcionario. *Tendré que contratar un tren especial* —concluyó diciendo.

Al dirigirse al despacho del jefe de estación, Dom Edmundo se fijó en un sacerdote de barba blanca que se hallaba solo en un extremo del terminal de la estación. Y sonrió cuando reconoció a Dom Pachone Gaboury, abad de Nuestra Señora del Lago, en Oka, Canadá. El trapense no le había visto acercarse, pues tenía puesta la mirada en la entrada de los trenes locales para Getsemaní. El empleado del andén iba anunciando el destino de los trenes que pasaban y el barbado extranjero le escuchaba con atención, sin duda esperando algún turno.

Acercándose a él a prisa. Don Edmundo le tomó la mano para decirle:

—Bienvenido a Kentucky, Reverendo Padre. ¿Pero qué hace aquí tan solo? Venga y véase con nuestros amigos. Seguramente que la hospitalidad sureña significa algo más que permitirle a usted apretujones y molestias.

—Pero ya tengo el boleto —dijo tímidamente el viajero visitante— y el tren saldrá dentro de treinta minutos, me informaron.

Brilló la mirada de Dom Edmundo al reconocer la humildad de su dignificado hermano.

—Venga conmigo mientras arreglo con el jefe de estación que se disponga un tren especial. Sepa usted que la última noche llovió torrencialmente y la mayor parte de nuestros caminos se hallan medio anegados, siendo dificultoso cruzarlos en cualquier vehículo.

Para el tiempo en que el tren de Filadelfia arribó con el cardenal Dougherty y su séquito, ya se habían hecho arreglos para disponer de un tren especial. El abad se adelantó, seguido de cen-

tenares de personas, y todas se fueron instalando ordenadamente en diversos vagones. Antes de mediodía ya todos se hallaban en Getsemaní. Se llevó a cabo una ceremonia litúrgica para recibir al cardenal, y Su Eminencia respondió con frases que conmovieron los corazones de sus oyentes. Dom Arsenio reconoció en seguida el gran don de simpatía que emanaba del prelado y que se reflejaba en todos los semblantes de monjes y visitantes.

A las diez de la mañana del día siguiente, todo estaba dispuesto para el festival tanto tiempo esperado. Antes de que el reloj de la torre señalase sonoramente la hora, en todos los corredores del espacioso monasterio se alineaban obispos, monseñores y otras muchas dignidades eclesiásticas, puesto que el cardenal Dougherty tenía la reputación de ser puntualísimo en las ceremonias. Apenas se extinguiera el eco de la décima campana, se abrió la puerta principal de la abadía y el Padre Juan Graf, el sacerdote más joven del monasterio, se encaminó a la logia del portero escoltado por dos acólitos. Le seguían los Hermanos legos, de largas barbas y pardos sayales, y tras ellos los monjes del coro luciendo sus blancas cogullas y entonando un triunfante *Magníficat*. Al trasponer la entrada del monasterio aquella nublada mañana, la procesión, marchando por la avenida sombreada por los frondosos álamos y pasando y bordeando el pequeño cementerio, situado al Oeste de la abadía, se iba enfrentando al pórtico de la iglesia. Una y otra vez se entonaba el *Magníficat* hasta que, como si se respondiera a esta loa a la Madre de Dios, el sol, desvaneciendo las nubes que lo ocultaban, bañó con su radiante luz los hábitos de clérigos y monjes. Solemne y a la vez pintoresca resultaba la escena de tan multicolores vestiduras en movimiento ordenado, entre las que se destacaban los

purpúreos atavíos de Monseñor el Cardenal y los escarlata de los obispos.

Cerraba la marcha Su Eminencia. Que iba escoltado por una guardia de honor seglar: Sir Al Fitzpatrick, de Filadelfia, y el coronel P. H. Callaham, de Louisville, ambos Caballeros de la Orden de San Gregorio.

Momentos después diez y siete cabezas mitradas se arrodillaban en el santuario, entonando glorias a Dios y expresando reconocimiento por los monjes que consagraban totalmente sus vidas a la adoración. Como asamblea de luces espirituales de la Iglesia Católica en América, resultaron sumamente brillantes las bodas de diamante de Getsemaní. Desde que se iniciara la ceremonia en la iglesia, se hizo evidente que los pensamientos mundanos de pompas y vanidades se habían evaporado como por encanto. Las armonías del órgano y las voces de los monjes cantores arrodillados, expandieron ondas de emoción al entonar la salve y *Sancta Parens*. Las primeras palabras del introito de la misa de María resonaron límpidas y exultantes. La misa había comenzado. Los primeros pensamientos de Getsemaní fueron, en ese gran día, dedicados a Dios y a su Bendita Madre.

De pronto, después del Evangelio, se interrumpió el oficio mientras Monseñor Whitaker, de Filadelfia, leyó un documento que el cardenal le entregó. Era un mensaje de Su Santidad el Papa Pío XI.

A nuestro amado hijo, Edmundo Obrecht, abad de Nuestra Señora de Getsemaní, de la Orden Reformada del Císter:

Amado hijo:

¡Salud y Bendición apostólica!

Se nos ha pedido fervorosamente por nuestro amado Dennis Dougherty, cardenal prelado de la Santa Iglesia Romana, y por apostólica dispensación arzobispo de Filadelfia, que se os conceda a vos, abad de la abadía llamada Getsemaní, de la Orden Reformada del Císter, situada en Kentucky, el uso personal del "Zuchetto".

Teniendo en cuenta, por lo tanto, la recomendación del mencionado eminente cardenal, y habiendo también oído la opinión del cardenal prefecto de la Sagrada Congregación de Religiosos, Nos lo juzgamos acertado, y libre y voluntariamente accedemos a la petición. Por lo tanto, en virtud de la presente carta, y mediante Nuestra Apostólica Autoridad, os otorgamos la facultad de usar, tanto como viváis, el "Zuchetto purpúreo"...

Al finalizar esta lectura el abad se arrodilló y el cardenal colocó sobre su cabeza el pequeño solideo púrpura. Luego, antes de terminarse la misa, se anunció que el Papa Pío XI otorgaba al cardenal Dougherty el privilegio de impartir la bendición papal sobre la asamblea. No solamente el mundo occidental se enteró de este triple jubileo: el corazón de la Iglesia Católica Romana colocaba su *imprimatur* sobre las obras de Getsemaní y de su abad.

Las ceremonias continuaron durante horas. El refectorio de los monjes se había transformado en una sala dispuesta para un banquete donde 150 íntimos amigos de la abadía fueron obsequiados, después del tributo rendido a la abadía, a su abad y a los monjes, de cuya espléndida labor todos estaban informados. Fuera del monasterio, y un tanto alejados de sus puertas, millares

de personas se agrupaban en las praderas contiguas, disfrutando de la conmemoración. El abad había ordenado que se les sirviera un abundante almuerzo campestre, rústicamente servido bajo las sombras de los álamos. Los monjes, por su parte, tenían su modo especial de dar gracias a Dios: consumieron su comida de la tarde en completo silencio, apretados en el reducido espacio del *scriptorium*. Con todo, la íntima presencia de Dios convirtió en festival su humilde vianda, y sus corazones disfrutaban del gozo de la plegaria, de la rica plenitud del *Te Deum*…

Y los hombres de Getsemaní y los visitantes de Europa y América escucharon de labios del cardenal Dougherty todo el historial de Edmundo Obrecht y de su comunidad durante veinticinco años.

"La abadía —dijo el cardenal— pertenecía originalmente a las hermanas de Loreto. Era entonces un lugar muy distinto del que ahora. Las Hermanitas derramaron lágrimas cuando abandonaron esta propiedad; lágrimas de consuelo por no verse más agobiadas con la responsabilidad de gobernar en un viejo lugar estéril y desolado. Se le reservaba al abad Edmundo Obrecht la obra de transformar este árido predio, embutido entre las lomas del condado de Nelson, en un lugar floreciente y próspero.

"Al abad Obrecht se envió por primera vez a América para recaudar fondos con que pagar las deudas de La Trapa, lo que realizó en cuatro años, visitando frecuentemente Filadelfia, Nueva York y otras ciudades —continuó informando el cardenal con plácida sonrisa, que todos sus oyentes compartieron—. Posteriormente se le envió a Getsemaní, en marzo de 1898. Como todos los humildes seguidores de Jesucristo, rehusó —la habilidad de rehusar ha sido implantada en el monje en cierto periodo de la

edad media— rehusó aceptar el cargo de abad. Pero poco después era elegido por los monjes. Cuando llegó abundaban los edificios a construirse y reconstruirse. Los existentes necesitaban urgentes reparaciones y el abad demostró ser todo un experto en la materia. En la biblioteca halló muy pocos libros y obtuvo una de las más grandes colecciones conocidas en América, obsequiada por un agonizante monseñor en Milwaukee. Había media docena de sacerdotes a su llegada y ahora cuenta con treinta y uno y la comunidad es el doble. Se halló con deudas, las pagó, construyó edificios, introdujo muchas mejoras y... sólo Dios sabe las reformas de otro orden que se implantaron.

"Durante todo este tiempo, los Superiores en Francia no le quitaban el ojo de encima, y lo enviaron varias veces mundo adelante para que adecuase y enmendase todo lo que juzgase necesario. Después de todos estos años al servicio de Dios, es conocido en todas partes como una personalidad chispeante, plena de vivacidad e inteligencia gálicas, un hombre de crédito fundamental y un ornamento para su Orden y también uno de los que se enorgullece la Iglesia americana con toda justicia. Si alguno entre los silenciosos Hermanos que me escuchan se imagina que pronto habrá nuevas elecciones en este monasterio, será mejor que rechace tal presunción, porque hay todavía sangre corriente en las venas del viejo..."

Dom Edmundo escuchaba las palabras del cardenal y por primera vez le sacudió el pensamiento de que el aniversario que se celebraba tenía otra significación... "Viejo" le había llamado el cardenal Dougherty... y ello era verdad. Muy pronto cumpliría los setenta y dos años. Le parecía extraño que pasasen tan rápidamente los años sobre él sin ser sentidos. Había estado

demasiado ocupado, supuso, para pensar en su edad. Pero de ahora en adelante tendría que tener presente su edad, de la que nunca se ocupara.

¡Viejo..., hombre viejo! El Padre Crisóstomo había cumplido ochenta y uno y aparecía lo bastante saludable como para servir a Dios varios años por delante. El haría lo mismo. Y por cierto que no se olvidaba de la promesa que había dado a su Abad General, veintiséis años atrás: que pasara lo que pasara, jamás dimitiría. No abrigaba intención alguna de dimitir ni de hecho ni para evadirse de las cargas inherentes a su puesto. Con la ayuda de Dios seguiría adelante, trabajando como un esclavo por la gloria del Padre hasta que..., bueno, hasta que muriese.

Un nuevo orador le sacó de su distracción. El obispo Juan A. Floersh, coadjutor de Louisville, había tomado la palabra para llamar a Getsemaní "una fábrica de oraciones que no solamente se expandirla para bendecir a su rebaño de fieles de la diócesis, sino por todo el país hasta alcanzar ámbitos mundiales entre los católicos."

El abad, al oír esto, sonrió complacido. Tendría que recordar estas palabras para repetirlas a sus monjes. ¡Cuánto ánimo les daría con ellas cuando, a veces, la esperanza se nubla y el espíritu se debilita!

Escuchó a otros oradores que se alzaron de sus asientos para relatar las grandes obras que había realizado, y en tanto que agradecía sus bondades, el corazón le gritaba que tales elogios serían vanos si no entrañasen lo más importante: a Dios trabajando dentro de uno mismo. Sin Cristo, sin la intervención de la Reina del Cister su Hijo, ¿cómo habría podido Getsemaní y su abad ejecutar tantas maravillas como ellos enumeraban y elogiaban?

Cuando los oradores terminaron, se alzó Dom Edmundo de su asiento. Percibiendo sobre él la mirada del cardenal Dougherty, sonrió al advertir el verdadero gozo que inundaba las facciones del prelado. Tres cuartos de siglo atrás había nacido Cristo en aquellas selvas de Kentucky, y eso era lo que significaba el festival que se celebraba. El hombre participando del divino plan de la Redención y así, convertirse en un instrumento dócil de la voluntad del Padre, cumpliéndola ciegamente.

"Todos ustedes me han recordado a través de mis trabajos —comenzó diciendo: —dichosos recuerdos puesto que los veinticinco años transcurridos han sido los más felices de mi vida. Ustedes también han avivado mi conciencia en el sentido de recordarme el imponderable débito de que soy deudor al Altísimo y a su Madre María. A esos dos divinos corazones les estoy también en deuda por haberme dado tales amigos como estoy viendo ante mí.... príncipes, prelados, sacerdotes, caballeros de la Iglesia, Hermanos y tantos seglares que han venido para congregarse aquí, procedentes de todas partes de los Estados Unidos y de más allá, para desearme a mí y a mis monjes las bendiciones de Dios..."

Y sintiendo que su voz iba a balbucear, invadida por la emoción, se sentó con toda compostura, e inmediatamente los aplausos atronaban el espacio durante varios minutos.

Dom Edmundo se olvidó de sí mismo durante el resto de la tarde y se dedicó de lleno a sus visitantes. Primeramente los asistentes al banquete al salón de la biblioteca —*Batz Memorial Library*— donde cada prelado, a turno, le ofreció su propio solideo "zuchetto" de púrpura como signo de cordialidad y reconocimiento por el honor que el Papa le había conferido. Dom Edmundo se mostró ingenioso y amable, pero no tardó en dejarles, distraídos en

sus charlas, para apresurarse a visitar a centenares de personas que abrigaban la esperanza de saludarle personalmente unos momentos. Millares habían presenciado la procesión matutina y luego penetrado en el templo, admirando el renovado recinto y los rojos y blancos mosaicos del claustro, entre cuyo número se contaban los que esperaban la oportunidad de besar su anillo y ofrecerle sus congratulaciones y mejores deseos. El abad se movió entre ellos, repartiendo apretones de manos, prodigando bendiciones y sonrisas y hasta riéndose graciosamente de muchos ademanes, saludos y palabras que se prestaban al buen humor. Hasta que las campanas llamaron al acto de la Bendición estuvo confraternizando con vecinos y extraños.

Dom Arsenio vigilaba la procesión precedida del obispo Floersh para asistir al acto de la Bendición con el cual se cerraban los festejos del día. Observó a muchos ministros del Señor, que fueron ocupando sus respectivos lugares en el santuario; les vio inclinarse en adoración, postrados, y se sintió conmovido por la serena gravedad de sus facciones... hombres, monjes que habían trabajado tan incesantemente por tan gigantesca celebración; y se dio cuenta de que la parte que desempeñada por ellos durante las ceremonias habían sido actos enteramente litúrgicos. Habían asistido a la procesión matutina entonando el *Magníficat;* después cantaron en la misa votiva a Nuestra Señora la Reina del Císter, con una expresión reveladora de que sus corazones y mentes se fusionaban con sus palabras, y... no habían participado para nada del gran banquete ni de la recepción, y ahora —al observarlos el visitador— se consagraban a la adoración. ¡Cuán atentos y concentrados en sus plegarias al Señor! En tanto las nubes perfumadas del incienso lentamente se elevaban sobre el blanco altar, el representante del General advirtió que ya tenía otro

símbolo para las vidas de los monjes de Getsemaní. Debería hablarle de esto a Dom Edmundo antes de irse. La magnífica pintura de Hoffman, que se mostraba en el ventanal de la pared Oeste del templo, era, ciertamente, sublime por su significación para los hombres de la proto-abadía de América; pero él iba a consultarle al abad si en vez de los tres símbolos se resumiese todo en uno: en el de quemar incienso. De nuevo contempló a aquellos monjes curvados en adoración y de nuevo vio las blancas nubes del incienso ascender y expandirse. ¡Sí, era eso...! Getsemaní era un bruñido brasero dentro del cual se arrojaran esos hombres como abundante incienso para ser quemado, hasta consumirse en amorosa adoración por Cristo. Día tras día, mediante sus oraciones, sus trabajos, sus silencios y sus sacrificios, estaban enviando a la atmósfera blancas y aromáticas nubes como servicio hasta el mismo trono de Dios.

El obispo Floersh ascendió hasta el altar y elevó alto la Sacra Custodia totalmente conmovido. Y mientras la comunidad se arrodillaba tocando casi el suelo con las coyunturas de sus manos, Dom Arsenio se golpeó el pecho para decir al Cristo en la Hostia: "Perdóname por no haber visto antes que Tú estás en el mismísimo corazón de esta celebración en cuanto a estos monjes concierne. Bendícelos, Señor, y permite que se abrasen hasta que sean quemados."

Una explosión de armónicas vibraciones le hizo alzar la cabeza. Tales ondas de articulación humana le penetraron tanto, que se puso a temblar entre sobrecogido y pasmado. El volumen del cántico creció después de la profunda adoración del *Sanctus, Sanctus, Sanctus*. El abad visitador observó los rostros de los monjes que formaban hilera a cada lado de la estrecha nave y

movió su cabeza con gesto de convicción. Esos monjes cantores se habían olvidado totalmente de todo lo que les rodeaba. En aquellos momentos no existía para ellos nadie de aquí abajo, nadie..., ni el cardenal, ni el arzobispo, ni los obispos, ni los demás monseñores allí presentes..., nadie ni nada porque ellos estaban con serafines y querubines, con ángeles y arcángeles, totalmente absortos en la sublime majestad de adorar al Dios Uno y Trino. Y cuando el *Te Deum* resonó inflamado, el abad se afirmó en su convicción.

Cinco minutos después penetraba en el despacho del Padre lnmediato Superior de Getsemaní Dom Ambrosio Bec.

— ¿Qué está usted haciendo? —le dijo después de cambiado el saludo.

—Anotando las celebridades asistentes. Escuche los nombres: Cardenal Dougherty; arzobispo Shaw, de Nueva Orleáns; obispo Allen, de Mobile; obispo Althoff, de Belleville; obispo Chartrand, de Indianápolis; obispo Howard, de Covington; obispo Gerke, de Tucson; obispo Morris, de Little Rock; obispo Smith, de Nashville; obispo Stritche, de Toledo...

—Usted se ha olvidado del obispo Crane, el auxiliar de Filadelfia, y del obispo Floersh, el Ordinario de esta diócesis.

— ¿Así que usted ha estado haciendo también su lista?

—Estuve haciendo descubrimientos. ¿Qué ha pensado usted de la celebración?

—Todavía no se ha terminado. El cardenal y su séquito pasarán aquí la noche para celebrar mañana con la comunidad. Edmundo Obrecht sabe ciertamente cómo hacer bien las cosas.

—De esto quería precisamente hablarle a usted, pues se trata del gran descubrimiento que he hecho. Todo lo acontecido ahí, toda esta pompa y majestad, todo este brillante colorido aportado por los jerarcas, Órdenes y los legos es mero aspecto externo. He podido darme cuenta de que ni fue al abad, a quien se ha celebrado tanto como a sus monjes. Permítame decirle, Dom Ambrosio Bec, que el verdadero corazón de esta celebración ha consistido en el torrente de gracias derramadas por los hombres realmente devotos. Ahora estoy dispuesto a admitir que ésta es una comunidad americana.

—Pero casi todas las naciones bajo el sol están aquí representadas.

—Y es precisamente por eso por lo que es tan cabalmente americana. Yo veo a esta tierra como un enorme crisol. Recibe y toma a los hombres de todas las demás tierras del mundo y los fusiona de algún modo, convirtiéndolos en una unidad, en una sola nación: una nación joven, enérgica, optimista, fuerte. ¿No es esto también la descripción de esta comunidad?

—Ciertamente, es enérgica.

—Es también cisterciense. Estos hombres tienen espíritu. Hoy lo he visto. No ha sido hoy para ellos un día de fiesta tanto como un día santo. Hable con ellos y usted se dará cuenta de que ellos miran a los huéspedes como amigos que han venido de lejos y de cerca para contribuir a la solemnidad de la celebración y para conmemorar, no precisamente los muchos logros obtenidos en los pasados años, sino la bondad de Dios manifestada durante tres cuartos de siglo. Lo que para la mayoría resultó un desfile pomposo, para ellos fue oración, nada más que oración. Esta es

una casa santa. El General se mostrará complacido al conocer mi información.

—Al Padre Superior Inmediato le ocurrirá lo mismo, cuando informe al Capítulo General. Le doy las gracias, Reverendo Padre, por haber abierto los ojos de mi corazón a la comprensión íntima de esta espléndida conmemoración. ¡Esto es el Corazón de Cristo!

CAPÍTULO XXI

"ET MOI AUSSI"

(Y yo también)

Apenas habían transcurrido las fiestas de las bodas de diamante, cuando ya Dom Edmundo Obrecht fuera comisionado para verificar una visitación regular a Nuestra Señora del Calvario, en New Brunscwick, Canadá. Todavía sintiendo los efectos de los vigorosos impactos sentimentales recibidos durante la celebración del triple aniversario, partió para visitar aquel monasterio, situado cerca de la localidad de Rogersville. La comunidad de Getsemaní se alegró de que pudiera escapar de la mayor fuerza del calor veraniego de Kentucky pues algunos de los monjes habían advertido las huellas que los últimos años imprimieran en el organismo de su Padre. El rol del viajero diplomático de la Orden Trapense no era una misión fácil para un hombre que sufría de diabetes y que ya contaba setenta años de edad. Con todo, tal vez cuando regresase las cosas serían diferentes.

En efecto; en cuanto el abad regresó, el Padre Federico supo cuán diferentes habían sido las cosas. No le entretuvo al recibirle sino que lo acompañó inmediatamente a su habitación. Confiaba, sin embargo, en que, a pesar del aspecto enfermizo que presentaba el viajero reaccionaría con el descanso. Nunca le había visto tan mal. Con todo, presentía que su Superior querría hablarle

inmediatamente acerca de la visita realizada, aunque sintiese la necesidad del reposo..., más reposo del que el enfermo se permitía en sus frecuentes y fatigosas tareas.

—Bien, Padre Federico —comenzó diciendo el abad: —acabo de realizar el más miserable viaje de toda mi vida.

—Le veo muy rendido, Reverendo Padre. Siéntese y descanse.

— ¡Descansar! —murmuró. — Si lo hago no me levanto más. Algunos de la comunidad me habían dicho antes de partir que algún buen ángel me acababa de procurar para mí tal misión. Si el mismo diablo la hubiera planeado no hubiera sido peor. Llegué a Moncton, a mediodía para saber que el próximo tren para Rogersville no llegaría hasta la noche. Luego me enteré de que el monasterio distaba sólo setenta millas de la estación. Bueno; yo estaba ansioso por llegar antes de la noche y decidí alquilar un taxímetro. Esta fue mi gran equivocación. El conductor me prometió formalmente que llegaríamos antes de la puesta del sol, pero eran las cuatro de la madrugada cuando nos enfrentamos con las puertas del monasterio.

—Estarían todos muy ansiosos al verle llegar a tales horas —comentó con simpatía el Padre Federico— y supongo lo fatigado que se encontraría usted.

— ¿Fatigado? No solamente fatigado, pero tan malhumorado como un oso... Me parece que las dificultades del largo y molesto viaje durante la noche alteraron mi disposición y mi ánimo de algún modo, y puesto que los monjes se hallaban en la iglesia tuve que tocar la campanilla de llamada para que se me abriesen las puertas. Tiré y tiré de la cuerda de la campanilla y..., bueno..., usted puede adivinar el resto..., yo...

Puedo adivinar una cosa —le interrumpió el Padre Federico con fraternal solicitud: —que usted necesita ahora mucho descanso y silencio.

—Cállese..., no se inquiete usted. No se imagine que esta debilidad significa algo —replicó con cierta nerviosa impertinencia el abad.

—Naturalmente que no —replicó el prior condescendiendo—, pero requiere descanso.

Don Edmundo se quedó contemplándole.

Después de veinte y tres años de desempeñarse como prior, usted me habla de descanso. ¿Cuándo aprenderá usted? —Luego, tomándole las manos que se apoyaban en el borde de la mesa, agregó con otro tono:

—Perdone mi fanfarronería, Federico. No quise decir nada. Estoy fatigado, muy fatigado. Es cierto; me estoy volviendo viejo y usted debe esperar extrañas reacciones de un viejo como yo.

Los ojos del Padre Federico brillaron con apacible alegría.

— ¿Viejo? Pero Reverencio Padre, usted está demasiado ocupado para envejecer. Pero viejo o joven, usted debe cuidarse y descansar a causa de su diabetes.

Dom Edmundo se resistió con un vigoroso movimiento de cabeza.

—No intente ser complaciente conmigo. Soy un viejo irascible y lo reconozco. Ahora váyase a sus quehaceres. Tengo que pensar en varias cosas y no quiero que ande usted alrededor de mí ordenándome que descanse. ¿Cómo quiere que un hombre pueda dormir cuando tiene que redactar informes y exponer toda una lista

de asuntos que han de ser sometidos a la consideración del Capítulo General? Debo estar dispuesto para partir el próximo mes.

—Pero usted no considera...

—No, no consideraré. Dios tendrá cuidado de mí. Mis Padres me juzgaron lo bastante fuerte para visitar el monasterio de New Brunswick y regresar sano y salvo. Partiré para Europa y regresaré sano y salvo también. Mientras sea abad cumpliré los deberes de un abad. Y recuerde, Federico: no estoy enfermo.

Dom Edmundo viajó y asistió el Capítulo General y, tal como había prometido a su prior, regresó en el mes de Noviembre. No obstante, apenas penetraba en su habitación cuando sufrió un ataque al corazón que le retuvo en el lecho por más de un mes.

Transcurrió el invierno, y el abad, aunque con irreprimible impaciencia, acató las órdenes del médico, y por la primera vez en su vida monástica, oía a sus Hermanos levantarse y dirigirse apresuradamente a la iglesia cuando la campana repicaba en la obscuridad, antes de amanecer...; oía la llamada y no respondía. Con todo, cuando llegó el verano, no se cuidó de acatar nuevas órdenes facultativas porque de nuevo partió para Europa. El doctor J. I. Greenwell, médico del monasterio, le previno contra tal viaje; pero —argüía Dom Edmundo— los médicos siempre prevenían para que no se hiciese esto o lo otro... Greenwell se parecía al prior de Getsemaní, siempre mostrándose inquieto y preventivo.

El abad cruzó Europa sin inconvenientes, pero poco después sufrió una aguda crisis cardíaca. Temiendo quedarse varado en alguna ciudad no muy amistosa, se apresuró a llegar a Stotzheim, en Alsacia, la ciudad donde había nacido. Y allí se quedó para someterse al debido tratamiento. Los especialistas que le asistieron, diagnosticaron que si no se presentaba ulceración,

recobraría su salud. Estas noticias llegaron a Getsemaní y el Padre Federico recomendó a los monjes para que rogasen por su salud con plegarias especiales y sacrificios.

Durante seis meses esperó ansiosamente Getsemaní buenas noticias acerca de la salud de su abad, pero las cartas recibidas en ese tiempo hablaban muy poco de su mejoramiento. Luego, hacia fines del año, fueron conocidos los primeros detalles. Dom Edmundo se hallaba muy grave. La ulceración se había presentado. A menos de un milagro, el Padre Federico presumía que Dom Edmundo no volvería a ver las lomas de Kentucky. Los doctores no le salvarían; sólo las fervientes plegarias podrían infundirle la salud perdida. La comunidad oró con intenso fervor. Morir tan lejos de su morada..., separar al Padre de sus hijos..., ¡no! María, Reina del Cister, intercedería.

Posteriormente se recibieron noticias de que Dom Edmundo regresaría a su hogar monástico para recobrarse en Getsemaní. La noticia produjo gran contento. Se oró en acción de gracias inmediatamente, y tales plegarias, como nubes de incienso, ardieron ante el altar mayor. El Padre Federico, más que otro miembro alguno de la comunidad, se mostraba impaciente por ver de nuevo al abad, pues intuía el doble milagro verificado en Lisieux: era en aquel convento, donde Santa Teresita viviera y muriera en santidad, al que se dirigió en peregrinaje Dom Edmundo para rogarle a Dios que no le separase de sus Hermanos. Y el prior recordaba bien lo que Dom Edmundo había dicho cuando regresó en 1913 de su larga excursión por el lejano Oriente y descubrió que su prior había dado a leer a sus monjes *Historia de un Alma*, de Teresa Martín, como lectura para el refectorio.

"Con hombres tales como San José, San Juan Bautista y San Pablo como modelos, Padre Federico, ¿ha de elegir usted a una carmelita joven y oscura, aunque no dudo que piadosa, para estimular la devoción a Dios? —le había reprendido. — ¿No tiene usted hombres bastantes en nuestra propia familia? ¿Hombres como Roberto, Alberico y Esteban, por no mencionar a San Bernardo y al ardiente de Rancé...? Si ha de elegir a una mujer, que ella sea la Madre de Dios."

El Padre Federico sonreía ahora. No se había referido más a la joven Teresita, aunque su personal devoción hacia ella no se amortiguara con la desaprobación de su abad. Hoy, doce años después, Dom Edmundo regresaba a su hogar curado por un milagro que debía ser atribuido a la joven Teresita... Nadie podría decir si fue mera coincidencia que el Abad de La Trapa obtuviese para Don Edmundo el último permiso válido para entrar en el convento de Lisieux, antes de que rigiese la prohibición papal.

Dom Edmundo se hallaba tan ansioso por contarle a su prior acerca del cambio de su corazón con respecto a la Florecita como el Padre Federico por conocer todos los detalles de lo sucedido.

— ¡Cuán benigno y complaciente ha sido conmigo Dios! —le declaró al prior, que se encontró a solas con él. No vaya a pensar que me he olvidado del modo que usé para reprenderle por haberse leído la *Historia de un Alma* en el refectorio. He pensado con frecuencia en las palabras que le dije cuando aprecié los juguetes y tesoros de Teresita, que Lisieux conserva como reliquias de su santa vida. También visité la enfermería en que ella murió, y conocí a la Madre Genoveva, su hermana y compañera de juegos, cuando ambas asistían a la escuela con las monjas Benedictinas de Lisieux. Todo eso me ha hecho muy humilde.

—Y hace muy agradecidos a sus Hermanos, Padre abad —replicó el prior—. Mediante la intervención de ella, lo tenemos a usted de nuevo y puedo ahora decirle que mucho temimos que no regresara nunca.

—Bien, sí, y ésta es una buena respuesta para el doctor Greenwell, que argumentaba acerca del descanso —dijo el abad —. Ahora que la Florecita me asiste, siento que tendré las fuerzas suficientes para hacer todas las cosas que se requieran de mí.

—Ella ha prometido maravillas — expresó el prior con buen humor.

— ¡Oh! Yo no pediré lo imposible..., no con frecuencia —corrigió Dom Edmundo, en quien se advertía el buen humor perdido do y recobrado con su visita a Lisieux.

A medida que se reponía, Dom Edmundo se las arregló para asistir puntualmente a todas las reuniones anuales del Capítulo General en Europa durante algunos años subsiguientes, y su viaje a Francia significaba su visita a Lisieux. Poco antes de su regreso, en 1926, escribió dándole las gracias a la Madre Inés, conocida en el mundo como Paulina Martín, la mayor de las tres hermanas de Teresita que todavía vivían, y mantuvo con ella una correspondencia regular. El abad admitía que una carta de la Madre Inés tenía más efecto terapéutico sobre él que cuanto le recetase el doctor Greenwell.

En 1927, al visitar de nuevo Lisieux, vio a las tres hermanas de Teresitas despojadas del velo, privilegio generalmente reservado para obispos o parientes consanguíneos. Pero la mayor alegría que le procuró su acercamiento a la familia Martín consistía en un documento manuscrito que se le había enviado en 1921.

Siguiendo el ritual ordenado para la adopción legal, las tres hermanas Martín adoptaron a Don Edmundo Obrecht como miembro de su familia. Escrita en francés, la carta estaba firmada por la Madre Inés de Jesús (Paulina, la Madrecita de Teresita), la Madre María del Sagrado Corazón (María, Madre de Dios de Teresita) y la Madre Genoveva del Divino Rostro (Celina, compañera de juegos de Teresita). Bajo estas tres firmas estaban pegadas tres palabras: *et moi aussi* (y yo también) que habían sido escritas por la misma Santa Teresita del Niño Jesús.

Desde entonces la distancia geográfica entre Lisieux y Getsemaní ya no significaba nada: espiritualmente eran uno. Dom Edmundo no desperdiciaba ocasión para propagar la devoción a la Florecita y solicitar ayuda para la edificación de una basílica en honor de su Hermana en el cielo. Miles de dólares se recolectaron y se enviaron a la Madre Inés, pero la asistencia que recibió Lisieux de América parecía nada en comparación con el consuelo que el abad recibía de sus visitas a sus reliquias. En 1928 dijo misa en el altar, ante el cual la joven carmelita recibía con frecuencia la santa comunión, y tuvo el privilegio de suministrar el cuerpo de Cristo a las sus tres hermanas, juntamente con otras 22 monjas carmelitas que albergaba el convento.

Pero no fue hasta 1929 cuando sus monjas se dieron cuenta cabal de que el final se acercaba, mostrando entonces la misma Santa Teresita lo muy en serio que había tomado su adopción. En Mayo, temerosos de que Dom Edmundo no viviera para celebrar el cincuentenario de su ordenación, la comunidad celebró sus bodas de oro, o, como el Padre Federico las llamaba, "primeras vísperas" del jubileo, El doctor Greenwell llamó a varios especialistas para una consulta acerca de la decaída salud del abad, y todos

convinieron en que era inevitable hospitalizarlo. Don Edmundo escuchó este consejo facultativo, y ante la sorpresa de todos consintió en abandonar el monasterio. Para el Padre Federico este fue el signo más seguro de la debilidad del enfermo, mucho más que los testimonios de los facultativos.

Como medida de prudencia, el prior sugirió que se le administrasen los Últimos Sacramentos. Dom Edmundo, por su parte, insistió en recibir la Extrema Unción, pero no en su habitación, sino en la iglesia, en donde tantas veces transformara el pan y el vino en la sangre y el cuerpo de Cristo. Así se hizo. Allí, sentado en su sillón giratorio, en el santuario del templo, habló a sus hijos. Las lágrimas rodaron por las curtidas mejillas de muchos monjes, incluido el prior, cuando el anciano abad pidió perdón a todos por los pesares y molestias que les había causado, rogando con ellos para que se le perdonaran sus faltas y defectos y confesando arrepentido su dolor por haber podido perturbar en lo más mínimo a cualquiera de sus hijos.

Las asperezas de su temperamento, todavía evidentes no hacía muchos meses, se habían desvanecido para revelar el tierno corazón del Padre. Eran muchos los ojos humedecidos por las lágrimas, que temían perderlo para siempre.

—Volverá recobrado —expresó el Padre Federico con tono convencido—. Su Hermanita v nosotros vamos a lograrlo.

El prior habló acertadamente. Dom Edmundo regresó al monasterio y con bastante vigor para mostrar de nuevo mucho de su viejo e impetuoso temperamento.

El 19 de septiembre de 1929 se celebraron las bodas de oro de su ordenación sacerdotal. Pontificó en la misa y aparecía como en sus mejores épocas. Horas después, aquella misma noche,

resonó su aparato telefónico y lo puso en contacto con Washington, D. C. Su Excelencia Pietro Fumasoni-Biondi, Delegado Apostólico, le llamaba personalmente para expresarle que, en reconocimiento de sus grandes obras en favor de la Iglesia, Su Santidad Pío XI le otorgaba el privilegio de investirse con la *Cappa Magna*, amplia esclavina usada por cardenales y obispos en funciones especiales y concedida a prelados especialmente designados por el Papa. Muchos de la comunidad se preguntaron si lo verían luciendo tal prenda, pero esta duda no asaltó al Padre Federico ni al Padre Roberto.

Los que dudaban y los que no dudaban iban a ver cómo al año siguiente, el día 26 de Noviembre, en el acto le la acostumbrada distribución de tareas, el anciano abad, con la impetuosidad un tanto áspera de sus viejos tiempos e irradiando satisfacción, anunció el trabajo del día con estas palabras:

—Todos a trabajar afuera. Derriben los cercos y vallados, limpien el terreno y... vamos a construir una muralla circundante.

La mayoría de los monjes reaccionó regocijada. ¡Esta iba a ser una señora tarea! Pero el Padre Roberto y el Padre Federico cambiaron una mirada y movieron sus cabezas en admirativo silencio. ¡Qué empresa para un hombre inválido de cerca de ochenta años que apenas si se movía algunos pasos sin la ayuda de su sillón giratorio! Sin embargo, ambos se olvidaban de que, más de cuarenta años atrás, otro abad de Getsemaní gobernaba a su monasterio desde un sillón giratorio, y aquel hombre era algo como un héroe para Dom Edmundo. Tal vez olvidaban ambos que en varias ocasiones, durante los últimos años, Dom Edmundo Obrecht se había recordado a sí mismo la promesa hecha el día de su elección: ¡No renunciaría!

El anciano abad rechazó todo pensamiento de alquilar seglares especialistas para que revisasen su proyecto. Sabía exactamente lo que quería y sus monjes eran capaces de realizar la obra. La muralla circundante tendría seis mil pies de extensión y siete pies de altura, a construirse con bloques de cemento de 12 por 8 pulgadas. Cada espacio de cincuenta pies se señalaría con una pilastra de cemento sólido de dos pies cuadrados de base por ocho de alto. Luego un festoneado, por decirlo así, de lajas colocadas en plano inclinado. Así, pues, día tras día, la comunidad trabajó bajo la dirección personal de Dom Edmundo, que en su silla giratoria se movía de un lado a otro como verdadero superintendente de la obra. Por fin, el 20 de octubre de 1932 se dieron los últimos toques a la muralla y el anciano y rudo luchador sonrió satisfecho. Había tardado 34 años en hacerse la muralla, pero al fin podía exclamar: "¡Ahora Getsemaní es un monasterio que deleitaría a San Benito!"

Ni siquiera en 1932 se resignó Don Edmundo a permanecer dentro de los confines de Getsemaní. Ese año asistió a la reunión del Capítulo General, como en los años anteriores, siendo no solamente el deán de los abades americanos, sino también de todos los asistentes a la asamblea. Su presencia prestó colorido a la reunión, pero esto fue solamente una parte de la sensación creada por él.

Pocas sesiones antes de cerrarse el Capítulo, el Abad General dijo a la asamblea que su antigua residencia había sido confiscada por el gobierno, debido a ciertas mejoras que estaban haciéndose en la ciudad de Roma, pero que había sido lo bastante afortunado para obtener opción a un pequeño sector de terreno en una propiedad perteneciente a la familia de Torloni, por el que se

pedían setecientas mil liras. ¿Podrían los abades asistentes a la asamblea contribuir a tal adquisición? El Abad General carecía de recursos.

Por algunos minutos reinó silencio en el salón. La bancarrota de 1929, con la subsiguiente depresión, se había sentido en todas partes del mundo —hasta en los monasterios trapenses—. El deán de todos los abades se incorporó lentamente en su asiento y todas las miradas se fijaron en él.

—Si le es permitido, la abadía de Getsemaní comprará esa propiedad para nuestro Reverendísimo General y nuestra Orden. Si se me permite, puedo autorizar un cheque ahora mismo por las setecientas mil liras.

Los Padres capitulares se quedaron pasmados por la sorpresa. ¿Cómo podría un sólo abad, cuando todo el mundo sentía los efectos de la depresión, ejecutar tal milagro financiero? Pero Dom Corentino, abad de Melleray y Padre Superior inmediato de Getsemaní, sonrió. Nadie, excepto Dom Edmundo Obrecht y su hija Getsemaní, podían demostrar tales arrestos.

De regreso en su monasterio, el abad les dijo a sus monjes lo que había prometido en nombre de todos. Admitió que había obrado presumiendo el permiso de ellos, que había usado lo que los moralistas podrían llamar *Epikeia*, pero ahora ellos podían ratificar o denegar libremente. Sin suscitar ni una pregunta, votaron por unanimidad entregar la cuantiosa suma al General y a la Orden. Sabían que su abad era un financiero tan inteligente como correcto. Nunca dejaría en deuda a Getsemaní.

Pero en 1933 la comunidad tenía razón para pensar que el abad había sido salvado por un verdadero milagro.

El caso ocurrió el 18 de febrero. Dom Edmundo invitó al Padre Juan María, del monasterio de Nuestra Señora del Valle, a que le acompañase en una visita a Loreto. Se le avisó al Padre Francis que se presentase con el *Paige*, el automóvil que se le regalara al abad con motivo de sus bodas de oro sacerdotales, para atender a sus visitadores y realizar sus visitas. Alrededor de las dos partieron en el carruaje. Dom Edmundo ocupaba un asiento trasero al lado del Padre Juan María. Como de costumbre, cuando manejaba el coche Francis, el abad se sentía perfectamente cómodo y seguro. No abrigaba duda alguna acerca de la destreza del monje y, por otra parte, raramente se encontraban en dirección opuesta con otro vehículo.

Habían cruzado ya las vías del ferrocarril cerca de un pueblito llamado Chicago y ascendían por el camino adelante cuando, de pronto, otro automóvil descendía desde la cima de una de las lomas a gran velocidad. La curva del camino impidió a ambos vehículos obrar preventivamente con la debida presteza y el choque se hizo inevitable.

Francis se dio cuenta del peligro inmediatamente y maniobró para apartarse al borde del camino —la única salvación posible— y con la ayuda de Dios y su Madre... sí, lograría escurrirse del peligro. Pero... ¡¡chrash!!

El conductor del otro automóvil, presa de pánico ante la inminencia del choque, movió el volante precisamente en la dirección fatal y los dos coches se volcaron con estrépito ensordecedor. La colisión atrajo la atención de algunos vecinos cercanos, que se acercaron al lugar, y se quedaron sorprendidos al advertir que nadie había muerto.

El suceso, sin embargo, alarmó al Padre Federico cuando el doctor Greenwell le informó acerca del abad. El Padre Juan María no estaba herido aunque sufriera una fuerte conmoción interna. El Padre Francis, o sea el conductor, no había sido tan afortunado, pues presentaba algunas heridas y serios trastornos internos, pero se repuso en poco más de un mes. ¡Al abad había que amputarle una pierna!

—Doctor: ¿está usted seguro de que es necesaria la amputación? ¿No habría otra posible curación? Amputar una pierna es siempre peligroso, aun tratándose de persona joven y vigorosa; pero pensar en amputársela a Dom Edmundo...

—Lo siento —le replicó el médico al prior con la sosegada convicción que adoptan los facultativos—; pero la gangrena ya se está manifestando. Es la única solución, Padre Federico, aunque, como usted ha dicho, reconozco que la operación es peligrosa para un hombre en las condiciones de Dom Edmundo.

Vamos a esperar algo, doctor; siquiera un día —rogó con vehemencia el prior—. Tal vez usted consultará entretanto con otro especialista. La amputación puede no ser necesaria.

El doctor tomó el volante de su coche.

—Como usted disponga, Padre —se limitó a decir—; pero es mi deber prevenirle de que cualquier demora puede ser fatal. La gangrena se propaga por el organismo con gran rapidez. Sería demasiado tarde atajar el contagio y salvarlo de las complicaciones derivadas de la diabetes.

—Gracias por su bondadoso informe, doctor —se apresuró a contestar el prior—, pero vamos a esperar un día, un solo día. Debo preparar al abad. Habrá muchas cosas de las que querrá disponer antes de ser internado en el hospital.

—Usted sabe mejor lo que ha de hacerse —replicó el doctor con tono grave—. Llamaré a consulta al doctor Abell y me cercioraré con él, para que todo esté dispuesto, una vez que Dom Edmundo consienta en la amputación.

Cuando el doctor Greenwell regresó al día siguiente, el prior lo condujo inmediatamente a la habitación del abad. Halló al anciano sentado en su sillón giratorio, y de no haber visto su pierna con síntomas de gangrena el día anterior, no habría creído que el viejo monje sufría perturbación orgánica alguna, aparte de su vieja enfermedad diabética.

— ¿Y qué es lo que usted quiere? — le soltó, como de costumbre, con su tono zumbón e incisivo a modo de saludo y antes de que el doctor pronunciara una palabra.

—Me siento sorprendido —pronunció el médico sin dejar de estudiarle con la mirada—. ¿Cómo se siente?

—Para un hombre que hubo de estar muerto estoy en magníficas condiciones — replicó el abad.

—Claro que pudo haber muerto —confirmó el facultativo acercándose e inclinándose para desatar el vendaje—. Al venir observé en el camino los dos coches destrozados. No puedo comprender como se han salvado ustedes.

—Bueno; yo me salvé, ¿pero, cómo está el compañero "chocante?

— ¡Oh! Se salvará. Está internado en el hospital Lebanon con el cráneo fracturado. Tal vez usted querrá detenerse y verle cuando vayamos a...

El doctor se detuvo al advertir las facciones contrariadas del prior.

— ¿Y qué es lo que le da tal seguridad para creer que necesito ser operado? —preguntó el abad—. Usted no ha examinado todavía mi pierna.

Le voy a examinar en cuanto le quite la última gasa del vendaje. El que vendó previno absolutamente de todo germen contagioso.

El viejo abad se echó a reír.

—Ha sido el prior y el enfermero, que han estado a mí alrededor cacareando como dos gallinas. Vigílelos, doctor, porque son tan buenos enfermeros que acabarán por desplazarlo a usted del monasterio.

—Me parecería muy bien — contestó el médico un tanto distraído.

El vendaje había sido quitado y el doctor palpaba cuidadosamente la carne alrededor de la herida, y tanta atención concentraba en el examen que no notó la penetrante mirada que le lanzaba el abad. El prior le ayudaba en silencio mientras el facultativo, entre perplejo y prolijo, examinaba y volvía a examinar...

— ¿Ha estado aquí alguien desde mi última visita? —preguntó al fin.

—Solamente yo y el enfermero — respondió el Padre Federico.

— ¿Y quién vendó por la última vez?

Nosotros dos.

— ¡Ajá!

Se incorporó y pasó la mirada del prior al abad y del abad al prior.

—Cambien de vendas y laven la herida tan frecuentemente como les parezca. Ya no necesitan que yo vuelva. No habrá operación.

Y se dirigía hacia la puerta cuando unas recias palabras del viejo abad le detuvieron.

—Venga, acérquese. Usted no puede irse así no más, sin una explicación. ¿Qué quiso decir cuando le indicó al Padre Federico que me lavase la herida con tanta frecuencia como le pareciera? Él es prior, usted es el doctor.

El médico sonrió comprensivo al enfermo.

—Mi campo de acción es la medicina, Padre Abad, no los milagros. Le pongo a usted en mejores manos.

Dom Edmundo se le quedó mirando con su peculiar mirada penetrante.

— ¿Y no tiene preguntas que formular? Eso no contradice con sus conocimientos. Usted no se muestra curioso acerca del cambio operado, y eso que apenas hace un día que usted quería cortarme la pierna.

—Tal vez ya conozca ahora —dijo el prior— o tenga sus sospechas.

—O quizá quiere también que un hombre enfermo descanse después de haber escapado de la muerte por margen tan pequeño —habló el médico—. Usted todavía necesita muchos cuidados, Padre Abad. Además, el prior me lo explicará todo tan pronto como estemos fuera de su vista.

Dom Edmundo advirtió la mirada chispeante del facultativo, pero pretendió ignorarla.

— ¿Piensa usted que puede irse tan fácilmente..., lo piensa? Pues atienda, doctor: cada vez que ha venido a visitarme como facultativo le he pagado la visita, pero hoy va usted a escribir una nueva clase de receta. ¿Tiene estilográfica?

—Sí.

— ¿Y talonario de cheques?

— ¡Ufa!

—Muy bien; dispóngase a escribir. Habitualmente yo le pago por sus visitas; hoy me paga usted, pues voy a darle una lección de *Cieloterapia*. La última vez me dijo al examinar mi pierna: "hay que cortarla"; hoy dice: "lave la herida y cambie el vendaje con tanta frecuencia como le parezca". Tal cambio de opinión en tan experto médico como J. I. Greenwell, reclama una explicación, y esa explicación es la que usted va a pagar ahora. ¿Conoce usted a Teresa Martín?

— ¿Dónde vive esa dama?

—En el cielo, pagano. Ella es la Florecita y mi Reinecita. Sus tres hermanas están construyendo una basílica en su honor. Necesitan dinero, de modo que haga un cheque por esta lección de *Cieloterapia*.

Una amplia sonrisa mostró los blancos dientes del doctor mientras que sus manos registraban los bolsillos en busca del talonario y la estilográfica.

—Esto es lo que se llama un asalto —dijo con un guiño picaresco al prior—; pero conociéndole a usted como le conozco, no argüiré. — ¿Cuánto es el precio de la lección? — agregó con el cheque por delante y la pluma dispuesta.

El abad lo contempló con estudiada seriedad.

—Estamos en febrero —recapacitó— y las rosas, porque son muy escasas en esta época, son caras. Extienda un cheque teniendo en cuenta la carestía.

Y mientras el médico escribía y firmaba, le dijo al Padre Federico:

—Ahora muéstrele.

Revolviendo entre el desatado vendaje, el prior encontró lo que buscaba: un pequeño óvalo de gelatina.

—Este es el pequeño objeto que el doctor no pensó en prescribir —explicó extendiéndolo hacia el facultativo—; pero el que verdaderamente curó. Es una reliquia de primera clase de nuestra hermanita.

— ¿Hermanita? — repitió el doctor intrigado.

—Muéstresela — indicó el abad al prior mientras tomaba el cheque que le alargaba el médico.

El Padre Federico puso una carta en manos del doctor antes de que el abad tuviese tiempo de leer el cheque, y con un dedo señalaba las firmas.

— ¿Pero qué significa *"et moi aussi"* al pie de la carta? — Significa que hasta la Florecita se mostraba ansiosa por contarme entre los miembros de su familia. Ese es el documento oficial que prueba que soy miembro de la familia Martín — explicó el viejo abad.

—Bueno —musitó zumbonamente el doctor devolviendo la carta al prior—: esto ya es comprensible ahora.

Luego, acercándose a la puerta y enviando otra guiñada al prior, agregó:

—Toda familia, por muy bendita que sea, debe tener su oveja negra.

El abad refunfuñó en un aliento:

— ¡Largo de aquí, irreverente iconoclasta! Váyase a la enfermería para que los muchachos le escuchen sus charlatanerías.

El médico abrió la puerta y se inclinó zumbón y ceremonioso.

—Buenos días, Reverendo Padre abad — saludó con tono de flauta.

—Buenos días —gruñó a tono Dom Edmundo, agregando mientras alzaba el papelito en sus dedos—: y gracias por los dólares para el ramo de rosas.

El doctor Greenwell se retiró con el prior, y cuando estuvo seguro de no ser escuchado por el enfermo, le dijo con franca admiración:

—Es un gran caballo de batalla, Padre Federico. No quiere ser viejo y se resiste con gallardía, y me fastidia ser el hombre que intentó aconsejarle lo que debería de hacer. Usted debe advertir que se está aflojando un tanto y que debe tomarlo todo con más paciencia, pues de lo contrario...

CAPÍTULO XXII

"DONA EI REQUIEM"

El doctor Greenwell no se mostró muy sorprendido al saber, algunos meses después, que el Padre Federico había sido reemplazado como prior de Getsemaní. Evidentemente se trataba del gesto de un hombre decadente. Durante treinta y dos años Federico Dunne había servido con eficiencia excepcional, a pesar de las tremendas exigencias que hubo de soportar durante las largas ausencias del abad. Ahora, cuando las fuerzas de Dom Edmundo decaían, ¿quién otro soportaría, no siendo Federico, las brusquedades exasperadas del anciano? Done Edmundo sería abad de su monasterio, lo seguiría siendo y mandando, y de esto no cabía duda alguna. Si alguno de sus monjes, con la intención de no molestar su fatigada mente, recurría al Padre Federico para obtener consejo, tales acciones no debían ser toleradas. Nadie debería pensar que otro alguno, no siendo Dom Edmundo Obrecht, era el jefe de Getsemaní mientras viviera.

Para suceder al Padre Federico se designó al Padre Roberto McGann, y el doctor Greenwell le compadeció. Era una tarea inevitable la que se le encargaba. No solamente tenía que complacer a un abad de ochenta y un años, pero también reemplazar al Padre Federico en sus múltiples ocupaciones. El doctor Greenwell pudo apreciar todo esto mejor cuando se le llamó

a Getsemaní en septiembre de 1934. Una llamada urgente del prior.

— ¿No podría usted hablarle, doctor? — le rogó el Padre Roberto en cuanto saludó al facultativo —. No le puedo disuadir y se empeña en ir a Lonsdale.

— ¿Qué le hace a usted creer que yo tenga mejor suerte? — le contestó el médico con un gesto risueño de comprensión—. ¿Qué atención ha prestado él nunca a mis órdenes y a las órdenes de los demás?

—Pero usted lo conoce y asiste desde hace mucho tiempo y él respeta sus opiniones.

—Gracias por el cumplimiento, Padre Roberto, pero mucho me temo que sea infundado. Jamás he podido advertir que cambiase de opinión y que nadie influyese en él para que rectificase. No obstante, tanto por usted como por mí, lo intentaré. ¿Qué le urge a ir él personalmente a Lonsdale? ¿No puede enviarse a otro?

El Padre Roberto movió dubitativamente la cabeza.

—Esa es la dificultad, doctor. Nadie sabe a qué quiere ir. Nadie, excepto Dom Edmundo, y como no lo dice a nadie...

—Comprendo lo que todo ello significa —murmuró pensativo el médico—. Bueno; vamos a verle e intentaré.

Cuando penetraron en el departamentito de Dom Edmundo, lo encontraron empacando ropas en su maleta.

— ¿Dónde piensa usted ir? — le preguntó el doctor después de un breve saludo.

—Donde me llama el deber — contestó lacónicamente el viejo abad mientras continuaba disponiendo sus cosas.

—Lo que significa que se va a acostar o...

Dom Edmundo se volvió hacia él, lo miró con fiero brillo, y lo mismo hizo con su prior.

—Apártense de mi vista. Estoy muy ocupado.

El doctor no se movió.

—Yo soy un hombre muy cargado de responsabilidades —replicó lo más tranquilo— y espero que usted no haga mi carga más pesada. Si usted quiere irse tan lejos como Bardstown o New Haven, rehúso a admitir la responsabilidad por las consecuencias.

— ¿Quién habla de consecuencias? — replicó agudamente el abad. Luego, escrutando a su amigo y médico unos momentos, se volvió a su prior para decirle con tono cargado de ironía:

—Padre Roberto: si quiere verse con el doctor J. I. Greenwell en alguna parte y en cualquier próximo futuro, dígale por favor que está invitado a asistir a mis funerales.

—Estoy hablando en serio, Reverendo Padre —le interrumpió con vehemencia el facultativo—. Usted sabe el resultado de la consulta que hemos tenido en Louisville el pasado invierno.

—Por supuesto que lo conozco —refunfuñó el abad—. Ustedes, los facultativos, me dijeron que me metiese en casa y muriera. Pues bien; me vine a casa, pero no voy a morir todavía. La Pascua pasada ponifiqué, presidí un Capítulo y estuve ausente durante el verano y ahora me voy a Rhode Island.

—Usted va hacia su muerte.

Las palabras salieron de los labios del doctor con penetrante determinación. Durante unos minutos nadie habló. Fue Dom Edmundo quien rompió la tensión. El tono de su voz había cambiado y hasta la expresión de sus facciones estaban alteradas.

— ¿Ha leído usted la vida de San Bernardo, doctor? —preguntó con aspecto tranquilo. ¿No? Bueno; déjeme contarle un breve episodio... En la primavera de 1153 se le anunció que solamente él podía resolver las dificultades existentes entre el obispo de Metz y el duque de Lorraine. Durante todo el precedente invierno la comunidad de Claraval había actuado precisamente como actuó la comunidad de Getsemaní este invierno pasado: trabajaron y oraron cotidianamente, esperando oír el tañido de las campanas llamándoles a la oración por la muerte de su abad. Ahora bien; si el doctor Greenwell hubiera estado con Bernardo en 1153, le habría dicho que cometía suicidio intentando trasladarse a Metz.

Y como el doctor no le interrumpiera, Dom Edmundo continuó:

—Y yo estoy seguro de que San Bernardo le habría dicho al doctor Greenwell justamente lo que Edmundo Obrecht le va a decir ahora: arrodíllese y tome una bendición; luego váyase. Yo me voy a Lonsdale justamente como San Bernardo se fue a Metz. Y regresaré como regresó San Bernardo.

Calló unos momentos para agregar sin que su voz temblara:

—Si muero popo después, confío en morir justamente como San Bernardo murió. Arrodíllese ahora y reciba mi bendición.

El médico se arrodilló sin decir una palabra y cuando besó el anillo del abad y luego se dieron un apretón de manos, estaba seguro de que lo saludaba por última vez. Ya no esperó disuadirle de su viaje, pero sintió que su corazón se le oprimía al contemplar al viejo abad dirigiéndose hacia la muerte. Parecía razonable que el deán de todos los abades cistercienses y el más viejo en años y en servicios, pasase sus últimos y declinantes años libre de las inquietudes de los otros monasterios.

¿Viviría para regresar a Getsemaní, aunque regresase para morir? Esta era la pregunta que se hacía el médico de Getsemaní. En el pequeño cementerio del monasterio, entre las ciento veinte y nueve cruces de hierro que señalaban otras tantas tumbas, yacían los restos mortales de los primeros tres abades de Getsemaní, dos de los cuales habían fallecido en Europa. Dom Edmundo quiso que sus despojos reposasen en aquel lugar y los hizo traer — los de Dom Eutropio desde Roma y los de Dom Eduardo desde Francia —. ¿Serían sus restos traídos también a su hogar americano si fallecía lejos de él?

La respuesta a esta pregunta se formuló de un modo enfático el once de octubre, cuando Dom Edmundo presidió un Capítulo y mostró uno de los últimos centelleos de su vieja forma al anunciar a la comunidad que él era un milagro viviente y operante. "Yo puse de pie al caído Dom Juan O’Connor cuando todo el mundo se preparaba para enterrarle".

Con todos estos arrestos, los monjes de Getsemaní sabían muy bien que su abad no iba a engañarles con sus desplantes de coraje y de espíritu animoso. Día tras día observaban cómo se iba debilitando y él mismo se daba cuenta de que las prevenciones del doctor Greenwell no eran exageradas. Sus fuerzas se iban. Cuánto tiempo transcurriría hasta que su Hacedor lo llamase, sólo Dios lo sabía. Con todo, sería pronto. Se ausentaba poco de Getsemaní y ahora más que nunca ella —la Florecita— ocupaba constantemente sus pensamientos y oraciones. ¿Le quedaba algo por hacer? ¿Había cumplido su promesa al soldado Abad General que le había enviado a Kentucky?

Tres semanas después de su regreso a Getsemaní, Dom Edmundo se presentó por última vez en público ante su

comunidad. Fue el día de Todos los Santos y apareció en el salón capitular para hacer un anuncio especial. Los monjes se apenaron al verle tan sombrío y macilento, con sus grises facciones y ya sin el brillo que antes despedían sus ojos penetrantes. Ya ninguno abrigaba esperanza alguna acerca de su próximo final después de su regreso de Rhode Island.

Pero si la apariencia física del anciano abad no les daba esperanza alguna, su valiente corazón sí. Les dijo que los había llamado a capítulo para hacerles un anuncio especial. El personal superior del monasterio sería modificado, tal era su decisión y el Padre Federico volvería a desempeñar el cargo de prior.

—Bien; concédasele el crédito que se merece al anciano por este acto —comentó sonriendo el Padre Roberto cuando entregó su despacho de prior al Padre Federico—. Se trata de un verdadero acto de humildad, de una franca confesión de que sus nombramientos de los últimos años contenían un tanto de irritabilidad.

—Es un anciano enfermo, Padre, y hay que disculparlo. El doctor Greenwell ya no puede hacer nada por él. Se limita a protestar cortésmente cuando el enfermo insiste en que va a morir pronto.

—Apostaría a que todavía asistirá a las Vísperas — dijo Roberto separándose y echándose a reír.

El viejo abad, en efecto, asistió a las Vísperas luciendo su purpúreo solideo *zuchetto*. A la conclusión del oficio canónico se levantó de su sillón giratorio para ocupar su asiento abacial, como era de costumbre en los grandes festivales religiosos, y administró la bendición especial con extraordinaria gravedad. Luego volvió a su sillón giratorio y asistió a las demás ceremonias. Esta fue la

última vez que tomó parte activa en las ceremonias que ocupan las horas cotidianas de los trapenses durante sus vidas. Y fue la última vez que se arrodilló con su comunidad y que él la vio congregada..., hasta que la convocó el 13 de noviembre.

El 13 de noviembre era su cumpleaños y ordenó al prior que fuese anunciado. Cuando el Padre Federico, de nuevo en funciones de prior, convocó a la comunidad a la antesala adjunta a las habitaciones del anciano, se presentó conduciendo el sillón giratorio con el abad. Se contaban más de ochenta trapenses presentes. El Padre Federico no se consolaba pensando en el confuso grupo de sesenta., que escucharon a Dom Edmundo Obrecht cuando éste les dirigió la palabra en 1898.

Los rostros que ahora le contemplaban se mostraban casi tan ansiosos como los de entonces. Estos hombres temían oírle pronunciar palabras que sería mejor que no pronunciase. Sentía que su próxima muerte era inevitable, pero lo que su muerte significaría para Getsemaní nadie quería presumirlo.

Sin embargo, no fue el futuro el que ocupaba la debilitada mente de Dom Edmundo, sino el pasado. De nuevo, como había hecho cinco años atrás, se acusó ante la comunidad. Su celo por la disciplina le había impulsado muchas veces a exagerarla; a algunos de sus hijos los había injuriado; pero nunca —rogó que le creyeran— nunca tuvo la intención de herir a ninguno de sus hijos. Al pedirle perdón a su comunidad, de nuevo rogó a todos y a cada uno que comprendieran que él había actuado de acuerdo con las luces que Dios le concediera, y que solamente y siempre había tenido presente el mayor progreso espiritual de cada uno de ellos, sus hijos...

Hablaba con sinceridad porque las lágrimas rodaban por su curtido y macilento rostro, lágrimas que supo contener bravamente hasta que los monjes desfilaron por la puerta de salida.

Al fin estaba solo..., solo excepto el Padre Federico, su prior.

—Padre abad —le dijo éste sin vacilación alguna pero sosegadamente: —Deseo decirle algo muy especial en su ochenta y tres aniversario.

El anciano alzó su cabeza para mirarle sorprendido.

—Yo ya estaba aquí cuando usted vino, Padre. Yo sé lo que usted nos trajo. Usted le dio luz a Getsemaní cuando se hallaba sumida en profunda obscuridad. Usted se hizo cargo de una abadía que estaba estigmatizada, una abadía que era una preocupación y todo un problema para el General y el Capítulo General, y usted la ha convertido en una de las glorias de la Orden y famosa en todo el mundo. Nosotros no podemos olvidar eso, ni tampoco el adiestramiento que nos ha dado. La abadía vive la regla de San Benito estrictamente gracias a usted.

—Lléveme a mi habitación — dijo el viejo abad con voz quebrantada.

Cuando estuvo en su lecho miró a su prior para decirle:

—Padre Federico: Getsemaní hallará en su gentileza y comprensión lo que a mí no se me concedió. Esto no es remordimiento; hablo con conocimiento de causa. Yo sé lo que Dios nos ha dado a cada uno. A mí me concedió el talento para organizar y construir con rapidez. Pero a ustedes... Bueno; usted ha estado a mi lado más de tres décadas y Dios le premie por su paciencia y bondad, sí, y especialmente por su silencio. Hijo mío, usted sabe sufrir, lo que significa que usted sabe cómo convertirse en Cristo. Ahora

permítame que le dé todo lo que tengo en este cumpleaños: tome mi bendición.

Dom Edmundo durmió con tranquilidad aquella noche. Pasaron los días v sus achaques eran como el paño mortuorio para su comunidad. El doctor le visitaba regularmente, pero el enfermo sabía que nada podía hacer para detener el progreso de su enfermedad. La tensión y el ajetreo de su viaje a Rhode Island fueron demasiado para sus años y achaques. El abad Obrecht se moría... y con él todo un período de faustos y prosperidades para Getsemaní.

Pasaron las Navidades y la comunidad esperaba el desenlace. Vino el nuevo año, y aun en el aire flotaba la misma inquietud. Fue el 4 de enero cuando las campanas redoblaron a muerto, anunciando la triste nueva a todo el monasterio y a las vecindades contiguas. Los monjes acudieron a rezar el oficio de difuntos. En la reclusión de una reducida pieza cerrada y aislada del mundo, el trapense que había viajado por todo el globo para cumplir misiones especiales..., religioso que durante cuatro décadas fuera una figura de gran importancia en toda función religiosa que se celebraba en América, yacía muerto. Sólo sus Hermanos monjes le hacían ahora compañía en la obscura mañana de enero en que, desde las sombras de Getsemaní, Dom Edmundo fue llamado a la luz de la eternidad.

* * *

El cardenal Dougherty telegrafió que llegaría el martes para asistir a los funerales. Pronto se habría de ver que si Dom Edmundo murió solo, no iba a ser enterrado sin grandes acompañamientos. De toda América y de ultramar llegaban

mensajes de condolencia y anuncios de que se celebrarían muchas misas en sufragio de su alma.

La tarde del lunes se convocó a toda la comunidad para recibir en el salón capitular a Su Excelencia el cardenal Dougherty, el cual llegó con el obispo Floersh, y ambos prelados fueron presentados a la comunidad por el prior, que en breves y sentidas palabras expresó la gratitud de todos por el honor que se le otorgaba al fallecido y a toda la comunidad. Luego el cardenal se franqueó con todos, relatando la curiosa historia de sus cuarenta años de amistad con Dom Edmundo. A medida que avanzaba en su relato, los monjes se daban cuenta de la elevada estatura moral e intelectual de su último abad y de lo muchísimo que significaba su pérdida. Pronto también se dieron cuenta de que no solamente ellos habían perdido mucho, sino el mismo purpurado, que se limpiaba con disimulo alguna furtiva lágrima que testimoniaba su sincero pesar por el viejo amigo.

"Y ahora —exclamó al final de su alocución— de toda aquella galaxia de amigos gloriosos de hace cuarenta años, sólo yo quedo".

¡Y qué galaxia había presentado! Todos y cada uno notables en América y ultramar: cuatro pontífices: León XIII, Pío X, Benedicto XV y Pío XI con sus cardenales y secretarios de Estado; los santos Don Bosco y, Teresita, y por encima de tantos nombres ilustres, los innúmeros huérfanos de Louisville y África del Sur que llamaban "Padre" a Dom Edmundo.

Y cerró su discurso expresando con gentileza que su deceso había ocurrido en días adecuados, durante la Epifanía. "Poseía regios dones —puntualizó—: el oro de corazón amante, el aroma

de incienso de sus prolongadas oraciones monásticas y la mirra de sus sesenta años de activa vida trapense".

La mañana del ocho de enero se presentó gris y sombría. Los oscuros esqueletos de los árboles y de las lomas circundantes envolvían en una densa sombra el monasterio. La iglesia de la abadía se colmó mucho antes que sonase la hora del Réquiem, y ni los clérigos ni los seglares parecían intimidados por lo desapacible del clima.

Exactamente a las diez en punto, Su Eminencia salió de la sacristía y siguió a los ministros sacerdotales de la misa hacia el santuario. El Padre Federico fue su ayudante, Monseñor Fitzpatrick, de Filadelfia, y el Reverendísimo E. Erle Willet, vicario general de Louisville, actuaron como diáconos de honor, en tanto que dos monjes de Getsemaní actuaron de diácono y subdiácono. Arrodillados en el santuario estaban el arzobispo de Cincinnati, Reverendísimo Juan T. McNicholas, O. P., con el obispo Juan A. Floersh, de Louisville, y el obispo Francis Howard, de Covington a su derecha e izquierda.

Entre los civiles, que se aglomeraban en la parte trasera de la nave, estaba el doctor Greenwell, el cual, contrariamente a otros muchos asistentes, ya conocía la liturgia de los servicios del Réquiem. Con todo, nunca la liturgia tuvo un aspecto tal de desconsuelo, ni los cánticos menos matices de esperanza, aunque fueron entonados con voces firmes, claras y armónicas.

La misa terminó con las tres bendiciones impartidas por Su Eminencia sobre el cadáver de Dom Edmundo Obrecht. El doctor Greenwell se deslizó rápidamente del templo para llegar al pequeño cementerio antes que los demás.

En aquellos momentos llovía fuertemente. El doctor se abrió camino por entre el lodo hasta acercarse a la nueva tumba abierta detrás de la capilla de Nuestra Señora de las Victorias, sagrado recinto en el que el abad siempre rezaba sus misas privadas. Los monjes habían hecho con maderas una especie de marquesina protectora que resguardaba de la intemperie a la recién abierta tumba, protegiendo ahora a parte del cortejo fúnebre, aunque nadie parecía preocuparse por la comodidad personal.

Los trapenses, vestidos de blanco, precedían al largo cortejo. Tras ellos seguía el féretro y el doctor se sorprendió al observar que era la misma caja de madera pintada de negro que se usaba ordinariamente en todos los funerales del monasterio desde los tiempos de Dom Benito. Mientras se mostraba abierto a los elementos, dio a todos los presentes la oportunidad de ver cómo Dom Edmundo Obrecht era enterrado con sus hábitos comunes, llevando en la cabeza una simple mitra blanca y un inmaculado roquete.

El doctor movió la cabeza reflexivamente. ¡Esto sí que era simplicidad!

A medida que se desarrollaba el ritual, el facultativo se daba cuenta de que no se diferenciaba ni en el más simple detalle del funeral de cualquier otro monje muerto como miembro de la comunidad de Getsemaní, desde el celebrado a bordo para arrojar al mar el cadáver del Frater Benezet, en 1848, hasta el Padre Basilio, que había sido enterrado en el pasado julio. Un viento cortante obligó al doctor a levantar el cuello de su abrigo, ciñéndolo al cuerpo.

El obispo Floersh presidía la ceremonia ante la tumba y siguió el ritual cisterciense al pie de la letra. Calmosamente recitó las

preces mientras gruesas gotas de lluvia resbalaban por sus negras y doradas vestiduras. Finalmente el cuerpo fue sacado del sarcófago común y abierto y descendido hasta la mojada tumba.

El doctor Greenwell percibió un ademán de consternación cruzar las facciones de muchos de los asistentes civiles. Resultaba difícil y penoso presenciar el entierro de un cadáver sin féretro. ¿Qué diferencia establece eso? —pensó el observador facultativo —. El muerto ya estaba con Dios... Sin embargo, presenciar ese espectáculo en aquella intemperie y lluviosa mañana de invierno resultaba, naturalmente, repugnante para muchos.

Cuando el enfermero, que hacía de enterrador, descendió hasta la tumba para acomodar el cadáver, el doctor se inclinó adelantándose para echar una última mirada a su amigo. La mitra aún se sostenía en su lugar y retenía entre sus manos el símbolo de su jurisdicción sobre Getsemaní: el báculo. Pero ahora se le cubrió el rostro con un paño, sujetándosele con ganchitos a la cogulla, de modo que algo parecía separarlo del barro con que se le cubrió.

El obispo Floersh echó sobre el cuerpo la primera palada y en su turno todos los altos dignatarios le imitaron. La tierra caía sordamente sobre el cuerpo, aplastándole contra el empapado fondo en que yacía. Luego los Hermanos legos, con rapidez y destreza, rellenaron la tumba y nivelaron la tierra. El coro de religiosos cayó sobre sus rodillas, y postrados hasta casi tocar el suelo con el dorso de sus manos, entonaron, clamorosos y encendidos, el *"Domine, miserere super peccatore"*. ¡Señor! Ten misericordia del pecador. Luego el cortejo se rehízo y retornó a la iglesia en tanto los monjes entonaron los salmos penitenciales.

El doctor esperó hasta que desfilaron los demás y se volvió algunos pasos para acercarse a la cabecera de la tumba y observar que la misma sencilla cruz de hierro la señalaba sin distinción alguna. En la inscripción del túmulo se advertía, la misma simplicidad. *R. D. EDMUNDUS, abbas, Obiit 4 Jan, 1935*. Quitándose el sombrero inclinó su cuerpo para repetir el clamor de los monjes: *Domine, miserere!*

Luego, retomando el camino fangoso para reunirse al cortejo, iba pensando acerca del número de veces que se había escapado a la muerte el viejo abad. De repente recordó la carta: *et moi aussi*. Bueno; al fin Dom Edmundo había ido a reunirse con su "Hermanita". ¡Qué coincidencia! —pensó el doctor—. Día 4 de enero: el fallecimiento era aniversario de la fecha en que Teresita había sido bautizada, naciendo así a la Iglesia de Cristo.

Penetró en el claustro y de nuevo observó lo desapacible y pardo del firmamento. Estaba bien que la naturaleza llorase, descomponiéndose, por tal hombre. Al volverse vio al Padre Federico que venía en su dirección, y se detuvo. ¡Cuán trastornado se sentiría por tal pérdida, aunque esperada!

—*Et moi aussi* —murmuró tranquilamente cuando apretó la mano del monje—. Ella ha dicho que la naturaleza se entristece cuando ella está triste. Este día lóbrego es ciertamente adecuado para el entierro de su Hermano.

— ¿Lóbrego? ¡Oh, no! Este es un día glorioso para Dom Edmundo, doctor. Pongamos a un lado nuestros pesares y pensemos solamente en la felicidad de Dom Edmundo: su unión con Dios. Eso fue por lo que trabajó y por lo que se sacrificó. Piense en esto. El ha encontrado a quien buscaba; sus

vagabundeos por el mundo se acabaron. Somos nosotros los que debemos esforzarnos ahora, tal como él deseaba.

El doctor Greenwell miró al Padre Federico como si lo viera por la primera vez. No había vacilaciones en las maneras del monje. La pena trazaba surcos en su rostro, pero no la tristeza.

—Y no se vaya a olvidar de nuestra Hermanita —advirtió el Padre Federico con una sonrisa—. Ella no nos olvidó a nosotros. —¿Vuestra Hermanita?

—Ciertamente. Usted no se habrá olvidado de que Dom Edmundo era nuestro Hermano, así como también nuestro Padre..., ¿se olvida usted? Nosotros todos somos partes de la familia Martín. No hay un monje en el monasterio que no llame a Teresita *Ma soeur*... y así la llamaremos hasta que nos reunamos con ella y con su corpulento Hermano.

—Por fin él descansa.

—Para eso se elevan nuestras plegarias, doctor, y nuestros corazones se abrasan en afección por un áspero, pero gran viejo. *¡Dona ei requien!*

CAPÍTULO XXIII

LA CLAVE DEL ARCO

Durante treinta y cinco años los trapenses de Europa y América pensaban en Dom Edmundo Obrecht, siempre que se mencionaba en alguna parte al monasterio de Nuestra Señora de Getsemaní. Y ahora Dom Edmundo estaba muerto. ¿Quién podría reemplazarlo? — se preguntaba Dom Corentino Guyader a la vista de las colinas de Kentucky. Dentro de pocas horas él y Dom Juan O'Conner llegarían a las puertas de Getsemaní y entonces conocerían lo peor. ¿Pero cómo se reconciliaría un Padre Superior Inmediato consigo mismo para verificar tal visita a su filial? Sabía que habría de encontrar a Getsemaní algo semejante a un gigantesco roble derribado por un rayo, o bien una casa desocupada y silenciosa en una población desierta.

Dom Corentino suspiró. No solamente Getsemaní sentiría la pesadumbre de la desaparición de Edmundo Obrecht: todo el mundo cisterciense sufriría con tal pérdida. Por casi treinta años Getsemaní había desempeñado el papel de "buena madrina" para los veinte monasterios de hombres y casi el mismo número de conventos de monjas trapenses. Y la abadía había sorprendido al General y al Capítulo General en 1932, cuando ofreció la suma de setecientas mil liras para comprar el terreno de Roma. Indudablemente, era una pérdida para todo el mundo cisterciense

el impetuoso y activo Dom Edmundo. El abad Dom Corentino volvió a suspirar.

El prior del monasterio de Rhode Island interrumpió el curso de los pensamientos de su compañero de viaje, que había expresado con sentidas palabras.

—Vea, Dom Corentino — le dijo con suavidad: —nada de llegar a Getsemaní con lóbregos pensamientos. ¿Se dio cuenta de que ha suspirado dos o tres veces?

El religioso francés respondió débilmente.

—No me sorprende haber suspirado. Estaba pensando en Getsemaní con Dom Edmundo ausente y...

Volvió el rostro hacia la ventanilla y se quedó mirando vagamente por algunos momentos. Luego se volvió hacia su interlocutor para preguntarle con tono meditativo y apacible:

— ¿Ha pensado usted con frecuencia acerca de las pesadas piedras de nuestros góticos arcos, Dom Juan? ¿Ha notado usted alguna vez cómo, descansando una sobre la otra, se elevan formando arcadas, cada vez más altas, a pesar de las leyes de la gravedad, en tanto que se arquean en el espacio y permanecen fijas en sus arcadas sin temor a derrumbarse? ¿Conoce usted el secreto de tal magia? — agregó estudiando el rostro de su compañero.

—La clave del arco, por supuesto.

—Sí, así se llama en arquitectura —replicó Dom Corentino tristemente—. Pues bien; temo que Getsemaní haya perdido su clave, Y me pregunto cómo se sostendrá el arco.

—Así es —asintió su acompañante viendo que desaparecía el ceño fruncido de Dom Corentino—. Comprendo sus temores,

Padre. ¿Pero no olvidará usted algo? Nosotros los Superiores no establecemos diferencia en cuanto a la arcilla, ni que sea de diferente substancia la piedra clave del arco. Es la posición la que establece esa clave, no superioridad alguna intrínseca. Las piedras se apoyan entre sí, todas ayudándose en sus respectivas posiciones. Ahora bien; admito que si la clave del arco es blanda y maleable, el arco se derrumbe. Pero usted debe conceder que esa piedra clave caería si no fuese soportada por las piedras que están debajo de ella.

Y como Dom Corentino no replicase, el prior continuó:

—El ejemplo que usted ha puesto únicamente prueba que el éxito de una comunidad depende de la caridad, no de la superioridad. La caridad significa unión y la unión significa fuerza. Y permítame decirle que la caridad abunda en Getsemaní. Usted no va a encontrar el monasterio esparcido en bloques destrozados de granito. Y lo que es más aún: estoy seguro que encontraremos algún bloque que sea adecuado para la piedra clave del arco.

El abad de Melleray sonrió con suavidad.

—Yo también —dijo— poseo fe sólida, Dom Juan. Con todo, cuando recuerdo lo que Dom Edmundo significaba y...

—Fue un gran abad, por supuesto —el prior asintió—; pero nunca podemos decir, Reverendo Padre, lo que Dios tiene oculto en una comunidad. La posición no hace al hombre, sólo muestra su carácter. ¿Quién puede saber si el sucesor de Dom Edmundo puede hasta sobrepujar sus obras?

— ¡Hum! —comentó su interlocutor— Yo sé ahora lo que los hombres significan cuando se apoyan en la fe que puede mover montañas. No obstante, no es mi propósito desanimarle a usted. Pronto veremos. Mañana es la fiesta de Nuestra Señora de la

Purificación y Dom Edmundo Obrecht guardaba gran devoción a la Bendita Madre, y muy especialmente cuando habían de tomarse decisiones importantes. Tal vez esto sea un signo. Ambos debemos rezar para que Getsemaní siga siendo protegido.

Cinco días después de esta conversación Dom Corentino presidía la elección del quinto abad del monasterio de Nuestra Señora de Getsemaní. Era el festival de San Raimundo de Fiero, fundador de los Caballeros de Calatrava —el soldado monje de la Orden del Cister—. El Padre Superior Inmediato rogó al santo que le diera a Getsemaní un líder militante. La comunidad no compartía las dudas que perturbaban la mente del abad francés, y después de la primera votación, el Padre Jaime, primer escrutador de la elección, anunció sin vacilación alguna: *Reverende Pater, habemus electionem*. Dom Corentino respiró en muda plegaria y luego preguntó el nombre del elegido. Y vino el pronunciamiento: Getsemaní había elegido como abad al monje que había desempeñado durante más de treinta y dos años el cargo de prior de la abadía, al Padre Federico M. Dunne.

— ¿Acepta usted el oficio abacial? —le preguntó Dom Corentino de acuerdo con el ritual.

—Como expresión de la voluntad de Dios, lo acepto, —contestó el interrogado en tono menor— pero sólo como su voluntad.

Dom Corentino inclinó la cabeza. El también aceptaría con el mismo espíritu. De momento experimentó consuelo ante el hecho de que el Padre Federico había sido prior durante tantos años. Luego recordó a otro prior así elegido. ¿No fuera enviado Dom Edmundo a Kentucky casi cuatro décadas atrás para reemplazar a un monje que había servido a Dom Benito por mucho tiempo y con

mucha lealtad? Con frecuencia ocurre que un ayudante sólido, un hombre capaz de aplicar órdenes, resulta dubitativo y no expeditivo para impartirlas. El Padre procedente de Melleray se daba cuenta cabal de la santidad del Padre Federico, su carencia de egoísmo v su gran devoción a su finado Superior. Pero se suscitaba esta cuestión: ¿le habría dominado tanto el preponderante carácter de Dom Edmundo como para hacerlo inútil sin ser guiado? ¿Había sido solamente el reflejo de la grandeza de Dom Edmundo? El Padre visitador decidió prolongar su visita en Getsemaní. Debía vigilar cuidadosamente los procederes del nuevo abad. Debía ver si la piedra clave era adecuada para el arco.

No tuvo mucho que esperar, pues la mañana misma del día siguiente el abad electo Dunne recibió un mensaje urgente del Padre Jaime Fox, que estaba en la enfermería. Allí se dirigió apresuradamente para descubrir que muchos monjes se hallaban seriamente atacados de influenza, y que se había llamado al doctor Greenwell.

— ¿A cuántos se les ha registrado la fiebre? —preguntó el abad.

—A siete, Reverendo Padre —le informó Jaime en el acto— lo que significa que sólo disponemos de tres camas vacantes, pues las otras se hallan ocupadas desde antes que ocurriese esta epidemia.

El Padre Federico se sintió perturbado.

— ¿Está el Padre Eduardo en el guardarropa?

Creo que sí, Reverendo Padre.

—Lo veré yo mismo. Tendríamos un fácil anexo para usted y el Hermano Alexis si lo convertimos en una franca sala de guardia.

—Lo que usted disponga, Reverendo Padre. Me temo que esto sea el principio de una epidemia general y me parece acertado quo vea al Padre Columban. Está muy grave.

—Lo veré de paso. En tanto adminístreles el tratamiento regular a todos las que ha examinado y que ninguno se levante con fiebre.

Los días siguientes no dejaron duda de que Getsemaní se hallaba envuelta en la peor de las influenzas epidémicas que había sufrido durante su larga historia. Hasta la sala de guardia, instalada en el taller de sastrería, se vio colmada de monjes enfermos, y otros muchos quedaron confinados en sus propias celdas-dormitorios. Los enfermeros se desvivían por atender a tantos pacientes y las visitas del doctor Greenwell menudeaban a medida que se multiplicaban los enfermos.

En la mañana del 15 de febrero la enfermería avisó al Padre Federico para que se llegase al lecho del Padre Columban.

Me parece que se nos va, Reverendo Padre —le anunció, sinceramente el enfermero Jaime.

El abad, al acercarse a la cabecera del lecho del enfermo, le echó una mirada.

—Avise al Padre Roberto, Padre —dijo—. En seguida. Que, traiga los Santos Oleos. Usted sabe; yo no puedo administrarlos porque carezco de confirmación. El prior actuante es el que retiene la jurisdicción de la casa.

Obedeció Jaime, inclinándose y alejándose con rapidez. Cinco minutos después el Padre Roberto preparaba al anciano paciente para administrarle los últimos ritos de la Iglesia.

El Padre Federico se hallaba encerrado con don Corentino cuando el prior en funciones llamó a la puerta aquella tarde para anunciar que el Padre Jaime había convocado a todos para los oficios por los agonizantes.

— ¿Por quién..., por el Padre Columban?

El Padre Roberto vaciló un momento.

—El Padre Columban falleció hace algunos momentos, Reverendo Padre. Ya le asistí. Se fue de repente con santa tranquilidad. Es el Hermano Plácido...

Otro golpecito en la puerta y el Padre Jaime se hizo presente.

—Se ha ido también —dijo en un aliento mirando al Padre Federico mientras Dom Corentino observaba al abad electo—. Siento no haberle avisado a usted antes, Padre, pero no pensé que se iría tan pronto.

— ¿Se le administró la Extrema Unción?

— ¡Oh sí, Padre! Se le preparó debidamente.

Entonces no se apesadumbre más. Yo sé por experiencia cómo pueden surgir estos cambios. Ahora dígame: ¿hay algunos otros enfermos graves?

—El doctor Greenwell dice que se considere grave a todos los enfermos y que ésta es la más virulenta epidemia que él ha conocido. A mí me parece que son los enfermos de más edad los que más sufren. No ofrecen mayor resistencia. El Padre Anselmo ya respira con dificultad y lo mismo le ocurre al Padre Antonio, que está en la habitación contigua.

—Discúlpeme —habló el Padre Federico cruzando la habitación y tomando el auricular del aparato telefónico—. Llamó a Louisville inquiriendo por enfermeros. No se disponía de ninguno.

Luego llamó a Cincinnati con el mismo resultado negativo. Los que se hallaban en la habitación pudieron observar una mirada de determinación en el Padre Federico cuando pidió al operador que le comunicase con Indianápolis. Transcurrieron algunos minutos durante los cuales reinó un silencio absoluto en la habitación. Finalmente se estableció la comunicación, pero resultó tan negativa como las anteriores. Luego los tres religiosos que se hallaban a la puerta oyeron que el Padre Federico decía: "comuníqueme con Chicago". Con el auricular pegado a la oreja se volvió hacia el Padre Jaime para preguntarle:

— ¿Cuántos son los afectados, Padre?

—Hasta ahora veintitrés, pero sospecho que andan muchos alrededor que deberían estar acostados.

—Ustedes *deben* tener ayuda. Usted mismo me da la impresión de que necesita algunas horas de descanso.

En ese momento se estableció la comunicación pedida y el pequeño grupo pudo escuchar al abad electo hablando con la comunidad de los Hermanos Alexianos, informándoles brevemente de la gravedad de la situación y pidiéndoles ayuda.

— ¿Dos, dice usted? Muy bien. En el tren de la noche, si lo pueden tomar. Sí. Enviaremos a alguien para recibirlos en la estación de Getsemaní. Dios le bendiga.

Y el Padre Federico colgó el auricular.

— ¿Dónde cesó Chicago? —preguntó suavemente el Padre visitador.

—A 300 millas al norte de nosotros —informó el Padre Roberto.

— ¿Trescientas? —musitó sorpresivamente el visitador. Luego, mirando al Padre Federico, le dijo:

—Usted es un hombre resuelto.

—Acabo de perder a dos de mis hijos —contestó el abad con alguna vehemencia— y debo hacer cuanto pueda por el resto. Fue el buen obispo Floersh quien me sugirió a los Hermanos Alexianos.

Dom Corentino entonó el Réquiem y presidió el cortejo y el ritual fúnebre en el cementerio. Se cambiaba de vestiduras pensando en que el Padre Federico estaba recibiendo un amargo bautismo para un nuevo oficio cuando apareció en la sacristía y anunció en tono menor:

—El Padre Anselmo ha sido llamado por Dios.

El visitador frunció el ceño con evidente signo de preocupación. Tres muertos en dos días... resultaba un amargo bautismo, indudablemente.

Corrió a la enfermería. El Padre Jaime vino hacia él, la mirada sumida y el rostro demostrando mucho cansancio. Indicó al visitador un pasillo donde podrían hablar sin molestar a los enfermos.

— ¿Todo está lleno, Padre?

—Todo. Y el anexo de aquí abarrotado.

— ¿No se podría establecer una especie de cuarentena? Esta enfermedad se está propagando en forma alarmante.

El Padre Jaime se encogió de hombros con ademán desesperado.

— ¿Qué podríamos hacer, Reverendo Padre? Todos los aposentos están repletos. Hemos habilitado cuanto espacio encontramos. Y muchos enfermos están en sus celdas.

—Pero eso hace más accesible la propagación de la enfermedad.

—Lo sé, pero no veo otra solución. Hay treinta hombres acostados ahora y estoy seguro que otros se acostarán pronto.

— ¿Cuántos son los que se hallan realmente en estado de gravedad?

El Padre Jaime vaciló antes de, contestar. Por fin dijo:

—El doctor Greenwell opina que tres de cada cuatro de los enfermos y uno de los sacerdotes no se repondrán.

— *¡Mon Dieu!*, Padre, no diga eso. Piense en el Padre Federico. Acaba de ser elegido. La confirmación llegará dentro de uno o dos días y entonces quedará instalado en su puesto. ¿Podría tomar posesión con tan alarmantes noticias?

El Padre Jaime miró a su Padre Superior y con tono tranquilo le dijo:

—No se inquiete por el Padre Federico. Ahora se halla con el Padre Antonio. Se pasa todo el tiempo entre los enfermos, cuidando de ellos como una madre. Para su alivio, me satisface que vengan los dos Hermanos Alexianos. Espero que lleguen de un momento a otro.

— ¿Pero cómo habrán afectado al Padre Federico estas tres muertes? Tres en dos días.

El rubicundo rostro del religioso enfermero adquirió una expresión de inmensa compasión. Movió lentamente su cabeza y luego murmuró:

— ¡Si tuviésemos la fe de ese hombre! Reverendo Padre; ¿sabe usted qué es lo que ha habido en esas cuatro últimas muertes..., contando la de Dom Edmundo?

— ¿Qué?

—Nada más que la mano de Dios. El Padre Federico Dunne tiene ojos que pueden ver la voluntad de Dios en todo, hasta en la dirección de una brisa. Es un hombre de gran fe.

Dom Corentino tuvo amplias oportunidades, durante la próxima noche, para apreciar la opinión del Padre Jaime, pues a pesar de la ayuda que significaba el envío de los dos Hermanos Alexiános, Luberto y Rigoberto, que en seguirla se dedicaron a asistir a los enfermos, la Muerte rondaba por aquellos claustros.

El 18 de febrero llegó de Roma la confirmación de la elección de Dom Federico y Dom Corentino procedió inmediatamente a la ceremonia de su instalación. El abad electo tenía ahora jurisdicción, aunque no pontificase hasta después de recibir la bendición abacial. Mientras él y Dom Corentino discutían acerca de la fijación de las fechas, se les anunció que el Hermano Micael acababa de morir.

— ¡Qué bautismo! —murmuró el Padre visitador—. No fijaremos fecha alguna, Reverendo Padre, hasta que esta mala situación sea dominada.

De nuevo Dom Corentino cantó la misa y ofició en el cementerio, sintiéndose apesadumbrado a todas horas por el abad electo.

Al día siguiente, día 20, vio al Padre Federico cruzar las manos del Padre Antonio, doblándolas como abrazadas hasta la hora de la resurrección. ¡Cinco muertos en seis días! ¡Amado Señor, imploro tu piedad! —rogó elevando la mirada.

Y otra vez el visitador se vistió de negro y oro y se colocó su blanca y alta mitra para entonar la misa pontifical de Réquiem. Era la sexta vez en menos de tres semanas, pues también había

pontificado a la memoria de Dom Edmundo al mes de fallecido. ¡Qué experiencias para un visitador y qué duras pruebas para una comunidad!

El día 22 resultó tan frío como desapacible. El abad visitador quiso entrevistarse con los enfermeros Alexianos. Quería cerciorarse si se habían hecho todos los esfuerzos posibles para detener el avance de la epidemia. La mitad de la comunidad ya se hallaba afectada. Pero antes de verse con cualquiera de ellos, le llegó la noticia de que acababa de morir el Hermano Nivard. El Padre visitador de nuevo se conmovió en silencio.

El día 24 los Hermanos Alexianos anunciaron que la culminación de la epidemia ya estaba pasando y que la enfermedad ya se hallaba bajo severo control, siendo ahora cuestión de cuidados y atenciones para que los enfermos recuperasen su salud.

Una semana después Dom Corentino conversaba con Dom Federico en la dependencia abacial.

—Bueno, Padre Federico; me parece que lo peor ya se ha pasado —expresó con su tono más amable—. Pero puesto que la cuaresma entrará dentro de pocos días, sería prudente posponer la fecha de su consagración para después de Pascua. Sus hombres no estarían en condiciones de asistir a las ceremonias durante bastantes semanas. En cuanto a la semana cuaresmal, le aconsejaré que exceptúe a los que hayan estado enfermos del rigor del ayuno. Y también se lo aconsejo a usted.

Y el visitador francés se quedó mirando con simpatía cordial a Dom Federico para luego agregar:

—Padre: no he conocido a otro hombre alguno que haya sido bautizado con fuegos más agostadores que los que usted ha soportado. El nuevo abad alzó su rostro.

—El bautismo imprime carácter, ¿no es así, Reverendo Padre?

— ¡Oh, sí!

—Entonces alabemos a Dios para que el bautismo a que usted se acaba de referir pueda encender en mi alma carácter cristiano.

—Amén, Padre Federico. Me siento muy consolado al verle aceptar la voluntad del Altísimo tan gozosamente. Las manos de Dios se han posado pesadamente sobre usted.

—Puesto que son las manos de Dios, Padre, ¿qué más podría desear yo?

Dom Corentino no respondió. Sentía que Dom Federico no esperaba respuesta alguna, pues no había ninguna.

* * *

Desafortunadamente para consuelo de Getsemaní, su Padre Superior y visitador no pudo prolongar su permanencia hasta la fecha probable de la consagración abacial de Dom Federico. Dom Corentino regresaría algún día. En tanto, se mantendría en íntimo contacto con la filial.

Transcurrieron dos años antes de que su promesa se cumpliera; dos años de muy activo trabajo, de acuerdo con los informes que recibía de Dom Federico, el cual confiaba en que el nuevo visitador y Superior no celebraría ceremonias fúnebres, ni tampoco sus monjes, ante nuevas tumbas, pues la nueva

construcción que le anunciaba era suficiente para satisfacer con holgura las necesidades de una comunidad mucho mayor que la actual de Getsemaní; Por supuesto, el monasterio se había agrandado con los años, pero haber llegado a tanto parecía imposible.

Dom Federico recibió su consagración el día primero de mayo de 1935. Con ese día un nuevo espíritu pareció infundirse en Getsemaní…, algo como un renacimiento de juventud, de libertad y de entusiasmo, mediante cuyas cualidades quiso reducir a cenizas cuantos viejos vínculos la coartaran. Dom Corentino se mostró complacido al enterarse de que al final de 1935 el número de nuevos postulantes del Estado de Kentucky nivelaba con holgura las pérdidas sufridas por la comunidad durante el terrible mes epidémico de febrero. En la actualidad contaba con setenta y ocho miembros.

Antes que el automóvil que conducía a Dom Corentino al monasterio se acercase a la entrada, el visitador vio uno de los cambios implantados. Sobresaliendo sobre todos los edificios se elevaba un gran tanque de agua blasonado con la cruz, visible a millas de distancia. Era, sin duda, el depósito del que le había hablado Dom Federico, con capacidad para cincuenta mil galones de agua, suficiente para abastecer de riego a los veinte acres de huerta en que se cultivaban vegetales y para proteger aquellos sembrados de las sequías del verano. Cualquier plaga agrícola que les cayese encima los encontraría prevenidos.

— ¿De dónde traerán el agua suficiente para llenar el tanque? —pensó el visitador intrigado. No se le olvidaría preguntarle al abad.

Pero desde el momento en que el Hermano María O'Leary le franqueara la entrada, el visitador quedó demasiado sorprendido con las transformaciones que observaba como para formular preguntas. ¿Podría ser ésta la abadía que él visitara dos años atrás? Se le condujo por un ancho camino de cemento hasta la puerta principal del monasterio, pasando por un lecho circular de flores en cuyo centro se levantaba una imagen de tamaño natural de la Inmaculada Concepción, sustentada sobre cuatro escabeles de piedra labrada. Silenciosamente tendió la mirada en torno. ¿Dónde estaban aquellas márgenes silvestres, de árboles escuálidos y senderos guijosos? ¿De dónde provenía esta belleza tan bien ordenada..., extensiones de césped de jugoso verdor, matas de flores en plena lozanía y tantos arbustos adornando el paisaje?

El Hermano Mateo Carney saludó al asombrado visitador con una graciosa sonrisa.

—No es extraño tanto cambio, Reverendo Padre —explicó suavemente—. El Padre Mauricio fue un jardinero de los buenos y un florista antes de internarse en Getsemaní. Dom Federico le dio la libertad completa para que trabajase a su gusto, y ahora tenemos flores frescas todo el año y para todos los altares, pero hay otras muchas cosas que usted apreciará si se digna seguirme —agregó conduciendo al visitador al edificio de la Hospedería.

Dom Corentino ascendió silenciosamente las amplias escalinatas de piedra detrás de su cicerone. Luego, cruzando el corredor, el visitador con nada tropezó su vista que le recordase cierta ranciedad que ya se advertía en este edificio. ¿Pero cómo funcionaba la hospedería? —se preguntó. ¿Dónde estaban los bastantes huéspedes en busca de retiro que pudieran compensar

tales gastos con sus cuotas? Podría comprender otras reformas, pero esta novedad, esta comodidad, esta modernidad de hotel de ciudad...

¿Albergan ustedes a muchos huéspedes este año, Hermano? —preguntó casi bruscamente.

—Alrededor de quinientos hasta ahora —le informó con toda naturalidad el Hermano Mateo— y cada vez recibimos más y más solicitudes para reservar habitaciones. Después de haber venido casi todos gustan de volver, Padre. Nuestro abad solía mostrarse ansioso pensando en que los huéspedes de antes se sintieran tan poco confortables como para resultarles difícil tarea concentrarse en Dios. Ahora las habitaciones están forradas, por decirlo así, con linóleo, a prueba de ruidos, y las paredes son inmunes al calor y al frío. Pero espere a ver las camas. No se parecen en nada a jergones de paja.

Llegaron al departamentito que habría de ocupar Dom Corentino durante su permanencia. Con una sonrisa florecida, el Hermano Mateo abrió la puerta y se apartó, inclinándose para dar paso al Padre Superior Inmediato. La claridad de la habitación sorprendió inmediatamente su retina. Recordando tiempos idos, se dio cuenta de que nada quedaba: por hacer las paredes habían sido pintadas, los muebles reemplazados y los viejos pisos de madera cubiertos con nuevo material.

— ¿Son todas las habitaciones como ésta? —preguntó.

—Cuarenta y dos han sido completamente renovadas, Reverendo Padre. Dom Federico calculó que se compensa esta renovación.

—No comprendo.

—Comprenderá cuando le informe que el año pasado tuvimos menos de doscientos huéspedes civiles, mientras que este año se ha duplicado el número a estas fechas. Permítame mostrarle una de las razones.

Dom Corentino fue conducido al "hall". Siguiendo al Hermano Mateo examinó techos, paredes, pisos, lámparas eléctricas..., todo ello limpio, fresco, atractivo y moderno. De pronto el silencio fue quebrantado por el rin-rin, de un aparato telefónico. El visitador miró inquisitivamente a su guía.

—Discúlpeme —dijo el Hermano Mateo— es un llamado para mí.

— ¿Teléfonos aquí? —exclamó Done Corentino.

—Fueron las primeras innovaciones que se instalaron por orden de Dom Federico. El sistema conecta con el despacho abacial todas las demás dependencias importantes del monasterio.

El timbre volvió a repiquetear.

—Discúlpeme de nuevo, Reverendo Padre. Debo contestar al llamado del abad. Tal vez está preguntando por usted.

Mientras el Hermano Mateo se alejaba para atender al llamado, Dom Corentino regresó a su habitación. Dos años... y había hecho tantas cosas. Si hubiesen sido diez se comprendería, pero...

Se mostraba deseoso de verse con Dom Federico y de ver al detalle toda la propiedad. Cierto que el abad había escrito anunciando que estaba introduciendo muchas mejoras necesarias, pero tantas...

Cuando el visitador repitió este pensamiento, traduciéndolo a palabras, ante el abad, éste se echó a reír cordialmente.

—Pero Reverendo Padre, usted ha llegado hace apenas una hora. Sin duda que no vio todavía nuestra iglesia, o los nuevos dormitorios, o las dependencias para los novicios.

—He visto ya lo bastante para estar preparado a nuevas sorpresas —replicó Dom Corentino. Pues sí. El edificio de la Hospedería es tan confortable como cualquier hotel urbano.

A Dom Federico le pareció sentir cierta arista en el tono de voz del Padre visitador.

—No es más que utilitarismo bien entendido, Reverendo Padre —explicó amablemente el abad—. Venía pensando tanto en los monjes como en los huéspedes visitantes que han de hallar aquí atmósfera más apropiada para, en este retiro, practicar sus ejercicios espirituales. Y todo se ha procurado para facilitar y aliviar las tareas de mis Hermanos. Y como usted sabe, muchos de los que trabajan en las tareas de la Hospedería ya están cargados de años. Era humanitario descargarles de tanto agobio.

Dom Corentino contempló la expresión sensitiva de su interlocutor y al fin una amplia sonrisa desplegó sus labios.

—Tengo el sentimiento de que usted ha aligerado las cargas de muchos que están aquí durante los dos años pasados.

—No tanto, Padre. Han trabajado más rudamente que nunca —protestó el abad. —A veces me pregunto si les exijo demasiado y, sin embargo, como hay tanto que hacer... He tenido que hacer grandes cambios do la iglesia para ensanchar el coro de religiosos y...

— ¿Ensanchar la iglesia? ¿Cómo? En noventa años de existencia nunca estuvo repleta.

—Tal vez estoy planeando para el futuro. Cumplimos hoy ochenta y tres años y quién puede saber lo que Dios nos enviará mañana. —Pensando así es por lo que instalé dormitorios en el piso último. No quiero decir que no se trate de una mejora conveniente que proporciona a los Hermanos piezas ventiladas en lo que eran algo así como desvanes. Pero Padre, ¿podría Getsemaní soportar más monjes? Estas tierras nunca han sido consideradas como muy productivas, a pesar de lo prolijamente que vienen siendo trabajadas durante años.

—Con el nuevo depósito de agua estaremos prevenidos para todo lo que venga. Usted no ha visto todavía nuestro lago, es decir, dónde será formado nuestro lago cuando limpiemos las estribaciones de la colina y construyamos la represa. Necesitamos poco para que nuestras tierras no puedan producir, y he cambiado los rebaños de ganado y las instalaciones de las aves de corral. Una vez que los nuevos establos estén dispuestos y los tractores y las trilladoras se nos entreguen, usted se sorprenderá del aumento que obtendremos en cuanto a cereales y productos lácteos.

Dom Corentino se rió de buena gana.

—Ya no espero ser sorprendido por nada. Luz eléctrica, teléfonos, tractores..., usted va a necesitar otro edificio para guardar la maquinaria, ¿no es así?

—Estoy haciendo planes para un garaje de diez puertas —se apresuró a decir el abad con tono de satisfacción. —No empezaremos a construirlo hasta que se terminen los anexos de los establos, pero se construirá este invierno. Queda todavía el nuevo establo para los caballos y algunas otras obras accesorias a construir en los próximos años.

Una extraña mirarla brilló en las ojos del visitador.

—Y dígame. Padre Federico: ¿ha pensado también en ensanchar el cementerio?

—También he pensado en ello —replicó el abad. —Ya he calculado que hay espacio para cincuenta tumbas adicionales.

—Muy bien; apenas le puedo expresar el alivio que siento al enterarme de que en tantos ensanches no se ha olvidado usted del cementerio —exclamó Dom Corentino con seriedad humorística. —Usted ha hecho diez años de trabajo en dos. ¿No teme usted que...?

—Ni en sueños —interrumpió el optimista religioso. —Hasta este año no logré darme cuenta de la abundancia de energía que hay en la comunidad. Naturalmente, es el elemento juvenil el que crea el entusiasmo y señala el camino de la actividad. Realmente se divierten con el trabajo extra, Padre. Se han cosechado tres mil bolsas de granos el año pasado: trigo, avena y cebada, y cerca de cinco mil bolsas de maíz. Y todas estas tareas se realizaren en tiempo record. Esta comunidad está viva.

Dom Corentino acertó en comunicarse tan frecuentemente con el abad antes de que transcurriese aquella semana, pues dispuso de tiempo para entrevistarse privadamente con monjes profesos del coro y escuchar elogios para el abad y entusiasmo por su régimen. Por supuesto, la comunidad estaba viva, muy viva..., viva con la gracia y la caridad. La unión que observó entre todos los miembros le sorprendió agradablemente al visitador. Ciertamente, Dom Federico Dunne había imbuido a sus hombres con algo que sólo emana de una santidad radiante: había paz, felicidad y sed por el amor de Cristo en la comunidad. El visitador francés se hallaba profundamente impresionado y como un tanto

intimidado. Había un nuevo espíritu en Getsemaní; algo estaba fermentando que prometía resultados extraordinarios.

Antes de ausentarse, Dono Corentino visitó la enfermería donde, hacía dos años, presenciara tantas agonías. Se encontró con el Padre Jaime en su puesto y el joven religioso lo saludó cordialmente. Las habitaciones de esta dependencia, ahora ampliada y convenientemente abastecida, se parecían muy poco a las que él visitara en días luctuosos.

—Cambio completo — exclamó observándola todo al lado de su guía, pasando de un lado a otro. —Nunca he olvidado aquellos tremendos días en que sentí la Muerte sobre mis espaldas y, con todo, el modo con que se enfrentaron a ella vuestros Padres y Hermanos casi me persuadió de que la Muerte podía ser una buena compañera. ¿Qué fue de aquel Hermanito que entonces le ayudaba a usted? Ya era viejo, pero no se creería al verlo moverse con tanta agilidad para asistir a los enfermos.

Jaime, el enfermero, se quedó por unos momentos confuso, no recordando. Luego dijo afinando su memoria:

—Ese Hermanito debió ser Alexis. Fue durante años ayudante del enfermero y tendría ya unos setenta años. Murió poco meses después de su partida, Reverendo Padre..., el décimo fallecimiento de aquel año.

— ¡El décimo! Vuestro abad experimentó rudas pruebas durante sus primeros años, Padre Jaime. ¡Diez muertos en tan corto tiempo!

—Sí, Padre, pero Dios viene bendiciéndole desde entonces. Aun aquel año los nuevos miembros superaron a las bajas y ahora hay once más en la comunidad y recibiéndose todos los días nuevas solicitudes. Y pronto llegaremos a...

— ¿Usted también? —le interrumpió Dom Corentino — ¿usted también tan optimista como los demás? Nunca me he hallado con tantos entusiasmos en los monasterios que he visitado. Yo creo que la gran fe de Dom Federico tiene mucha intervención en todo esto, y estoy observando que todos ustedes abrigan grandes esperanzas en un futuro inmediato.

Y con razón, Reverendo Padre. Lo primero que hizo nuestro abad cuando se entrevistó con el Reverendísimo General fue pedirle permiso para publicar libros y folletos acerca de nuestra Orden. Sentía —y acertadamente— que no éramos conocidos en América.

— ¿No conocidos después de Don Edmundo Obrecht?

—No entre los que habrían de conocernos...: la juventud. No conocidos como quisiéramos serlo..., como amantes de Dios, como contemplativos. La mayoría de los americanos todavía piensa de nosotros juzgándonos enterradores.

—Usted me sorprende, Padre.

—Le estoy exponiendo una verdad que Dom Federico realiza vibrantemente. Yo sé por qué publica tanto. Ama a su Orden con un amor que sólo puede calificarse de don extraordinario de *piedad*. Precisamente por eso estamos atrayendo a tantos en estos días.

—He observado que en la misma comunidad hay un nuevo espíritu. No me refiero a su entusiasmo y energía. Me refiero a algo más hondo y significativo. Ustedes me están impresionando como hombres de más devoción, más recoletos. Esta mansión me parece más estable. ¿En qué consiste?

El joven enfermero se quedó unos instantes pensativo con el ceño contraído.

—No lo había advertido —dijo, al fin lentamente—; pero ahora que usted hace esa referencia le puedo decir que Dom Federico ha concentrarlo nuestra atención más y más en el *Opus Dei;* ha designado varios días al mes para el aislamiento de toda la comunidad, en los que nos examinamos en nuestro espíritu de silencio y oración y en nuestra Observancia religiosa. Usted ha podido advertir cómo ayudan estas prácticas.

—Naturalmente, pero hay algo más. Vuestra comunidad es algo más que una congregación regular; es..., ¿cómo diría? una comunidad amante.

El Padre Jaime sonrió complacido. Todo le pareció claro.

—Usted ha visto al Padre Federico en acción, Reverendo Padre...; le observó usted en tiempo de epidemia...; usted lo ha venido estudiando durante estos diez días. ¿Necesito decirle que la bondad cambia la atmósfera de cualquier morada en cualquier tiempo?

El joven trapense terminó su explicación con gesto expresivo.

Dom Corentino sonrió y asintió con un movimiento de cabeza que era asentimiento y apreciación.

* * *

Dom Corentino, al alejarse de Getsemaní, aun iba pensando, cuando el vehículo lo conducía por el camino real llamado Obrecht, en la conversación sostenida con el joven religioso. Había permanecido más tiempo en Kentucky que el calculado y, sin embargo, decidió hacer una rápida visita a Rhode Island. Hasta que no se viese con Dom O'Connor, el prior de aquel monasterio trapense, no estaría contento. Le debía una explicación y una disculpa.

¡Camino real Obrecht! ¡Cuán cuidadoso y recordativo se mostrara Dom Federico en informarle acerca del cambio en el nombre Río Verde de Turnpike! La comisión oficial de carreteras del Estado quiso perpetuar así el recuerdo de Edmundo Obrecht en la comarca donde por tantos años había trabajado con tanto acierto. Y mientras que Dom Federico no tenía tiempo para discutir acerca de su propia generosidad, reflejo de la que le concedía Dios, y la virtud de sus monjes, tenía tiempo, sin embargo, para mencionar este honor otorgado a la memoria de su predecesor. ¡Sus ojos brillaban cuando mencionaba a Dom Edmundo! Treinta y tres años no le parecían muchos para sus leales servicios. Tal era su bondad y su sometimiento.

—Usted tenía razón, Dom Juan —le dijo, después de saludarle, el abad visitador de Melleray a su amigo el prior del monasterio trapense de Nuestra Señora del Valle. —Esteban Harding reconocería como propio a Getsemaní.

Dom O'Connor le miró sorprendido, sin comprender.

— ¿Qué es lo que quiere usted decirme, Reverendo Padre?

—Algo que se le ha olvidado a usted —replicó Dom Corentino. — ¿No recuerda nuestra conversación acerca del arco cisterciense el día que íbamos en automóvil camino a Getsemaní y la discusión acerca de la piedra clave? Bueno; he venido a verle precisamente para decirle que yo estaba equivocado y que usted tenía razón. Getsemaní es un perfecto arco cisterciense con el *estatuto de caridad* de San Esteban como base y la caridad fraternal como cemento unificador entre las piedras, sosteniéndolas en su debido lugar y todas siendo sostenidas por la piedra clave. Getsemaní encontró su clave en Federico Dunne. Y si tanto puede acontecer en dos años, la próxima vez que venga a Getsemaní...

Su voz cesó con un trémolo, pero su sonrisa y la expresión de su rostro revelaban un estado de ánimo muy sentido, muy fervoroso.

CAPÍTULO XXIV

"DIGITUS DEI"

Dom Juan O'Connor deploró siempre que el Padre Superior inmediato de Getsemaní no hubiera tenido oportunidad de visitar la proto-abadía de América. El estallido de la segunda guerra mundial en Europa impidió su próxima visita, y cuando el conflicto terminó, Dom Corentino Guyader había pasado a mejor vida.

Desde el cielo, sin duda alguna, contemplaba cuán perfectamente se ajustaba la piedra clave del arco gótico cisterciense de Getsemaní, y cómo parecía agrandarse con el tiempo. En la primavera de 1941, cuando Europa no era otra cosa que destrucción y ruinas y las nubes se apilaban en el lejano Oriente y no tardarían en estallar amenazadoras sobre el "Paraíso del Pacífico", Getsemaní conocía la paz y una actividad que Dom Juan O'Connor sentía que sorprenderían muy gratamente a Dom Corentino. El puesto de prior lo desempeñaba el todavía joven Padre Jaime Fox. El Padre Roberto McGann era el Jefe de los novicios, y ambos comentaban complacidos los progresos obtenidos, lo mismo que le ocurría al prior del monasterio de Nuestra Señora del Valle.

— ¿Qué me cuenta usted de todo esto? —preguntó el Padre Roberto al Padre Jaime, mientras, distraído, pasaba la mano por sus grises barbas.

—Esa es una pregunta —contestó el interpelado riéndose— que merece plantearse. De una cosa estoy seguro: de que no ha intervenido el diablo en nuestro progreso. En cinco años crecimos el ciento por ciento. La comunidad sumaba setenta y dos miembros cuando Dom Federico fue consagrado.

Lo recuerdo muy bien.

Al final de aquel mismo año éramos ochenta y dos. Luego crecimos con un buen estirón, pues al comienzo de mi primer año de priorato la comunidad sumaba noventa y seis, y al final del mismo año ciento veinte y seis. Treinta ingresados en un solo año. Parece fenomenal.

— ¿Me lo dice a mí, que los he tenido que adiestrar a casi todos ellos?

Y ahora, en mi segundo período como prior, albergamos justamente el doble de miembros que tenía Dom Federico cuando recibió su mitra. Ahora somos ciento cuarenta y cinco.

— ¿Cuál es la explicación?

Las publicaciones no nos han perjudicado. Cuando fui Jefe del Retiro conocí a la mayoría de los hombres que nos visitaban como huéspedes, y muy pocos fueron los que no me mencionaron los libros y folletos cuya lectura contribuyó a atraerlos.

—Pero explica eso tan continua corriente de postulantes?

—No del todo. Me parece que tenemos que retrotraemos a la época del Pontífice Pío X para más completa explicación.

— ¿Pío X? No entiendo bien.

—Con su movimiento litúrgico y temprana comunión me parece que inició algo que nos ha favorecido a su debido tiempo. Nosotros poseemos la plenitud de la vida litúrgica, como usted

sabe. ¿Y cómo y por dónde alguien se podría acercar a Jesús en la Eucaristía mejor que aquí? He pensado en este asunto con frecuencia y también he hablado con nuestro Reverendo Padre acerca de ello. Pues bien; estoy completamente convencido de que Pío X impulsó realmente con su disposición un renacimiento del monasticismo.

— ¿El Reverendo Padre opina lo misma que usted?

—El Padre Jaime se echó a reír de buena gana.

—La explicación que él da es muy concisa y creo que le va a resultar a usted como un flechazo.

El Jefe de los novicios se rió con expresión de gran curiosidad.

— ¿Cuál es?

Dice que Dios quiere otro monasterio trapense en América.

—Pero…, ¿cómo…?

El prior se echó a reír ante la ingenua consternación del Padre Roberto.

—Llevo aquí más de cuarenta años y ésta es la primera vez que tenemos algo que se puede llamar noviciado.

— ¡Repleto! —le corrigió el Padre Jaime.

—Concedido: repleto. La capacidad de la casa no está colmada. Esta es la primera vez en noventa años que se acerca a rendir su máxima capacidad y el Reverendo Padre está pensando, dice usted..., pero no puede ser. Usted me está bromeando.

— ¿Cuántos novicios tenía usted cuando se encargó de ellos en 1936?

—Cuatro.

— ¿Y cuántos tiene ahora?

—Treinta y cuatro y un postulante en el hotel.

—Yo creo que el Reverendo Padre tiene buenos cimientos sobre los cuales construir lo que usted juzga un castillo en el aire y que yo juzgo que será una sólida fundación trapense. El ensanche que usted hizo, para usted y sus novicios, no será suficiente ya..., dentro de poco.

—Tenemos capacidad para cuarenta.

—Usted tendrá mucho más si las cosas siguen así. Por otra parte, Padre, usted se da cuenta de cómo estamos aglomerados en el refectorio.

—Sin embargo, no puedo acostumbrarme a la idea. ¡Una fundación de Getsemaní! Bueno; yo conozco algo acerca de la historia de este monasterio.

—Pero es que todavía estamos haciendo historia.

—Sí, pero las renovaciones y ensanches que hemos hecho deberían bastar para...

Se detuvo, como si se le atravesase otro pensamiento.

El Padre Roberto tenía razón, pues después que el coro de religiosos modeló, sobre quince mil bloques de cemento, el coro de novicios, los usó para una pared de contención que, con la base de veintitrés pies de espesor, se elevaba a una altura considerable, dándoles, además, espacio suficiente para el anexo dedicado al noviciado. El experto J. Leslie Ray se encargó de esta construcción porque la comunidad se hallaba demasiado ocupada realizando tareas "imposibles".

Así lo calificaba el prior después de haber oído decir al abad esta resuelta expresión: "Me gusta hacer lo imposible. Voy a

agregar todo un historial a este monasterio sin necesidad ele agregarle un solo pie de altura."

El Padre Jaime tuvo luego ocasión de ver los diseños arquitectónicos, verdaderamente atrevidos. Tal plan exigía una excavación de catorce pies de profundidad a todo lo largo y ancho del ala Este del monasterio, o sea una extensión de doscientos cincuenta pies de largo por unos treinta de ancho. El abad tendría un nuevo guardarropa, un taller de sastrería, una tahona y un taller de trabajo, además de una nueva cocina, despensa higiénica, depósito de papas, bodega, carnicería y almacenaje en general..., todo adecuadamente instalado en el enorme sótano, de modo que en el viejo primer piso habría cabida para un nuevo y amplio refectorio.

El 25 de enero de 1940, cuando el termómetro registraba 24 grados bajo cero, uno de los jóvenes sacerdotes de la comunidad salió afuera con una especie de narria o trineo y un agudo taladro de acero y comenzó a perforar, iniciando las obras de la cuarta fundación edificadora del monasterio. Cuando abrió una brecha en el suelo, se le reunieran sus compañeros en la ruda tarea y se acometió la excavación de los catorce pies. Poco tiempo después el concreto y las paredes de macizos ladrillos fueron dando forma a la construcción.

El Padre Jaime se hallaba en la enfermería cuando esta atrevida obra se iniciaba, pero tenía razón para sonreír cuando el Padre Mauricio, que le había sucedido como prior, se llegó a la enfermería a principios de 1942 para decirle:

—Necesito varios punteros, Padre. Nuestro abad quiere de mí que me encargue en el ala Norte de lo que usted se encargó de

hacer el ala Este del monasterio. Nuestro Reverendo Padre tiene una gran vocación por todo lo imposible.

Así, pues, otro historial de laboriosidad se agregó con las obras ejecutadas en el ala Norte sin aumentarse la altura del edificio central del monasterio. Dom Eutropio había sido ejecutivo en 1851, pero el nuevo monasterio sólo se hallaba trazado en el papel, mas ahora todos los departamentos habían sido ensanchados, renovados, modernizados. Aun el mismo Dom Edmundo Obrecht reconocería con dificultad los interiores de la morada, que él también agrandara y renovara en su época.

No obstante, un cambio más grande habíase introducido en la comunidad..., más grande que en el monasterio, pues Dom Federico organizó y registró formalmente el *curriculum* de los estudios: inauguró las conferencias de la historia eclesiástica, revisándolas ante las Escrituras, la liturgia y las leyes canónicas; abrió la biblioteca *Batz Memorial* a los estudiantes y llenó los anaqueles con las obras de los maestros de la vida espiritual. La época de los estudios considerados como materia secundaria había terminado. Dom Federico Dunne sabía que la vida contemplativa se asienta sobre bases intelectuales, y que antes que uno espere penetrar en los dominios del misticismo verdadero debe pasar primero por lo que podría ser juzgado como el árido desgaste del ascetismo, que marca la frontera real de la sagrada tierra del misticismo.

Luego la espiritualidad... Dom Corentino había advertido la fe de Dom Federico, su confianza en Dios y su abandono a la voluntad divina, pero lo que no había percibido era cómo el abad inculcaba estas cualidades con el ejemplo mejor que con las palabras. Ni tampoco se había percatado de la consciente labor en

Cristo que Dom Federico desplegaba, no sólo con los miembros de su Cuerpo Místico al convertirse en monjes, sino también para todos los que han sido creados por el Padre para ser incorporados en el Hijo.

Grande fue la caridad dispensada por Getsemaní bajo el mando de Don Edmundo, pero resultaba insignificante comparada con la impartida por su sucesor..., y todo hecho del modo que Cristo ordena: que la mano izquierda ignore lo que da la mano derecha. ¡La amable benevolencia de este hombre! Cuantos días profesionales se hicieron inolvidables, registrados en cartas que provenían de la Madre Inés con el mensaje de que "su Hermanita —y vuestra Hermanita también— os llama a la misma misión de amor que ella cumpliera"—, ¡un mensaje de la hermana de la Florecita y de la misma Florecita! La frase *"et moi aussi"* incluía a todo el que se inclinase ante Dios en la proto-abadía de América y que caminase por la "sendita" del Amor…

Los vínculos entre Lisieux y Getsemaní se fueron estrechando desde la muerte de Dom Edmundo, de modo que ahora las carmelitas y los trapenses compartían sus gozos y sus pesadumbres. La Madre Inés se hallaba espiritualmente en América durante las bodas de oro del Padrecito Jorge, el hombre que había venido de Fontgombault al Monte de los Olivos, luego se& había ido a Oregón, para posteriormente regresar a Kentucky y escribir su inmortal "J’y suis. J’y reste" — aquí estoy y aquí use quedaré.

Getsemaní estaba con la Madre Inés y su comunidad cuando Francia cayó en las manos de Hitler.

Roma también estaba muy cercana a Getsemaní. Roma tenía buena información acerca del Hermanito Aloysius McCarrol, el

hombre que había quedado huérfano a temprana edad, pero que había hallado un verdadero padre en Dom Federico, y que ahora celebrara su cincuentenario como trapense. Y tanto estaba informada Roma, que llegó una carta personal y una bendición de Pío XI para convertir en glorioso ese día para el monjecito. El sucesor de San Pedro extendía de nuevo su mano para bendecir al Padre Agustín Arcand, con ocasión de sus bodas de oro de Ordenación sacerdotal. Dom Federico insistió en que el viejo religioso se colocase la mitra de abad y su anillo cuando pontificó su misa aquella mañana del pasado agosto de 1938. El Padre Agustín, como protonotario apostólico, tenía el privilegio de la *Pontificalia*, pero no había hecho uso del mismo desde que viniera a Getsemaní en 1916. Roma lo conocía como huésped de la Ciudad Eterna en la que recibió tres doctorados; tenía noticias de él como rector del seminario de los Tres Ríos, en Canadá, y como vicario general de la diócesis. Y con gran satisfacción le envió sus saludos en su gran día, pues Roma siempre amó la humildad.

Asimismo procedió de Roma el gran honor para el abad de Getsemaní llegado aquel mismo año de 1938, pues el cardenal Dougherty, debido a sus viejas vinculaciones con la abadía y a su estimación por el abad, habla solicitado del Santo Padre para Dom Federico el privilegio del *zuchetto* —el solideo purpúreo— y la blanca *cappa magna*. Pero ahora el cardenal no deseaba que ambas prendas litúrgicas fuesen de los mencionados colores distintos, como cuando las obtuvo para Dom Edmundo, sino que las solicitó ambas de color púrpura..., un raro privilegio, por supuesto. Cuando el cardenal solicitó tan extraordinaria concesión era secretario de estado el cardenal Eugenio Pacelli, que en nombre del Papa Pío XI, accedió a la solicitud *viva voce*.

Algo más le aconteció a Dom Federico digno de mención durante su misión abacial; algo de que le había hablado el viejo Dom Edmundo y que ahora, de palabras y propósitos, se iba a convertir en realidad. El dinámico Dom Edmundo le dijera cierto día que pensaba dejar en sus manos la presentación de una verdadera hija a Getsemaní..., en las manos de su sucesor Dom Federico Dunne. Desde el día de su instalación, el abad había rogado que se permitiera hacer tal presentación antes de que él falleciese. El dedo de Dios apareció casi inmediatamente, dirigiéndole hacia el cumplimiento de su deseo cuando llegaron a sus manos diversas ofertas de terreno procedentes de diversas partes del país.

Una de las primeras ofertas procedía de California. El Padre Mauricio pensó que acaso se le enviaría de "vuelta" a la comarca de donde había venido, pues la propiedad ofrecida era ideal y Mauricio conocía muy bien la fertilidad de su dorado y florido Estado. Pero Dom Federico opinó que tales tierras se hallaban demasiado alejadas de Getsemaní, la casa matriz. Así, pues, dio las gracias a la generosa persona que se las ofrecía y esperó por más claras indicaciones de la voluntad de Dios.

Otra oferta tentadora llegó de Florida. Nada menos que 1.100 acres en las tierras que se denominaban *Everglades* y que ahora demostraron ser muy productivas para cultivos de granja. Contestar ahora "no, muchas gracias", resultaba esta vez un tanto duro, pues Florida había sido el hogar de la familia Dunne muchos años. Sin embargo, Dom Federico estaba resuelto a establecer la filial en algún lugar que se hallase desprovisto de moradas religiosas; algún lugar que necesitase muy particularmente oración y penitencia.

De nuevo el dedo le Dios se dejó ver cuando el Padre José W. Kavanagh, vicecanciller de la diócesis Savannah-Atlanta, pasó su retiro en Getsemaní a primeros de marzo de 1943.

— ¡Qué grata sorpresa, Reverendo Padre —le dijo el abad—, el crecimiento de su comunidad! En los siete años transcurridos desde mi última visita, puedo recordar perfectamente, viéndoles a ustedes alineados para la Salve, el espacio en que se movían, y ahora estoy maravillado de la amplitud de la morada y del número de religiosos que alberga. ¿Ha de albergar como ciento cincuenta? ¿Cómo se las arregla con tanta gente?

El abad rió suavemente.

—Cierto que no podremos ir mucho más lejos, Padre, y su pregunta es oportuna. Somos unos ciento cincuenta. Esta guerra hace imposible que me comunique regularmente con mis Superiores de Europa, y por eso pedí permiso para establecer una nueva fundación hace relativamente pocos años.

—Y ¿hasta dónde piensa prolongar su monasterio, Reverendo Padre? —preguntó el joven sacerdote.

—A ninguna parte mejor que a la diócesis de Savannah-Atlanta —contestó bromeando el abad.

Pero el Padre José Kavanagh tomó en serio la contestación. Dos días después su obispo, Reverendísimo Monseñor Gerald P. O'Hara, le envió una carta a Dom Federico que significaba algo más que una invitación: era como una exhortación a que lo visitara, y muy pronto. El abad sintió que el dedo de Dios le indicaba el lugar. Sólo había 23.000 católicos en todo el Estado de Georgia; la co-catedral de Atlanta se ubicaba en el lugar ocupado por los viejos cuarteles directivos del Ku Klux Klan y... ¡cuántas plegarias y penitencias se necesitaban allí!

Era rector de la co-catedral Monseñor José E. Moylan, que había sido designado por el obispo para actuar como intermediario para localizar probables tierras para la fundación trapense. Monseñor se dedicó a esta tarea entrevistándose con numerosos terratenientes y viajando de un lado a otro de Georgia hasta que pudo enviar alguna palabra animadora a Getsemaní.

En tanto, Dom Federico había obtenido un voto del Capítulo el 14 de abril de 1943 para que consultase a su comunidad acerca del establecimiento de una nueva fundación. Al mismo tiempo solicitaba que se le sugiriesen nombres para bautizarla. El voto era necesario para cubrir la fórmula; el pedido de nombres también era casi lo mismo, pues Dom Federico había elegido, desde muchos años atrás, el nombre que le gustaría para la nueva fundación: Nuestra Señora del Espíritu Santo, como primer título para la primera fundación de Getsemaní.

Pasó el verano sin mayores acontecimientos, fuera del que algunos monjes de la comunidad pudieron advertir, o sea que el Padre Jaime, que desempeñaba de nuevo el cargo de prior, se hallaba ausente de sus funciones casi todos los días.

Luego, justamente dos semanas antes de Navidad, Don Federico recibió un llamado para que se dirigiese apresuradamente al Sur. Monseñor Moylan había elegido tres lugares y esperaba que alguno de ellos mereciese la consideración del abad. Dom Federico estuvo tres días en Georgia estudiando los tres terrenos. Ninguno de ellos resultaba completamente satisfactorio, y ya iba a regresar a Kentucky cuando Monseñor le dijo:

—En fin, Padre, aún tengo otro lugar que ofrecerle de un tal Mercer Harbin. Está a treinta millas, al Sureste de Atlanta y a unas

seis millas al Oeste de una pequeña población llamada Conyers, asiento urbano de Rockdale.

— ¿Tenemos tiempo para verla?

Monseñor consultó su reloj y movió dubitativamente la cabeza.

—Yo puedo llevarle y traerle, Reverendo Padre; pero tendrá muy poco tiempo para estudiar el lugar.

—Vamos a intentarlo —se apresuró a contestar Dom Federico, y casi al mismo tiempo se sentaba en el automóvil del sacerdote.

Tan pronto como los ojos de Dom Federico contemplaron las plantaciones de Honey Creek sintió que sus búsquedas terminaban. Vio todos aquellos alrededores, notando su abundancia de aguas y maderas, los cultivos ya hechos y las posibilidades que las tierras ofrecían. Se entrevistó con Mercer Harbin y discutieron el precio.

Mercer pedía 45.000 dólares por sus 1.464 acres, y los quería recibir al contado, porque estaba ansioso por vender e irse al Sur. El abad le agradeció su información y se apresuró a regresar, prometiéndole que estudiaría la oferta.

No tardaron los abogados en examinar los títulos de propiedad de Mercer. Al mismo tiempo el delegado apostólico en Washington se informó del empeño de Dom Federico, que no podía ponerse en contacto con su General, en tanto que el Capítulo General estaba suspendido mientras durase la guerra. Getsemaní se hallaba abarrotado. Una nueva fundación era una necesidad: ¿podría establecerse en Georgia? El delegado apostólico utilizó sus privilegios diplomáticos y el 5 de febrero la Sagrada Congregación de Religiosos envió el requerido permiso, que el delegado transmitió al ansioso Dom Federico. Estaba ansioso

porque el propietario Mercer se cansaba de esperar por la respuesta prometida. Por fin, el 7 del mismo mes se firmó un cheque por 45.000 dólares y se le envió al ya impaciente Harbin. Nuestra Señora del Espíritu Santo estaba destinada para Conyers.

Aquella noche Dom Federico parecía no querer salir de la iglesia. Todos los agradecimientos eran pocos para ser ofrecidos a Dios. Esto ocurrió al comienzo de su décimo año en el puesto de abad y su cuadragésimoquinto de trapense, y para el centenario de Getsemaní faltaban solamente cuatro años. Dios no podía haberle dado mejor dádiva para su jubileo. Recordó a sus antecesores Dom Eutropio, Dom Benito, Dom Eduardo y Dom Edmundo y a todos los que vivieron, sufrieron y murieron durante el gobierno de ellos, evocando el pasado del monasterio para sentir que las batallas libradas no habían sido en vano. La semilla por ellas plantada no se había agotado y pronto rendiría una buena cosecha. Los monjes de 1944 recolectaban lo que las monjes de 1848-1880-1898 habían sembrado con lágrimas, sudores y pesadumbre.

Dom Federico se preguntaba cómo podría dar la noticia a sus monjes. Esperaban, ciertamente, una separación para algún día, pero no tan cercana. Debería explicarles que tenían que dejar espacio a los otros para establecer otro hogar en tierras desconocedoras del Cristianismo, donde el Sagrado Corazón era menospreciado por los hombres y el nombre de María deshonrado. En su mente había fijado la fecha die la partida de los nuevos exploradores religiosos: el 21 de marzo, día en que, ochocientos sesenta y cuatro años antes, se fundara el Cister. En la fiesta de San Benito, autor de la regla, veinte y un monjes se habían establecido en los terrenos pantanosos de Citeaux, Francia, para erigir una abadía que con el tiempo llamaría la atención de toda

Europa por sus fervorosos sacrificios. La repetición de esta proeza por americanos acercaría a Getsemaní y Conyers cada vez más a Citeaux. Por supuesto, Getsemaní, habiendo ya madurado como fundación trapense, enviaba a varios de sus hijos para establecer un nuevo monasterio.

El 15 de marzo, cuando el abad de Getsemaní se ausentó en compañía de J. Leslie Ray, de New Raven, todavía no había comunicado la gran noticia a la comunidad. Juntamente con el señor Ray, experto en construcciones, viajó hasta la recién adquirida plantación para resolver lo que se podría hacer antes de que los nuevos poseedores se hiciesen cargo de la propiedad. Cuando se acercaron con su automóvil al rústico edificio de la finca, blanqueado y como descascarado por las frecuentes lluvias, que se alzaba como un espectro en medio de campos desolados y lagunosos, Leslie Ray pronunció pocas palabras. Pero el abad sentía su sorpresa y su desaprobación, aunque el constructor se refrenó para no hacer comentario alguno despreciativo.

—Bien; usted debe conocer también lo peor —le informó Dom Federico adelantándose hacia el amplio juego doble de puertas del edificio—. Yo mismo apenas tuve tiempo para revisar este interior cuando estuve aquí. Este edificio es temporal, por supuesto.

El hombre se rió con esta advertencia y su expresión se tornó severa cuando entró en el piso azotado por el viento que se colaba por techos y paredes.

—Al menos usted tiene amplia espacio para trabajar —le dijo Dom Federico animosamente—. Dividir la finca en cuatro sectores: uno para capilla, otro para gabinetes de estudio, luego el dedicado a dormitorios y el último para desagües y almacenaje.

Ray tomó algunas notas en su cuadernito.

— ¿Qué capacidad han de tener las celdas, Reverendo Padre?

—Siete pies por cuatro. Son las cuevitas de que le hablé, pero usted ya ha comprendido, por supuesto, que todo esto es provisional. El contratista no trató de disimular una mueca.

—Así lo espero, Reverendo Padre —se limitó a decir.

—Estaremos aquí el miércoles veintiuna personas —se apresuró a informarle el abad— lo que significa que sólo dispone usted de cinco días. Haga lo mejor que pueda. Estoy seguro de que mis Hermanos le bendecirán por su trabajo.

En la noche del 18, justamente antes de las Completas, Don Federico rogó a su comunidad, reunida al efecto, que implorara por las mejores intenciones. Miradas nerviosas se cruzaban en todas direcciones en el salón al notar tal acento de urgente vehemencia en la voz de Dom Federico, como nunca, en nueve años, lo advirtieran. Aquella noche aparecía macilento y fatigado. Ciertamente, había hecho últimamente muchos viajes y ya sentía el peso de los años. Uniendo sus oraciones nocturnas los monjes imploraron a Dios para que le concediese a Federico Dunne la petición ansiada tan fervientemente.

La siguiente mañana era domingo, la fiesta de San José. Dos novicios del coro hicieron sus simples profesiones y un Hermano lego pronunció sus solemnes votos. A la conclusión de esta ceremonia, Dom Federico se movió un tanto nervioso en su sillón abacial. De pronto comenzó a hablar y todos los ojos se posaron en él. Algunos de los más viejos monjes se inclinaron para escuchar mejor y no perder una palabra.

"La intención por la cual les recomendé que rogaran, Hermanos míos —comenzó diciendo el abad— se refería a nuestra

nueva fundación a establecerse en Conyers, Georgia. Después de haber pensado y orado mucho, he decidido que se realice el martes, la fiesta de San Benito".

Hizo una pausa para afirmar el tono de su voz y permitirles a sus hijos el tiempo suficiente para recobrarse de la sorpresa del anuncio.

"Los siguientes nombres corresponden a los Hermanos que constituirán la nueva comunidad —continuó—. Procedo a leer esa lista de nombres por orden de edad: Padres Efraín, Eugenio, Santiago, Francisco Javier, José... (la voz del abad resonaba en tono menor, pero en el absoluto silencio del recinto cada nombre pronunciado adquiría la resonancia del repique de la campanilla en el momento de la elevación) Joaquín, Simón, Tadeo, Miguel y Marcelo. Fraters Corentino, Cipriano y Luke. Hermanos Clemente, Bonifacio, Vicente, Fabián, Ricardo, Wendeline y Ambrosio".

Cuando terminó de leer la lista se dejó caer sobre el sillón como agotado. Durante nueve años había orado para que tal día llegase. Sólo había pensado en la mayor gloria de Dios al ayudar a sus hombres hacia la perfección y también, por su parte, continuar la tremenda labor de sus predecesores, aunando todos los esfuerzos para lograr conclusiones meritorias. Dios le había concedido el cumplimiento de sus deseos y su corazón se desbordaba en plenitud. Con todo, en su interior no negaba las dificultades que provocaría la ausencia de sus veinte hijos. Las raíces tendrían que sufrir desgarrones.

Los dos días siguientes testimoniaron la fortaleza de la disciplina trapense. Los monjes vivieron en la rutina de su silencio regulado como si nada hubiese ocurrido o fuese a ocurrir. El Padre Jaime (Santiago en la lista) estuvo con el abad más tiempo que de

costumbre y ahora sus Hermanos comprendieron lo que los pasados años habrían sido para el prior. Dom Federico había preparado todo lo concerniente a la nueva fundación, desde la biblioteca a las conferencias mensuales que se pronunciarían en el monasterio. Toda una tarea anual detallada. La comunidad comprendió a qué sentimientos bondadosos obedeciera el mantener secretas tales preparaciones: les había ahorrado las consiguientes preocupaciones acerca de cuándo, dónde y cómo el proyecto de la fundación se realizaría.

Llegó la fiesta de San Benito. Mucho antes de amanecer los trapenses entonaron los cánticos del oficio, implorando bendiciones especiales para los Hermanos que se iban a alejar del monasterio e intercediendo con San Benito para el buen éxito de la nueva fundación. El Padre Plácido, Jefe de la Hospedería ese año, pronunció el sermón del día y comentó el triple nacimiento: el del santo legislador, el de la casa matriz del Cister y el de Nuestra Señora del Espíritu Santo, en Georgia. Al terminar adoptó las palabras de Cristo habladas en la última cena: "es conveniente que os vayáis —dijo a los veinte— pues si no os fuerais, Nuestra Señora del Espíritu Santo no vendrá a vosotros".

Muchas lágrimas rodaron por las mejillas de los oyentes y los ojos del mismo abad se hallaban empañados cuando anunció a todos que les hablaría en la sala capitular a las cuatro y cuarenta y cinco de aquella tarde. Se celebraría la Bendición del Santo Sacramento y a las cinco se tomaría la colación acostumbrada. Luego se les diría adiós a los que se iban.

Mostrándose ante ellos aquella tarde, Dom Federico irradiaba amor y comprensión. Contaba ya setenta años de edad y, sin embargo, sus ojos brillaban, demostrando su espiritual disposición al

servicio de su Rey..., un fuego que le había sostenido, durante su ruda labor, cerca de medio siglo como monje trapense.

"Todos somos uno, hijos míos —les dijo— gracias a nuestra unión mística en Cristo, y no puede haber distancia que altere esta unión. ¿Qué significan miles de millas, hijos míos, cuando nos reunimos todas las mañanas en el mismo recinto de Dios para participar del mismo sagrado banquete? ¿Pueden separarnos geográficamente miles v miles de millas cuando somos uno en El —*Ipse*— el Único, Cristo, Rey, Cabeza?"

Cuando terminó de hablar el abad, toda la comunidad desfiló saliendo de la sala capitular hacia el corredor de la iglesia. Con Cristo entronizado en la custodia sobre el altar mayor, veinte trapenses se alinearon detrás del abad en el escabel del presbiterio, postrándose ante su Rey y Señor mientras sus Hermanos entonaban las oraciones usuales por todos los que se ausentaban. Luego los monjes volvieron a ocupar sus sitios habituales para el momento de la bendición solemne... Eran las seis de la tarde cuando los nuevos fundadores se alejaban del monasterio, echando una última mirada a su hogar tal como lo habían conocido..., algunos por muchos años. Ya desde la hora de la colación los Hermanos se habían despedido en silencio. El viejo Padre Efraín fue el primero. Cuando se halló a la puerta del refectorio, listo para bendecir y abrazar a sus Hermanos, todos se alinearon —viejos y jóvenes— para darle sus mejores deseos de despedida al Néstor de los pioneros. Luego Dom Federico hizo concesión especial para que los viajeros fuesen acompañados por los que quedaban hasta pocos metros de la entrada principal, en que esperaban los automóviles que los conducirían a la estación.

Se procedió con celeridad porque toda demora, en tales circunstancias, impresionaría más a unos y otros.

A las seis los automóviles arrancaron, tomando el camino real Obrecht. No lejos de la estación de Getsemaní habrían de trasbordar para tomar el tren de Atlanta. Dom Federico había hecho arreglos para que un vagón especial los condujese con todos sus equipajes. Cuando el tren arribó y su conductor echó una mirada a la montaña de maletines y grandes paquetes allí estacionados, para ser trasbordados, se desvanecieron sus esperanzas de que en los veinte minutos de parada se hiciese la operación. Sin embargo, y ante su gran sorpresa, los monjes hicieron el trasbordo en siete minutos y el tren salió a su hora hacia Atlanta.

Ya en movimiento, el vagón se convirtió en un monasterio trapense sobre ruedas. La delgada cruz de madera, una réplica de la que Dom Eutropio paseara sobre sus hombros por las calles de París, estaba colgada en la pared frontera del vagón, y los monjes, formando coro en sus asientos, entonaron las Completas que terminaron con la Salve de rigor. Luego ocuparon los no muy cómodos asientos del coche nocturno.

A las tres de la mañana del día siguiente cantaron Maitines y Laudes como si estuviesen en el templo de Getsemaní. Al ocupar de nuevo los monjes sus duros asientos, Dom Federico no pudo resistir la tentación de contrastar su grupo de hombres con el que partiera de Melleray noventa y seis años antes. El grupo de ahora viajaba más rápidamente. Ahora eran conducidos por verdaderos cíclopes de acero en la obscuridad de la noche. Y sentía la íntima seguridad de que Dom Eutropio se habría encontrado como en su casa con este nuevo grupo de trapenses y les habría hablado como

habló a su grupo cuando vinieron de Ohio a bordo del *Martha Washington*.

De pronto Dom Federico murmuró la misma breve y ferviente oración imploradora que se deslizara de labios de Dom Eutropio al estudiar los rostros de su grupo de exploradores la noche antes de llegar a Portelan:

"¡Oh, Dios! ¡Consérvalos bravos!"

CÁPÍTULO XXV

EL POLVO DE DIOS SE ADHIERE

Dom Federico pasó la primera noche con la comunidad de Nuestra Señora del Espíritu Santo en el establo que provisionalmente sería el albergue de todos. Esperaba y confiaba en que el milagro se realizase; que el contratista Leslie Ray convirtiese la finca en dependencias habitables en el plazo convenido de cinco días. Desde el momento en que llegaron a Atlanta tal parecía que se hallaban entre amigos. Y mientras los fotógrafos de los diarios locales los enfocaba para dar al público una impresión de las extrañas vestiduras de los monjes, las mismas, naturalmente, usadas por sus primitivos antecesores del Viejo Mundo, los trapenses viajeros se dedicaron tranquilamente a trasbordar su abundante equipaje hasta los camiones contratados. Tan pronto como se terminó la tarea, ocuparon sus automóviles para dirigirse a Conyers.

Llovía cuando la nueva comunidad llegó a la plantación de Honey Creek a la una de la tarde. Sin demora alguna los sacerdotes se ocuparon de levantar los altares para decir sus misas y apenas si eran las cuatro cuando los monjes quebrantaron su ayuno, pues no habían probado bocado desde que salieran de Getsemaní la noche anterior, después de haber comido un pedazo de pan y bebido una copa de agua de cebada. Cuando concluyeron

con su colación se dispusieron para retirarse. Habían rezado todas las Horas Canónicas en el tren.

Tendido en el jergón de paja, yacía el abad escuchando los ruidos de los movimientos de las vacas y mulos en el establo de los bajos del edificio, mientras que la lluvia golpeaba persistentemente el techo de lata. ¿Habrían venido demasiado pronto? — se preguntó. ¿Hubiera sido preferible esperar hasta que fuese construido un monasterio provisional, de modo que los monjes se pudieran mover más ordenadamente? Ahora y allí descansaban sobre sus jergones en un desván-pajar. ¿Pero el Hijo de Dios no había nacido en un pesebre? Jesús pudo elegir un palacio salomónico, pero prefirió al buey, al asno al pesebre.

El corazón del abad latía apresurado. ¿Podrían desear signo mayor del amor de Dios? ¡Cuán señalado fue el camino por el Padre Kavanagh con motivo de su ocasional visita a Getsemaní, al hablar de la nueva fundación en la fiesta de San Benito! Los meses subsiguientes serian dificultosos para los nuevos exploradores, de modo que sería necesario vigilar —seguía meditando el abad en su pobre lecho— para que su agobio no se hiciese demasiado pesado. ¡Cuán bondadoso se había mostrado Dios al concederles una filial tan cercana! Con poco más que extender la mano se verían asistidos los miembros de la nueva comunidad.

En la fiesta de la Anunciación, a los dos días de haber llegado a Conyers, la comunidad de Nuestra Señora del Espíritu Santo se levantó a las dos de la madrugada para cantar todo el oficio del día. Dom Federico sintió que la paz inundaba su alma. Podría regresar a Getsemaní sabiendo que quedaba establecida una Orden regular de trapenses.

Durante los meses siguientes advirtió que Nuestra Señora del Espíritu Santo se desenvolvía ante la curiosidad del pueblo de Georgia sin entorpecimiento. Ni los visitantes de algún planeta distante habrían causado mayor excitación que la presencia en aquellos campos de los trapenses vestidos de blanco y pardo. Los negros, al principio, temieron, pensando que el Ku Klus Klan se había atrevido lo bastante para abandonar sus ceremonias nocturnas y aventurarse a la luz del día. Por su parte, los ciudadanos de Conyers obligaron a que el Gran Jurado del Condado de Rockdale investigase las características de los recién llegados hasta establecer que no eran malhechores estrafalarios, hechos prisioneros y confiscados en la heredad de Harbin, convertida en campo de concentración... Toda esta curiosidad y excitación se desvaneció para ser reemplazada por una amistad rara en la no católica Georgia. No obstante, los trapenses fundadores disponían de muy poco tiempo para dedicarse a estudiar las reacciones de sus vecinos; estaban demasiado ocupados con sus tareas.

A pesar de las fuertes lluvias de aquella primavera, el grupo de los veinte monjes logró cultivar 600 acres de tierra para el mes de julio. Y el verano significaba algo más que la época de recolección de toda aquella siembra de trigo, mientras los campos sembrados de maíz maduraban para la misma faena. El verano significaba una alta temperatura que ninguno de ellos había soportado hasta entonces, un sol achicharrante y noches sofocantes, pues el techo de latón absorbía el calor y recalentaba todo el edificio. Con todo, mantenían su regla estrictamente: *ora et labora:* reza y trabaja...

El último verbo en acción los llevó hasta el bosque para talar árboles y transformarlos en madera labrada, a utilizar en el nuevo edificio provisional que los albergaría hasta que se edificase, como era debido, el permanente. La comunidad montó su aserradero y los árboles talados por la mañana se convertían en limpios y lisos tablones a la noche. Luego se acostaban con sus pesadas ropas sobre los jergones tendidos en el suelo, asediados por los mosquitos y demás insectos que proliferaban en los establos.

Dom Federico oraba por la joven comunidad durante aquellos meses de rudas experiencias, implorando por su existencia fervorosamente.

A veces sentía la muda desaprobación de muchos visitantes de Getsemaní, que habían leído o escuchado algo acerca de las dificultades con que tropezaban aquellos trapenses y murmuraban acerca de la insensibilidad del abad.

"Cuando elevo la Hostia en la santa misa —escribió un religioso— veo sobre mí, en lo alto, manojitos de pajas revoloteando impulsadas por la brisa. Cuando me arrodillo, un agujero en el piso me hace ver cabezas de mulos y vacas".

Este religioso se mostraba entusiasmado con la coincidencia de la paja y las bestias en la Hostia en que se incorporaba el Cristo, recordándole el nacimiento en Belén, pero el comentario de algunos visitantes podría expresarse así: "¡Vaya un magnifico lugar para la consagración del cuerpo y la sangre de Cristo! ¿Es que no pudo esperar Dom Federico hasta que se construyese un albergue más adecuado para vivir?"

El único pesar del abad consistía en la decepción que experimentaba al darse cuenta de que tales criticones no comprendían el gozo profundo de que disfrutaban sus hijos

haciendo algo de casi nada..., la satisfacción que les invadiría cuando contemplasen el nuevo templo consagrado a Dios. El Señor concedía a tales hombres una oportunidad para emular a sus fundadores en Citeaux. ¿Cómo podrían emplear a otros en esas tareas reconocidas y destinadas para ellos? Debían desbrozar y plantar y cultivar sus campos, construir su monasterio y hacer todo esto antes del invierno. De ellos era la lucha por la pobreza y la independencia.

El Padre Jaime lo comprendió. Se había mostrado impaciente por dejar Getsemaní y dedicarse a la nueva fundación. Y asimismo conocía muy bien a su Padre para cuestionarle acerca de su sabiduría o su amor; el abad visitaba con frecuencia a su filial, y nunca llegaba con las manos vacías. En su visita del primero de agosto llevó como regalo un nuevo miembro, el tercero que agregaba a los primeros veinte. El prior le agradeció cordialmente, pues toda ayuda le resultaba beneficiosa.

Por fin el monasterio de troncos y tablas de pino quedó terminado, mostrando las tradicionales líneas del Cister: un cuadrángulo alrededor de abiertos estrados. En la reunión capitular de la siguiente mañana Dom Federico dijo dirigiéndose a sus hijos:

"Les rogaré a todos que se muestren muy cuidadosos de sus pasos en el nuevo edificio, pues por dondequiera que pisen pisarán no corazón".

Todas las inquietudes y molestias acumuladas a causa del nuevo monasterio fueron barridas durante aquel mismo mes. El 21 de agosto el Padre Mauricio, prior de la comunidad, invitó a su Padre a que abandonase Getsemaní por un día o dos. El plan trazado para las seis semanas ya había madurado y los monjes querían demostrarle al abad lo mucho que apreciaban sus

cincuenta años de servicios dedicados a su Dios. Así, pues, por primera vez en su carrera abacial, Federico Dunne se alejó de su monasterio sin haber sido requerido por un asunto urgente. Cuando regresó en la noche del 22, el prior lo "excomulgó" hasta después de la Prima de la mañana siguiente. El abad Dunne "obedientemente" se retiró a su pieza para permanecer en ella hasta las cinco y treinta de la mañana siguiente.

En la mañana del 23 se dejó conducir por su subprior y Maestro de novicios a una sala decorada en su honor. Al entrar fue saludado con elocuentes aplausos de un amor mudo. Cuando se acomodó en su trono un selecto coro inauguró la ceremonia con el versículo *Quid retribuam Domino. Luego se cantó La Bella Reina del Cister.*

Después hubo de escuchar las verbales salutaciones del coro de monjes, del coro de novicios, de los Hermanos legos profesos y de los legos novicios —una extraña tarea para hombres silenciosos — que representaban los cuatro grupos religiosos de que se componía el activo monasterio de Getsemaní. Los ojos de Dom Federivo se bailaban en lágrimas al escuchar tan cálidas salutaciones, eco de un solo pensamiento, del que le animara y le diera esperanza en sus más íntimas ansias. Durante medio siglo había seguido la voluntad de Dios en todas las cosas, anhelando servirle con todo su ser. Y ésta era la meta de sus horas de cotidiana contemplación.

Dom Federico tenía razón para enternecerse de gratitud a Dios, por haberse permitido a sus hijos captar la lección que suspirara, por inculcarles en todas sus enseñanzas y con su vida ejemplar. Pero, en medio de sus lágrimas, una radiante sonrisa desplegó sus labios cuando el Frater Samuel, representando al

coro de novicios, habló de la tremenda conmoción que experimentara —y que Dom Federico había experimentado medio siglo atrás— cuando por primera vez, ataviado con las vestiduras medievales de los cistercienses, pudo exclamar a pleno aliento: *¡ahora soy un monje!* El muchacho novicio que hablaba —apenas tendría 17 años— provocó una risa cordial que brotaba de todos los corazones. Ciento cuarenta hombres saludaron en aquella ocasión al hombre a quien llamaban Padre, honrándole sinceramente por su medio siglo de servicios prestados a Dios.

Getsemaní, sin embargo, no estuvo sola al celebrar el festival de su Padre. Cuando el abad Dunne ascendió los peldaños hacia el altar mayor para pontificar, un sitial del santuario se hallaba ocupado por el arzobispo Juan A. Floersh, de Louisville, en tanto que el arzobispo McNicholas, de Cincinnati, y el obispo Cotton, de Owensboro, junto con los Monseñores Willett y Driscoll, estaban arrodillados frente al santuario.

Después de la ceremonia de la iglesia hubo fiesta para toda la comunidad, dentro de los rígidos límites de su regla; hubo también discursitos pronuncia de dos por algunos visitantes, elogiando la labor medio siglo realizada por el anciano abad, a la mayor gloria de Dios.

Y si bien tantos elogios pudieran perturbar al humilde abad trapense, el tributo elocuente que le rindió el arzobispo McNicholas aquel día fue muy apreciado por todos sus silenciosos Hermanos.

Al final del banquete se levantó el arzobispo McNicholas para decir:

"Reverendo Padre Abad: Tengo entendido que en la atmósfera del taller en que se acuñan monedas de oro, un polvillo invisible de esto metal flota y acaba por posarse sobre las ropas de

los obreros. Por esta razón se les provee de guardapolvos especiales que nunca desprenden esas partículas. Cada día esa vestidura se hace más pesada con el polvillo del oro invisible; cada año se vuelven más pesadas y mas preciosas..."

Después de una breve pausa y enfrentándose directamente al abad, agregó:

"Reverendo Padre: He venido pensando acerca de vuestra alma, comparándola con una especie de capa sobre la que el invisible oro de la gracia se ha ido depositando cada vez más espesamente, día a día y durante los cincuenta años que habéis trabajado en el taller de Dios que los hombres llaman Getsemaní. Cada año esa alma se ha venido cargando de méritos, pues las unciones y las penitencias de la vida de un trapense colman el aire con el oro invisible que algún día flameará ante la luz de la Gloria..."

¡Oro invisible! Todos los que escucharon las palabras del prelado sonrieron. Tal vez el polvillo de oro que se adhiriera al alma del santo abad fuese invisible, pero nadie que le conociera personalmente dejaba de apreciar el oro puro de su benevolencia para todos.

Dom Federico recibió los saludos y buenos deseos de muchos amigos, apenas logrando hacerles comprender que sus obras tan alabadas no fueron hechas por él sino mediante la generosa intervención del Dios misericordioso que lo tomaba por su instrumento. Se preguntaba por qué le sonreían cuando evitaba de algún modo tantas aclamaciones. Él no había hecho más que obedecer la voluntad de Dios.

Al final del día disfrutó de algunos momentos de alegre tranquilidad con el Padre Jaime, cuya presencia en Getsemaní le confortaba.

El abad tenía muchas cosas que preguntarle. El mes de agosto tocaba a su final y ya no estaban muy lejos los fríos meses que ni el sol de Georgia lograba atemperar. Todos los días algún visitante preguntaba en Getsemaní por la filial, interesándose por sus progresos. Ahora bien; Dom Federico y su fundación eran algo in separable; nadie podía dudar del amor en que envolvía a la querida hija; pero..., ¿habría sido vana su fe en la fortaleza de sus hijos? Los amigos y visitantes no preguntaban directamente, pero el abad sentía lo que a veces significaban tales preguntas indirectas.

El Padre Jaime se reía despreocupado, dándole ánimo a su Superior.

— ¿Me ha visto usted alguna vez de aspecto más saludable? —le decía interrogativo y como desafiante—. Usted puede decirles a esos dubitativos Tomases que yo he estado durmiendo en el desván, mojado siempre que llueve, que me he achicharrado bajo el sol en los campos y bosques y que, ciertamente, no soy el peor de mis trabajadores. Usted vio a la comunidad hace tres semanas y usted me está viendo ahora y... todos estamos buenos. ¡Y qué oportunidad hubiéramos perdido si usted se hubiese demorado! Yo no creo que hubiéramos podido escoger un modo más efectivo para despertar el entusiasmo de nuestros Hermanos y conquistarnos la simpatía de nuestros vecinos.

Dom Federico asintió complacido.

—Así me ha hablado usted antes, Padre; pero ¿y el monasterio? ¿Estarán ustedes dentro de sus paredes para el próximo mes? — le preguntó al entusiasta subalterno.

—Bueno; resulta que el contratista señor Ray comienza a detestar las lluvias —confesó el Padre Jaime riéndose— y yo no lo culpo. Convengo en que los aguaceros de la primavera fueron más que fastidiosos, pero también los del verano, que nos impiden acarrear las maderas del bosque. Sin embargo de todos estos inconvenientes naturales, el contratista dice que en tres meses deberá estar terminado.

¡Tres meses! —repitió el abad jugando nerviosamente con su cortapapeles— Padre: hace tanto frío en Georgia como en Kentucky.

—Y bueno; para acotar la frase del arzobispo McNicholas le diré que ello sólo significa más polvillo de oro en el aire, Reverendo Padre. No se inquiete por nosotros. Es verdad que estamos durmiendo..., bueno..., en un desván, pero en verano se aguanta. Peor sería en invierno.

— ¡Si fuera siquiera seguro que en diciembre estrenasen el nuevo edificio!

El Padre Jaime sonrió ante su preocupado abad.

—Tengo un plan, Reverendo Padre —se apresuró, a decirle— que espero merezca su aprobación. Recuerdo haber leído que los pioneros de Getsemaní se posesionaron de los sitiales de la iglesia abacial en vísperas de la fiesta de la Inmaculada Concepción. Pues bien; me gustaría que nosotros nos mudásemos al nuevo edificio..., para que fundadores se parezcan a fundadores...

Hizo una pausa para continuar:

—Por supuesto, deseo prepararle a usted para las conversaciones con esos visitantes que se preocupan tanto por nuestra comodidad. Cierto que todavía no hemos podido adquirir radiadores, y por eso no podemos garantizar la calefacción que procuran, pero nuestros buenos amigos y vecinos prometieron prestarnos cierta clase de calentadores que barrerán con el frío en las principales dependencias. De modo que no se inquiete por nosotros, Reverendo Padre —volvió a repetir el prior de Nuestra Señora del Espíritu Santo— lo que no quiere decir que nos olvide. Por las perspectivas que ofrece la comunidad no tardará usted en buscar nuevo lugar para otro monasterio trapense. Y cuando tenga varias hijas desparramadas por estas tierras, no se olvide de que nosotros fuimos primeramente de usted, de su comunidad.

—Ustedes nunca teman que yo pueda olvidarles —replicó el abad—. El Espíritu Santo es mi más grande consuelo, puesto que esa nueva mansión prueba que Getsemaní ha confirmado todas las esperanzas que Europa cifrara en ella desde su fundación.

—Entonces roguemos para que el nuevo edificio esté dispuesto para el siete de diciembre, Reverendo Padre. Me gusta la idea de repetir la historia trapense, aunque, naturalmente, es cuestión secundaria que coincidamos en la fecha de la celebración con la gran fiesta de Nuestra Señora de Getsemaní.

—Me parece una idea espléndida —exclamó animado Dom Federico con la mirada brillante—: estoy seguro de que Nuestra Señora será glorificada con el doble festival.

* * *

Tres meses después Dom Federico pudo confirmar tales noticias: la comunidad de Georgia, a pesar de los muchos

obstáculos, se mudó a su nueva estructura la vigilia de la Inmaculada Concepción. La mudanza protegió a los monjes de los peores meses del invierno, los cuales ya sabían, por anticipación de algunos fríos, lo riguroso que sería esa estación en aquellos lugares. En efecto; el agua se helaba en las vinajeras mientras se oficiaba la misa en la capillita instalada en el desván-pajar. Dom Federico comenzó a prestar más atención a las informaciones que le llegaron durante los últimos seis meses: los planes para un monasterio permanente en Nuestra Señora del Espíritu Santo despertaron naturalmente su mayor curiosidad. Al principio abrigaba la esperanza de darle a América un monasterio construido con piedra, mostrando la grandeza del estilo gótico, modificado por los cistercienses, pero cuando se enteró del costo de la piedra, de su labrado y de su acarreo, movió la cabeza decepcionado. Sería un excesivo e insoportable gasto. Georgia tendría un buen monasterio, pero de ladrillo rojo. En su básico plan seguiría las huellas de Getsemaní.

Al llegar la Navidad, Dom Federico aún estudiaba los planos completos del nuevo edificio cuando recibió un urgente llamamiento para asistiese a la instalación de la nueva abadía establecida en Iowa, bajo el nombre de Nueva Melleray, por la filial trapense de Monte Melleray, de Irlanda. En diciembre 27, a pesar de sus planes y ocupaciones, de su acumulada correspondencia, de los festivales a celebrarse en la estación, del frío intenso, de las lluvias y las escarchas, salió para Louisville en la madrugada de aquella mañana. El senador Ed Dawson, que con frecuencia lo había conducido a Louisville en su coche, lo condujo ahora también, pero la escasa visibilidad y la cellisca hacían difícil el manejo del auto, aunque el senador manejaba con cuidado. El vehículo, en cierto trayecto malo del camino, resbaló y fue a chocar contra los pilares

de un puente. El senador hubo de ser conducido al hospital de Louisville con una ligera fractura en el cráneo y a Dom Federico se le transportó a Getsemaní con severas laceraciones en la cabeza, contusiones en un brazo y en la cadera y conmoción cerebral.

El Padre Mauricio le visitó en su habitación, pero no en su lecho. El abad, sentado ante su escritorio, se dedicaba a sus tareas. El prior miró su cabeza vendada y luego la mesa colmada de cartas, contratos, memorandos y otros documentos.

—Reverendo Padre: poseo un fuerte corazón, pero cada vez que le ocurre a usted algo y penetro en su habitación, el corazón se me achica.

—Animo, pues, Padre —contestó con firme mansedumbre el sufrido abad—, parece ser que yo necesito más que un simple choque de vehículos para ser muerto.

Luego, respaldándose en su sillón, agregó:

— ¿Sabía usted que le había pedido a Dios, más de una vez, que yo sólo abrigaba dos ambiciones sometidas a su voluntad: no morirme sin ver convertidas en abadía a nuestras dos filiales: Nuestra Señora del Valle y Nuestra Señora del Espíritu Santo?

—Un tanto ambicioso por lo que respeta a Nuestra Señora del Espíritu Santo, Reverendo Padre; pero, en lo que se refiere a Nuestra Señora del Valle, no habrá dificultad alguna.

—Es como usted dice, y se asombrará usted ante el número de dificultades que nos cercan, tanto al margen de nuestra Orden como dentro de ella. Tan pronto como esta guerra concluya y yo pueda comunicarme libremente con nuestro General y Capítulo General, les haré conocer mis ambiciones.

—Por el momento yo sólo tengo una ambición — declaró el prior con una significativa mueca: —preservar su mutilada faz de las miradas de la comunidad hasta que se halle usted más presentable.

Le costó persuadir a su Superior, pero, al fin, Dom Federico consintió en permanecer en sus habitaciones hasta recobrar mejor apariencia. Era una gran concesión. Hasta el primero de enero no se presentó en la sala capitular todavía con el ojo derecho tan de color de púrpura como su *zuchetto*. Sin embargo, pontificó ese día, aunque medio rengueando.

—Este hombre morirá de pie y vestido — comentó el prior Mauricio con el Padre Roberto aquella misma noche.

—Sí, algún día se le paralizará el corazón en plena tarea — asintió el Maestro de los novicios con un significativo movimiento de cabeza—. ¿Y quién le reemplazará? Debe tener siempre avivado tal fuego, que ninguno de los monjes se le puede acercar so pena de perder algo de su aislamiento y espíritu devocional. Él ha de hacerlo todo.

—Me hace usted recordar lo que le he repetido tantas veces — dijo el prior con ligero tono de broma: —Le habré dicho a él diez veces, tan seguro como se lo dije una, que debía compartir la enorme carga, y se limitó a reírse. Yo no sabría cómo empezar si se nos va de repente. Despacha manuscritos para libros, folletos y artículos para revistas, interviene en contratos con editores y contratistas, y qué sé yo cuántas otras tareas, además de atender a la correspondencia procedente de todas partes del mundo. Y... todo lo maneja él personalmente.

Dom Federico hubiera sonreído ante la enumeración de las tareas que le atribuía su prior, pues la lista se hallaba muy lejos de

estar completa. Hubiera podido agregar las ofertas de particulares para nuevas fundaciones, y los pedidos de algunos obispos para que se estableciera alguna comunidad en sus respectivas diócesis; las peticiones de todas las ramas de las fuerzas armadas, para que se reservase a ciertas personas habitaciones para pasar su retiro en la paz de Cristo, y de acuerdo con los estatutos trapenses, en cuanto la guerra cesase y esas personas pudieran despojarse de sus uniformes de combatientes... Para decir la verdad, Dom Federico ya pensaba en una segunda fundación, aun antes de establecer la del Espíritu Santo. Tenía que pensar en otra, pues la comunidad de Getsemaní sumaba ya ciento cincuenta miembros.

La conversación con el Padre Mauricio impulsó al abad a la acción. El primero de agosto pudo anunciar que Nuestra Señora del Valle había sido elevada a la dignidad de abadía. Se trasladó rumbo al Norte para presidir la elección abacial, en la que resultó nombrado Dom Edmundo Futterer como primer abad de la morada de Rhode Island. Dos meses después presenció cómo el electo era consagrado por el obispo Francis P. Keough, de Providencia. Una de sus ambiciones se había realizado. ¡Ahora a batallar por la realización de la otra!

Pero antes de que pudiera pensar en la urgencia de elevar a la categoría de abadía al naciente monasterio de Nuestra Señora del Espíritu Santo, le urgía planear algo acerca de Nuestra Señora de Getsemaní. Los postulantes seguían llamando a sus puertas. Una y otra vez pensaba en ensanchar la casa..., ya dos veces ensanchada. No suponía trabajo; más bien suponía gratitud a Dios el utilizar cada rincón, cada escondrijo. Algo estaba pasando en el corazón de América. Dios conducía más y más almas hacia la vida contemplativa. El monasterio del Valle ya pensaba en establecer su

propia fundación. El Padre Jaime ya contemplaba colmado su edificio, y ambos Superiores habían recibido muchas solicitudes para albergar a militares que aguardaban impacientes el cese del fuego que les permitiría ese retiro.

* * *

En el undécimo aniversario de su bendición abacial, Dom Federico ocupó un asiento en un avión transatlántico para asistir al primer Capítulo plenario a celebrarse por los cistercienses de la estricta Observancia mientras que los cañones de los nazis se enfocaban contra Polonia.

Multitud de tareas y problemas tenía que resolver el Capítulo. El primer acto dispositivo consistió en la elección del Reverendísimo Dominico Nogues para Abad General, y una de sus últimas disposiciones consistió en elevar a la dignidad de abadía al monasterio de Nuestra Señora del Espíritu Santo. Dom María Federico Dunne se sintió compensado por la unanimidad de votos obtenidos para todas las explicaciones que dio con respecto a sus procederes, desale el comienzo de la guerra. Muchos de los Padres capitulares miraron con cierto recelo las iniciativas tomadas por el Señor de Getsemaní, como la fundación de un nuevo monasterio, sin consultar con los miembros del Capítulo General. Esta actitud resultaba una reminiscencia de la tomada contra el primer abad de Getsemaní hacía casi un siglo.

Y otra vez fue un representante del Papa quien ofreció una perfecta defensa de las acciones del abad de la morada americana. El permiso obtenido por Su Excelencia el Reverendísimo Amleto Giovanni Cicognani, delegado apostólico en los Estados Unidos, de la Sagrada Congregación de Religiosos, fue lo que salvó a Dom

Federico de una severa reprimenda. Pero lo que más sorprendió a aquella asamblea de Padres y Priores se debió al anuncio de que él —Dom Federico— tendría que establecer pronto otra fundación, aceptando el ofrecimiento que se le había hecho en Kentucky, poco antes de partir para Europa, por parte del Reverendísimo Padre Duane Hunt, obispo de Salt Lake City, en el Estado mormónico de Utah, ofrecimiento que juzgaba de lo más aceptable.

Los Padres del Capítulo poco conocían acerca del Estado de Utah o de los mormones. Lo que les interesaba era el estado espiritual y financiero de Getsemaní. Cuando Dom Federico les informó que la comunidad constaba de ciento setenta miembros y que se hallaba libre de toda deuda, y con muy pocas probabilidades de contraerlas, dieron el permiso.

Obtenidos todos los permisos requeridos, su vuelo por la estrato-esfera le pareció lento desde Irlanda, donde el día 16 de mayo tomó el avión transatlántico para llegar a Getsemaní y decir la misa en acción de gracias al día siguiente!

Los pioneros de Nuestra Señora del Espíritu Santo se enteraron de la grata noticia a fines de aquel mismo mes de mayo, y el 6 de junio se congregaron para la elección abacial. El Padre Jaime Fox, que se desempeñaba como prior, fue elegido en la primera votación. Pero Dom Federico tuvo que esperar hasta el 18 de octubre para que el prelado Emmet M. Walsh, obispo de Charleston, pudiese administrar la consagración abacial, y de este modo realizar su segunda ambición.

CAPÍTULO XXVI

LUCHANDO CON LOS PODERES DE LAS TINIEBLAS

Dom Federico tosió, subconscientemente, cuando, a su regreso de Georgia, el Padre Mauricio, su prior, le recordó que todos sus deseos ya se habían cumplido. Se quedó contemplando al pequeño y vivaz holandés un momento para luego contestarle:

—A usted le agrada el Oeste, ¿no es así, Padre?

— ¡Ah! Un gran territorio — replicó con entusiasmo el prior.

—Pues bien; es allá donde radica mi incumplido deseo. He de enviarle pronto a aquellas tierras, pero no tan alejadas como su querida California, aunque si lo bastante al Oeste como para que le agraden. ¿Cree usted que puede sembrar trigo en aquellas rocosidades?

—Déseme un poco de terreno y fertilizantes y sembraré y cosecharé trigo en cualquier parte.

— ¿No necesita usted agua?

El prior se eché, a reír.

—En el Oeste también hay desiertos, Reverendo Padre. — ¿Dónde piensa usted que ha de establecerse la nueva fundación?

—En Utah.

— ¿Qué? Es el territorio de Brigham Young.

—Una buena razón para enviar cistercienses allí.

— ¿Ha elegido el terreno?

—No, todavía no: pero el obispo Hunt nos quiere allí, y tiene muchos amigos que están buscando un adecuado rancho. Supongo que así debemos de llamarlo desde el momento en que iremos para allá. Es extraño cómo cambia la terminología…

— ¿Usted habla en serio?

—Hablo en serio. Tanto para informarle, como para su personal conocimiento, le diré que si Monseñor Kennedy o Monseñor Giroux descubren propiedad adecuada, enviaré una colonia a ella en el tercer aniversario de la fundación de Nuestra Señora del Espíritu Santo.

— ¿El día de San Benito?

—De 1947 — fue la instantánea respuesta.

Dom Federico intentaba duplicar su obra de 1944, pero no contaba con los poderes de las tinieblas. La comunidad había dado sus votos en diciembre 14 para la fundación y la adquisición de la propiedad, y fue entonces cuando las dificultades se multiplicaron.

Antes de terminar el año se tuvo información de que se presentaban tres lugares que ofrecían buenas probabilidades. El abad se marchó al Oeste y estudió sobre el terreno las tres posibilidades, que no resultaron convenientes. Una no era lo bastante grande para garantizar el aislamiento requerido, ni para producir lo necesario para la vida independiente que caracteriza a los cistercienses; otra carecía de terrenos arables, y la tercera carecía de agua. Sin embargo, el abad regresó entusiasmado de aquel condado y de los amigos que lo habían atendido y que le prometieron nuevas y fructuosas diligencias. Los religiosos de la región se mostraron regocijados al enterarse de que pronto albergarían en la comarca contemplativos silenciosos, que

conquistarían gracias y verdaderas lluvias para aquellas áridas tierras.

El nuevo año de 1947 contaba apenas una semana cuando de nuevo Dom Federico viajó rumbo al Oeste, pues Monseñor Kennedy le anunciaba que le parecía haber dado con la propiedad adecuada para los trapenses. Y de nuevo, sobre el terreno, el abad recorrió un rancho de 2.300 acres v otro le 4.000 averiguando acerca de la fertilidad de las tierras y la obtención de agua; y luego de informarse bien, se volvió a su acompañante. Monseñor Kennedy, para mover negativamente su cabeza. No le satisfacían las condiciones.

Pero no cejaba en sus empeños. El tres de marzo se hallaba otra vez en Utah, esta vez respondiendo a los urgentes requerimientos de Su Excelencia el obispo, que le anunciaba que Mr. Fitzpatrick había dado con un rancho de 1.800 acres de espléndidas tierras cultivables, cerca de Ogden, con abundante provisión de agua y con fama de fertilidad en todo el contorno. Dom Federico visitó el rancho. El lugar era ideal, a 18 millas al Este de Ogden y a una distancia de dos de la pequeña población de Huntville. Cuando tendió la mirada en torno y contempló el ondulado rocoso que lo circundaba, sonrió. Getsemaní se hallaba rodeado de ondulantes colinas, que resultaban bellas en todas las estaciones del año porque su arbolado simulaba, en verdad, murallas naturales; pero esas yermas montañas rocosas..., ¡cuán fácilmente se podía crear un mundo aparte en ese valle!

Preguntó por la provisión de agua, y cuando se le mostró un abundante arroyo que cruzaba la finca, se sintió satisfecho. Sí, ese rancho servía cumplidamente. Allí se podía establecer una ciudad de Dios para los hombres silenciosos que se podrían bastar a sí

mismos. ¿Cuál era el precio de ese rancho? Al abad se le cortó el aliento cuando se le pidieron cien mil dólares por la propiedad.

Dom Federico consultó el asunto con personas de experiencia y sacó en consecuencia dos cosas: una, que Dios quería a los trapenses en aquellas montañas rocosas, y la otra que el diablo no los quería. No obstante, los registros del condado de Weber anotaron con fecha 4 de marzo la venta del rancho de William C. Parke por cien mil dólares a Dom Federico M. Dunne.

Sólo el abad supo el alto precio pagado por aquella propiedad en Utah. No explicó inmediatamente a su comunidad que en la propiedad adquirida no existía ni el más simple edificio, ni siquiera una cabaña-establo como la encontrada en la plantación de Conyers. Así, pues, antes de enviar sus monjes rumbo al Oeste era necesario edificar alguna estructura, y Dom Federico se decidió por las barracas *Quonset*. Resultaban fáciles de obtener, y como constaban de materiales prefabricados, se armaban rápidamente. Teniendo en cuenta la escasez de otros materiales de construcción, que se hacía sentir en todo el país y que se calculaba duraría años, no dudó en adoptar esta solución circunstancial. Cierto que el material prefabricado no iba a reemplazar la belleza gótica que caracterizaba a los viejos monasterios trapenses, pero mientras llegara la oportunidad para edificar en debida forma, las barracas prefabricadas servirían. Procediendo en consecuencia, el abad trató con arquitectos y se trazaron los planes para adaptarse todo lo más posible a los requerimientos cisterciense,

Cuando Dom Federico regresó de este viaje a Utah, después de completar todos los detalles de la adquisición, se encontró en el despacho de su abadía con un mensaje procedente de Roma. Su Reverendísimo General arribaría a Getsemaní el 25 de marzo, para

verificar una visitación regular a la abadía. Instantáneamente se le desvanecieron sus esperanzas de proceder rápidamente hasta que la visita no pasase. Naturalmente, no podría moverse de Getsemaní.

Dom Dominico Nogues llegó para la fiesta de la Anunciación y permaneció hasta pasada la Pascua. Durante aquellas semanas se vio con los ciento setenta y dos miembros de la comunidad e inspeccionó toda la abadía. Maravillado de la ingeniosidad con que había procedido a los ensanches del viejo edificio, y de las mejoras introducidas, exclamó:

— ¡Notable! Usted pudo establecer dos fundaciones recientemente y todavía hallarse con su monasterio lleno.

—Si usted hubiese retardado su venida algunos meses, hubiera visto otra fundación — replicó tranquilamente el abad.

—Si los postulantes vienen con tanta abundancia...

Y luego de una pausa meditativa agregó:

—Usted sabe, Padre, que dentro de los cinco años siguientes usted debe estar preparado para otra fundación. ¿Le asusta tal perspectiva?

—Todo lo contrario. Estoy conmovido hasta lo más hondo de mi alma por este despertar de América. Usted ya está informado de que han llamado a nuestras puertas 153 postulantes desde que se estableció Nuestra Señora del Espíritu Santo. Por supuesto, no todos perseveran, pero la cifra es elevada y significativa. Por su parte, la comunidad de Georgia casi se ha doblado. Dom Jaime acomodó dormitorios para los postulantes en el garaje. Luego, como usted sabe, Nuestra Señora del Valle está pensando en una filial.

El abad, después de una breve pausa, continuó informando:

—Hay algo más que me agradaría que surgiese de este movimiento.

— ¿A qué se refiere? —inquinó el visitador.

—A mujeres... trapenses —se apresuró a decir Dom Federico —. Lo he estado esperando y rogando por mucho tiempo. He tenido que enviar postulantas trapenses a Canadá, lamentando que Estados Unidos no tenga morada para estas monjas; pero ahora mi pesadumbre ha terminado. Regresando del Capítulo General me detuve en Monte Melleray (Irlanda) para hablar con Dom Celso y las monjas trapenses en Glencairn. Actuaba como delegado de mi filial Nuestra Señora del Valle. Dom Edmundo adquirió una propiedad en la arquidiócesis de Boston, pero su celoso arzobispo Cushing deseaba monjas trapenses irlandesas para establecer la fundación. Pero Dom Celso prometió ayudarme. Ya hemos recibido 49 solicitudes.

— ¿Qué es lo que exactamente le prometió Dom Celso? —inquirió el visitador.

—Que tendría monjas trapenses para 1950 —contestó Dom Federico—. Pero con la ayuda de Dios tal vez podríamos celebrar nuestro centenario con ellas en nuestro ambiente.

—Cuando llegue ese día —comentó el Abad General lentamente— yo confío en que el mundo entero participará de vuestra alegría. Usted es un gran entusiasta, Padre Federico. Desearía acompañarle a Utah, pero he de regresar a Roma, y lo hago sabiendo que América es rica en algo más que dinero. Ella sabrá proteger su herencia de monjas trapenses.

"¡Su herencia de monjas trapenses!"

Dom Federico se quedó silencioso unos momentos, pues tales palabras retrotrajeron sus pensamientos a los difíciles años de Getsemaní, información histórica que había leído pero que un monje nacido en Francia había vivido aquí, en las colinas de Kentucky.

— ¡Lo que hubieran significado esas palabras para Dom Eutropio Proust, Reverendísimo Padre! Fueron sólo sus promesas de hacer de Kentucky un asilo para la Europa en guerra lo que persuadió a sus Superiores, y por eso le permitieron continuar sus luchas aquí.

—Dios tiene sus propios medios, Reverendo Padre —sentenció Dom Dominico—. Lo que se requiere es que obedezcamos precisamente su voluntad. Eso es todo.

Dom Federico sonrió.

—Estoy rogando para que las monjas trapenses en América formen parte de sus divinos planes.

—Dios lo ha de querer, estoy seguro de ello —replicó el General—. Ambos debemos orar para que sea pronto... y tengamos monjas trapenses aquí. Y ha de prosperar usted en Utah como ha prosperado en Georgia.

Apenas abandonó Getsemaní el Abad General, Dom Federico dio la bienvenida a Monseñor Giroux, procedente de Ogden. El rancho de Parke —la nueva propiedad de Getsemaní cerca de Huntsville— se hallaba dentro de los límites parroquiales de S. José. Monseñor Giroux visitaba la abadía para conocer la vida trapense en su más estricta Observancia y así darse cuenta de lo que necesitaría la nueva fundación. El visitante, en su afán de informarse personalmente y bien, también se trasladó a Georgia para observar el trabajo de aquellos trapenses pioneros. Luego,

rebosante de entusiasmo e ideas, regresó a Ogden para preparar la llegada de los monjes trapenses.

Dom Federico confiaba en que se establecería pronto la nueva fundación. En esto recibió un telegrama de Utah, fechado el 17 de abril, en que se le comunicaba que Monseñor Giroux, de Huntsville, había sufrido un ataque al corazón. Dos semanas después llegó la noticia de su fallecimiento. El abad se trasladó al Oeste para asistir a sus funerales y honrarle, aunque fuese en su muerte, y para manifestar su gratitud al clero del Estado. Sus Hermanos religiosos tendrían que implorar muy intensamente, pues los poderes de las tinieblas se desplegaban resueltos para impedir que los trapenses se estableciesen en Utah.

Aprovechando su viaje, el abad se entrevistó con el arquitecto que había prometido instalar un monasterio con materiales prefabricados y... recibió malos informes. El arquitecto Mr. Ashton todavía no había logrado conseguir los materiales necesarios.

—Hay que recurrir a las prioridades, señor Ashton —exclamó Dom Federico cuando supo que precisamente debido a ellas su arquitecto no lograba el material metálico esperado—. La palabra "prioridad" sólo significa para mí "primero Dios y sus intereses"..., uno de los cuales es el monasterio de Nuestra Señora de la Santísima Trinidad. ¿Cuándo nos podremos trasladar?

El arquitecto, impresionado, se quedó vacilante.

—Yo pensé que no urgiría tanto, y como hasta la fecha no he recibido los materiales, debido al asunto de las prioridades...

Antes de alejarse de Ogden, Dom Federico obtuvo la promesa de que a la construcción del nuevo monasterio se le daría prioridad sobre otros muchos proyectos, y que el material prefabricado se

entregaría en término de un mes. Se le concedía prioridad al monasterio.

Se estaban armando ya algunos materiales metálicos llegados, cuando de nuevo el diablo metió el rabo. Los ferrocarriles no podían señalarle fecha fija para la entrega del resto, y los días de espera se estiraron a semanas, cuando Getsemaní recibió la noticia que la alfalfa del rancho estaba ya madura para su primer corte y embalaje. El abad habla pensado que los pioneros se acreditarían con esta primera tarea importante, pero tuvo que alquilar los servicios de algunos labradores para hacer este primer corte, prometiéndose que para la fecha del segundo corte ya estarían sus monjes en el rancho.

Con todo, a principios de julio no habían llegado aún los materiales prometidos. Otra vez se trasladó rumbo al Oeste. La edad ya le estaba diciendo muchas cosas, aunque él todavía manejaba el auto en algunas ocasiones, escribía, telefoneaba y llamaba a las puertas de todos los que pudieran tener alguna influencia para que se acelerase la entrega de los materiales. Resultaron infructuosas estas diligencias. Hasta últimos de julio o primeros de agosto no recibiría entrega alguna, le informaron los más entendidos.

Sin embargo, Dom Federico llevaba en su propia mente la imagen del Padre Mauricio, el monje a quien había escogido como Superior para la nueva fundación. El prior había venido trabajando incesantemente a fin de tenerlo todo dispuesto para el regreso del abad.

—Nosotros habíamos pensado tener dispuesta la nueva morada para la fiesta de nuestro santo patrón —confesó tristemente a Dom Federico cuando recibieron la noticia de la muerte de Monseñor Giroux—. Ahora uno se pregunta si...

—Estarán ustedes allí para la fiesta de Esteban Harding —le interrumpió el abad que, a pesar de todo, esperaba cumplir su promesa. Cómo podría ser, no lo sabía. Sus hombres no podrían dormir a la intemperie, tumbados sobre los campos. No podrían tampoco ofrecer el santo sacrificio de la misa ni cantar sus oficios ante aquellas desnudas montañas rocosas. En Georgia habían construido un monasterio de madera; ahora deberían construir algo por el estilo para la nueva fundación. Pronto obtuvo respuesta para su problema: barracas suplementarias de madera.

En efecto; el gobierno deseaba vender algunas de las barracas de madera que habían servido de albergue a prisioneros alemanes e italianos durante la guerra, cerca de Ogden. Después de examinarlas, Dom Federico adquirió tres de las mejores y arregló lo conveniente para que fuesen transportadas al rancho. Luego el problema pasaba a manos del arquitecto Ashton, que habría de instalarlas y adecuarlas para que sirviesen como iglesia, dormitorios, refectorio y salón de lectura. En vez de los cinco días que se le concedieron al contratista Leslie Ray en Georgia, a este arquitecto se le concedió el término de un mes para completar su trabajo. En tanto Dom Federico esperaría en Getsemaní.

El 28 de julio Dom Federico penetró en la sala capitular preparado para proclamar el gran acontecimiento. La lista que llevaba en la mano diestra contenía los nombres de treinta y dos miembros de la nueva comunidad. Esta vez tuvo poca dificultad en leer los nombres de los elegidos: Padres Roberto, Mauricio, Dionisio, Sebastián, Martín, Bartolomé, Inocente y Simón. Fraters Patricio, Anselmo, Silvestre, Sixto, Cornelio, Teófilo, Tadeo y Bernardino. Procedentes del coro de novicios figuraban: Padres Santiago, Felipe y Jerónimo y Fraters Baldovinos, Eusebio, Cipriano, Yvo y

Celso. Los Hermanos profesos eran Fernando, Tescelin, Mateo, Enrique, Félix y Pascual con los novicios Norberto y Bonifacio.

El abad sonrió plácidamente después de leer la lista a la comunidad y advirtió en todos los rostros amor y deseos de arriesgarse por Dios.

Pocos de los fundadores experimentaron sorpresa cuando se leyó la lista; aun entre los monjes silenciosos no provocó comentarios en forma de señales con las manos. Desde el primer anuncio hecho en noviembre anterior estaban esperando ser llamados, pues venían preguntándose qué dificultades retardaban a su Padre y abad el cumplimiento de su promesa. Pero este día Dom Federico fijó fecha para el viaje: el 7 de julio.

Al acercarse el día de la marcha, dos nuevos viajeros vinieron a engrosar las filas de la nueva comunidad: el Frater Malaquías, procedente del coro de religiosos profesos, y el Padre Justino, un novicio. En total, treinta y cuatro trapenses, número compuesto de veintiséis religiosos del coro y sólo ocho Hermanos legos. Dom Federico se sentía dichoso al ver entre ellos muchos jóvenes soldados recientemente ingresados después de la guerra, una comunidad de monjes americanos nativos bajo el gobierno del Padre Mauricio, que procedía de Holanda. Seguramente que la sabiduría del Viejo Mundo se unía con el vigor y entusiasmo del Nuevo Mundo en este nuevo monasterio de Nuestra Señora de la Santísima Trinidad. Y, por su parte, el Nuevo Mundo hacía su propia contribución de sabiduría: el Padre Roberto había pasado cuarenta y cinco años en Getsemaní y enseñado como Maestro de Novicios durante casi dos generaciones.

El 7 de julio resultó un típico día sofocante de Kentucky. Los trapenses, como de costumbre, pasaron las horas del día

trabajando en los campos; pero las miradas de los monjes aquel día relataban una elocuente historia. Los que habían presenciado la partida de los fundadores de Nuestra Señora del Espíritu Santo sabían por experiencia que toda partida significa la separación de todos los lazos..., hasta el consuelo de visitar juntos las tumbas de los compañeros idos. Los trapenses más jóvenes sólo advertían y disfrutaban la excitación de la cruzada, considerándola una aventura en loor de Dios al conducirles a tierras extrañas. Las facciones de Dom Federico mostraban tensión y preocupación. La comprensión de la empresa que acometían sus hijos y el amor y el entusiasmo que desplegaban por la nueva fundación lo unía a ellos cordialmente. Arriesgaría su vida con tal de verlos libres de percances y molestias en el punto de su destino, y se sentía dichoso al considerar que ya estaba preparado el albergue para todos y que la regla se cumpliría en todo caso. Las repetidas advertencias del doctor de la abadía y las admoniciones de su prior no le persuadían para que descansara.

Ya anochecía cuando treinta y cuatro trapenses se despidieron de sus Hermanos y echaron una última mirada a las grises paredes del edificio que los recluyera del mundo. Los automóviles desfilaron ante la entrada de Getsemaní para ir recogiéndolos, y muchos ojos se empaparon de lágrimas. Los viajeros, ya acomodados en sus asientos, fijaron sus miradas en el camino adelante...; en la abadía más de un solitario monje penetraba en el monasterio alumbrado por la luz de las estrellas.

Por suerte los viajeros no perdieron tiempo en la estación. Los treinta y cuatro viajeros ocuparon un coche-pullman en la reducida estación de Getsemaní, en tanto que el conductor y el portero mostraban su sorpresa ante tantos monjes. Al abad y a algún otro

monje... sí, ya los conocían; pero ante aquel pequeño batallón de monjes... ¿no se trataría de una emigración? Excepto con el viaje a Georgia, Getsemaní no tenía precedentes de tal movimiento durante sus noventa y nueve años en el Sur.

Dom Federico sonrió satisfecho al percibir la sorpresa de los empleados, pero pronto se olvidó de todo al ocuparse activamente de ubicar la cruz de la nueva fundación en un ángulo conveniente, y al designar los camarotes para sus monjes. En el coche-dormitorio había treinta y cinco pasajeros, mientras que su capacidad sólo proveía para treinta y dos: pero el abad descubrió que sus monjes se anticipaban al problema. El novicio Justino ocupó un diván de cuero de los que suelen usar las damas para sestear cuando viajan. El Frater Patricio encontró un reducirlo asiento en la trasera del coche y el Padre Sebastián se tumbó sobre el piso del lavatorio para caballeros. Los soldados, durante la guerra, conocían tales recursos; los soldados de Cristo estaban siempre preparados para vencer tales inconvenientes. Los trapeases viajaban como un pelotón de infantería en ruta hacia la batalla; llevaban el hábito sobre sus hombros, el breviario para los oficios divinos, un libro para la lectura espiritual, sus utensilios para comer y... nada más. Completamente vestidos, se treparon a sus camarotes durante la noche.

El abad se hallaba demasiado cansado para dormir. Estaba en los comienzos de una nueva labor. El viaje de setecientas millas, muchas de ellas siguiendo la ruta trapense inaugurada, por así decirlo, ciento treinta años atrás. Dom Urbano Guillet había cruzado el Misisipi después de haber partido de Ohio, buscando un lugar más saludable para su comunidad. ¡Cuánto más fácil resultaba ahora, cuando uno puede adelantarse a elegir el sitio

para la nueva fundación! La idea le distrajo. El Padre Paulino y el Padre Pablo habían precedido a la fundación de Getsemaní, cuyos terrenos calificaron de paradisíacos, aunque años antes, un monje que había vivido allí, no los calificara con tanto entusiasmo.

Transcurrieron las horas y Dom Federico, desvelado y entumecido, yacía pensando en su camarote. Los días se le alargaban indefinidamente al pensar en Utah. Establecerse y arraigar en la nueva fundación requería años de labor activa. La conducción y acopio de agua desde el distante arroyo, excavar los campos para irrigarlos, edificar un monasterio, circunstancialmente adecuado, con materiales prefabricados para construir cabañas de metal y concreto que pudieran ser asilo de los trapenses por muchas décadas. Pero, como en Georgia, a mayores obstáculos, mayores esfuerzos para vencerlos; cuanto más grande su fervor, más rápido su sacrificio en silencio. ¡Silencio! El vagón que los conducía se hallaba en silencio. Únicamente el traqueteo monótono de las ruedas indicaba actividad de la máquina.

A las cuatro y media de la madrugada se levantó Don Federico para convocar a la comunidad al canto de Maitines y Laudes. Iban acercándose a St. Louis con una hora de retraso, cuando el abad ordenó al Padre Roberto que armase el altar portátil en el pasadizo frontal del coche. Luego se revistió para la misa. El Frater Patricio, el único diácono del grupo, fue comisionado para sostener el cáliz durante todo el oficio de la misa, mientras el Padre Roberto sostenía el altar con ambas manos. Se tomaron todas las precauciones para que, durante el viaje y en la aglomeración de la estación de St. Louis, ningún percance o mal tropiezo maltratase los sagrados vasos. Con profunda reverencia el

abad ofreció el santo sacrificio de la misa y compartió el pan de la vida, con su comunidad.

Tres misas se celebraron antes de que fuese retirado el precario altar. Parado en medio de la estación, el fletado coche-dormitorio asilaba a sus moradores del mundo como si estuviesen en Getsemaní: una isla de silencio entre la ruidosa marejada de la humanidad. Ni siquiera se daban cuenta cuándo se detenía y cuándo se ponía en marcha durante el largo trayecto. Seguían la regla casi tan rigurosamente como en el monasterio. Por extraño que pareciese, pensó el abad al examinar las facciones de sus monjes, éstos aparecían más fatigados y lánguidos por su forzada ociosidad que cuando regresaban de sus tareas agrícolas, tostados por el sol. Bueno; ya pronto estarían en Utah. Allá habría trabajo en abundancia para todos.

Dom Federico no se dio cuenta de la fuerza con que se presentarían las distracciones. En la tarde del día 10 de julio se acercó el conductor del tren para anunciarles que no tardarían en llegar a Ogden. El Padre Mauricio, Superior de la comunidad, se hallaba sentado al lado de Dom Federico.

—Muy bien; ése es nuestro destino —exclamó con notorio alivio.

El Padre Roberto, Maestro de los novicios de Getsemaní, sonrió y en respuesta a la mirada interrogativa de su Superior comentó:

—Esas son las mismas palabras que pronunció Brigham Young cuando llegó hasta aquí. Y Salt Lake City celebrará su centenario justamente dentro de dos semanas.

—Muy bien; nosotros formaremos en esta celebración del centenario —dijo el Padre Mauricio levantándose y preparándose

para la llegada a Ogden. El tren corría con cuatro horas de retraso cuando la ciudad se presentó a la vista, pero los monjes estaban muy preocupados con su viaje para interesarse por ese detalle. Al fin, el largo viaje terminó y se hallaron cerca de su casa. ¡De su casa! ¡Cuántas ansiedades resumía esta breve frase! Se habían apresurado tanto para la hora ansiada que cada sacerdote podría celebrar su misa ese mismo día..., misas en acción de gracias sobre la tierra bautizada con el sombre de Santísima Trinidad. Se distribuyó la comunión entre todos los Hermanos. Este acto solemne era la culminación de la larga búsqueda del nuevo hogar encontrado.

Dom Federico se mostraba doblemente agradecido a sus Padres y a los demás miembros de la comunidad. Todos se habían portado espléndidamente. Cuando descendieron del tren en la estación, el abad se dio cuenta de la entusiasta cordialidad con que lo recibía el comité de recepción, y se sintió conmovido. Dos fotógrafos los enfocaban con sus objetivos, mientras Monseñor Patrick Kennedy se apresuraba hacia el abad para estrecharle la mano y dar la bienvenida a sus hijos. La comunidad se reunió en un extremo de la estación y en seguida se procedió al traslado del equipaje. Con los ruidos de aquel trajinar, Dom Federico apenas lograba percibir claramente las palabras de prevención que pronunciaba Monseñor Kennedy, pero por la expresión de su rostro comprendió que debía prestarle particular atención.

— ¿Ha sucedido algo? —le preguntó.

Monseñor movió la cabeza afirmativamente.

—Hice cuanto pude para evitar toda contrariedad. Reverendo Padre —le aseguró—, Se hicieron preparativos para que sus sacerdotes oficiasen la misa en los templos de aquí, y para que los

Hermanos recibiesen la comunión, y también busqué y hallé lugar para cada uno de ellos, de modo que encontrasen albergue en las escuelas y hospitales hasta que las condiciones mejorasen; pero...

— ¿Pero y las barracas? —le interrumpió ansioso Don Federico.

De nuevo Monseñor movió la cabeza tristemente.

—Las barracas no llegaron —tuvo que confesar—. Había surgido una dificultad con la comisión ferroviaria..., algo que se refería a que las barracas resultaban demasiado anchas para el transporte; pero se me ha asegurado que serán transportadas mañana temprano.

Dom Federico aguantó en silencio la mala noticia. De todos modos, ¡cuán afortunados todos con la feliz llegada! Habían sido recibidos muy cordialmente sus pioneros. En vista de la situación, Monseñor deseaba ahora albergarlos en escuelas y hospitales. ¡Qué parecida esta llegada a la de Dom Eutropio a la diócesis de Louisville!

—Monseñor ¿no han entregado ninguna de las barracas? —preguntó el abad.

— ¡Oh! Hay una..., la única que llegó al rancho, pero está ocupada con maderas y otros muchos materiales.

Una sonrisa de satisfacción desplegó los labios del abad

—Pero, Monseñor, ¿por qué nos hemos de demorar aquí? Tenemos hogar. Por el momento resulta preferible esa barraca a cualquier otro albergue. Estoy seguro de que mis hijos elegirán con preferencia una barraca en su propio rancho a cualquier confortable asilo que usted les pueda ofrecer. Acepte mis agradecimientos por todos los esfuerzos que ha hecho por

nosotros, pero nosotros debemos apresurarnos para llegar cuanto antes a Huntsville. Ya es tarde y, por otra parte, todos estamos ansiosos por decir misa.

El buen prelado, al advertir la decisión con que hablaba el abad, no intentó persuadirle para que se quedaran en Ogden. Le condujo hasta los automóviles que los esperaban y los trapenses viajaron entonces rumbo directo al rancho, a quince millas de distancia. Los monjes se miraban entre sí, intrigados, al contemplar las desnudas montañas rocosas de aquella comarca, que circundaban el valle desprovisto de árboles. Era la una y cuarenta y cinco de la tarde cuando se acercaron al solitario y simple edificio y advirtieron su chata estructura como aplastada en medio de aquellos picos rocosos. Apenas penetraron en la rústica barraca, dos monjes se apresuraron a armar el altar para oficiar las misas. Dom Federico se revistió sin demora y así se ofició la primera misa en Nuestra Señora de la Santísima Trinidad.

En las horas siguientes de aquel día el abad de Getsemaní se halló enfrentando los mismos problemas que tres años antes en Georgia. Pero las dificultades que hubieron de vencerse allá resultaban triviales comparadas con las que la nueva comunidad habría de resolver aquí. Pasaba de las cuatro cuando el Hermano Pascual anunció la "comida". Su rústica cocina preparaba cocoa, huevos cocidos, pastelitos arrollados de harina y una especie de buñuelos que les obsequiara en abundancia un bondadoso amigo —el capitán Jaime Kennarney— cuando partieron de Getsemaní, alimento que les sirviera de dieta durante el largo viaje. Fortificados con el alimento, los monjes se dispusieron a la tarea que requería la barraca. No iba ser labor fácil convertir aquel barracón de cien pies de largo por treinta y cinco de ancho en templo, sala capitular,

refectorio y dormitorio para treinta y cinco hombres. La primera noche los trapenses durmieron sobre tablas en el desnudo suelo. Sin embargo, antes de que los rayos solares iluminaran aquellas montañas rocosas, ya estaban ellos con sus incensiarios elevando blancas nubes ante el trono de Dios.

Antes de mediodía del siguiente se recibieron las barracas esperadas. Dom Federico experimentó una gran alegría. Abrigaba muy pocas dudas acerca de la activa capacidad de sus monjes y confiaba en que, en relativo corto tiempo, acondicionarían las nuevas barracas de modo que el monasterio de la Santísima Trinidad iniciara su regular sistema de vida. El Padre Mauricio había sido prior de Getsemaní lo bastante tiempo para ser capaz de proyectar y llevar a cabo todos los planes que fuesen necesarios, y con los milagros que él —Dom Federico— realizara transformando a Getsemaní en un lugar de cultivo y de belleza, estaba seguro de que, cuando volviese de visita, encontraría el rancho transformándose y floreciendo. Las barracas resultaban muy necesarias, pues los materiales de construcción escaseaban. En Georgia los monjes talaron árboles y aserraron toda la madera que necesitaron para la construcción del monasterio; pero en aquel rancho se carecía de tan precioso material. El agua había de ser acarreada de algún modo. La labor que se presentaba era ruda y se requerían muchas bendiciones para realizarla cumplidamente.

Pero no fue sólo la llegada de las barracas lo que ocupó los pensamientos de Dom Federico al tomar el tren que le conduciría de regreso a Getsemaní. También pensaba en el primer postulante que había llegado a la nueva fundación, juntamente con las esperadas barracas de madera. El abad imploró a la Reina del Cister aquel día con un fervor que nunca antes sintiera tan

intensamente. ¿Cómo podría agradecer las bendiciones que Dios había derramado sobre sus indignos servidores? No obstante, ¿había límite alguno para su generosidad? De nuevo recordó el himno que sus hijos cantaron la mañana de su jubileo: *Quid retribuam Domino*. Se preguntó qué fervorosa devolución podría ofrecerle al Señor. Durante años y años venía luchando para vivir solamente para El, para ver en sus criaturas el reflejo de sus infinitas virtudes; pero ¿era esto bastante?

Luego se puso a pensar en Getsemaní. Había pedido a Dios que su monasterio pudiese tener una hija que propagase su amor por El, y Dios le había concedido dos hijas. Deseó posteriormente que Nuestra Señora del Valle pudiera ser elevada al rango de abadía, y no solamente se le concediera esta distinción, sino que esa abadía se estaba preparando para enviar una comunidad a Nuevo México, puesto que ya Rhode Island resultaba chica para albergar a los hombres imbuidos con el espíritu de sacrificio requerido para figurar entre los caballeros de Cristo. Sus manos no esgrimirían espadas, pero sí utensilios de labor, y muchos de ellos elevarían el sagrado cuerpo de Cristo en el altar. Dios se lo había concedido y... ¿qué pediría a cambio? Nada más que el amor de sus humildes criaturas.

A medida que se alejaba de Utah, Dom Federico pensaba una y otra vez en sus fieles hijos de Getsemaní, a cuyo hogar regresaba. No debía olvidarse de los que permanecían laborando y orando en el primitivo monasterio americano. Nuestra Señora de Getsemaní sería vigorizada para enfrentarse a su primer centenario ataviada de los más brillantes ornamentos. Un año podría ser la marca de un siglo de adoración, ofrendada mientras el mundo en torno dormía...; el incienso quemado ante Dios en el silencio y la

obscuridad de las solitarias colinas de Kentucky, mientras centenares de miles de hombres luchaban con sus hermanos en las congestionadas ciudades, olvidados de Dios...

¡Getsemaní! Dom Federico se adormecía, rendido por la fatiga, mientras seguía pensando en los días atareados que se echaban encima. Debía prepararse para el centenario, pues vendrían visitantes de todos los ámbitos de la tierra para rendir tributo a la Providencia de Dios. Recordaba también el día en que cuarenta y cuatro trapenses, empapados por la lluvia, viajaban en camionetas por el fangoso camino de Green River Turnpike y, al llegar ante su nueva morada, se arrodillaran para dar gracias a Dios por haber llegado a su destino... Getsemaní, la cabaña construida con troncos de árboles, se había desvanecido, absorbida por el pardo edificio del monasterio, que se elevaba sobre el suelo que fuera silvestre floresta. La pequeña comunidad, que alguna vez había sido la inquietud de su casa matriz, Melleray, era ahora la progenitora de dos casas, una de ellas con la distinción de abadía. ¿Sería Nuestra Señora de la Santísima Trinidad elevada a tal dignidad pronto? Se quedó pensando, pensando... El primer postulante podría ser un buen signo.

Dom Federico se sentía agotado físicamente. Rogaba a Dios que bendijese y asistiese a Dom Jaime en el monasterio del Espíritu Santo, y al Padre Mauricio en el de la Santísima Trinidad..., tanto como él fuera bendecido durante tantos años. Dura era la tarea que ambos tenían que realizar, pero, en cierto sentido, les envidiaba. Ellos comenzaban sus actividades en plena fortaleza física y él declinaba. Mucho podrían hacer para mayor gloria de Dios; podrían ofrecerle su fortaleza y su amor. El sólo podía

ofrecerle su amor..., sólo la promesa de seguir abrasándose solamente por El.

CAPÍTULO XXVII

EL INCIENSO ARDE Y SIGUE ARDIENDO

El vigor con que Dom Federico Dunne acometió los innumerables asuntos que tenía pendientes a su regreso a Getsemaní procedente de Hunstsville, Utah, preocupó gravemente a su nuevo prior el Padre Odilo, y también el doctor Greenwell. A nadie de la comunidad, y menos el mismo abad, se permitía considerar que Dom Federico era ya un viejo monje de setenta y cuatro años, con el corazón bastante alterado como para merecer muchos cuidados. Los diez años venideros —especialmente el año del cercano centenario— resultaban preciosos para el abad, tiempo que atesoraba por adelantado para emplearlo en servicio de Dios. No intentaba acapararlo como el avaro su dinero. Las dos filiales de Getsemaní eran cumplimientos de las promesas de Dios, que corresponde a todo aquel que impetra sus favores con fervor; pero también implicaban una responsabilidad.

Como Padre Superior Inmediato de la abadía de Nuestra Señora del Espíritu Santo y Padre Abad de Nuestra Señora de la Santísima Trinidad, Dom Federico Dunne era el que sancionaba todo asunto mayor a resolverse en ambas casas. Estudió los planes para el monasterio permanente de Georgia, un edificio que le costaría a Getsemaní sobre tres cuartas partes de un millón de dólares; discutió todo lo concerniente a los edificios prefabricados de material metálico para Utah, lo que insumía una suma de

alrededor de doscientos mil dólares, y su mesa escritorio rebosada con presupuestos, informaciones, cartas, planos, letras, catálogos de precios..., todo lo cual resolvía personalmente. Había pensado que un millón de dólares cubría todos esos gastos, pero para mayor desencanto descubría ahora, después de hacer cálculos y cálculos, que Getsemaní debía aportar dos veces la suma calculada.

Durante los doce años de labor abacial, Don Federico se regocijaba ante el hecho de que Getsemaní nunca contrataba una nueva construcción o mejoramiento alguno hasta que no tenía el dinero para pagarlo. Pero como las grandes facturas de las compras en el Sur y en el Oeste llegaban a Getsemaní para ser pagadas, el abad temía que peligrase la independencia económica del monasterio. ¿De dónde obtener los recursos para hacer frente a tales obligaciones? Las nuevas fundaciones todavía no se bastaban así mismas, naturalmente. En fin, Dios proveería —murmuró para sí mismo después de trazar cifras y operar con ellas sobre un trozo de papel.

Y añadió como si recitara: "Además, debemos recordar que mientras Dios suministra alimento para las aves del aire, no se lo pone en la boca." Nosotros tenemos que poner nuestra parte para financiar a nuestras filiales.

Inquieto y preocupado como se hallaba por las dos fundaciones, el incansable abad ya estaba haciendo preparaciones mentales para fundar una tercera. En la proporción que los postulantes llegaban a las puertas de Getsemaní, la predicción de su Padre General podría resultar falsa por cuatro años. El día 21 de diciembre, Dom Federico se puso a pensar precisamente en un año adelante, cuando Getsemaní contaría cien años de vida. Sí; la

fecha se acercaba y era necesario prepararse para el gran acontecimiento. Tendría que decidir la fecha exacta de la celebración, puesto que la temporada de las Navidades no era conveniente para los amigos y benefactores de la abadía, que habrían de acudir en gran número. Dom Edmundo Obrecht había elegido el verano para la celebración de las bodas de oro y las bodas de diamante de Getsemaní, pero, por supuesto, él estaba en libertad de elegir, según mejor conviene en la actualidad. Le agradaría que presidiese el cardenal Dougherty, que había asistido a las anteriores ceremonias. Tal vez Su Eminencia honraría a Getsemaní fijando él mismo la fecha para celebrar el gran acontecimiento.

Poco antes de Navidad, Dom Federico escribió a Filadelfia para solicitar la asistencia del cardenal. Antes de recibir contestación se le llamó para asistir a la consagración de Alberto Zuroweste como obispo de Bellville, Illinois. Y ocurrió que, mientras asistía a la ceremonia, experimentó un agudo y abrasador sufrimiento penetrándole en el pecho y que le cegaba por unos momentos. Cuando logró reunir todas sus fuerzas, se levantó sin molestar a nadie y se dirigió hacia la salida de la iglesia. Su primer pensamiento fue regresar a su hogar..., tomar el primer tren para Louisville. Telegrafió al capitán Jaime Kinnarney para que le recibiera en la estación. Le parecían días las horas que tardaba en llegar, y estaba tan fatigado del viaje que sin el firme apoyo del brazo del portero del tren no hubiera podido descender al suelo del andén.

—Es mejor que me conduzca a la enfermería de San José —le dijo el abad al capitán Kinnarney, que se apresuró a recibirle. Notando con qué trabajo se expresaba el abad trapense, Kinnarney

asintió y no intentó hablarle durante el trayecto en automóvil hacia el hospital. Allí los facultativos le ordenaron que se acostase inmediatamente para descansar lo que fuese necesario, sin acceder a que cualquier asunto, por urgente que fuese, lo hiciera levantar. Los terrenos para la nueva fundación, la correspondencia, las cuentas y contratos..., la fecha para el centenario... ¿Quién lo iba a resolver sino...?

Pero los doctores le hablaron seriamente, y hasta con cierta severidad al Señor de Getsemaní. Le informaron acerca de las malas condiciones de su corazón. No habría de irse a Utah en caso alguno, puesto aquélla latitud no le sería soportable; no se trasladaría con frecuencia a Georgia, pues el viaje nocturno, al desvelarlo, le privaba del sueño que ahora le era tan necesario. Tampoco tendría que subir ni bajar escaleras en Getsemaní...

—Ya es bastante —comentó irónico el enfermo: —Preferiré la muerte a seguir la norma de vida que me han trazado.

Por su parte, el doctor Greenwell sabía que era un enfermo peor aún que lo fuera Dom Edmundo, pero que también procedía tan honesta como vehementemente. Cuando el abad regresó a Getsemaní, le visitó el doctor para decirle:

—Estoy enterado de todo lo concerniente a su caso por los facultativos del hospital de San José. Como médico del monasterio he de decirle que si no se muestra usted más dócil yo declino toda responsabilidad.

—*Quid retribuam?* —Contestó Doto Federico sonriendo amablemente al doctor.

Y como el doctor no respondiera, el abad extendió el brazo para entregarle una carta del arzobispo Ritter en que se le decía que él —el arzobispo— había visto a Su Señoría —el abad—

abandonar la iglesia durante la ceremonia en Bellville y que sintió tentación de seguirte para ayudarle, pero que pudo verle alcanzar la salida sin novedad. Luego se le informó de lo ocurrido, que era lo que él presumía; pero como también sabía que lograra rechazar con valentía otros ataques cardíacos anteriores, estaba seguro de que rechazaría este último con buen éxito.

—Todo muy cierto, Reverendo Padre —dijo el médico muy seriamente después de leer la carta— pero como su espíritu es más vigoroso que su cuerpo, éste se resiente más. Usted ha trabajado con exceso durante muchos años, y preveo que le sobrevendrá un ataque que no podrá rechazar..., a menos que admita reposo. Su corazón... Pero ¿para qué hablarle en términos médicos? Su corazón es demasiado grande para su propio bien.

Durante las siguientes semanas parecía tener razón el arzobispo Ritter y estar equivocado el doctor: Dom Federico, en efecto, rechazó los malos efectos de los ataques al corazón en relativamente corto tiempo. El ayuno cuaresmal no dio síntomas de perturbarle ni agotaron sus fuerzas las ceremonias de Semana Santa. Y contrariamente al consejo médico, se trasladó al Oeste para visitar a sus hijos en las casi improvisadas barracas y presenciar cómo adelantaban las obras de la edificación con los materiales metálicos prefabricados, siguiendo el estilo del monasterio de Getsemaní. La granja de la Santísima Trinidad aparecía muy cambiada desde su última visita. El Padre Mauricio era precisamente el hombre capaz de hacer florecer los desiertos.

Poco después de su regreso a Kentucky, el abad se trasladó a Georgia para inspeccionar las obras, que ya se ocupaban del primer piso del edificio de ladrillos que habría de ser permanente. Viajando más al Sur inspeccionó una propiedad ofrecida en venta a

Getsemaní para su tercera fundación. Cuando regresó al hogar monástico se hallaba entusiasmado con las perspectivas que ofrecía.

—La adquiriré —le dijo a su prior— pero no tengo todo el dinero necesario todavía. No obstante, Dios proveerá..., a su debido tiempo. Ahora tendré que trasladarme al Norte para ver otra propiedad.

— ¿Qué dice? —preguntó alarmado el prior.

Dom Federico sonrió ante la expresión del Padre Odilo.

—Un señor Worrell, de Nueva York, parece muy ansioso porque los trapenses se establezcan en su propiedad de Adirondacks. Recibí cartas, telegramas y hasta telefonearon invitándome a visitar aquellas tierras. Usted ha visto el boleto ferroviario de ida y vuelta que me envió. No puedo negarme más.

—Pero con la nueva fundación en el Sur... —comenzó a protestar el prior.

—Nunca limite sus visiones, Padre. Los postulantes son ya tan numerosos, que la abadía se haya a rebosar y hemos de descongestionarla buscando dos nuevas moradas en los próximos años. En todo caso nada se pierde anticipándose a nuestras necesidades.

Así, pues, Dom Federico se trasladó al Norte, soportando el calor de julio. Después de hacer una visita regular al monasterio de Nuestra Señora del Valle, cruzó desde Rhode Island a Nueva York para entrevistarse con el señor Worrell. Un día entero se pasó en Adirondacks, pero eso fue todo, pues se apresuró a regresar a Getsemaní..., para inmediatamente hacer sus preparativos y trasladarse en avión a Europa y asistir al Capítulo General. Existían muchos asuntos que requerían su atención antes de que

presentase sus cuentas a sus Padres por el año pasado. ¿Y qué acerca del centenario? Pensó que el Padre General esperaría el tiempo necesario para informarse de sus planes. Así se daría cuenta de los grandes progresos alcanzados por sus monjes. Pero el tiempo escaseaba mucho y no debía demorar más el viaje.

—Necesito de su ayuda, Padre —le dijo al prior casi bruscamente una mañana. —Estoy esperando de Washington el visado de mi pasaporte de un día para otro, pero antes de que pensemos en Europa quiero que hoy convoque a los consejeros para tratar del centenario y que se reúnan en el pórtico.

El Padre Odilo sonrió para decir:

—Tuve el temor de que se hubiera olvidado de...

—Nunca, ni por un momento. Su Eminencia, el cardenal Dougherty, sugirió que nos congreguemos para la celebración el próximo junio en vez de este invierno y ha prometido presidir. Esto sería estupendo: Dennis Dougherty ha estado presente en toda gran conmemoración celebrada en Getsemaní desde su fundación. Por lo tanto, no nos retrasemos en nada. Reúna a los demás y búsqueme en el pabellón.

Dom Federico se quedó paseando solo por la vereda, estudiando las posibilidades para decir una misa a campo libre. Siempre había deplorado que el recinto del templo abacial no pudiese albergar ya el número de asistentes al santo sacrificio. Para el centenario necesitaba espacio amplio, no solamente para el clero y los legos, sino también para las monjas, las familias, los amigos y los benefactores de Getsemaní. Debería haber espacio para todos ellos ese día, y las restricciones claustrales no deberían impedir a quien desease participar de las gracias y bendiciones del día: De pronto oyó pasos tras él. El comité estaba reunido.

El abad sugirió a sus monjes dónde se habría de levantar un altar litúrgico; dónde instalar debidamente el trono cardenalicio; dónde convendría colocar el coro...

Luego, extendiendo sus brazos y señalando la amplia avenida que se mostraba ante él, dijo:

—Centenares, millares de personas tienen ahí holgado lugar.

El prior y sus consejeros asintieron con un movimiento de cabeza afirmativo.

—Bien; dejo todos los preparativos y arreglos en manos de ustedes desde ahora. He de contestar algunas cartas urgentes hoy mismo, si me es posible.

Presenció la retirada de sus Hermanos y luego se dirigió por la vereda hasta la puerta de la iglesia, con la mirada puesta sobre el paisaje que se ofrecía a su contemplación. Dudoso de algo, retrocedió hasta la casa sombreada por las frondosas ramas de los álamos. De pronto recordó con cuánta frecuencia caminara por esa vereda cuando los árboles aún eran arbustos y apenas verdecían. Hacía ya cincuenta y un años que él, acompañado del Padre Joaquín y el Frater Cipriano, corrieran cierta vez, saliendo apresurados del colegio para llegar al monasterio a la hora exacta de la colación nocturna. Ahora veía...; una primavera húmeda retardaba la cosecha, observó al contemplar el paisaje y los campos cultivados de la colina en cuya cima se alzara el colegio. ¡Qué historia guardaban aquellas dos colinas! ¡Cuántos ensueños, cuántas esperanzas no realizadas, cuántos deseos no cumplidos en el tiempo calculado! Dom Eutropio, Dom Benito, Dom Eduardo... ¡Qué corazones quebrantados yacían bajo las ondulantes, altas y doradas espigas!

Dom Federico penetró en la casita de la entrada pensativamente. Al examinar la fachada del edificio le parecía increíble que ya contase cuarenta años la reparación que se le había hecho, cuando se reforzó con cemento "estilo piedra" todas las paredes del monasterio. ¡Cómo se había reído Dom Obrecht ante esta idea cuando él se la propusiera! Este joven prior...

En los mismos momentos en que el achacoso, abad se entregaba a sus recuerdos, mientras visitaba la casita de la entrada, uno de los monjes que integraban el comité le hablaba, al Padre Odilo acerca de tomar medidas.

—Vea, Padre: uno de los primeros deberes del prior es vigilar la salud de su abad. ¿Advirtió usted qué exangües tenia los labios Dom Federico mientras nos hablaba desde la vereda?

— ¿Pero qué puedo hacer yo? Ordeno viandas especiales para que las sirvan en el refectorio y da las gracias con una inclinación..., para devolverlas o bien darlas a algún novicio. Le he hablado acerca del color violáceo de sus labios y se rió. "Ese es el color de mi sangre y que lo muestre tal como es no me parece mal" —me contestó sonriendo.

— ¿No puede ordenarle que descanse?

— ¿Descansar? ¡Sí, sí! Acaba de agitarse dos días yendo y viniendo al Sur y ahora se prepara para ir a Europa.

—Pero ahora lo tenemos aquí —protestó el monje— y el Vicario general llegará la próxima semana.

—Lo sé, lo sé bien —respondió el prior ante la expresión de ansiedad de su compañero. Y luego, bajando la voz y pronunciando con lentitud, agregó:

—Tal como yo lo observo, Padre, nuestro abad sólo abriga una ambición: abrasarse en el servicio de Dios...

—Pero todos la tenemos.

—Sí, pero no todos del mismo modo. Dom Federico tiene el concepto más rígido de su deber como abad. Tiene un interés maternal para todo hombre que se alberga aquí, en Georgia, en Utah y en el Valle; piensa que él sólo se ha de preocupar por las construcciones y por el pago de las mismas... Pues bien; he tenido que desistir. Traté de persuadirle para que esperase hasta la llegada del Vicario general, que viene a verificar una visita reglamentaria, y luego se trasladará en su compañía al Sur durante uno o dos días, y... ¿sabe usted lo que me contestó?

—No me sorprenderá lo que me diga.

—Me contestó: "haré la visita a Nuestra Señora del Espíritu Santo antes de que llegue el Vicario". ¿Puede usted imaginar lo que significa? Que se alejará de aquí el próximo martes, llegará a Conyers el miércoles, y realizará la visita en cuanto llegue, para terminarla el jueves, y estar de regreso en Getsemaní el viernes en la mañana.

—Ese hombre se matará así mismo con tal ajetreo.

El prior se encogió de hombros con elocuente ademán de impotencia y ambos regresaron en silencio al monasterio.

El 3 de agosto, Dom Federico empuñó su maletín de viaje y salió por la puerta principal para meterse en el interior del automóvil que le aguardaba. Mientras que Aden Nalley, el monje y chófer de del confianza, le conducía aquella noche de verano hasta la estación, le confesó a su Hermano que se sentía cansado, muy cansado. Pero cuando Aden le vio subir al tren con su habitual agilidad nerviosa, presumió razonablemente que el abad regresaría

al final de la semana mostrando su reconocida energía, deseoso de llegar a escritorio y despachar su correspondencia.

Pero alguien más trepo al tren con los mismos pasos del abad..., un huésped invisible se deslizó hasta el lado de su asiento, vigilándole de cerca, mientras el monótono ronroneo del tren perforaba las sombras de la noche. El torvo e invisible vigilante no se despegó de él en toda la noche. A las dos de la madrugada, Dom Federico se despertó de su ligero dormitar. Durante cincuenta y cuatro años todos los días, a esa misma hora, se apresuraba hacia la iglesia para, en las tinieblas, adorar a Dios. Pero esta mañana del 4 de agosto se hallaba a cientos de millas de Getsemaní y aun a mayor distancia de Conyers y de la abadía de Nuestra Señora del Espíritu Santo. Convocó a sus hijos en espíritu para escucharles entonar sus cánticos sagrados en medio de la noche. Durante más de una hora enviarían sus rítmicas vibraciones al mar y a las estrellas, a las colinas y a las hondonadas, a los manantiales y a las rocas que proclamaban la omnipotencia del Hacedor. ¡Qué bendita vida era la de los trapenses!

El siempre agradecido abad se volvió en su camarote. Al hacerlo, el helado dedo del invisible viajero que, sentado a su lado, viajara con él durante la noche, le tocó... Le tocó, y aunque fue en el corazón, no asustó mayormente a Dom Federico. Dos veces había sentido el mismo helado dedo en el mismo sitio; dos veces lograra rechazarlo... Pero esta vez la Muerte estaba decidida.

Vistiéndose dolorido algunas ropas, el abad se arrastró hacia el departamento para fumar. Estaba vacío. Se tumbó en uno de los divanes de cuero y se apretó el pecho. ¡Cómo le dolía! Pensó que podría ser el final. ¿Aquí..., solo..., en el vacío departamento para fumar de un tren nocturno? Pero no. El portero se inclinaba ante él.

Conocía al hombrecito jovial de la barba cana y le había servido en viaje durante cuatro años.

— ¿Puedo servirle en algo, Padre abad? —inquirió gentilmente. — ¡Llame a un doctor..., por favor! —murmuró apenas el sufriente religioso.

—Estamos llegando a Knoxville, Padre abad. En cuanto paremos le buscaré uno.

El tren no tardó en llegar a la estación. El portero vio a dos viajeros descender y luego se apresuró a verse con el jefe de estación. Pero justamente cuando observó que el funcionario llamaba a un médico por teléfono, no se detuvo más y regresó al coche-pullman. Sería un gran consuelo para el abad saber que llegaría en seguida un doctor. El bondadoso portero penetró en el pequeño departamento en uno de cuyos dos divanes se recostaba el abad, y se dirigió a él, confiando en consolarle con la noticia. Pero cuando se inclinó, inmediatamente se enderezó para recobrar su postura natural, desaparecida la ancha sonrisa servicial de sus facciones para convertirse en una abierta expresión de condolencia: el abad Federico Dunne yacía, sí, en el mismo diván, pero ron la cabeza caída, la boca abierta y el corazón paralizado. El Señor de Getsemaní había muerto. El portero consultó su reloj. Eran las cuatro y veinte de la mañana.

Una hora después el Padre Odilo escuchaba en Getsemaní el repiqueteo insistente en el despacho del abad, y se apresuró a responder al llamado. La insistencia del vibrante repiqueteo le daba una mala impresión. El prior escuchó que le hablaba una voz extraña, pero comprendió las palabras, aunque le pareció que carecían de sentido. El abad Dunne muerto... ¿en el compartimiento del tren? ¡Pero eso no pudo suceder! ¿No les

había dicho Dom Federico el verano pasado que recibiría la Extrema Unción en la iglesia, y que exhalaría su último aliento cerca del presbiterio? ¿Cómo podría haber muerto solo..., en un Pullman..., sin uno de sus Hermanos que le asistiera?

El prior colgó el aparato meditabundo. Tendría que anunciarlo a la comunidad. El abad Fox también sería informado. Estaría esperando la llegada de Dom Federico, calculada ya en pocas horas. Y el Vicario general llegaría de un día para otro. ¡Qué conmoción sería para todos! ¡Qué pérdida, qué pesadumbre para sus hijos de Getsemaní, de Georgia, de Utah! Por ellos..., por verlos de nuevo a ellos había muerto sin el consuelo de estar rodeado de sus hijos..., sin la Unción de la Iglesia. Sí. Era lo que quería el Padre: abrasarse, hasta consumirse al servicio de Dios. ¿No era significativo que muriese justamente a mitad de camino de Getsemaní y su primera filial, sus dos grandes amores? En el momento en que la Muerte detuvo su gran corazón se apresuraba a cumplir la voluntad de Dios, tal como se expresa en las instituciones de la Orden, que él tanto amaba.

El prior miró la hora en el reloj de mesa del escritorio del abad. La comunidad estaría pronto en la sala capitular. Sin demora debía anunciarles la triste noticia y ordenarles que sus oraciones comenzasen encomendando a Dios su alma..., justamente a cuatro meses de distancia del centenario de la fundación de Getsemaní, y ya sin el Señor que presenciara y tanto contribuyera a la grandeza del monasterio durante toda su vida. Debían rezar fervorosamente por él para que la misericordia de Dios continuara bendiciendo tantos y tan nobles esfuerzos.

Al entrar en la sala capitular, el prior se enfrentó con sus Hermanos en un estado de mal disimulada perturbación. Sintió que

todas las miradas se clavaban en él y sus manos comenzaron a temblar nerviosamente mientras buscaba las palabras para decir lo que le parecía imposible.

—Padres y Hermanos míos —comenzó—, tengo tristes noticias que daros y no acierto a pronunciarlas. El hecho es que Getsemaní es ahora una huérfana. Nuestro Padre Abad falleció en viaje al Sur...

Cabezas que se inclinaron abatidas; corazones que se oprimieron de angustia; respiraciones que se entrecortaban... Nadie esperaba que el prior hablase más, explicando, porque sentían que se hallaba tau condolido y perturbado como ellos. ¿Muerto Dom Federico? No parecía posible. La última noche había estado con ellos, antes de retirarse a descansar, aparentemente con tantas energías como siempre. ¿Ahora estaba muerto?

Luego vinieron noticias de la extrañeza del caso. Había muerto fuera de su monasterio..., sin Sacramentos, sin sacerdote alguno que le ayudase..., sin siquiera el hábito puesto. Normalmente un trapense muere estigmatizado, por así decirlo, con las cauterizantes esencias de los Santos Oleos, rodearlo de Hermanos, que comparten su agonía, y con Cristo por compañero durante el viaje. ¡Cuán extraño que Dom Federico hubiese muerto solo, en el saloncito vacío para fumadores de un coche-pullman!

"Tal como vivas, morirás" —reza el adagio—. Dom Federico había vivido solo... Luego, la verdad misma se desataría contra los murmuradores. Su muerte fue normal. Probaba la verdad del adagio. Durante los últimos cincuenta y cuatro años había vivido consagrado de lleno a la tarea de ayudar y mejorar a sus Hermanos, y tan cabalmente olvidado de su persona, que no tuvo consideración alguna para ella, juzgándola combustible para su

abrasadora alma, con todas sus atenciones e intenciones enfocadas a la gloria de Dios: ¡así había muerto! Había vivido sólo para Dios; estaba, pues, preparado para morir con Dios solo.

Se acercaba la medianoche del 4 de agosto cuando llegaron sus restos a Getsemaní. Los monjes que lo amortajaron examinaron sus conocidas facciones en la desconocida rigidez del cadáver, y comprendieron lo que había pasado en el vacío saloncito del coche-pullman. La majestuosa calma de sus facciones demostraba que "la muerte había sido absorbida victoriosamente".

Durante los cinco días siguientes, Getsemaní abrió sus puertas a centenares de personas que se arrodillarían ante el féretro descubierto, echando una última mirada al que conocieran y respetaran. Muchos besaban el anillo que brillaba en su mano helada y todos rezaban por su eterno descanso.

El lunes 9 de agosto de 1948 el primer abad nativo americano era enterrado con el ritual de costumbre.

El arzobispo Floersh echó sobre sus despojos la primera palada de tierra mientras que los monjes entonaban su clamoroso *Domine, miserere super peccatore*. Dos veces el eco de esta réplica resonó en él ambiente antes de que las muchas cabezas mitradas que asistieron al entierro se volviesen para regresar procesionalmente a la iglesia y entonar los salmos penitenciales.

* * *

El 23 de agosto el Vicario general de la Orden, Dom Gabriel Sortais, presidió las elecciones abaciales en Getsemaní, siendo elegido Dom Jaime Fox, abad de Nuestra Señora del Espíritu Santo en Georgia —que ya había sido por dos veces prior de la proto-abadía—, Padre Abad del ya casi centenario monasterio

trapense de Kentucky. El conocía muy bien los íntimos detalles y las dificultades de la casa, así como conocía todo lo referente al de Conyers. Él también había sido el más íntimo confidente del finado abad y estaba enterado acerca de qué proyectos requerían acción inmediata.

No se le pudo conceder mucho tiempo al recién electo abad para reajustarse y ponerse al corriente de los asuntos locales, porque se iba a celebrar muy pronto en Citeaux, Francia, una asamblea general del Capítulo General.

Tomó asiento en un avión en los primeros días de septiembre y no regresó a la abadía hasta fines del mismo mes; pero regresó como hubiera regresado Dom Federico: con la aprobación formal de haber sido elevada a la dignidad de abadía Nuestra Señora de la Santísima Trinidad.

Getsemaní procedió ahora con sus planes para celebrar dignamente el centenario de su fundación, disfrutando de la alegría y el orgullo de una madre que ve crecer a sus hijas y se prepara para tener nietas...

¡La abadía que causara tantas preocupaciones a Europa era ahora el orgullo de Europa!

* * *

La centuria dejó sus cicatrices en Getsemaní; pero eso sólo prueba que se ha librado una batalla... ¡y se ha ganado! Gracias a varios resueltos franceses, América tiene un brasero dentro del cual los hombres pueden arrojarse por Cristo y convertirse en INCIENSO QUEMADO.

FIN